



DÉJÀME ENTRAR

John Ajvide Lindqvist

SE

Oskar, un niño solitario y triste que vive en los suburbios de Estocolmo, tiene una curiosa afición: le gusta coleccionar recortes de prensa sobre asesinatos violentos. No tiene amigos y sus compañeros de clase se mofan de él y le maltratan.

Una noche conoce a Eli, su nueva vecina, una misteriosa niña que nunca tiene frío, despidе un olor extraño y suele ir acompañada de un hombre de aspecto siniestro. Oskar se siente fascinado por Eli y se hacen inseparables. Al mismo tiempo, una serie de crímenes y sucesos extraños hace sospechar a la policía local de la presencia de un asesino en serie. Nada más lejos de la realidad.



John Ajvide Lindqvist

Déjame entrar

ePub r1.3

GONZALEZ 17.03.2017

Título original: *Låt den rätte komma in*

John Ajvide Lindqvist, 2004

Traducción: Gema Pecharromán

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: Galois Surcador & undr

ePub base r1.2



Para Mia, mi Mia

El Lugar

Blackeberg.

Puede que pienses en trufas de coco, tal vez en drogas. «Una vida ordenada». Te imaginas una estación de metro, extrarradio. Después no hay mucho más que pensar. Sin duda vive gente allí, como en otros sitios. Para eso se construyó, para que la gente tuviera algún sitio donde vivir.

No se trata de un espacio que se haya desarrollado de forma natural, no. Aquí estuvo todo desde el principio planificado al milímetro. La gente tuvo que instalarse en lo que había. Edificios de hormigón en colores ocres esparcidos por el verde.

Cuando esta historia tiene lugar, Blackeberg lleva treinta años existiendo como población. Podría uno imaginarse un cierto espíritu pionero al estilo del *Mayflower*; un territorio desconocido. Sí. Imaginarse las casas deshabitadas esperando a sus inquilinos.

¡Y ahí vienen ellos!

Cruzando el puente de Traneberg con el sol en los ojos y sueños en la mirada. Corre el año 1952. Las madres llevan a sus hijos en brazos, en cochecitos de bebé o de la mano. Los padres no llevan consigo azadas ni palas, sino electrodomésticos y muebles funcionales. Puede que vayan cantando algo. *La Internacional* tal vez. *O Vayamos a Jerusalén*, según la forma de ser de cada uno.

Esto es grande. Es nuevo. Es moderno.

Pero no sucedió realmente así.

Llegaron en el metro. O en coches, camiones de mudanzas. Uno a uno. Entraron en los pisos recién construidos llevando consigo sus enseres. Organizaron sus cosas en cajones y repisas de medidas estandarizadas, colocaron sus muebles en fila sobre los suelos de linóleo y compraron otros nuevos para rellenar los huecos.

Cuando terminaron, alzaron la vista y vieron la tierra que les había sido dada. Salieron de sus portales y se encontraron con que todo el terreno estaba ya repartido. No podían hacer más que adaptarse a lo que había.

Había un centro. Había amplios parques para los niños. Había extensas zonas verdes alrededor de las casas. Había zonas peatonales.

—Es un buen lugar —se decían entre ellos alrededor de la mesa de la cocina unos meses después de la mudanza.

—Hemos llegado a un buen sitio.

Sólo faltaba una cosa. Una historia. En la escuela, los niños no podían hacer un trabajo especial sobre la historia de Blackeberg, porque no la tenía. Bueno, algo había acerca de un molino. Un rey de la pasta de tabaco. Algunos curiosos edificios antiguos a orillas del lago. Pero de todo aquello hacía mucho tiempo y no guardaba relación alguna con el presente.

Donde ahora se alzaban edificios de tres alturas, antes no había más que bosque.

Los misterios del pasado no estaban a su alcance; no tenían ni siquiera una iglesia. Una población de diez mil habitantes, sin iglesia.

Eso ya dice bastante de la modernidad y racionalidad del lugar. Bastante de lo ajenos que eran a las calamidades y al terror de la historia.

Lo cual explica en parte lo desprevenidos que estaban.

Nadie vio cómo se mudaron.

Cuando en diciembre la policía por fin localizó al transportista que había hecho la mudanza, éste no tenía mucho que contar. En su diario de 1981 sólo decía:

«18 de octubre: Norrköping-Blackeberg (Estocolmo)».

Recordaba que se trataba de un hombre y su hija, una chica guapa.

—Sí, por cierto. No traían casi nada. Un sofá, una butaca, alguna cama. Una mudanza fácil, visto así, y que... sí, querían que se hiciera por la noche. Les dije que sería más caro con la tarifa nocturna y demás. No hubo objeciones. Sólo que condujéramos de noche. Eso era lo importante. ¿Es que ha pasado algo?

El camionero supo lo que había ocurrido, quiénes eran los que habían viajado en su camión. Con los ojos muy abiertos, miró lo que había escrito en su diario:

—No me jodas...

Hizo un gesto con la boca como si sintiera asco al mirar sus propias letras:

«18 de octubre: Norrköping-Blackeberg (Estocolmo)». Era él quien los había llevado allí. Al hombre y a la chica. No pensaba contárselo a nadie. Nunca.

Primera parte

Dichoso aquel que tiene un amigo así

Los líos del amor os dan preocupación, ¡chicos!

Siw Malmkvist,
Los líos del amor

*I never wanted to kill.
I am not naturally evil.
Such things I do Just to make myself
More attractive to you. Have I failed?*

Morrissey,
Last of the Famous International Playboys

Miércoles 21 de Octubre de 1981

Gunnar Holmberg, comisario de policía de Vällingby, mostró una pequeña bolsa de plástico que contenía polvos blancos.

Tal vez heroína, pero nadie se atrevió a decir nada. No querían que sospechara que sabían de esas cosas, menos aún si tenían un hermano o algún colega del hermano metidos en ello. Chutándose caballo. Hasta las chicas se quedaron en silencio mientras el policía movía la bolsa.

—¿Creéis que es levadura?, ¿harina?

Un murmullo reprobador. No fuera a pensar el policía que los de 6º B eran idiotas. Evidentemente era imposible determinar qué había en la bolsa, pero puesto que la clase trataba de las drogas, uno podía sacar sus propias conclusiones. El policía se volvió hacia la maestra:

—¿Qué les enseñáis en la clase de tareas del hogar?

La maestra sonrió encogiéndose de hombros. Todos se echaron a reír; el poli parecía majo. Algunos chicos habían podido hasta coger su pistola antes de que empezara la clase. Sin cargar, claro, pero de todas formas.

A Oskar le brincaba el corazón en el pecho. Sabía la respuesta a esa pregunta. Sufría por no poder decir lo que sabía. Quería que el policía lo mirara. Que lo mirara y que le dijera algo después de que él hubiera dado la respuesta correcta. Era una tontería lo que iba a hacer, lo sabía, y, sin embargo, levantó la mano.

—¿Sí?

—Es heroína, ¿no?

—Lo es —contestó el policía mirando con amabilidad—. ¿Cómo lo has adivinado?

Todas las cabezas se volvieron hacia él, expectantes ante lo que iba a decir.

—Bueno, es que... leo mucho y eso.

El policía asintió con la cabeza.

—Eso está bien. Leer —dijo moviendo la bolsita—. Así no queda tanto tiempo para otras cosas. ¿Cuánto creéis vosotros que puede valer esto?

Oskar no tenía ya nada que añadir. Había pasado su minuto de gloria. Incluso le pudo decir al policía que leía mucho. Era más de lo que había esperado.

Luego se perdió en ensoñaciones. Imaginaba cómo el policía, al terminar la clase, se acercaba a él, se sentaba a su lado y le preguntaba cosas. Entonces le iba a contar todo. Y el policía le iba a entender. Le acariciaría el pelo y diría que era un buen chico; le levantaría y, estrechándolo entre sus brazos, diría:

—Jodido chivato.

Jonny Forsberg le clavó el dedo en el costado. El hermano de Jonny iba con drogas y Jonny sabía un montón de palabras que el resto de los chicos de la clase

aprendían rápidamente. Casi seguro que Jonny sabía con exactitud cuánto valía aquella bolsa, pero no era un chivato. No hablaba con la pasma.

Tenían recreo y Oskar se quedó al lado de los percheros, indeciso. Jonny quería meterse con él. ¿Cuál sería la mejor manera de evitarlo? ¿Quedándose en el pasillo o saliendo fuera? Jonny y el resto de los chicos de la clase se lanzaron en tromba al patio.

Claro; el policía iba a permanecer con su coche en el patio de la escuela para que quienes estuvieran interesados se acercaran a mirar. Jonny no se atrevería a meterse con él mientras el policía se quedara allí.

Oskar bajó hasta las puertas del patio y miró a través de los cristales. Justamente, todos los de la clase se arremolinaban alrededor del coche de la policía. A Oskar le habría gustado estar allí también, pero desechó la idea. Alguien intentaría darle un rodillazo; otro, bajarle los calzoncillos hasta la raja del culo, con policía o sin ella.

Pero al menos tendría un respiro durante este recreo. Salió al patio y se escabulló hasta la parte de atrás, hasta los lavabos.

Una vez dentro aguzó el oído, carraspeó un poco. El sonido resonó entre las cabinas. Rápidamente se sacó de los calzoncillos su bola del pis, un trozo de esponja del tamaño de una mandarina que él mismo había cortado de un viejo colchón, con un agujero en el que metía el pito. Lo olió.

Pues sí, mierda, claro que se había orinado un poco. Enjuagó la bola bajo el grifo y la escurrió lo mejor que pudo.

Incontinencia. Se llamaba así. Lo había leído en un folleto que había cogido a hurtadillas en la farmacia. Algo que padecían sobre todo las viejas.

Y yo.

Se podían comprar productos que iban bien para eso, según decía el folleto, pero él no pensaba gastar su propina yendo a la farmacia a pasar vergüenza. Y de ninguna manera pensaba decírselo a mamá; su compasión le ponía enfermo.

Él tenía su bola del pis y funcionaba; siempre y cuando la cosa no fuera a peor.

Pasos fuera, voces. Con la bola apretada en la mano se metió en una de las cabinas y cerró la puerta al tiempo que se abría la de fuera. Se subió sin hacer ruido a la tapa del retrete acurrucándose de manera que no se le vieran los pies si alguien miraba por debajo. Intentó contener la respiración.

—¿Ceeeerdo?

Jonny, claro.

—Cerdo, ¿estás aquí?

Y Micke. Los dos peores. No, Tomas era más cabrón, pero no solía acompañarles cuando la cosa iba de dar golpes y arañazos. Demasiado listo para eso. Ahora le estaría haciendo la pelota al policía. Pero si descubrieran su bola del pis sería Tomas el que de verdad utilizaría eso para herirlo y humillarle durante mucho tiempo. Jonny y Micke le atizarían algún golpe y tan contentos. Así que de alguna manera había tenido suerte...

—¿Cerdo? Sabemos que estás aquí.

Tocaron su puerta, llamaron y golpearon. Oskar juntó los brazos alrededor de las rodillas y apretó los dientes para no gritar.

—¡Iros de aquí! ¡Dejadme en paz! ¡¿Es que no podéis dejarme en paz?!

Entonces, Jonny dijo con voz melosa:

—Cerdito, si no sales ahora tendremos que esperarte después de la escuela. ¿Es eso lo que quieres?

Permanecieron un momento en silencio. Oskar contuvo la respiración.

Se liaron a patadas y golpes con la puerta. Atronaba en la cabina y el cerrojo se doblaba hacia dentro. Debería abrir, salir antes de que se enfadaran más, pero no podía.

—¿Ceeerdo?

Había levantado la mano, demostrado que era alguien, que sabía algo. Aquello estaba prohibido. Para él. Se inventaban un montón de razones para humillarle: que estaba demasiado gordo, que era demasiado feo, demasiado asqueroso. Pero el verdadero problema era que él no existía para nada, y todo lo que les recordara su existencia era un crimen.

Probablemente no harían más que «bautizarle», meterle la cabeza en el retrete y tirar de la cadena. Con independencia de lo que se les ocurriera sentía siempre un gran alivio cuando ya había pasado. Entonces, ¿por qué no podía quitar el pestillo, que de todos modos iba a saltar en cualquier momento, y dejarles que se divirtieran?

Con la vista puesta en el pestillo vio cómo éste se iba doblando hasta que saltó de la armella, la puerta que se abrió de golpe contra la pared de la cabina, la sonrisa de triunfo en la cara de Micke Siskovs, lo sabía.

Porque el juego no era así.

Ni él había corrido el pestillo ni los otros habían saltado la pared de su cabina en tres segundos, porque ésas no eran las reglas del juego.

La euforia de los cazadores era de los otros; el terror de la víctima, suyo. Cuando le cogieran se acabaría la diversión, y la paliza propiamente dicha sería una obligación impuesta. Si se rendía demasiado pronto corría el riesgo de que pusieran toda su energía en el castigo en lugar de ponerla en la persecución. Lo que sería peor.

Jonny Forsberg asomó la cabeza.

—Levanta la tapa si vas a cagar... Vamos, chilla como un cerdo.

Oskar chilló como un cerdo. Estaba previsto. A veces, si lo hacía le perdonaban el castigo. Se esforzó al máximo temiendo que, si no, durante el castigo le obligaran a levantar las manos y descubrir su asqueroso secreto.

Arrugó la nariz como si fuera el hocico de un cerdo gruñendo y chillando, gruñendo y chillando. Jonny y Micke se reían.

—Joder, Cerdo. Venga, más.

Oskar siguió. Apretó los ojos y siguió. Cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos y siguió. Gruño y chilló hasta que

notó un sabor raro en la boca. Entonces paró. Abrió los ojos.

Se habían ido.

Se quedó allí, acurrucado encima de la tapa del retrete, mirando al suelo. Había una mancha roja en el azulejo que estaba debajo de él. Mientras miraba, cayó al suelo otra gota de sangre de su nariz. Cogió un trozo de papel higiénico y se tapó las fosas nasales.

Le pasaba a veces, cuando tenía miedo. Empezaba a sangrar por la nariz, sin más. Esto le había ayudado en algunas ocasiones justo cuando iban a pegarle; entonces lo dejaban, puesto que ya estaba sangrando.

Oskar Eriksson permanecía acurrucado con un trozo de papel en una mano y su bola del pis en la otra. Sangraba, se orinaba y hablaba demasiado. Tenía escapes en todos los agujeros. Pronto empezaría a cagarse también. El Cerdo.

Se levantó y salió de los lavabos. Dejó la mancha de sangre en el suelo. Para que alguien la viera y sospechara. Para que creyera que alguien había sido asesinado allí, puesto que alguien había sido asesinado allí. Por centésima vez.

Håkan Bengtsson, un hombre de cuarenta y cinco años con incipiente barriga, incipiente calva y dirección desconocida para la autoridad, iba en el metro mirando por la ventana, estudiando la que iba a ser su nueva casa.

La verdad es que esto era algo feo. Norrköping era más bonito. De todas formas, estas poblaciones del oeste no se parecían en nada a los suburbios de Estocolmo que él había visto por la televisión; Kista y Rinkeby y Hallonbergen. Esto era diferente.

—PRÓXIMA ESTACIÓN, RÅCKSTA.

Algo más acabado y más acogedor. Aunque ahí se veía un auténtico rascacielos. Alzó la vista para poder ver el último piso de la torre de oficinas de Vattenfall. No recordaba un edificio semejante en Norrköping. Aunque claro, nunca había estado en el centro.

Se tenía que bajar en la próxima estación, ¿no? Miró el mapa de la red del metro pegado encima de las puertas. Sí, la próxima.

—ATENCIÓN A LAS PUERTAS. CIERRE DE PUERTAS.

No le miraba nadie, ¿verdad?

No, en el vagón sólo iban unas pocas personas ocupadas con sus periódicos de la tarde. Mañana hablarían de él en esos periódicos.

Fijó la vista en un anuncio de ropa interior. Una mujer posaba provocadora con bragas negras y sujetador de encaje. Era una locura. Por todas partes piel desnuda. ¡Y eso estaba permitido! ¿Cómo influía realmente aquello en las personas, en el amor?

Le temblaban las manos y las apoyó en las rodillas. Estaba muy nervioso.

—¿De verdad que no hay otra manera?

—¿Crees que te expondría a esto si hubiera otra manera?

—No, pero...

—No hay ninguna otra manera.

Ninguna otra manera. No había más remedio que hacerlo. Sin torpezas. Había consultado el mapa en la guía de teléfonos y elegido una zona de bosque que probablemente iría bien, después hizo la bolsa y salió.

Había cortado el logotipo de Adidas con el cuchillo que llevaba en la bolsa, entre los pies. Ésa era una de las cosas que habían ido mal en Norrköping. Alguien había recordado la marca de la bolsa y luego la policía la había encontrado en el contenedor en el que él la había tirado, no muy lejos de su piso.

Hoy se la llevaría a casa. Tal vez la cortaría en trozos pequeños y los echaría al retrete. ¿Se hacía así?

¿Cómo se hace en realidad?

—FINAL DEL TRAYECTO. POR FAVOR, ABANDONEN LOS VAGONES.

El metro vomitó su carga y Håkan siguió a los otros pasajeros con la bolsa en la mano. Le pareció que pesaba, aunque lo único pesado que había en ella era la botella de gas. Trató de andar con naturalidad, no como un hombre camino de su propia ejecución. La gente no tenía que fijarse en él.

Pero sus piernas parecían de plomo, como si quisieran soldarse al andén. ¿Y si se quedara allí? ¿Si se quedara totalmente quieto sin mover ni un músculo y permaneciera así? Esperando a que llegara la noche, a que alguien se fijara en él y llamara a... alguien que le buscara, que le llevara a otro sitio.

Siguió andando a paso normal. Pierna derecha, pierna izquierda. No podía fallar. Ocurrirían cosas terribles si fallaba. Lo peor que se pudiera imaginar.

Arriba, junto a los torniquetes, miró a su alrededor. Tenía muy mal sentido de la orientación. ¿Hacia qué lado estaría esa zona del bosque? Lógicamente, no podía preguntárselo a nadie. Probaría suerte. No había más que seguir adelante, acabar con ello de una vez. Derecha, izquierda.

Tiene que haber otra manera.

Pero no se le ocurría nada. Había ciertos requisitos, ciertos criterios. Y ésta era la única manera de cumplirlos.

Lo había hecho ya dos veces, y las dos la había cagado. En Växjö no tanto, pero lo suficiente como para verse obligado a marcharse de allí. Hoy lo iba a hacer bien, recibiría muchos elogios.

Caricias, tal vez.

Dos veces. Ya estaba condenado. ¿Qué importancia podía tener una tercera vez? Absolutamente ninguna. El castigo de la sociedad sería probablemente el mismo: cadena perpetua.

¿Y el moral? ¿Cuántos golpes dará la cola, rey Minos?

El camino del parque por el que iba torcía más adelante, donde empezaba el bosque. Tenía que ser el bosque que había visto en el mapa. La botella y el cuchillo

golpeaban el uno contra el otro. Intentó llevar la bolsa de modo que no sonaran.

Una niña apareció en la calle delante de él. Una niña de unos ocho años de vuelta a casa después de la escuela con la cartera golpeándole la cadera.

¡No! ¡Nunca!

Ahí estaba el límite. Una niña tan pequeña, no. Preferible él mismo, hasta que cayera muerto. La niña iba cantando algo. Aceleró el paso para acercarse, para poder escucharla.

*Pequeño rayo de sol que entras
por la ventana en mi casa...*

¿Todavía cantaban los niños esa canción? La niña tal vez tenía una profesora mayor. Qué bien que esa canción todavía existiera. Le habría gustado acercarse más para oírla mejor, sí, tan cerca como para sentir el olor de su pelo.

Caminó más despacio. Nada de liarla. La niña dejó la calle, continuó por un sendero hacia el bosque. Probablemente vivía en las casas que había al otro lado. Que los padres se atrevieran a dejarla ir así, totalmente sola. Tan pequeña.

Se detuvo, dejó que la niña aumentara la distancia y desapareciera en el bosque.

Ahora sigue, pequeña. No te entretengas jugando en el bosque. Esperó cosa de un minuto, escuchando a un pinzón que cantaba en un árbol próximo. Luego siguió tras la niña.

Oskar iba de vuelta a casa después de la escuela; muy abatido. Siempre se sentía peor cuando conseguía evitar el castigo de esa manera: haciendo de cerdo, o de cualquier otra cosa. Peor que si le hubieran dado una paliza. Lo sabía y, sin embargo, no era capaz de aceptar el castigo cuando éste se avecinaba. Prefería rebajarse a lo que fuera. Ningún orgullo.

Robin Hood y el Hombre Araña tenían orgullo. Cuando Sir John o el Doctor Octopus los tenían arrinconados, ellos desafiaban al miedo, aunque no hubiera posibilidad de escapar.

Pero ¿qué sabía realmente el Hombre Araña? Como ya se sabe, conseguía escapar siempre, aunque fuera imposible. Era un personaje de cómic que tenía que sobrevivir para el siguiente número. Él tenía sus fuerzas de Hombre Araña; Oskar, su gruñido. Cualquier cosa con tal de sobrevivir.

Necesitaba consolarse. Había pasado un día terrible y ahora iba a tener un poco de compensación. Aun a riesgo de encontrarse con Jonny y Micke caminó hasta el centro de Blackeberg, hasta el Sabis. Subió arrastrando los pies por la vereda zigzagueante en lugar de subir por las escaleras, se relajó. Lo importante era estar tranquilo, no sudar.

Ya le habían pillado una vez robando en Konsum, el año pasado. El guardia de

seguridad quería llamar a su madre, pero estaba en el trabajo y Oskar no sabía su número, no, no. Pasó una semana angustiado cada vez que sonaba el teléfono. Sin embargo, en lugar de eso llegó una carta dirigida a su madre.

Idiotas. En el sobre ponía incluso «Comisaría de Policía de Estocolmo», y naturalmente Oskar lo abrió, leyó sus delitos, falsificó la firma de su madre y después envió la carta de nuevo para confirmar que la había leído. Cobarde puede, pero no tonto.

Y lo de cobarde... ¿Era de cobardes lo que estaba haciendo ahora? Llenándose los bolsillos de la cazadora con Dajm, Japp, Coco y Bounty para terminar con una bolsa de cochecitos entre la cinturilla del pantalón y el estómago; fue a la caja y pagó por un chupa chups de Dumle.

Volvió a casa con la cabeza alta y el paso ligero. No era el Cerdo al que todos podían patear, era el jefe de los ladrones que desafiaba los peligros para sobrevivir. Podía engañarlos a todos.

Cuando cruzó el arco de entrada al patio se sintió seguro. Ninguno de sus enemigos vivía allí, un círculo irregular dentro del círculo más amplio que era la calle Ibsen. Una doble fortificación. Allí estaba seguro. En ese patio no le había pasado nada malo de verdad. Casi nada.

Allí había crecido y allí había tenido amigos antes de empezar la escuela. Fue en quinto cuando comenzó a sentirse rechazado en serio. A finales de ese curso se convirtió en el saco de los golpes de todos sus compañeros, y aquello se extendió incluso a otros chicos que no iban a su clase. Llamaban cada vez menos para preguntarle si quería salir a jugar.

Fue también durante ese periodo cuando empezó con su cuaderno de recortes, al que ahora acudía de nuevo, para entretenerse.

—¡JIIINNN!

Se oyó un zumbido y algo le golpeó los pies. Un coche teledirigido de color granate echó marcha atrás, dio la vuelta y subió por la cuesta en dirección a su portal a toda velocidad. Detrás de los espinos, a la derecha del arco, apareció Tommy con una larga antena que salía de su estómago, chuleando un poco.

—Te ha sorprendido, ¿eh?

—Qué rápido va.

—Sí. Te lo vendo.

—¿Por cuánto...?

—Trescientas coronas.

—No. No las tengo.

Tommy le hizo una señal con el índice para que se acercara, dio la vuelta al coche en la cuesta y lo condujo hacia abajo a velocidad de rally, lo paró con un derrape delante de sus pies, lo cogió y, haciéndole una caricia, dijo en voz baja:

—Cuesta novecientas en la tienda.

—Seguro.

Tommy miró el coche, examinó a Oskar de arriba abajo.

—¿Doscientas entonces? Es totalmente nuevo, ya ves.

—Sí, es muy bonito, pero...

—¿Pero?

—Nada.

Tommy asintió, puso el coche en el suelo y lo dirigió entre los arbustos de manera que las ruedas grandes y estriadas chirriaron, dio una vuelta al tendedero de las alfombras y otra vez cuesta abajo.

—¿Me dejas probarlo?

Tommy miró a Oskar como para decidir si era o no digno de ello, le tendió el mando a distancia señalando el labio superior.

—Te han pegado, ¿no? Tienes sangre. Aquí.

Oskar se pasó el índice por el labio, algunas partículas de color marrón se le quedaron pegadas.

—No, es sólo...

Mejor no contarle. No servía para nada. Tommy era tres años mayor. Duro. Sólo diría algo sobre que hay que devolverla y Oskar contestaría que «claro», y el único resultado sería que descendería aún más en el aprecio de Tommy.

Oskar manejó el coche un poco, luego miró mientras Tommy lo dirigía. Le habría gustado tener doscientas coronas en efectivo y que pudieran hacer un negocio Tommy y él. Algo en común. Se metió las manos en los bolsillos y tocó las golosinas.

—¿Quieres un Dajm?

—No, no me gustan.

—¿Japp, mejor?

Tommy levantó la vista del mando a distancia, sonriendo.

—¿Tienes de los dos?

—Sí.

—¿Mangados?

—... Sí.

—Vale.

Oskar alargó la mano y le dio un Japp que Tommy se guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

Cuando llegó a casa, Oskar echó todas las golosinas encima de la cama. Iba a empezar con el Dajm para seguir luego con los dobles y terminar con el Bounty, su favorito. Después los coches, que parecía como si enjuagaran la boca.

Dispuso las golosinas en hilera a lo largo de la cama, en el orden en que se las iba a comer. En el frigorífico encontró una botella de coca cola a medias a la que su madre había puesto un trozo de papel de aluminio en la boca. Perfecto. Le gustaba más así, cuando se le habían ido las burbujas, sobre todo con las golosinas.

Retiró el papel de aluminio y colocó la botella en el suelo junto a las golosinas, se tumbó boca abajo en la cama y se puso a examinar su estantería. Una colección casi entera de los cómics *Kalla Kårar*, aquí y allá completada con *Rysare ur Kalla Kårar*.

El grueso lo formaban dos bolsas de papel llenas de libros que compró por doscientas coronas a través de un anuncio en el periódico *Gula*. Había cogido el metro hasta Midsommarkransen y seguido las instrucciones hasta dar con el piso. El hombre que le abrió la puerta parecía gordo, demacrado y hablaba con la voz un poco silbante. Afortunadamente no había invitado a Oskar a pasar, sólo había llevado las bolsas con los libros hasta el rellano, cogido los dos billetes de cien con una inclinación de cabeza diciendo: «Que te diviertas» y había cerrado la puerta.

Entonces Oskar se puso nervioso. Había buscado durante meses los números antiguos de esos cómics en las librerías de viejo que había a lo largo de Götgatan. Por teléfono, el hombre había asegurado que se trataba de números atrasados. Le parecía que había sido demasiado fácil.

Tan pronto como Oskar estuvo fuera del alcance de su vista dejó las bolsas en el suelo y las revisó. No le habían engañado. Cuarenta y cuatro libros desde el número 2 hasta el 46.

Aquéllos no se podían comprar ya. ¡Por doscientas coronas!

Como para no tener miedo de aquel hombre. Lo que había hecho no era ni más ni menos que robarle al troll su tesoro.

Sin embargo, no ganaban a su cuaderno de recortes.

Lo rebuscó en su escondite bajo un montón de tebeos. El mismo cuaderno en sí no era más que una libreta grande de dibujo que había mangado en Åhléns, en Vällingby, saliendo con ella bajo el brazo por todo el morro —¿quién dijo que era un cobarde?—, pero el contenido...

Desenvolvió el Dajm, le pegó un buen mordisco, disfrutó de aquel rechinar crujiente entre los dientes y abrió su cuaderno. El primer recorte era de la revista *Hemnets Journal*: la historia de una envenenadora de Estados Unidos de los años cuarenta. Había conseguido envenenar con arsénico a catorce viejos antes de que fuera encarcelada, juzgada y ejecutada en la silla eléctrica. Había pedido ser ejecutada con veneno, bastante comprensible, pero el Estado en el que había actuado empleaba la silla, y fue la silla.

Ése era uno de los sueños de Oskar: presenciar una ejecución en la silla eléctrica. Había leído que la sangre se empezaba a cocer, que el cuerpo se retorció en ángulos imposibles. Se imaginaba también que el pelo se prendía, pero de esto no tenía confirmación escrita.

Absolutamente grandioso, de todos modos.

Siguió hojeando. El siguiente recorte era de *Aftonbladet* y trataba de un descuartizador sueco. Bastante mala la foto de carné. Parecía una persona cualquiera. Sin embargo había matado a dos chaperos en su propia sauna, los había descuartizado con una motosierra eléctrica y los había enterrado allí mismo. Oskar se comió el

último bocado del Dajm mientras observaba detenidamente la cara de aquel hombre. Una persona cualquiera.

Podría ser yo dentro de veinte años.

Håkan había encontrado el sitio perfecto en el que permanecer al acecho, con una buena vista sobre el sendero del bosque en las dos direcciones. En el bosque, más adentro, descubrió una hondonada resguardada con un árbol en medio y había dejado allí la bolsa con las herramientas. El pequeño frasco de halotano colgaba de una trabilla bajo el abrigo.

Ya no podía hacer más que esperar.

*Yo también quise una vez ser mayor
y tan inteligente como mi padre y mi madre...*

No había oído a nadie cantar esa canción desde que iba a la escuela. ¿Era de Alice Tegnér? Imagínate la cantidad de canciones bonitas desaparecidas que nadie cantaba ya. En general, cuántas cosas bonitas habían desaparecido.

Ningún respeto por lo bello. Era característico de la sociedad actual. Las obras de los grandes maestros podían emplearse a lo sumo como referencias irónicas, o como propaganda. *La creación de Adán* de Miguel Ángel, donde en vez del soplo de vida ponen un par de vaqueros.

Todo el mérito de la composición, como él lo veía, eran esos cuerpos monumentales que convergían sólo en dos dedos índices que casi, pero sólo casi, llegaban a tocarse. Entre ellos había un vacío milimétrico. Y en aquel espacio vacío: la vida. La grandeza escultural de la imagen y la riqueza de los detalles eran sólo un marco, un fondo para realzar mejor el vacío mínimo del centro. El punto vacío que contenía todo.

Y en su lugar habían colocado un par de vaqueros.

Alguien llegaba por el sendero. Se agachó con el corazón palpitándole en los oídos. No. Señor mayor con perro. Doble fallo. En parte por el perro, al que tendría que hacer callar primero; en parte, por la mala calidad.

Mucho ruido y pocas nueces. Alt.

*Demasiados gritos para tan poca lana, dijo el que tomó por oveja a un cerdo. Alt.
Canta la rana y no tiene pelo ni lana.*

Miró el reloj. En menos de dos horas se haría de noche. Si no llegaba nadie adecuado en una hora, tendría que coger al primero que pasase. Debía estar en casa antes de que oscureciera.

El hombre decía algo. ¿Le habría visto? No, hablaba con el perro.

—Sííí, vaya ganas que tenías de hacer pis, chiquitina. Cuando lleguemos a casa te voy a dar paté. Papá te dará una buena rodaja de paté.

El frasco de halotano se le clavó a Håkan en el pecho cuando se llevó las manos a la cabeza suspirando. Pobre hombre. Pobres de las personas que están solas en un mundo sin belleza.

Sintió frío. El viento se había vuelto más frío por la tarde y pensó en ir a buscar el chubasquero a la bolsa, ponérselo por encima para protegerse del viento. No. Eso le restaría movilidad cuando necesitaba actuar con rapidez. Además, podía despertar sospechas antes de tiempo.

Pasaron dos chicas de unos veinte años. No. No podía con dos. Captó algún fragmento de la conversación:

—... que ella se va a quedar... con él ahora.

—... un mono. Él tiene que comprender que él...

—... culpa de ella que... las píldoras...

—Pero está claro que él tiene que...

—... imagínate... ése como padre...

Alguna compañera que estaba embarazada. Un chico que no asumía su responsabilidad. Así estaban las cosas. Continuamente. Todos pensaban nada más que en sí mismos y en lo suyo. *Mi* felicidad, *mi* éxito era lo único que se oía. Amor es poner la vida a los pies del otro, y de eso son incapaces las personas de hoy día.

El frío penetraba en sus articulaciones, iba a actuar con torpeza hiciera lo que hiciera. Metió la mano dentro del abrigo, apretó la palanca del gas. Un ruido silbante. Funcionaba. Dejó de apretar.

Se dio unas palmadas en los costados. Ojalá venga alguien ahora. Solo. Miró el reloj. Media hora más. Ojalá venga alguien ahora. Por la vida y por el amor.

Mas de corazón niño yo quiero ser, pues de los niños el reino de Dios es.

Había empezado a anochecer cuando Oskar terminó de mirar su cuaderno de recortes y de comerse todas las golosinas. Como solía ocurrirle después de comer tantas chucherías, se sentía pesado y vagamente culpable.

Mamá no llegaría hasta dentro de dos horas. Entonces comerían. Después él haría los deberes de inglés y los de mates. Luego puede que leyera un libro, o que viera la tele con mamá. Nada especial por la tele esa noche. Más tarde tomarían un vaso de leche chocolateada y comerían unos bollos, hablarían un rato. Después se acostaría, le costaría quedarse dormido pensando en el día siguiente.

Si tuviera alguien a quien llamar. Podía, claro está, llamar a Johan con la esperanza de que no tuviera otra cosa mejor que hacer.

Johan iba a su clase y se lo pasaban bastante bien cuando estaban juntos, pero si podía elegir, no elegía a Oskar. Era Johan el que le llamaba cuando se aburría, no al

revés.

El piso estaba en silencio. No pasaba nada. Las paredes de hormigón se le echaban encima. Estaba sentado en la cama con las manos en las rodillas, el estómago lleno de golosinas.

Como si fuera a ocurrir algo. Ahora.

Prestó atención. Un terror pegajoso se fue apoderando de él. Algo se acercaba. Un gas incoloro se filtraba a través de las paredes, amenazaba con tomar forma, engullirlo. Permaneció quieto, conteniendo la respiración y escuchando. Esperó.

El momento pasó. Oskar comenzó a respirar de nuevo.

Fue a la cocina, bebió un vaso de agua y sacó el cuchillo más grande que había en la placa magnética. Probó el filo en la uña del dedo gordo, como papá le había enseñado. Desafilado. Pasó el cuchillo por el afilador un par de veces y volvió a probar. Una viruta microscópica salió de la uña del dedo gordo.

Bien.

Envolvió el cuchillo con un periódico a modo de funda provisional, lo pegó con celo y se apretó el paquete entre la cintura del pantalón y la cadera izquierda. Sólo sobresalía el mango. Probó a andar. La hoja le impedía el movimiento de la pierna izquierda y lo inclinó a lo largo de la ingle. Incómodo, pero funcionaba.

En el pasillo se puso la cazadora. Entonces se acordó de todos los papeles de las golosinas que estaban esparcidos por el suelo de su habitación. Los recogió, hizo una pelota con ellos y se la metió en el bolsillo, no fuera a ser que mamá llegara a casa antes que él. Podría dejar los papeles debajo de alguna piedra en el bosque.

Comprobó una vez más que no había dejado ningún rastro.

El juego había empezado. Él era un temido asesino en serie. Había asesinado ya a catorce personas con su afilado cuchillo, sin dejar ni una sola pista tras de sí. Ni un pelo, ni un papel de golosinas. La policía le temía.

Ahora iría al bosque a buscar a su próxima víctima.

Curiosamente, ya sabía cómo se llamaba ésta, qué aspecto tenía: Jonny Forsberg, con el pelo largo y los ojos grandes y mezquinos. Iba a tener que rezar y suplicar por su vida, gritar como un cerdo, pero en vano. El cuchillo tendría la última palabra y la tierra iba a beber su sangre.

Oskar había leído esas palabras en algún libro, y le gustaron. «La tierra beberá su sangre».

Mientras cerraba la puerta de casa y llegaba a la del portal con la mano izquierda apoyada en el mango del cuchillo, iba repitiéndolas como si fueran un mantra:

La tierra beberá su sangre. La tierra beberá su sangre.

El arco por el que había entrado antes en el patio estaba en el extremo derecho del edificio, pero él fue a la derecha, pasó dos portales y salió por el paso por el que los coches tenían acceso a la zona. Abandonó la fortaleza interior. Cruzó la calle Ibsen y siguió cuesta abajo. Abandonó la fortaleza exterior. Siguió bajando hacia el bosque.

La tierra beberá su sangre.

Por segunda vez aquel día, Oskar se sintió casi feliz.

Quedaban sólo diez minutos del tiempo que Håkan se había fijado cuando un chico que iba solo apareció por el camino. Por lo que podía apreciar, de unos trece o catorce años. Perfecto. Había pensado bajar corriendo agachado hacia el otro extremo del camino y salir allí al encuentro de su elegido.

Pero ahora las piernas se le habían quedado totalmente bloqueadas. El chico avanzaba tranquilo por el camino y no había tiempo que perder. Cada segundo que pasaba reducía las posibilidades de una actuación sin mácula. Pero las piernas se negaban a moverse. Estaba allí paralizado mirando mientras el elegido, el perfecto, avanzaba, pronto a su misma altura, justo delante de él. Pronto demasiado tarde.

Tengo que. Tengo que. Tengo que.

Si no lo hacía, tendría que suicidarse. No podía llegar a casa sin aquello. Era así. El chico o él. Cuestión de elegir.

Se puso en movimiento demasiado tarde. Dando tropezones por el bosque llegó a la altura del muchacho en lugar de haber salido a su encuentro en el sendero, tranquilo y natural. Idiota. Patoso. Ahora el chaval podría sospechar, estar alerta.

—¡Oye! —le gritó—. ¡Perdona!

El chico se paró. Al menos no echó a correr, menos mal. Tenía que decir algo, preguntar algo. Avanzó hasta él, que permanecía a la espera en el camino.

—Sí, perdón, pero... ¿qué hora es?

El chaval miró de reojo el reloj de pulsera de Håkan.

—Sí, el mío se ha parado.

El chico parecía tenso mientras miraba su reloj de pulsera. No podía hacer otra cosa. Håkan metió la mano dentro del abrigo y puso el dedo índice sobre la palanca del dosificador mientras esperaba la respuesta del chico.

Oskar bajó hasta la imprenta y torció por el sendero del bosque. La pesadez de estómago había desaparecido, sustituida por una tensión embriagadora. En el camino de bajada hacia el bosque la fantasía lo había envuelto y ahora era realidad.

Veía el mundo con los ojos de un asesino, o tanto como la fantasía de un niño de trece años podía captar de los ojos de un asesino. Un mundo bello. Un mundo en el que él tenía el control, que temblaba ante su decisión.

Avanzó por el camino del bosque, buscando a Jonny Forsberg.

La tierra beberá su sangre.

Empezaba a anochecer y los árboles le rodeaban como una muchedumbre muda, expectantes ante el más mínimo movimiento del criminal, temerosos de que alguno de ellos fuera el elegido. Pero el asesino se movía entre ellos, ya había vislumbrado a su víctima.

Jonny Forsberg se encontraba en un montículo a unos cincuenta metros del camino. Tenía las manos en las caderas, su sonrisa socarrona estampada en la cara. Creía que iba a pasar lo de siempre. Que le forzaría a tirarse al suelo y, agarrándole de la nariz, le metería agujas de pino y musgo en la boca, o algo por el estilo.

Qué equivocado estaba. No era Oskar quién llegaba, era el Asesino, y las manos del Asesino asieron con fuerza el mango del cuchillo, preparándose.

El Asesino avanzó despacio, con dignidad, hasta llegar frente a Jonny Forsberg, y mirándole a los ojos dijo:

—Hola, Jonny.

—Hola, Cerdito. ¿Te dejan estar fuera tan tarde? El Asesino sacó su cuchillo. Y lo clavó.

—Las cinco y cuarto, o así.

—Vale. Gracias.

El chico no se iba. Se quedó parado mirando a Håkan, que intentaba dar un paso. Estaba quieto, siguiéndole con la mirada. Esto se iba a la mierda. Desde luego el chaval sospechaba algo. Una persona había salido con mucho jaleo de en medio del bosque para preguntar la hora y ahora estaba allí como Napoleón con la mano dentro del abrigo.

—¿Qué llevas ahí?

El chico apuntaba hacia la zona del corazón. Tenía la mente en blanco, no sabía ni qué iba a hacer. Sacó el envase y se lo enseñó.

—¿Qué mierda es ésa?

—Halotano.

—¿Para qué lo llevas?

—Para... —tocó con los dedos la mascarilla revestida de espuma mientras intentaba encontrar algo que decir. No sabía mentir. Ésa era su desgracia—. Bueno... porque... lo necesito para el trabajo.

—¿Qué trabajo?

El chico había bajado un poco la guardia. Una bolsa de deporte parecida a la que él mismo había dejado arriba, en la hondonada, colgaba de la mano del chaval. Con la mano que sujetaba el envase hizo un gesto hacia la bolsa.

—¿Vas a algún entrenamiento o así?

Cuando el chico miró hacia la bolsa, aprovechó su oportunidad.

Abrió los dos brazos, con la mano que tenía libre sujetó la cabeza del muchacho por la nuca, le puso la mascarilla en la boca y apretó el dosificador hasta el tope. Se escuchó un sonido silbante como el de una gran serpiente, el chico intentaba liberar la cabeza, pero la tenía inmovilizada entre las manos de Håkan como en una tenaza desesperada.

Se tiró hacia atrás y Håkan con él. El silbido de la serpiente ahogó los demás

sonidos cuando ambos cayeron sobre el serrín del sendero. Convulsivamente Håkan apretó la cabeza del muchacho entre sus manos y mantuvo la mascarilla en su sitio mientras rodaban por el suelo.

Tras un par de inspiraciones profundas el chaval comenzó a tranquilizarse. Håkan mantuvo la mascarilla en su sitio y echó una ojeada alrededor.

Ningún testigo.

El silbido del gas se le metía en el cerebro como una mala migraña. Fijó el tope del dosificador y, con esa mano libre, cogió la goma y la pasó por la cabeza del muchacho. La mascarilla estaba lista.

Se levantó con los brazos doloridos y miró a su presa.

Yacía con los brazos separados del cuerpo, la mascarilla le cubría la nariz y la boca y tenía la botella de halotano sobre el pecho. Håkan miró otra vez a su alrededor, recogió la bolsa del chico y se la puso a éste sobre la tripa. Luego levantó todo el paquete en brazos y lo llevó hacia la hondonada.

Pesaba más de lo que él creía. Mucho músculo. Peso muerto.

Iba jadeando por el esfuerzo que suponía llevar su carga por el terreno húmedo mientras el silbido del gas cortaba sus oídos como un cuchillo de sierra. Resoplaba alto conscientemente para alejar el sonido.

Con los brazos entumecidos y el sudor corriéndole por la espalda llegó por fin a la hondonada. Allí depositó al muchacho en el punto más bajo. Luego se echó junto a él. Cerró la botella de halotano y retiró la mascarilla. No se oía nada. El pecho del chico subía y bajaba. Se despertaría dentro de ocho minutos, como máximo. Pero no lo haría.

Håkan, echado al lado del chaval, estudiaba su cara, acariciándola con el dedo. Luego se le acercó más, tomó el cuerpo inerte entre sus brazos, lo apretó contra el suyo. Le besó con ternura en la mejilla, le susurró al oído «perdona» y se levantó.

Se le saltaban las lágrimas al ver aquel cuerpo indefenso en el suelo. Todavía podía evitarlo.

Mundos paralelos. Un pensamiento para consolarse.

Había un mundo paralelo en el que él no hacía lo que se disponía a hacer. Un mundo en el que ahora él se iba, dejaba que el chico se despertara y se preguntara qué había sucedido.

Pero no en este mundo. En este mundo se dirigía a su bolsa y la abría. Tenía prisa. Rápidamente se puso el impermeable encima de la ropa y sacó el instrumental. El cuchillo, una cuerda, un embudo grande y un bidón de plástico de cinco litros.

Puso todo en el suelo al lado del muchacho, observó el cuerpo joven por última vez. Luego cogió la cuerda y empezó a trabajar.

Apuñaló y apuñaló y apuñaló. Tras el primer golpe, Jonny había comprendido que ésta no iba a ser como las otras veces. Con la sangre chorreando de un corte profundo

en la mejilla intentaba esquivarle, pero el Asesino era más rápido. Otro par de cortes y le seccionó los tendones por la parte posterior de las rodillas. Jonny se desplomó; en el suelo y retorciéndose, pedía clemencia.

Pero el Asesino no se dejó conmovido. Jonny chillaba como un... cerdo cuando el Asesino se tiró sobre él y la tierra bebió su sangre.

Una cuchillada por lo de hoy en los lavabos. Otra por cuando me engañaste para que jugase al póquer de los nudillos. Los labios te los corto por todas las burradas que me has dicho.

Jonny sangraba por todos los orificios y ya no podía decir o hacer nada malo. Llevaba muerto un rato. Oskar lo remató reventándole los globos oculares que miraban fijamente, *tjick, tjick*, se levantó y observó su obra.

Buena parte del árbol caído y podrido que había hecho las veces de Jonny estaba hecho astillas y con el tronco perforado por los cortes. Las astillas se esparcían por el suelo alrededor del árbol sano que había hecho de Jonny cuando estaba en pie.

La mano derecha, con la que empuñaba el cuchillo, sangraba. Un pequeño corte casi en la muñeca; debía de habersele resbalado el cuchillo al dar los golpes. No era un buen cuchillo para esa tarea. Se chupó la mano, limpiándose la herida con la lengua. Era de Jonny la sangre que se estaba bebiendo.

Se limpió los últimos restos de sangre con la funda de papel de periódico, introdujo dentro el cuchillo y comenzó a caminar hacia casa.

El bosque, que desde hacía un par de años le parecía amenazador, un refugio para sus enemigos, era ahora su casa y amparo. Los árboles se apartaban con respeto a su paso. No sentía ni siquiera una pizca de miedo, aunque empezaba a oscurecer del todo. Ninguna inquietud al pensar en el día siguiente: que trajera consigo lo que quisiera. Aquella noche iba a dormir bien.

Cuando llegó otra vez al patio se sentó un momento en el borde del parquecito de arena para tranquilizarse un poco antes de subir a casa. Mañana tendría que conseguir un cuchillo mejor, un cuchillo con seguro de parada, o como se llamara... deslizamiento, para no cortarse de nuevo. Porque aquello lo iba a repetir más veces.

Era un buen juego.

Jueves 22 de Octubre

La madre de Oskar tenía lágrimas en los ojos cuando le tomó la mano y se la apretó.

—Tienes absolutamente prohibido ir más al bosque, ¿lo oyes?

Un chico de la edad de Oskar había sido asesinado ayer en Vällingby. Había salido en todos los periódicos de la tarde y mamá estaba totalmente fuera de sí cuando llegó a casa.

—Podías haber sido... No quiero ni pensarlo.

—Pero si fue en Vällingby.

—¿Y tú crees que alguien que se mete con niños no podría coger el metro dos estaciones? ¿O andar? ¿Venir aquí, a Blackeberg, y hacer lo mismo otra vez? ¿Sueles ir al bosque?

—No.

—A partir de ahora no saldrás del patio hasta que esto... Hasta que lo encierren.

—¿Entonces no voy a ir a la escuela?

—Claro está que vas a ir a la escuela. Pero después de la escuela te vienes directamente a casa y no sales del patio hasta que yo llegue.

—¿Y luego?

En los ojos de la madre la tristeza se mezcló con el enfado.

—¿Quieres que te mate? ¿Eh? ¿Vas a ir al bosque y que te asesinen y yo aquí esperándote inquieta mientras que tú yaces en el bosque y eres... bestialmente descuartizado por alguien?

Las lágrimas arrasaron sus ojos. Oskar le cogió la mano.

—No iré al bosque. Te lo prometo.

Mamá le acarició la mejilla.

—Cariño mío. Tú eres todo lo que tengo. Que no te pase nada, porque entonces me muero yo también.

—Mmm. ¿Cómo ha sido?

—¿Qué?

—Eso. El asesinato.

—No sé muy bien. Fue asesinado por algún loco con un cuchillo. Está muerto. A sus padres les han destrozado la vida.

—¿No viene en el periódico?

—No he tenido fuerzas para leerlo.

Oskar cogió el *Expressen* y lo hojeó. Cuatro páginas dedicadas al asesinato.

—No leas eso.

—No, sólo echo un vistazo. ¿Puedo coger el periódico?

—No leas eso. No es bueno para ti con tanto terror y todo eso que lees.

—Sólo voy a mirar si hay algo en la tele.

Oskar se levantó para irse a su habitación con el periódico. Su madre le abrazó torpemente y apretó su húmeda mejilla contra la de él.

—Corazón mío. ¿Tú entiendes que esté preocupada? Si algo te ocurriera...

—Lo sé, mamá. Lo sé. Tengo cuidado.

Oskar le devolvió el abrazo sin muchas ganas y luego se zafó, se dirigió a su habitación secándose las lágrimas de su madre de la mejilla. Aquello era absolutamente increíble.

Parecía que ese chico había sido asesinado al mismo tiempo que él había estado en el bosque jugando. Por desgracia, no había sido Jonny Forsberg el muerto, sino algún chaval desconocido de Vällingby.

El ambiente había sido fúnebre en Vällingby por la tarde. Había visto las portadas de los periódicos antes de ir allí y a lo mejor eran sólo imaginaciones suyas, pero le pareció que la gente en la plaza había hablado más bajo, caminando más despacio que de costumbre.

En la ferretería había mangado un cuchillo de caza increíblemente bonito que costaba trescientas coronas. Llevaba preparada una excusa en el caso de que lo pillaran:

—Perdóneme, señor. Pero es que tengo tanto miedo del asesino.

Seguramente habría podido provocar también alguna lágrima, si de eso hubiera dependido. Le habrían dejado marchar. Seguro. Pero no lo pillaron, y el cuchillo estaba ya en el escondite junto al cuaderno de recortes.

Tenía que pensar.

¿Sería posible que su juego hubiera influido de alguna manera en aquel asesinato? No lo creía, pero no se podía desechar del todo esa idea. Los libros que leía estaban llenos de esas cosas. Un pensamiento en un lugar provocaba un suceso en otro. Telequinesia, vudú.

Pero ¿exactamente dónde, cuándo y, sobre todo, cómo había ocurrido el crimen? Si se trataba de un gran número de cuchilladas sobre un cuerpo tendido en el suelo, entonces tendría que considerar la posibilidad de que él sencillamente tenía un extraordinario poder en sus manos. Un poder que tenía que asumir y aprender a dirigir.

Y si... EL ÁRBOL fuera... el médium.

El árbol podrido en el que él había golpeado. Que fuera algo especial con ese árbol precisamente, que provocaba que lo que uno hacía contra el árbol luego... se extendía.

Detalles.

Oskar leyó todos los artículos que trataban del asesinato. El policía que había ido a su escuela a hablar de las drogas estaba en una de las fotos. No podía pronunciarse. Aguardaban la llegada de los especialistas del laboratorio forense para que aseguraran las pruebas. Había que esperar. Una foto del chico asesinado, sacada del álbum escolar. Oskar no lo había visto antes. Parecía del mismo tipo que Jonny o Micke. Tal

vez había también un Oskar en la escuela de Vällingby que ahora se sentía liberado.

El chico se dirigía a un entrenamiento de balonmano en el polideportivo de Vällingby y nunca llegó allí. El entrenamiento empezaba a las cinco y media. El chico probablemente había salido de su casa sobre las cinco. En algún momento dentro de ese intervalo... Oskar sintió una especie de vértigo. Coincidió exactamente. Y había sido asesinado en el bosque.

—¿Es así? ¿Soy Yo el que...?

Una chica de dieciséis años había encontrado el cuerpo sobre las ocho de la tarde y había llamado a la policía de Vällingby. La muchacha, que había sufrido «una fuerte conmoción», precisó ayuda médica. Nada acerca del estado en que se encontraba el cuerpo. Pero eso de que la chica sufrió «una fuerte conmoción» tenía que significar que el cuerpo estaba mutilado de alguna manera. Si no, escribirían sólo «una conmoción».

¿Qué hacía la chica de noche en el bosque? Probablemente irrelevante. Coger piñas, lo que fuera. ¿Pero por qué no decía nada de cómo había sido asesinado el muchacho? Lo único que había era una fotografía del lugar del crimen. La cinta de plástico roja y blanca de la policía acordonando una anodina hondonada en el bosque, con un árbol grande en el centro.

Mañana y pasado aparecerían fotografías del mismo lugar, pero lleno de velas encendidas y carteles con «¿POR QUÉ?» y «TE ECHAMOS DE MENOS». Oskar conocía esa cantinela, tenía varios casos parecidos en su cuaderno de recortes.

Probablemente todo era una simple casualidad. Pero y si...

Oskar escuchó detrás de la puerta. Su madre estaba fregando. Se tumbó en la cama boca abajo y rebuscó el cuchillo de caza. La empuñadura se adaptaba a la forma de la mano y el cuchillo pesaba seguro tres veces más que el otro de cocina que había tenido ayer.

Se levantó y se puso de pie en mitad de la habitación con el cuchillo en la mano. Era bonito, daba poder a la mano que lo empuñaba.

Tintineo de platos desde la cocina. Dio varias cuchilladas al aire. El Asesino. Cuando aprendiera a dirigir su fuerza, Jonny, Micke y Tomas no podrían acosarlo nunca más. Iba a hacer otro intento, pero se detuvo. Alguien podía verlo desde el patio. Fuera estaba oscuro y su habitación encendida. Echó una ojeada al patio, pero no vio más que su propia imagen en el cristal de la ventana.

El Asesino.

Devolvió el cuchillo a su escondite. Aquello sólo era un juego. Algo así no ocurre en la realidad. Pero necesitaba conocer los detalles. Necesitaba saberlo ahora.

Tommy estaba sentado en la butaca hojeando una revista de motos, asintiendo con la cabeza y runruneando. De vez en cuando levantaba la revista hacia Lasse y Robban, que estaban sentados en el sofá, para mostrarles alguna fotografía especialmente

interesante, con algún comentario acerca del volumen de los cilindros o la velocidad. La bombilla desnuda del techo se reflejaba en el papel brillante lanzando pálidos reflejos sobre la pared de cemento, y las de madera.

Los tenía en ascuas.

La madre de Tommy salía con Staffan, que trabajaba en la policía de Vällingby. A Tommy no le gustaba nada Staffan, no, todo lo contrario. Un tipo pegajoso que siempre andaba señalando con el dedo. Religioso, además. Pero, a través de su madre, Tommy se enteraba de algunas cosas que, en realidad, Staffan no debería contar a su madre, y que su madre, en realidad, no debería contar a Tommy, pero...

De esa manera, por ejemplo, se había enterado de cómo andaba la investigación en el caso del robo de la tienda de música y radio en la plaza de Islandstorget que él, Robban y Lasse habían cometido.

Ningún rastro de los delincuentes. Su madre había dicho eso exactamente: «Ningún rastro de los delincuentes». Palabras de Staffan. No tenían ni siquiera la descripción del coche.

Tommy y Robban tenían dieciséis años y estaban en primero de bachillerato. Lasse tenía diecinueve y algún fallo en la cabeza, trabajaba clasificando placas de chapa para LM Ericsson en Ulvsunda. Pero tenía carné de conducir. Y un Saab blanco del 74 al que ellos habían cambiado el número de la matrícula con un rotulador antes del robo. Para nada, puesto que nadie había visto el coche.

El botín lo habían guardado en el refugio en desuso, que estaba enfrente del trastero que hacía las veces de local de su club. Habían cortado la cadena de la puerta con unas tenazas y puesto un candado nuevo. No sabían aún cómo iban a deshacerse de todo, la cosa había sido el robo en sí. Lasse había vendido un radiocasete a un compañero de trabajo por doscientas, pero eso era todo.

Además, les había parecido más seguro no sacar las cosas durante un tiempo. Y, sobre todo, no dejar que Lasse se ocupara de la venta, puesto que... *le faltaba un hervor*, como decía su madre. Pero ya habían pasado dos semanas desde el robo y además a la policía le habían salido otras muchas cosas en las que pensar.

Tommy hojeó el periódico y rio para sí. Sí, sí. Otras muchas cosas en las que pensar. Robban tamborileaba con golpes restallantes en la pierna.

—Venga, vamos. Cuéntanoslo. Tommy alzó la revista hacia él.

—Kawasaki. Trescientos cúbicos. Inyección directa y...

—Deja de hacer el tonto. Cuéntalo ahora.

—¿Qué?, ¿lo del asesinato?

—Sí.

Tommy se mordió el labio, haciendo como si estuviera pensando.

—Cómo era esto...

Lasse echó su largo cuerpo hacia delante en el sofá, se dobló como una navaja.

—¡Vamos! ¡Cuéntanoslo!

Tommy dejó el periódico y miró fijamente a Lasse.

—¿Estás seguro de que quieres oírlo? Es bastante espeluznante.

—¡Ah!

Lasse se hizo el valiente, pero Tommy notó el desasosiego en sus ojos. No hacía falta más que hacer una mueca fea, hablar con la voz rara sin parar, para que Lasse tuviera miedo de verdad. Una vez, Tommy y Robban se habían disfrazado de zombis con las pinturas de la madre de Tommy, habían aflojado la bombilla del techo y habían esperado a Lasse. La cosa terminó con Lasse cagándose en los pantalones y Robban salió con un moratón en el mismo sitio donde antes se había puesto sombra de ojos azul oscura. Después de aquello se cuidaron mucho de asustar a Lasse.

Lasse se movía ahora en el sofá, cruzando los brazos sobre el pecho como para demostrar que estaba dispuesto a todo.

—Bueno, es que... esto no ha sido precisamente un asesinato normal, por así decirlo. Encontraron al chico... colgando en un árbol.

—¿Cómo? ¿Colgado? —preguntó Robban.

—Sí, colgado. Pero no del cuello. De los pies. Colgaba boca abajo, vamos. En el árbol.

—Pero de eso no se muere nadie.

Tommy miró detenidamente a Robban, como si ése fuera un punto de vista interesante, luego continuó:

—No. Claro que no. Pero también tenía el cuello cortado. Y de eso sí que se muere uno. Todo el cuello. Cortado. Como un... melón. —Se pasó el dedo índice por el cuello para demostrar cómo había ido el cuchillo.

Lasse se llevó la mano al cuello como para protegerlo, negando lentamente con la cabeza.

—Pero ¿por qué estaba colgado de esa manera?

—¿Y tú qué crees?

—No sé.

Tommy se pellizcó el labio inferior mientras ponía cara de estar pensando.

—Ahora vais a oír lo más raro de todo. Si uno le corta a alguien el cuello para que éste muera, entonces sale mucha sangre. ¿No es así?

Lasse y Robban asintieron. Tommy calló un momento ante la expectación de los otros antes de soltar la bomba.

—Pues en el suelo, debajo, donde colgaba el chico, no había casi nada de sangre. Sólo unas gotas. Y tuvo que haber expulsado unos cuantos litros estando allí colgado.

El cuarto del sótano se quedó en silencio. Lasse y Robban miraban fijamente al frente con ojos inexpresivos hasta que Robban, irguiéndose, dijo:

—Ya lo sé. Fue asesinado en otro sitio. Y después colgado allí.

—Mmm. Pero en ese caso, ¿por qué lo colgó el asesino? Si uno ha matado a alguien lo que quiere es deshacerse del cadáver.

—Tal vez se trate de... un enfermo mental.

—Puede. Pero yo creo otra cosa. ¿Habéis visto un matadero? ¿Cómo hacen con

los cerdos? Antes de cortarlos les sacan toda la sangre. ¿Y sabéis cómo lo hacen? Los cuelgan boca abajo. En un gancho. Y les cortan el cuello.

—O sea que tú crees... ¿Cómo? ¿Que el chico... que el asesino pensaba despedazarlo?

—¿Eeeeh?

Lasse miró con incredulidad a Tommy y a Robban, y de nuevo a Tommy, para ver si le estaban tomando el pelo. Pero no vio ninguna señal de que fuera así y dijo:

—¿Hacen eso? ¿Con los cerdos?

—Sí. ¿Qué pensabas tú?

—Pues que lo hacía algún tipo de... máquina.

—¿Y te parece que eso sería mejor?

—No, pero... ¿están vivos entonces?, ¿cuándo los... cuelgan?

—Sí. Están vivos. Y patalean. Y chillan.

Tommy imitó a un cerdo chillando y Lasse se hundió en el sofá mirándose las rodillas. Robban se levantó, dio una vuelta y se volvió a sentar en el sofá.

—Pero eso no encaja. Si el asesino pensaba descuartizarlo, tendría que haber sangre.

—Eso lo has dicho tú, que pensaba descuartizarlo. Yo no lo creo.

—¿No? ¿Qué piensas tú entonces?

—Yo creo que lo que buscaba era la sangre. Que por eso mató al chico. Para sacarle la sangre. Y que se la llevó.

Robban asintió lentamente con la cabeza mientras con el dedo se rascaba la costra de una espinilla grande en la comisura de la boca.

—Pero ¿para qué? ¿Para beberla, o para qué?

—Sí. Por ejemplo.

Tommy y Robban se hundieron en representaciones mentales del asesinato y de lo que habría ocurrido luego. Después de un rato, Lasse levantó la cabeza y los interrogó con la mirada. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Se mueren pronto los cerdos?

Tommy le miró duramente a los ojos.

—No.

—Salgo un momento.

—No...

—Salgo sólo al patio.

—No te irás a ningún otro sitio, ¿verdad?

—Que no.

—Te llamo cuando sea la hora.

—No. Ya vengo yo. Tengo reloj. *No* me llames.

Oskar se puso la cazadora, el gorro. Se detuvo cuando iba a meter un pie en la bota.

Fue con sigilo hasta su habitación y cogió el cuchillo, se lo guardó dentro de la cazadora. Se ató las botas. Se oyó de nuevo la voz de su madre desde el cuarto de estar:

—Hace frío fuera.

—Tengo el gorro.

—¿En la cabeza?

—No. En el pie.

—No es para hacer bromas. Ya sabes lo que te pasa...

—Hasta luego.

—... con los oídos.

Salió, miró el reloj. Las siete y cuarto. Tres cuartos de hora hasta que empezara la tele. Seguro que Tommy y los otros estaban abajo, en el cuarto del sótano, pero no se atrevía a ir allí. Tommy era majo, pero los otros... Sobre todo si habían esnifado podían tener ideas raras.

Así que se dirigió al parque infantil que estaba en el centro del patio. Dos árboles gruesos que a veces usaban como porterías, un tobogán, un cajón con arena y tres columpios con neumáticos de coches colgando de las cadenas. Se sentó en uno de los neumáticos y se columpió despacio.

Le gustaba aquel sitio por la tarde. A su alrededor un gran cuadrado con cientos de ventanas iluminadas, y él sentado en la oscuridad. Seguro y solo al mismo tiempo. Sacó el cuchillo de la funda. La hoja era tan reluciente que podía ver las ventanas reflejadas en ella. La luna.

Una luna sangrienta...

Oskar se levantó del columpio, avanzó con sigilo hasta estar frente a uno de los árboles, le habló:

—¿Qué miras, idiota? ¿Quieres morir o qué?

El árbol no contestó y Oskar le clavó el cuchillo, con cuidado. No quería estropear el brillante filo.

—Eso es lo que pasa si alguien se queda mirándome.

Giró el cuchillo de forma que una pequeña astilla se desprendió del árbol. Un trozo de carne. Dijo en voz baja:

—Chilla como un cerdo, vamos.

Se quedó quieto. Le pareció haber oído algo. Echó una ojeada a su alrededor con el cuchillo pegado a la cadera. Lo levantó a la altura de los ojos, lo miró. La punta estaba tan reluciente como antes. Utilizando la hoja como espejo la orientó hacia la escalera del tobogán. Allí había alguien. Alguien que no estaba allí antes. Una figura borrosa contra el acero limpio. Bajó el cuchillo mirando directamente a lo alto del tobogán. Sí. Pero no era el asesino de Vällingby. Era un niño.

La luz era suficiente como para precisar que era una chica a la que no había visto nunca en el patio. Oskar dio un paso en dirección a la escalera. La chica no se movió. Se quedó allí arriba mirándole.

Dio otro paso y de pronto sintió miedo. ¿De qué? De sí mismo. Con el cuchillo fuertemente agarrado avanzaba hacia la chica para clavárselo.

Bueno, no era así, claro. Pero parecía así, por un momento. Y ella sin asustarse.

Oskar se detuvo, metió el cuchillo en la funda y lo guardó dentro de la cazadora.

—Hola.

La chica no contestó. Oskar estaba ya tan cerca de ella que podía ver que tenía el pelo oscuro, la cara pequeña, los ojos grandes. Unos ojos abiertos de par en par que lo miraban tranquilos. Sus manos descansaban blancas en una barra de la escalera.

—He dicho hola.

—Lo he oído.

—¿Y entonces por qué no has contestado?

La chica se encogió de hombros. Su voz no era tan clara como él había pensado que sería. Sonaba como alguien de su misma edad.

Parecía rara. Media melena negra. Cara redonda, nariz pequeña. Como una de esas muñecas recortables que salen en las páginas infantiles de la revista *Hemmets Journal*. Muy... bonita. Pero había algo. No tenía gorro ni cazadora. Sólo un fino jersey de color rosa, con el frío que hacía.

La chica señaló con la cabeza el árbol en el que Oskar había clavado el cuchillo.

—¿Qué haces?

Oskar se sonrojó, pero en la oscuridad no se notaría.

—Estoy practicando.

—¿Para qué?

—Por si viniera el asesino.

—¿Qué asesino?

—El de Vällingby. El que acuchilló a ese chico.

La chica lanzó un suspiro y miró a la luna. Luego se inclinó hacia delante.

—¿Tienes miedo?

—No, pero un asesino, claro está, es... es, bueno, si uno puede... defenderse.

¿Vives aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

—Allí —la chica señalaba el portal que estaba al lado del de Oskar—. Al lado del tuyo.

—¿Y tú cómo sabes dónde vivo yo?

—Te vi antes, por la ventana.

A Oskar se le encendieron las mejillas. Mientras trataba de encontrar algo que decir, la chica saltó de la escalera y aterrizó delante de él. Un salto de más de dos metros.

Seguro que hace gimnasia o algo así.

Era casi exactamente igual de alta que él pero mucho más delgada. El jersey de color rosa se ceñía sobre su cuerpo delgado, sin asomo de pechos. Sus ojos eran

negros, enormes, en aquella cara pequeña y pálida. Levantó una mano delante de él, como si estuviera parando algo que se acercaba. Tenía los dedos largos, finos como ramitas.

—No puedo hacerme amiga tuya. Para que lo sepas.

Oskar se cruzó de brazos. Sintió los bordes de la funda del cuchillo bajo la mano a través de la cazadora.

—¿Y eso por qué?

Una de las comisuras de los labios de la muchacha se contrajo en una especie de sonrisa.

—¿Hace falta alguna razón? Te digo las cosas como son. Para que lo sepas.

—Sí, sí.

La chica se dio media vuelta y, alejándose de Oskar, caminó hacia su portal. Cuando había dado ya algunos pasos, Oskar dijo:

—¿Y crees que yo quiero ser amigo tuyo? Eres tonta de remate.

La chica se paró. Permaneció quieta un instante. Se dio media vuelta y fue otra vez donde estaba Oskar, se detuvo frente a él. Entrelazó los dedos y dejó caer los brazos.

—¿Qué has dicho?

Oskar cruzó los brazos aún más fuerte sobre el pecho, apretó la mano contra la empuñadura del cuchillo y miró al suelo.

—Que eres tonta... si dices eso.

—¿De verdad?

—Sí.

—Perdona entonces. Pero es así.

Permanecieron quietos, a medio metro el uno del otro. Oskar continuó mirando al suelo. Le llegó un olor extraño que venía de la chica.

Hacía un año que Bobby, su perro, había tenido una infección en las patas y al final tuvieron que sacrificarlo. El último día Oskar no había ido a la escuela, se había quedado en casa echado durante varias horas al lado del perro enfermo, despidiéndose de él. Bobby le había olido entonces como la chica ahora. Oskar arrugó la nariz.

—¿Eres tú la que huele tan raro?

—Puede ser.

Oskar levantó la vista del suelo. Se arrepentía de lo que había dicho. Parecía tan... frágil con ese jersey tan fino. Quitó los brazos del pecho e hizo un gesto hacia ella.

—¿No tienes frío?

—No.

—¿Por qué no?

La muchacha alzó las cejas, arrugó la cara y pareció por un momento mucho, mucho más mayor de lo que era. Como una mujer vieja a punto de echarse a llorar.

—Habré olvidado cómo se hace.

La chica se dio rápidamente la vuelta y fue hacia su portal. Oskar se quedó allí mirándola. Cuando llegó delante de la pesada puerta, Oskar pensó que tendría que empujar con las dos manos para poder abrirla. Pero ocurrió lo contrario: cogió el picaporte con una mano y la abrió con tanta fuerza que golpeó contra el tope que había en el suelo, rebotó y se cerró tras ella.

Oskar se metió las manos en los bolsillos y se puso triste. Pensaba en Bobby. En el aspecto que tenía en la caja que su padre le había construido. En la cruz que él había hecho en la clase de trabajos manuales y que se rompió cuando la iban a clavar en el suelo helado.

Debería hacer una nueva.

Viernes 23 de Octubre

Håkan estaba sentado en el metro otra vez, en dirección al centro. Con diez billetes de mil coronas enrollados y atados con una goma en el bolsillo del pantalón. Con ellos iba a hacer algo bueno. Salvaría una vida.

Diez mil coronas era mucho dinero, y teniendo en cuenta las campañas de *Save the Children* que decían que «Mil coronas pueden dar comida a una familia entera durante un año» y otras por el estilo, debería de ser posible con diez mil coronas salvar una vida también en Suecia.

¿Pero la de quién? ¿Dónde?

Uno no podía ir alegremente dando el dinero al primer drogadicto que se encontrase y esperar que... no. Y tendría que ser una persona joven. Sabía que era una tontería, pero lo ideal sería uno de esos niños con lágrimas en los ojos como en los cuadros. Un niño que con lágrimas en los ojos cogiera el dinero y... ¿Y qué?

Se bajó en la estación de Odenplan sin saber por qué; caminó hacia la biblioteca pública. Mientras vivía en Karlstad, cuando trabajaba como profesor de sueco en los cursos superiores de la enseñanza obligatoria y todavía tenía una casa donde vivir, era de sobra conocido en el ambiente que la biblioteca pública de Estocolmo era un... buen sitio.

Hasta que no vio el gran cilindro de la biblioteca, conocido por las fotografías en libros y revistas, no supo que era por eso por lo que se había bajado aquí. Porque era un buen sitio. Alguien del ambiente, probablemente Gert, había contado lo que había que hacer para comprar sexo aquí.

Él no lo había hecho nunca. Lo de comprar sexo.

Una vez Gert, Torgny y Ove habían encontrado un chico cuya madre, una de las conocidas de Ove, había traído de Vietnam. El chico tendría unos doce años y sabía lo que se esperaba de él, le pagaban bien por ello. Sin embargo, Håkan no fue capaz. Había bebido un poco de su Bacardi con cola, disfrutando del cuerpo desnudo del chico dando vueltas por la habitación en la que se habían reunido. Pero luego se acabó.

A los otros, el chico se la había mamado de uno en uno, pero cuando le tocó el turno a Håkan se le hizo un nudo en el estómago. Toda la situación era demasiado asquerosa. La habitación olía a excitación, alcohol y semen. Una gota de esperma de Ove brillaba en la mejilla del chaval. Håkan apartó la cabeza del muchacho cuando se inclinaba sobre su entrepierna.

Los otros lo habían insultado; al final, puras amenazas. Él había sido testigo, tenía que ser cómplice. Lo ridiculizaron por sus escrúpulos, pero ése no era el problema. Sólo que era tan feo, todo. El apartamento de Åke, de una sola habitación, donde él solía pasar las noches; los cuatro sillones desiguales especialmente dispuestos para la

ocasión, la música de baile que salía por el estéreo.

Pagó su parte de la juerga y no volvió a ver a los otros. Él tenía sus revistas y fotografías, sus películas. Era suficiente. Era posible que además sintiera escrúpulos, que sólo en aquella ocasión se habían manifestado como una intensa aversión ante la situación.

Entonces, *¿por qué voy a la biblioteca?*

Podría coger un libro. El fuego de hacía tres años había devorado toda su vida, y con ella sus libros. Sí. *La joya de la Reina de Almqvist*, lo podía tomar prestado, antes de hacer su buena obra.

Estaba todo muy tranquilo en la biblioteca a esas horas de la mañana. Señores mayores y estudiantes, la mayoría. Enseguida encontró el libro que buscaba, leyó las primeras palabras.

*¡Tintomara! Dos cosas son blancas:
inocencia y arsénico.*

Lo volvió a dejar en la estantería. Malas sensaciones. Le recordaba su vida anterior.

Había amado aquel libro, lo había usado en la enseñanza. Leer las primeras palabras le había hecho añorar un sillón de lectura. Y un sillón de lectura tenía que estar en una casa que fuera suya, una casa llena de libros, y tendría que tener un trabajo de nuevo y tendría que... y quería. Pero había encontrado el amor, y él era el que imponía las condiciones ahora. Nada de sillones.

Se frotó las manos como para borrar las huellas del libro que habían sujetado y entró en una sala que había al lado.

Una mesa alargada con personas leyendo. Palabras, palabras, palabras. Al fondo de la sala se sentaba un chico joven con cazadora de cuero columpiándose en la silla mientras hojeaba sin mayor interés un libro con ilustraciones. Håkan se dirigió hacia allí e hizo como que examinaba los libros de geología mirando de reojo al muchacho de vez en cuando. Finalmente, el chico alzó la mirada y ambas se cruzaron; el chaval arqueó las cejas como preguntando:

—¿Quieres?

No, claro que no quería. El chico tenía unos quince años, con la cara aplanada de los europeos del este, espinillas y los ojos rasgados y profundos. Håkan se encogió de hombros y salió de la sala.

Fuera ya de la entrada principal el muchacho lo alcanzó, hizo un gesto con el dedo y preguntó:

—*Fire?*

Håkan negó con la cabeza.

—*Don't smoke.*

—*Okey.*

El chico sacó un encendedor de plástico, encendió un cigarrillo, le miró con los ojos entornados a través del humo.

—*What you like?*

—No, I...

—*Young? You like young?*

Se apartó del muchacho, alejándose de la entrada principal donde cualquiera podía verle. Necesitaba pensar. No había imaginado que esto fuera tan sencillo. Había sido una especie de juego, comprobar si era cierto lo que había dicho Gert.

El chico lo siguió, se puso a su lado junto al muro de piedra.

—*How? Eight, nine? Is difficult, but...*

—¡NO!

Parecía tan endiabladamente perverso. Un pensamiento tonto. Ni Ove ni Torgny habían tenido un aspecto... especial, en lo más mínimo. Hombres normales con trabajos normales. El único, Gert, que vivía de la inmensa herencia que le había dejado su padre y podía permitirse cualquier cosa, y después de sus muchos viajes al extranjero había empezado a tener un aspecto francamente repulsivo. Una flacidez alrededor de la boca, una película en los ojos.

El chico se calló cuando Håkan alzó la voz, observándolo a través de aquellas hendiduras que tenía por ojos. Dio otra calada al cigarrillo, lo tiró al suelo y lo pisó, extendió los brazos.

—*What?*

—*No, I just...*

El muchacho se le acercó un poco.

—*What?*

—*maybe... twelve?*

—*Twelve? You like twelve?*

—*I... yes.*

—*Boy.*

—*Yes.*

—*Okey. You wait. Number two.*

—*Excuse me?*

—*Number two. Toilet.*

—*Oh. Yes.*

—*Ten minutes.*

El chico se subió la cremallera de la cazadora y desapareció escaleras abajo.

Doce años. Cabina dos. Diez minutos.

Aquello era tonto, tonto de verdad. ¿Y si llegaba un policía? Tenían que estar al corriente de lo que pasaba allí después de tantos años. Entonces se jodió. Lo iban a relacionar con el trabajo que había realizado dos días antes y sería el fin de todo. No podía hacer aquello.

Voy hasta los servicios, sólo a ver qué tal resulta.

En los servicios no había nadie. Un urinario y tres cabinas. El número dos, lógicamente, sería el del medio. Puso una corona en la cerradura, abrió y entró, cerró

la puerta y se sentó en el retrete.

Las paredes de la cabina estaban llenas de pintadas. Nada que uno esperara encontrarse en una biblioteca pública. Alguna que otra cita literaria:

HARRY ME, MARRY ME, BURY ME, BITE ME.

Pero lo que más, dibujos obscenos y chistes:

«Mejor un pollo frito en la mano que una polla fría en el ano».

«No es lo mismo tubérculo que ver tu culo».

Y una cantidad increíblemente grande de números de teléfono a los que uno podía llamar si tenía algún deseo especial. Un par de ellos llevaban dibujos y seguramente eran auténticos. No sólo de alguien que quería tomar el pelo a otro.

Bueno. Ya había visto cómo era aquello. Ahora debería marcharse de allí. No podía estar seguro de qué se le ocurriría al de la cazadora de cuero. Se levantó, orinó, se sentó de nuevo. ¿Por qué había orinado? No había sido porque tuviera especialmente ganas. Él sabía por qué lo había hecho.

En caso de que...

La puerta de fuera se abrió. Contuvo la respiración. Algo dentro de él confiaba en que fuera un policía. Un hombre policía grandote que abriera la puerta de su cabina de una patada y lo maltratara con la porra antes de arrestarlo.

Voces bajas, pasos quedos, un golpe suave en la puerta.

—¿Sí?

Otro golpecito. Tragó un embarazoso nudo de saliva y abrió.

Fuera había un chico de once, doce años. Rubio, la cara con forma de cebolla. Labios delgados, ojos azules inexpresivos. Anorak rojo, algo grande para él. Justo detrás estaba el chaval más mayor con la cazadora de cuero. Enseñó cinco dedos.

—*Five hundred* —pronunciaba «hundred» como «chundred».

Håkan asintió y el chico mayor empujó con cuidado al menor dentro de la cabina y cerró la puerta. ¿No era mucho quinientas coronas? No es que importara, pero...

Miró al muchacho que había comprado. Alquilado. ¿Tomaba alguna clase de droga? Probablemente. Tenía la mirada ausente, desenfocada. El chico estaba apoyado en la puerta a medio metro de distancia. Era tan bajo que Håkan no tuvo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos.

—*Hello*.

El chaval no contestó, sólo movía la cabeza señalando su entrepierna, hizo un gesto con el dedo: *Bájate la cremallera*. Håkan obedeció. El chico suspiró, hizo de nuevo un gesto con el dedo: *Sácate el pene*.

Le ardían las mejillas al hacer lo que el muchacho decía. De manera que esto era así. Él era el que obedecía. No ponía ningún deseo en ello. No era él quien lo hacía. Su pequeño pene no tenía ni la más mínima erección, casi no llegaba a la tapa del retrete. Un cosquilleo cuando el glande entró en contacto con su fría superficie.

Entornó los ojos, intentando recomponer las facciones de la cara del chaval para que se parecieran más a las de su amada. No funcionó. Su amada era bella. Pero no el

muchacho que ahora se ponía de rodillas y acercaba la cabeza a su entrepierna.

La boca.

Pero había algo raro en esa boca. Puso la mano en la frente del chico antes de que la boca alcanzara su objetivo.

—*Your mouth?*

El chaval negó con la cabeza y apretó la frente contra la mano de Håkan para seguir con su trabajo. Pero ya no funcionaba. Había oído hablar de esas cosas.

Puso el dedo gordo sobre el labio superior del chico y lo levantó. No tenía dientes. Alguien se los había extraído para que hiciera mejor su trabajo. El muchacho se levantó; se oyó un crujido suave procedente de la cazadora cuando se cruzó de brazos. Håkan se guardó el pene, se subió la cremallera y se quedó mirando fijamente al suelo.

De esta forma no. De esta forma nunca.

Algo apareció ante sus ojos. Una mano extendida. Cinco dedos. Quinientas coronas.

Sacó el rollo de billetes del bolsillo y se lo tendió al chaval. Éste quitó la goma, pasó el índice por el borde de los diez billetes, puso otra vez la goma y levantando el rollo dijo:

—*Why?*

—*Because... your mouth. Maybe you can... get new teeth.*

El muchacho hasta sonrió. No una sonrisa radiante, pero las comisuras de sus labios se levantaron un poco. Quizá sólo se reía de la tontería de Håkan. Se quedó pensando, luego sacó un billete de mil del rollo y se lo guardó en el bolsillo exterior de la cazadora. El rollo en un bolsillo interior. Håkan asintió.

El chaval abrió la puerta, dudó. Luego se volvió hacia Håkan, le acarició la mejilla.

—*Sank you.*

Håkan puso su mano sobre la del muchacho, la apretó contra su mejilla, cerró los ojos. Si alguien pudiera...

—*Forgive me.*

—*Yes.*

El chico retiró la mano. Su calor permanecía aún en la mejilla de Håkan cuando la puerta de fuera se cerró tras él. Håkan se quedó sentado en el servicio, mirando fijamente algo que alguien había escrito en el marco de la puerta:

«SEAS QUIEN SEAS, TE AMO».

Debajo, otro había escrito:

«¿QUIERES POLLA?».

Hacía rato que el calor había desaparecido de su mejilla cuando se encaminó hacia el metro y con las últimas coronas que tenía compró un periódico. Cuatro páginas dedicadas al asesinato. Había entre otras cosas una fotografía de la hondonada en la que lo hizo. Estaba llena de velas encendidas, flores. Miró la

fotografía y no sintió gran cosa.

Si supierais. Perdonadme, pero si supierais.

De vuelta a casa después de la escuela Oskar se detuvo bajo las dos ventanas del piso de la chica. La más próxima quedaba sólo a dos metros de la de su habitación. Las persianas estaban bajadas y sólo se veían los marcos rectangulares de las ventanas, de color gris claro en contraste con el gris oscuro del cemento. Parecía sospechoso. Probablemente se trataba de algún tipo de... familia rara.

Drogadictos.

Oskar echó una ojeada a su alrededor, luego entró en el portal y leyó los nombres en el tablón. Cinco apellidos muy bien puestos con letras de plástico. Un espacio estaba vacío. El anterior nombre, HELLBERG, aún podía distinguirse por la marca impresa que habían dejado las letras en el terciopelo descolorido por el sol. Pero no había otras nuevas. Ni siquiera un papel.

Subió corriendo los dos tramos de escaleras hasta la puerta donde vivía la chica. Lo mismo allí. Nada. El cartelito de la rendija para el correo no tenía letras. Eso era lo normal cuando un piso estaba deshabitado.

¿Habría mentido? A lo mejor no vivía aquí, pero claro, había entrado en el edificio. Sí. Aunque podía haberlo hecho de todas formas. Si ella... Abajo se abrió el portal.

Se apartó y bajó rápidamente las escaleras. Ojalá no fuera ella. Podría pensar que él, de algún modo... Pero no era.

En mitad del segundo tramo Oskar se encontró con un hombre al que no había visto antes. Un hombre bajo, corpulento y medio calvo que sonrió con una sonrisa demasiado grande para ser normal.

Al ver a Oskar, levantó la cabeza y saludó; en la boca aún llevaba impresa aquella sonrisa de circo.

Oskar se paró abajo, en el portal; escuchó. Le oyó sacar las llaves y abrir la puerta. La puerta de ella. El hombre sería probablemente su padre. La verdad es que Oskar no había visto nunca a un drogadicto tan viejo, pero parecía enfermo del todo.

No es raro que esté chiflada.

Bajó hasta el parque, se sentó en el borde del cajón de arena y estuvo atento a las ventanas para ver si subían las persianas. Hasta *la del cuarto de baño* parecía cubierta por dentro; el cristal era más oscuro que los de todas las demás ventanas de los cuartos de baño.

Sacó del bolsillo de la cazadora su cubo de Rubik. Crujía y chirriaba cuando lo giraba. Una copia. El auténtico iba mucho más suave, pero costaba cinco veces más y sólo lo había en la juguetería bien vigilada de Vällingby.

Había hecho dos caras de un solo color y de la tercera no le quedaba casi nada, pero era imposible completarla sin estropear las dos que ya tenía listas. Había

guardado una doble página del periódico *Expressen* donde describían los distintos tipos de giros y gracias a eso había conseguido hacer las dos caras, pero luego se había vuelto bastante más difícil.

Estaba mirando el cubo, tratando de pensar una solución en lugar de sólo dar vueltas. No se le ocurría. Era como si su cerebro no pudiera con aquello. Se apretó el cubo en la frente, intentando penetrar en su interior. Pero nada. Puso el cubo en el borde del cajón, a una distancia de medio metro, lo miró fijamente.

¡Deslízate! ¡Deslízate! ¡Deslízate!

Telequinesia, lo llamaban. En Estados Unidos habían hecho observaciones. Había personas que lo *podían* hacer. ESP. *Extra Sensory Perception*. Oskar daría cualquier cosa por poder hacer algo así.

Y tal vez... tal vez podía.

El día en la escuela no había sido tan malo. Tomas Ahlstedt intentó quitarle la silla en el comedor cuando se iba a sentar, pero Oskar se había dado cuenta a tiempo. Eso había sido todo. Se iría al bosque con el cuchillo, a aquel árbol. Haría un experimento más serio. Nada de calentarse como ayer.

Con tranquilidad y precisión iba a clavar el cuchillo en el árbol, hacerlo astillas, teniendo todo el tiempo ante sí la cara de Tomas Ahlstedt. Aunque... claro, estaba lo del asesino. El *auténtico* asesino que se encontraba en algún sitio.

No. Tendría que esperar hasta que encerraran al asesino. Por otro lado, si se trataba de un asesino normal el experimento no tenía ningún valor. Oskar miró el cubo y se imaginó un rayo que iba desde sus ojos hasta el cubo.

¡Deslízate! ¡Deslízate! ¡Deslízate!

No pasó nada. Se metió el cubo en el bolsillo y se levantó, sacudiéndose algo de arena de los pantalones. Miró hacia las ventanas. Las persianas estaban todavía bajadas.

Entró para trabajar en su cuaderno de recortes, cortar y pegar los artículos del asesinato de Vällingby. Probablemente, llegarían a ser muchos con el tiempo. Sobre todo si ocurría otra vez. Tenía alguna esperanza de que fuera así. Preferiblemente en Blackeberg.

Para que la policía fuera a la escuela y los profesores se pusieran serios e inquietos, para que se creara ese ambiente que a él le gustaba.

—Nunca más. Digas lo que digas.

—Håkan...

—No. Y nada más que no.

—Me muero.

—Pues muérete.

—¿Lo dices en serio?

—No. Claro que no. Pero puedes tú... misma.

—Estoy demasiado débil. Todavía.
—No estás débil.
—Débil para eso.
—Sí. Entonces no sé. Pero yo no lo hago otra vez. Es tan repugnante, tan...
—Lo sé.
—No lo sabes. Para ti es distinto, es...
—¿Qué sabes tú cómo es para mí?
—Nada. Pero al menos tú eres...
—¿Crees que... disfruto con ello?
—No sé. ¿Disfrutas?
—No.
—Conque no. No, no. Bueno, sea como sea... yo no lo vuelvo a hacer. Puede que
hayas tenido otros que te ayudaran, que hayan sido... mejores que yo.
—¿Los has tenido?
—Sí.
—Ya... ya...
—¿Håkan? ¿Tú...?
—Te quiero.
—Sí.
—¿Tú me quieres? ¿Un poco siquiera?
—¿Lo harías otra vez si te dijera que te quiero?
—No.
—Quieres decir que te voy a querer de todas formas, ¿no?
—Sólo me quieres si te ayudo a mantenerte viva.
—Sí. ¿No es eso el amor?
—Si creyera que me quieres, aunque yo *no* te quisiera...
—¿Sí?
—... entonces puede que lo hiciera.
—Te quiero.
—No te creo.
—Håkan. Puedo valerme unos días más, pero luego...
—Procura empezar a quererme entonces.

Viernes por la tarde en el chino. Son las ocho menos cuarto y toda la cuadrilla está reunida. Menos Karlsson, que está en casa viendo el concurso de televisión, *Notknäckarna*, y la verdad que no importa. Muy divertido no es que sea. Aparecerá más tarde, cuando haya acabado, tirándose faroles acerca de cuántas preguntas se sabía. En la mesa de la esquina, con espacio para seis, más próxima a la puerta, están sentados Lacke, Morgan, Larry y Jocke. Jocke y Lacke discuten acerca de qué tipos de peces pueden vivir tanto en agua dulce como en agua salada. Larry lee el periódico

y Morgan mueve las piernas marcando el ritmo de una música que no es la música de fondo china que sale discretamente de los altavoces ocultos.

En la mesa están los vasos de cerveza más o menos llenos. En la pared, por encima de la barra, cuelgan sus retratos.

El dueño del restaurante tuvo que huir de China cuando la revolución cultural por las caricaturas satíricas que hizo de los mandatarios. Ahora emplea esa habilidad con los clientes. En las paredes cuelgan doce primorosas caricaturas hechas a rotulador.

Todos los tíos. Y Virginia. Los retratos de los tíos son primeros planos en los que se han resaltado los rasgos especiales de sus fisonomías.

La cara arrugada, casi hueca, de Larry y un par de orejas enormes que se despegan de la cabeza le dan el aspecto de un elefante famélico.

De Jocke destacan sus cejas pobladas y continuas, convertidas en rosales donde un pájaro, tal vez un ruiseñor, aparece trinando.

Morgan, por su estilo, aparece con los rasgos prestados del último Elvis. Grandes patillas y una expresión de «Hunka-hunka-löööve, baby» en los ojos. Con la cabeza puesta sobre un cuerpo minúsculo que sujeta una guitarra y tiene la pose de Elvis. Morgan está más orgulloso de ese retrato de lo que él mismo quiere reconocer.

Lacke aparece más preocupado. Los ojos agrandados le dan una expresión de sufrimiento exagerado. El humo del cigarrillo que tiene en la boca se concentra en una nube de tormenta sobre su cabeza.

Virginia es la única que aparece formalmente retratada de cuerpo entero. Con un vestido de noche, luciendo como una estrella envuelta en brillantes lentejuelas, aparece con los brazos abiertos, rodeada por una piara de cerdos que la miran sin comprender. Por encargo de Virginia, el dueño hizo otro dibujo exactamente igual para que pudiera llevárselo a casa.

Hay más. Algunos que no pertenecen al grupo. Algunos que han dejado de venir. Algunos que han muerto.

Charlie se cayó en las escaleras de entrada a su portal una noche cuando volvía a casa. Se partió el cráneo contra el cemento agrietado. Gurkan tuvo cirrosis y murió de hemorragia en la garganta. Un par de semanas antes de morir, una tarde se había levantado la camisa y les había mostrado una especie de tela de araña formada por venas que le salían del ombligo. «Menudo tatuaje más caro», había dicho entonces, y poco después estaba muerto. Habían honrado su memoria poniendo su retrato en la mesa y brindando con él toda la noche.

Karlsson no tiene retrato.

Esta noche del viernes va a ser la última que pasen juntos. Mañana, uno de ellos va a desaparecer para siempre. Habrá otro retrato que cuelgue en la pared sólo como un recuerdo. Y ya nada volverá a ser igual.

Larry apoyó el periódico, dejó las gafas de lectura sobre la mesa y dio un trago a su cerveza.

—Sí. Joder. ¿Qué tiene un tipo así en la cabeza?

Enseñó el periódico, donde ponía «LOS NIÑOS ESTÁN ASUSTADOS» sobre una fotografía de la escuela de Vällingby y una fotografía más pequeña de un hombre de mediana edad. Morgan miró el periódico y, señalando, preguntó:

—¿Es el asesino?

—No, es el director de la escuela.

—A mí me parece un asesino. Típico asesino.

Jocke alargó la mano hacia el periódico:

—¿Me dejas verlo...?

Larry le tendió el periódico y Jocke lo mantuvo con los brazos estirados mirando la fotografía.

—A mí me parece un político conservador. Morgan asintió.

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. Jocke volvió el periódico hacia Lacke, para que éste pudiera ver la fotografía.

—¿A ti qué te parece?

Lacke la miró con desgana.

—No, no sé. A mí todo esto me pone malo.

Larry echó vaho en las gafas y se las limpió con la camisa.

—Lo cogerán. Nadie se libra con una cosa así. Morgan, que estaba tamborileando en la mesa con los dedos, se estiró a coger el periódico.

—¿Cómo acabó el Arsenal?

Larry y Morgan pasaron a discutir la baja calidad del fútbol inglés en el momento actual. Jocke y Lacke permanecieron un rato en silencio bebiendo su cerveza y fumando. Luego Lacke sacó el tema de la merluza, que si iba a desaparecer del Báltico. Y así continuó la noche.

Karlsson no apareció, pero hacia las diez entró un hombre al que ninguno de ellos había visto antes. A esas alturas, la conversación se había vuelto más intensa y nadie observó la llegada del nuevo hasta que éste se sentó solo en una mesa que estaba en el otro extremo del local.

Jocke se acercó a Larry.

—¿Quién es?

Larry miró discretamente, negó con la cabeza.

—No sé.

Al nuevo le sirvieron un whisky doble y se lo tomó de un trago, pidió otro. Morgan echó aire entre los labios con un silbido.

—Aquí vamos a toda pastilla.

El hombre parecía no ser consciente de que lo estaban observando. No hacía otra cosa que estar sentado a la mesa mirándose las manos, parecía como si toda la miseria del mundo estuviera concentrada en una mochila que colgara de sus hombros. Se tomó enseguida su segundo whisky y pidió otro.

El camarero se inclinó hacia él y le dijo algo. El hombre rebuscó con la mano en el bolsillo y sacó unos billetes. El camarero hizo un gesto con las manos como

diciendo que no quería decir eso, aunque eso era precisamente lo que había querido decir, y se retiró para servir un nuevo pedido.

No sorprendía que el crédito del hombre se hubiera puesto en duda. Sus ropas estaban arrugadas y manchadas como si hubiera dormido en algún sitio poco cómodo. La corona de pelo sin arreglar alrededor de la calva le caía hasta las orejas. Su rostro aparecía dominado por una nariz bastante grande, roja, y una barbilla saliente. Entre ellas, un par de labios pequeños y abultados que se movían de vez en cuando, como si el hombre hablara consigo mismo. No hizo ni el más mínimo gesto cuando le sirvieron el whisky.

El grupo volvió a la discusión en la que estaban metidos: si Ulf Adelsohn no iba a ser todavía peor de lo que había sido Gösta Bohman. Sólo Lacke, de vez en cuando, miraba de reojo al nuevo. Después de un rato, cuando el hombre ya había tenido tiempo de pedir otro whisky más, dijo:

—¿No deberíamos... preguntarle si quiere sentarse con nosotros?

Morgan echó una mirada por encima del hombro al forastero, que se había hundido un poco más en la silla.

—No. ¿Por qué? Le ha dejado la mujer, el gato se ha muerto y la vida es un infierno. Eso ya me lo sé yo.

—A lo mejor invita.

—Eso ya es otro cantar. Entonces puede que tenga también cáncer —Morgan se encogió de hombros—. A mí no me importa.

Lacke miró a Larry y a Jocke. Por señas le dijeron que estaba bien y Lacke se levantó y fue hasta la mesa del hombre.

—Hola.

El hombre levantó los ojos hacia Lacke. Tenía la mirada completamente turbia. El vaso que había en la mesa estaba casi vacío. Lacke, apoyándose en la silla que estaba al otro lado de la mesa, se inclinó hacia él.

—Sólo queríamos preguntarte si quieres... sentarte con nosotros.

El hombre movió la cabeza despacio e hizo un gesto torpe de rechazo con la mano.

—No. Gracias. Pero siéntate.

Lacke sacó la silla y se sentó. El hombre se tomó lo que quedaba en el vaso e hizo una señal al camarero.

—¿Quieres algo? Te invito.

—Entonces, lo mismo que tú.

Lacke no quería decir la palabra «whisky» porque parecía mal pedirle a alguien que te invite a algo tan caro, pero el hombre asintió, y cuando el camarero se acercó hizo el signo de la V con los dedos señalando a Lacke. Lacke se echó hacia atrás en la silla. ¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba un whisky en un bar? Tres años. Por lo menos.

El hombre no daba señales de querer iniciar una conversación, así que Lacke

carraspeó y dijo:

—Vaya frío que hemos tenido.

—Sí.

—Seguro que pronto nieva.

—Mmm.

El whisky llegó a la mesa e hizo superflua la conversación por un momento. Incluso a Lacke le sirvieron uno doble y sintió cómo los ojos de sus compañeros se le clavaban en la espalda. Después de un par de sorbitos levantó el vaso.

—Bueno, salud. Y gracias.

—Salud.

—¿Vives por aquí?

El hombre miraba fijamente al aire, parecía que consideraba la pregunta como si fuera algo en lo que él mismo nunca se había parado a pensar. Lacke no pudo decidir si el movimiento de cabeza que hacía el otro era una respuesta o si formaba parte de su monólogo interno.

Lacke dio un sorbo más, decidió que si el hombre no contestaba a la próxima pregunta significaba que quería estar tranquilo, no hablar con nadie. En ese caso Lacke cogería su vaso e iría a sentarse con los otros. Habría hecho lo que exige la cortesía cuando a uno lo invitan. Deseaba que el hombre no contestase.

—Bueno. ¿A qué te dedicas?

—Yo...

El hombre arqueó las cejas y las comisuras de los labios se elevaron de forma convulsiva en un esbozo de sonrisa que se desvaneció.

—... ayudo un poco.

—Ah. ¿Con qué?

Una especie de prudencia cruzó sus ojos cuando su mirada se encontró con la de Lacke. Éste sintió un ligero estremecimiento en la parte baja de la espalda. Como si una hormiga negra le hubiera picado encima de la rabadilla.

El hombre se frotó los ojos y pescó algunos billetes de cien en el bolsillo del pantalón, los dejó sobre la mesa y se levantó.

—Disculpa. Tengo que...

—Vale. Gracias por el whisky.

Lacke alzó su vaso hacia el hombre, pero éste ya iba camino del perchero, descolgó a tientas su abrigo y salió. Lacke siguió sentado de espaldas al grupo mirando el pequeño montón de billetes. Cinco de cien. Un whisky doble costaba sesenta coronas, y se habrían bebido cinco, posiblemente seis.

Lacke miró de soslayo. El camarero estaba ocupado cobrando a una pareja de viejos, los únicos clientes que habían cenado. Mientras se levantaba, Lacke cogió un billete y lo arrebujó rápidamente en la mano hasta convertirlo en una bola, se metió la mano en el bolsillo y volvió con sus colegas.

A mitad de camino se dio cuenta, se volvió a la mesa y volcó lo que había

quedado en el vaso del otro en su propio vaso, se lo llevó.

La típica noche con suerte.

—Pero si esta noche echan *Notknäckarna*.

—Sí, pero vengo.

—Empieza en... media hora.

—Lo sé.

—¿Qué tienes tú que hacer por ahí a estas horas?

—Sólo voy a dar una vuelta.

—Bueno, no *tienes que ver Notknäckarna* si no quieres. Puedo verlo sola, si tienes que salir.

—Ya, ya, yo... vengo más tarde.

—Sí, sí. Entonces espero para calentar las crêpes.

—No, puedes... *vengo* más tarde.

Oskar se fue. *Notknäckarna* era su programa favorito y el de su madre. Su madre había preparado crêpes rellenos con gambas para comerlos delante de la tele. Sabía que se entristecería si él se iba, en lugar de quedarse... esperando con ella.

Pero había estado mirando por la ventana desde que se había hecho de noche y acababa de ver a la chica saliendo del portal de al lado y yendo hacia el parque. Se había retirado inmediatamente de la ventana. No fuera ella a creer que él...

Luego había esperado cinco minutos antes de ponerse la ropa y salir. No cogió gorro.

No se veía a la muchacha en el parque; seguramente estaría sentada, acurrucada en la escalera del tobogán, como ayer. Las persianas de su ventana estaban todavía bajadas, pero había luz en el piso. Menos en el cuarto de baño. Un cristal oscuro.

Oskar se sentó en el borde de la arena, aguardando. Como si se tratara de un animal que fuera a salir de su madriguera. Pensaba esperar sólo un poco. Si la chica no aparecía se volvería a casa, como si nada.

Sacó su cubo de Rubik, lo movió un poco por hacer algo. Se había cansado de tener que pensar todo el tiempo en aquella dichosa esquina y mezcló todo el cubo para empezar desde el principio.

El ruido del cubo aumentaba en el aire frío, sonaba como una pequeña máquina. Por el rabillo del ojo Oskar vio cómo la chica se levantaba de la escalera. Él siguió dando vueltas para empezar a hacer de nuevo una cara de un color. La muchacha estaba quieta. Notó una ligera inquietud en el estómago, pero hizo como si no la hubiera visto.

—¿Estás aquí de nuevo?

Oskar levantó la cabeza, hizo como si se sorprendiera, dejó pasar unos segundos y luego dijo:

—¿Estás aquí otra vez?

La chica no dijo nada y Oskar siguió dando vueltas. Tenía los dedos rígidos. Era difícil distinguir los colores en la oscuridad, por lo que trabajaba sólo con la cara blanca, que era la más fácil de ver.

—¿Por qué estás ahí sentado?

—¿Por qué estás ahí de pie?

—Quiero estar tranquila.

—Yo también.

—Entonces vete a casa.

—Vete tú. Yo he vivido aquí más tiempo que tú.

Ahí le dolía a ella. La cara blanca estaba lista y era difícil continuar. Los otros colores no eran más que una masa gris oscuro. Siguió dando vueltas, al tuntún.

Cuando volvió a levantar la vista, la chica estaba en la barandilla y saltó. Oskar lo sintió en el estómago cuando dio contra el suelo; si él hubiera intentado un salto así seguro que se habría hecho daño. Pero la muchacha aterrizó suavemente como un gato, llegó hasta donde él estaba. Él volcó su atención en el cubo. Ella se paró frente a él.

—¿Qué es eso?

Oskar miró a la chica, al cubo y de nuevo a la chica.

—¿Esto?

—Sí.

—¿No lo *sabes*?

—No.

—El cubo de Rubik.

—¿Cómo dices?

Oskar pronunció las palabras exageradamente claras.

—El cubo de Rubik.

—¿Eso qué es?

Oskar se encogió de hombros.

—Un juego.

—¿Un puzzle?

—Sí.

Oskar le alargó el cubo a la chica.

—¿Quieres probar?

Ella lo cogió de sus manos, le dio la vuelta, mirando todas las caras. Oskar se echó a reír. La muchacha parecía un mono examinando una fruta.

—¿No has *visto* uno de estos antes?

—No. ¿Cómo se hace?

—Así...

Oskar cogió de nuevo el cubo y la chica se sentó junto a él. Él le enseñó cómo se giraba y que la cosa consistía en conseguir que cada cara estuviera entera de un solo color. Ella cogió el cubo y empezó a girar.

—¿Ves los colores?

—Naturalmente.

Oskar la miraba de reojo mientras ella trabajaba con el cubo. Tenía el mismo jersey de color rosa que el día anterior y no podía comprender que no tuviera frío. Él mismo empezaba a quedarse frío allí sentado, a pesar de la cazadora.

Naturalmente.

Hablaba raro también. Como un adulto. A lo mejor era hasta más mayor que él, aunque estuviera tan flaca. Su cuello blanco y delgado sobresalía del cuello tipo polo del jersey, se transformaba en una marcada mandíbula. Como la de un maniquí.

Una ráfaga de viento sopló en dirección a Oskar, tragó y respiró por la boca. El maniquí *apestaba*.

¿No se lavará?

Pero el olor era peor que si fuera sudor viejo. Se parecía más al olor de cuando se quita una venda de una herida infectada. Y su pelo...

Cuando se atrevió a mirarla con más detenimiento, mientras estaba ocupada con el cubo, vio que tenía el pelo totalmente pegajoso y lleno de enredos y nudos. Como si tuviera pegamento o... barro en él.

Mientras observaba a la chica respiró inconscientemente por la nariz y sintió una arcada en la garganta. Se levantó, fue hacia los columpios y se sentó. Era imposible estar a su lado. La muchacha parecía no notar nada.

Después de un rato se levantó, fue hacia ella, que seguía sentada y absorta en el cubo.

—Oye: tengo que irme a casa ya.

—Mmm.

—El cubo...

La chica paró. Dudó un momento y después se lo devolvió sin decir nada. Oskar lo cogió, la miró y se lo volvió a dejar.

—Te lo dejo prestado. Hasta mañana. Ella no lo cogió.

—No.

—¿Por qué no?

—A lo mejor no estoy aquí mañana.

—Hasta pasado mañana, entonces. Pero después no te lo presto más.

La chica se quedó pensándolo. Luego cogió el cubo.

—Gracias. Seguro que estoy aquí mañana.

—¿Aquí?

—Sí.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós.

Cuando se dio la vuelta alejándose oyó de nuevo el ruido del cubo. Ella pensaba seguir allí, con su jersey fino. Su madre y su padre tenían que ser... distintos, si la dejaban salir de casa de esa manera. Se le podía inflamar la vejiga.

—¿Dónde has estado?
—Fuera.
—Estás borracho.
—Sí.
—Dijimos que ibas a acabar con eso.
—Tú lo dijiste. ¿Qué es eso?
—Un puzzle. No está bien que tú...
—¿De dónde lo has sacado?
—Prestado. Håkan, tienes que...
—¿Quién te lo ha prestado?
—Håkan, no hagas eso.
—Hazme feliz entonces.
—¿Qué quieres que haga?
—Déjame tocarte.
—Sí. Con una condición.
—No. No, no. Entonces no.
—Mañana. Debes.
—No. Otra vez no. ¿Cómo que *prestado*? Tú no coges nunca nada prestado. ¿Qué es?
—Un puzzle.
—¿No tienes ya bastantes puzzles? Te preocupas más de tus puzzles que de mí. *Puzzle. Beso. Puzzle.* ¿Quién te lo ha prestado? ¿QUIÉN TE LO HA PRESTADO, pregunto?
—Håkan, déjalo.
—Me siento tan jodidamente desgraciado.
—Ayúdame. Una vez más. Después estaré lo suficientemente fuerte como para valerme por mí misma.
—Sí, precisamente por eso.
—No quieres que me valga por mí misma.
—¿Qué vas a hacer conmigo entonces?
—Te quiero.
—No me quieres nada.
—Sí. De alguna manera.
—Eso no existe. Uno quiere o no quiere.
—¿Es eso cierto?
—Sí.
—Entonces no sé.

Sábado 24 de Octubre

La mística de la barriada es la falta de misterio.

Johan Eriksson

El sábado por la mañana había tres grandes fardos con propaganda ante la puerta de la casa de Oskar. Su madre le ayudó a doblarlos. Tres papeles distintos en cada paquete, cuatrocientos ochenta paquetes en total. Cada paquete repartido suponía unos catorce céntimos de media. Los peores eran los repartos de *una* sola hoja, que salían a siete céntimos. Los mejores (y peores, puesto que había que doblar muchos) eran los de cinco papeles, que suponían veinticinco céntimos.

No tenía que andar mucho, puesto que los bloques altos entraban en su distrito. Allí se deshacía de ciento cincuenta paquetes en menos de una hora. El recorrido entero le llevaba cuatro horas aproximadamente, incluyendo volver a casa una vez para reponer material. Cuando iban cinco papeles en cada paquete tenía que hacer dos viajes a casa para reponer.

La propaganda debía estar repartida el martes por la tarde a más tardar, pero él solía repartirlo todo el sábado. Así lo tenía hecho.

Oskar estaba sentado en el suelo de la cocina doblando; su madre, en la mesa. No era un trabajo divertido, pero le gustaba el caos que se creaba. El gran desorden que, poco a poco, acababa ordenado en dos, tres, cuatro bolsas de papel repletas de hojas primorosamente dobladas.

Su madre colocó otro montón de papeles doblados en la bolsa, meneando la cabeza.

—Bueno, la verdad es que esto no me gusta.

—¿El qué?

—No se te ocurra... si alguien abre la puerta o algo así... no se te ocurra...

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Hay tanta gente rara.

—Sí.

Esta conversación se repetía, de una u otra forma, cada sábado. El viernes por la tarde su madre había dicho que no saldría de ninguna de las maneras a repartir propaganda este sábado, por lo del asesino. Pero Oskar le había prometido por activa y por pasiva que gritaría con sólo que alguien le dirigiera la palabra, y su madre había cedido.

No había ocurrido nunca que alguien hubiera intentado invitar a Oskar a su casa o algo por el estilo. Una vez había salido un viejo y le había echado la bronca porque «metía un montón de mierda en el buzón», pero después de aquello había dejado de

meter propaganda en el casillero del anciano.

El viejo tendría que sobrevivir sin saber que esa semana podía hacerse un corte de pelo de fiesta, con mechas, por doscientas coronas en la peluquería de señoras.

A las once y media los papeles estaban doblados y salió. No funcionaba lo de tirar todos los papeles en el cuarto de la basura o algo así; llamaban para comprobarlo, hacían controles al azar. Eso se le había quedado grabado desde que llamó y solicitó el trabajo hacía medio año. A lo mejor no era más que un farol, pero no se atrevía a jugársela. Además, no tenía nada directamente en contra de ese trabajo. Al menos durante las dos primeras horas.

Entonces jugaba, por ejemplo, a que era un agente secreto que había salido para repartir propaganda contra el enemigo que había ocupado el país. Corría entre los portales, alerta contra los soldados enemigos que muy bien podían estar disfrazados de condescendientes señoras con perros.

O hacía también como si cada edificio fuera un animal hambriento, un dragón con seis bocas que sólo se alimentaba de carne de doncella enmascarada como propaganda que él introducía en sus fauces. Los papeles gritaban en sus manos cuando él los metía en las bocas de la bestia.

Las últimas dos horas —como hoy, al poco de empezar la segunda vuelta— aparecía una especie de agotamiento. Las piernas se ponían en marcha y los brazos realizaban los movimientos mecánicamente.

Dejar la bolsa en el suelo, colocar seis paquetes bajo el brazo izquierdo, abrir el portal, primera puerta, abrir el buzón con la mano izquierda, coger un paquete con la mano derecha y meterlo en el buzón. Segunda puerta... y así sucesivamente.

Cuando por fin llegó a su patio, a la puerta de la chica, se paró fuera y escuchó. Se oía una radio con el volumen bajo. Nada más. Metió los papeles en el buzón y esperó. No llegaba nadie a recogerlos.

Como de costumbre, terminó en su propia puerta; introdujo el papel en el buzón, abrió la puerta, cogió el papel y lo tiró a la bolsa de la basura.

Por hoy, listo. Sesenta y siete coronas más rico.

Su madre había ido a Vällingby a hacer la compra. Oskar tenía el piso para él solo. No sabía qué hacer.

Abrió los cajones de debajo de la encimera. Cubiertos, batidores y termómetros para el horno. En otro cajón, bolígrafos y papeles, una colección de fichas con recetas de cocina a la que su madre se había suscrito, pero lo había dejado porque todas incluían ingredientes demasiado caros.

Siguió con el cuarto de estar, abriendo cajones.

El ganchillo de mamá, o las cosas del punto, no sabía bien. Una carpeta con cuentas y recibos de compra. Los álbumes de fotos que había mirado montones de veces. Revistas viejas con crucigramas todavía incompletos. Un par de gafas en su funda. El costurero. Una caja pequeña de madera con el pasaporte de su madre y el de Oskar, las placas de identidad (a él le habría gustado llevarla colgada al cuello, pero

su madre había dicho que no, que sólo en caso de guerra), una fotografía y un anillo.

Rebuscó en todos los cajones y armarios como si buscara algo sin que él mismo supiera qué. Algún secreto. Algo que cambiara algo. Que de repente en el fondo de un armario apareciera un trozo de carne podrida. O un globo inflado. Lo que fuera. Algo extraño.

Sacó la foto y la estuvo mirando.

Era de su bautizo. Su madre estaba con él en brazos, mirando a la cámara. Entonces estaba delgada. Oskar estaba envuelto en un faldón de cristianar con largas cintas azules. Al lado de su madre estaba su padre, embutido en un incómodo traje. Parecía como si no supiera qué hacer con las manos, que le caían rígidas a lo largo del cuerpo. Parecía casi en posición de firmes. Miraba de frente al bebé que estaba en los brazos de su madre. El sol brillaba sobre los tres.

Oskar observó la foto más de cerca, analizando la expresión del rostro de su padre. Parecía orgulloso. Orgulloso y algo... extraño. Un hombre contento porque había sido padre, pero que no sabía cómo tenía que comportarse. Cómo se hacía. Se podría pensar que era la primera vez que veía al niño, aunque el bautizo se celebró medio año después del nacimiento de Oskar.

La madre, por el contrario, sostenía a Oskar con seguridad, relajada. Su mirada a la cámara no era tanto de orgullo como de... desconfianza. Como te acerques más, decía esa mirada, te muerdo la nariz.

Su padre estaba algo echado hacia delante, como si quisiera acercarse él también pero sin atreverse. La foto no representaba a una familia. Representaba a un niño con su madre. A su lado un hombre, probablemente el padre. A juzgar por la expresión de la cara.

Pero Oskar quería a su padre, y su madre también lo quería. En cierto modo. A pesar... de lo que pasaba. De lo que acabó pasando.

Oskar cogió el anillo y leyó lo que ponía dentro de él: Erik 22/4/1967.

Se habían separado cuando Oskar tenía dos años. Ninguno de los dos había encontrado aún otra pareja. «No ha surgido». Los dos usaban la misma expresión.

Dejó el anillo en su sitio, cerró la caja de madera y la depositó en el armario. Se preguntó si su madre miraría alguna vez el anillo, por qué lo tendría guardado. No dejaba de ser oro. Diez gramos, seguro. Valdría aproximadamente cuatrocientas coronas.

Oskar se puso la cazadora de nuevo, salió al patio. Empezaba a oscurecer, aunque no eran más que las cuatro. Descartado lo de ir al bosque ahora.

Tommy pasaba por delante del portal, se detuvo cuando vio a Oskar.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Nada, he repartido la propaganda y no sé...

—¿Se saca algo de dinero con eso?

—Así, así. Setenta, ochenta coronas. Cada vez.

Tommy asintió con la cabeza.

—¿Quieres comprar un walkman?

—No sé. ¿Por qué lo dices?

—Un walkman de Sony. Por cincuenta coronas.

—¿Nuevo?

—Sí. En su caja. Con auriculares. Cincuenta coronas.

—Ahora no tengo dinero.

—Pero si acabas de ganar setenta, ochenta coronas con eso, como has dicho.

—Sí, pero recibo un sueldo mensual. La próxima semana.

—Vale. Pero si quieres te lo doy ahora y cuando tengas el dinero me lo das.

—Bueno...

—Venga. Baja y espérame, que voy a buscarlo. Tommy hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el parque y Oskar bajó y se sentó en un banco. Enseguida se levantó y fue hasta la escalera del tobogán, miró. No estaba la chica. Volvió rápidamente al banco y se sentó de nuevo, como si hubiera hecho algo prohibido.

Después de un rato, llegó Tommy y le dio la caja.

—Cincuenta coronas dentro de una semana, ¿de acuerdo?

—Mmm.

—¿Qué sueles escuchar?

—Kiss.

—¿Cuáles tienes?

—*Alive*.

—¿No tienes *Destroyer*? Te lo dejo prestado si quieres. Grábalo.

—Sí, qué bien.

Oskar tenía el disco doble de *Alive* con Kiss, lo había comprado hacía unos meses, pero no lo escuchaba nunca. Miraba más las fotografías del concierto. Parecían realmente duros con la cara maquillada. Figuras de terror vivientes. Y *Beth*, donde Peter Cross cantaba, le gustaba realmente mucho, pero las demás canciones eran demasiado... como si no tuvieran ninguna melodía. A ver si *Destroyer* era mejor.

Tommy se levantó para irse. Oskar estaba abrazado a la caja.

—¿Tommy?

—Sí.

—Ese chico. El que fue asesinado. ¿Sabes tú... cómo fue asesinado?

—Sí. Lo colgaron en un árbol y le cortaron el cuello.

—¿No lo acuchillaron? Como si le hubieran dado cortes. En el tórax.

—No. Sólo en el cuello. *Phhhhsst*.

—Vale, vale.

—¿Algo más?

—No.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Oskar se quedó sentado en el banco un rato, pensando. El cielo estaba de color lila oscuro, la primera estrella, ¿o sería Venus?, se podía ver claramente. Se levantó y entró para esconder el walkman antes de que volviera su madre.

Esta tarde iba a ver a la chica para que le devolviera su cubo. Las persianas estaban aún bajadas. ¿Viviría realmente allí? ¿Qué hacían allí dentro, todos los días? ¿Tendría amigos?

Probablemente no.

—Esta noche.

—¿Qué has hecho?

—Me he lavado.

—No sueles hacerlo.

—Håkan, esta noche tienes que...

—No, he dicho.

—Por favor.

—No se trata de... Otra cosa, lo que sea. Dilo. Lo haré. Coge de *mí*, por el amor de Dios. Aquí. Aquí tienes un cuchillo. Ah, no. De acuerdo, entonces tendré que...

—No lo hagas.

—¿Por qué no? Es preferible esto. ¿Por qué te has lavado? Hueles a... jabón.

—¿Qué quieres que haga?

—No puedo.

—No.

—¿Qué piensas hacer?

—Ir yo misma.

—¿Necesitas lavarte para eso?

—Håkan...

—Yo te ayudo con cualquier *otra cosa*. Lo que quieras, yo...

—Sí, sí. Está bien.

—Perdona.

—Sí.

—Ve con cuidado. Yo iba con cuidado.

Kuala Lumpur, Phnom Penh, Mekong, Rangoon, Chungking...

Oskar estaba mirando la fotocopia que acababa de completar, los deberes del fin de semana. No le decían nada aquellos nombres, no eran más que un montón de letras. Había cierta satisfacción en abrir el atlas y ver que realmente existían ciudades y ríos justo en el sitio donde aparecían marcados en la fotocopia, pero...

Sí, se lo iba a aprender de memoria y su madre se lo iba a preguntar. Podría señalar los puntos y decir esas palabras extrañas. Chungking, Phnom Penh. Su madre quedaría impresionada. Y, claro, algo divertido sí que eran todos esos nombres raros de sitios lejanos, pero...

¿Por qué?

En cuanto les dieron fotocopias con la geografía de Suecia se había aprendido todo de memoria. Se le daba bien eso. ¿Pero ahora? Intentó acordarse del nombre de uno de los ríos de Suecia. *Äskan, Väskan, Piskan*.

Era algo así. Ätran, quizá. Sí. ¿Pero dónde estaba? Ni idea. Y la misma suerte iban a correr Chungking y Rangoon en unos años. No tenía sentido.

Lo cierto era que aquellos sitios no existían. Y si existían... él no iba a ir nunca allí. ¿Chungking? ¿Qué iba a hacer él en Chungking? No era más que una superficie grande, blanca y un punto pequeño.

Observó las líneas rectas en las que se balanceaba su escritura desgarbada. Era la escuela. Nada más. Así era la escuela. Le decían a uno que hiciera un montón de cosas, y uno las hacía. Esos sitios los habían creado para que los profesores pudieran repartir fotocopias. No *significaba* nada. El podría escribir igual Tjippiflax, Bubbelibäng y Spitt en las líneas. Era igual de razonable.

La única diferencia sería que la señorita diría que estaba *mal*. Que no se *llamaban* así. Apuntaría en el mapa y diría:

—Mira, se llama Chungking, no Tjippiflax.

Floja demostración. Alguien se habría inventado también lo que ponía en el atlas. No por eso tenía que ser cierto. A lo mejor la tierra era en realidad plana, pero por alguna razón se mantenía en secreto.

Embarcaciones que caen al abismo. Dragones.

Oskar se levantó de la mesa. La fotocopia estaba lista, rellena con letras que la señorita daría por buenas. Eso era todo.

Eran más de las siete, a lo mejor la chica ya había salido. Acercó la cara a la ventana y puso las manos alrededor para poder ver fuera en la oscuridad. Sí, claro que había algo que se movía abajo, en el parque.

Salió al pasillo. Su madre estaba sentada haciendo punto, o ganchillo, en el cuarto de estar.

—Salgo un rato.

—¿Pero vas a salir ahora otra vez? Te iba a preguntar los deberes.

—Sí. Lo hacemos luego.

—Era Asia, ¿no?

—¿Qué?

—La fotocopia que tenías. Que era de Asia, ¿verdad?

—Sí, eso creo. Chungking.

—¿Eso dónde está? ¿En China?

—No sé.

—¿No sabes? Pero...

—Luego vengo.

—Bueno. Ten cuidado. ¿Tienes el gorro?

—Que sí.

Oskar se metió el gorro en el bolsillo de la cazadora y salió. Cuando se iba acercando al parque sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y vio que la chica estaba sentada en lo alto de la escalera del tobogán. Se acercó y se quedó debajo de ella con las manos en los bolsillos.

Hoy parecía distinta. Seguía con el jersey de color rosa —¿es que no tenía otro? —, pero el pelo no lo tenía tan enredado. Caía liso, negro, siguiendo la forma de la cabeza.

—Hei.

—Hola.

—Hola.

Nunca más en toda su vida iba a decir «hei» a alguien. Sonaba tan increíblemente ridículo. La chica se levantó.

—Sube.

—De acuerdo.

Oskar trepó por la escalera y se colocó a su lado, respiró discretamente por la nariz. Ya no olía mal.

—¿Huelo mejor?

Oskar se puso totalmente rojo. La chica sonrió y le dio algo. Su cubo.

—Gracias por el préstamo.

Oskar cogió el cubo y lo miró. Volvió a mirarlo. Lo puso a la luz lo mejor que pudo, lo volvió, mirando todas las caras. Estaba hecho. Todas las caras de un solo color.

—¿Lo has desmontado?

—¿Cómo?

—Pues... desmontando las piezas y... poniéndolas bien.

—¿Se puede hacer eso?

Oskar tocaba el cubo como para comprobar si las piezas estaban sueltas después de haberlas desmontado. Él lo había hecho una vez, asombrado de los pocos giros que hacían falta para que se perdiera y fuera incapaz de conseguir que las caras estuvieran de nuevo de un solo color. Las piezas, evidentemente, no habían quedado sueltas cuando él lo desmontó, pero no era posible que ella lo hubiera completado.

—*Tienes que haberlo desmontado.*

—No.

—Pero si no habías visto uno antes.

—No. Era divertido. Gracias.

Oskar se puso el cubo delante de los ojos como si esperara que le contase cómo había ocurrido. No sabía por qué, pero estaba casi seguro de que la chica no mentía.

—¿Cuánto tiempo has tardado?

—Unas cuantas horas. Ahora iría más rápido.

—Increíble.

—No es tan difícil.

La muchacha se volvió hacia él. Sus pupilas eran tan grandes que casi ocupaban todo el ojo, la luz de los portales se reflejaba en su negra superficie y parecía como si ella tuviera una lejana ciudad dentro de la cabeza.

El cuello alto, muy subido, ocultaba su cuello destacando aún más sus rasgos suavemente perfilados, lo que le daba una apariencia de... personaje de cómic. Su piel, las líneas eran como un cuchillo de untar mantequilla que uno hubiera estado lijando durante varias semanas con papel de lija bien fino hasta que la madera quedaba como la seda.

Oskar carraspeó:

—¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos me echas?

—Catorce, quince.

—¿Aparento tantos?

—Sí. ¿O no? No, pero...

—Tengo doce.

—¡Doce!

¡Toma ya! Probablemente era más joven que Oskar, que iba a cumplir los trece dentro de un mes.

—¿Cuándo cumples años?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Pero bueno... ¿cuándo celebras tu cumpleaños y eso?

—No suelo celebrarlo.

—¡Pero lo sabrán tu papá y tu mamá!

—No, mi mamá ha muerto.

—¡Huy! Ya, ya. ¿De qué murió?

—No lo sé.

—Pero tu papá... lo sabrá.

—No.

—Entonces... qué pasa... ¿no recibes regalos de cumpleaños y eso?

Ella se le acercó más. Su aliento se extendió ante la cara de Oskar y la luz de la ciudad reflejada en sus ojos se apagó bajo la sombra del muchacho. Las pupilas, dos grandes agujeros negros en su rostro.

Ella está triste. Tan terrible, terriblemente triste.

—No. No me dan ningún regalo. Nunca.

Oskar asintió paralizado. El mundo que tenía a su alrededor había dejado de existir. Sólo aquellos dos agujeros negros a un palmo de distancia. El vaho de sus bocas se mezclaba, ascendía, se dispersaba.

—¿Te gustaría hacerme un regalo?

—Sí.

Su voz sonó menos que un susurro. Sólo un suspiro. La cara de la chica estaba cerca y sus mejillas, suaves como el cuchillo de untar la mantequilla, atrajeron la mirada de Oskar.

Eso le impidió ver cómo le cambiaban los ojos, se le achinaban, tenían otra expresión. Cómo el labio superior se levantaba dejando al descubierto un par de colmillos amarillentos. Él no vio más que sus mejillas y, mientras los dientes de ella se acercaban a su cuello, él le acarició la mejilla con la mano.

La chica se detuvo, paralizada por un instante, luego se apartó. Sus ojos recuperaron su aspecto anterior, la luz de la ciudad volvió a encenderse.

—¿Qué has hecho?

—Perdón... yo...

—¿Qué? ¿Qué hiciste?

—Yo...

Oskar se miró la mano en la que tenía el cubo, aflojó un poco. Lo había apretado tan fuerte que los bordes le habían dejado señales oscuras en la mano. Puso el cubo delante de la chica.

—¿Lo quieres? Te lo doy.

La chica negó moviendo despacio la cabeza.

—No. Es tuyo.

—¿Cómo... te llamas?

—Eli.

—Yo me llamo Oskar. ¿Cómo has dicho? ¿Eli?

—... Sí.

La muchacha parecía de pronto inquieta. Con la mirada perdida como si buscara algo en la memoria, algo que no podía encontrar.

—Yo... me tengo que ir ahora.

Oskar asintió. La chica le miró directamente a los ojos durante un par de segundos, luego se volvió para irse. Llegó hasta el borde superior del tobogán y dudó un poco. Se sentó y bajó deslizándose, y se dirigió a su portal.

Oskar apretó el cubo con la mano.

—¿Vas a venir mañana?

La chica se detuvo y dijo en voz baja:

—Sí. —Y sin volverse, continuó andando. Oskar la siguió con la mirada. No entró en su portal, sino que fue hacia el arco que conducía fuera del patio. Desapareció.

Oskar miró el cubo que tenía en la mano. Increíble.

Giró un poco una sección, para que no estuviera completo. Lo volvió a poner en su sitio. Iba a guardarlo así. Durante un tiempo.

Jocke Bengtsson iba riéndose para sí de vuelta a casa tras el cine. Joder, qué película más divertida, *Sällskapsresan*. Especialmente los dos tíos dando vueltas todo el rato buscando la Bodega de Pepe, y cuando uno de ellos llevaba a su compañero borracho perdido en la silla de ruedas por la aduana: «inválido». Joder, qué divertido.

Tal vez habría que coger y marcharse a uno de esos viajes con alguno de los colegas. ¿Pero con quién se podía ir?

Karlsson era tan aburrido que paraba los relojes, cualquiera se volvería loco después de dos días. Morgan podía ponerse muy desagradable si bebía demasiado, y fijo que lo haría si realmente aquello era tan barato. Larry era majete, pero tan decrepito que al final tendría que llevarlo en una silla de ruedas. «Inválido».

No, tenía que ser Lacke.

Podrían pasarlo realmente bien los dos juntos una semana allá abajo. Claro, que por otro lado, Lacke era pobre como una rata de sacristía, no tenía nunca dinero. Lo suyo era estar gorroneando cerveza y cigarrillos todas las noches. Nada que decir con respecto a Jocke, pero para un viaje a Canarias no tenía dinero.

No cabía más que rendirse a los hechos: ninguno de los colegas del chino valía gran cosa como compañero de viaje.

¿Y si viajaba solo?

Bueno, Stig Helmer lo había hecho en la película. Aunque estaba como una puta cabra. Luego conoció a Ole. Se enrolló con una *donna* y todo. No estaría mal. Hacía ya ocho años que María se había largado llevándose al perro y desde entonces no había conocido a nadie en sentido bíblico ni siquiera una vez.

¿Pero habría alguien que le quisiera? Quizá. No tenía tan mal aspecto como Larry, de todas formas. Claro que la bebida se notaba en la cara y en el cuerpo, aunque él la tuviera bajo un cierto control. Hoy, por ejemplo, no había bebido ni una gota, aunque ya eran casi las nueve. De todas formas ahora iba a ir a casa y se iba a tomar un par de gin tonics antes de bajar al chino.

Lo del viaje habría que pensarlo más despacio. Ocurriría como con todas las demás cosas que había pensado hacer durante los últimos años: nada de nada. Pero soñar era gratis.

Fue por el camino del parque, entre la calle Holbergsgatan y Blackebergsskolan. Estaba bastante oscuro, la distancia entre las farolas era de unos treinta metros y el restaurante chino lucía como un faro arriba, en lo alto, a la izquierda.

¿Y si iba y se daba un capricho aquella noche? Yendo directamente al chino y... pero no. Saldría demasiado caro. Los otros creerían que había acertado a las quinielas o algo así, pensarían que era un jodido tacaño si no pagaba una ronda. Mejor ir a casa y tomarse las primeras.

Pasó por debajo de la lavandería; su chimenea con aquel único ojo rojo y el rumor sordo de su interior.

Una noche, cuando volvía a casa bien cargado, tuvo una especie de alucinación y vio cómo la chimenea, desprendiéndose del edificio principal, empezaba a deslizarse

cuesta abajo hacia él, gruñendo y chillando.

Se había acurrucado en el camino del parque con las manos en la cabeza esperando el golpe. Cuando por fin bajó los brazos la chimenea estaba donde siempre, magnífica e inmóvil.

La farola más próxima al puente, la de la calle Björnsson, estaba rota, y el camino bajo el puente, un túnel totalmente oscuro. Si hubiera estado borracho ahora habría subido por las escaleras que había al lado del puente y habría continuado por arriba, por la calle Björnsson, aunque se daba un rodeo. Joder, es que veía unas cosas tan raras en la oscuridad cuando estaba bebido. Por eso dormía con la lámpara encendida. Pero ahora iba sobrio.

Aunque, qué coño, tenía ganas de subir por las escaleras igualmente. Las alucinaciones habían empezado a mezclarse con su visión del mundo aun cuando no hubiera bebido. Se quedó parado en medio del camino diciéndose a sí mismo claramente cuál era la situación:

—Estoy empezando a volverme paranoico.

Pero ahora esto es así, ¿entiendes, Jocke? Si no te sobrepones y recorres ese pequeño trecho bajo el puente, tampoco llegarás nunca a las Canarias.

—¿Por qué?

Pues porque siempre te echas atrás en cuanto surge el más mínimo problema. El menor contratiempo, en todas las situaciones. ¿Crees que vas a ser capaz de llamar a una agencia de viajes, renovar el pasaporte, comprar las cosas para el viaje y, sobre todo, cómo vas a atreverte a dar un paso hacia lo desconocido si no eres capaz de andar este trecho tan pequeño?

Esto será un punto a tu favor. ¿Entonces, qué? ¿Si paso ahora por debajo del puente querrá decir que voy a viajar a las Canarias, que esto tiene arreglo?

Casi creo que llamarás mañana para reservar el billete. Tenerife, Jocke. Tenerife.

Echó a andar de nuevo con la cabeza llena de playas soleadas y copas con las sombrillitas dentro. Joder, claro que iría. No iba a ir al chino esa noche, nada. Se quedaría en casa y miraría los anuncios. Ocho años. Joder, ya era hora de empezar a ponerse las pilas.

Justo cuando empezaba a pensar en las palmeras, en si habría o no palmeras en las Canarias, en si había visto alguna en la película, oyó el ruido. Una voz. Se paró justo en medio del túnel, escuchando. Se oía un gemido que venía de la pared del puente.

—Ayuda.

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, pero sólo podía distinguir un montón de hojas arremolinadas por el viento bajo el puente. Sonaba como si fuera la voz de un niño.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

—Ayúdame.

Miró alrededor. No veía a nadie. Un ruido de hojas en la oscuridad; pudo

distinguir entonces un movimiento entre las hojas.

—Por favor, ayúdame.

Sintió unas ganas terribles de salir corriendo. Pero no podía hacer eso. Había un niño herido, tal vez había sido atacado por alguien...

¡El asesino!

El asesino de Vällingby había venido a Blackeberg, sólo que esta vez la víctima había sobrevivido. ¡Joder, qué mierda!

Él no quería verse envuelto en esto. Ahora que iba a ir a Tenerife y todo lo demás. Pero no podía hacer otra cosa. Dio unos pasos hacia el sitio de donde salía la voz. Las hojas sonaban bajo sus pies y entonces pudo ver el cuerpo. Estaba en posición fetal entre las hojas secas.

¡Joder, qué mierda, joder!

—¿Qué ha pasado?

—Ayúdame...

Los ojos de Jocke ya se habían adaptado a la oscuridad y pudo ver cómo el niño alargaba un brazo hacia él. El cuerpo estaba desnudo, probablemente violado. No. Cuando llegó a su lado vio que el niño no estaba desnudo, llevaba puesto un jersey de color rosa. ¿Cuántos años tendría? Diez, doce años. Puede que le hubieran dado una paliza sus «amigos». ¿O era una chica? Si era una chica, eso último era menos probable.

Se puso en cuclillas al lado de la niña, le cogió una mano.

—¿Qué te ha pasado?

—Ayúdame, levántame.

—¿Estás herida?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Levántame.

—¿No tendrás nada en la espalda?

Había trabajado en el botiquín en la mili y sabía que no había que mover a las personas con daños en la columna o en la nuca sin poner antes una sujeción.

—¿No es en la espalda?

—No. Levántame.

¿Qué cojones iba a hacer ahora? Si llevaba a la criatura a su casa la policía podría creer...

Llevaría al chico o a la chica al chino y desde allí llamarían a una ambulancia. Sí. Eso iba a hacer. El cuerpo era bastante pequeño y delgado, seguramente una niña, y aunque no se encontraba muy en forma creía que podría con ella ese trecho.

—Venga. Que te voy a llevar a un sitio desde donde podemos llamar. ¿Vale?

—Sí... gracias.

Aquel «gracias» le llegó al alma. ¿Cómo había podido dudar? ¿Qué clase de mierda era él en realidad? Bueno, menos mal que había reaccionado a tiempo y ahora

iba a ayudarla. Colocó con cuidado su mano izquierda por debajo de las rodillas de la chica, la otra mano la puso bajo la nuca.

—Venga. Ahora te levanto.

—Mmm.

Apenas pesaba. Fue increíblemente fácil levantarla. Veinticinco kilos, máximo. A lo mejor estaba desnutrida. Pésima situación familiar, anorexia. Puede que hubiera sido maltratada por su padrastro o algo así. Una mierda.

La chica le puso los brazos alrededor del cuello y la mejilla en el hombro. Iba a poder con ella.

—¿Estás bien?

—Sí.

Sonrió satisfecho. Una oleada de calor le recorrió el cuerpo. Era una buena persona, a pesar de todo. Podía imaginarse la cara de los otros cuando entrara con la chica en el restaurante. Primero se preguntarían qué demonios había hecho, y después, cada vez más impresionados:

—Bien hecho, Jocke —y cosas por el estilo.

Estaba ya dándose la vuelta para ir hacia el chino, ocupado en sus fantasías sobre una nueva vida, el impulso desde el fondo que estaba dando, cuando sintió el dolor en el cuello. ¿Qué cojones? Sintió como si le hubiera picado una avispa y quería echar la mano derecha, espantarla, ver qué era. Pero no podía soltar a la niña.

Tontamente, intentó bajar la cabeza para comprobar qué era, aunque evidentemente no podía ver en aquel ángulo. Además no podía bajar la cabeza, ya que la mandíbula de la chica se apretaba contra su barbilla. Ella aumentó la presión contra el cuello de Jocke y el dolor se hizo más fuerte. Entonces lo entendió.

—¿Qué cojones haces?

Sintió las mandíbulas de la niña clavándosele en el cuello mientras el dolor en la garganta aumentaba. Un reguero caliente le corrió pecho abajo.

—¡Suelta, cojones!

Soltó a la chica. No fue ni siquiera un pensamiento consciente, sólo un movimiento reflejo; *tenía que quitarse esa mierda del cuello.*

Pero la niña no se cayó sino que se agarró a su cabeza como una lapa —¡Dios mío, lo fuerte que era aquel cuerpecillo!— rodeándole las caderas con las piernas.

Como una mano con cuatro dedos cerrada alrededor de una muñeca, así se agarraba a él la chica, mientras sus mandíbulas seguían triturando.

Jocke la cogió por la cabeza intentando retirarla del cuello, pero fue como intentar arrancar una rama nueva de abedul sin más ayuda que las manos. Estaba como pegada a él. Su abrazo era tan fuerte que le cortaba la respiración.

Se tambaleó hacia atrás, haciendo esfuerzos para respirar.

Las mandíbulas de la niña habían dejado de triturar, ya sólo se la oía sorber tranquilamente. Ni por un momento aflojó la presión, al contrario, se había vuelto más fuerte desde que empezó a chupar. Un crujido sordo y su pecho se llenó de dolor.

Un par de costillas se le habían roto.

Le faltaba el aire para gritar. Dio puñetazos sin fuerza en la cabeza de la chica mientras se tambaleaba entre las hojas secas. El mundo le daba vueltas. Las farolas, a lo lejos, bailaban ante sus ojos como candelillas.

Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. El último sonido que oyó fue el de las hojas aplastadas por su cabeza. Una milésima de segundo más tarde, su cabeza chocó contra el empedrado y el mundo desapareció.

Oskar permanecía despierto en la cama mirando el papel pintado.

Su madre y él habían estado viendo Los Teleñecos, pero no se había enterado de nada. Miss Piggy estaba enfadada y la Rana Gustavo buscaba a Gonzo. Uno de los viejos gruñones se había caído por el balcón. Pero Oskar no se enteró *por qué*. Tenía la cabeza en otro sitio.

Luego mamá y él habían tomado la leche con cacao y unos bollos. Oskar sabía que habían estado hablando de algo, pero no recordaba de qué. Quizá algo acerca de pintar el banco de la cocina de azul.

Seguía mirando fijamente el papel pintado.

Toda la pared donde se apoyaba el cabecero de la cama estaba empapelada con una gran fotografía que representaba un claro en medio del bosque. Troncos gruesos y hojas verdes. Solía quedarse allí e imaginar seres entre las hojas más próximas a su cabeza. Había dos figuras que siempre distinguía inmediatamente, nada más mirar. Las otras tenía que esforzarse para verlas.

Ahora la pared significaba algo más. Al otro lado del tabique, al otro lado del bosque estaba... Eli. Oskar permanecía acostado con la mano contra la pared intentando imaginarse qué habría al otro lado. ¿Sería ésa la habitación de la chica? ¿Estaría ahora en la cama? Recordando la mejilla de Eli, acarició las hojas verdes, su piel suave.

Oyó voces al otro lado.

Dejó de acariciar el papel y trató de escuchar. Una voz clara y otra grave. Eli y su padre. Parecía que estaban discutiendo. Puso la oreja contra la pared para oír mejor. Mierda. Si hubiera tenido un vaso. No se atrevía a levantarse a buscar uno, a lo mejor acababan la discusión mientras tanto. *¿Qué dicen?*

El padre de Eli parecía enfadado. La voz de la chica apenas se oía. Oskar aguzó el oído para entender lo que decían. Sólo cogió algunas palabrotas sueltas y «... terriblemente CRUEL», después se oyó como si alguien hubiera caído al suelo. ¿La había pegado? ¿Habría visto cómo Oskar le acarició la mejilla y... sería por eso?

Ahora era Eli la que hablaba. Oskar no podía entender ni una palabra de lo que decía, sólo el tono suave de su voz que subía y bajaba. ¿Habría así si él la hubiera pegado? *No tenía derecho* a pegarla. Oskar lo mataría si la pegaba.

Le habría gustado poder cruzar atravesando la pared, como El Rayo, el

superhéroe. Desaparecer a través de la pared, cruzar el bosque y salir por el otro lado, ver lo que pasaba allí, si Eli necesitaba ayuda, consuelo, lo que fuera.

Ya no se oía nada al otro lado. Sólo el redoble de los latidos de su corazón.

Se levantó de la cama, fue hasta la mesa y sacó unas gomas que tenía en un vaso de plástico. Se llevó el vaso a la cama y puso la boca contra la pared, el culo contra la oreja.

Lo único que se oía era un lejano tableteo que no parecía de la habitación de al lado. *¿Qué estaban haciendo?* Contuvo la respiración. De repente, un fuerte estruendo.

¡Un disparo!

El padre que había cogido una pistola y... no, era la puerta de fuera, un portazo que había hecho vibrar las paredes.

Se tiró de la cama y fue hasta la ventana. Después de unos segundos salió un hombre. El padre de Eli. Llevaba una bolsa en la mano, con paso rápido y cabreado se dirigió al arco de salida y desapareció.

¿Qué hago? ¿Le sigo? ¿Por qué?

Se fue a la cama de nuevo. No eran más que imaginaciones suyas. Eli y su padre habían discutido; Oskar y su madre también discutían a veces. Es más, su madre también se iba así si la bronca había sido especialmente dura.

Pero no a medianoche.

Su madre amenazaba a veces con irse a vivir a otro sitio cuando le parecía que Oskar era malo. Oskar sabía que ella no lo haría nunca, y su madre sabía que Oskar lo sabía. El padre de Eli a lo mejor había llevado su amenaza un paso más allá. Se marchó en mitad de la noche, con bolsa y todo.

Oskar estaba tumbado en la cama con las palmas de las manos y la frente apoyadas contra la pared.

Eli, Eli. ¿Estás ahí? ¿Te ha pegado? ¿Estás triste? Eli...

Llamaron a la puerta de Oskar y se sobresaltó. Por un momento creyó que era el padre de Eli que había venido para vérselas también con él.

Pero era su madre. Entró con sigilo en la habitación.

—¿Oskar? ¿Estás dormido?

—Mmm.

—Sólo quería decirte que... vaya vecinos que nos han tocado. ¿Has oído?

—No.

—Hombre, tienes que haberlo oído. Pero si él estaba gritando y dio un portazo como un loco. Dios mío. A veces se alegra una de no tener ningún hombre. Pobre mujer. ¿La has visto?

—No.

—Ni yo. Bueno, ni a él tampoco si vamos a eso. Las persianas están todo el día bajadas. Probablemente alcohólicos.

—Mamá.

—¿Sí?

—Ahora quiero dormir.

—Sí, perdona, hijo. Sólo que me he puesto tan... Buenas noches. Que duermas bien.

—Mmm.

Su madre se fue y cerró la puerta con cuidado. ¿Alcohólicos? Era muy probable.

El padre de Oskar era alcohólico crónico; era por eso por lo que su padre y su madre ya no estaban juntos. Su padre también podía sufrir esos arrebatos de furia cuando estaba borracho. Eso sí, no pegaba nunca, pero podía gritar hasta quedarse afónico, dar portazos y romper cosas.

Aquel pensamiento alegró de alguna manera a Oskar. Feo, pero era la verdad. Si el padre de Eli era bebedor tenían algo en común, algo que compartir.

Oskar puso otra vez la frente y las manos en la pared.

Eli, Eli. Yo sé cómo lo estás pasando. Te voy a ayudar. Te voy a salvar. Eli...

Los ojos desorbitados miraban ciegos el techo del túnel. Håkan apartó unas cuantas hojas secas y apareció el jersey rosa que Eli solía llevar puesto, tirado sobre el pecho del hombre. Håkan lo recogió, pensó llevárselo a la nariz para olerlo, pero se contuvo cuando advirtió que el jersey estaba mojado.

Volvió a soltar el jersey sobre el pecho del hombre, sacó la petaca y dio tres tragos. El aguardiente se deslizó como una lengua de fuego por su garganta, lamiéndole hasta las paredes del estómago. Las hojas crujieron bajo su culo cuando se sentó en el frío empedrado y miró al muerto.

Había algo raro en la cabeza.

Rebuscó en su bolsa, encontró la linterna. Se aseguró de que no venía nadie por el camino del parque, encendió la linterna y alumbró al muerto. El rostro parecía de un color amarillo pálido a la luz de la linterna, la boca colgaba entreabierta, como si fuera a decir algo.

Håkan tragó saliva. Sólo pensar que aquel hombre había estado más cerca de su amada de lo que él había llegado a estar nunca le daba náuseas. Echó de nuevo mano a la petaca, como si quisiera quemar la súbita angustia, pero se detuvo.

El cuello.

Alrededor del cuello tenía como una gargantilla ancha y roja. Håkan se inclinó sobre él y vio la herida que Eli había abierto para llegar a la sangre,

Los labios contra la piel.

Pero eso no explicaba la gargan... tilla...

Håkan apagó la linterna y al ir a tomar aire se fue involuntariamente hacia atrás en aquel espacio tan reducido, raspándose en la mancha rala de su coronilla. Apretó los dientes para contener el dolor.

La piel del hombre había reventado porque... porque le habían retorcido el cuello.

Una vuelta completa. La nuca estaba rota.

Hâkan cerró los ojos, hizo unas respiraciones rítmicas para calmarse y frenar el impulso de salir corriendo de allí, lejos... de aquello. El techo del puente le rozaba la cabeza; debajo, el empedrado. A derecha e izquierda el camino del parque por el que podía llegar gente que llamara a la policía. Y delante de él...

No es más que una persona muerta.

Sí. Pero... la cabeza.

No le gustaba saber que la cabeza estaba suelta. Iba a caer hacia atrás, tal vez desprenderse si levantaba el cuerpo. Se puso en cuclillas y apoyó la frente en las rodillas. Aquello lo había hecho su amada. Sólo con las manos.

Sintió un cosquilleo de malestar en la garganta al imaginarse el sonido. El crujido cuando retorció la cabeza. No quería tocar aquel cuerpo otra vez. Se quedaría allí sentado. Como Belaqua al pie de la montaña del purgatorio, esperando el amanecer, esperando...

Dos personas venían andando desde el metro. Se echó entre las hojas, al lado del muerto, con la frente contra las piedras heladas.

¿Por qué? ¿Por qué aquello... de la cabeza?

El contagio. No debía alcanzar al sistema nervioso. Había que cerrar el cuerpo. Era todo lo que había conseguido saber. No lo había entendido. Ahora sí.

Los pasos se volvieron más rápidos, las voces más bajas. Subieron por las escaleras. Hâkan se sentó de nuevo, observó los rasgos de la cara muerta y con la boca abierta. ¿Habría sido posible que aquel cuerpo se levantara y se sacudiera las hojas si no hubiera sido... cerrado?

Soltó una carcajada estrepitosa que revoloteó como un gorjeo de pájaros bajo el techo del puente. Se llevó la mano a la boca y apretó con tanta fuerza que se hizo daño. La imagen del cadáver levantándose de entre el montón de hojas y con movimientos somnolientos quitándose las hojas muertas de la chaqueta.

¿Qué iba a hacer con el cuerpo?

Unos ochenta kilos de músculos, grasa y huesos que había que ocultar. Moler. Picar. Enterrar. Quemar.

El crematorio.

Claro. Llevar el cuerpo hasta allí, meterse dentro y quemarlo a escondidas. O simplemente dejarlo a las puertas como un bebé abandonado, esperar a que tuvieran tantas ganas de hacer fuego que pasaran de llamar a la policía.

No. No había más que una alternativa. El camino del parque, a la derecha, bajaba por el bosque hasta el hospital. Hasta el agua.

Embutió el jersey ensangrentado en la cazadora del cadáver, se echó la bolsa al hombro y colocó las manos bajo la cabeza y la espalda del muerto. Se levantó haciendo equilibrios. La cabeza del cadáver cayó hacia atrás en un ángulo imposible y las mandíbulas se le cerraron con un chasquido.

¿Cuánto habría hasta el agua? Algunos cientos de metros, quizá. ¿Y si llegaba

alguien? Que fuera lo que tuviera que ser. En ese caso, se acabó. En cierto modo estaría bien.

Pero no llegó nadie y ya abajo, en la orilla, trepó sudando la gota gorda por el tronco de uno de los sauces llorones que se inclinaban sobre el agua, casi paralelo a la superficie. Con dos trozos de cuerda había atado dos piedras grandes a los pies del cadáver.

Con otro más largo hizo una lazada alrededor del pecho del muerto, lo arrastró sobre el agua todo lo lejos que pudo y soltó la cuerda.

Se quedó un rato en el tronco del árbol con los pies colgando a un palmo del agua, mirando la negra superficie rota por las burbujas, cada vez más escasas.

Lo había hecho.

A pesar del frío, el sudor le escocía en los ojos y le dolían todos los músculos del cuerpo tras el esfuerzo, pero lo había hecho. Justo bajo sus pies estaba el cuerpo muerto, oculto para el mundo. Había dejado de existir. Las burbujas ya no subían y no había nada... nada que indicara que el cadáver estaba allí abajo.

En la superficie del agua se reflejaban algunas estrellas.

Segunda parte

Ultraje

*... y se dirigieron hacia tierras donde Martin
nunca había estado,
lejos de Tyska Botten
y de Blackeberg, donde estaba el límite del mundo conocido.*

Hjalmar Söderberg,
La infancia de Martin Bircks

*Pero aquel cuyo corazón una ninfa del bosque robó
nunca jamás lo recuperará.
Sueños a la luz de la luna su alma hilvanará,
amar a una esposa él no podrá...*

Viktor Rydberg,
La ninfa del bosque

El domingo, los periódicos publicaron información más detallada sobre el asesinato de Vällingby. El titular decía: «¿FUE VÍCTIMA DE UNA MUERTE RITUAL?». Fotos del chico, de la hondonada del bosque. El árbol. El asesino de Vällingby no era YA el tema de conversación en boca de todos. En la hondonada del bosque las flores se habían marchitado y las velas se habían apagado. La cinta rojiblanca de la policía había desaparecido, y las huellas que hubieran podido encontrar estaban a salvo.

El artículo del domingo puso de nuevo en marcha la discusión. El epíteto «ritual» llevaba implícito que estaba llamado a ocurrir de nuevo, ¿o no? Un ritual es precisamente algo que se repite.

Todos los que alguna vez habían pasado por ese camino, o cerca, tenían algo que contar: lo desagradable que era esa zona del bosque. O lo tranquila y bonita que resultaba. Nadie habría podido imaginar algo así.

Todos los que habían conocido al chico, aunque fuera de lejos, contaban lo bueno que parecía y lo malvado que debía ser el asesino. Se utilizaba de buena gana el caso como ejemplo de otros en que estaría justificada la pena de muerte, aunque uno, en principio, estaba en contra de ella.

Faltaba una cosa. Una foto del asesino. Uno se quedaba mirando la hondonada vacía, la cara sonriente del muchacho. A falta de una imagen de la persona que había hecho aquello, era como si hubiera ocurrido... solo.

No era suficiente.

El lunes 26 de octubre la policía filtró a la radio y a los periódicos de la mañana que habían descubierto el que era el mayor alijo de drogas hallado en Suecia. Habían cogido a cinco libaneses.

Libaneses.

Eso al menos era algo que se podía entender. Cinco kilos de heroína. Y cinco libaneses. Un kilo por libanés.

Para colmo, los libaneses vivían de los seguros sociales suecos mientras introducían la droga. Es cierto que tampoco había ninguna foto de los libaneses, pero no hacía falta. Ya sabe uno cómo parecen los libaneses. Árabes. No digas más.

Se especuló con la idea de que el asesino fuera también un extranjero. Era muy posible. ¿No tenían alguna especie de rituales de sangre en esos países árabes? El islam. Mandaban a sus hijos con una cruz de plástico, o lo que fuera, al cuello. Para desactivar las minas, según decían. Gente cruel. Irán, Irak. Los libaneses.

Pero el lunes la policía dio a conocer un retrato robot del asesino que alcanzó a salir en los periódicos de la tarde. Una niña lo había visto. Se habían tomado su tiempo, habían sido prudentes al reproducir la imagen.

Un sueco normal y corriente. Con un aspecto parecido al de un fantasma. La mirada vacía. Todos estuvieron de acuerdo en que ése era exactamente el aspecto de un asesino. Ningún problema para imaginarse aquella cara tipo máscara llegando sigilosamente a la hondonada y...

Todos los de Västerort que se parecían al retrato robot tuvieron que soportar

largas y escrutadoras miradas. Se iban a casa a mirarse en el espejo, pero no encontraban ni el más mínimo parecido. Por la noche, en la cama, pensaban si no deberían cambiar de aspecto al día siguiente, claro que a lo mejor eso podría parecer sospechoso.

No habían tenido ninguna necesidad de estar preocupados. La gente iba a tener otra cosa en qué pensar. Suecia iba a convertirse en otro país. Una nación *ultrajada*. Ésa era la palabra que se usaba todo el tiempo: ultraje.

Mientras los que se parecen al retrato robot están acostados en sus camas pensando en un nuevo peinado, un submarino soviético ha quedado encallado muy cerca de Karlskrona. Sus motores rugen y retumban en todo el archipiélago intentando salir de allí. Nadie sale para averiguar nada.

Lo van a descubrir por casualidad el miércoles por la mañana.

Miércoles 28 de Octubre

La escuela era un hervidero de comentarios a la hora de la comida. Un profesor lo había oído en la radio durante el recreo, lo había contado en clase y en el recreo de la comida lo sabía todo el mundo. Habían llegado los rusos.

El gran tema de conversación entre los chicos durante la última semana había sido el asesino de Vällingby. Varios lo habían visto, alguno aseguraba incluso que había sido atacado por él.

Habían visto al asesino en cada tipo raro que pasó cerca de la escuela. Cuando en el patio apareció un hombre mayor con la ropa manchada, los chicos corrieron gritando a esconderse dentro. Los más gallitos se armaron con palos de hockey, preparados para cargárselo. Por fortuna, alguien reconoció al hombre como uno de los borrachines de la plaza. Lo dejaron marchar.

Pero ahora eran los rusos. No se sabía mucho de los rusos. Estaban una vez un alemán, un ruso y Bellman. En hockey eran mejores. Se llamaban la Unión Soviética. Ellos y los americanos eran los que hacían viajes al espacio. Los americanos habían fabricado la bomba de neutrones para protegerse de los rusos.

Oskar estaba discutiendo el asunto con Johan en el recreo de la comida.

—¿Crees que los rusos tienen también la bomba de neutrones?

Johan se encogió de hombros.

—Seguro. A lo mejor tienen una en ese submarino.

—¿No hay que tener aviones para tirar bombas?

—No. Las tienen en cohetes que vuelan sin más adonde sea.

Oskar alzó la vista al cielo.

—¿Y se pueden llevar en un submarino?

—Es lo que tiene. Se pueden llevar donde se quiera.

—Las personas mueren y a las casas no les pasa nada.

—Exacto.

—Me pregunto qué pasará con los animales. Johan reflexionó un momento.

—Seguro que se mueren también. Por lo menos los grandes.

Estaban sentados en el borde de la arena donde no jugaba ningún niño pequeño en aquel momento. Johan cogió una buena piedra y la tiró haciendo saltar la arena.

—¡Pum! Todos muertos.

Oskar cogió una piedra más pequeña.

—¡No! ¡Ahí queda un superviviente! ¡Pshiuuu! ¡Misil en la espalda!

Tiraron piedras y chinas, asolaron todas las ciudades de la tierra hasta que oyeron una voz detrás de ellos.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Se dieron la vuelta. Jonny y Micke. Era Jonny el que había hablado. Johan tiró la

piedra que tenía en la mano.

—Nada. Sólo estábamos...

—No te he preguntado a ti. ¿Cerdo? ¿Qué estabais haciendo?

—Tirando piedras.

—¿Por qué?

Johan se había echado para atrás, estaba ocupado atándose los cordones.

—Porque... nada.

Jonny miró hacia la arena y extendió el brazo de tal manera que Oskar se estremeció.

—Aquí juegan los niños pequeños. ¿Es que no lo entiendes? Estás estropeando la arena.

Micke meneaba la cabeza apenado.

—Pueden caerse y darse en las piedras.

—Cerdo, ya puedes quitar ahora mismo esas piedras.

Johan estaba todavía ocupado con los zapatos.

—¿Me has oído? *Que quites ahora mismo esas piedras.*

Oskar se quedó parado, no sabía qué postura adoptar. Estaba claro que a Jonny la arena le importaba un bledo. No era más que lo de siempre. Tardaría por lo menos diez minutos en quitar todas las piedras que habían tirado, Johan no iba a ayudar. Sonaría la campana de entrada de un momento a otro.

—No.

La palabra surgió de sus labios como una revelación. Como cuando alguien pronuncia por primera vez la palabra «dios», refiriéndose realmente a... Dios.

Ya se había visto quitando piedras después de que los demás hubieran entrado, sólo porque lo decía Jonny. Pero era otra cosa también. En la arena había un tobogán parecido al que había en el patio de Oskar.

Oskar negó con la cabeza.

—¿Pero qué dices?

—No.

—¿Cómo que no? Parece que oyes mal. Si te digo que recojas esto, *entonces lo haces*.

—NO.

Sonó la campana. Jonny se quedó mirando a Oskar.

—Ya sabes lo que va a pasar, ¿no, Micke?

—Sí.

—Ya le pillaremos después de la escuela.

Micke asintió.

—Ya nos veremos, Cerdo.

Jonny y Micke entraron. Johan se levantó, listo por fin con los zapatos.

—Eso ha sido una gilipollez.

—Ya lo sé.

—¿Por qué coño lo hiciste?

—Porque... —Oskar echó una mirada al tobogán—. Porque sí.

—Qué idiota.

—Sí.

Al terminar las clases Oskar se quedó en el aula. Colocó dos papeles en blanco encima de su pupitre, buscó la enciclopedia que había en la parte de atrás de la clase y empezó a pasar hojas.

Mamut... Medici... Mongol... Morfeo... Morse.

Sí. Ahí estaba. Los puntos y las rayas del alfabeto Morse ocupaban una cuarta parte de la página. Con letras mayúsculas grandes y claras empezó a copiar el código en un papel:

A = .-

B = -...

C = -.-.

Etcétera. Cuando terminó hizo lo mismo con el otro papel. No quedó satisfecho. Lo tiró y empezó de nuevo, esmerándose en escribir los signos y las letras todavía más claros.

Evidentemente, sólo era importante que uno de los papeles quedara bien: el que le iba a dar a Eli. Pero le gustaba el trabajo, le daba una excusa para quedarse allí.

Eli y él se habían visto todas las tardes desde hacía una semana. La tarde anterior, a Oskar se le había ocurrido dar unos toquecitos en la pared antes de salir y Eli le

había contestado. Salieron los dos al mismo tiempo. Entonces Oskar pensó en desarrollar la comunicación mediante algún tipo de sistema, y como el Morse ya estaba inventado...

Revisó los papeles escritos. Bien. Seguro que a Eli le iba a gustar. Lo mismo que a él, a ella le gustaban los puzzles, los sistemas. Dobló los papeles, los metió en la cartera, apoyó los brazos en la mesa. Le rugió el estómago. El reloj de la escuela marcaba las tres y veinte. Sacó el libro que tenía en el pupitre, *El resplandor*, y se quedó leyendo hasta las cuatro.

¿No habrían estado esperándole dos horas?

Si hubiera quitado las piedras como Jonny le había dicho, ya estaría en casa. Había sido justo. Quitar unas pocas piedras no era realmente lo peor que le habían mandado hacer y había hecho. Se arrepintió.

¿Y si lo hago ahora?

Quizá mañana el castigo fuera más suave si contaba que se había quedado después de la escuela y... Sí, era lo mejor.

Recogió sus cosas en la clase, salió y fue hasta la arena. No le llevaría más de diez minutos arreglar aquello. Mañana, cuando lo contara, Jonny se reiría de él y le daría unas palmaditas en la cabeza diciendo «buen cerdito» o algo parecido. Pero eso era mejor, a pesar de todo.

Miró de reojo la escalera del tobogán, dejó la cartera en el borde de la arena y empezó a quitar las piedras. Las grandes, primero. Londres, París. Mientras las quitaba, jugaba a que estaba *salvando* al mundo. Limpiándolo de las terribles bombas de neutrones. Al levantar las piedras, los supervivientes salían como hormigas de sus casas en ruinas. Claro que las bombas de neutrones no dañaban las casas. Bien, entonces habían caído algunas bombas atómicas también.

Cuando se dirigía al borde de la arena para vaciar la carga, estaban allí. No los había oído llegar, tan ocupado como estaba con el juego. Jonny, Micke y Tomas. Los tres llevaban en las manos ramas finas y largas de avellano. Varas. Jonny señaló una piedra con su vara.

—Ahí hay una.

Oskar, soltando las que llevaba en las manos, recogió la piedra que Jonny estaba señalando. Este asintió con la cabeza.

—Bien. *Te estábamos esperando*, Cerdo. Y hemos esperado bastante.

—Vino Tomas y nos dijo que estabas aquí —dijo Micke.

Los ojos de Tomas eran inexpresivos. En los primeros cursos, Oskar y él habían sido amigos y habían jugado mucho en el patio de Tomas, pero después del verano entre cuarto y quinto Tomas cambió. Empezó a hablar de otra forma, más adulto. Oskar sabía que los profesores le consideraban el chico más inteligente de la clase. Se notaba en la forma en que hablaban con él. Tenía ordenador. Quería ser médico.

Oskar deseaba tirar la piedra que llevaba en la mano a la cara de Tomas. Directamente dentro de la boca que ahora se abría y hablaba.

—¿No vas a correr? Vamos, echa a correr ya.

Sonó un silbido cuando Jonny rasgó el aire con su vara. Oskar apretó más fuerte la piedra. *¿Por qué no echo a correr?*

Podía ya sentir la quemazón del dolor en las piernas cuando la vara aterrizara. Sólo con que llegara a la calle del parque donde quizá habría adultos, ellos no se atreverían a pegarle.

¿Por qué no echo a correr?

Porque aun así no tenía ninguna posibilidad. Lo tirarían al suelo antes de que hubiera conseguido dar cinco pasos.

—Déjalo.

Jonny volvió la cabeza, hizo como si no hubiera oído.

—¿Qué has dicho, Cerdo?

—Que lo dejes.

Jonny se volvió hacia Micke.

—Le parece que es mejor que lo dejemos.

Micke meneó la cabeza.

—Ahora que hemos hecho estas bonitas... —dijo agitando su vara.

—¿Tú qué dices, Tomas?

Tomas observó a Oskar como si fuera una rata, aún viva, pataleando en su trampa.

—Me parece que el Cerdo necesita un poco de palo.

Eran tres. Tenían varas. Era una situación tremendamente injusta. Él podría tirarle la piedra a Tomas a la cara. O darle con ella si se acercaba. Aquello daría lugar a una llamada al despacho del director y todo lo que venía detrás. Pero le comprenderían. Tres con tres varas.

Estaba... desesperado.

No estaba desesperado en absoluto. Al contrario, sentía una especie de tranquilidad a pesar del miedo, ahora que se había decidido.

Podían apalearle, sólo eso le daba motivos suficientes para estampar la piedra en la asquerosa cara de Tomas.

Jonny y Micke se acercaron. Jonny le dio a Oskar tal latigazo en el muslo que éste se dobló de dolor. Micke fue por detrás y le inmovilizó los brazos.

No.

Ya no podía tirar. Jonny le propinaba latigazos en las piernas haciendo cimbrear la vara en el aire como Robin Hood en la película; golpeaba de nuevo.

Las piernas de Oskar ardían. Se retorció en los brazos de Micke, pero no consiguió escapar. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Gritó. Jonny le sacudió un último latigazo que rozó las piernas de Micke y éste gritó:

—¡Joder, ten cuidado! —pero sin soltar a su presa.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Oskar. ¡No era justo! Ya *había* recogido las piedras, se había humillado. ¿Por qué tenían que seguir haciéndole daño?

La piedra, que había tenido apretada todo el tiempo en la mano, cayó al suelo y él

empezó a llorar de veras.

Con voz compasiva dijo Jonny:

—El Cerdo llora.

Jonny parecía satisfecho. Listo por esta vez. Le hizo una seña a Micke para que lo soltara. Oskar se estremecía por el llanto, por el dolor en las piernas. Tenía los ojos arrasados de lágrimas cuando levantó la vista hacia ellos y oyó la voz de Tomas:

—¿Y yo qué?

Micke volvió a sujetar los brazos de Oskar y, a través de la niebla que le cubría los ojos, éste vio cómo Tomas se acercaba a él. Sorbiéndose los mocos le rogó:

—Déjalo. Por favor.

Tomas levantó su vara y golpeó. Sólo una vez. La cara de Oskar estalló y se retorció con tanta fuerza que a Micke se le soltó —o le soltó— y dijo:

—Joder, Tomas. Eso ya es...

Jonny parecía enfadado.

—Ahora ya puedes ir *tú* a hablar con su madre.

Oskar no oyó qué contestó Tomas. Si es que contestó algo.

Sus voces desaparecieron a lo lejos, lo dejaron tirado. La mejilla izquierda le ardía. La arena estaba fría y refrescaba sus piernas abrasadas. Quería poner la mejilla también contra la arena, pero comprendió que no debía.

Permaneció tanto tiempo así que empezó a sentir frío. Entonces se levantó, se tocó con cuidado la mejilla. Los dedos se le llenaron de sangre.

Fue a los aseos del patio, se miró en el espejo. Su mejilla estaba hinchada y cubierta de sangre medio reseca. Tomas tenía que haber golpeado con todas sus fuerzas. Se lavó la cara y volvió a mirarse. La herida había dejado de sangrar, no era profunda. Pero le cruzaba casi toda la mejilla.

Mamá. ¿Qué le voy a decir?

La verdad. Necesitaba consuelo. En una hora, su madre llegaría a casa. Entonces le iba a contar lo que le habían hecho, ella se iba a poner totalmente fuera de sí y lo iba a abrazar y abrazar, y él se hundiría en su regazo, en su llanto, y llorarían juntos.

Luego ella llamaría a la madre de Tomas.

Llamaría a la madre de Tomas y discutirían y después su madre lloraría por lo mala que era la madre de Tomas, y después... *La clase de trabajos manuales.*

Había ocurrido un accidente en la clase de trabajos manuales. No. Entonces puede que llamara al profesor.

Oskar observó la herida en el espejo. ¿Cómo podría haberse hecho algo así? Se había caído por la escalera del tobogán. Eso, bien mirado, no se sostenía, pero su madre probablemente *querría* creerlo. De todos modos iba a sentir lástima y lo iba a consolar. La escalera del tobogán.

Sintió frío en los pantalones. Se los desabrochó y miró. Los calzoncillos estaban totalmente mojados. Sacó su bola del pis y la enjuagó. Estaba a punto de volver a colocarla en los calzoncillos mojados, pero se detuvo mirándose en el espejo.

Oskar. Éste es... Ooskar.

Levantó la bola del pis aclarada, se la puso en la nariz. Como una nariz de payaso. La bola amarilla y la herida roja de la mejilla. Abrió desmesuradamente los ojos, intentando parecer un loco. Sí. Parecía bastante desagradable. Habló con el payaso del espejo:

—Se acabó. Ya es suficiente. ¿Lo oyes? Ya basta.

El payaso no contestó.

—No voy a aceptar esto. Ni *una* vez más, ¿lo oyes?

La voz de Oskar retumbaba en las cabinas vacías.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿A ti qué te parece?

Torció el rostro en una mueca que estiró la mejilla, distorsionó la voz haciéndola tan ronca y oscura como pudo. Habló el payaso:

—... mátalos... mátalos... mátalos...

Oskar sintió un escalofrío. Esto era de veras un poco desagradable. Sonaba de verdad como otra voz, y la cara del espejo no era la suya. Se quitó la bola del pis de la nariz, la metió en los calzoncillos.

El árbol.

No es que creyera en aquello realmente, pero... iba a acuchillar el árbol. Quizá. Quizá. Si de verdad se concentraba, entonces... Quizá.

Oskar recogió su cartera y se apresuró a ir a casa, llenando su cabeza de imágenes maravillosas.

Tomas sentado frente a su ordenador cuando siente el primer golpe. No entiende de dónde le llega. Se tambalea hasta la cocina con la sangre saliéndole a borbotones del estómago: «Mamá, mamá, alguien me clava un cuchillo».

La madre de Tomas estaría allí de pie. La madre de Tomas, que siempre defendía a Tomas hiciera lo que hiciese. Estaría allí de pie. Aterrada. Mientras las cuchilladas seguían agujereando el cuerpo de su hijo.

Tomas cae en el suelo de la cocina en medio de un charco de sangre, «mamá... mamá...», mientras el cuchillo invisible le abre el vientre y las tripas se desparraman por el suelo de linóleo.

No es que funcionara de esa manera.

Pero eso qué más daba.

El piso apestaba a pis de gato.

Giselle estaba en sus rodillas ronroneando. Bibi y Beatrice rodaban juntas por el suelo. Manfred estaba sentado como de costumbre, con el hocico pegado a la ventana, mientras que Gustaf trataba de acaparar la atención de Manfred hundiéndole la cabeza en el costado.

Måns, Tufs y Cleopatra estaban echados holgazaneando en la butaca; Tufs hurgaba con las patas en unos hilos sueltos. Karl-Oskar intentaba saltar a la repisa de

la ventana, pero falló y cayó de culo en el suelo. Era ciego de un ojo.

Lurvis estaba tumbado en el pasillo al acecho del buzón de la puerta, dispuesto a saltar y arañar si llegaba algo de propaganda. Vendela estaba en el estante de la entrada mirando a Lurvis; su deformada pata derecha delantera colgaba entre las barras, se sobresaltaba de vez en cuando.

Algunos gatos estaban en la cocina comiendo u holgazaneando en la mesa y en las sillas. Cinco permanecían echados en la cama en el dormitorio. Algunos otros tenían su sitio preferido en armarios y cajones que habían aprendido a abrir ellos solos.

Desde que Gösta no dejaba salir fuera a los gatos, por presiones de los vecinos, no entraba material genético nuevo. La mayoría de los gatitos nacían muertos o tenían deformaciones tan graves que morían después de un par de días. Más de la mitad de los veintiocho gatos que vivían en el piso de Gösta tenían algún defecto. Eran ciegos o sordos o les faltaban los dientes o tenían algún problema de movimiento.

Él los quería a todos.

Gösta estaba rascando a Giselle detrás de la oreja.

—Sí... mi pequeña... ¿qué vamos a hacer? ¿No lo sabes? No, yo tampoco. Pero tendremos que hacer *algo*, ¿no? Uno no puede quedarse así, sin hacer nada. Era *Jocke*. Yo lo conocía. Y ahora está muerto. Pero no lo sabe nadie. Porque no han visto lo que yo he visto. ¿Lo viste tú?

Gösta agachó la cabeza, susurró:

—Era un *niño*. Lo vi cuando llegaba por ahí abajo, por el camino. Estuvo esperando a *Jocke* bajo el puente. Él entró... y no volvió a salir. Después, por la mañana, había desaparecido. Pero está muerto. Lo sé.

»¿Qué?

»Yo no *puedo* ir a la policía. Me van a preguntar. Habrá un montón de personas y me van a hacer preguntas... por qué no he dicho nada. Me van a poner un foco de éstos en la cara.

»Ya han pasado tres días. O cuatro. No sé. ¿Qué día es hoy? Van a hacer preguntas. No puedo hacerlo.

»Pero algo tendremos que hacer.

»¿Qué hacemos?

Giselle le miraba. Luego empezó a lamerle la mano.

Cuando Oskar llegó a casa desde el bosque, el cuchillo estaba manchado de virutas viejas. Lo lavó bajo el grifo de la cocina y lo secó con una toalla que después remojó con agua fría, la escurrió y se la puso en la mejilla.

Su madre iba a llegar de un momento a otro. Tenía que salir un rato, necesitaba un poco más de tiempo —tenía aún el nudo en la garganta, las piernas le escocían—. Buscó las llaves en el armario de la cocina, escribió una nota: «Vuelvo enseguida.

Oskar». Luego puso el cuchillo en su sitio y bajó al sótano. Abrió la pesada puerta y se deslizó dentro.

Olor a sótano. Le gustaba. Un olor confortable a madera, a cosas viejas y a espacio cerrado. Algo de luz se filtraba por una ventana a ras de la calle y la oscuridad sugería secretos de sótano, tesoros ocultos.

A su izquierda había un pasillo alargado que tenía cuatro trasteros. Las paredes y las puertas eran de madera; las puertas, cerradas con candados más o menos grandes. Una de ellas tenía el candado reforzado; alguien a quien habían robado.

En la pared más alejada del pasillo ponía «BESO» escrito con rotulador. La S estaba escrita como si fuera una Z, al revés.

Lo más interesante estaba en el otro extremo: el cuarto de la basura. Allí Oskar había encontrado un globo terráqueo con su bombilla y todo que ahora estaba en su habitación, también unos cuantos ejemplares viejos de *El Increíble Hulk*. Y más cosas.

Pero hoy no había casi nada. Debían de haberlo vaciado recientemente. Unos pocos periódicos, algunas carpetas en las que ponía «inglés» y «sueco». Carpetas ya tenía más que suficientes. Hacía unos años había salvado una caterva de ellas de los contenedores de al lado de la imprenta.

Siguió hasta llegar al sótano del siguiente portal, el de Tommy. Abrió la puerta y entró. Aquel sótano olía diferente: un vago aroma a pintura o a disolvente.

Allí estaba también el refugio aéreo del edificio. Sólo había entrado en él una vez, hacía tres años, cuando los chicos mayores organizaron allí un club de boxeo. Una tarde, pudo acompañar a Tommy como espectador. Los chicos se golpeaban unos a otros con los guantes de boxeo puestos y Oskar se asustó un poco. Berridos y sudor, los cuerpos tensos y concentrados, el sonido de los golpes absorbido por las gruesas paredes de cemento. Después, alguien resultó herido o algo así y el volante que se giraba para descorrer los cerrojos de la puerta de hierro había sido bloqueado con cadenas y candado. Se acabó el boxeo.

Oskar encendió la luz y fue hasta el refugio. Si venían los rusos, quitarían el candado.

Si no han perdido la llave.

Estaba frente a la maciza puerta y se le ocurrió este pensamiento: que alguien... algo estaba encerrado allí. Que por eso había cadenas y candados. Un monstruo.

Escuchó. Sonidos lejanos de la calle, de personas que hacían cosas en los pisos de arriba. Le gustaba realmente el sótano. Uno estaba como en un mundo diferente al mismo tiempo que sabía que el otro mundo estaba ahí fuera, arriba, cuando uno lo necesitara. Pero aquí abajo reinaba el silencio y no llegaba nadie a decirle cosas, a hacerle cosas. A mandarle cosas.

Enfrente del refugio estaba el local del Club del Sótano. Territorio prohibido.

No tenían cerradura, por cierto, pero eso no significaba que cualquiera pudiera entrar allí. Aspiró profundamente y abrió la puerta.

No había gran cosa en aquel trastero. Un sofá viejo y una butaca igual de vieja. Una alfombra en el suelo. Una cómoda con la pintura desconchada. Desde la bombilla del pasillo salía un cable conectado de forma clandestina hasta la bombilla pelada que colgaba en el techo. Estaba apagada.

Había estado aquí un par de veces antes y sabía que para encender la bombilla no había más que enroscarla. Pero no se atrevía. La luz que se filtraba por los resquicios de las tablas era más que suficiente. El corazón le latía cada vez más deprisa. Si le pillaban aquí le iban a...

¿Qué? No sé. Eso es lo terrible. Pegarme no, pero...

Se puso de rodillas en la alfombra, levantó uno de los cojines del sofá. Debajo había un par de tubos de pegamento y un rollo de bolsas de plástico, un envase de gas para encendedores. Debajo del cojín de la otra esquina había revistas porno. Algunos ejemplares viejos de *Lektyr* y *Fib Aktuell*.

Cogió un *Lektyr* y se acercó un poco hacia la puerta, donde había más luz. Todavía de rodillas puso la revista en el suelo delante de él, la hojeó. Sentía la boca seca. La mujer de la foto estaba echada en una hamaca y no llevaba más que unos zapatos de tacón. Se apretaba los pechos y tenía los labios abultados. Tenía las piernas abiertas y en medio de la mata de pelo entre sus muslos aparecía una franja de carne rosa con una hendidura en el medio.

¿Cómo entra uno ahí?

Conocía la palabra por comentarios que había oído, pintadas que había leído. Coño. Agujero.

Labios menores. Pero eso no *era* un agujero. Sólo esa hendidura. Habían tenido educación sexual en la escuela y sabía que tenía que haber un... túnel desde el coño hacia dentro. ¿Pero en qué dirección? Todo recto o hacia arriba o... no se podía ver.

Siguió hojeando. Relatos de los propios lectores. Una piscina. Un compartimento en el cuarto de cambiarse de las chicas. *Los pezones se pusieron rígidos bajo el traje de baño. La polla golpeaba como un martillo dentro del bañador. Ella se agarró a los colgadores y volvió su culito hacia mí, se restregó: «Tómame, tómame ahora».*

¿Aquello sucedía todo el tiempo, a puerta cerrada, en los sitios donde uno lo veía?

Había empezado una nueva historia sobre una reunión familiar que había tomado un rumbo inesperado cuando oyó abrirse la puerta del sótano. Cerró la revista, la puso en su sitio debajo del cojín y no supo qué hacer consigo mismo. Se le hizo un nudo en la garganta, no se atrevía ni a respirar. Pasos en el pasillo.

Oh Dios mío, no los dejes venir. No los dejes venir.

Se abrazó desesperadamente las rótulas, apretando los dientes hasta hacerse daño en las mandíbulas. La puerta se abrió. Fuera estaba Tommy guiñándole un ojo.

—¿Pero qué cojones?

Oskar quería decir algo, pero tenía las mandíbulas bloqueadas. Siguió allí de rodillas en medio de la alfombra a la luz de la puerta, haciendo esfuerzos para tomar aire por la nariz.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿Y qué has hecho?

Sin mover apenas las mandíbulas, Oskar logró decir:

—... nada.

Tommy entró en el trastero, se inclinó sobre él.

—En la mejilla, me refiero. ¿Qué te has hecho ahí?

—Yo... nada.

Tommy meneó la cabeza, enroscó la bombilla hasta que se encendió la luz y cerró la puerta. Oskar se puso de pie en medio de la habitación con los brazos rígidos a lo largo del cuerpo, sin saber qué hacer. Dio un paso hacia la puerta. Tommy se dejó caer en la butaca con un suspiro, señaló el sofá.

—Siéntate.

Oskar se sentó en el cojín de en medio, en el que no había nada debajo. Tommy permaneció en silencio unos instantes observándolo. Luego dijo:

—Bueno. Cuéntamelo entonces.

—¿El qué?

—Lo que te ha pasado en la mejilla.

—... yo... sólo...

—Te ha pegado alguien, ¿no? ¿No?

—... sí...

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Sólo te pegan, sin motivo?

—Sí.

Tommy asintió con la cabeza, recogió algunos hilos sueltos que estaban colgando de la butaca. Sacó una caja de tabaco en pasta y se puso una bolsita bajo el labio superior, le tendió la caja a Oskar.

—¿Quieres?

Oskar negó con la cabeza. Tommy se volvió a guardar la caja, colocó bien la bolsita con la lengua y se echó hacia atrás en la butaca, se puso las manos entrelazadas sobre el estómago.

—Bueno. ¿Y entonces qué estás haciendo aquí?

—No, sólo iba a...

—¿Mirar tías? ¿Eh? Porque tú no esnifas. Ven aquí.

Oskar se levantó, se acercó a Tommy.

—Acércate más. Échame el aliento.

Oskar hizo lo que le mandó y Tommy asintió, señalando el sofá le dijo Oskar que se sentara otra vez.

—Tienes que mandar a la mierda esto, ¿me oyes?

—Yo no he...

—No, no lo has hecho. Pero tienes que mandarlo a la mierda, ¿me oyes? No es bueno. La pasta de tabaco es buena. Pruébala. —Hizo una pausa—. Bueno. ¿Vas a

estar ahí toda la tarde mirándome? —Hizo un gesto hacia el cojín que tenía Oskar al lado—. ¿No vas a leer un poco más?

Oskar negó con la cabeza.

—Bueno, hombre. Pues vete a casa entonces. Los otros están a punto de llegar y no se alegrarán de encontrarte a *ti* aquí. Venga, vete a casa.

Oskar se levantó.

—Y esto... —Tommy le miraba, meneando la cabeza, lanzó un suspiro—. No, no era nada. Vete a casa ahora. No vengas aquí más.

Oskar asintió, abrió la puerta. Allí se detuvo.

—Perdón.

—Está bien. Sólo que no vengas más aquí. Oye, otra cosa: ¿el dinero?

—Lo tendré mañana.

—Vale. Otra cosa. Te he conseguido una cinta con *Destroyer* y *Unmasked*. Sube a buscarla algún día.

Oskar asintió. Notó cómo le crecía el nudo en la garganta. Si se quedaba un poco más iba a empezar a llorar. Así que sólo susurró:

—Gracias —y se fue.

Tommy siguió sentado en su butaca, absorbiendo el tabaco y mirando las pelusas que se amontonaban debajo del sofá. *Sin remedio*.

Oskar seguiría cobrando hasta que terminara noveno. Era el típico. A Tommy le habría gustado hacer algo, pero una vez que ha empezado no hay manera de pararlo. Nada que hacer.

Sacó un encendedor del bolsillo, se lo puso en la boca y dejó salir el gas. Cuando empezó a notar el frío en el paladar retiró el encendedor, lo encendió y expulsó el aire.

Una bocanada de fuego en la cara. No le hizo gracia. Se sentía inquieto; se levantó y dio algunos pasos por la alfombra. Las pelusas se arremolinaban a su paso.

¿Qué cojones hace uno?

Midió los pasos de la alfombra, imaginando que era una cárcel. Uno no sale. Donde te han sentado, ahí te quedas, bla, bla. Blackeberg. Debería largarse de aquí, hacerse... marinero o algo. Lo que fuera.

Fregar la cubierta, seguir la ruta de Cuba, hola y adiós.

Había un cepillo que no se usaba casi nunca apoyado contra la pared. Lo cogió, empezó a barrer. El polvo le entraba por la nariz. Cuando había barrido un poco se dio cuenta de que no había ningún recogedor. Barrió el montón del polvo debajo del sofá.

Mejor un poco de mierda en un rincón que un puro infierno.

Hojeó una revista porno, la volvió a dejar en su sitio. Dio vueltas a su bufanda alrededor del cuello y tiró hasta que sintió que la cabeza le iba a estallar. Soltó. Se

levantó, dio unos pasos por la alfombra. Cayó de rodillas, rezando.

A las cinco y media llegaron Robban y Lasse. Tommy se encontraba entonces recostado en la butaca como si no hubiera ningún problema en el mundo. Lasse se mordía los labios, parecía nervioso. Robban sonrió con coña dando unas palmaditas a Lasse en la espalda.

—Lasse necesita otro radiocasete.

Tommy alzó las cejas.

—¿Eso por qué?

—Lasse, cuéntaselo.

Lasse resopló, no se atrevía a mirar a Tommy a los ojos.

—Esto... es un chico del trabajo...

—¿Qué quiere comprar?

—Mmm.

Tommy se encogió de hombros, se levantó de la butaca y rebuscó la llave del refugio en el relleno. Robban parecía decepcionado, había contado con una buena bronca, pero Tommy pasaba. Lasse podía gritar: ¡SE VENDEN OBJETOS ROBADOS! en los altavoces del trabajo si quería. No pasaba nada.

Tommy apartó a Robban y salió al pasillo, abrió el candado, sacó la cadena de la rueda y se la tiró a Robban. La cadena resbaló en las manos de Robban y chirrió contra el suelo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás picado o qué?

Tommy meneó la cabeza, giró la rueda y empujó la puerta. El tubo fluorescente del refugio estaba roto, pero la luz que llegaba del pasillo era suficiente para ver las cajas de cartón apiladas a lo largo de una de las paredes. Tommy sacó una caja con un radiocasete y se la dio a Lasse.

—Que te diviertas.

Lasse miró indeciso a Robban, como para que le ayudara a interpretar el comportamiento de Tommy. Robban hizo una mueca que podía significar cualquier cosa; se volvió hacia Tommy, que estaba cerrando de nuevo.

—¿Has oído algo más de Staffan?

—No —Tommy hizo chascar el candado y lanzó un suspiro—. Mañana iré a su casa a comer. Ya veremos.

—¿A comer?

—Sí. ¿Qué pasa?

—No, nada. Yo creía que los maderos iban a base de... gasolina o algo así.

Lasse respiró aliviado, contento de que la tensión en el ambiente se hubiera aligerado.

—Gasolina...

Había mentido a su madre. Y ella le había creído. Ahora estaba echado en la cama y se sentía mal.

Oskar. Ése del espejo. ¿Quién era? Le pasan un montón de cosas. Cosas malas. Cosas buenas. Cosas raras. Pero ¿quién es? Jonny lo mira y ve al Cerdo al que tiene que pegar. Su madre lo mira y ve su Corazón mío al que nada malo puede ocurrirle.

Eli lo mira y ve... ¿qué ve?

Oskar se volvió hacia la pared, hacia Eli. Las dos figuras miraban escondidas entre el ramaje. Tenía aún la mejilla dolorida e hinchada, había empezado a hacerse una costra en la herida. ¿Qué le iba a decir a Eli si salía aquella tarde?

Estaba relacionado. Lo que le iba a decir dependía de lo que él fuera para ella. Eli era nueva para él y por eso tenía la posibilidad de ser otro, de decirle cosas diferentes de las que decía a los demás.

¿Cómo hace uno en realidad? ¿Para conseguir gustarle a otro?

El reloj que había sobre el escritorio marcaba las siete y cuarto. Miró el ramaje intentando encontrar nuevas figuras: había encontrado un duendecillo con el sombrero apuntado y un troll boca abajo cuando se oyeron unos golpecitos en la pared.

Toc-toc-toc.

Unos golpes suaves. Él contestó golpeando. Toc-toc-toc.

Esperó. Tras un par de segundos, nuevos golpes. Toc-toctoc-toc.

Él completó los dos que faltaban: toc-toc. Esperó. No hubo más golpes.

Cogió el papel con el alfabeto Morse, se puso la cazadora, dijo adiós a su madre y bajó al parque. No había alcanzado a dar más que unos pasos cuando se abrió el portal de Eli y ésta salió. Llevaba unas deportivas, vaqueros y una sudadera negra en la que ponía Star Wars con letras plateadas.

Primero pensó que se trataba de su propia sudadera; él tenía una exactamente igual y la había llevado puesta hacía dos días, estaba en el cesto para lavar. ¿Había ido ella y se había comprado una igual sólo porque él la tenía?

—Hei.

Oskar abrió la boca para soltar el «hola» que llevaba preparado, pero la cerró. La volvió a abrir para decir «Hei», se arrepintió y dijo «Hola» de todas formas.

Eli frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla?

—Bueno, me he... caído.

Oskar siguió bajando hacia el parque, Eli lo seguía. Pasó por delante del tobogán, se sentó en un columpio. Eli se sentó en el de al lado. Se columpiaron en silencio un rato.

—Te lo ha hecho alguien, ¿verdad?

Oskar se columpió otro poco.

—Sí.

—¿Quién?

—Unos... compañeros.

—¿Compañeros?

—Unos de mi clase.

Oskar se impulsó con fuerza, cambió de tema.

—¿A qué escuela vas tú?

—Oskar.

—¿Sí?

—Para un poco.

Paró con los pies, se quedó mirando al suelo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Tú...

Ella alargó el brazo, le cogió la mano, y él se paró del todo y miró a Eli. Su cara apenas era una silueta contra la ventana iluminada que había detrás de ella. Naturalmente no eran más que figuraciones suyas, pero le parecía que los ojos de Eli *lucían*. De todos modos eran lo único que podía ver claramente de su cara.

Con la otra mano le tocó la herida, y lo extraño ocurrió. Alguien, una persona mucho más mayor y más dura que ella se abrió paso desde su interior. Un escalofrío le recorrió a Oskar la espalda, como si hubiera mordido un helado de hielo.

—Oskar. No les dejes. ¿Me oyes? No les dejes.

—... No.

—Tienes que devolvérsela. Nunca se la has devuelto, ¿verdad?

—No.

—Empieza ahora. Devuélvesela. Fuerte.

—Son tres.

—Entonces tienes que darles más fuerte. Usa un arma.

—Sí.

—Piedras, palos. Dales más de lo que en realidad eres capaz. Entonces lo dejarán.

—¿Y si no lo dejan?

—Tienes un cuchillo.

Oskar tragó saliva. En ese momento, con la mano de Eli en la suya, con la cara de ella delante, todo parecía muy claro. Pero ¿y si empezaban a hacer cosa peores cuando él opusiera resistencia?, ¿y si ellos...?

—Sí. Pero si ellos...

—Entonces yo te ayudaré.

—¿Tú? Pero si eres...

—Puedo, Oskar. Eso... puedo.

Eli apretó la mano de Oskar. Él le devolvió el apretón, asintiendo. Pero el apretón de Eli se volvió más fuerte. Tan fuerte que hacía un poco de daño.

Qué fuerte es.

Eli aflojó la mano y él sacó el papel que había escrito en la escuela, alisó los dobleces y se lo dio. Eli levantó las cejas.

—¿Qué es?

—Ven, vamos a la luz.

—No, si veo. ¿Pero qué es?

—El alfabeto Morse.

—Sí, sí. Claro. Qué pasada.

Oskar contestó con una risita. Ella lo había dicho tan, tan... ¿cómo se dice?... forzada. Aquella palabra como que no pegaba en su boca.

—Pensé... así podemos... hablar más a través de la pared.

Eli asintió. Parecía como si estuviera pensando qué responder. Luego dijo:

—Es divertido.

—¿Muy divertido?

—Sí. *Muy divertido*. Muy divertido.

—Eres un poco rara, ¿lo sabes?

—¿Soy rara?

—Sí. Pero está bien.

—Entonces tendrás que enseñarme lo que tengo que hacer. Para no ser rara.

—Sí. ¿Quieres ver una cosa?

Eli asintió.

Oskar hizo su número especial. Se sentó en el columpio donde había estado antes, se dio impulso con fuerza. Con cada vuelta, con cada milímetro que ganaba en altura, crecía en su pecho la sensación de libertad.

Las ventanas iluminadas pasaban ante sus ojos como trazos de colores brillantes y se columpiaba más y más alto. No siempre le salía su número especial, pero ahora lo iba a conseguir porque se sentía ligero como una pluma y casi podía volar.

Cuando el columpio había llegado ya tan arriba que las cadenas empezaban a aflojarse para volver a dar un tirón, tensó todo el cuerpo. El columpio fue hacia atrás una vez más y, en el punto más alto de la siguiente vuelta, soltó las cadenas e impulsó las piernas hacia arriba y hacia delante lo más fuerte que pudo. Las piernas dieron media vuelta en el aire y aterrizó con los pies, agachándose de manera que el columpio no le diera en la cabeza. Después se levantó y alzó los brazos. Perfecto.

Eli aplaudió, gritó:

—¡Bravo!

Oskar cogió el columpio, que aún se movía, lo paró y se sentó. Una vez más agradeció que la oscuridad ocultara una sonrisa de triunfo que no podía reprimir, aunque le dolía la herida. Eli dejó de aplaudir, pero la sonrisa permaneció.

Las cosas iban a cambiar a partir de ahora. Claro que no se puede matar gente dando cuchilladas a un árbol. Eso ya lo sabía él.

Jueves 29 de Octubre

Håkan estaba sentado en el estrecho pasillo con las rodillas flexionadas de manera que los talones le rozaban el culo y la barbilla quedaba apoyada en las rodillas, escuchando el chapoteo del agua en el cuarto de baño. Los celos eran una serpiente gorda y blanca en su pecho. Se revolvió despacio, limpia como la inocencia e infantilmente clara.

Prescindible. Él era... prescindible.

Ayer por la tarde se encontraba echado en su cama con la ventana entreabierta. Oyó cómo Eli se despedía de ese tal Oskar. Sus voces claras, sus risas. Una... ligereza que él nunca podría conseguir. Él era siempre la responsabilidad pesada, la exigencia, el deseo.

Había creído que su amada era igual. Se había asomado a los ojos de Eli y había visto la sabiduría de una persona anciana, y la indiferencia. Al principio eso le asustó. Los ojos de Samuel Beckett en la cara de Audrey Hepburn. Luego le había dado seguridad.

Era la mejor relación imaginable. El cuerpo joven y bello que aportaba belleza a su vida al mismo tiempo que le libraba del compromiso. No era él quien decidía. Y no tenía que sentirse culpable por su deseo: su amada era mayor que él. Ninguna niña. Eso creía.

Pero desde que empezó esto con Oskar había pasado algo. Una... regresión. Eli se comportaba cada vez más como la niña que parecía; había empezado a contonear el cuerpo, a utilizar expresiones infantiles, palabras. Quería *jugar*. Esconder la llave. La noche anterior habían estado jugando a esconder la llave. Eli se había enfadado porque Håkan no mostraba el entusiasmo que el juego exigía, después había intentado hacerle cosquillas para que se riera. Él había disfrutado del tocamiento.

Era atractiva, naturalmente. Aquella alegría, esa... *vida*. Al tiempo que le intimidaba, porque se alejaba de su manera de ser. Nunca había estado tan cachondo y asustado como desde que se conocieron.

La noche anterior, su amada se había encerrado en la habitación de Håkan para pasarse media hora echada en la cama dando golpecitos en la pared. Cuando éste pudo entrar de nuevo en el cuarto vio un papel lleno de signos sujeto con celo sobre su cama. El código Morse.

Al acostarse, tuvo la tentación de golpear él mismo un mensaje para Oskar. Algo acerca de lo que Eli realmente *era*. Pero en vez de eso copió el código en un papel, para poder descifrar lo que se dijeran en el futuro.

Håkan inclinó la cabeza, apoyó la frente en las rodillas. El chapoteo dentro del cuarto de baño había terminado. Aquello no podía seguir así. Estaba a punto de explotar. De ganas, de celos.

La cerradura del cuarto de baño se giró y se abrió la puerta. Eli apareció delante de él totalmente desnuda. Limpia.

—¿Estás aquí sentado?

—Sí. Estás muy guapa.

—Gracias.

—¿Puedes darte la vuelta?

—¿Por qué?

—Porque... yo quiero.

—Pero yo no. ¿Puedes apartarte un poco?

—A lo mejor digo algo... si lo haces.

Eli miró a Håkan, indecisa. Luego se dio media vuelta, se quedó de espaldas a él.

A Håkan se le agolpaba la saliva en la boca, tragó. Miró. Una sensación física de cómo los ojos *devoraban* lo que tenían ante sí. Lo más bello que había. A un brazo de distancia. Infinitamente lejos.

—¿Tienes... hambre?

Eli se volvió de nuevo.

—Sí.

—Lo voy a hacer. Pero quiero algo a cambio.

—Tú dirás.

—Una noche. Quiero una noche.

—Sí.

—¿La tendré?

—Sí.

—¿Acostarme contigo? ¿Tocarte?

—Sí.

—¿Puedo...?

—No. Sólo eso. Pero eso sí.

—Entonces lo hago. Esta noche.

Eli se agachó junto a él. A Håkan le ardían las palmas de las manos. Quería acariciarla. No podía. Esa noche. Eli, mirando fijamente al techo, dijo:

—Gracias. Pero piensa si alguien... ese retrato del periódico... hay personas que saben que vives aquí.

—He pensado en ello.

—Si viniera alguien aquí por el día... cuando yo descanso...

—Te digo que he pensado en ello.

—¿Y...?

Håkan cogió a Eli de la mano, se levantó y fue a la cocina, abrió la despensa, sacó un tarro de confitura con la tapa de cristal. Un líquido transparente llenaba la mitad del frasco. Le explicó lo que había pensado. Eli negó vehementemente con la cabeza.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. ¿Entiendes ahora cuánto... me preocupo por ti?

Cuando Håkan se preparó para salir, puso el tarro de confitura en la bolsa junto con los demás utensilios. Eli, mientras tanto, se había vestido y estaba esperando en la entrada cuando Håkan salió, se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Håkan pestañeó y se quedó un rato mirando a Eli.

Estoy *perdido*.

Después se fue a su tarea.

Morgan se estaba zampando sus cuatro delicias de una en una sin mostrar apenas interés por el arroz que tenía al lado en un cuenco. Lacke, inclinándose hacia delante, le dijo en voz baja:

—Oye, ¿puedo coger el arroz?

—Joder. ¿Quieres también la salsa?

—No. Pongo un poco de soja, sólo.

Larry, que observaba por encima del periódico, hizo una mueca cuando Lacke cogió el cuenco de arroz y le puso soja del frasco con un glu, glu, glu y empezó a comer como si no hubiera visto comida antes. Larry hizo un gesto señalando el montón de gambas fritas del plato de Morgan.

—Podrías invitar.

—Sí, claro. *Sorry*. ¿Qué quieres, una gamba?

—No, tengo mal el estómago. Pero igual Lacke.

—¿Quieres una gamba, Lacke?

Lacke asintió y le alargó el cuenco del arroz. Morgan puso dos gambas fritas con ademán ostentoso. Como si insistiera. Lacke le dio las gracias y atacó las gambas.

Morgan refunfuñaba y meneaba la cabeza. Lacke no era el mismo desde que Jocke desapareció. Ya soplabá más de la cuenta antes, pero ahora bebía todavía más y no le quedaba ni un céntimo para comida. Era de veras raro lo de Jocke, pero tampoco como para hundirse totalmente en la miseria de esa manera. Jocke llevaba ya cuatro días desaparecido, pero ¿quién sabía? Podía haber encontrado a una tía y haberse largado a Tahití, cualquier cosa. Ya aparecería.

Larry dejó el periódico, se colocó las gafas de leer en la cabeza y restregándose los ojos dijo:

—¿Vosotros sabéis dónde hay refugios?

Morgan sonrió burlón.

—¿Qué pasa? ¿Estás pensando en hibernar, o qué?

—No, por lo del submarino. Por si se produjera una invasión a gran escala.

—Te puedes venir al nuestro. Estuve allí abajo mirando cuando vino un tipo de la defensa de no sé qué que tenía que hacer un inventario, hace dos años. Máscaras de gas, conservas, mesas de ping-pong y demás. Muerto de risa.

—¿Mesas de ping-pong?

—Pues claro, ¿no lo sabes? Cuando los rusos entren en el país no tenemos más que decir: «Alto ahí, chicos, deponed las kalashnikoffnas, esto lo vamos a zanjar mejor con un partido de ping-pong». Que se queden ahí los generales tirándose pelotas picadas los unos a los otros.

—¿Los rusos *juegan* al ping-pong?

—No. Los tenemos en un puño. A lo mejor recuperamos todo el Báltico.

Lacke se limpió con exagerada minuciosidad los labios con la servilleta y dijo:

—Es raro, de todas formas. Morgan encendió un John Silver.

—¿El qué?

—Lo de Jocke. Siempre solía decirlo si se iba a alguna parte. Vosotros lo sabéis. Si se iba a ir a casa de su hermano, ahí en Vädö, lo contaba como una cosa grande. Empezaba a hablar de ello una semana antes. Lo que se iba a llevar, lo que iban a hacer.

Larry puso la mano en el hombro de Lacke.

—Hablas de él en pretérito.

—¿Qué? Sí. Es que creo realmente que le ha pasado algo. Eso creo yo.

Morgan dio un buen trago de cerveza, eructó.

—Tú crees que está muerto.

Lacke se encogió de hombros y miró buscando apoyo a Larry, que estaba observando el dibujo de las servilletas. Morgan negó con la cabeza.

—No. Nos habríamos enterado. Eso fue lo que dijo la pasma cuando estuvieron allí abriendo la puerta, que te llamarían si sabían algo. No es que yo confíe en la pasma, pero... alguien debería de haber oído algo.

—Jocke habría llamado.

—Pero Dios mío, ¿estáis casados o qué? No te preocupes. Pronto aparecerá. Con flores y bombones y prometiendo no volver a hacerlo nuuunca más.

Lacke asintió resignado y dio un sorbito a la cerveza a la que le había invitado Larry con la promesa de hacer lo mismo cuando le vinieran mejores rachas. Dos días más, como mucho. Luego empezaría a buscar por su cuenta. Llamar al hospital, al depósito de cadáveres y todo lo que se pudiera hacer. Uno no abandona a su mejor amigo. Estuviera enfermo o muerto o lo que fuera. Uno no lo deja en la estacada.

Eran las siete y media y Håkan estaba empezando a ponerse nervioso. Había estado deambulando por los alrededores del instituto Nuevos Elementos y del polideportivo de Vällingby, por donde se movían los jóvenes. Era hora de entrenamientos y la piscina abría hasta tarde, así que no faltaban posibles víctimas. El problema estaba en que la mayoría iba en grupos. Había oído un comentario de una chica, que iba con otras dos, acerca de que su madre «todavía estaba totalmente histérica por lo del asesino».

Claro está que podía haber ido más lejos, a algún sitio donde sus anteriores

actuaciones no estuvieran tan presentes, pero entonces corría el riesgo de que la sangre se estropeará antes de llegar a casa. Ya que iba a hacerlo, quería dar a su amada lo mejor. Y cuanto más fresca, cuanto más próxima a la fuente, más buena. Eso le había dicho.

La noche anterior había caído una buena helada y hacía frío de verdad, bajo cero, por eso no llamaba mucho la atención el hecho de que llevara un pasamontañas con aberturas para los ojos y la boca que le ocultaba la cara.

Pero no podía andar dando vueltas así por mucho tiempo. Al final, alguien acabaría sospechando.

¿Y si no pillaba a nadie? ¿Si llegaba a casa sin nada? Su amada no moriría, de eso estaba ahora seguro. No como la primera vez. Pero ahora había algo más, un maravilloso algo más. Una noche entera. Una noche entera con el cuerpo de su amada a su lado. Esos tensos y suaves miembros, el vientre plano para acariciarlo despacio. Una vela encendida en el dormitorio cuyo resplandor temblara sobre la piel aterciopelada, suya por una noche.

Se frotó la polla que latía y gritaba de ganas.

Tengo que tranquilizarme, tengo que...

Sabía lo que iba a hacer. Una locura, pero iba a hacerla.

Entrar en la piscina cubierta de Vällingby y buscar allí a su víctima. Estaría casi vacía a esta hora, y puesto que ya se había decidido sabía exactamente cómo iba a hacerlo. Arriesgado, claro. Pero totalmente factible.

Si salía mal echaría mano de la última salida. Pero no iba a salir mal. Lo vio ante sí con todo detalle cuando aceleró el paso y se dirigió a la entrada. Se sentía ebrio. El tejido del pasamontañas se humedeció alrededor de la nariz a causa de la condensación que provocaba su respiración agitada.

Esto iba a ser algo para contarle a su amada esa noche, contárselo mientras acariciaba su culo duro y respingón con la mano temblorosa, atesorándolo en la memoria por toda la eternidad.

Cruzó la entrada, sintió el conocido, suave olor a cloro en la nariz. Tantas horas como había pasado en la piscina. Con los otros, o solo. Los cuerpos jóvenes relucientes por el sudor o el agua, próximos pero no al alcance de la mano. No eran más que imágenes para recordar y a las que recurrir cuando estaba acostado y con el papel higiénico en una mano. El olor a cloro le hacía sentirse seguro, como en casa. Se acercó a la taquilla.

—Uno, por favor.

La señora de la taquilla levantó la mirada de la revista. Sus ojos se abrieron un poco. Él hizo un gesto señalando la cara y el gorro:

—Frío.

Ella asintió algo desconfiada. ¿Sería mejor quitarse el pasamontañas? No. Sabía lo que tenía que hacer para que no sospechara.

—¿Armario?

—Cabina, por favor.

La mujer le dio una llave y pagó. Mientras se daba la vuelta se quitó el pasamontañas. Así ella se habría cerciorado de que se lo quitaba, pero sin verle la cara. Era estupendo. Con paso rápido se dirigió a los vestuarios, mirando al suelo para no encontrarse con nadie.

—Bienvenidos. Pasad a mi modesto apartamento.

Tommy entró en el recibidor sin cruzar palabra con Staffan; detrás de él se oyeron los chasquidos cuando su madre y Staffan se besaron. Staffan dijo en voz baja:

—¿Le has...?

—No. Pensé...

—Mmm. Tenemos que...

Chasquidos de nuevo. Tommy echó un vistazo. No había estado nunca en casa de un madero y, aunque no quería, sentía un poco de curiosidad. Por cómo vive alguien así.

Pero ya en la entrada se dio cuenta de que Staffan apenas podía ser representativo del cuerpo en su conjunto. Se había imaginado algo así... sí, así como en las novelas policíacas. Algo pobre y frío. Un sitio al que uno iba para dormir cuando no estaba fuera persiguiendo canallas.

Gente como yo, vamos.

No. El apartamento de Staffan estaba lleno de pijaditas. La entrada parecía como si hubiera sido decorada por alguien que compraba *todo* de esas pequeñas revistas que llegaban por correo.

Aquí colgaba un cuadro de terciopelo con una puesta de sol, ahí había una pequeña cabaña alpina con una vieja montada en un palo que salía por la puerta. Un centro con puntillas hechas a ganchillo en la mesita del teléfono; al lado del teléfono, una figura de escayola de un niño y un perro. En la base leyó este texto: ¿NO SABES HABLAR?

Staffan levantó la figura.

—Es divertida, ¿no? Cambia de color según el tiempo que haga.

Tommy asintió. O bien Staffan había pedido prestado el piso a su anciana madre, exclusivamente para esta visita, o estaba realmente como una regadera. Staffan volvió a colocar con cuidado la figura en su sitio.

—Colecciono este tipo de cosas, ¿sabes? Cosas que muestran qué tiempo va a hacer. Como ésta, por ejemplo.

Dio un golpecito a la vieja que asomaba en la cabaña alpina, la vieja se dio la vuelta y entró en la cabaña al tiempo que, en su lugar, salía un viejecito.

—Cuando sale la vieja va a hacer mal tiempo, y cuando sale el viejo...

—Hace todavía peor.

Staffan rio la broma, algo forzado a los ojos de Tommy.

—No funciona tan bien.

Tommy echó una mirada a su madre y casi se asustó por lo que vio. Llevaba la gabardina puesta, las manos cogidas y fuertemente apretadas y una sonrisa que podría asustar a un caballo. Despavorida. Tommy decidió hacer un nuevo esfuerzo.

—¿Cómo un barómetro entonces?

—Sí, exactamente. Con eso empecé, con los barómetros. Coleccionándolos, quiero decir.

Tommy señaló una pequeña cruz de madera con un Jesús de plata que colgaba de la pared.

—¿Es también un barómetro?

Staffan miró a Tommy, a la cruz, a Tommy de nuevo. Se puso serio de repente.

—No, no lo es. Es Cristo.

—El de la Biblia.

—Sí. Claro.

Tommy se metió las manos en los bolsillos y entró en el cuarto de estar. Anda, mira, aquí estaban los barómetros. Alrededor de veinte en distintas versiones colgaban de la pared alargada detrás de un sofá gris de piel con una mesa de cristal delante.

No estaban en absoluto sincronizados. Cada uno marcaba una cosa; parecía más bien como una de esas paredes con relojes que mostraban la hora en distintas partes del mundo. Dio un golpecito en el cristal de uno de ellos y la aguja se movió un poco. No sabía lo que quería decir, pero la gente, por algún motivo, siempre daba un golpecito en los barómetros.

En un mueble esquinero con las puertas de cristal había un montón de copas pequeñas. Cuatro, algo más grandes, estaban alineadas sobre un piano al lado del esquinero. En la pared por encima del piano colgaba un gran cuadro de la Virgen María con el Niño Jesús en brazos. Le estaba dando de mamar con esa expresión ausente en los ojos que parece estar diciendo: ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Staffan carraspeó al entrar en el cuarto de estar.

—Sí, esto... Tommy. ¿Hay algo que te llame la atención?

Tommy no era tan tonto como para no entender qué era lo que se esperaba que preguntase.

—¿De qué son esas copas?

Staffan señaló con la mano los trofeos sobre el piano.

—¿Éstas?

No, pedazo de idiota. Las copas que tienen en las instalaciones del club abajo junto al estadio, evidentemente.

—Sí.

Staffan señaló una figura de plata de unos veinte centímetros de altura sobre un pedestal de piedra que estaba en medio de las copas del piano. Tommy había pensado que se trataba de una escultura, pero también eso era un trofeo. La figura tenía las

piernas abiertas y los brazos al frente sujetando una pistola, apuntando.

—Tiro con pistola. Ése es el primer premio del campeonato del distrito. Ese otro, el tercer premio en calibres suecos de 0,45, de pie... y así todos.

La madre de Tommy entró y se colocó al lado de su hijo.

—Staffan es uno de los cinco mejores en tiro con pistola de Suecia.

—¿Y eso te sirve para algo?

—¿Qué quieres decir?

—Que si puedes disparar a la gente, y eso.

Staffan pasó el dedo por el pedestal de uno de los trofeos y se miró el dedo.

—Todo el mérito del trabajo de la policía es conseguir no disparar a la gente.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—No.

—Pero te gustaría, ¿no?

Staffan, con gesto ostentoso, respiró profundamente y expulsó el aire con un lento suspiro.

—Voy a... mirar la comida.

Gasolina. Mira a ver si arde.

Se fue a la cocina. La madre de Tommy lo agarró por el codo y le susurró:

—¿Por qué dices eso?

—Sólo estaba preguntando.

—Es una buena persona, Tommy.

—Sí. Debe de serlo. Tantos premios de tiro como Vírgenes Marías. ¿Puede ser mejor?

Håkan no se encontró con nadie en los pasillos de la piscina. Como había supuesto, no había mucha gente a esas horas. En el vestuario había dos hombres de su edad vistiéndose. Cuerpos gordos y deformados. Con el sexo encogido bajo el vientre descolgado. La fealdad misma.

Encontró su cabina, entró y cerró la puerta. Los preparativos listos. Se puso de nuevo el pasamontañas, por seguridad. Quitó el seguro de la botella de halotano, colgó el abrigo en un gancho. Abrió la bolsa y puso los utensilios a mano. El cuchillo, la cuerda, el embudo, el bidón. Había olvidado el impermeable. Mierda. Entonces tendría que desnudarse. El riesgo de que le salpicara era grande, pero de esa manera podría ocultar las manchas *bajo* la ropa cuando hubiera acabado. Sí. Además estaba en una piscina. No era nada raro estar desnudo aquí.

Probó la resistencia del otro gancho agarrándolo con las dos manos y levantando los pies del suelo. Aguantaba. Podría fácilmente soportar un cuerpo probablemente treinta kilos más ligero que el suyo. La altura era un problema. La cabeza iba a dar en el suelo. Tendría que intentar atarlo por las rodillas, había espacio suficiente entre el gancho y el borde superior de la cabina como para que no asomaran los pies. Eso

despertaría sospechas.

Parecía que los dos hombres estaban a punto de marcharse. Escuchó lo que decían:

—¿Y el trabajo?

—Como siempre. Libertad, igualdad y fraternidad.

—¿Cómo dices?

—Eso, sólo que al revés.

Håkan sonrió; algo estaba a punto de explotar dentro de su cabeza. Se sentía demasiado excitado, respiraba demasiado rápido. Su cuerpo parecía hecho de mariposas que quisieran volar en distintas direcciones.

Tranquilo. Tranquilo. Tranquilo.

Respiró profundamente hasta que sintió que se le iba la cabeza y luego se desnudó. Dobló la ropa y la puso en la bolsa. Los dos hombres salieron del vestuario. Se quedó en silencio. Probó a subirse al banco y mirar hacia fuera. Sí, sus ojos alcanzaban a ver justo por encima del borde. Entraron tres chicos de trece, catorce años. Uno de ellos le dio un azote a otro en el culo con la toalla enrollada.

—¡Joder, déjalo!

Agachó la cabeza. Algo más abajo notó que su erección se apretaba contra el rincón como entre dos nalgas duras y abiertas. *Tranquilo. Tranquilo.*

Volvió a mirar por encima del borde. Dos de los chicos se habían quitado el bañador y se inclinaban dentro de sus armarios para coger su ropa. Su diafragma se comprimió en un espasmo total y el esperma mojó el rincón, chorreó hasta el banco en el que se encontraba. *Ahora. Tranquilo.*

Sí. Ya se sentía mejor. Pero el esperma no era bueno. Por el rastro.

Sacó los calcetines de la bolsa, limpió el rincón y el banco lo mejor que pudo. Volvió a guardar los calcetines, se puso el pasamontañas mientras escuchaba la conversación de los chicos.

—... nuevo Atari. Enduro. ¿Te vienes a casa a jugar un poco?

—No. Tengo cosas que hacer...

—¿Y tú?

—De acuerdo. ¿Tienes dos *joysticks*?

—No, pero...

—¿Entonces vamos primero a buscar el mío? Así podemos jugar los dos.

—Vale. Hasta luego, Matte.

—Hasta luego.

Parecía que dos de los chicos se disponían a salir. La situación era perfecta. Se iba a quedar uno solo, sin que los otros lo esperaran. Se arriesgó a mirar de nuevo. Dos de los chicos estaban listos, a punto de salir. El último estaba poniéndose los calcetines. Se ocultó al darse cuenta de que llevaba puesto el pasamontañas. Suerte que no lo habían visto.

Cogió la botella de halotano, la sujetó agarrando con los dedos el dosificador.

¿Debería seguir con el gorro puesto? Y *si* el chico se escapaba. *Si* entraba alguien en el cuarto. *Si*...

Mierda. Había sido un error desnudarse. Si tenía que huir rápidamente, no había tiempo que perder. Oyó cómo el chico cerraba su armario y empezaba a ir hacia la salida. En cinco segundos pasaría por la puerta de la cabina. Demasiado tarde para consideraciones.

Por la abertura entre el borde interior de la puerta y la pared vio pasar una sombra. Bloqueó todos los pensamientos, quitó el cerrojo, golpeó la puerta hacia fuera y salió.

Mattias se dio la vuelta y vio un cuerpo grande y blanco, desnudo, con un gorro de esquí en la cabeza que se abalanzaba sobre él. Un solo pensamiento, una sola palabra cruzó por su cabeza antes de que su cuerpo instintivamente se echara para atrás:

Muerte.

Retrocedió ante la Muerte que quería cogerlo. La Muerte llevaba algo negro en la mano. Aquella cosa negra voló hasta su cara y tomó aire para gritar.

Pero antes de que el grito alcanzara a salir lo negro se le vino encima, cubriéndole la boca y la nariz. Una mano le cogió la cabeza por detrás, apretándole la cara contra aquella cosa negra y suave. El grito se quedó en un gemido ahogado y, mientras lanzaba su quejido mutilado, oyó un silbido como procedente de una máquina de humo.

Intentó gritar de nuevo, pero cuando tomó aire sucedió algo con su cuerpo. Un entumecimiento se extendió por todos sus miembros y al siguiente chillido no dijo ni pío. Volvió a respirar y las piernas le fallaron, velos multicolores revolotearon ante sus ojos.

No quería gritar más. No tenía fuerzas. Los velos cubrían ahora todo su campo visual. Le bailaban los colores.

Se cayó hacia atrás en el arco iris.

Oskar sujetaba el papel con el código Morse en una mano y con la otra golpeaba las letras en la pared. Un golpe con el nudillo para el punto, un golpe con la palma de la mano para el guión, tal como habían acordado.

Nudillo. Pausa. Nudillo, palmada, nudillo, nudillo. Pausa. Nudillo, nudillo.

(E.L.I.)

Y.O.S.A.L.G.O.

Tras unos segundos llegó la respuesta:

Y.O.V.O.Y.

Se encontraron fuera del portal de ella. En un solo día se había... transformado.

Hacía algunos meses había estado en la escuela una mujer judía hablando del exterminio, mostrando diapositivas. Eli se parecía ahora un poco a las personas que aparecían en aquellas imágenes.

La fuerte iluminación del portal acentuaba las sombras de su rostro, como si los huesos estuvieran a punto de atravesar la piel, como si la piel se hubiera vuelto más fina. Y...

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Oskar pensó que era la luz la que le daba ese aspecto, pero al acercarse vio que en el pelo negro de Eli habían aparecido unas mechas gruesas y blancas. Como en las personas mayores. Eli se pasó la mano por el cabello, le sonrió.

—Eso desaparece. ¿Qué hacemos?

Oskar hizo sonar unas coronas en el bolsillo.

—¿Vamos al kiosco?

—Mmm. El último en llegar es tonto.

Una imagen cruzó la cabeza de Oskar. *Niños en blanco y negro*.

Luego Eli echó a correr y Oskar la siguió. Y, aunque parecía muy enferma, era mucho más rápida que él, voló con agilidad por la acera empedrada, cruzó la calle de dos zancadas. Oskar corría todo lo que podía, distraído por aquella imagen.

¿*Niños en blanco y negro*?

Justamente. Corría cuesta abajo por delante de la fábrica de golosinas, la de los conocidos ratones, cuando cayó en la cuenta. Sí, aquellas películas antiguas que echaban los domingos. *Anderssonskans Kalle* y todas esas. «El último en llegar es tonto». Eso decían en aquellas películas.

Eli estaba esperándole abajo, junto al camino, a veinte metros del kiosco. Oskar corrió hasta ella intentando dejar de resoplar. No había estado nunca con Eli allí. ¿Le iba a contar aquel chascarrillo? Sí.

—Oye, ¿sabes que lo llaman El Kiosco del Amante?

—¿Por qué?

—Porque... Bueno, yo lo oí en una reunión de padres... hubo uno que dijo... no a mí, sino que... yo lo oí. Dijo que el dueño, que es...

Ahora se arrepentía. Parecía una tontería. Le daba vergüenza. Eli extendió los brazos.

—¿Qué?

—Bah, que el que lo lleva... que tiene *señoritas* allí. Bueno, ya sabes, que... cuando lo tiene cerrado...

—¿Es cierto? —Eli miró hacia el kiosco—. Pero si no *cabén*.

—Asqueroso, ¿no?

—Sí.

Oskar bajó hacia el tenderete. Eli, con cuatro pasos rápidos, llegó a su altura y le susurró:

—Deben de ser *delgadas*.

Los dos se rieron. Entraron en el radio de luz del kiosco. Eli hizo un ostensible gesto compasivo con los ojos puestos en el dueño, que estaba dentro mirando un pequeño televisor.

—¿Es él?

Oskar asintió.

—Pues parece un *mono*.

Oskar, haciendo bocina con la mano en la oreja de Eli, dijo en voz baja:

—Se escapó del zoo de Skansen hace cinco años. Aún lo andan buscando.

Eli se rio y puso la mano en la oreja de Oskar. Su aliento cálido flotó en la cabeza de él.

—De eso nada. Es que *en vez de* eso lo han encerrado aquí.

Los dos miraron al hombre ceñudo y se echaron a reír a carcajadas imaginándoselo como un mono en su jaula, rodeado de golosinas. Con el ruido, el dueño del kiosco se volvió hacia ellos arrugando sus enormes cejas de tal manera que parecía aún más un gorila. Oskar y Eli casi se cayeron al suelo de la risa. Apretándose la boca con las manos intentaron ponerse serios.

El hombre se inclinó sobre la ventanilla.

—¿Queríais algo?

Eli se puso seria enseguida; quitándose la mano de la boca avanzó hasta la ventanilla y dijo:

—Un plátano, por favor.

Oskar se ahogaba y se apretó la boca con la mano aún más fuerte. Eli se volvió y se llevó el dedo índice a los labios rogándole que se callara con disimulada severidad. El hombre contestó:

—No tengo plátanos.

Eli, aparentando no comprender:

—¿Ningún pláaatano?

—No. ¿Alguna otra cosa?

A Oskar se le encajaron las mandíbulas de tanto reprimir la risa. Trastabilló fuera del kiosco, corrió hasta el buzón de correos, se echó sobre él y soltó la carcajada: estaba a punto de desternillarse. Eli fue hacia él meneando la cabeza.

—No hay plátanos.

Oskar, jadeando, dijo:

—Claro, se... habrá comido... todos él.

Se contuvo; apretando los labios, sacó sus cinco coronas y fue hasta la ventanilla.

—Un poco de cada.

El dueño del kiosco le miró airado y empezó coger golosinas con unas pinzas de los botes de plástico que tenía en el expositor, echándolas en una bolsa de papel. Oskar miró de reojo para ver si Eli estaba escuchando y dijo:

—No olvide los plátanos.

El hombre dejó de coger golosinas.

—No tengo plátanos.

Oskar señaló uno de los botes.

—Plátanos de gominola, quiero decir.

Oyó las risitas de Eli e hizo lo mismo que ella había hecho: se puso el índice en los labios pidiendo silencio. El dueño del kiosco dio un resoplido, puso un par de plátanos de gominola en la bolsa y se la entregó a Oskar.

Caminaron de vuelta al patio. Oskar, antes siquiera de probar las golosinas, le ofreció a Eli. Ella negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿No comes golosinas?

—No puedo.

—¿Ninguna golosina?

—No.

—¡Uf!, no me digas.

—Sí, bueno, no. Como no sé a qué saben...

—¿Ni siquiera las has probado?

—No.

—¿Cómo sabes entonces que...?

—Lo sé, sin más.

Eso pasaba algunas veces. Estaban hablando de cualquier cosa, Oskar preguntaba algo y acababa con un «es así, sin más», «lo sé, sin más». Sin mayor explicación. Era una de las cosas que resultaban un poco raras con Eli.

Una pena que no pudiera invitarla. Era lo que había planeado. Invitarla un montón. Todo lo que quisiera. Y resulta que no comía golosinas. Se metió un plátano de gominola en la boca y la miró de reojo.

La verdad es que no parecía sana. Y aquellas mechas blancas en el pelo... En alguna historia que Oskar había leído, el pelo de una persona se había vuelto completamente blanco tras un gran susto. ¿Le habría ocurrido eso a Eli?

Ella miraba a los lados, cruzó los brazos alrededor del cuerpo y parecía de lo más pequeña. Oskar sintió deseos de estrecharla contra sí, pero no acabó de decidirse.

En el arco de entrada al patio Eli se detuvo y alzó la vista hacia su ventana. Estaba apagado. Permaneció de pie, quieta, con los brazos alrededor del cuerpo y mirando al suelo.

—Oye, Oskar...

Lo hizo. Ella lo estaba pidiendo con todo su cuerpo y él sacó de algún sitio el valor para hacerlo. La abrazó. Por un instante terrible creyó que había hecho mal, porque el cuerpo de Eli parecía rígido, cerrado.

Estaba a punto de soltarla cuando la niña se dejó caer en sus brazos, puso los suyos con delicadeza en la espalda de Oskar y se apretó temblando contra él.

Eli inclinó la cabeza sobre el hombro del muchacho y permanecieron así. El aliento de ella en su cuello. Se abrazaron en silencio. Oskar cerró los ojos y tuvo la

certeza: aquello era lo más grande. La luz del farol de la entrada penetraba suavemente a través de sus parpados cerrados, ponía una película roja en sus ojos. Lo más grande.

Eli acercó su cabeza al cuello de Oskar. El calor de su aliento se volvió más fuerte. Los músculos de su cuerpo, que estaban relajados, se tensaron de nuevo. Sus labios le rozaron el cuello y un temblor recorrió su cuerpo.

De pronto se estremeció e interrumpió el abrazo, dio un paso atrás. Oskar dejó caer los brazos. Eli sacudió la cabeza como para liberarse de un mal sueño, se dio la vuelta y echó a andar hacia su portal. Oskar se quedó allí parado. Cuando ella abrió la puerta, la llamó.

—¿Eli? —la niña se volvió—. ¿Dónde está tu padre?

—Él iba a... venir con comida.

No le dan de comer. Eso es.

—Nosotros te podemos dar algo.

Eli soltó la puerta y se le acercó. Oskar empezó rápidamente a planear cómo le iba a contar todo aquello a su madre. *No quería* que su madre conociera a Eli. Ni viceversa tampoco. Tal vez podía hacer un par de bocadillos y sacarlos. Sí, eso sería lo mejor.

Eli se puso delante de él, lo miró seriamente a los ojos.

—Oskar. ¿Te gusto?

—Sí. Muchísimo.

—Si yo no fuera una chica... ¿también te gustaría?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso. Que si te gustaría aunque no fuera una chica.

—Sí... claro.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Alguien se afanaba con una ventana con el cierre estropeado, luego se abrió. Tras la cabeza de Eli, Oskar pudo ver cómo su madre sacaba la cabeza por la ventana de su habitación.

—¡Ooooskar!

Eli se ocultó rápidamente, contra la pared. Oskar apretó los puños, subió corriendo la cuesta y se puso debajo de la ventana. Como un chico pequeño.

—¿Qué pasa?

—¡Huy! Estaba aquí. Pensando...

—¿Qué pasa?

—Nada, que empieza ahora.

—Lo sé.

Su madre estaba a punto de añadir algo más, pero se calló al verlo ahí, debajo de la ventana, todavía con los puños apretados a lo largo del cuerpo, completamente tenso.

—¿Qué andas haciendo?

—Yo... voy.

—Sí, porque...

A Oskar se le humedecieron los ojos de rabia y soltó:

—¡Métete y cierra la ventana! ¡Métete!

Su madre lo miró fijamente un instante más. Luego algo cruzó su rostro y *cerró de golpe* la ventana, se fue de allí. Oskar habría querido... no responderle gritando, sino... transmitir lo que pensaba. Explicando tranquilamente y con calma cuál era la situación. Que ella no podía hacer eso, que él tenía...

Volvió a correr cuesta abajo.

—¿Eli?

Ya no estaba allí. Y no había entrado en su portal, lo habría visto. Se habría encaminado al metro para ir a casa de esa tía suya que vivía en el centro y adonde ella solía acudir después de la escuela. Eso sería, seguramente.

Oskar se metió en el oscuro rincón donde Eli se había escondido cuando su madre había gritado. Se dio la vuelta con la cara contra la pared. Estuvo así un rato. Luego entró.

Håkan hizo entrar al chico en la cabina y cerró la puerta. El muchacho no había dicho ni pío. Lo único que podía levantar sospechas ahora era el silbido de la botella de gas. Tenía que darse prisa.

Cuánto más sencillo no resultaría si pudiera atacar con el cuchillo, pero no. La sangre tenía que proceder de un cuerpo vivo. Otra más de las cosas que le habían sido explicadas. La sangre de cuerpos muertos era inservible; de hecho, perjudicial.

Bueno. El chico estaba vivo. El pecho seguía subiendo y bajando, absorbiendo el gas anestésico.

Enrolló la cuerda con fuerza alrededor de las piernas del muchacho un poco más arriba de las rodillas, puso los dos extremos encima del gancho y empezó a tirar. Las piernas del chico se levantaron del suelo.

Se abrió una puerta, se oyeron voces.

Sujetó la cuerda con una mano y con la otra cerró el gas, soltó la mascarilla. La anestesia duraría unos minutos, tenía que trabajar tanto si había gente como si no, tan en silencio como pudiera.

Unos cuantos hombres fuera. ¿Dos, tres, cuatro? Hablaban de Suecia y Dinamarca. Algún partido. Balonmano. Mientras hablaban, levantó el cuerpo del chico. El gancho chirriaba, el peso caía en un ángulo distinto a cuando él mismo se había colgado de él. Los hombres de fuera se callaron. ¿Habrían oído algo? Estaba quieto de pie, apenas respiraba. Seguía sujetando el cuerpo cuya cabeza acababa de levantarse del suelo, en la misma posición.

No. Sólo una pausa en la conversación. Siguieron.

Hablando sin parar, hablando sin parar.

—El penalti de Sjögren fue totalmente...

—Lo que uno no lleva en las manos tiene que llevarlo en la cabeza.

—De todos modos puede colocarlos bastante bien.

—Es ese balón picado, no entiendo cómo lo hace...

La cabeza del chico colgaba ya libremente a un par de centímetros del suelo. Ahora...

¿Dónde podría sujetar los extremos de la cuerda? Los resquicios entre las tablas del banco eran demasiado estrechos para poder meter la cuerda por ellos. No podría trabajar bien con una sola mano si mientras tenía que sujetar la cuerda con la otra. No tendría fuerzas. Permaneció quieto con los extremos de la cuerda en las manos fuertemente apretadas, sudando. El pasamontañas le daba calor, debería quitárselo.

Luego. Cuando estuviera listo.

El otro gancho. Sólo tenía que hacer una lazada primero. El sudor le corría por los ojos cuando soltó el cuerpo del muchacho, para que se aflojara la cuerda, e hizo una lazada. Tiró de la cuerda para levantar de nuevo al chico e intentó trabarla alrededor del gancho. Demasiado corta. Soltó de nuevo el cuerpo. Los hombres se callaron.

¡Marchaos, venga! ¡Marchaos!

En silencio hizo una nueva lazada más próxima a los extremos de la cuerda, esperó. Empezaron a hablar de nuevo. Bolos. Los éxitos de la selección femenina sueca en Nueva York. El pleno, el semipleno y el sudor escociéndole en los ojos.

Calor. ¿Por qué hacía tanto calor?

Consiguió pasar la lazada alrededor del gancho y pudo respirar. ¿No podían marcharse?

El cuerpo del chico colgaba en la posición correcta y no había más que ponerse manos a la obra rápidamente, antes de que se despertara, y ¿no podían marcharse de una vez? Pero se trataba de recordar anécdotas de bolos y de lo bien que uno jugaba antes y de alguien a quien se le había quedado el dedo gordo dentro de la bola y había tenido que ir al hospital para que se lo sacaran.

No podía esperar. Puso el embudo en el bidón de plástico y lo acercó al cuello del chico. Cogió el cuchillo. Cuando se volvió para sacar la sangre del cuerpo, la conversación fuera se había interrumpido de nuevo. Y el muchacho tenía los ojos abiertos. Abiertos de par en par. Las pupilas vagaban dando vueltas, allí colgado boca abajo, buscando un punto de referencia, una explicación. Se posaron en Håkan, que estaba de pie, desnudo, con el cuchillo en la mano. Por un instante lo miraron fijamente a los ojos.

Después el chico abrió la boca y chilló.

Håkan retrocedió, cayó sobre la pared de la cabina con un golpe húmedo. La espalda sudorosa se resbaló en la pared y casi perdió el equilibrio. El muchacho chillaba y chillaba. El sonido se extendió por el vestuario, resonando en las paredes, y se hizo tan fuerte que taponó los oídos de Håkan. Su mano asió con más fuerza el

mango del cuchillo y lo único que pensó fue que tenía que acabar con los gritos del chico. Cortarle la cabeza para que dejara de gritar. Se puso en cuclillas a su lado.

Golpeaban en la puerta.

—¡Oye! ¡Abre!

Håkan soltó el cuchillo. El ruido que hizo cuando cayó al suelo apenas si se oyó en medio de los golpes y de los chillidos insoportables del chico. Las bisagras de la puerta temblaban por los golpes de fuera.

—¡Abre o echo abajo la puerta!

Se acabó. Ahora era el fin. Sólo quedaba una cosa. Desapareció el ruido a su alrededor, la vista se redujo a un túnel cuando Håkan volvió la cabeza hacia la bolsa. A través del túnel vio su mano alargándose hasta ella y sacando el tarro de la confitura.

Cayó de culo resbalándose con el tarro en la mano. Desenroscó la tapa. Esperó.

Cuando abrieran la puerta. Antes de que le quitaran el gorro. La cara. En medio de los gritos y los golpes contra la puerta pensó en su amada. En el tiempo que habían pasado juntos. Evocaba imágenes de su amada como un ángel. Un ángel chico que ahora bajaba del cielo extendiendo sus alas para venir a buscarle. Llevarlo consigo. Allí dónde siempre iban a permanecer juntos. Siempre.

La puerta voló y golpeó contra la pared. El chico seguía gritando. Fuera había tres hombres, más o menos vestidos. Miraban con los ojos muy abiertos sin comprender la escena que tenían ante sí.

Håkan asintió despacio, reconociéndolo.

Después gritó:

—¡Eli! ¡Eli!

Y se echó el ácido clorhídrico concentrado en la cara.

*¡Sé dichoso! ¡Sé dichoso! ¡Sé dichoso en tu señor y Dios! ¡Sé dichoso! ¡Sé dichoso!
¡Honra a tu rey y Dios!*

Staffan se acompañaba a sí mismo y a la madre de Tommy al piano. Se miraban a los ojos de vez en cuando, se sonreían y los ojos les hacían chiribitas. Tommy estaba sentado en el sofá de piel aguantando. Había encontrado un agujero pequeño en uno de los reposabrazos, y mientras Staffan y su madre cantaban, él trabajaba para hacerlo más grande. El dedo índice excavaba dentro del relleno mientras se preguntaba si Staffan y su madre se habrían acostado juntos en ese sofá alguna vez. Bajo los barómetros.

La comida había sido aceptable, un pollo marinado con arroz. Después de la comida Staffan le había mostrado la caja fuerte donde guardaba sus pistolas. Estaba en el dormitorio, debajo de la cama, y Tommy se había hecho allí la misma pregunta:

¿se habrían acostado juntos en aquella cama? ¿Pensaba su madre en su padre cuando Staffan la acariciaba? ¿Se ponía él caliente pensando en las pistolas que tenía debajo del colchón? ¿Se ponía ella?

Staffan tocó el acorde final, dejándolo morir en el aire. Tommy sacó el dedo del, a esas alturas, considerable agujero del sofá. Su madre hizo a Staffan una inclinación con la cabeza, cogió su mano y se sentó junto a él en el asiento del piano. Desde el ángulo donde se encontraba Tommy, la Virgen María colgaba justo por encima de sus cabezas como si fuera un efecto calculado, ensayado de antemano.

Su madre miró a Staffan, le sonrió y se volvió hacia Tommy.

—Tommy, queremos contarte una cosa.

—¿Os vais a casar?

Su madre dudó. Si lo habían estado ensayando antes con escenografía y todo, entonces aquella réplica, evidentemente, no estaba incluida.

—Sí. ¿Qué te parece?

Tommy se encogió de hombros.

—Vale. Hacedlo.

—Hemos pensado... para el verano, quizá.

Su madre lo miraba como preguntándole si tenía una propuesta mejor.

—Sí, sí. Claro.

Volvió a meter el dedo en el agujero, lo dejó allí. Staffan se inclinó hacia delante.

—Ya sé que no puedo... sustituir a tu papá. De ninguna manera. Pero espero que tú y yo podamos... conocernos mejor y... bueno. Que podamos llegar a ser amigos.

—¿Y dónde vais a vivir?

Su madre se puso triste de pronto.

—Vamos, Tommy. Se trata también de ti, claro. No sabemos. Pero habíamos pensado en comprar una casa en Ängby, quizá. Si podemos.

—Ängby.

—Sí. ¿Qué te parece?

Tommy miraba el cristal de la mesa donde su madre y Staffan se reflejaban medio transparentes, como fantasmas. Seguía con el dedo en el agujero, arrancó un trozo de espuma.

—Caro.

—¿El qué?

—Una casa en Ängby. Es caro. Cuesta mucho dinero. ¿Tenéis tanto dinero?

Staffan estaba a punto de contestar cuando sonó el teléfono. Acarició la mejilla de la madre de Tommy y se dirigió hasta el aparato en la entrada. La madre se sentó en el sofá al lado de Tommy, le preguntó:

—¿No te parece bien?

—Me encanta.

Desde la entrada llegaba la voz de Staffan. Parecía alterado.

—No me digas... sí, voy inmediatamente. Vamos... no, entonces cojo el coche y

bajo allí directamente. Bien. Adiós. Volvió de nuevo al cuarto de estar.

—El asesino está en la piscina de Vällingby. No tienen gente en la comisaría, así que tengo...

Entró en el dormitorio y Tommy pudo oír cómo se abría y se cerraba la caja de seguridad. Staffan se cambió de ropa allí dentro y después de un rato salió con todos los arreos de policía. Los ojos parecían levemente los de un psicópata. Dio un beso en la boca a la madre de Tommy y a él un golpecito en la rodilla.

—Tengo que irme inmediatamente. No sé cuándo volveré. Ya seguiremos hablando en otro momento.

Salió apresuradamente al pasillo y la madre de Tommy lo siguió.

Tommy oyó algo de «ten cuidado» y «te quiero» y «te quedas» mientras iba hasta el piano y, sin saber por qué, alargó el brazo y cogió la escultura del tirador de pistola. Pesaba por lo menos dos kilos. Mientras su madre y Staffan se despedían —les gustaba aquello: el hombre que se va a la guerra, la mujer anhelante—, Tommy salió al balcón. El aire frío de la tarde penetró en sus pulmones y pudo respirar por primera vez en un par de horas.

Se inclinó sobre la barandilla del balcón, vio que debajo crecían setos bien tupidos. Sujetó la escultura fuera por encima de la barandilla, la soltó. Cayó en el seto con un crujido.

Su madre salió al balcón y se puso a su lado. Después de un par de segundos se abrió el portal y salió Staffan casi corriendo hacia el aparcamiento. Su madre le decía adiós con la mano, pero Staffan no miró hacia arriba. Cuando pasó por debajo del balcón, Tommy sonrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre.

—Nada.

Sólo que un chico pequeño con pistola está en el seto apuntando a Staffan. Sólo eso.

Tommy se sintió bastante bien, pese a todo.

El grupo se había fortalecido con Karlsson, el único de los colegas con un «trabajo de verdad», como él mismo lo llamaba. Larry había obtenido la jubilación anticipada, Morgan trabajaba ocasionalmente en un desguace y Lacke no se sabía a ciencia cierta de qué vivía. A veces tenía algo de dinero, sólo eso.

Karlsson tenía empleo fijo en la juguetería de Vällingby; había sido el dueño tiempo atrás, pero se vio obligado a vender por «dificultades económicas». Con el tiempo, el nuevo dueño le empleó porque, como Karlsson decía, no se podía negar «que uno, después de treinta años en el sector, tenía cierta experiencia».

Morgan se recostó en la silla, abrió las piernas y cruzó las manos detrás de la cabeza, mirando fijamente a Karlsson. Lacke y Larry se hicieron una seña. Ya empezaba.

—Bueno, Karlsson. ¿Qué hay de nuevo en el sector del juguete? ¿Habéis descubierto alguna forma nueva de limpiar la propina a los chicos?

Karlsson refunfuñó.

—No sabes de lo que estás hablando. Si hay algún estafado, ése soy yo. No puedes ni imaginarte la cantidad de hurtos. Los chicos...

—Sí, sí, sí. No tenéis más que comprar algún chisme de plástico en Corea por dos coronas y venderlo a cien y ya lo habéis recuperado.

—Nosotros no vendemos esas cosas.

—Seguro que no. ¿Qué era entonces lo que vi en el escaparate el otro día? ¿Pitufos? ¿Qué era eso? Juguetes de calidad fabricados a mano en Bengtfor, ¿eh?

—A mí lo que me parece muy extraño es que lo diga una persona como tú, que vende coches que sólo andan si se les engancha a un caballo.

Y así siguió la cosa. Larry y Lacke escuchaban, se reían a veces, hacían algún comentario. De haber estado Virginia, las crestas de los gallos se habrían levantado un poco más y Morgan no habría parado hasta que Karlsson se enfadara de verdad.

Pero Virginia no estaba. Y Jocke tampoco. La atmósfera perfecta no acababa de cuajar y por eso la discusión había empezado a decaer, cuando a eso de las ocho y media la puerta de fuera se abrió lentamente.

Larry levantó la vista y vio a una persona de la que nunca habría imaginado que apareciera por allí: Gösta. La Bomba Fétida, como le llamaba Morgan. Larry había estado hablando con él en un banco bajo el edificio alto un par de veces, pero nunca había *venido aquí* antes.

Gösta parecía desenchajado. Se movía como si estuviera formado por piezas mal ensambladas que podían despegarse si se agitaba demasiado. Entornaba los ojos mientras temblaba hacia delante y hacia atrás, con pequeños movimientos. O estaba borracho perdido o estaba enfermo.

Larry le saludó.

—¡Gösta! ¡Ven y siéntate!

Morgan volvió la cabeza, echó un vistazo a Gösta y dijo:

—¡Oh, joder!

Gösta maniobró hasta llegar a su mesa como si se encontrara sobre un campo minado. Larry sacó la silla que había a su lado e hizo un gesto invitándole a sentarse.

—Bienvenido al club.

Gösta parecía no oírle, pero arrastró los pies hasta la silla. Llevaba un traje viejo con chaleco y pajarita, el pelo peinado al agua. Y apestaba. Pis y pis y más pis. Incluso cuando uno se sentaba con él fuera el hedor era claramente apreciable, pero se podía aguantar. Dentro, al calor, desprendía un olor ácido a orina vieja que obligaba a respirar por la boca para poder soportarlo.

Todos los colegas, incluso Morgan, se esforzaron para que la cara no mostrase lo que la nariz sentía. El camarero se acercó a su mesa, parándose en cuanto notó el olor de Gösta, y dijo:

—¿Qué va... a tomar?

Gösta meneó la cabeza sin mirar al camarero. Éste alzó las cejas y Larry hizo un gesto; *tranquilo, nosotros lo arreglamos*. El camarero se retiró y Larry, poniendo la mano en el hombro de Gösta, preguntó:

—¿A qué debemos el honor?

Gösta carraspeó, y con la mirada puesta en el suelo dijo:

—Jocke.

—¿Qué pasa con él?

—Está muerto.

Larry oyó cómo Lacke bufaba a sus espaldas. Él mantuvo la mano en el hombro de Gösta dándole ánimos. Sentía que los necesitaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo vi. Cuando ocurrió. Cuando lo mataron.

—¿Cuándo ocurrió?

—El sábado. Por la noche.

Larry retiró la mano.

—¿*El sábado*? Pero... ¿has hablado con la policía?

Gösta negó con la cabeza. —No he podido. Y yo... no lo vi. Pero lo sé. Lacke se llevó las manos a la cabeza, susurrando:

—Lo sabía, lo sabía.

Gösta se lo contó. El niño, que había roto la farola más cercana al puente con una piedra, había entrado y había aguardado. Jocke, que había entrado y no había salido. La ligera huella, la marca de un cuerpo en las hojas secas a la mañana siguiente.

Cuando acabó, el camarero llevaba ya un rato haciendo gestos airados a Larry, señalando alternativamente a Gösta y a la puerta. Larry puso la mano en el brazo de Gösta.

—¿Qué te parece entonces si vamos a echar un vistazo?

Gösta asintió y se levantaron de la mesa. Morgan se bebió de un trago la cerveza que le quedaba, sonrió maliciosamente a Karlsson, que cogió el periódico y se lo guardó en el abrigo como solía hacer siempre, el jodido tacaño.

Sólo Lacke permaneció sentado, jugando con unos palillos rotos que había en la mesa. Larry se inclinó sobre él:

—¿No vas a venir?

—Lo sabía. Lo presentía.

—Sí. ¿Vas a venir entonces?

—Bueno. Voy. Id yendo vosotros.

Cuando salieron, Gösta se tranquilizó con el aire frío de la noche. Empezó a caminar tan deprisa que Larry tuvo que pedirle que bajara la marcha, su corazón no aguantaba. Karlsson y Morgan iban detrás, el uno al lado del otro; Morgan esperaba a que Karlsson dijera alguna tontería para poder meterse con él. Le sentaría bien. Pero hasta Karlsson parecía ocupado con sus propios pensamientos.

La farola rota ya había sido cambiada y la luz bajo el puente era aceptable.

Estaban como un pelotón escuchando a Gösta mientras éste contaba y señalaba los montones de hojas; daban patadas para calentarse los pies. Mala circulación. Resonaba como si se tratara de un ejército desfilando. Cuando Gösta terminó, Karlsson dijo:

—No hay ninguna *prueba*...

Era la clase de comentario que Morgan había estado esperando.

—Pero joder, ¿es que no oyes lo que está *diciendo*? ¿Crees que *miente*?

—No —dijo Karlsson, como si hablara con un niño—, pero me refiero a que la policía tal vez no esté tan dispuesta como nosotros a creer su relato cuando no hay nada que lo corrobore.

—Él es *testigo*.

—¿Crees que será suficiente?

Larry dio un golpe con la mano sobre los montones de hojas.

—La pregunta ahora es adónde ha ido a parar. Si es que ha sucedido así.

Lacke venía andando por el camino del parque, llegó hasta donde estaba Gösta y señaló hacia el suelo.

—¿Ahí?

Gösta asintió. Lacke se metió las manos en los bolsillos y se quedó un rato observando el dibujo irregular de las hojas como si fuera un puzzle gigante que tenía que resolver. Los músculos de sus mandíbulas se contraían, se relajaban, se contraían.

—Bueno. ¿Qué decís? Larry dio dos pasos hacia él. —Lo siento, Lacke.

Lacke hizo un gesto de rechazo con la mano, apartando a Larry.

—¿Qué decís? ¿Vamos a pillar al cabrón que ha hecho esto o no?

Los otros miraron a todas partes menos a Lacke. Larry estaba a punto de decir algo acerca de que iba a ser difícil, probablemente imposible, pero se abstuvo. Al final, Morgan se aclaró la garganta, se dirigió a Lacke y, poniéndole el brazo sobre los hombros, dijo:

—Lo vamos a pillar, Lacke. Lo vamos a hacer.

Tommy miró por encima de la barandilla, le pareció haber visto destellos de plata allí abajo. Parecía como esas cosas que los Jóvenes Castores solían traer a casa de las competiciones.

—¿En qué piensas? —preguntó su madre.

—En el Pato Donald.

—A ti no te gusta mucho Staffan, ¿verdad?

—Está bien.

—¿Sí?

Tommy levantó la vista hacia el centro. Vio la uve roja y grande de neón que lentamente daba vueltas sobre todo. Vällingby. Victoria.

—¿Te ha enseñado las pistolas?

—¿Por qué lo preguntas?

—No, sólo preguntaba. ¿Lo ha hecho?

—No entiendo qué quieres decir.

—Pues no es tan difícil. ¿Ha abierto su caja fuerte, ha sacado las pistolas y te las ha mostrado?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Cuándo lo hizo?

Su madre se sacudió algo de la blusa, se frotó los brazos.

—Tengo un poco de frío.

—¿Piensas en papá?

—Sí, claro que lo hago. Todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo?

Su madre lanzó un suspiro, inclinó la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Adónde quieres llegar tú?

Tommy tenía la mano apoyada en la barandilla, ella puso la suya encima.

—¿Vienes mañana donde papá?

—¿Mañana?

—Sí. Es el Día de Todos los Santos.

—Es pasado mañana. Sí, voy.

—Tommy...

Su madre le quitó las manos de la barandilla y lo atrajo hacia sí. Lo abrazó. Tommy se quedó rígido por un momento. Luego se liberó y entró.

Mientras se ponía la ropa para salir, Tommy se dio cuenta de que tenía que hacer entrar a su madre del balcón si quería recoger la escultura. La llamó y ella entró rápidamente, deseosa de oír una palabra.

—Sí... saluda a Staffan.

Su madre resplandeció.

—Lo haré. ¿Entonces no te quedas?

—No, yo... eso puede durar toda la noche.

—Sí. Estoy un poco inquieta.

—No tienes por qué. Sabe disparar. Adiós.

—Adiós...

La puerta de fuera se cerró.

—... cielo...

Un ruido sordo salió del interior del Volvo cuando Staffan se subió al bordillo a gran velocidad. Sus mandíbulas golpearon de tal manera que le sonó en toda la cabeza, se quedó ciego por un instante y casi atropella a un viejo que iba a unirse al grupo de

curiosos que se habían reunido alrededor del coche de policía en la entrada principal.

El aspirante Larsson estaba en el coche hablando por la radio. Estaría pidiendo refuerzos o una ambulancia. Staffan aparcó detrás del coche de policía para dejar el paso libre a un eventual refuerzo, se bajó y cerró. Siempre cerraba el coche, aunque sólo fuera a estar ausente un minuto. No porque pensara que se lo iban a robar sino para no perder la costumbre, de manera que no se le olvidara nunca cerrar *el coche de servicio*, por el amor de Dios.

Se dirigió hacia la entrada principal esforzándose en aparentar autoridad, pensando en el público; estaba seguro de que tenía un aspecto que infundía confianza a la mayoría de las personas. Muchos de los que estaban allí mirando probablemente pensarán: «Ah, sí, aquí viene el que va a aclarar todo esto».

Nada más pasar la puerta de entrada había cuatro hombres en bañador con las toallas sobre los hombros. Staffan pasó por delante de ellos, hacia los vestuarios, pero uno de los hombres lo llamó:

—Oiga, perdone —y se acercó a él con los pies descalzos—. Sí, perdón, pero... nuestra ropa.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cuándo podemos recogerla?

—¿Su ropa?

—Sí, está en los vestuarios y no podemos entrar allí.

Staffan abrió la boca para decir alguna maldad acerca de que su ropa estaba en aquel momento en el puesto más alto de la lista de prioridades, pero una mujer con camiseta blanca se acercó entonces a los hombres con un montón de albornoces en los brazos. Staffan hizo un gesto a la mujer y continuó hacia los vestuarios.

En el camino se encontró con otra mujer con camiseta blanca que llevaba a un chico de doce, trece años hacia la entrada. La cara del muchacho, muy roja, contrastaba con el albornoz blanco en el que iba envuelto, los ojos sin expresión. La mujer clavó la vista en Staffan con una mirada que parecía casi acusatoria.

—Su madre viene a buscarlo.

Staffan asintió. ¿Era el chico... la víctima? Le habría gustado preguntar exactamente eso, pero con las prisas no se le ocurrió ninguna manera sensata de formular la pregunta. Supuso que Holmberg le habría tomado el nombre y los demás datos, y habría juzgado que lo más conveniente sería dejar que la madre se hiciera cargo de él, que lo llevara a la ambulancia, a la visita del psicólogo, a la terapia.

Protege a éstos tus pequeños.

Staffan siguió por el pasillo, subió corriendo las escaleras mientras para sus adentros recitaba una acción de gracias por la gracia recibida y pidiendo fuerzas para la prueba que iba a venir.

¿Estaba el asesino todavía en el edificio?

Fuera de los vestuarios, bajo un letrero con una sola palabra: HOMBRES, había ciertamente tres hombres hablando con el agente de policía Holmberg. Sólo uno

estaba totalmente vestido. A uno de los tres le faltaban los pantalones, el otro tenía la parte superior del cuerpo desnuda.

—Qué bien que hayas podido llegar tan rápido —saludó Holmberg.

—¿Está todavía ahí?

Holmberg señaló la puerta del vestuario.

—Ahí dentro.

Staffan hizo un gesto hacia los tres hombres.

—¿Ellos son...?

Antes de que Holmberg alcanzara a decir nada, el hombre que no llevaba pantalones dio medio paso adelante y dijo, no sin orgullo:

—Somos los testigos.

Staffan asintió y miró a Holmberg con gesto interrogante.

—¿No deberían...?

—Sí, pero estaba esperando a que llegaras. Por lo visto no es violento — Holmberg se volvió hacia los tres hombres y les dijo amablemente—: Ya os llamaremos. Lo mejor que podéis hacer ahora es marcharos a casa. Bueno, otra cosa. Entiendo que no va a ser fácil, pero intentad no hablar de esto entre vosotros.

El hombre sin pantalones sonrió con una sonrisa sardónica, de enterado.

—Pueden oírnos, quieres decir.

—No, pero podéis pensar que habéis visto cosas que en realidad no habéis visto, sólo porque otro lo haya hecho.

—Yo no. Yo vi lo que vi, y era lo más jodido...

—Creedme. Le pasa al mejor. Y ahora tendréis que disculparnos. Gracias por vuestra ayuda.

Los hombres se alejaron por el pasillo murmurando entre dientes. Holmberg era bueno para esas cosas: hablar con la gente. Era lo que más hacía. Iba por las escuelas y daba charlas sobre las drogas y el trabajo de la policía. Ya no solía salir en casos como éste.

Un ruido metálico, como si se hubiera caído algo de chapa, se oyó dentro del vestuario y Staffan se sobresaltó, prestó atención.

—¿Conque no es violento?

—Está gravemente herido, por lo visto. Se echó algún tipo de ácido en la cara.

—¿Por qué?

El rostro de Holmberg se tornó inexpresivo, Staffan se volvió hacia la puerta.

—Tendremos que entrar a preguntárselo.

—¿Armado?

—Probablemente no.

Holmberg señaló el hueco de la ventana; sobre la plancha de mármol había un gran cuchillo de cocina con el mango de madera.

—No tenía ninguna bolsa. Además, el que estaba sin pantalones ha tenido tiempo de estar jugando con él en la mano un buen rato antes de que yo llegara. Luego nos

ocuparemos de él.

—¿Vamos a dejarlo ahí tirado?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Staffan negó con la cabeza y entonces, en medio del silencio, pudo distinguir dos cosas: un débil y arrítmico soplo cardiaco dentro del vestuario. El viento en el tubo de una chimenea. Una flauta agrietada. Eso, y un olor. Algo que al principio creyó que formaba parte del olor a cloro que impregnaba todo el edificio. Pero esto era algo más. Un olor fuerte, picante, que cosquilleaba. Arrugó la nariz.

—¿Vamos...?

Holmberg asintió pero se quedó donde estaba. Casado y con hijos. Claro. Staffan sacó la pistola reglamentaria de la funda y apoyó la otra mano en el pasador de la puerta. Era la tercera vez en sus doce años de servicio que entraba en una habitación con el arma en la mano. No sabía si estaba actuando correctamente, pero nadie iba a reprocharle nada. Un asesino de niños. Encerrado, tal vez desesperado, aunque estuviera malherido.

Hizo un gesto a Holmberg y abrió la puerta.

El tufo lo echó para atrás.

Le picaba en la nariz haciéndole llorar. Tosió. Sacó un pañuelo del bolsillo y se tapó la boca y la nariz. Algunas veces había asistido a los bomberos en incendios de casas, era la misma sensación. Pero aquí no había humo, sólo una ligera neblina flotando por la habitación.

Dios mío, ¿esto qué es?

El monótono, entrecortado ruido aún se oía detrás de la hilera de armarios que tenían delante. Staffan le hizo señas a Holmberg para que fuera dando la vuelta por el otro extremo, de manera que cubrieran los dos lados. Staffan avanzó hasta el final de los armarios y echó un vistazo con la pistola colgando a un lado.

Vio una papelerera de metal tirada y, junto a ella, un cuerpo tendido y desnudo.

Holmberg apareció por el otro extremo e hizo señas a Staffan para que se tranquilizara; no parecía que hubiera un peligro inminente. Staffan sintió una punzada de irritación porque Holmberg intentaba tomar el mando de la operación ahora, cuando ya no parecía peligrosa. Respiró profundamente a través del pañuelo, se lo quitó de la boca y dijo en voz alta:

—Alto. Es la policía. ¿Me oyes?

El hombre que estaba tendido en el suelo no dio señales de haber oído, seguía emitiendo únicamente un ruido monótono con la cara contra el suelo. Staffan dio un par de pasos al frente.

—Pon las manos delante, donde yo pueda verlas.

El hombre no se movió. Pero ahora que estaba más cerca, Staffan pudo ver que le temblaba todo el cuerpo. Lo de las manos era innecesario. Una de ellas reposaba sobre la papelerera y la otra estaba extendida al lado, en el suelo. Tenía la palma de la mano hinchada y abierta.

Ácido... cómo estará...

Staffan se volvió a colocar el pañuelo en la boca y avanzó hasta el hombre mientras guardaba la pistola en la funda, confiando en que Holmberg lo cubriera si ocurría algo.

El cuerpo temblaba convulsivamente y se oía el leve chasquido de la piel desnuda cuando se despegaba de las baldosas y se volvía a pegar de nuevo. La mano que estaba en el suelo saltaba como un pez en una roca. Y todo el tiempo el mismo sonido de su boca contra el suelo:

—... eiiiiiiiiiii...

Staffan hizo señas a Holmberg para que se mantuviera a dos pasos de distancia y se puso de cuclillas al lado del cuerpo.

—¿Puedes oírme?

El hombre se calló. De pronto, todo el cuerpo hizo un giro espasmódico y rodó. La cara.

Staffan se echó para atrás, perdió el equilibrio y aterrizó sobre la rabadilla. Apretó los dientes para no gritar cuando vio las estrellas. Cerró los ojos. Los volvió a abrir.

No tiene cara.

Staffan había visto a un drogadicto que en una alucinación se había golpeado repetidamente la cara contra una pared. Había visto a un hombre que se puso a soldar un depósito de gasolina sin vaciarlo antes. Le explotó en la cara.

Pero nada parecido a esto.

Tenía la nariz totalmente corroída, en su lugar sólo había dos agujeros que entraban en la cabeza. La boca se había derretido, los labios estaban sellados, salvo una rendija a un lado. Uno de los ojos se había derramado sobre lo que había sido la mejilla, pero el otro... abierto de par en par.

Staffan clavó la vista en ese ojo, lo único que parecía humano en aquella masa deforme. El ojo estaba inyectado en sangre, y cuando intentaba parpadear sólo media tira de piel revoloteaba sobre él y se retiraba de nuevo.

Donde tenía que haber estado el resto de la cara, sólo había restos de cartílagos y huesos que asomaban entre los trozos imposibles de carne y los jirones negros de piel. Los músculos brillantes y desnudos se contraían y se estiraban, se removían como si la cabeza hubiera sido sustituida por un montón de anguilas recién matadas y troceadas.

Toda la cara, lo que había sido la cara, tenía vida propia.

Una arcada se abrió paso por la garganta de Staffan, y probablemente habría vomitado de no haber tenido el cuerpo tan ocupado recuperándose del dolor lumbar. Lentamente encogió las piernas y se puso de pie, apoyándose en los armarios. El ojo inyectado en sangre le miraba todo el tiempo.

—Esto es lo más jodido...

Holmberg, con los brazos colgando, observaba aquel cuerpo desfigurado en el suelo. No era sólo la cara. El ácido había corroído también la parte superior del

cuerpo. La piel de una de las clavículas había desaparecido y se veía una porción del hueso, blanco como un trozo de tiza en un estofado de carne.

Holmberg meneaba la cabeza y sacudía el aire con la mano. Tosiendo.

—Esto es lo más jodido...

Eran las once y Oskar estaba acostado en su cama. Golpeando con cuidado las letras en la pared.

E... L... I... E... L... I...

No hubo respuesta.

Viernes 30 de Octubre

Los chicos de 6° B estaban en fila fuera de la escuela esperando a que el maestro Ávila diera la señal. Todos tenían sus bolsas de gimnasia o sus bolsos en la mano, porque Dios se apiadara del que olvidase la ropa de gimnasia o no tuviera causa justificada para faltar a la clase.

Estaban a un brazo de distancia del anterior, como el maestro les había dicho el primer día en 4° cuando sucedió a la tutora en la responsabilidad de su educación física.

—¡Una fila recta! ¡Un brazo de distancia!

El maestro Ávila había sido piloto durante la guerra. En un par de ocasiones había entretenido a los chicos contándoles historias de combates aéreos y de aterrizajes forzosos en campos de trigo. Eran impresionantes. Se había ganado su respeto.

Una clase considerada alborotadora e indisciplinada se colocaba obedientemente en fila a un brazo de distancia, aunque el maestro aún no hubiera aparecido. Si la fila no estaba como él quería los dejaba esperando diez minutos más, o sustituía el prometido partido de voleibol por unas flexiones de brazos y abdominales.

Oskar, al igual que los demás, tenía bastante miedo al maestro. Con su pelo gris rapado y su nariz aguileña, su buen aspecto físico y sus puños de hierro, difícilmente se podía pensar que fuera capaz de querer y comprender a un chico débil, con algo de sobrepeso y martirizado. Pero había disciplina en sus clases. Ni Jonny, ni Micke ni Tomas se atreverían a hacer nada mientras el maestro estuviera cerca.

En ese momento Johan abandonó la fila, alzó la vista hacia la escuela. Luego, haciendo un saludo hitleriano, dijo:

—¡Filas rectas! ¡Hoy simulacro de evacuación! ¡Con cuerdas!

Algunos sonrieron nerviosos. El maestro era un apasionado de los simulacros de evacuación. Una vez por semestre los alumnos tenían que probar a deslizarse fuera desde las ventanas con ayuda de cuerdas, mientras el maestro controlaba todo el proceso cronómetro en mano. Si conseguían superar el récord anterior podían jugar al juego de las sillas. Pero había que ganárselo.

Johan volvió rápidamente a la fila. Menos mal, porque apenas unos segundos después apareció el maestro por la puerta principal de la escuela y con paso rápido se encaminó al gimnasio. Con la mirada al frente, no dirigió al grupo ni siquiera una ojeada. Cuando se encontraba a mitad de camino hizo un gesto de *¡adelante!* con la mano, sin dejar de andar, sin volver la cabeza.

La fila se puso en marcha intentando mantener la distancia de un brazo con el anterior. Tomas, que iba detrás de Oskar, tropezó con el talón de éste e hizo que se le saliera el zapato por detrás. Oskar siguió marchando.

Después de lo de la paliza de anteayer lo habían dejado en paz. No es que le

hubieran pedido perdón o así, pero la herida de la mejilla seguía allí, y les habría parecido que era suficiente. De momento.

Eli.

Oskar, apretando los dedos del pie para que no se le saliera el zapato, siguió marchando hacia el gimnasio. ¿Dónde estaba Eli? Había acechado desde su ventana la noche anterior para ver si el padre de la muchacha volvía a casa. Pero en vez de eso lo que vio fue a Eli saliendo a eso de las diez. Después llegó la hora del cacao y los bollos con su madre y puede que se hubiera perdido su vuelta a casa. Pero no había contestado a sus golpecitos.

La clase tomó al asalto el vestuario, la fila se rompió. El maestro Ávila estaba de pie con los brazos cruzados, esperándolos.

—Bien. Hoy entrenamiento físico. Con barra, plinto y cuerdas.

Protestas. El maestro asintió.

—Si lo hacéis bien, si trabajáis, la próxima vez balón fantasma. Pero hoy entrenamiento físico. ¡Vamos!

No había nada que discutir. Uno tenía que contentarse con lo del balón fantasma y la clase comenzó a cambiarse apresuradamente. Oskar procuró, como de costumbre, ponerse de espaldas a los otros mientras se quitaba los pantalones. Su bola del pis hacía que se notara algo raro en los calzoncillos.

Arriba, en el gimnasio, los otros estaban colocando los plintos y bajando las barras. Johan y Oskar colocaron juntos las colchonetas. Cuando todo estuvo listo, el maestro sopló su silbato. Había circuito con cinco estaciones, así que los dividió en cinco grupos de a dos.

Oskar y Staffe formaron un grupo, lo cual estaba bien porque Staffe era el único de la clase al que se le daba la gimnasia peor que a Oskar. Era fuertote pero torpe. Más gordo que Oskar. Sin embargo, nadie se metía con él. Había algo en la actitud de Staffe que decía que si alguien se metía con él lo pagaría caro.

El maestro hizo sonar el silbato y se pusieron en marcha.

Flexiones de brazos en la barra. La barbilla sobre la barra, abajo, arriba. Oskar consiguió hacer dos. Staffe, cinco; luego lo dejó. Sonó el silbato. Abdominales. Staffe no hizo más que estar tumbado en la colchoneta mirando al techo. Oskar estuvo haciendo falsos abdominales hasta la siguiente señal. La comba. Eso se le daba bien a Oskar. Él le dio a la cuerda mientras Staffe no hacía más que trabarse con ella. Luego flexiones de brazos normales. De esas podía hacer Staffe las que quisiera. Finalmente el plinto, el maldito plinto.

Aquí es donde era un alivio estar con Staffe. Oskar había visto de reojo cómo Micke, Jonny y Olof volaban por el plinto vía trampolín. Staffe tomó impulso, corrió, botó estrepitosamente en el trampolín y, no obstante, no llegó al plinto. Se dio media vuelta para esperar su turno de nuevo. El maestro se acercó a él.

—¡Súbete al plinto!

—No puedo.

—Tendrás que coger impulso.

—¿Qué?

—Coger impulso. Coger impulso. Arriba y salta.

Staffe agarró el plinto, se encaramó en él y se deslizó como un perezoso por el otro lado. El maestro hizo la señal de *ven* y Oskar echó a correr.

En algún punto de aquella carrera hacia el plinto tomó la decisión. Iba a *intentarlo*.

El maestro le había dicho en alguna ocasión que no tuviera miedo al plinto, que todo dependía de eso. Normalmente no se impulsaba fuerte con el pie, por miedo a perder el equilibrio y a darse un golpe. Pero ahora iba a echar los restos, a hacer como si pudiera. El maestro lo miraba. Oskar echó a correr a toda velocidad hacia el trampolín.

Apenas pensó en el impulso, se concentró totalmente en subir al plinto. Por primera vez botó en la tabla con todas sus fuerzas, sin frenarse, y el cuerpo salió volando por sí mismo, los brazos se extendieron al frente para hacer fuerza y dirigir el cuerpo hacia delante. Pasó sobre el plinto a tal velocidad que perdió el equilibrio y cayó de bruces cuando aterrizó por el otro lado. ¡Había conseguido subir!

Se volvió y miró al maestro: no reía, pero asentía dándole ánimos.

—Bien, Oskar. Únicamente más equilibrio.

El silbato sonó y pudieron descansar un minuto antes de empezar otra vuelta. Aquella vez Oskar logró subir al plinto y mantener el equilibrio al aterrizar.

El maestro pitó el fin de la clase y salió fuera mientras ellos recogían las cosas. Oskar bajó las ruedas del plinto y lo empujó hasta el cuarto donde se guardaba, dándole unas palmaditas como a un buen caballo que finalmente se hubiera dejado montar. Lo colocó en su sitio y se dirigió al vestuario. Quería hablar con el profesor de una cosa.

A medio camino de la puerta fue detenido. Un lazo de cuerda voló sobre su cabeza y aterrizó alrededor de su estómago. Alguien lo había cazado. A sus espaldas oyó la voz de Jonny:

—Arre, Cerdo.

Se volvió de manera que la lazada se le deslizó sobre el estómago y quedó alrededor de su espalda. Jonny estaba frente a él con la agarradera de la cuerda en las manos, moviéndola arriba y abajo, chascando la lengua.

—Arre, arre.

Oskar agarró la cuerda con las dos manos y se la arrebató a Jonny. La cuerda sonó al caer al suelo detrás de Oskar. Jonny, señalándola, dijo:

—Ahora tendrás que recogerla *tú*.

Oskar cogió la cuerda por el medio con una mano y, dándole vueltas, la sacó por la cabeza de forma que las agarraderas sonaron. Gritó:

—¡Cógela! —y la soltó. La cuerda salió volando y Jonny se tapó instintivamente la cara con las manos. La cuerda sobrevoló su cabeza y chirrió detrás contra las

espaldas. Oskar salió del gimnasio y bajó corriendo las escaleras. El corazón tamborileaba en sus oídos. Esto *ha empezado*. Bajó los peldaños de tres en tres y aterrizó con los pies juntos en el rellano, cruzó el vestuario y entró en el cuarto del maestro.

Éste, en ropa de deporte, estaba sentado hablando por teléfono en un idioma extranjero, probablemente español. La única palabra que pudo entender Oskar fue «perro», que sabía lo que significaba. El maestro le indicó que se sentara en la otra silla que había en el cuarto. El maestro siguió hablando, varios «perro», mientras Oskar oyó cómo Jonny entraba en el vestuario y empezaba a dar voces.

El vestuario se había quedado vacío antes de que el maestro estuviera listo con su «perro». Se volvió hacia Oskar.

—Bueno, Oskar, ¿qué quieres?

—Sí, quería saber... de esos entrenamientos de los jueves.

—¿Sí?

—¿Puede uno apuntarse?

—¿Te refieres a los entrenamientos de pesas en la piscina?

—Sí. Eso. ¿Puede uno apuntarse, o...?

—No tienes que apuntarte. Sólo ir. El jueves a las siete. ¿Quieres entrenar?

—Sí, yo... sí.

—Está bien. Entrena. Después podrás hacer... cincuenta flexiones en la barra.

El maestro mostraba las flexiones en la barra con los brazos en alto. Oskar meneó la cabeza.

—No. Pero... sí, iré.

—Bien. Entonces nos vemos el jueves.

Oskar asintió; se iba a ir, pero dijo:

—¿Qué tal está el perro?

—¿El perro?

—Sí, oí que decías «perro» y sé lo que quiere decir.

El maestro se quedó pensando un momento.

—Ah, «perro» no. *Pero*. Que significa 'men'. Como en *men inte jag*. Se dice *pero yo no*. ¿Entiendes? ¿Vas a empezar un curso de español también?

Oskar meneó la cabeza sonriendo. Dijo que ya era bastante con las pesas.

El vestuario estaba vacío salvo la ropa de Oskar. Oskar se quitó los pantalones de deporte y se quedó parado. Sus pantalones no estaban. Claro. Tenía que haberlo supuesto. Miró en el vestuario, en los servicios. Nada.

El frío le pellizcaba las piernas al volver a casa sólo con los pantalones de deporte puestos. Había empezado a nevar mientras tenían gimnasia. Los copos de nieve caían y se deshacían sobre sus piernas desnudas. Ya en el patio se detuvo bajo la ventana de Eli. Las persianas estaban bajadas. Ni un movimiento. Gruesos copos de nieve le cayeron en la cara mientras miraba hacia arriba. Atrapó algunos con la lengua. Estaban buenos.

—Mira a Ragnar.

Holmberg apuntaba hacia la plaza de Vällingby donde la nieve que caía cubría con un ligero manto el empedrado colocado en forma circular. Uno de los borrachines estaba sentado en un banco sin moverse, envuelto en un abrigo grande mientras la nieve lo convertía en un mal amasado muñeco. Holmberg suspiró.

—Tendré que salir a ver qué le pasa si no se mueve pronto. ¿Y tú qué tal estás?

—Así, así.

Staffan había puesto otro cojín en la silla de su escritorio para mitigar el dolor de la columna. Preferiría estar de pie, o mejor aún, acostado en la cama. Pero el informe de los sucesos del día anterior tenía que llegar a la brigada de homicidios antes del domingo.

Holmberg miraba su cuaderno de notas golpeando en él con el lapicero.

—Esos tres que estaban dentro, en el vestuario, dijeron que el asesino ese, antes de echarse el ácido clorhídrico encima, había gritado «¡Eli, Eli!», yo me pregunto...

El corazón le brincó en el pecho a Staffan, se inclinó sobre la mesa.

—¿Dijo eso?

—Sí. ¿Sabes lo que...?

—Sí.

Staffan se echó para atrás en la silla de forma brusca y el dolor disparó una flecha hasta la mismísima raíz del pelo. Se agarró a los bordes de la mesa, se sentó bien y se llevó las manos a la cara. Holmberg lo miraba.

—Joder, ¿has ido al médico?

—No, es sólo... se me pasará. Eli, Eli.

—¿Es un nombre?

Staffan asintió con cuidado.

—Sí... significa... Dios.

—Bueno, así que llamaba a Dios. ¿Crees que le oyó?

—¿Qué?

—Dios. Que si crees que le oyó. Dadas las circunstancias parece poco... probable. Aunque claro, tú eres el experto en esas cosas. Bueno, tú sabrás.

—Son las últimas palabras que Cristo dijo en la cruz. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? *Eli, Eli, lema sabachtani?*».

Holmberg guiñó un ojo y siguió mirando sus notas.

—Sí, eso.

—Según san Mateo y san Marcos.

Holmberg asintió, chupó el lápiz.

—¿Lo vamos a poner en el informe?

Cuando llegó a casa de la escuela Oskar se puso un par de pantalones limpios y bajó

al kiosco del Amante para comprar el periódico. Había oído comentar que el asesino había sido detenido y quería saberlo todo. Cortar y guardar.

Notó algo raro cuando bajaba al kiosco, algo que no era normal, aparte de que estaba nevando.

De vuelta a casa con el periódico supo lo que era. No estaba todo el tiempo alerta. Sólo caminaba. Había recorrido el camino hasta el kiosco sin ir vigilando a todos aquellos que pudieran meterse con él.

Empezó a correr. Corrió todo el camino hasta casa con el periódico en la mano mientras los copos le lamían la cara. Cerró la puerta de la calle. Fue a la cama, se echó boca abajo y dio unos golpecitos en la pared. No hubo respuesta. Le habría gustado hablar con Eli, contárselo.

Abrió el periódico. La piscina de Vällingby. Coches de policía. Ambulancias. Intento de asesinato. Las lesiones del individuo de tal naturaleza que dificultaban su identificación. Fotografía del hospital de Danderyd donde estaba siendo atendido el hombre. Referencias al anterior asesinato. Ningún comentario.

Después submarino, submarino, submarino. Reforzado el estado de alerta.

Llamaron a la puerta.

Oskar saltó de la cama, salió rápidamente al pasillo. Eli, Eli, Eli.

Cuando tenía ya la mano en el picaporte, se detuvo. ¿Y si eran Jonny y esos? No, nunca vendrían así a su casa. Abrió. Fuera estaba Johan.

—Hola.

—Sí... hola.

—¿Vamos a jugar?

—Sí, ¿a qué?

—No sé. A algo.

—Vale.

Oskar se puso los zapatos y la cazadora mientras Johan lo esperaba en el rellano de la escalera.

—Jonny estaba bastante enfadado. En gimnasia.

—Cogió mis pantalones, ¿verdad?

—Sí. Sé dónde están.

—¿Dónde?

—Allí detrás. Al lado de la piscina. Te lo voy a enseñar.

Oskar pensó, aunque no lo dijo, que en ese caso los podría *haber cogido* al venir. Pero a tanto no llegaba su buena voluntad. Oskar asintió y dijo:

—Bien.

Fueron hasta la piscina y buscaron los pantalones, que colgaban de un arbusto. Luego dieron una vuelta y curiosearon un poco. Hicieron bolas de nieve y las tiraron a los árboles. En un contenedor encontraron un cable eléctrico que se podía cortar en trozos, doblarlos y usarlos como munición para el tirachinas. Hablaron del asesino, del submarino y de Jonny, Micke y Tomas, que a Johan le parecía que estaban mal de

la cabeza.

—Totalmente idos.

—A ti no te suelen hacer nada.

—No. Pero de todas formas.

Fueron al kiosco de las salchichas al lado del metro y se compraron dos «vagabundos» cada uno. A una corona cada «vagabundo»; sólo el pan tostado con mostaza, ketchup, aliño para hamburguesas y cebolla. Empezaba a oscurecer. Johan hablaba con la chica del kiosco y Oskar miraba los vagones del metro que iban y venían, observando el tendido eléctrico que corría por encima de las vías.

Echando vaho con sabor a cebolla por la boca bajaron hacia la escuela, donde sus caminos se separaban. Oskar dijo:

—¿Crees que la gente se quita la vida saltando por esos cables que van por encima de la vía?

—No lo sé. Seguro que lo hacen. Mi hermano conoce a uno que fue y meó en un raíl eléctrico.

—¿Qué pasó?

—Murió. La corriente subió por el pis hasta su cuerpo.

—No me digas. ¿Quería morir entonces?

—No. Estaba borracho. Joder. Imagínatelo...

Johan hizo como que se cogía el pito y meaba, y empezó a temblar con todo el cuerpo. Oskar se reía.

Abajo, junto a la escuela, se despidieron. Oskar se dirigió a casa con los recién encontrados pantalones atados alrededor de la cintura y silbando la sintonía de *Dallas*.

Había dejado de nevar, pero un manto blanco lo cubría todo. Había luz en las grandes ventanas esmeriladas de la piscina pequeña a la que iba a ir el jueves por la tarde. Iba a empezar a entrenar. Hacerse más fuerte.

Viernes por la noche en el chino. El reloj redondo con los bordes de acero que parece tan mal colocado entre lámparas de papel de arroz y dragones dorados en una de las paredes alargadas, señala las nueve menos cinco. Los colegas están sentados con sus cervezas, perdidos en el paisaje de los mantelitos de papel. Fuera, sigue cayendo la nieve.

Virginia mueve un poco su San Francisco y sorbe con la pajita coronada por una figurita de Johnny Walker.

¿Quién era Johnny Walker? ¿Adónde iba?

Da un golpecito en el vaso con la pajita y Morgan alza la vista.

—¿Vas a dar un discurso?

—Alguien tendrá que hacerlo.

Se lo habían contado a ella. Todo lo que Gösta había dicho sobre Jocke, el puente,

el niño. Luego se habían quedado en silencio. Virginia hacía sonar los hielos del vaso observando cómo la luz velada del techo se reflejaba en los hielos medio deshechos.

—Hay algo que no entiendo. Si esto ha ocurrido como dice Gösta, ¿dónde está? Jocke, quiero decir.

Karlsson se animó, como si ésa fuera la ocasión que andaba esperando.

—Exactamente lo que yo he tratado de decir. ¿Dónde está el cadáver? Si es que uno va a...

Morgan apuntó a Karlsson con un dedo acusatorio en el aire.

—Tú no llamas cadáver a Jocke.

—¿Y cómo le llamo entonces? ¿*El finado*?

—No le vas a llamar nada hasta que sepamos lo que ha pasado.

—Eso es precisamente lo que estoy tratando de decir. Mientras no tengamos un c... mientras ellos no lo hayan... encontrado, no podemos...

—¿Qué *ellos*?

—Bueno, ¿tú qué crees? ¿La división de helicópteros de Berga? La policía, claro.

Larry se frotó un ojo y dijo:

—Ése es el problema. Mientras no lo hayan encontrado no se van a tomar interés, y si no se toman interés no van a buscarlo.

Virginia meneó la cabeza.

—Es que tenéis que ir a la policía y contar lo que pasa.

—Sí, sí, ¿qué te parece que vamos a decir? —dijo Morgan cloqueando—. Hola, dejad toda esa mierda del asesino de niños, el submarino, todo, porque aquí estamos tres borrachines y un borrachín colega nuestro ha desaparecido y resulta que otro de nuestros colegas, también borrachín, ha contado que una tarde, cuando estaba realmente en las nubes, vio... ¿qué?

—Pero Gösta, ¿entonces? Él es precisamente quien lo ha visto, él es quien...

—Sí, sí. Claro. Pero está tan deteriorado... Haz un poco de ruido con un uniforme delante de él y se desmorona, queda listo para el manicomio de Beckomberga. No aguanta. Interrogatorios y mierdas. —Morgan se encogió de hombros—. Está jodido.

—¿Y vais a dejarlo *estar* sin más?

—Sí, ¿qué cojones podemos hacer?

Lacke, que se había bebido su cerveza mientras discurría la conversación, dijo algo demasiado bajo como para que los otros pudieran entenderlo. Virginia se inclinó hacia él y puso la cabeza en su hombro.

—¿Qué has dicho?

Lacke miraba fijamente el paisaje envuelto en la niebla hecho a tinta china e impreso en el mantelito que tenía encima de la mesa y susurró:

—Tú dijiste que lo íbamos a coger.

Morgan dio tal golpe en la mesa que hizo saltar los vasos de cerveza, y poniendo la mano en alto delante de él como una garra afirmó:

—Y lo vamos a hacer. Pero primero tenemos que tener algo en lo que apoyarnos.

Lacke asintió medio sonámbulo y empezó a levantarse.

—Sólo tengo que...

Las piernas se le doblaron y cayó de bruces sobre la mesa con un estrépito de vasos que hizo que los ocho comensales se volvieran a ver lo que pasaba. Virginia agarró a Lacke por los hombros y lo sentó de nuevo en la silla. Los ojos de Lacke estaban perdidos.

—Perdón, yo...

El camarero acudió rápidamente a su mesa secándose frenéticamente las manos en el delantal. Se inclinó hacia Lacke y Virginia mascullando en voz baja:

—Esto es un *restaurante*, no una pocilga.

Virginia puso la mejor sonrisa que pudo mientras ayudaba a Lacke a levantarse.

—Vamos, Lacke. Vamos a mi casa.

Con una mirada acusatoria hacia el resto del grupo, el camarero rodeó rápidamente a Lacke y a Virginia, ayudando a Lacke por el otro lado para mostrar a los comensales que estaba tan interesado como ellos en alejar a este elemento distorsionador de la paz de la mesa.

Virginia ayudó a Lacke a ponerse su pesado y en otros tiempos elegante abrigo, una herencia de su padre, que había muerto dos años antes, y lo arrastró hacia la puerta.

Detrás oyó un par de silbidos maliciosos de Morgan y Karlsson. Con el brazo de Lacke sobre los hombros se volvió hacia ellos y les sacó la lengua. Luego abrió la puerta de fuera y salió.

La nieve caía en copos grandes y lentos creando un espacio de frío y silencio para los dos. Las mejillas de Virginia ardían cuando guiaba a Lacke hacia abajo, hacia el camino del parque. Era mejor así.

—Hola. He quedado con mi papá, pero no llega y... ¿puedo entrar a llamar por teléfono?

—Sí, claro.

—¿Puedo entrar?

—El teléfono está ahí.

La mujer señalaba hacia el pasillo: en una mesita estaba el teléfono gris. Eli permanecía fuera, todavía no había sido invitada. Al lado de la puerta había un erizo de hierro con púas de fibra vegetal. Eli se limpió los pies en él para disimular que no podía entrar.

—¿Seguro que puedo?

—Sí, sí. Pasa, pasa.

Hizo un gesto cansado: Eli estaba invitada. La mujer parecía haber perdido el interés y se fue al cuarto de estar, desde donde Eli podía oír el monótono zumbido de un televisor. Una larga cinta de seda de color amarillo, atada alrededor del pelo lleno

de canas grises, se deslizaba por la espalda de la mujer como una serpiente amaestrada.

Eli pasó al recibidor, se quitó los zapatos y la cazadora, levantó el auricular del teléfono. Marcó un número al azar, hizo como si hablara con alguien, colgó el auricular.

Aspiró a través de la nariz. Olor a fritura, productos de limpieza, tierra, betún, manzanas de invierno, ropa húmeda, electricidad, polvo, sudor, cola para papeles pintados y... orina de gato.

Sí. Un gato negro como el tizón estaba en el vano de la puerta de la cocina ronroneando con las orejas echadas para atrás, la piel desgredada y el lomo encorvado. Alrededor del cuello llevaba una cinta roja con un pequeño cilindro metálico, probablemente para meter un papel con el nombre y la dirección.

Eli dio un paso hacia el gato y éste mostró los dientes, bufó. El cuerpo erguido para saltar. Un paso más.

El gato se retiró, escurriéndose hacia atrás mientras seguía bufando, sin apartar la mirada de los ojos de Eli. El odio que sacudía su cuerpo hizo temblar el cilindro de metal. Se estaban midiendo. Eli avanzaba lentamente obligando al gato a retroceder hasta que estuvo dentro de la cocina, y cerró la puerta.

El gato continuó bufando y maullando al otro lado. Eli fue al cuarto de estar.

La mujer estaba sentada en un sofá de piel tan reluciente que reflejaba la luz del televisor. Con la espalda recta miraba con fijeza la resplandeciente pantalla azul. Llevaba una cinta amarilla atada en el pelo, rematada en un lazo. En la mesa que tenía delante había un cuenco con galletitas saladas y una bandeja con tres clases de queso, una botella de vino sin abrir y dos vasos.

La mujer parecía no notar la presencia de Eli, ocupada como estaba con lo que sucedía en la pantalla. Un programa de naturaleza. Pingüinos en el Polo Sur.

El macho lleva el huevo en los pies para que no entre en contacto con el hielo.

Una caravana de pingüinos se movía torpemente sobre un desierto de hielo. Eli se sentó en el sofá, al lado de la mujer. Ésta estaba rígida, como si la tele fuera un maestro severo a punto de leerle la cartilla.

Cuando vuelve la hembra después de tres meses, la capa de grasa del macho se ha consumido.

Dos pingüinos se frotaban el pico el uno al otro, saludándose.

—¿Esperas visita?

La mujer se estremeció y miró confundida unos segundos directamente a los ojos de Eli. El lazo amarillo resaltaba lo ajado que parecía su rostro. Meneó un poco la cabeza.

—No, coge lo que quieras.

Eli no se movió. La imagen de la pantalla cambió a una vista panorámica de Georgia del Sur, con música. En la cocina, los maullidos del gato habían dado paso a una especie de... súplica. El olor en el cuarto era químico. La mujer destilaba un olor

a hospital.

—¿Va venir alguien? ¿Aquí?

La mujer se estremeció de nuevo como si la hubieran despertado, se volvió hacia Eli. Esta vez, sin embargo, parecía irritada: una arruga bien marcada entre las cejas.

—No. No va venir nadie. Come si quieres —dijo con el dedo índice bien estirado señalando los quesos de uno en uno—: camembert, gorgonzola, roquefort. Come, come.

Miró a Eli como dándole una orden y Eli cogió una galletita, se la llevó a la boca y la masticó despacio. La mujer asintió y volvió de nuevo la vista a la pantalla. Eli escupió la masa pegajosa de galleta en la mano y la tiró al suelo detrás del reposabrazos del sofá.

—¿Cuándo te vas a ir? —preguntó la mujer.

—Pronto.

—Quédate el tiempo que quieras. A mí no me importa.

Eli se fue acercando como para poder ver mejor la tele hasta que sus brazos se rozaron. Algo le ocurrió entonces a la mujer. Tembló y se hundió en el sofá como un paquete de café agujereado. Cuando miró a Eli, lo hizo con una mirada suave y soñadora.

—¿Quién eres?

Los ojos de Eli estaban tan sólo a un par de centímetros de los suyos. La boca de la mujer exhalaba olor a hospital.

—No sé.

La mujer asintió, se estiró para coger el mando a distancia que estaba sobre la mesa y quitó el volumen de la tele.

—*En primavera florece Georgia del Sur con una belleza árida...*

Las suplicas del gato se oían ahora con nitidez, pero la mujer no parecía preocupada por eso. Señaló los muslos de Eli.

—¿Puedo...?

—Sí, claro.

Eli se retiró un poco de la mujer, que se acurrucó en el sofá y puso la cabeza sobre las piernas de la niña. Ésta le acarició suavemente el pelo. Estuvieron así un rato. Los lomos resplandecientes de las ballenas rompieron la superficie del mar, lanzando chorros de agua; desaparecieron.

—Cuéntame algo —pidió la mujer.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo bonito.

Eli peinó una mecha del pelo de la mujer sobre la oreja. Ésta respiraba ahora tranquila y tenía el cuerpo totalmente relajado. Eli habló en voz baja.

—Una vez... hace mucho, mucho tiempo, había un campesino pobre y su mujer. Tenían tres hijos: un chico y una chica que eran ya lo bastante mayores para trabajar con los adultos y un niño pequeño que tenía sólo once años. Todos los que lo veían

decían que era el niño más guapo que habían visto.

»El padre era un siervo de la gleba y tenía que trabajar muchas jornadas en las propiedades del señor de la tierra. Por eso eran la madre y los hijos los que debían hacerse cargo de la casa y de la huerta. El hijo más pequeño no servía para mucho.

»Un día, el señor de las tierras anunció un concurso en el que todas las familias que vivían en sus tierras debían participar. Todas las que tuvieran un chico entre ocho y doce años. No se prometía ningún premio. Nada de premios. Sin embargo, se llamaba concurso.

»El día de la competición la madre llevó consigo al más joven al castillo del señor. No estaban solos. Otros siete niños acompañados por uno o por los dos padres ya se habían reunido en el patio del castillo. Y llegaron otros tres. Familias pobres, los niños vestidos con lo mejor que tenían.

»Pasaron todo el día esperando en el patio. Al anochecer salió un hombre del castillo y dijo que ya podían entrar...

Eli escuchó la respiración de la mujer, lenta y profunda. Estaba dormida. Su aliento calentaba las rodillas de la muchacha. Justo debajo de la oreja, Eli pudo verle el pulso marcado bajo su piel flácida y arrugada.

El gato se había callado.

En la tele pasaban ahora la lista de créditos del programa de naturaleza. Eli puso el dedo índice sobre la arteria carótida de la mujer, sintió su corazón palpitante bajo la yema del dedo.

La niña se echó hacia atrás y movió con cuidado la cabeza de la mujer de manera que descansara sobre sus rodillas. El fuerte aroma del queso roquefort mitigaba todos los demás olores. Eli cogió una manta del respaldo del sofá y tapó con ella los quesos.

Un débil gemido: la respiración de la mujer. Eli agachó la cabeza con la nariz apretada contra la arteria visible. Jabón, sudor, olor a piel vieja... ese olor a hospital... y algo más, que era el olor propio de la mujer. Y debajo, a través de todo ello, la sangre.

La mujer se rascó cuando la nariz de Eli le rozó el cuello; intentó moverse, pero la muchacha la agarró firmemente por el pecho con un brazo y con el otro mantuvo fija su cabeza. Abrió la boca tanto como le fue posible y la puso sobre el cuello que sujetaba hasta que la lengua hizo presión contra la arteria y mordió. Cerró las mandíbulas.

La mujer pataleó como si hubiera recibido una descarga. El cuerpo se descontroló y los pies golpearon contra el reposabrazos con tanta fuerza que se desplazó y quedó con la espalda en las rodillas de Eli.

La sangre salía a borbotones de la arteria abierta salpicando la piel marrón del sofá. Gritaba y agitaba las manos, tiró la manta de la mesa. Un tufo a queso mohoso llenó los orificios nasales de Eli cuando ésta se echó a lo largo sobre la mujer y, apretando la boca contra su cuello, bebió a grandes sorbos. Los gritos reventaban los

oídos de Eli y tuvo que soltarle un brazo para poder ponerle una mano en la boca.

Los chillidos quedaron ahogados, pero la mano libre de la mujer se movía sobre la mesa del sofá, agarró el mando a distancia y golpeó la cabeza de Eli. Los trozos de plástico se esparcieron al tiempo que el sonido de la tele se puso en marcha.

La sintonía de *Dallas* flotó por el cuarto y Eli despegó su cabeza del cuello de la mujer.

La sangre sabía a medicina. Morfina.

La mujer miraba a Eli con los ojos muy abiertos. Entonces la muchacha apreció otro sabor más, un sabor a podrido que se deslizaba junto con el olor al queso mohoso.

Cáncer. Tenía cáncer.

El estómago se le revolvió del asco y tuvo que soltarla y sentarse en el sofá para no vomitar.

La cámara sobrevolaba Southfork mientras la música se acercaba a su crescendo. La mujer había dejado de gritar, permanecía tendida boca arriba mientras la sangre salía de ella cada vez con menos fuerza, corría en hilillos hacia abajo, hacia los cojines del sofá. Sus ojos estaban humedecidos, ausentes cuando buscaban los de Eli y decía:

—Por favor, por favor...

Eli, tragándose un amago de vómito, se inclinó sobre ella.

—¿Perdón?

—Por favor...

—Sí. ¿Qué quieres que haga?

—Por favor... por favor...

Después de un momento los ojos de la mujer cambiaron, se pusieron rígidos. Se volvieron ciegos. Eli le cerró los párpados. Se volvieron a abrir. Eli cogió la manta del suelo y se la puso sobre la cara, se sentó en el sofá.

La sangre servía como alimento aunque sabía mal, pero la morfina...

En la pantalla del televisor, un rascacielos de espejos. Un hombre con traje y sombrero de vaquero salía de su coche, frente al rascacielos. Eli intentó levantarse del sofá. No podía. El rascacielos empezó a inclinarse, a girar. Los espejos reflejaban las nubes que se deslizaban por el cielo a cámara lenta, recreando formas de animales, plantas.

Eli se echó a reír cuando el hombre con el sombrero de vaquero se sentó tras la mesa de un escritorio y empezó a hablar en inglés. Eli entendía lo que estaba diciendo, pero no tenía sentido. Todo el cuarto había empezado a inclinarse tanto que era raro que la tele no se hubiera caído rodando. La voz del vaquero le retumbaba en la cabeza. Buscó el mando a distancia, pero estaba hecho pedazos sobre la mesa y el suelo.

Tenía que hacer callar al vaquero.

Se deslizó del sofá y, gateando, llegó frente al televisor con la morfina dándole

vueltas en el cuerpo; se rio de las figuras que se descomponían en colores, sólo colores. No podía más. Cayó de bruces delante del televisor con los colores chisporroteándole en los ojos.

Algunos niños se deslizaban todavía con sus trineos por la cuesta que había entre la calle Björnsonsgatan y el pequeño campo junto al camino del parque. La cuesta de la muerte, como por alguna razón la llamaban. Tres sombras se pusieron en marcha al mismo tiempo desde la cima y se oyó bien alto una palabrota cuando una de ellas se salió al bosque; risas de los otros que seguían cuesta abajo, salieron volando en un bache y aterrizaron con golpes y tintineos sordos.

Lacke se detuvo, miraba al suelo. Virginia intentaba con cuidado llevarlo consigo.

—Venga, vamos ya, Lacke.

—Es tan jodidamente duro.

—No puedo contigo, ya lo sabes.

Una mueca que podía haber sido una sonrisa acabó en tos. Lacke retiró la mano del hombro de Virginia, quedándose con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y la cabeza vuelta hacia la cuesta.

—Joder, ahí están los jóvenes tirándose con sus trineos, y allí... —hizo un gesto vago hacia el puente, al final de la colina de la que era parte la cuesta—, ahí mataron a Jocke.

—No pienses más en eso ahora.

—¿Cómo voy a dejarlo? A lo mejor fue uno de esos jóvenes quien lo hizo.

—No lo creo.

Ella le cogió el brazo para ponerlo alrededor de sus hombros de nuevo, pero Lacke lo retiró.

—No, puedo andar.

Lacke caminó a pulso a lo largo del camino del parque. La nieve crujía bajo sus pies. Virginia permanecía parada mirándole. Ahí iba él, el hombre al que amaba y con el que no podía vivir.

Lo había intentado.

Durante una temporada, hacía ya ocho años, justo cuando la hija de Virginia se había ido de la casa materna, Lacke se había mudado a vivir con ella. Virginia trabajaba entonces, igual que ahora, en una tienda de la cadena de supermercados ICA, en la calle Arvid Mörnes, encima del parque China. Vivía en un apartamento de un dormitorio, cuarto de estar y cocina en Arvid Mörnes, a sólo tres minutos del trabajo.

Durante los cuatro meses que vivieron juntos, Virginia no consiguió averiguar lo que Lacke *hacía* realmente. Sabía algo de electricidad: montó un regulador en la lámpara del cuarto de estar. Sabía algo de cocina: la sorprendió un par de veces con platos fantásticos a base de pescado. Pero ¿qué *hacía*?

Estaba en el apartamento, salía de paseo, hablaba con gente, leía bastantes libros y periódicos. Eso era todo. Para Virginia, que había trabajado desde que terminó la escuela, aquélla era una manera incomprensible de vivir. Le había preguntado:

—Bueno, Lacke, no quiero decir que... Pero tú en realidad ¿qué *haces*? ¿De dónde sacas el dinero?

—No tengo dinero.

—*Algo* de dinero tendrás.

—Esto es Suecia. Cógete una silla y ponla en la acera. Siéntate en la silla y espera. Si esperas suficiente llegará alguien a darte dinero. O a hacerse cargo de ti de alguna manera.

—¿Es así como me ves a mí?

—Virginia. Cuando digas «Lacke, vete de aquí», me iré.

Pasó un mes antes de que se lo dijera. Entonces él apretujó su ropa en un bolso, sus libros en otro, y se fue. Después no volvió a verlo en medio año. Fue durante esa temporada cuando ella empezó a beber más, sola.

Cuando vio de nuevo a Lacke, éste había cambiado. Más triste. Durante aquel medio año había vivido con su padre, que se consumía lentamente de cáncer en una casa en Småland. Cuando su padre murió, Lacke y su hermana heredaron la casa, la vendieron y se repartieron el dinero. La parte de Lacke había sido suficiente para un piso de cooperativa con bajas cuotas mensuales en Blackeberg, y había vuelto para quedarse.

En los años siguientes se encontraron cada vez más a menudo en el chino, adonde Virginia había empezado a ir una noche sí y otra también. A veces volvían a casa juntos, se amaban en silencio y, mediante un pacto silencioso, Lacke ya se había ido cuando ella volvía a casa del trabajo al día siguiente. Vivía cada uno en su casa en condiciones máximas de libertad; a veces pasaban un par de meses o tres sin compartir cama y eso les iba a los dos estupendamente, y así estaban las cosas ahora.

Pasaron por delante del supermercado ICA con sus anuncios de carne picada barata y su «Come, bebe y sé feliz». Lacke se detuvo a esperarla. Cuando llegó a su altura, tendió un brazo hacia ella. Virginia enlazó su brazo con el de él. Lacke asintió con la cabeza en dirección a la tienda.

—¿Y el trabajo?

—Lo normal —Virginia se paró y señaló el cartel—: Lo he hecho yo. Un cartel en el que ponía:

TOMATE TRITURADO. TRES BOTES, 5 CORONAS.

—Bonito.

—¿Te parece?

—Sí. A uno le entran muchas ganas de comer tomate triturado.

Ella le dio un empujón con cuidado. Sintió las costillas de Lacke contra su codo.

—Al menos te acuerdas de cómo sabe la comida, ¿eh?

—No tienes que...

—No, pero lo voy a hacer de todas formas.

—Eeeeli... Eeeeliii...

La voz de la tele era conocida. Eli intentó alejarse de ella, pero el cuerpo no le obedecía. Sólo las manos se deslizaron a cámara lenta por el suelo, buscando algo a lo que agarrarse. Encontraron un cable. Lo agarró fuerte con la mano como si se tratara de una cuerda de salvamento para salir del túnel en cuyo extremo estaba la tele hablándole.

—Eli... ¿dónde estás?

La cabeza le pesaba demasiado como para levantarla del suelo; lo único que consiguió fue levantar la vista hacia la pantalla, y lógicamente era... Él.

Sobre los hombros de la bata de seda caían mechadas claras de la peluca rubia hecha de pelo natural que hacía que la cara femenina pareciera aún más pequeña de lo que era. Los labios delgados y apretados dibujaban una sonrisa de pintalabios, brillaban como un tajo de cuchillo en el rostro pálido empolvado.

Eli consiguió levantar un poco la cabeza y vio toda su cara. Los ojos azules, puerilmente grandes, y por encima de los ojos... el aire que salía de los pulmones a sacudidas, la cabeza sin fuerzas tendida en el suelo de tal manera que le crujía el tabique nasal. Divertido. Él tenía en la cabeza un sombrero de vaquero.

—Eeeliii...

Otras voces. Voces de niños. Eli levantó la cabeza de nuevo, temblando como un recién nacido. De su nariz salían gotas de la sangre enferma y le entraron en la boca. El hombre había extendido los brazos en un gesto de bienvenida, enseñando el forro rojo de la bata. El forro se movía, era un hervidero lleno de labios. Cientos de labios de niños que se retorcían haciendo muecas, susurrando su historia, la historia de Eli.

—Eli... vuelve a casa...

Eli sollozó, cerró los ojos. Esperando la mano fría en la nuca. No ocurrió nada. Los abrió de nuevo. La imagen había cambiado. Ahora mostraba una larga fila de niños mal vestidos que caminaban sobre una gran llanura nevada, andando torpemente en dirección a un castillo de hielo, lejos, en el horizonte.

No está pasando.

Eli escupió la sangre de la boca, contra la tele. Unas manchas rojas acabaron con la blanca nieve, cayeron sobre el castillo de hielo.

Eso no existe.

Eli se agarró a la cuerda de salvamento intentando salir del túnel. Se oyó un sonido cuando el enchufe se soltó de la toma y el televisor se oscureció. Manchas espesas de sangre mezclada con saliva resbalaban cruzando la negra pantalla, goteando al suelo. Eli se sujetó la cabeza con las manos y desapareció en un remolino

de color rojo oscuro.

Virginia preparó un guiso rápido con unos trozos de carne, cebolla y tomate triturado mientras Lacke se duchaba. Cuando la carne estaba lista fue al cuarto de baño. Él estaba sentado en la bañera con la cabeza colgando y con la boquilla de la ducha apoyada en la nuca. Las vértebras parecían una sucesión de pelotas de ping-pong bajo la piel.

—¿Lacke? La comida está lista.

—Bien. Bien. ¿Llevo aquí mucho tiempo?

—No. Pero acaban de llamar del servicio de distribución de agua diciendo que las reservas están a punto de acabarse.

—¿Qué?

—Venga, vamos —descolgó su albornoz del colgador y se lo alcanzó. Él se levantó de la bañera agarrándose con las dos manos a los bordes. Virginia se asustó al ver lo escuálido que tenía el cuerpo. Lacke lo notó y dijo:

—Entonces emergió de las aguas, como un dios, digno de ser contemplado.

Después comieron, compartieron una botella de vino. Lacke no pudo comer mucho, pero lo hizo de todos modos. Compartieron otra botella en el cuarto de estar, luego se fueron a la cama. Estuvieron un rato acostados el uno al lado del otro, mirándose a los ojos.

—He dejado de tomar la píldora.

—Bueno. No tenemos que...

—No, pero ya no la necesito. Adiós a la regla.

Lacke asintió. Se quedó pensando. Le acarició la mejilla.

—¿Estás triste?

Virginia sonrió.

—Creo que eres el único hombre que conozco que haría una pregunta así. Sí, un poco. Es como si... lo que hace que sea una mujer, pues que ya no lo tengo.

—Mmm. Para mí es más que suficiente.

—¿Seguro?

—Sí.

—Ven entonces.

Él le hizo caso.

Gunnar Holmberg arrastró los pies en la nieve para no dejar huellas que pudieran dificultar la tarea a los técnicos de la brigada criminal y se puso a observar las huellas que se alejaban de la casa. La luz del fuego hacía que la nieve resplandeciera de color rojo amarillento y el calor era lo bastante intenso como para que se le formaran gotas de sudor en el nacimiento del pelo.

Holmberg había aguantado mucho cachondeo por su quizá ingenua confianza en la bondad esencial de los jóvenes. Eso era lo que intentaba alentar con sus continuas visitas a las escuelas, con sus muchas y largas conversaciones con los muchachos que tenían problemas en la sociedad, y era eso lo que le hacía sentirse tan mal al ver lo que tenía ante sus pies.

Las huellas que había en la nieve eran de zapatos pequeños. Ni siquiera de lo que se podría llamar un «joven»; no, eran huellas de zapatos de niño. Marcas pequeñas y nítidas con una increíble distancia entre los pasos. Alguien había corrido. Rápido.

Con el rabillo del ojo vio al aspirante Larsson acercándose.

—Arrastra los pies, ¡joder!

—¡Huy!, *sorry*.

Larsson se acercó arrastrando los pies y se colocó al lado de Holmberg. El aspirante tenía los ojos grandes y saltones con una expresión constante de asombro que ahora dirigía hacia las huellas que había en la nieve.

—Joder.

—Yo mismo no habría podido decirlo mejor. Es un niño.

—Sí, pero... esto es puro... —Larsson siguió las huellas con la vista un tramo más allá—, puro triple salto.

—Largo entre las pisadas, sí.

—Más que largo, esto es... esto es una locura. Lo largo que es.

—¿Qué quieres decir?

—Que soy corredor. No podría correr de esta manera. Más que... dos pasos. Y esto es todo el camino.

Staffan llegó corriendo entre los chalés, se abrió camino entre los grupos de curiosos que se habían reunido alrededor de la parcela y se acercó al grupo del centro, que en ese momento estaba vigilando al personal de la ambulancia que justo entonces introducía el cadáver de una mujer, cubierto con una tela azul, en una ambulancia.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Holmberg.

—Nada... salió por... la calle Bällstavägen y luego... no se podía... seguir más... los coches... habrá que poner... a los perros en ello.

Holmberg asintió, atento a la conversación que se desarrollaba justo al lado. Un vecino que había sido testigo de una parte de los hechos estaba contando sus impresiones a un policía de la brigada criminal.

—Primero pensé que se trataba de fuegos artificiales o algo así, ¿no? Luego vi las manos... que eran manos que se movían. Y ella salió hasta aquí... por la ventana... ella salió...

—¿Así que la ventana estaba abierta?

—Sí, abierta. Y ella salió por la... y entonces ardió la casa, ¿no? Eso es lo que vi entonces. Que ardía detrás de ella... y salió... joder. Estaba ardiendo, entera. Y entonces salió andando de la casa...

—Perdón. ¿Andando? ¿No iba corriendo?

—No. Eso era lo más raro... iba andando. Agitaba las manos así como para... no sé. Y entonces se paró, ¿entiendes? Se paró. Ardía así, toda ella. Se paró así. Y miró alrededor. Como que... absolutamente tranquila. Y entonces echó a andar de nuevo. Y entonces fue como que... se acabó, ¿entiendes? Nada de pánico o así, ella... sí, joder... no gritaba. Ni un ruido. Sólo... se derrumbó así. De rodillas. Y entonces... plaf. Cayó en la nieve.

»Y entonces fue como si... no sé... fue todo muy raro. Entonces tuve yo como... entré dentro corriendo y busqué una manta, dos mantas y salí pitando y... la apagué. La hostia, o sea... cuando estaba allí tendida, eso era... no, joder.

El hombre se llevó las manos llenas de tizne a la cara, lloró agachado. El agente de la brigada de investigación criminal le puso una mano sobre los hombros.

—Tal vez podamos tomar un informe más detallado de los hechos mañana. ¿Pero no viste a nadie más abandonar la casa?

El hombre meneó la cabeza y el de criminalística hizo una anotación en su libreta.

—Lo dicho. Mañana me pondré en contacto contigo. ¿Quieres que le pida al personal sanitario que te den algún tranquilizante, algo que te deje dormir, antes de que se vayan?

El hombre se frotó las lágrimas de los ojos. Las manos le dejaron marcas húmedas de tizne en las mejillas.

—No. Eso es... yo tengo, en todo caso.

Gunnar Holmberg volvió la mirada hacia la casa incendiada. Los esfuerzos de los bomberos habían dado resultado y ya apenas se veían llamas. Sólo una nube enorme de humo que se elevaba hacia el cielo nocturno.

Mientras Virginia abría sus brazos a Lacke, mientras el técnico de la brigada de investigación criminal hacía moldes de las huellas encontradas en la nieve, Oskar estaba al lado de la ventana mirando hacia fuera. La nieve había cubierto con un manto blanco los setos bajo la placa de chapa de su ventana y formaba una pendiente blanca tan densa y seguida que uno creería que podía deslizarse por ella. Eli no había venido esta tarde.

Oskar había estado de pie caminando, dando vueltas, columpiándose, congelándose en el parque entre las siete y media y las nueve. Eli no había aparecido. A las nueve había visto a su madre mirando por la ventana y había entrado, lleno de malos presentimientos. *Dallas* y leche con cacao y bollos y su madre preguntando y a punto estuvo él de hablar, pero no lo hizo.

Ya eran las doce pasadas y estaba al lado de la ventana con el alma en un puño. Dejó la ventana entreabierta, respirando el aire frío de la noche. ¿Era realmente sólo por ella por lo que había decidido empezar a defenderse? ¿No se trataba de sí mismo? Sí.

Pero por ella.

Por desgracia así era. Si el lunes se metían con él no tendría ánimo, ni fuerzas, ni ganas de resistir. Lo sabía. No iría a ese entrenamiento el jueves. No había motivo.

Dejó la ventana un poco abierta con la vaga esperanza de que ella volviera aquella noche. Lo llamara. Si podía salir en mitad de la noche, también podría volver en mitad de la noche.

Oskar se desvistió y se acostó. Dio unos toquitos en la pared. Sin respuesta. Se echó el edredón por encima de la cabeza y se puso de rodillas en la cama. Entrelazó las manos y, apoyando sobre ellas la frente, susurró:

—Por favor, Dios bueno. Deja que ella vuelva. Te doy lo que quieras. Todos mis cómics, todos mis libros, todas mis cosas. Lo que quieras. Pero haz que ella vuelva. A mí. Por favor, Dios, por favor.

Siguió acostado, encogido debajo del edredón, hasta que sintió tanto calor que empezó a sudar. Luego sacó de nuevo la cabeza, apoyándola en la almohada. Se puso en posición fetal. Cerró los ojos. Imágenes de Eli, de Jonny y Micke, Tomas. Su madre. Su padre. Durante un largo rato permaneció acostado haciendo pasar las imágenes que quería ver; después éstas empezaron a vivir su propia vida mientras él se deslizaba en el sueño.

Eli y él estaban sentados en un columpio que se impulsaba cada vez más alto. Más y más alto hasta que se soltó de las cadenas, volando hacia el cielo. Ellos se sujetaban bien fuerte en los bordes del columpio, con las rodillas apretadas unas contra otras, y Eli le dijo en voz baja:

—Oskar. Oskar...

Abrió los ojos. El globo terráqueo estaba apagado y la luz de la luna volvía todas las cosas de color azul. Gene Simmons lo miraba desde la pared de enfrente, sacándole su larga lengua. Se acurrucó, cerró los ojos. Entonces volvió a oír el susurro.

—Oskar...

Venía de la ventana. Abrió los ojos, miró hacia allí. Al otro lado vio el contorno de una cabeza pequeña. Se quitó el edredón, pero antes de que tuviera tiempo de salir de la cama, Eli susurró:

—Espera. Quédate en la cama. ¿Puedo entrar?

Oskar susurró:

—Sííí...

—Di que puedo entrar.

—Puedes entrar.

—Cierra los ojos.

Oskar cerró los ojos. La ventana se dio la vuelta hacia arriba; una corriente fría recorrió la habitación. La ventana se cerró con cuidado. Oyó cómo respiraba Eli, susurró:

—¿Puedo mirar?

—Espera.

Sonó el sofá cama de la otra habitación. Su madre se levantó. Oskar tenía aún los ojos cerrados cuando tiraron del edredón y un cuerpo frío y desnudo se metió en la cama detrás de él, tapó con el edredón a los dos y se acurrucó a su espalda.

La puerta de su habitación se abrió.

—¿Oskar?

—¿Mmm?

—¿Eres tú el que habla?

—No.

Su madre se quedó en el vano de la puerta escuchando. Eli permaneció totalmente quieta a sus espaldas, apoyando la frente entre sus omoplatos. Su aliento cálido descendió por sus riñones.

Su madre meneó la cabeza.

—Tienen que ser esos vecinos. —Escuchó un momento más, después dijo—: Buenas noches, corazón —y cerró la puerta. Oskar estaba solo con Eli. A sus espaldas oyó un susurró.

—¿Esos vecinos?

—¡Chist!

Otro crujido cuando su madre se acostó de nuevo en el sofá cama. Oskar miró hacia la ventana. Estaba cerrada.

Una mano fría se deslizaba sobre su cintura, se puso sobre su pecho, sobre su corazón. Él la apretó entre sus dos manos, la calentó. La otra hurgó bajo su axila, subiendo por su pecho y colocándose entre sus manos. Eli giró la cabeza y puso la mejilla sobre su espalda.

Un olor nuevo había llegado a la habitación. Un suave olor como el del depósito de la moto de su padre cuando acababan de llenarlo. Gasolina. Oskar inclinó la cabeza, olió las manos de ella. Sí. Eran las que olían.

Estuvieron así un buen rato. Cuando Oskar dedujo por la respiración que su madre se había dormido en la habitación de al lado, cuando el montón de manos ya estaban calientes y empezaba sudarle el pecho, dijo en voz baja:

—¿Dónde has ido?

—A buscar comida.

Los labios de ella le hacían cosquillas en el hombro. Eli retiró sus manos, se volvió de espaldas. Oskar se quedó un momento como estaba mirando a Gene Simmons a los ojos. Después se puso boca abajo. Se imaginó que las pequeñas figuras del papel pintado que Eli tenía detrás de la cabeza la observaban llenas de curiosidad. La muchacha tenía los ojos abiertos, de color negro azulado a la luz de la luna. A Oskar se le puso la piel de gallina en los brazos.

—¿Y tu padre?

—Ha desaparecido.

—¿*Ha desaparecido*? —Oskar alzó la voz sin querer.

—¡Chist! Eso no tiene importancia.

—Pero... cómo... él ha...

—Eso no tiene importancia.

Oskar asintió mostrando que no iba a seguir preguntando, Eli se puso las manos bajo la cabeza mirando al techo.

—Me sentía sola. Por eso he venido. ¿Podía hacerlo?

—Sí. Pero... es que no llevas ropa.

—Perdón. ¿Te da asco?

—No. Pero ¿no tienes frío?

—No. No.

Los mechones blancos habían desaparecido de su pelo. Sí, sobre todo parecía más sana que cuando se encontraron el día anterior. Tenía las mejillas más redondeadas, los hoyuelos de la risa aparecieron cuando Oskar, en broma, le preguntó:

—¿No pasarías así por delante del kiosco del Amante?

Eli se echó a reír, después se puso muy seria y dijo con voz de fantasma:

—Sí. ¿Y sabes qué? Él asomó la cabeza y dijo: «Veeeen... Veeeen... Tengo golosiiiiinas... y pláaaatanos...».

Oskar hundió la cara en la almohada, Eli se volvió hacia él, le susurró al oído:

—Veeen... ratoones...

Oskar gritó:

—¡No! ¡No! —con la cabeza debajo de la almohada. Siguieron así un rato. Luego Eli miró los libros de la estantería y Oskar le contó un resumen de su favorito: *La niebla*, de James Herbert. La espalda de Eli relucía blanca como un gran folio en la oscuridad, acostada como estaba boca abajo mirando la estantería.

Él tenía la mano tan cerca de ella que podía sentir su calor. Después encogió los dedos y recorrió con ellos la espalda de ella, susurrando:

—Kili, kili, viene la cabra. ¿Cuántos cuernos tiene?

—Mmm. ¿Ocho?

—Has dicho ocho y eran ocho, kili, kili.

Luego Eli se lo hizo a él, pero Oskar no era tan bueno como ella adivinándolo. Sin embargo a piedra, papel, tijera ganó él con diferencia. Siete-tres. Lo hicieron una vez más. Entonces ganó él nueve-uno. Eli se enfadó un poco.

—¿Sabes lo que voy a pedir?

—Sí.

—¿Cómo?

—Lo sé, nada más. Es siempre así. Me viene la imagen.

—Otra vez. Ahora no voy a pensar. Sólo pedir.

—Inténtalo.

Pasó lo mismo. Oskar ganó ocho-dos. Eli se hizo la enfadada, volviéndose hacia la pared.

—Ya no juego más contigo. Haces trampa.

Oskar observaba el cuadrado blanco de su espalda. ¿Se atrevería? Sí, ahora que

ella no lo miraba, sí que se atrevía.

—Eli, ¿tengo alguna posibilidad contigo?

Ella se dio la vuelta, se subió el edredón hasta la barbilla.

—¿Qué quiere decir eso?

Oskar fijó la mirada en los lomos de los libros que tenía delante de él, encogiéndose de hombros.

—Que... que si quieres que salgamos juntos, y eso.

—¿Cómo juntos?

Su voz sonaba recelosa, dura. Oskar se apresuró a decir:

—A lo mejor tú ya tienes un chico en la escuela.

—No, pero... Oskar, yo no puedo... No soy una chica.

Oskar se rió.

—¿Qué dices? ¿Eres un *chico*, o...?

—No. No.

—¿Entonces qué eres?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No soy nada. Ni un niño. Ni un viejo. Ni un chico. Ni una chica. Nada.

Oskar pasó el dedo sobre el lomo del libro *Las ratas*, apretando los labios, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿tengo alguna posibilidad contigo o no?

—Oskar, me gustaría mucho, pero... ¿no podemos estar juntos así como estamos?

—... Sí.

—¿Estás triste? Podemos besarnos, si quieres.

—No.

—¿No quieres?

—No, no quiero.

Eli arrugó el entrecejo.

—¿Hace uno algo especial con quien tiene una posibilidad?

—No.

—¿No es más que... lo normal?

—Sí.

Eli se puso muy contenta, entrelazó las manos sobre el estómago y miró a Oskar.

—Entonces tienes una posibilidad conmigo. Entonces salimos juntos.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bien.

Con una alegría serena Oskar siguió mirando los lomos de los libros. Eli estaba quieta, esperando. Después de un rato, dijo:

—¿No hay nada más?

—No.

—¿No podremos estar acostados como antes?

Oskar se dio la vuelta de espaldas a ella. Eli le rodeó con los brazos y él le cogió las manos entre las suyas. Estuvieron así hasta que Oskar empezó a tener sueño. Le escocían los ojos y era difícil mantener los párpados abiertos. Antes de quedarse dormido dijo:

—¿Eli?

—¿Mmm?

—Has hecho bien en venir.

—Sí.

—¿Por qué... hueles a gasolina?

Las manos de Eli apretaron con fuerza sus manos, su corazón. Abrazándolo. La habitación se hizo más grande alrededor de Oskar, las paredes y el techo se ablandaron, el suelo desapareció y, cuando sintió cómo la cama se deslizaba libremente en el aire, comprendió que se había dormido.

Sábado 31 de Octubre

*Se apagaron las luces de la noche
y el alegre día despunta en las cimas brumosas.
He de irme y vivir, o quedarme y morir.*

William Shakespeare,
Romeo y Julieta III. v
(Traducción de Ángel Luis Pujante)

Gris. Todo era confusamente gris. La mirada no se quería centrar, era como si estuviera acostado en una nube. ¿Acostado? Sí, estaba acostado. Sentía la presión en la espalda, en el culo, en los talones. Un ruido silbante a su izquierda. El gas. El gas estaba abierto. No. Ahora lo cerraban. Lo ponían de nuevo. Algo ocurría en su pecho al ritmo del silbido. Se llenaba, se vaciaba al ritmo del ruido.

¿Estaba todavía en la piscina? ¿Estaba él conectado al gas? ¿Cómo podía estar despierto en ese caso? ¿Estaba despierto?

Hâkan intentó parpadear. No pasó nada. Casi nada. Algo se desprendió delante de su ojo y ensombreció la vista aún más. Su otro ojo no existía. Intentó abrir la boca. La boca no existía. Evocó la imagen de su boca como la había visto en los espejos, en su cabeza, intentó... pero no había. Nada que respondiera a sus órdenes. Como intentar insuflar conciencia a una piedra para hacer que se mueva. No había contacto.

Una sensación fuerte de calor en toda la cara. Una flecha de terror le recorrió el cuerpo. La cabeza estaba metida dentro de algo caliente, solidificado. Cera. Un aparato controlaba su respiración puesto que su cara estaba cubierta de cera.

Buscó con el pensamiento su mano derecha. Sí. Estaba ahí. La abrió, la cerró, sintió las yemas de los dedos contra la palma. El tacto. Suspiró aliviado; se imaginó un suspiro de alivio porque su pecho se movía al ritmo de la máquina, no al suyo.

Levantó la mano despacio. Le tiraba el pecho, el hombro. La mano apareció en su campo visual, un bulto borroso. La dirigió a la cara, se detuvo. Un pitido suave a su derecha. Volvió la cabeza despacio y notó que algo duro le rozaba la barbilla. Llevó la mano hacia aquello.

Una cánula de metal fija en su cuello. Desde la cánula salía un tubo. Siguió el tubo todo lo que pudo hasta una pieza metálica y estriada donde acababa. Entendió. Ésa era la que había que desconectar cuando quisiera morir. Se lo habían dejado preparado. Puso los dedos en la junta de conexión del tubo.

Eli. Piscina. Chico. Ácido clorhídrico.

Los recuerdos terminaban cuando desenroscaba la tapa del tarro de confitura. Seguro que se lo había echado encima. Siguiendo su plan. Lo único que había fallado

era que aún estaba vivo. Había visto imágenes. Mujeres a las que sus maridos celosos habían vertido ácido en la cara. No quería tocársela, menos aún verla.

Aumentó la presión del tubo. No cedía. Enroscado. Intentó girar la parte metálica y dio resultado. Siguió desenroscando. Buscó su otra mano, sólo sintió una bola punzante de dolor allí donde debería estar. En las yemas de los dedos de su mano viva sintió entonces una presión suave y oscilante. El aire empezaba a salirse por la junta, el silbido cambió, se volvió más débil.

La luz de color gris a su alrededor se mezcló con intermitencias de color rojo. Intentó cerrar su único ojo. Pensó en Sócrates y la cicuta. Por haber corrompido a los jóvenes atenienses. No olvides llevar un gallo a... ¿cómo se llamaba? ¿Arquimandro? No...

Se oyó un ruido absorbente cuando se abrió la puerta y una figura blanca se movió hacia él. Sintió unos dedos que forzaron los suyos apartándolos de la junta de conexión. Una voz de mujer.

—¿Qué haces?

Asclepios. Ofrecerle un gallo a Asclepios.

—¡Suelta!

Un gallo. Para Asclepios. El dios de la medicina.

Un escape silbante cuando apartaron sus dedos y el tubo fue enroscado otra vez en su sitio.

—Tendremos que ponerte un vigilante.

Ofréceselo y no lo olvides.

Cuando Oskar se despertó, Eli ya no estaba. Permanecía tendido con la cabeza vuelta hacia la pared, sentía frío en la espalda. Se incorporó apoyándose en el codo, recorrió la habitación con la vista. La ventana estaba entreabierta. Tiene que haber salido por ahí.

Desnuda.

Se dio una vuelta en la cama, apretó la cara contra el sitio donde ella había dormido, olió. Pasó la nariz una y otra vez por la sábana, intentando hallar algún vestigio de su presencia, pero nada. Ni siquiera el olor a gasolina.

¿Había ocurrido realmente? Se puso boca abajo...

Sí.

Estuvieron allí. Los dedos de ella en su espalda. El recuerdo de los dedos de ella en su espalda. Kili, kili. Su madre había jugado a eso con él cuando era pequeño. Pero esto había ocurrido ahora. Hacía un poco. El vello de los brazos y de la nuca se le erizó.

Se levantó de la cama, empezó a vestirse. Cuando tenía puestos los pantalones se acercó a la ventana. Había dejado de nevar. Cuatro grados bajo cero. Bien. Si la nieve hubiera empezado a fundirse habría estado todo demasiado encharcado para poder

dejar en el suelo, fuera de los portales, las bolsas de papel con los anuncios. Se imaginó cómo sería descolgarse desnudo por la ventana con cuatro bajo cero, bajar entre los setos cubiertos de nieve y...

No.

Se inclinó hacia delante, parpadeó. La nieve del seto estaba intacta.

Ayer por la noche había estado observando aquella pendiente perfecta de nieve que bajaba hasta el camino. Ahora estaba exactamente igual. Abrió más la ventana, sacó la cabeza. Los setos llegaban justo hasta la pared de debajo, el manto de nieve también. No había huellas.

Oskar miró hacia la derecha, a lo largo de la pared revocada. A tres metros estaba la ventana de Eli.

El aire frío arañaba el pecho desnudo de Oskar. Tenía que haber nevado durante la noche, después de que ella se hubiera ido. Era la única explicación. Pero otra cosa... ahora que lo pensaba: ¿cómo había llegado arriba, hasta la ventana? ¿Habría trepado por los setos?

Pero entonces el manto de nieve no podía estar tan intacto. No había nevado después de que él se acostara. Ella no tenía el cuerpo ni el cabello mojado cuando llegó, por tanto, no estaba nevando. ¿Cuándo se fue?

Desde que ella se fue hasta ahora tiene que haber nevado lo suficiente como para cubrir todas las huellas de...

Oskar cerró la ventana y siguió vistiéndose. Era incomprensible. Empezó a pensar de nuevo que había sido un sueño, todo. Luego vio la nota. Estaba doblada debajo del reloj en su escritorio. La cogió y la desdobló:

DEJA ENTRAR EL DÍA, LA LUZ, Y SUELTA MI VIDA.

Un corazón y:

NOS VEMOS ESTA TARDE.

ELI.

Leyó la nota cinco veces. Luego pensó en ella mientras la escribía de pie al lado del escritorio. Gene Simmons estaba en la pared medio metro detrás, sacando la lengua.

Se inclinó sobre el escritorio y quitó el póster de la pared, hizo con él un rebusco y lo tiró en la papelera.

Entonces leyó la pequeña nota otras tres veces más, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Continuó vistiéndose. Hoy podía haber cinco papeles en cada paquete, si quería. Iría sobre ruedas.

La habitación olía a humo y las partículas de polvo bailaban en los rayos de sol que se filtraban entre las persianas. Lacke acababa de despertarse, estaba tendido boca arriba en la cama, tosiendo. Las moléculas de polvo representaban un curioso baile ante él. Tos de fumador. Se dio media vuelta en la cama, cogió el encendedor y el paquete de tabaco que estaban sobre la mesilla de noche, al lado de un cenicero repleto.

Sacó un cigarrillo Camel *light*. Virginia había empezado a preocuparse por su salud a la vejez; lo encendió, se puso de nuevo boca arriba con un brazo bajo la cabeza, fumando y pensando.

Virginia se había ido al trabajo un par de horas antes, probablemente bastante cansada. Se habían quedado mucho tiempo despiertos después de hacer el amor, hablando y fumando. Eran ya las dos cuando ella apagó el último cigarro y dijo que ya era hora de dormir. Lacke se había levantado sigilosamente después de un rato, se había bebido lo que quedaba de la botella de vino y se había fumado un par de cigarrillos más antes de ir a acostarse. Quizá más porque le gustaba aquello: poder acostarse al lado de un cuerpo caliente y dormido.

Era una lástima que no pudiera soportar el tener a alguien encima de él todo el tiempo. De haberlo soportado, sólo podía haber sido Virginia. Además... joder, había oído rumores de cómo lo estaba pasando ahora. Temporadas. Temporadas en las que se emborrachaba totalmente en los bares del centro, metiendo en casa a cualquier cabrón. Ella no quería hablar de ello, pero había envejecido más de lo necesario estos últimos años.

Si él y Virginia pudieran... sí, ¿qué? Vender todo, comprar una casa en el campo, cultivar patatas. Claro, pero no iba a funcionar. Después de un mes estarían los dos bailando la yenka con los nervios del otro, y ella además tenía aquí a su madre, su trabajo, y él, pues tenía... sí... sus sellos.

Nadie lo sabía, ni siquiera su hermana, y él tenía realmente mala conciencia por ello.

La colección de sellos de su padre, que no entró a formar parte de los bienes de la herencia, valía una pequeña fortuna, como se demostró después. Había ido vendiéndola, unos pocos sellos cada vez, cuando necesitaba dinero en efectivo.

Justamente ahora el mercado estaba por los suelos y ya no le quedaban muchos sellos. De todas formas, muy pronto se vería obligado a vender. Quizá debería deshacerse de aquellos más especiales, el de Noruega número uno, e invitar a todos a las cervezas que les había estado gorroneando últimamente. Debería hacerlo.

Dos casas en el campo. Casitas rústicas. Que estuvieran cerca. Una casita rústica no cuesta casi nada. Y la madre de Virginia, ¿qué? Tres casitas. Y, además, Lena, la hija. Cuatro. Por supuesto. Ya puesto, cómprate un pueblo entero.

Virginia sólo era feliz cuando estaba con Lacke, ella misma lo había dicho. Lacke no sabía si aún sería capaz de ser feliz, pero Virginia era la única persona con la que realmente se sentía a gusto. ¿Por qué no iban a poder montárselo de alguna manera?

Lacke se puso el cenicero en la tripa, retiró la ceniza del cigarro y dio una calada.

Era la única persona con la que se sentía a gusto *actualmente*. Desde que Jocke... había desaparecido. Jocke era un tío majo. El único al que consideraba amigo de todos los que se juntaban. Era una putada eso de que su cuerpo hubiera desaparecido. No era lógico. Tenía que haber un entierro. Tiene que haber un cadáver que uno pueda mirar, constatar: sí, sí, ahí yaces, amigo mío. Y muerto estás.

Se le saltaron las lágrimas.

La gente tenía tantos amigos, siempre con la palabra en la boca, amigos por aquí y amigos por allí. Él tenía *uno*, uno sólo, y precisamente a él tenía que arrebatárselo algún gamberro desalmado. ¿Por qué cojones habría matado aquel joven a Jocke?

En el fondo sabía que Gösta no mentía ni se lo inventaba, y Jocke había desaparecido, pero parecía tan sin sentido... La única razón plausible sería algo relacionado con las drogas. Jocke tenía que estar envuelto en algún lío de drogas y había engañado a la persona equivocada. Pero ¿por qué no había *dicho* nada?

Antes de dejar el apartamento vació el cenicero y guardó la botella de vino vacía abajo, en el armario de la cocina. Tuvo que ponerla boca abajo para que cupiera entre todas las demás botellas.

Sí, joder. Dos casitas. Un terrenito con patatas. Barro hasta las rodillas y el canto de la alondra en primavera. Etcétera. Alguna vez.

Se puso la cazadora y salió. Al pasar por delante del supermercado ICA le tiró un beso a Virginia, que estaba en la caja. Ella le sonrió y le sacó la lengua.

De camino a su casa en la calle Ibsengatan se encontró con un joven que arrastraba dos grandes bolsas de papel. Alguien que vivía en su patio, pero Lacke no sabía cómo se llamaba. Le saludó con la cabeza.

—Eso parece pesado.

—No, está bien.

Lacke se quedó mirando al joven que llevaba las bolsas hacia el edificio alto. Parecía tan contento. Así tenía uno que ser. Aceptar su cruz y llevarla con alegría.

Así tenía uno que ser.

Dentro del patio esperaba encontrarse con el tipo que le invitó a whisky en el chino. El hombre solía estar fuera a estas horas, paseando. Caminaba a veces en círculos alrededor del patio. Pero no se le había visto los dos últimos días. Lacke miró de reojo hacia arriba, hacia la ventana cubierta del piso en el que creía que vivía el hombre.

Estará dentro bebiendo, claro. Podría subir y llamar.

Otro día.

Al anochecer, Tommy y su madre bajaron al cementerio. La tumba de su padre estaba justo al lado del dique de contención del pantano de Råcksta, por lo que cogieron la carretera que iba por el bosque. Su madre fue en silencio hasta que llegaron a la calle

Kanaanvägen y Tommy pensó que era porque estaba triste, pero cuando tomaron la carretera pequeña que bordeaba el pantano su madre tosió y dijo:

—Oye, Tommy...

—Sí.

—Staffan dice que ha desaparecido una cosa. En su casa. Cuando nosotros estuvimos allí.

—Sí.

—¿Sabes algo de eso?

Tommy cogió un poco de nieve en la mano, hizo una bola y la tiró contra un árbol. Justo en medio.

—Sí. Está debajo de su balcón.

—Es muy importante para él, puesto que...

—Está entre los setos que hay debajo de su balcón, te estoy diciendo.

—¿Cómo ha llegado allí?

El dique cubierto de nieve alrededor del cementerio estaba frente a ellos. Un suave resplandor rojo iluminaba las copas de los pinos desde abajo. El farol que su madre llevaba en la mano hizo ruido. Tommy le preguntó:

—¿Tienes fuego?

—¿Fuego? Ah, sí. Tengo un encendedor. ¿Cómo llegó...?

—Se me cayó.

A la entrada del cementerio, al lado de la verja, Tommy se detuvo mirando el plano; distintas secciones marcadas con letras. Su padre estaba en la sección D.

Pronto se iban a cumplir los tres años. Tommy tenía imágenes poco claras del entierro, o como se llamara. Eso con el ataúd y un montón de gente llorando y cantando todo el tiempo.

Se acordaba de que llevaba unos zapatos que le quedaban grandes, eran de su padre y le iban bailando en los pies al volver a casa. Le había dado miedo el ataúd, había estado sentado mirándolo fijamente durante todo el entierro, seguro de que su padre se iba a levantar y estar vivo de nuevo, pero... cambiado.

Las dos semanas que siguieron al entierro anduvo dando vueltas como un zombi aterrado. Sobre todo cuando se hacía de noche le parecía ver en las sombras a aquel ser consumido de la cama del hospital, que ya no era su padre, acercándose a él con los brazos abiertos, como en las películas.

El miedo desapareció cuando enterraron la urna. Sólo asistieron su madre, él, un operario y un cura. El operario llevaba la urna delante y caminaba con dignidad, mientras que el cura consolaba a su madre. Fue todo tan ridículo. El pequeño bote de madera con tapa que aquel tipo del mono azul llevaba con las manos extendidas, como si aquello tuviera algo que ver con su *padre*. Era como una gran patraña.

Pero el miedo había desaparecido, y la relación de Tommy con la tumba había cambiado con el tiempo. Ahora bajaba a veces aquí él solo, se sentaba un rato al lado de la lápida y pasaba los dedos sobre las letras esculpidas que formaban el nombre de

su padre. Era por eso por lo que iba. Del bote que había en la tierra ni se ocupaba, pero sí del *nombre*.

La persona desencajada en la cama del hospital, las cenizas del bote, nada de eso era su padre, pero el nombre aludía a la persona que él recordaba, y por eso iba allí a veces y recorría con los dedos los huecos en la piedra que formaban MARTIN SAMUELSSON.

—Oh, qué bonito —dijo su madre.

Tommy contempló el cementerio.

Había pequeñas velas encendidas por todas partes, una ciudad vista desde un avión. Algunas figuras oscuras se movían entre las lápidas. Su madre se dirigió a la tumba de su padre con el farol balanceándose en la mano. Tommy se fijó en su espalda estrecha y de pronto se sintió triste. No por él, ni por su madre, no; por todo. Por todas las personas que andaban por allí entre las luces que temblaban en la nieve. Ellas mismas no eran más que sombras que estaban al lado de las piedras, mirando las piedras, tocando las piedras. Aquello era tan... tonto.

La muerte es la muerte. Punto.

Sin embargo Tommy siguió a su madre, se puso de cuclillas junto a la tumba de su padre mientras ella encendía el farol. No quería tocar las letras cuando su madre estaba allí.

Permanecieron así un rato, mirando cómo la débil llama resaltaba las vetas del mármol, como si se movieran. Tommy no sentía nada aparte de un poco de vergüenza. Él participando en este simulacro. Después de un poco se levantó y empezó a caminar hacia casa.

Su madre le siguió. Demasiado pronto, le pareció. Ella podía quedarse llorando si quería, toda la noche. Llegó a su altura y pasó con cuidado su brazo por debajo del de Tommy. Él lo dejó estar. Caminaron el uno al lado del otro contemplando el pantano de Räcksta que había empezado a helarse. Si el frío continuaba se podría patinar allí en unos días.

Un pensamiento machacaba todo el tiempo la cabeza de Tommy como un terco riff de guitarra.

La muerte es la muerte. La muerte es la muerte. La muerte es la muerte.

Su madre tembló, se apretó contra él.

—Es terrible.

—¿Te parece?

—Sí, Staffan me contó una cosa horrible.

Staffan. ¿Es que no podía ni siquiera ahora dejar de hablar de...?

—Ah, ¿sí?

—¿Has oído lo del incendio en una casa de Ängby? La mujer que...

—Sí.

—Staffan me contó que le habían hecho la autopsia. A mí me parece que eso es tan desagradable. Que hagan esas cosas.

—Sí, sí, claro.

Un pato caminaba por la frágil capa de hielo hacia el agujero que se formaba en el hielo junto a uno de los desagües a un lado del lago. Los pequeños peces que se podían pescar allí en verano olían a desagüe.

—¿De dónde viene ese desagüe? —Preguntó Tommy—. ¿Viene del crematorio?

—No sé. ¿No quieres escucharme? ¿Te parece desagradable?

—No, no.

Y entonces ella empezó a contárselo mientras iban por el bosque hacia casa. Después de un rato, Tommy comenzó a interesarse, a hacer preguntas que su madre no podía responder; ella sólo sabía lo que Staffan le había contado. Bueno, Tommy hacía tantas preguntas y parecía tan interesado que Yvonne se arrepintió de habérselo comentado siquiera.

Más tarde, por la noche, Tommy se encontraba sentado en una caja en el refugio, dándole vueltas a la pequeña escultura del tirador de pistola. La colocó encima de las tres cajas que contenían los radiocasetes, como un trofeo. Coronando la obra.

¡Mangado a un... policía!

Cerró cuidadosamente el refugio con la cadena y el candado, puso la llave en el escondite y se sentó pensando en lo que su madre le había contado. Después de un rato oyó pasos sigilosos que se acercaban al trastero. Una voz baja que decía:

—¿Tommy?

Se levantó de la butaca, fue hasta la puerta y la abrió con rapidez. Allí estaba Oskar y parecía nervioso, con un billete en la mano.

—Toma. Tu dinero.

Tommy cogió el billete de cincuenta coronas y estrujándolo se lo metió en el bolsillo, sonrió a Oskar.

—¿Te vas a hacer cliente de aquí o qué? Entra.

—No, tengo que...

—Entra, digo. Te quiero preguntar una cosa.

Oskar se sentó en el sofá agarrándose las manos. Tommy se desplomó en la butaca mirándolo.

—Oskar. Tú eres un chico espabilado.

Oskar se encogió tímidamente de hombros.

—¿Sabes la casa que ardió en Ängby? ¿La vieja que salió al jardín y se quemó?

—Sí, lo he leído.

—Me lo imaginaba. ¿Han escrito algo de la autopsia?

—No que yo sepa.

—No. Pero se la hicieron. Le hicieron la autopsia. ¿Y sabes qué? No encontraron humo en sus pulmones. ¿Sabes lo que eso significa?

Oskar pensó.

—Que no respiraba.

—Sí. ¿Y cuándo se deja de respirar? Cuando se está muerto, ¿no?

—Sí —Oskar se animó—. He leído sobre eso. Precisamente. Por eso hacen la autopsia a los que han ardido. Para descartar que... alguien haya provocado el fuego para ocultar que ha matado al que había dentro. En el fuego. Leí en... sí, fue en la revista *Hemmetts Journal*, que un tío en Inglaterra que había matado a su mujer y sabía esto pues había... antes de iniciar el fuego había puesto un tubo en la garganta de ella y...

—Bueno, bueno. Tú sabes. Bien. Pero aquí no había humo en los pulmones aunque la mujer había salido al jardín y había estado allí dando vueltas un rato antes de morir. ¿Cómo puede ser eso?

—Contendría la respiración. No, claro. Eso no se puede, lo he leído en algún sitio. Por eso la gente siempre...

—Vale, vale. Explícamelo entonces.

Oskar apoyó la cabeza en las manos, pensando. Luego dijo:

—O han tenido algún fallo o ella estaba de pie y corriendo aunque estaba muerta. Tommy asintió:

—Justo. ¿Y sabes qué? No creo que esos tíos cometan ese tipo de fallos. ¿Tú qué crees?

—No, pero...

—La muerte es la muerte.

—Sí.

Tommy tiró de un hilo de la butaca, hizo una bolita con los dedos y la lanzó.

—Sí. A uno le gustaría creerlo.

Tercera parte

La nieve fundiéndose en la piel

*Y después de haber puesto su mano en la mía,
con un rostro alegre que me reanimó,
me introdujo en las cosas secretas.*

Dante Alighieri, La Divina Comedia, Infierno,
Canto III

—*No soy una sábana. Soy un fantasma DE VERDAD. BUU... BUU... ¡Tienes que asustarte!*
—*Pero no me asusto.*

Nationalteatern, Col rellena y calzoncillos

Jueves 5 de Noviembre

Morgan tenía frío en los pies. La helada que cayó más o menos al mismo tiempo que el submarino encallara no había hecho más que empeorar durante la última semana. Le gustaban sus viejas botas camperas, pero no se podía poner calcetines de lana con ellas. Además tenía un agujero en una de las suelas. Claro que podía comprarse alguna birria china por cien coronas, pero para eso prefería pasar frío.

Eran las nueve y media de la mañana y volvía a casa desde el metro. Había estado en el desguace de Ulvsunda para ver si podía echarles una mano que valiera unos cientos de coronas, pero el negocio iba mal. Tampoco este año habría botas de invierno. Se había tomado un café con los chicos en la oficina, abarrotada de catálogos de piezas de recambio y calendarios de tías, y vuelta a casa en el metro.

Larry salió del edificio; parecía, como de costumbre, alguien que tuviera una pena de muerte colgando sobre él.

—¿Qué pasa tío? —gritó Morgan.

Larry saludó fríamente con la cabeza, como si desde que se despertara aquella mañana hubiera sabido que Morgan iba a estar ahí; se acercó a saludarle:

—Hola. ¿Qué tal?

—Los pies congelados, el coche en el desguace, sin trabajo y de camino a casa para tomarme un plato de sopa de sobre. ¿Y tú?

Larry seguía andando en dirección a la calle Björnsonsgatan, a lo largo del parque.

—Sí, pensaba bajar al hospital a saludar a Herbert. ¿Te vienes?

—¿Está mejor de la cabeza?

—No, creo que sigue como antes.

—Entonces no voy. Me pongo malo con esos desvaríos. La última vez creía que yo era su madre, quería que le contara un cuento.

—¿Lo hiciste?

—Claro que lo hice. Ricitos de oro y los tres ositos. Pero no. Hoy no estoy de humor para eso.

Siguieron caminando. Cuando Morgan se dio cuenta de que Larry tenía un par de guantes gruesos, fue consciente de que tenía frío en las manos y se las metió con cierto malestar en los estrechos bolsillos de los vaqueros. Ante ellos apareció el puente bajo el que Jocke había desaparecido.

Quizá para evitar hablar de *ello* Larry dijo:

—¿Has visto el periódico esta mañana? Ahora dice Fälldin, el primer ministro, que los rusos tienen armas *nucleares* a bordo de ese submarino.

—¿Y qué se creía antes que tenían? ¿Tirachinas?

—No, pero... pero es que ya lleva ahí una semana. Imagínate si hubiera

explotado.

—No te preocupes. Saben lo que hacen, los rusos.

—Pero resulta que no soy comunista.

—Ni yo tampoco.

—No, no. ¿A quién votaste la última vez? ¿A los liberales?

—No soy partidario de Moscú, eso desde luego.

Ya habían tenido esa conversación antes. Ahora la repetían para evitar ver, para evitar pensar en *aquello* cuando se acercaban al túnel. A pesar de todo, sus voces se apagaron al entrar en él y se detuvieron. Los dos pensaron que el otro se había detenido primero. Los dos miraron los montones de hojas convertidos ahora en montones de nieve y que sugerían formas que hicieron que ambos se sintieran mal. Larry meneó la cabeza.

—¿Qué cojones vamos a hacer?

Morgan hundió aún más las manos en los bolsillos y golpeó el suelo con los pies para que le entraran en calor.

—Sólo Gösta puede hacer algo.

Los dos miraron hacia el piso donde vivía Gösta. Sin cortinas, con los cristales sucios.

Larry ofreció el paquete de tabaco a Morgan. Éste cogió un cigarro y Larry cogió un cigarro, sacó fuego para los dos. Se quedaron callados fumando, mirando los montones de nieve. Después de un rato fueron interrumpidos en sus pensamientos por voces jóvenes.

Un grupo de niños con patines y cascos en las manos venían de la escuela dirigidos por un hombre con aspecto de militar. Los chicos marchaban a una distancia de un metro los unos de los otros, casi al compás. En el túnel pasaron al lado de Morgan y de Larry. Morgan saludó con la cabeza a uno de los chicos que conocía de su patio.

—¿Vais a la guerra o qué?

El chico meneó la cabeza, iba a decir algo pero no hizo más que seguir trotando, por miedo a salirse de la fila. Siguieron bajando hacia el hospital; tendrían un día de actividades al aire libre o algo así. Morgan apagó el cigarro con el pie, se puso la mano en la boca haciendo bocina y gritó:

—¡Ataque aéreo! ¡Todos a cubierto!

Larry, escandalizado, apagó su cigarro.

—Dios mío. Que haya todavía gente así. Exigirá hasta que las cazadoras cuelguen firmes en el pasillo. ¿Entonces no te vienes?

—No. No lo soporto. Pero date prisa, puede que llegues a formar filas.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Se separaron bajo el puente. Larry desapareció con pasos lentos en la misma dirección que los niños y Morgan subió por las escaleras. Tenía frío en todo el

cuerpo. Pese a todo, la jodida sopa de sobre no iba a estar nada mal, y menos si la mezclaba con leche.

Oskar iba con la señorita. Necesitaba hablar con alguien y la señorita fue la única que se le ocurrió. Sin embargo se habría cambiado de grupo si hubiera podido. Jonny y Micke no iban nunca en el grupo de paseo los días de actividades al aire libre, pero hoy sí. Se habían cuchicheado algo al oído por la mañana, mirándole.

Así que Oskar iba con la señorita. No sabía ni él mismo si era por ir protegido o por poder hablar con un adulto.

Había estado saliendo con Eli los últimos cinco días. Se veían todas las tardes, fuera. Oskar le decía a su madre que estaba con Johan.

La noche anterior Eli había llegado de nuevo a su ventana. Habían estado despiertos mucho tiempo, contando historias primero uno y luego el otro. Después se habían dormido abrazados y por la mañana Eli ya no estaba.

En el bolsillo de los pantalones de Oskar, al lado de la vieja nota, manoseada y rota de tanto leerla, había ahora una nueva que había encontrado en su escritorio por la mañana cuando se estaba preparando para ir a la escuela:

Huir es vivir; quedarse, la muerte.

Tuya, Eli.

Sabía que era de *Romeo y Julieta*. Eli le contó que lo que le escribió en la primera nota también estaba sacado de allí y Oskar había cogido el libro de la biblioteca de la escuela. Le había gustado bastante, a pesar de que no conocía un montón de palabras. *Su manto de vestal es verde y enfermizo*. ¿Entendería Eli aquello?

Jonny, Micke y las chicas iban veinte metros por detrás de Oskar y la señorita. Pasaron por el parque de China, donde algunos niños de la guardería se deslizaban con los trineos cortando el aire con sus gritos. Oskar dio una patada a un terrón de nieve y dijo en voz baja:

—¿Marie-Louise?

—Sí.

—¿Cómo sabe uno que ama a alguien?

—¡Huy! Bueno...

La señorita hundió las manos en los bolsillos de su trenca y miró al cielo. Oskar se preguntó si estaría pensando en el hombre que había venido a buscarla un par de veces a la escuela. A Oskar no le había gustado nada su aspecto. El tipo parecía de mucho cuidado.

—Eso es diferente, pero... me atrevería a decir que es cuando uno sabe... o, en todo caso, está muy convencido de que quiere estar siempre con esa persona.

—Como si no pudiera vivir sin ella.

—Eso. Precisamente. Dos que no pueden vivir el uno sin el otro... Eso es, sin duda, amor.

—Como Romeo y Julieta.

—Sí, y cuanto mayores son las dificultades... ¿La has visto?

—Leído.

La señorita lo miró sonriendo con una sonrisa que a Oskar siempre le había gustado, pero que justo en aquel momento no le hizo mucha gracia. Y dijo rápidamente:

—¿Y si son dos chicos?

—Entonces son amigos. Es también una forma de amor. A no ser que te refieras a... sí, los chicos también pueden amarse entre sí, *de esa manera*.

—¿Y cómo hacen entonces?

La señorita bajó un poco la voz.

—Bueno, no hay nada malo en ello, pero... si quieres que hablemos de eso podemos hacerlo en otro momento.

Caminaron unos metros en silencio, llegaron a la cuesta que bajaba hasta la Ensenada del Molino. La Cuesta del Fantasma. La señorita aspiró profundamente el aire frío del bosque de abetos. Luego dijo:

—Uno establece un pacto. Independientemente de que se trate de chicos o de chicas, se establece una especie de pacto en el que... somos tú y yo, como si dijéramos. Uno lo sabe.

Oskar asintió. Oyó acercarse las voces de las chicas. Enseguida iban a rodear a la señorita, como solían hacer. Se acercó a ella de manera que sus cazadoras se rozaron y le dijo:

—¿Puede uno ser... chico y chica al mismo tiempo? ¿O ni chico ni chica?

—No. Las personas, no. Hay algunos animales que...

Michelle se les acercó corriendo, gritando con voz chillona:

—¡Señorita! ¡Jonny me ha echado nieve en la cabeza!

Se encontraban a mitad de la cuesta. Al poco tiempo llegaron hasta ellos todas las chicas y contaron lo que Jonny y Micke les habían hecho.

Oskar aminoró la marcha, se quedó unos pasos detrás. Se dio la vuelta. Jonny y Micke estaban en lo alto de la cuesta. Hicieron señas a Oskar. Él no les respondió. En vez de eso cogió una rama fuerte de la cuneta y le fue quitando las ramas pequeñas mientras andaba.

Pasó delante de la Casa del Fantasma que daba nombre a la cuesta. Un enorme almacén con las paredes de chapa ondulada que parecía un total despropósito allí, entre los árboles más bajos. En la pared que daba a la cuesta alguien había hecho una pintada con letras mayúsculas:

¿NOS DEJAS TU MOTO?

Las chicas y la señorita jugaban al pilla pilla, corriendo por el camino hasta llegar

al borde del agua. No pensaba correr para alcanzarlas. Jonny y Micke venían detrás de él, sí. Agarró el palo con más fuerza y caminó apoyándose en él.

Era un día precioso. El lago se había helado hacía unos días y el hielo era tan sólido que el grupo de patinaje ya había bajado para patinar sobre él, dirigidos por el maestro Ávila. Cuando Jonny y Micke dijeron que querían ir en el grupo de paseo, Oskar había considerado la idea de ir corriendo a casa a buscar los patines y cambiar de grupo. Pero no le habían comprado patines nuevos en los dos últimos años y probablemente no podría meter los pies en ellos.

Además, le daba miedo el hielo.

Una vez, de pequeño, estaba en la ensenada de Södersvik con su padre y éste había salido para vaciar las nasas. Desde el embarcadero Oskar vio cómo su padre se hundía en el hielo y cómo, durante un instante insufrible, su cabeza desaparecía. Oskar, que estaba solo en el embarcadero, empezó a gritar como un loco pidiendo ayuda. Por fortuna, su padre tenía unos clavos grandes en el bolsillo que utilizó para salir del agujero, pero después de aquello a Oskar no le gustaba nada salir al hielo.

Alguien lo agarró del brazo.

Volvió rápidamente la cabeza y vio que la señorita y las chicas habían desaparecido por un recodo del camino, detrás de la montaña. Jonny le dijo:

—Ahora se va a bañar el Cerdo.

Oskar apretó más fuerte la estaca, bien agarrada entre las manos. Su única defensa. Lo cogieron entre los dos y lo arrastraron cuesta abajo. Hacia el hielo.

—El Cerdo huele a mierda y tiene que darse un baño.

—Soltadme.

—Luego. Tú tranquilo, nada más. Te vamos a soltar después.

Estaban ya abajo. No había nada contra lo que hacer fuerza. Lo arrastraban de espaldas sobre el hielo, hacia el agujero de la sauna. Sus talones trazaban dos surcos en la nieve. Entre ellos se resbalaba la estaca, dejando una huella más superficial.

A lo lejos, Oskar vio pequeñas figuras que se movían. Gritó. Gritó pidiendo ayuda.

—Tú grita. Quizá lleguen a tiempo para sacarte.

El agujero se abría negro a unos pasos. Oskar tensó los músculos todo lo que pudo y se agitó, volviéndose de lado de una sacudida. A Micke se le soltó. Oskar se balanceaba en los brazos de Jonny y blandió el palo contra la espinilla de éste. A punto estuvo de escapársele el palo de las manos cuando la madera golpeó contra el hueso.

—¡Aaaaay! ¡Joder!

Jonny soltó a Oskar y éste cayó al suelo. Se levantó al borde del agujero, sujetando el palo con las dos manos. Jonny se agarraba la espinilla.

—¡Jodido idiota! Ahora te vas a enterar...

Jonny se acercaba despacio, no se atrevía a correr por miedo a caer él mismo al agua si empujaba a Oskar en esa postura. Jonny señalaba el palo.

—Deja eso en el suelo o te mato, ¿entiendes?

Oskar apretó los dientes. Cuando Jonny se encontraba a poco más de un brazo de distancia, blandió el palo contra el hombro de Jonny. Jonny lo esquivó y Oskar sintió un golpe seco en las manos cuando el extremo más pesado de la estaca alcanzó de lleno la oreja de Jonny.

Éste cayó de lado como un bolo sin hacer ruido, derrumbándose en el hielo todo lo largo que era, dando alaridos.

Micke, que estaba un par de pasos detrás de Jonny, retrocedió entonces, extendió las manos:

—Joder, sólo estábamos bromeando... no pensábamos...

Oskar fue hacia él girando el palo, que zumbaba sordamente en el aire. Micke se dio la vuelta y salió corriendo hacia la playa. Oskar se detuvo, bajó el palo.

Jonny estaba acurrucado con la mano en la oreja. Le salía sangre entre los dedos. Oskar habría querido pedirle perdón. No había sido su intención hacerle *tanto* daño. Se puso en cuclillas al lado de Jonny, apoyado en el palo, y pensaba decir: «perdón», pero antes de que pudiera hacerlo *vio* a Jonny.

Parecía muy pequeño, encogido en posición fetal y gimiendo —aaayyy, aaayyy— mientras un hilillo de sangre le corría hasta el cuello de la cazadora. Movía la cabeza de un lado a otro con pequeños movimientos.

Oskar lo miraba asombrado.

Aquel pequeño fardo sangrante que yacía en el hielo no podría hacerle *nada*. No podía pegar ni molestar, no. No podía ni siquiera defenderse.

Si le pudiera dar un par de golpes más se quedaría totalmente tranquilo después.

Oskar se levantó apoyándose en el palo. El arrebató desapareció, sustituido por un profundo malestar en el estómago. ¿Qué había *hecho*? Jonny tenía que estar gravemente herido, puesto que sangraba de aquella manera. ¿Te imaginas si se desangra? Oskar se volvió a sentar en el hielo, se quitó un zapato y el calcetín. Avanzó de rodillas hasta Jonny, le retiró la mano que tenía sobre la oreja y puso el calcetín debajo.

—Así. Sujétalo.

Jonny cogió el calcetín y se lo apretó contra su oreja herida. Oskar miró la superficie helada. Vio una figura que se acercaba patinando. Era un adulto.

Se oyeron débiles gritos a lo lejos. Gritos de niños. Gritos de pánico. Un solo grito, claro y agudo, que después de unos segundos se mezcló con otros. La figura que se acercaba se paró. Permaneció quieta un momento. Después se dio la vuelta y se alejó de nuevo patinando.

Oskar estaba de rodillas al lado de Jonny, sentía cómo se derretía la nieve y le mojaba las rodillas. Jonny apretaba los párpados con fuerza, le rechinaban los dientes. Oskar acercó su rostro al de él.

—¿Puedes andar?

Jonny abrió la boca para decir algo y un vómito de color amarillo y blanco salió

de sus labios y manchó la nieve. A Oskar le cayó un poco en una mano. Se quedó mirando las viscosas gotas que le chorreaban por la mano y se asustó de verdad. Soltó el palo y corrió hacia la playa para buscar ayuda.

Los gritos de los niños cerca del hospital habían aumentado. Corrió hacia ellos.

Al maestro Ávila, Fernando Cristóbal de Reyes y Ávila, le gustaba patinar. Sí. Una de las cosas que más apreciaba de Suecia eran sus largos inviernos. Había corrido la carrera de esquís de Vasaloppet diez años atrás y los pocos inviernos en los que el agua del archipiélago se congelaba cogía el coche hasta la isla de Gräddö para practicar el patinaje de fondo deslizándose en dirección a Söderarm, tan lejos como el espesor del hielo se lo permitiera.

Habían pasado ya tres años desde que el mar se helara por última vez, pero en un invierno madrugador como éste había posibilidades. Por supuesto que, como era habitual, Gräddö sería un hervidero de amantes del patinaje si helaba, pero eso ocurría por el día. Fernando Ávila prefería patinar por la noche.

Con todos los respetos para Vasaloppet, pero uno se sentía como entre un millar de hormigas que de repente hubieran decidido emigrar. Otra cosa bien distinta era estar fuera, en la vasta superficie de hielo, solo a la luz de la luna. Fernando Ávila era un católico tibio pero firme: en aquellos momentos, Dios estaba cerca.

El acompasado raspar de las cuchillas de los patines, la luz de la luna que daba al hielo su tímido resplandor, las estrellas que lo envolvían con su infinitud, el viento frío que le bañaba la cara, eternidad y espacio y profundidad por todas partes. La vida no podía ser más hermosa.

Un niño pequeño le tiró de los pantalones.

—Maestro, tengo que hacer pis.

Ávila despertó de sus lejanos sueños y miró a su alrededor, le señaló unos árboles cerca, en la playa, que se inclinaban sobre el agua; el desnudo ramaje caía hasta el hielo como una cortina protectora.

—Ahí puedes hacer pis.

El chico entornó los ojos mirando los árboles.

—¿En el hielo?

—Sí. ¿Qué más da? Se formará más hielo. Amarillo.

El chico lo miró como si el maestro no estuviera bien de la cabeza, pero se fue patinando hacia los árboles.

Ávila miró alrededor controlando que ninguno de los mayores se hubiera alejado demasiado. Con unos rápidos deslizamientos fue hacia el centro del lago para tener mejor vista. Contó a los niños. Sí. Nueve. Más el que estaba haciendo pis. Diez.

Dio unas vueltas y miró hacia el otro lado, hacia la ensenada de Kvarnviken, y se detuvo.

Algo pasaba allí fuera. Un montón de cuerpos se movían en dirección a lo que

tenía que ser un agujero en el hielo; unos pequeños árboles que sobresalían marcaban el sitio. Mientras permanecía quieto observando, el grupo se deshizo, vio que uno de ellos llevaba una especie de bastón en la mano.

El bastón giró en el aire y alguien cayó. Oyó un alarido que venía de allí. Se volvió, observó de nuevo a sus chicos y luego se puso en marcha en dirección a los que estaban junto al agujero. Uno de ellos corría ahora hacia la playa.

Entonces oyó el grito.

Un grito agudo de niño que procedía de su grupo. Se paró tan en seco que sus patines salpicaron la nieve. Había podido darse cuenta de que los que estaban al lado del agujero eran chicos mayores. Quizá Oskar. Chicos mayores. Podrían arreglárselas. Los suyos eran niños pequeños.

Los gritos eran cada vez más fuertes, y mientras se daba la vuelta y se deslizaba en esa dirección, oyó que otras voces se unían a él.

¡Cojones!

Precisamente en el momento en que no se encontraba allí tenía que ocurrir algo. Por Dios, que no se haya roto el hielo. Patinaba lo más rápido que podía, la nieve salía despedida de sus patines mientras se apresuraba a llegar al lugar del que salían los gritos. Entonces vio a varios niños que se habían juntado, estaban parados y chillaban a coro, y a algunos más que se acercaban allí. Vio también que una persona adulta bajaba hacia el lago desde el hospital.

Con un par de deslizamientos rápidos llegó hasta donde se encontraban los chavales y frenó de tal manera que las virutas de hielo volaron sobre las cazadoras de éstos. No entendía nada. Todos los niños estaban juntos tras la cortina de ramaje mirando hacia abajo, hacia algo que había en el hielo, y gritando. Se deslizó hasta allí.

—¿Qué pasa?

Uno de los pequeños señaló hacia abajo, hacia el hielo, hacia un bulto que estaba atrapado en él. Parecía un montón de hierba marrón y helada con una hendidura roja en un lado. O un erizo atropellado. El maestro se agachó hacia el bulto y vio que era una cabeza. Una cabeza congelada dentro del hielo de manera que únicamente sobresalían la coronilla y la parte alta de la frente.

El niño al que había mandado a hacer pis estaba sentado en el hielo unos metros más allá, sollozando.

—Yo... lo... he... pisado.

Ávila se enderezó.

—¡Todos fuera! Todos a la playa, *ahora*.

Los niños estaban también como congelados en el hielo, los pequeños seguían gritando. Sacó su silbato y dio dos silbidos fuertes. Los gritos cesaron. Dio un par de pasos, se puso detrás de los niños y pudo dirigirlos hacia la playa. Los chicos lo siguieron. Sólo uno de quinto se quedó allí, mirando con curiosidad el bulto.

—¡Tú también!

Ávila le ordenó con la mano que fuera hacia él. Ya en la playa le dijo a una mujer que había bajado desde el hospital;

—Llama a la policía. Ambulancia. Hay una persona congelada en el hielo.

La mujer subió corriendo hacia el hospital. Ávila contó a los niños en la playa, vio que faltaba uno. El niño que había pisado la cabeza seguía sentado en el hielo con la cara entre las manos. Ávila se deslizó hasta él y lo cogió en brazos. El chico se volvió y se abrazó a Ávila. Éste lo levantó con cuidado como si fuera un paquete delicado y lo llevó hasta la playa.

—¿Se puede hablar con él?

—Hablar precisamente no pue...

—No, pero entiende lo que se le dice.

—Creo que sí, pero...

—Un momento sólo.

A través de la niebla que cubría su ojo Håkan vio que una persona con ropa oscura arrimaba una silla y se sentaba al lado de su cama. No podía distinguir la cara del hombre, pero probablemente mostrara un gesto forzosamente neutral.

Håkan había pasado los últimos días casi flotando en una nube roja de contornos tan tenues que entraba y salía de ella sin apenas darse cuenta. Sabía que le habían dormido un par de veces, que lo habían operado. Aquél era el primer día que se encontraba totalmente consciente, pero no sabía cuántos habían pasado desde que llegó allí.

A lo largo de la mañana Håkan había estudiado su nueva cara con las yemas de los dedos de la mano que tenía tacto. Algún tipo de venda elástica le cubría todo el rostro, pero por los rasgos bajo la venda, que había recorrido dolorosamente con los dedos, había comprendido que ya no tenía ninguna cara.

Håkan Bengtsson ya no existía. Lo que quedaba era un cuerpo imposible de identificar en una cama de hospital. Por supuesto que podrían relacionarlo con sus otros asesinatos, pero no con su vida anterior ni con la actual. Ni con Eli.

—¿Cómo te encuentras?

Bien, gracias, agente. De primera. Tengo una película de napalm ardiéndome en la cara todo el tiempo, pero por lo demás va como siempre.

—Sí, comprendo que no puedes hablar, pero ¿puedes asentir con la cabeza si oyes lo que digo? ¿Puedes mover la cabeza?

Puedo. Pero no quiero.

El hombre que estaba al lado de la cama lanzó un suspiro.

—Has intentado quitarte la vida aquí, de manera que no estás totalmente... ido. ¿Es difícil mover la cabeza? ¿Puedes levantar la mano si oyes lo que digo? ¿Puedes levantar la mano?

Håkan dejó de escuchar al policía y empezó a pensar en ese lugar del infierno de

Dante, el limbo, adonde eran llevadas, después de la muerte, todas las almas que no conocían a Cristo. Intentó imaginarse aquel sitio en detalle.

—Como comprenderás, nos gustaría mucho saber quién eres.

¿En qué nivel o esfera del cielo acabaría el propio Dante después de su muerte...?

El policía acercó la silla unos diez centímetros.

—Lo vamos a descubrir, como ya sabes. Antes o después. Tú puedes ahorrarnos un poco de trabajo comunicándote con nosotros ahora.

Nadie me echa de menos. Nadie me conoce. Intentadlo.

Entró una enfermera.

—Hay una llamada para usted.

El policía se levantó, fue hacia la puerta. Antes de salir se volvió.

—Vengo enseguida.

Los pensamientos de Håkan se centraron ahora en lo verdaderamente esencial. ¿En qué esfera caería *él*? Infanticida: la séptima esfera. Por otro lado, la primera esfera: los que habían pecado por amor. Luego estaban, aparte, los sodomitas, que tenían su propia esfera. Lo lógico sería que cayera en el nivel asignado al peor delito que hubiera cometido.

Así, de haber consumado uno realmente grave, se podía seguir cometiendo cualquier pecado que cayera en las esferas inferiores. Ya no podía ser peor. Más o menos como esos asesinos de Estados Unidos condenados a trescientos años de cárcel.

Las distintas esferas estaban dispuestas en forma de espiral. Los estratos del infierno. Cerbero con su cola. Håkan evocó a los violentos, a las mujeres coléricas, a los soberbios en su lodo hirviente, en su lluvia de fuego; deambuló entre ellos, buscando su sitio.

De *una* cosa estaba totalmente seguro: no caería de ninguna manera en el último de los círculos. Aquél en el que el mismo Lucifer estaba devorando a Judas y a Bruto, aprisionados en un mar de hielo. El círculo de los traidores.

Se abrió de nuevo la puerta con ese ruido extraño, como de succión. El policía se sentó al lado de la cama.

—Bueno, bueno. Parece que han encontrado a otro, abajo en el lago, en Blackeberg. El mismo tipo de cuerda, en cualquier caso.

¡No!

El cuerpo de Håkan se contrajo involuntariamente cuando el policía dijo la palabra «Blackeberg». El policía asintió.

—Está claro que oyes lo que digo. Eso está bien. Entonces, podemos aventurar sin mayores dificultades que has vivido en Västerort. ¿Dónde? ¿En Råcksta? ¿En Vällingby? ¿En Blackeberg?

El recuerdo de cómo se había deshecho del hombre abajo, junto al hospital, acudió a su mente. Había hecho una chapuza. La había cagado.

—De acuerdo. Entonces te voy a dejar un poco tranquilo. Para que vayas pensando si quieres colaborar. De ese modo sería todo mucho más sencillo, ¿no te parece?

El policía se levantó y se fue. En su lugar llegó una enfermera y se sentó en una silla en la habitación, vigilándolo.

Håkan empezó a dar cabezazos a un lado y a otro, negando. Sacó la mano y empezó a tirar del tubo conectado al respirador. La enfermera acudió enseguida y le apartó la mano.

—Tendremos que atarte. *Una vez más y te atamos, ¿entiendes?* Si no quieres vivir es cosa tuya, pero mientras estés aquí tenemos la obligación de mantenerte vivo. Independientemente de lo que hayas hecho o dejado de hacer, ¿comprendes? Y haremos lo que sea necesario para cumplir con nuestra obligación, aunque tengamos que ponerte un sistema de fijación. ¿Estás oyendo lo que te digo? Todo será mejor para todos si colaboras.

Colaborar. Colaborar. De pronto todos quieren colaborar. Yo ya no soy una persona. Soy un proyecto. Oh, Dios mío. Eli. Eli. Ayúdame.

Ya en las escaleras Oskar oyó la voz de su madre. Estaba hablando por teléfono con alguien y parecía enfadada. ¿Con la madre de Jonny? Se quedó al otro lado de la puerta, escuchando.

—Me van a llamar y me preguntarán qué es lo que he hecho *mal*... Sí, claro que lo van a hacer, ¿y qué voy a decir? Que por desgracia mi hijo no tiene un padre con quien él... Sí, claro, pues demuéstrole alguna vez entonces... No, no lo has hecho... A mí me parece que *tú* puedes hablar de ello con él.

Oskar abrió la puerta y entró en casa. Su madre dijo:

—Ahora llega —al auricular, y se volvió hacia Oskar—: Han llamado de la escuela y yo... habla con tu padre porque yo... —habló de nuevo por el auricular—: Ahora puedes... yo estoy tranquila... es fácil para ti, que estás lejos y...

Oskar entró en su habitación, se echó en la cama y se puso las manos en los oídos. Le retumbaban los latidos del corazón en la cabeza.

Cuando llegó al hospital, al principio, creyó que todas las personas que corrían por allí tenían algo que ver con lo que le había hecho a Jonny. Pero no era así, como pudo saber luego. Hoy había visto por primera vez en su vida una persona muerta.

Su madre abrió la puerta de la habitación. Oskar se quitó las manos de los oídos.

—Tu padre quiere hablar contigo.

Oskar se llevó el auricular a la oreja y oyó una voz lejana que leía los nombres de los faros, la fuerza y la dirección de los vientos. Esperaba con el auricular pegado a la oreja sin decir nada. Su madre le preguntó frunciendo el entrecejo. Oskar puso la mano sobre el auricular y susurró: «Información sobre el estado de la mar».

Su madre abrió la boca para decir algo, pero se quedó sólo en un suspiro y un

gesto de brazos caídos. Se fue a la cocina. Oskar se sentó en una silla en el pasillo y escuchó las noticias sobre el estado de la mar junto con su padre.

Oskar sabía que si empezaba a hablar en ese momento su padre estaría distraído con lo que decían en la radio. Las noticias sobre el estado de la mar eran sagradas. Cuando iba a casa de su padre, se paraba toda la actividad a las 16.45, y éste se sentaba al lado de la radio mientras él, ausente, miraba hacia fuera, como para comprobar si lo que anunciaban en la emisora era cierto.

Hacía mucho tiempo que su padre no se hacía a la mar, pero se le había quedado esa costumbre.

«Banco de Almagrundet noroeste ocho, al anochecer girando hacia el oeste. Despejado. El mar de Åland y el mar del Skärgård noroeste diez, hacia la noche es posible que soplen vientos fuertes. Despejado».

Bueno. Lo más importante ya había pasado.

—Hola, papá.

—Ah, pero si estás ahí. Hola. Va a haber vientos fuertes aquí por la noche.

—Sí, lo he oído.

—Mmm. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—Sí, mamá me ha contado eso con Jonny. Y no está muy bien que digamos.

—No. No lo está.

—Ha tenido una conmoción cerebral, me ha dicho.

—Sí. Vomitó.

—Bueno, se vomita con frecuencia, si sólo es eso. Harry... sí, tú ya lo conoces... a él le cayó una vez una plomada en la cabeza y... sí estuvo mal, vomitando como un ternero después.

—¿Se puso bien?

—Sí, claro, fue... bueno, se murió la primavera pasada. Pero no tenía nada que ver con aquello. No. Después de aquello se recuperó bastante rápido.

—Sí.

—Y esperemos que sea así con él, con este chico también.

—Sí.

La radio seguía todavía con las distintas zonas marítimas: el golfo de Botnia y todo lo demás. Un par de veces se había sentado con el atlas delante en casa de su padre y había seguido con el dedo todos los faros según los iban nombrando. Hubo un tiempo en el que se sabía todos esos sitios de memoria, en orden, pero ya se le habían olvidado. Su padre carraspeaba.

—Sí, tu madre y yo hemos estado hablando de que... tal vez te gustaría venir a pasar aquí el fin de semana.

—Mmm.

—Así podremos hablar más de esto y de... todo.

—¿Este fin de semana?

—Sí, si te apetece.

—Sí. Pero tengo un poco... ¿y si voy el sábado?

—O el viernes por la tarde.

—No. Mejor... el sábado. Por la mañana.

—Vale, está bien. Entonces sacaré un eider del congelador.

Oskar acercó la boca al teléfono y dijo en voz baja:

—Sin perdigones.

Su padre se rió.

El otoño pasado, cuando Oskar estuvo allí, se había roto un diente al morder un perdigón que se había quedado en el ave. A su madre le había dicho que había sido una piedra en una patata. Las aves marinas eran lo que más le gustaba a Oskar, mientras que a su madre le parecía que era «terriblemente cruel» disparar a las indefensas aves. Que él se hubiera roto el diente mordiendo el propio instrumento de la muerte habría dado lugar a que su madre le prohibiera probar semejante comida.

—Pondré especial cuidado —aseguró su padre.

—¿Funciona la moto?

—Sí. ¿Por qué?

—No. Por nada.

—Bueno. Ah, sí, hay bastante nieve, así que podremos dar una vuelta.

—Bien.

—Vale, entonces nos vemos el viernes. ¿Cogerás el autobús de las diez?

—Sí.

—Entonces bajo a buscarte. Con la moto. El coche no está del todo en forma.

—De acuerdo. Bien. ¿Quieres hablar más con mamá?

—Sí... no... tú puedes contarle cómo vamos a hacerlo, ¿no?

—Mmm. Adiós, hasta pronto.

—Adiós. Hasta pronto.

Oskar colgó el auricular. Se quedó sentado un momento pensando cómo iba a ser. Dar una vuelta con la moto. Eso era divertido. Entonces se ponía sus miniesquíes y ataban una cuerda a la caja de la moto con un palo en el otro extremo. En ese palo se agarraba Oskar con las dos manos y después daban vueltas por el pueblo como esquiadores acuáticos sobre la nieve. Esto y los eideres con gelatina de serba. Y sólo una tarde lejos de Eli.

Fue a su habitación y metió en el bolso la ropa de entrenar y su cuchillo, porque no iba a volver a casa antes de encontrarse con Eli. Tenía un plan. Cuando estaba en el pasillo poniéndose la cazadora salió su madre de la cocina, limpiándose la harina de las manos en el delantal.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho tu padre?

—Que tenía que ir el sábado.

—Sí. ¿Pero de lo otro?

—Ahora tengo que irme a entrenar.

—¿No ha *dicho* nada?

—Sííí, pero tengo que irme ahora.

—¿Adónde vas?

—A la piscina.

—¿A qué piscina?

—A la que está al lado de la escuela. A la pequeña.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Entrenar. Vuelvo a las ocho y media. O a las nueve. Después voy a ver a Johan.

Su madre parecía desconsolada, no sabía qué hacer con las manos llenas de harina, se las metió en el bolsillo grande que tenía en medio del delantal.

—Bueno. Venga, vale. Ten cuidado. No te vayas a resbalar en los bordes de la piscina o algo así. ¿Has cogido el gorro?

—Sí, sí.

—Póntelo entonces. Cuando te hayas bañado, porque fuera hace frío, y cuando se lleva el pelo mojado...

Oskar dio un paso al frente, la besó ligeramente en la mejilla, dijo: «Adiós» y se fue. Cuando salió del portal miró de reojo hacia su ventana. Allí estaba su madre, aún con las manos en el bolsillo del delantal. Oskar le dijo adiós con la mano. Su madre alzó la suya lentamente y también le dijo adiós.

Oskar fue llorando la mitad del camino hasta el entrenamiento.

El grupo estaba reunido en las escaleras a la puerta de Gösta. Lacke, Virginia, Morgan, Larry, Karlsson. Ninguno se atrevía a llamar, puesto que eso otorgaba al que lo hiciera la responsabilidad de exponer el asunto que los había llevado allí. Ya fuera, en las escaleras, pudieron notar un leve barrunto de lo que era el olor característico de Gösta. Pis. Morgan dio un golpecito a Karlsson en un costado y le susurró algo que no pudo entender. Karlsson se levantó las orejeras que llevaba en lugar de gorro y preguntó:

—¿Qué?

—Te he dicho que si no te podías quitar eso de una vez. Que pareces un idiota.

—Eso es lo que a ti te parece.

Se quitó de todos modos las orejeras, las guardó en el bolsillo del abrigo y dijo:

—Larry, tienes que ser tú. Tú eres el que lo ha visto.

Larry lanzó un suspiro y tocó el timbre. Se oyó un furioso griterío al otro lado de la puerta y luego un ruido sordo y suave como de algo que caía al suelo. Larry carraspeaba. No le gustaba esto. Se sentía como un policía con todo el grupo tras de sí, sólo faltaban las pistolas en alto. Se oyeron pasos lentos dentro del apartamento, después una voz:

—Mi pequeña, ¿qué te ha pasado?

La puerta se abrió. Una ola de olor a pis cayó sobre la cara de Larry y éste se

quedó sin aliento. Gösta apareció en el umbral vestido con una vieja camisa, con su chaleco y su pajarita. Llevaba un gato con rayas de color naranja y blanco acurrucado en uno de sus brazos.

—¿Sí?

—Hola Gösta, ¿qué tal?

Los ojos de Gösta vagaban errantes sobre el grupo que permanecía en las escaleras. Estaba bastante borracho.

—Bien.

—Bueno, pues hemos venido a verte porque... ¿sabes lo que ha pasado?

—No.

—Bueno, pues han encontrado a Jocke. Hoy.

—Ah. Eso. Sí.

—Y lo que pasa es... que...

Larry volvió la cabeza, buscando apoyo en su delegación. Lo único que encontró fue un gesto de ánimo de Morgan. Larry no era capaz de estar allí fuera como una especie de representante de la autoridad y presentar un ultimátum. Sólo había una manera, se mirara como se mirara. Preguntó:

—¿Podemos entrar?

Se había esperado algún tipo de resistencia; Gösta apenas estaba acostumbrado a que aparecieran cinco personas, así de repente, a visitarlo. Pero asintió y dio dos pasos hacia atrás para permitirles la entrada.

Larry dudó un momento; el olor dentro del apartamento era totalmente increíble, era como una nube pegajosa en el aire. En su indecisión, Lacke alcanzó a entrar el primero y tras él entró Virginia. Lacke acarició detrás de las orejas al gato que Gösta llevaba en brazos.

—Bonito gato. ¿Cómo se llama?

—Es gata. Tisbe.

—Bonito nombre. ¿También tienes un Píramo?

—No.

Uno tras otro se deslizaron por la puerta, intentando respirar por la nariz.

Después de unos minutos todos habían abandonado el intento de mantener el tufo a raya, lo dejaron estar y se acostumbraron. Echaron a los gatos del sofá y de la butaca, trajeron un par de sillas de la cocina, aguardiente, tónicas de pomelo y vasos, y después de un rato de cháchara acerca de los gatos y del tiempo dijo Gösta:

—Así que han encontrado a Jocke.

Larry apuró lo que le quedaba de su cubata. Parecía más fácil con el calorcillo del alcohol en el estómago. Se sirvió otro, diciendo:

—Pues sí. Abajo, junto al hospital. Estaba congelado en el hielo.

—¿En el hielo?

—Sí. Ha sido un puñetero circo el que se ha montado hoy ahí abajo. Yo había bajado para visitar a Herbert, no sé si tú le conoces, bueno... de todas formas, cuando

he salido de allí aquello estaba lleno de maderos y ambulancias y después han llegado los bomberos.

—¿Había fuego también?

—No, pero tuvieron que picar para sacarlo del hielo, claro. Bueno, *entonces*, claro está, yo no sabía que era él, pero luego, cuando lo llevaron hasta la playa, pues reconocí su ropa, porque la cara... pues estaba cubierta de hielo, ¿no?, así que no se podía... pero la ropa...

Gösta movió la mano en el aire como si estuviera acariciando a un perro grande e invisible.

—Espera un poco... se había *ahogado*, entonces... no entiendo...

Larry bebió un trago del cubata, se limpió la boca con la mano.

—No. Eso era lo que creía la pasma también. Al principio. Por lo que he podido comprender. La verdad es que estaban de brazos cruzados allí arriba, y los chicos de la ambulancia totalmente ocupados con un chaval que había allí con la cabeza sangrando, así que era...

Gösta acariciaba al perro invisible con mayor impaciencia, o intentaba apartarlo de él. Un poco de cubata se le cayó del vaso y acabó en la alfombra.

—No puede ser... yo ya no puedo... la cabeza sangrando...

Morgan dejó en el suelo el gato que tenía en las rodillas y se sacudió los pantalones.

—Eso no tiene nada que ver con esto. Tú sigue, Larry.

—Bueno, pues cuando lo subieron hasta la playa y comprendí que era él, entonces se vio que tenía una cuerda tal que así, ¿no? Atada. Y como una especie de piedras así. Entonces le entró una endemoniada prisa a la pasma. Empezaron a hablar por la radio y a acordonar con esas cintas y a echar a la gente y a actuar. Se mostraron interesados de cojones, de repente. Así que... bueno, a él le hundieron allí, así de sencillo.

Gösta se echó hacia atrás en el sofá, tenía la mano en los ojos. Virginia, que estaba sentada entre él y Lacke, le acarició la rodilla. Morgan, llenándose el vaso, dijo:

—La cosa es que han encontrado a Jocke, ¿no? ¿Quieres tónica? Aquí. Han encontrado a Jocke y ahora saben que fue asesinado. Y entonces las cosas se encuentran como si dijéramos en otra situación.

Karlsson carraspeó, adoptó un tono que imponía respeto:

—En el sistema judicial sueco hay algo que se denomina...

—Tú ahora te callas —le interrumpió Morgan—. ¿Se puede fumar aquí?

Gösta asintió débilmente. Mientras Morgan sacaba el tabaco y el encendedor, Lacke se echó hacia delante en el sofá de manera que pudo mirar a Gösta a los ojos.

—Gösta. Tú viste lo que pasó. Debería salir a la luz.

—¿Salir a la luz? ¿Cómo?

—Sí, que vayas a la policía y cuentes lo que viste, así de sencillo.

—No... no.

Nadie dijo nada.

Lacke suspiró, se echó medio vaso de aguardiente y un chorrito de tónica, le pegó un buen trago y cerró los ojos cuando la nube ardiente le llenó el estómago. No quería forzarle.

En el chino, Karlsson había mencionado algo acerca de la obligación de declarar como testigo, pero por mucho que Lacke quisiera que el que hubiera hecho aquello fuera detenido, no pensaba mandar a la policía a casa de un colega como si fuera un chivato cualquiera.

Un gato con manchas de color gris le empujó con la cabeza en la espinilla. Se lo puso en las rodillas, le acarició el lomo, ausente. *¿Qué más da?* Jocke estaba muerto, ahora lo sabía con certeza. *¿Qué importancia tenía todo lo demás en realidad?*

Morgan se levantó, se acercó a la ventana con el vaso en la mano.

—¿Era aquí donde estabas cuando lo viste?

—... Sí.

Morgan asintió y bebió del cubata.

—Sí, ahora lo entiendo. Se ve perfectamente desde aquí. Joder, qué apartamento más chulo, de verdad. Buena vista. Bueno, quitando lo de... Buena vista.

Una lágrima cayó silenciosa por la mejilla de Lacke. Virginia le cogió la mano y se la acarició. Lacke pegó otro buen lingotazo para aplacar el dolor que le desagarraba el pecho.

Larry, que había estado un rato sentado mirando a los gatos que se movían dando vueltas sin sentido por la habitación, tamborileó el vaso con los dedos y dijo:

—¿Y si uno sólo les diera una pista? ¿Sobre el sitio? A lo mejor pueden encontrar huellas dactilares o... lo que encuentren.

Karlsson sonrió.

—¿Y de qué manera vamos a decirles cómo lo hemos sabido? ¿Que nosotros lo *sabemos*, sin más? Es de suponer que estarán muy interesados en conocer... de *quién* nos ha venido la información.

—Se puede llamar de forma anónima. Nada más para que se sepa.

Gösta balbuceaba algo en el sofá. Virginia acercó la cabeza.

—¿Qué decías?

Gösta hablaba con muy, muy poca voz mirando su vaso.

—Perdonadme. Pero estoy demasiado asustado. No puedo.

Morgan se dio la vuelta desde la ventana, extendió la mano.

—Entonces ya está. No hay más que hablar —echó una mirada penetrante a Karlsson—. Ya se nos ocurrirá algo. Tendremos que solucionarlo de otra manera. Dibujando, llamando, cualquier cosa, joder. Ya se nos ocurrirá algo.

Se acercó a Gösta y le dio un golpecito en el pie.

—Vamos Gösta, ámate. Arreglaremos esto de todas formas. Tranquilo. ¿Gösta? ¿Estás oyendo lo que te digo? Nosotros lo vamos a arreglar. ¡Salud!

Morgan alzó su vaso, lo hizo tintinear con el de Gösta y dio un sorbo.

—Esto lo solucionamos nosotros. ¿No es así?

Se había separado de los otros al salir de la piscina y había emprendido el camino a casa cuando oyó su voz desde fuera de la escuela.

—Psst. ¡Oskar!

Bajó las escaleras y Eli salió de la sombra. Había estado allí esperando. Entonces seguramente habría oído cómo él se había despedido de los otros y ellos le habían contestado como si fuera una persona absolutamente normal.

El entrenamiento había ido bien. No era tan enclenque como creía, aguantaba más que otro par de chicos que ya habían ido varias veces. Su preocupación por que el maestro fuera a interrogarle por lo ocurrido en el hielo fue infundada. Sólo le había preguntado:

—¿Quieres hablar de ello?

Y cuando Oskar negó con la cabeza fue suficiente.

La piscina era otro mundo, distinto de la escuela. El maestro era menos exigente y los otros chicos no se metían con él. Lo cierto era que Micke no se había presentado. ¿Tendría Micke *miedo* de él ahora? El pensamiento le daba vueltas.

Fue al encuentro de Eli.

—Hola.

—Buenas.

Sin decir nada al respecto, habían cambiado la fórmula de saludo. Eli llevaba puesta una camisa a cuadros demasiado grande para ella y parecía como... encogida de nuevo. La piel seca y la cara más delgada. Ayer por la tarde ya había visto Oskar los primeros cabellos blancos, y hoy tenía más.

Cuando estaba sana, a Oskar le parecía que era la chica más bonita que había visto. Pero ahora... no se podía ni comparar. Nadie tenía ese aspecto. Los enanos. Pero los enanos no eran tan delgados, no había ninguno así. Daba las gracias porque ella no hubiera aparecido cuando estaban los otros chicos.

—¿Qué tal? —preguntó Oskar.

—Regular.

—¿Vamos a hacer algo?

—Pues claro.

Fueron hacia casa, hacia el patio, el uno al lado del otro. Oskar tenía un plan. Iban a sellar un pacto. Si se asociaban, Eli se pondría bien. Una idea sacada de la magia, inspirada en los libros que leía. Porque la magia... la magia *existe*, claro que sí. Aunque sólo sea un poco. Los que negaban la magia eran aquellos a quienes les iba mal.

Entraron en el patio. Oskar rozó con la mano el hombro de Eli.

—¿Vamos a mirar al cuarto de la basura?

—Vaaale.

Entraron por el portal de Eli y Oskar abrió la puerta del sótano.

—¿No tienes llaves del sótano? —preguntó él.

—No lo creo.

El sótano estaba totalmente a oscuras. La puerta golpeó con fuerza tras ellos. Se quedaron quietos el uno al lado del otro, respirando. Oskar susurró:

—Eli, ¿sabes? Hoy... Jonny y Micke intentaron tirarme al agua. En un agujero en el hielo.

—¡No! Tú...

—Espera. ¿Sabes lo que hice? Tenía una rama, una rama grande. Le di con ella a Jonny en la cabeza con tanta fuerza que sangró. Tuvo una conmoción cerebral, lo llevaron al hospital. Pero no me tiraron al agua. Yo... lo golpeé.

Se quedaron en silencio unos segundos. Luego Eli dijo:

—Oskar.

—¿Sí?

—¡Yupi!

Oskar se estiró hasta el interruptor de la luz, quería verle la cara. Encendió. Ella le miró directamente a los ojos y Oskar vio sus pupilas. Por unos instantes, antes de que se acostumbraran a la luz, eran como esos cristales con los que estaban trabajando en física, cómo se llamaban... elípticos.

Como los de los lagartos. No. Los de los gatos. Los gatos.

Eli parpadeó. Las pupilas estaban normales de nuevo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ven...

Oskar fue hasta el cuarto de la basura y abrió la puerta. El saco estaba casi lleno, hacía tiempo que no lo vaciaban. Eli se apretó a su lado y rebuscaron en la basura. Oskar encontró una bolsa con botellas vacías cuyos cascotes podían dar algo de dinero. Eli, una espada de juguete de plástico, la blandió en el aire y dijo:

—¿Vamos a mirar en los otros?

—No, Tommy y los otros a lo mejor están allí.

—¿Quiénes son?

—Ah, unos chicos mayores que tienen un cuarto en el que... se reúnen por las tardes.

—¿Son muchos?

—No, tres. La mayoría de las veces sólo Tommy.

—Y son peligrosos.

Oskar se encogió de hombros.

—Entonces podríamos mirarlo.

Fueron juntos hasta la puerta de la escalera de Oskar, en el siguiente pasillo del sótano, por la puerta de Tommy. Cuando Oskar ya estaba con la llave en la mano, a punto de abrir la última puerta, dudó. ¿Y si estaban allí? ¿Si veían a Eli? Si... ocurría

algo que él no fuera capaz de manejar. Eli blandía la espada de plástico delante de ella.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Abrió. Nada más entrar en el pasillo oyeron la música que venía del trastero del sótano. Volviéndose, susurró:

—¡Están aquí! Vámonos.

Eli se detuvo, olfateó.

—¿A qué huele?

Oskar comprobó que no se movía nadie al fondo del pasillo, olisqueó. No notó nada aparte de los olores normales del sótano. Eli dijo:

—A pintura. A pegamento.

Oskar olió de nuevo. Él no notaba nada, pero sabía de qué se trataba. Cuando se volvió hacia Eli para llevársela fuera de allí vio que ella estaba haciendo algo en la cerradura de la puerta.

—Venga, vámonos. ¿Qué haces?

—Yo sólo...

Mientras Oskar abría la puerta del siguiente pasillo del sótano, el camino de retirada, la puerta se cerró tras ellos. No sonó como de costumbre. No hizo clic. Sólo un suave sonido metálico. En el camino de vuelta hasta su sótano Oskar le contó a Eli lo de que esnifaban pegamento; y lo chiflados que se podían volver cuando esnifaban.

En su propio sótano se volvió a sentir seguro. Se puso de rodillas y empezó a contar las botellas vacías que había en la bolsa de plástico. Catorce cascos de cerveza y uno de alcohol que no se podía devolver.

Cuando alzó la vista para contarle a Eli el resultado, la muchacha estaba delante de él con la espada de plástico en alto a punto de golpear. Acostumbrado como estaba a golpes fortuitos se sobresaltó un poco, pero Eli farfulló algo y después bajó la espada hasta el hombro de Oskar, diciendo con la voz más profunda que fue capaz de poner:

—Con esto te nombro, vencedor de Jonny, caballero de Blackeberg y de todos los territorios limítrofes como Vällingby... mmm...

—Råcksta.

—Råcksta.

—¿Ängby, quizá?

—Ängby quizá.

Eli le iba dando un golpe suave en el hombro con la espada por cada nuevo sitio. Oskar sacó su cuchillo del bolso y, manteniéndolo en alto, se proclamó Caballero de Ängby quizá. Quería que Eli fuera la Bella Dama a la que él pudiera salvar del Dragón.

Pero Eli era un monstruo terrible que devoraba bellas vírgenes para el almuerzo, y era ella contra quien tenía que combatir. Oskar dejó el cuchillo en la funda mientras

luchaban, gritaban y corrían entre los pasillos. En medio del juego sonó una llave en la cerradura de la puerta del sótano.

Se escondieron rápidamente en una despensa donde apenas tenían espacio para sentarse cadera con cadera, respirando profunda y silenciosamente. Se oyó una voz de hombre.

—¿Qué estáis haciendo aquí abajo?

Oskar estaba sentado muy pegado a Eli. El pecho le borboteaba. El hombre dio unos pasos ya dentro del sótano.

Oskar y Eli contuvieron la respiración cuando el hombre se paró a escuchar. Luego dijo:

—Demonio de chicos —y se fue de allí. Se quedaron en la despensa hasta que estuvieron seguros de que el hombre había desaparecido, luego salieron arrastrándose y, apoyados en la pared de madera, echaron unas risitas. Tras un rato, Eli se tumbó en el suelo de cemento todo lo larga que era y se quedó mirando al techo. Oskar le dio en el pie.

—¿Estás cansada?

—Sí. Cansada.

Oskar sacó el cuchillo de la funda, lo miró. Era pesado, bonito. Pasó el dedo con cuidado por la punta del filo, lo retiró. Un pequeño punto rojo. Lo hizo de nuevo, más fuerte. Cuando apartó el cuchillo apareció una perla de sangre. Pero no era así como había que hacerlo.

—¿Eli? ¿Quieres hacer una cosa?

Ella seguía aún mirando al techo.

—¿El qué?

—¿Quieres... firmar un pacto conmigo?

—Sí.

Si ella hubiera preguntado que cómo, tal vez le hubiera explicado lo que había pensado hacer antes de hacerlo. Pero ella sólo dijo que sí. Que participaba, fuera lo que fuese. Oskar tragó fuerte, cogió la hoja del cuchillo con el filo contra la palma y, cerrando los ojos, lo deslizó por su mano. Un dolor punzante, intenso. Jadeó.

¿Lo he hecho?

Abrió los ojos, abrió la mano. Sí. Se podía ver una fina hendidura en la palma, la sangre manaba despacio; no, como él pensaba, en una estrecha línea, sino como una cinta de perlas que, mientras las miraba fascinado, se unieron en una línea más gruesa y más desigual.

Eli levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

Oskar tenía aún su mano delante de la cara y mirándosela fijamente dijo:

—Esto es muy sencillo. Eli, no era nada...

Puso su mano sangrante delante de ella. Sus ojos se agrandaron. Eli meneó con fuerza la cabeza mientras se echaba para atrás, alejándose.

—No, Oskar...

—¿Qué te pasa?

—Oskar, no.

—No duele casi nada.

Eli dejó de echarse para atrás, clavando la vista en la palma de Oskar mientras seguía negando con la cabeza. Éste sujetaba con la otra mano la hoja del cuchillo, se lo tendió con el mango por delante.

—Tú sólo tienes que pincharte en el dedo o así. Y luego lo mezclamos. Así sellaremos el pacto.

Eli no tomó el cuchillo. Oskar lo dejó en el suelo entre ellos para poder recoger con la mano buena una gota de sangre que caía de la herida.

—Venga, vamos. ¿No quieres?

—Oskar... no puede ser. Te contagiaría, tú...

—No se nota nada, esto...

Un fantasma se adueñó de la cara de Eli, transformándola en algo tan diferente de la chica que él conocía que se olvidó de la gota de sangre que caía de su mano. Parecía como si ahora ella fuera el monstruo que había fingido ser cuando jugaban, y Oskar se echó para atrás al tiempo que el dolor de su mano aumentaba.

—Eli, qué...

Ella se levantó, puso las piernas debajo del cuerpo, estaba a cuatro patas mirando fijamente la mano que sangraba, gateó un paso hacia él. Se detuvo, apretó los dientes y chilló:

—¡Vete de aquí!

A Oskar se le saltaron las lágrimas de miedo.

—Eli, termina. Deja de jugar. Déjalo.

Eli avanzó otro poco a cuatro patas, se paró de nuevo. *Obligó* a su cuerpo a bloquearse y, con la cabeza agachada, gritó:

—¡Vete! Si no, morirás.

Oskar se levantó, reuló un par de pasos. Sus pies tropezaron con la bolsa de las botellas vacías de manera que éstas cayeron estrepitosamente. Se apretó contra la pared mientras Eli gateaba hasta la pequeña mancha de sangre que había goteado de su mano.

Cayó otra botella más, rompiéndose contra el cemento, mientras Oskar permanecía arrimado contra la pared y sin quitarle ojo a Eli, que sacaba la lengua y lamía el sucio suelo de cemento en el sitio donde su sangre había caído.

Una botella tintineó débilmente y luego se paró. Eli lamía y lamía el suelo. Cuando alzó la cabeza, tenía una mancha gris de suciedad en la punta de la nariz.

—Vete... por favor... vete...

Después, el fantasma se posó de nuevo en su cara, pero antes de que se adueñara totalmente de ella se levantó y echó a correr a lo largo del pasillo del sótano, abrió la puerta de su portal y desapareció.

Oskar se quedó allí con la mano herida bien apretada. La sangre empezaba a manar por entre los dedos. Abrió la mano y miró la herida. Era más profunda de lo que él había planeado, pero no era peligroso, creía. La sangre empezaba ya a coagularse.

Miró la mancha ahora pálida del suelo. Luego probó a lamer un poco de sangre de la palma de su mano, escupió.

Iluminación nocturna.

Mañana por la mañana le iban a operar la boca y el cuello. Quizá esperaban que saliera algo. Conservaba la lengua, podía moverla dentro de la cavidad cerrada de la boca, chascar la mandíbula superior con ella. A lo mejor iba a poder hablar de nuevo, a pesar de que los labios habían desaparecido. Pero no pensaba hablar.

Una mujer, él no sabía si era policía o enfermera, estaba sentada en el rincón a unos metros de él leyendo un libro, vigilándolo.

¿Ponen tantos recursos cuando se trata de una persona normal-y-corriente que considera su vida acabada?

Había comprendido que era valioso, que esperaban mucho de él. Probablemente estarían en ese momento sentados rebuscando en viejos archivos casos que esperaban poder solucionar con él como autor de esos delitos. Había venido un policía por la mañana a tomarle las huellas dactilares. No había opuesto resistencia. No tenía importancia.

Posiblemente, las huellas dactilares podrían relacionarlo con las muertes tanto en Växjö como en Norrköping. Había estado intentando recordar cómo se las había arreglado, si había dejado huellas dactilares o de otro tipo. Probablemente sí.

Lo único que le inquietaba era que a través de todo aquello las personas consiguieran dar con Eli.

Las personas...

Le habían dejado notas en el buzón, lo habían amenazado.

Alguien que trabajaba en Correos y vivía en esa urbanización había soplado a los otros vecinos qué tipo de correo y qué tipo de películas recibía.

Pasaron unos meses antes de que fuera despedido de su trabajo en la escuela. No podían tener a alguien así entre los niños. Se había ido voluntariamente, pese a que probablemente podía haber llevado el asunto al sindicato.

No había *hecho* absolutamente nada en la escuela, tan tonto no era.

La campaña contra él cobró luego mayor intensidad y, al final, una noche alguien había lanzado una bomba incendiaria por la ventana de su cuarto de estar. Salió corriendo al jardín en calzoncillos y se quedó parado, mirando, mientras su vida se quemaba.

La investigación del caso se alargó tanto que no pudo cobrar nada de la empresa aseguradora. Con sus escasos ahorros había tomado el tren y alquilado una habitación en Växjö. Allí había empezado a cavarse su propia tumba.

Bebía hasta tal extremo que se emborrachaba con lo que pillara. Alcohol de uso cosmético, alcohol de quemar. Robaba polvos para fabricar vino al instante y levadura en las tiendas de pintura, se lo bebía todo antes de que hubiera siquiera fermentado.

Estaba fuera de casa todo lo que podía, de alguna manera quería que «las personas» lo vieran morir, día a día.

En mitad de la borrachera se volvió algo imprudente, metía mano a los chicos jóvenes, le pegaban, acababa en la comisaría. Pasó tres días en prisión preventiva y vomitó hasta los bofes. Lo soltaron. Continuó bebiendo.

Una tarde, cuando Håkan estaba sentado en un banco a la entrada de un parque de juegos, con una botella de vino fermentado a medias en una bolsa de plástico, llegó Eli y se sentó a su lado. En mitad de la borrachera, Håkan había puesto casi al momento la mano en los muslos de Eli. La muchacha había consentido que la mano siguiera allí, había cogido la cabeza de Håkan entre sus manos, la había vuelto hacia ella y le había dicho:

—Tú vas a estar conmigo.

Håkan farfulló algo acerca de que no tenía dinero para tanta belleza en aquel momento, pero que cuando la situación económica se lo permitiera...

Eli le había retirado la mano de su muslo, se había agachado y había cogido su botella de vino; la había tirado diciendo:

—Tú no entiendes. Escucha: vas a dejar de beber ya. Vas a estar conmigo. Me vas a ayudar. Te necesito. Y yo te voy a ayudar a ti.

Después Eli le había dado la mano, que Håkan tomó, y se habían ido juntos.

Dejó de beber y entró al servicio de Eli.

Ésta le dio dinero para comprarse ropa y para alquilar otro piso. Él lo hizo todo sin pararse a pensar si Eli era «mala» o «buena» o cualquier otra cosa. Era guapa, y le había devuelto su dignidad. Y en momentos excepcionales le había dado... ternura.

Oía cómo la vigilante volvía las hojas del libro que estaba leyendo. Probablemente alguna novela de kiosco. En *La República* de Platón «los guardianes» tenían que ser los más sabios de entre la gente. Pero esto era Suecia en 1981 y aquí leerían probablemente a Jan Guillou.

El hombre del agua, el hombre al que había hundido en el agua. Una torpeza, claro. Tenía que haber actuado como Eli le había dicho y haberlo enterrado. Pero nada en ese hombre podía llevarles tras la pista de Eli. Las marcas del mordisco en el cuello les parecerían extrañas, pero querrían pensar que se había desangrado en el agua. Las ropas del hombre estaban...

¡El jersey!

El jersey de Eli que Håkan había encontrado sobre el cuerpo del hombre cuando llegó para hacerse cargo de él. Debía habérselo llevado a casa, haberlo quemado, cualquier otra cosa.

En vez de eso lo había metido en la manga de la cazadora del hombre.

¿Cómo lo interpretarían? Un jersey de niño manchado de sangre. ¿Cabía la posibilidad de que alguien hubiera visto a Eli con ese jersey? ¿De que alguien pudiera reconocerlo? ¿Si lo mostraban en el periódico, por ejemplo? Alguien a quien Eli hubiera encontrado antes, alguien que...

Oskar. El chico del patio.

El cuerpo de Håkan se revolvió inquieto en la cama. La vigilante dejó el libro, lo miró.

—Nada de tonterías ahora.

Eli cruzó la calle Björnsonsgatan, siguió por el patio entre los edificios de nueve alturas, dos faros monolíticos sobre los agazapados edificios de tres alturas que había alrededor. No había nadie en el patio, pero salía luz de las ventanas de la sala de gimnasia; Eli trepó por la escalera de incendios y miró hacia dentro.

Tableteaba la música que salía de un pequeño magnetófono. Y al ritmo de la música un grupo de mujeres de mediana edad saltaba torpemente, dando vueltas de tal manera que el suelo de madera retumbaba. Eli se acurrucó en los peldaños metálicos de la escalera, puso la barbilla sobre las rodillas contemplando la escena.

Algunas mujeres tenían sobrepeso y sus abundantes pechos botaban bajo los jerséis como si fueran alegres pelotas de jugar a los bolos. Las mujeres saltaban y botaban, levantando tanto las rodillas que la carne temblaba en los pantalones demasiado estrechos. Se movían en círculo, daban palmadas, volvían a saltar. Todo mientras la música seguía machacando. Sangre caliente y llena de oxígeno fluía a través de sus músculos sedientos.

Pero eran demasiadas.

Eli saltó de la escalera de incendios, aterrizó suavemente sobre el suelo helado, siguió dando la vuelta al polideportivo y se paró fuera del edificio de la piscina.

Las grandes ventanas de cristales esmerilados reflejaban rectángulos de luz sobre la capa de nieve. En cada ventana grande había otra más pequeña, alargada, de cristal normal. Eli saltó y se colgó con las manos del borde del tejado, miró hacia dentro. Todo el recinto estaba vacío. La superficie de la piscina brillaba a la luz de los tubos fluorescentes. Había algunas pelotas flotando en el agua.

Bañarse. Chapotear. Jugar.

Eli se balanceaba de un lado a otro, como un péndulo oscuro. Mirando las pelotas, viéndolas volar lanzadas por los aires, risas y gritos y el agua salpicando. Soltó las manos del borde del tejado, cayó y, conscientemente, se dejó aterrizar tan fuerte que

se hizo daño; siguió por el patio de la escuela, se paró debajo de un árbol al lado del camino. Oscuro. No había nadie. Miró hacia la copa del árbol, a lo largo de los cinco, seis metros de tronco liso. Se quitó los zapatos. Se imaginó otras manos, otros pies.

Ya apenas le dolía, sentía sólo como un cosquilleo, una descarga eléctrica a través de los dedos de las manos y de los pies cuando se afilaban, se transformaban. Le crujían los huesos de los dedos cuando se estiraban, atravesando la piel ablandada de las puntas, transformándose en largas y curvadas garras. Lo mismo sucedía con los dedos de los pies.

Eli saltó un par de metros hacia arriba, hasta el tronco del árbol, clavó las garras y siguió trepando hasta una rama gruesa que colgaba sobre el camino. Enroscó las garras de los pies alrededor de la rama y se quedó quieta, sentada.

Sintió la dentera en la raíz de los dientes cuando los imaginó afilados. Las coronas se arquearon hacia fuera, una lima invisible los pulía, se volvieron puntiagudos. Eli se mordió con cuidado el labio inferior, una hilera de agujas en forma de media luna que a punto estuvieron de pincharle la piel.

Sólo tenía que esperar.

El reloj marcaba las diez y la temperatura dentro de la habitación se acercaba a lo insoportable. Habían caído dos botellas de aguardiente, había sacado otra y todos estuvieron de acuerdo en que Gösta se había portado de puta madre, que aquello no lo habría hecho porque sí.

Sólo Virginia había bebido con moderación, ya que tenía que levantarse para ir a trabajar al día siguiente. También parecía que era la única que notaba el olor del cuarto. Al aire, que ya apestaba a pis de gato y a falta de ventilación, se añadía ahora el humo del tabaco, los vahos del alcohol y el sudor de seis cuerpos.

Lacke y Gösta estaban todavía sentados uno a cada lado de ella en el sofá, ya casi fuera de juego. Gösta acariciaba al gato que tenía en las rodillas, un gato que *bizqueaba*, lo que hizo que Morgan rompiera a reírse a carcajadas con tal vehemencia que se golpeó la cabeza contra la mesa y tuvo que tomar un trago de alcohol puro para acallar el dolor.

Lacke no habló mucho. No hacía más que estar sentado, mirando fijamente al frente mientras los ojos se le iban cubriendo primero de vaho, luego de neblina, después de niebla espesa. Sus labios se movían de vez en cuando sin emitir ningún sonido, como si conversara con un fantasma.

Virginia se levantó y fue hasta la ventana.

—¿Puedo abrir?

Gösta negó con la cabeza.

—Los gatos... pueden... saltar fuera.

—Yo estaré aquí para vigilarlos.

Gösta seguía negando con la cabeza por pura inercia y Virginia abrió la ventana.

¡Aire! Tomó con avidez un par de bocanadas de aire no contaminado y se sintió mejor al instante. Lacke, que se había ido cayendo de lado en el sofá cuando le faltó el apoyo de Virginia, se enderezó y dijo en voz alta:

—¡Un amigo! ¡Un amigo... de verdad!

Murmullo aprobatorio en el cuarto. Todos comprendieron que se refería a Jocke. Larry, mirando fijamente el vaso vacío que sujetaba en la mano, continuó:

—Tienes un amigo... que nunca te falla. Y eso es *lo que más vale*. ¿Me estáis escuchando? ¡Lo que más! Y que sepáis que Jocke y yo éramos... eso.

Apretó el puño con fuerza agitándolo delante de la cara.

—Y eso no puede sustituirlo nada. ¡*Nada!* Vosotros no estáis más que aquí susurrando que «qué tío más majo» y así, pero es que vosotros... vosotros estáis *vacíos*. ¡Como cáscaras! Yo ya no tengo a *nadie* ahora que Jocke... ha muerto. *Nadie*. Así que no me habléis de pérdida, no me habléis de...

Virginia estaba al lado de la ventana oyéndole. Se acercó a Lacke como para recordarle *su* existencia. Se sentó en cuclillas a sus pies, intentó atraer su mirada, dijo:

—Lacke...

—¡No! ¡No vengáis ahora... «Lacke, Lacke»... esto es así y se acabó! Pero tú no lo entiendes. Tú eres... fría. Te vas a la ciudad y eliges algún camionero o lo que sea, te lo traes a casa y le dejas que te joda cuando ya no aguantas más. Eso es lo que tú haces. La puta caravana de camioneros que te habrás tirado. Pero un amigo... un amigo...

Virginia se levantó con lágrimas en los ojos, le dio una bofetada a Lacke y se fue del piso. Lacke se cayó en el sofá golpeándole el hombro a Gösta. Gösta murmuró:

—La ventana, la ventana...

Morgan la cerró, dijo:

—Vaya, Lacke. Bien hecho. No volverás a verla más, seguro.

Lacke se levantó, con las piernas que apenas lo sostenían avanzó hasta Morgan, que estaba de pie mirando por la ventana:

—Joder, no quería decir...

—No, no. Mejor se lo dices a ella.

Morgan señaló hacia abajo, hacia la calle, donde Virginia acababa de salir del portal y se dirigía con paso rápido y la mirada gacha hacia abajo, hacia el parque. Lacke oyó lo que había dicho. Sus últimas palabras permanecían como un eco dentro de su cabeza. ¿He dicho eso yo? Dio la vuelta y se apresuró hacia la puerta.

—Sólo tengo que...

Morgan asintió.

—No te entretengas. Salúdala de mi parte.

Lacke bajó corriendo las escaleras tan rápido como sus piernas temblorosas podían. Las escaleras moteadas eran como una película ante sus ojos y la barandilla se deslizaba tan deprisa que le escocía la mano por el calor de la rozadura. Tropezó

en uno de los descansillos, se cayó y se dio un buen golpe en el codo. El brazo se le calentó y se le quedó como paralizado. Se levantó y siguió dando traspiés escalera abajo. Acudía en auxilio para salvar una vida: la suya.

Virginia pasó los edificios altos, iba parque abajo, sin mirar atrás.

Lloraba con hipo, casi corriendo como para dejar atrás las lágrimas. Pero la seguían, le arrasaban los ojos y caían como goterones por las mejillas. Los tacones se clavaban en la nieve, sonaban contra el pavimento de asfalto del camino del parque. Llevaba los brazos cruzados, abrazándose.

No se veía a nadie, así que dio rienda suelta al llanto mientras avanzaba hacia casa, apretándose el estómago con las manos; le dolía allí dentro como si tuviera un feto maligno.

Ábrete a una persona y te hará daño.

No le faltaban motivos para que sus relaciones fueran cortas. No se abría. De hacerlo, había muchas más posibilidades de que la dañaran. Debía consolarse. Se puede vivir con angustia mientras ésta tenga sólo que ver con una misma, mientras no haya esperanza.

Sin embargo había confiado en Lacke. En que algo podría crecer poco a poco. Y al final, un día... ¿Qué? Se aprovechaba de su comida y de su calor, pero en realidad no significaba *nada* para él.

Caminó encogida a lo largo del camino del parque, cobijando su pena. Iba con la espalda encorvada y era como si tuviera allí un demonio que le fuera susurrando cosas terribles al oído.

Nunca más. Nada.

Justo cuando empezaba a imaginarse qué aspecto tendría ese demonio, cayó sobre ella.

Un peso grande se posó en su espalda y cayó de lado sin tiempo de poner las manos. Su mejilla chocó contra la nieve y las lágrimas se convirtieron en hielo. El peso seguía allí.

Por un momento creyó que se trataba realmente del demonio de la pena que había tomado forma y caído sobre ella. Luego llegó el dolor del desgarramiento en el cuello cuando unos dientes afilados se le clavaban en la piel. Consiguió ponerse en pie de nuevo, dando vueltas, intentando quitarse de encima aquello que tenía en la espalda.

Había algo que le mordía la nuca, el cuello, un chorro de sangre se escurría entre sus pechos. Gritó como una loca e intentó quitarse aquel animal de la espalda a empujones, continuó gritando mientras volvió a caer en la nieve.

Hasta que algo duro le tapó la boca. Una mano.

En la mejilla, una garra que se clavaba más y más en la carne blanda... hasta llegar al hueso del pómulo.

Los dientes dejaron de triturar y oyó un sonido como cuando se sorbe con una

paja lo último del vaso. Le cayó un líquido en los ojos y no supo si eran lágrimas o sangre.

Cuando Lacke salió del edificio alto, Virginia no era más que una figura oscura que se movía a lo lejos en el camino del parque, en dirección a la calle Arvid Mörnes. Le oprimía el pecho tras la carrera por las escaleras y el dolor del codo se extendía hasta el hombro. Pese a todo, iba corriendo. Corría cuanto podía. Se le empezó a despejar la cabeza con el aire fresco, y el miedo a perderla lo impulsaba.

Al llegar al recodo donde el «camino de Jocke», como él había empezado a llamarlo, se encontraba con «el camino de Virginia» se paró y logró tomar aire para llamarla. Ella iba por el camino sólo a unos cincuenta metros de él, bajo los árboles.

Justo cuando iba a gritar vio cómo del árbol caía una sombra sobre Virginia, se posaba en ella y la hacía caer al suelo. El grito se quedó en silbido y echó a correr hacia allí. Quería gritar, pero no tenía aire suficiente como para correr y gritar al tiempo.

Corrió.

Delante de él Virginia se levantaba con un gran fardo en la espalda, girando como si tuviera una joroba enloquecida, y volvió a caer.

No tenía ningún plan, ninguna idea. Sólo ésta: llegar hasta Virginia y quitarle aquello de la espalda. Estaba tendida en la nieve al lado del camino con esa masa negra agitándose sobre ella.

Llegó y empleó las fuerzas que le quedaban en dar una patada directamente al bulto negro. Su pie chocó con algo duro y oyó un crujido como cuando el hielo se rompe. El bulto negro cayó de la espalda de Virginia, aterrizó a su lado.

Virginia no se movía, había manchas oscuras en la nieve. El bulto negro se levantó.

Un niño.

Lacke se quedó mirando el más dulce de los rostros infantiles enmarcado por una orla de cabellos negros. Un par de ojos grandes, negros, se cruzaron con los de Lacke.

El niño se puso a cuatro patas como un felino, dispuesto a atacar. Su cara se transformó cuando abrió los labios y Lacke pudo ver la hilera de dientes afilados brillando en la oscuridad.

Hubo un par de respiraciones jadeantes. El niño seguía a cuatro patas y Lacke pudo observar entonces que sus pies eran garras, nítidamente perfiladas contra la nieve.

Entonces una mueca de dolor cruzó la cara del pequeño, se puso de pie y echó a correr en dirección a la escuela con pasos largos y rápidos. Unos segundos después se deslizó en las sombras y desapareció.

Lacke se quedó allí parpadeando para evitar que el sudor le entrara en los ojos. Luego se tiró al suelo al lado de Virginia. Vio la herida. Toda la parte posterior de la

cabeza estaba rajada, hilillos negros que subían hasta la raíz del pelo y caían por la espalda. Se quitó la cazadora, se quitó el jersey que llevaba debajo, lo arrebujó como una pelota y lo apretó contra la herida.

—¡Virginia! ¡Virginia! Querida, amada...

Por fin pudo soltar aquellas palabras.

Jueves 5 de Noviembre

De viaje a casa de su padre. Cada recodo del camino le resultaba conocido; había hecho aquel trayecto... ¿cuántas veces? Solo, tal vez diez o doce, pero con su madre otras treinta, por lo menos. Sus padres se habían separado cuando tenía cuatro años, pero Oskar y ella habían seguido yendo allí los fines de semana y durante las vacaciones.

Los últimos tres años le habían dejado viajar solo en el autobús. Esta vez su madre ni siquiera lo había acompañado hasta la Escuela Técnica Superior, desde donde salían los autobuses. Ya era un chico mayor, con su propia tarjeta prepago para el metro en la cartera.

En realidad tenía la cartera sólo para llevar la tarjeta, pero ahora, además, guardaba allí veinte coronas para golosinas y cosas así, y las notas de Eli.

Oskar se tocó la venda de la mano. No quería volver a verla. Era repulsiva. Lo que había ocurrido en el sótano había sido como si...

Ella mostrara su verdadero rostro.

... había algo en ella, algo que era... Lo Terrible. Todo aquello de lo que uno debe cuidarse. Grandes alturas, fuego, cristales en la hierba, serpientes. Todo aquello de lo que su madre se esforzaba tanto en protegerlo.

Quizá fuera por eso por lo que no había querido que Eli y su madre se conocieran. Su madre se habría dado cuenta de inmediato, le habría prohibido acercarse a ello. A Eli.

El autobús salió de la autopista, torció hacia abajo, hacia Spillersboda. Aquél era el único que iba hacia Rådmandså, por eso tenía que ir dando rodeos para pasar por tantos pueblos como fuera posible. El vehículo atravesó un paisaje montañoso con pilas de tablas amontonadas en el Aserradero de Spillersboda, hizo un giro brusco y a punto estuvo de deslizarse cuesta abajo contra el muelle.

No se había quedado a esperar a Eli el viernes por la tarde.

En lugar de eso, cogió su trineo y fue a deslizarse solo por la Cuesta del Fantasma. Su madre se enfadó con él porque se había quedado en casa todo el día, sin ir a la escuela, resfriado, pero Oskar le dijo que ya se encontraba mejor.

Fue hacia el Parque Chino con el trineo a la espalda. La Cuesta del Fantasma empezaba cien metros más allá de la última farola del parque, cien metros de oscuro bosque. La nieve crujía bajo sus pies. El absorbente susurro del bosque, como un aliento. La luz de la luna se filtraba hasta el suelo y entre los árboles parecía un entramado de sombras en el que hubiera figuras sin rostro esperando, moviéndose hacia delante y hacia atrás.

Alcanzó el punto donde el camino empezaba a descender abruptamente hacia la Ensenada del Molino, se sentó en el trineo. La Casa del Fantasma era una pared negra

al lado de la cuesta, una prohibición: *No puedes estar aquí cuando es de noche. Éste es nuestro sitio ahora. Si quieres jugar aquí, tienes que jugar con nosotros.*

Al final de la cuesta brillaban algunas luces del club náutico de la Ensenada de Kvarnvikén. Oskar se desplazó unos centímetros más hacia delante, el desnivel hizo el resto y el trineo empezó a deslizarse. Agarraba el volante con fuerza, quería cerrar los ojos pero no se atrevía, porque entonces podía salirse de la pista, caer por el abrupto precipicio contra la Casa del Fantasma.

Corría cuesta abajo, un proyectil de nervios y músculos tensos. Más y más rápido. De la Casa del Fantasma salían brazos deformados que, cubiertos de nieve en polvo, le tiraban del gorro, le rozaban las mejillas.

Puede que no fuera más que una ráfaga de viento, pero en la parte baja de la cuesta se topó con una maraña transparente y viscosa que estaba atravesada y bien tensada en medio de la pista, como tratando de detenerlo. Pero iba demasiado rápido.

El trineo atravesó la maraña, que se quedó pegada a la cara y al cuerpo de Oskar, luego dio de sí, se estiró hasta romperse y cruzó a través de ella.

En la ensenada de Kvarnvikén brillaban las luces. Sentado en su trineo miraba el lugar donde el día antes por la mañana había derribado a Jonny. Se volvió. La Casa del Fantasma era una fea gualdrapa de chapa.

Tirando del trineo subió de nuevo la cuesta. Se lanzó. Arriba de nuevo. Abajo. No podía dejarlo. Y siguió tirándose. Se estuvo deslizando hasta que su cara se convirtió en una máscara de hielo.

Luego se fue a casa.

No había dormido más de cuatro o cinco horas aquella noche, tenía miedo de que llegara Eli por lo que se vería obligado a decir, a hacer, si ella se presentaba: rechazarla. Por eso se había quedado dormido en el autobús hacia Norrtälje y no se había despertado hasta que llegaron. En el autobús de Rådmanö se mantuvo despierto, jugando al juego de recordar todo lo que pudiera a lo largo del recorrido.

Ahí delante tiene que aparecer enseguida una casa pintada de amarillo con un molino de viento en el césped.

Una casa pintada de amarillo con un molino de viento nevado pasó por la ventana. Y así. En Spillersboda se subió una chica al autobús. Oskar se agarró al asiento de delante. Se parecía un poco a Eli, pero por supuesto no era ella. La chica se sentó un par de asientos delante de Oskar. Él se quedó mirándole la nuca.

¿Qué es lo que le pasa?

Aquel pensamiento ya se le había ocurrido a Oskar abajo, en el sótano, cuando estuvo recogiendo las botellas y se secó la sangre de la mano con un trozo de tela del cuarto de la basura, que Eli era una vampira. Eso explicaba un montón de cosas.

Que nunca saliera de día.

Que pudiera *ver en la oscuridad*, cosa que él sabía de sobra que podía hacer.

Además de un montón de cosas: la manera de hablar, el cubo, la agilidad, cosas que sin duda *podían* tener una explicación natural... pero es que, además, estaba la

forma en que había chupado su sangre del suelo, y lo que realmente le congelaba las entrañas cuando pensaba en ello:

¿Puedo entrar? Dime que puedo entrar.

Que necesitara una invitación para poder entrar en su habitación, en su cama. Y él la había invitado. Una vampira. Un ser que vivía de la sangre de los demás. Eli. No había ni *una* sola persona a quien pudiera contárselo. Nadie le creería. Y si alguien, pese a todo, le creyera, ¿qué pasaría?

Oskar vio ante sí una multitud de hombres que cruzaban el arco de entrada a Blackeberg, donde él y Eli se habían abrazado, con estacas afiladas en las manos. Entonces sintió miedo por Eli, no quería volver a verla, pero *aquello* no quería que ocurriera.

Tres cuartos de hora después de que se subiera al autobús en Norrtälje llegó a Södersvik. Tiró de la cuerda y la campanilla sonó delante, al lado del conductor. El autobús se paró justo ante la tienda y Oskar tuvo que esperar a que bajara primero una señora mayor a la que conocía pero de la que ignoraba su nombre.

Su padre estaba al pie de la escalera, asintió con la cabeza y dijo: «Hum» a la señora mayor. Oskar bajó del autobús, se quedó un momento parado delante de su padre. La última semana habían sucedido cosas que le hacían sentirse mayor. No adulto, pero sí más mayor. Eso se le vino abajo cuando estuvo ante su padre.

Su madre aseguraba que su padre era infantil de una forma equivocada. Inmaduro, incapaz de asumir responsabilidades. Bueno, ella decía también cosas buenas de él, pero aquello era un escollo constante. La inmadurez.

Para Oskar, su padre allí, extendiendo los brazos, era la imagen del adulto. Y Oskar cayó en esos brazos.

Su padre olía diferente a todas las demás personas de la ciudad. En su viejo chaleco Helly Hansen remendado con cinta de velero había siempre la misma mezcla de madera, pintura, metal y, sobre todo, aceite. Ésos eran sus olores, pero Oskar no pensaba en ello de aquella manera. Era sencillamente «el olor de su padre». Le gustaba aquel olor y aspiró profundamente por la nariz mientras hundía la cara en el pecho de su padre.

—Sí, hola.

—Hola, papá.

—¿Ha ido bien el viaje?

—No, hemos chocado con un alce.

—¡Huy! No me digas.

—Sólo es una broma.

—Ya, ya. Bueno. Pero yo me acuerdo de que una vez...

Mientras iban hacia la tienda su padre empezó a contar la historia de cómo una vez atropelló a un alce con un camión. Oskar, que ya había oído la historia antes, asentía de vez en cuando mirando a su alrededor.

La tienda de Södervik tenía el mismo aspecto sucio de siempre. Los rótulos y

banderines que se habían quedado allí a la espera del próximo verano hacían que todo el lugar se asemejara a un puesto de helados desmesurado. La gran carpa detrás de la tienda, donde vendían herramientas para el jardín, muebles para exteriores y cosas por el estilo, tenía el acceso cerrado con unas cuerdas porque ya no era temporada.

En verano, la población de Södervik se multiplicaba por cuatro. Toda la zona alrededor de la ensenada de Norrtälje, la isla de Lågarö, era un hormiguero de casitas de verano y segundas residencias, y aunque los buzones abajo, hacia la isla de Lågarö, colgaban en hileras dobles de treinta casilleros en cada una, el cartero no tenía que ir casi nunca allí en esta época del año. No había nadie, no había correo.

Justo cuando llegaron hasta la moto, su padre terminó de contar la historia del alce.

—... así que tuve que darle un golpe con una palanqueta que tenía para abrir cajones y esas cosas. Justo entre los ojos. Él se tambaleó así y... bueno. No, no fue tan agradable.

—No. Claro.

Oskar se montó sobre el portaequipajes delantero, puso las piernas debajo. Su padre rebuscó en el bolsillo del chaleco, sacó un gorro.

—Toma. Que se quedan un poco frías las orejas.

—No, si tengo.

Oskar sacó su propio gorro, se lo puso. Su padre se volvió a guardar el otro en el bolsillo.

—¿Y tú? Que se quedan un poco frías las orejas.

Su padre se rió.

—No, yo estoy acostumbrado.

Eso ya lo sabía Oskar. Sólo quería chincharle un poco. No podía recordar haber visto nunca a su padre con gorro. Si hacía frío de verdad y soplaban el viento podía ponerse una especie de gorra de piel de oso con orejeras que él llamaba «la herencia», pero nada más.

Su padre pisó el pedal de la moto para ponerla en marcha y ésta sonó como una motosierra. Dijo algo sobre «el punto muerto» y metió la primera. La moto pegó un tirón hacia delante que a punto estuvo de hacer que Oskar se cayera hacia atrás y su padre gritó: «¡el embrague!», y se pusieron en marcha.

Segunda. Tercera. La moto fue cogiendo velocidad mientras cruzaban el pueblo. Oskar iba sentado como un sastre sobre el ruidoso portaequipajes. Se sentía como el rey de todos los reinos de la tierra y habría podido seguir viajando eternamente.

Se lo había explicado un médico. Los gases que había aspirado le habían quemado las cuerdas vocales y lo más probable era que no pudiera volver a hablar normal. Una nueva operación podría devolverle la capacidad de producir sonidos vocálicos, pero como incluso la lengua y los labios estaban gravemente afectados, serían necesarias

nuevas operaciones para restablecer la posibilidad de reproducir las consonantes.

Como viejo profesor de sueco, Håkan no podía dejar de maravillarse con aquel pensamiento: producir la voz por vía quirúrgica.

Sabía bastante de fonemas y de las mínimas unidades del idioma, comunes a muchas culturas, pero nunca se había parado a pensar en las herramientas propias de éste —paladar, labios, lengua, cuerdas vocales— de aquella manera. Tallar el idioma con el bisturí a partir de una materia prima informe, como salían las esculturas de Rodin del mármol bruto.

Y, pese a todo, carecía totalmente de sentido. No pensaba hablar. Además, sospechaba que el médico le había hablado de aquella manera por alguna razón especial. Él era lo que llaman una persona propensa al suicidio, por lo que era importante inculcarle una especie de concepción lineal del tiempo. Devolverle la idea de la vida como un proyecto, como un sueño de futuras conquistas.

Pero él no la compraba.

Si Eli lo necesitaba, podía pensar en vivir. Si no, no. Nada hacía pensar que Eli lo necesitara.

Pero ¿cómo habría podido Eli ponerse en contacto con él en este sitio?

Por las copas de los árboles fuera de la ventana suponía que se encontraba en los pisos de arriba.

Además, bien vigilado. Aparte del médico y las enfermeras había siempre, al menos, un policía cerca. Eli no podía llegar hasta él y él no podía llegar hasta Eli. La idea de fugarse, de ponerse en contacto con Eli por última vez se le había pasado por la cabeza. Pero ¿cómo?

La operación de garganta había hecho que pudiera respirar de nuevo, ya no necesitaba estar conectado a un respirador. Sin embargo, la comida no la podía tomar por la vía normal (aquello también lo iban a arreglar, según le había asegurado el médico). El tubo del goteo se movía continuamente de acá para allá dentro de su campo visual. Si lo arrancaba, probablemente empezaría a pitar en algún sitio, y además veía también sumamente mal. Escaparse rozaba lo impensable.

Una cirugía plástica había consistido en trasplantarle un trozo de piel de su propia espalda al párpado, para que pudiera cerrar los ojos.

Los cerró.

La puerta de su habitación se abrió. Tocaba otra vez. Reconoció la voz. El mismo hombre que las otras veces.

—Bueno, bueno —saludó el hombre—. Dicen que de todas formas no podrás hablar durante algún tiempo. Es una lástima. Pero el caso es que sigo empeñado en que, pese a todo, tú y yo podríamos comunicarnos si tú pusieras un poco de tu parte.

Håkan trató de recordar lo que decía Platón en *La República* acerca de los asesinos y de los violentos, cómo había que actuar con ellos.

—Bueno, ya puedes también cerrar los ojos. Eso está bien. ¿Oye? ¿Y si empiezo a ser algo más concreto? Porque me pega a mí que tú a lo mejor crees que no vamos a

poder identificarte. Pero lo vamos a hacer. Tenías un reloj de pulsera del que seguramente te acordarás. Por suerte se trataba de un reloj viejo con las iniciales del fabricante, el número de serie y todo. Daremos con él en un par de días, de una u otra forma. Una semana quizá. Y hay más cosas.

»Te encontraremos, eso tenlo por seguro.

»Así que... Max. No sé por qué te quiero llamar Max. Es sólo provisionalmente. ¿Max? ¿Querías ayudarnos un poco? Si no, tendremos que hacerte una fotografía y quizá publicarla en los periódicos y... bueno, ya sabes. Será más lioso. Cuánto más sencillo si tú hablastes... o algo... conmigo *ahora*.

»Tenías un papel con el código de Morse en el bolsillo. ¿Sabes el alfabeto Morse? Porque en ese caso podemos comunicarnos dando golpecitos.

Håkan abrió el ojo, miró en dirección a las dos manchas oscuras dentro del óvalo blanco y borroso que era la cara del hombre. Éste decidió obviamente interpretarlo como una invitación y siguió:

—Luego está ese hombre del agua. Está claro que no fuiste *tú* el que lo mató, ¿verdad? Los patólogos dicen que las marcas de las mordeduras probablemente hayan sido hechas por *un niño*. Y ya hemos recibido una denuncia, algo en lo que lamentablemente no puedo entrar en detalles, pero... pero creo que estás protegiendo a alguien. ¿Es así? Levanta la mano si es así.

Håkan cerró el ojo. El policía lanzó un suspiro.

—De acuerdo. Entonces dejaremos que la investigación siga su curso, pues. ¿No quieres decirme algo antes de que me vaya?

El policía estaba a punto de levantarse cuando Håkan alzó una mano. El policía se volvió a sentar. Håkan levantó la mano más alto. Y le dijo adiós con ella.

Adiós.

Al policía se le escapó un bufido, se incorporó y se fue.

Las heridas de Virginia no habían sido graves. El viernes por la tarde pudo abandonar el hospital con catorce puntos y un apósito grande en el cuello y otro algo más pequeño en la mejilla. Rechazó el ofrecimiento de Lacke para quedarse con ella, para vivir en su casa hasta que se pusiera mejor.

Virginia se acostó el viernes por la noche convencida de que se levantaría para ir a trabajar el sábado por la mañana. Su economía no le permitía quedarse en casa.

Pero no le resultó fácil conciliar el sueño. El recuerdo del ataque no dejaba de darle vueltas en la cabeza, no podía relajarse. Le parecía ver saliendo de las sombras del techo del dormitorio bultos negros que se abalanzaban sobre ella, allí tendida en la cama y con los ojos bien abiertos. Le picaba la herida del cuello bajo el enorme apósito. Hacia las dos de la madrugada le entró hambre, fue a la cocina y abrió el frigorífico.

Sentía el estómago totalmente vacío, pero al mirar la comida que había no

encontró nada que le apeteciera. Sin embargo, por pura inercia sacó pan, mantequilla, queso y leche, lo puso todo sobre la mesa de la cocina.

Se preparó un bocadillo de queso y se llenó un vaso de leche. Luego se sentó a la mesa y se quedó mirando el líquido blanco del vaso, la rebanada de pan marrón con la capa amarilla de queso encima. Parecía asqueroso. No quería comer aquello. Tiró el bocadillo a la basura, la leche al fregadero. En el frigorífico había una botella de vino blanco que estaba a medias. Se sirvió un vaso, se lo llevó a los labios. Cuando sintió el olor del vino se le quitaron las ganas.

Sintiéndose derrotada se puso un vaso de agua del grifo. Al acercárselo a la boca, vaciló. ¿El *agua* sin embargo siempre se podía...? Sí. Agua podía beber. Aunque sabía a... moho. Como si todo lo que había de bueno en el agua lo hubieran quitado y hubieran dejado sólo los sedimentos del fondo.

Se acostó de nuevo, estuvo acostada dando vueltas unas horas más; al final, se quedó dormida.

Cuando se despertó, el reloj marcaba las diez y media. Se tiró de la cama, se puso la ropa en la penumbra del dormitorio. Dios mío. Tenía que haber estado en la tienda a las *ocho*. ¿Por qué no la habían llamado?

Espera. La *había* despertado el sonido del teléfono. Había estado sonando en su último sueño antes de que se despertara, después había dejado de sonar. Si no la hubieran llamado estaría aún durmiendo. Se abrochó la blusa y fue hasta la ventana, levantó la persiana.

La luz le llegó como una bofetada en la cara. Retrocedió, alejándose de la ventana y soltando la cuerda de la persiana. Se sentó en la cama. Unos rayos de luz se colaban con un ruido áspero y caían atravesados sobre su pie desnudo.

Mil alfileres.

Como si le estuvieran tirando de la piel en dos direcciones distintas al mismo tiempo, un dolor que se extendía sobre la piel expuesta.

¿Qué me pasa?

Retiró el pie, se puso los calcetines. Puso el pie en la luz de nuevo. Mejor. Sólo cien alfileres. Se levantó para ir al trabajo, se sentó otra vez.

Una especie de... choque.

La impresión al levantar la persiana había sido terrible. Como si la luz fuera una materia pesada que arrojada contra su cuerpo la sacara de sí misma. Lo peor eran los ojos. Dos dedos forzudos que se apretaran contra ellos y amenazaran con sacarlos de sus órbitas. Aún le escocían.

Se frotó los ojos con las manos, buscó sus gafas de sol en el armario del cuarto de baño y se las puso.

Estaba hambrienta, pero bastaba con que pensara en el frigorífico, en el contenido de la despensa, para que las ganas de desayunar desaparecieran. Además no tenía

tiempo. Ya iba casi con tres horas de retraso.

Salió, cerró la puerta y bajó las escaleras lo más rápido que pudo. El cuerpo estaba débil. Puede que fuera un error ir al trabajo, después de todo. Bueno. La tienda sólo estaría abierta cuatro horas más, y era *entonces* cuando empezaban a llegar los clientes del sábado.

Ocupada en esas cuestiones no se lo pensó dos veces antes de abrir la puerta del portal.

Ahí estaba otra vez la luz.

Le hacía daño en los ojos a pesar de las gafas de sol, como si le echaran agua hirviendo en la cara y en las manos. Lanzó un grito. Metió las manos en las mangas del abrigo, agachó la cabeza y *corrió* hacia la tienda.

Una vez dentro, se aplacaron rápidamente el escozor y el dolor. La mayoría de las ventanas de la tienda estaban cubiertas de anuncios y papel celofán para que la luz del sol no estropeará los alimentos. Algo de daño sí que le hacía de todos modos, pero eso podía ser porque por las ventanas se filtraba algo de claridad, por las rendijas entre los anuncios. Se quitó las gafas de sol y se dirigió a la oficina.

Lennart, el encargado de la tienda y su jefe, estaba rellenando algunos impresos, pero alzó la vista cuando ella entró. Virginia se había esperado algún tipo de reprimenda, pero él sólo le dijo:

—Hola, ¿qué tal estás?

—Bueno... bien.

—¿No deberías estar en casa descansando un poco?

—Sí, pero pensé que...

—No tenías por qué haberlo hecho. Lotten se encargará hoy de la caja. Te he llamado antes, pero como no contestabas, pues...

—¿Entonces no hay nada que hacer?

—Habla con Berit en la charcutería. Oye, Virginia...

—¿Sí?

—Sí, qué mala suerte todo eso que pasó. No sé qué puedo decir, pero... lo siento. Y entiendo que necesites tomártelo con tranquilidad un tiempo.

Virginia no entendía nada. Lennart no era de los que se apiadaban de las enfermedades ni de los problemas de los demás. Y presentarle de aquella manera su *personal condolencia* era algo totalmente nuevo. Probablemente sería porque ella tenía un aspecto ciertamente lamentable con la mejilla hinchada y los esparadrapos.

Virginia le contestó:

—Gracias. Ya veré lo que hago —y se fue a la charcutería.

Pasó por las cajas para saludar a Lotte. Había cinco personas esperando para pasar por la caja de su compañera y Virginia pensó que debería abrir otra, a pesar de todo. La cuestión sin embargo era si Lennart *quería* que ella estuviera en la caja con el aspecto que tenía.

Cuando se acercó a la luz de la ventana no cubierta que había detrás de las cajas

volvió a ocurrir lo mismo. La cara se le ponía tirante, los ojos le dolían. No era tan malo como la luz directa del sol fuera, en la calle, pero sí bastante molesto. No podría estar allí sentada.

Lotte la vio y la saludó entre dos clientes.

—Hola, lo he leído... ¿Qué tal estás?

Virginia alzó la mano, moviéndola de un lado a otro: así, así.

¿Leído?

Agarró los periódicos *Svenska Dagbladet* y *Dagens Nyheter*, se los llevo a la charcutería y echó una ojeada rápida a las portadas. Allí no ponía nada. Habría sido demasiado.

La charcutería estaba al fondo de la tienda, al lado de los lácteos, estratégicamente colocados para que uno tuviera que recorrer toda la tienda hasta llegar a ellos. Virginia se paró al lado de las estanterías repletas de conservas. Le temblaba de hambre todo el cuerpo. Miró detenidamente los botes.

Tomate triturado, champiñones, mejillones, atún, raviolis, salchichas, sopa de guisantes... nada. Sólo le daba asco.

Berit alcanzó a verla desde la charcutería, la saludó con la mano. Tan pronto como Virginia llegó detrás del mostrador Berit la abrazó, tocó con cuidado la tirita que llevaba en la mejilla.

—¡Uf! Qué pobre.

—No, pero está...

¿Bien?

Se retiró hasta el pequeño almacén detrás de la charcutería. Si dejaba que Berit se arrancara acabaría con una buena perorata acerca del sufrimiento en general y de la maldad en la sociedad actual en particular.

Virginia se sentó en una silla entre la báscula y la puerta del congelador. Aquel espacio no tenía más que unos metros cuadrados, pero era el lugar más agradable de toda la tienda. Hasta allí no llegaba la luz de la calle. Hojeó los periódicos y en una noticia marginal en la sección nacional de *Dagens Nyheter* pudo leer:

Mujer atacada en Blackeberg

Una mujer de cincuenta años fue atacada y herida en la noche del viernes en Blackeberg, en las afueras de Estocolmo. Un transeúnte que pasaba por ese lugar intervino y el delincuente, una mujer joven, huyó inmediatamente del lugar. Se desconoce el motivo de la agresión. La policía investiga ahora la posible relación de este suceso con otros hechos violentos ocurridos en la Zona Oeste en las últimas semanas. Las heridas de la mujer de cincuenta años, según hemos podido saber, no revisten gravedad.

Virginia dejó el periódico. Qué extraño leer acerca de sí misma de esta manera.

«Una mujer de cincuenta años», «transeúnte», «no revisten gravedad». Todo lo que se ocultaba detrás de aquellas palabras.

«La posible relación». Sí, Lacke estaba totalmente convencido de que ella había sido atacada por el mismo niño que mató a Jocke. Aunque se había visto obligado a morderse la lengua para no contarlo en el hospital cuando una mujer policía y un médico le hicieron a Virginia una nueva revisión de las heridas el viernes por la mañana.

Pensaba contarlo, pero quería informar antes a Gösta, creía que Gösta cambiaría de opinión ahora que incluso Virginia se había visto expuesta.

Virginia oyó unos crujidos y miró a su alrededor. Le llevó unos segundos comprender que era ella misma la que temblaba de tal manera que el periódico que tenía en las manos producía aquellos sonidos. Dejó el diario en la repisa que había encima de las batas de la charcutería, salió hasta donde estaba Berit.

—¿Algo que pueda hacer?

—Pero mi niña, ¿de verdad vas a trabajar?

—Sí, es mejor si hago algo.

—Lo entiendo. Pues entonces puedes ir pesando las gambas. En bolsas de medio kilo. Pero ¿no *deberías*...?

Virginia negó con la cabeza y volvió al almacén. Se puso una bata blanca y un gorro, sacó una caja de gambas del congelador, se envolvió la mano en un plástico y empezó a pesar. Removía en la caja de cartón con la mano enfundada, ponía las gambas en bolsas de plástico, las pesaba en la báscula. Un trabajo aburrido, mecánico; la mano derecha se le quedó congelada con la cuarta bolsa. Pero estaba haciendo algo, y eso mantenía su mente ocupada por un rato.

Por la noche, en el hospital, Lacke había dicho una cosa realmente extraña: que el niño que la había atacado no era una persona. Que tenía los dientes afilados y garras.

Virginia había desechado aquello como algo propio de la borrachera o de una alucinación.

No recordaba gran cosa del ataque, pero podía estar de acuerdo en una cosa: lo que había saltado sobre ella era demasiado ligero para que fuera un adulto, casi demasiado ligero para que fuera siquiera un niño. Un niño muy pequeño, en todo caso. Cinco, seis años. Recordaba que se había levantado con aquel peso en la espalda. Después todo se volvió negro hasta que se despertó en su piso con todos los colegas, menos Gösta, alrededor de ella.

Puso una pinza en la bolsa que tenía pesada, cogió otra, echó un par de puñados. Cuatrocientos treinta gramos. Siete gambas más. Quinientos diez.

Se lo regalamos.

Se miró las manos, que trabajaban con independencia de su cerebro. Las manos. Con uñas largas. Dientes afilados. ¿Qué había sido aquello? Lacke lo había dicho claramente: un vampiro. Virginia se había echado a reír, con cuidado para que no se le quitaran los puntos de la mejilla. Lacke ni siquiera había sonreído.

—Tú no lo viste.

—Pero Lacke... no existen.

—No. Pero ¿qué era entonces?

—Un niño. Con alguna fantasía extraña.

—¿Se había dejado crecer las uñas entonces? ¿Se había afilado los dientes? Me gustaría conocer al dentista que...

—Lacke, estaba oscuro. Tú estabas borracho, sería...

—Sí, lo estaba. Yo estaba borracho. Pero vi lo que vi.

Sentía calor y tirantez bajo el apósito del cuello. Se quitó la bolsa de la mano derecha, se puso la mano sobre el vendaje. La mano estaba helada y se sintió aliviada. Pero se sentía cansada, como si las piernas no pudieran sostenerla más.

Terminaría de pesar aquella caja y luego se iría a casa. Aquello no podía ser. Si descansaba durante el fin de semana seguro que se sentiría mejor el lunes. Se puso la bolsa de plástico y acometió el trabajo con cierto enfado. Odiaba estar enferma.

Un dolor agudo en el dedo meñique. Mierda. Eso es lo que pasa cuando uno no está pensando en lo que hace. Las gambas, puntiagudas por la congelación, habían hecho que se pinchara. Se quitó la bolsa de plástico y se miró el dedo meñique. Un pequeño corte del que empezaba a salir sangre.

Se llevó inmediatamente el dedo a la boca para chuparse la sangre.

Una mancha cálida, saludable y sabrosa se extendió desde el punto en que la yema de su dedo entró en contacto con la lengua, propagándose. Chupó con más fuerza. Su boca se llenó de una concentración de todos los sabores buenos. Un estremecimiento de placer le recorrió el cuerpo. Siguió chupándose el dedo, entregada al disfrute, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Se sacó el dedo de la boca, lo miró. Estaba mojado de saliva y la pequeña cantidad de sangre que salía se diluía enseguida con aquélla como si fuera una pintura al agua demasiado clara. Miró las gambas que quedaban en la caja. Cientos de pequeños cuerpos de color rosa claro, cubiertos de escarcha. Y los ojos. Cabezas negras de alfiler pinchadas en lo rosa, un cielo estrellado del revés. Dibujos y constelaciones comenzaron a girar ante ella.

El mundo rotaba alrededor de su eje y algo le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Delante de sus ojos apareció una superficie blanca con telarañas en los bordes. Se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo, pero no tenía fuerzas para levantarse.

A lo lejos oyó la voz de Berit:

—Dios mío... Virginia...

A Jonny le gustaba estar con su hermano mayor, siempre y cuando no estuvieran sus odiosos colegas con él. Jimmy conocía a algunos tipos de Råcksta a los que Jonny tenía bastante miedo. Una tarde, hacía ya un año, se habían presentado en el patio

para hablar con Jimmy, pero no quisieron subir a llamar. Cuando Jonny les dijo que Jimmy no estaba en casa le habían pedido que le hiciera llegar un mensaje:

—Dile a tu hermano que si no aparece el lunes con la pasta, alguien se encargará de ponerle la cabeza en un torno... ¿Sabes lo que es?... vale... y de darle vueltas hasta que la pasta le salga por las orejas. ¿Se lo dirás? Bien, vale. Te llamas Jonny, ¿no? Adiós, Jonny.

Jonny le había dado el recado a su hermano y Jimmy no había hecho más que asentir, diciendo que ya lo sabía. Luego había desaparecido dinero de la cartera de su madre y se lio una buena.

Jimmy no pasaba ahora mucho tiempo en casa. Era como si no hubiera sitio para él desde la llegada de su hermana pequeña. Jonny tenía ya dos hermanos menores y no contaban con más. Pero luego su madre había tenido un ligue y... bueno... lo que pasa.

Jimmy y Jonny, en cualquier caso, eran hijos del mismo padre. Éste trabajaba ahora en una plataforma petrolífera en Noruega y había empezado a mandar dinero suficiente no sólo para su mantenimiento, sino que a veces incluso les había hecho envíos extra para compensar. Su madre le había bendecido, sí, y estando borracha había llorado un par de veces pensando en él, diciendo que no volvería a encontrar a un hombre así. Era la primera vez, que Jonny pudiera recordar, que la falta de dinero no era el tema constante de conversación en casa.

Ahora se encontraban en una pizzería de la plaza de Blackeberg. Jimmy había ido a dar una vuelta a casa por la mañana, había discutido un poco con su madre y luego él y Jonny se habían marchado. Jimmy esparció la ensalada sobre su pizza, la enrolló, cogió el rollo y empezó a masticar. Jonny comió su pizza correctamente, pensando que la próxima vez que su hermano no estuviera presente la comería de aquella manera.

Jimmy masticaba, señalando con la cabeza el vendaje que Jonny llevaba en la oreja.

—Tiene una pinta de la leche.

—Sí.

—¿Te duele?

—No, está bien.

—La vieja dice que está totalmente destrozado. Que no podrás oír nada.

—Bueno. No sabían. A lo mejor se pone bien.

—Mmm. Vamos a ver si lo he entendido: ¿el chaval sólo cogió una rama de la hostia y te golpeó con ella en la cabeza?

—Mmm.

—Es una putada. ¿Qué? ¿Vas a hacer algo?

—No sé.

—¿Necesitas ayuda?

—... no.

—¿Qué pasa? Puedo decírselo a mis colegas y nos encargamos de él.

Jonny cortó con los dedos un trozo grande de pizza con gambas, su trozo favorito, se lo metió en la boca y lo masticó. No. Nada de mezclar a los colegas de Jimmy en esto, entonces sería mucho peor. Sin embargo Jonny sonrió sólo de pensar en lo nervioso que se pondría Oskar si apareciera en su patio con los amigos de Jimmy, imagínate si eran los de Råcksta. Meneó la cabeza.

Jimmy dejó su rollo de pizza en el plato, mirando gravemente a Jonny a los ojos.

—Vale, sólo te digo una cosa. *Una* cosa más y...

Apretó con fuerza los dedos, cerró el puño.

—Eres mi hermano, y no va a venir ningún cabrón y... *una* cosa más, luego podrás decir lo que quieras. Pero entonces voy a ir a por él. ¿Entendido?

Jimmy puso el puño cerrado sobre la mesa. Jonny cerró el suyo y empezó a boxear con el de Jimmy. Se sentía bien. Había alguien que se preocupaba por él. Jimmy asintió.

—Bien. Tengo una cosa para ti.

Se inclinó debajo de la mesa y sacó una bolsa de plástico que había llevado toda la mañana. De la bolsa de plástico extrajo un álbum de fotos no muy grueso.

—El viejo pasó por aquí la semana pasada. Se había dejado barba, casi no le conocía. Me trajo esto.

Jimmy le pasó a Jonny el álbum de fotos por encima de la mesa. Jonny se limpió los dedos con una servilleta y lo abrió.

Fotos de niños. De su madre. Tal vez diez años más joven que ahora. Y un hombre al que reconocía como su padre. El hombre empujaba a los niños en los columpios. En una de las fotos llevaba puesto un sombrero de vaquero demasiado pequeño. Jimmy, con unos nueve años, estaba a su lado con un rifle de plástico en las manos y el gesto ceñudo. Un niño pequeño que tenía que ser Jonny estaba sentado al lado, en el suelo, y los miraba con los ojos muy abiertos.

—Me lo ha dejado hasta la próxima vez que nos veamos. Quería que se lo devolviera, dijo que era... sí, joder, ¿qué fue lo que dijo?... «Su bien máspreciado», creo que dijo. Pensé que a lo mejor a ti también te gustaría verlo.

Jonny asintió sin levantar la vista del álbum. Sólo había visto a su padre dos veces desde que se marchó cuando él tenía cuatro años. En casa había *una* fotografía suya, una foto bastante mala en la que aparecía sentado con otras personas. Esto era algo completamente distinto. Con esto uno podía hacerse una idea cabal de él.

—Una cosa más: no se lo enseñes a mamá. Yo creo que el viejo se las llevó cuando se largó, y si ella las llega a ver... bueno, en cualquier caso quiere que se las devuelva. Tienes que prometérmelo, que no se las vas a enseñar a mamá.

Todavía con la nariz sobre el álbum Jonny cerró el puño y lo puso sobre la mesa. Jimmy se echó a reír y un poco después sintió los puños de Jimmy sobre los suyos. Prometido.

—Venga, ya podrás mirarlas luego. Coge también la bolsa.

Jimmy le alargó la bolsa y Jonny cerró con desgana el álbum, lo guardó. Jimmy ya se había acabado la pizza, se echó hacia atrás en la silla dándose unos golpecitos en el estómago.

—Bueno, ¿y cómo andas de ligues?

El pueblo se deslizaba ante sus ojos. La nieve que arañaba la rueda de la moto salía disparada hacia atrás y bombardeaba las mejillas de Oskar. Él iba agarrado con fuerza al palo de enebro con las dos manos; se giró hacia un lado, fuera de la nube de nieve. Un crujido agudo cuando los esquís cortaron la nieve suelta. La parte exterior del esquí rozó el poste reflectante de color naranja que había en el arcén. Se tambaleó, recuperó el equilibrio.

En el camino que bajaba hasta Lågarö no habían quitado la nieve. La moto dejaba tras de sí tres profundas roderas en el manto intacto, y cinco metros detrás iba Oskar con los esquís haciendo dos roderas más. Iba haciendo zigzag sobre las roderas de la moto, deslizándose sobre un solo esquí como un patinador, acurrucándose como si fuera una pelota a gran velocidad.

Bueno, cuando su padre frenó bajando la larga cuesta que conducía hasta el viejo muelle de los barcos de vapor, Oskar iba a más velocidad que la moto y tuvo que frenar con cuidado para que la cuerda no se le quedara floja y luego le diera un tirón cuando la cuesta fuera menos empinada y la velocidad de la moto mayor.

La moto llegó justo hasta el muelle, y su padre la puso en punto muerto y frenó. Oskar tenía aún mucha velocidad y por un momento pensó soltar *el palo y sólo seguir...* sobre el borde del muelle, caer en el agua negra. Pero giró los esquís hacia fuera y frenó a unos metros del borde.

Se quedó jadeando un momento, mirando sobre el agua. Habían empezado a formarse delgadas placas de hielo que flotaban y se movían con las pequeñas olas de la orilla. Con un poco de suerte puede que se formara una capa de hielo de verdad este año. Así se podría pasear hasta la isla de Vätö, que estaba al otro lado. ¿O solían mantener un tramo abierto para los barcos hasta Norrtälje? Oskar no se acordaba, hacía varios años que no se formaban semejantes hielos.

Cuando Oskar venía aquí en verano solía pescar arenques en el muelle. Anzuelos sueltos en el hilo de la caña de pescar, un anzuelo de espejuelo en el extremo. Si encontraba un buen banco y tenía paciencia podía sacar un par de kilos, pero lo normal eran sólo diez, quince arenques. Suficientes para comer él y su padre; los que eran demasiado pequeños para freírlos se los echaban al gato.

Su padre se acercó y se puso a su lado.

—Esto ha ido bien.

—Mmm. Aunque a veces se abría.

—Sí, la nieve está algo suelta. Habría que apelmazarla un poco, de alguna forma. Claro, se podría... si uno cogiera una placa de masonita y la pusiera detrás y colocara

un peso encima. Sí, si tú te sentaras encima con tu peso, pues...

—¿Lo hacemos?

—No, tendrá que ser mañana, en todo caso. Ya está oscureciendo. Deberíamos volver a casa e ir preparando el ave si es que queremos comer.

—Vale.

Su padre se quedó mirando al agua, permaneció callado un momento.

—Oye, estaba pensando una cosa.

—¿Sí?

Ahí estaba. Su madre le había dicho que le había *pedido a su padre muy en serio* que hablara con él sobre lo de Jonny. La verdad es que Oskar sí que *quería* hablar de ello. Su padre estaba a una distancia segura de todo aquello, no intervendría de ninguna manera. Su padre tosió, tomó impulso. Expulsó el aire. Miraba al agua. Entonces dijo:

—Sí, he estado pensando... ¿Tienes patines?

—No. Ningunos que me queden bien.

—Así que no. No, porque si se forma hielo este invierno, y parece que va... pues podía ser divertido tenerlos. Yo los tengo.

—Seguro que no me valen.

Su padre sonrió, con una especie de carcajada.

—No, pero... el hijo de Östen por lo visto tenía unos que se le han quedado pequeños. Un treinta y nueve. ¿Qué número calzas?

—El treinta y ocho.

—Bueno, pero con unos calcetines gordos, pues... entonces tengo que pedírselos.

—Qué bien.

—Sí. Bueno. ¿Nos vamos a casa?

Oskar asintió. A lo mejor más tarde. Y lo de los patines estaba bien. Si pudieran arreglarlo, mañana se los podría llevar a casa.

Fue con los miniesquí hasta el palo de enebro, retrocedió hasta que la cuerda se tensó, le hizo a su padre la señal de que estaba listo y éste arrancó la moto con el pie. Tuvieron que subir la cuesta en primera. La moto hacía tanto ruido que las cornejas, asustadas, abandonaban las copas de los pinos batiendo las alas.

Oskar se deslizó lentamente hacia arriba; como en un remonte, iba derecho con las piernas juntas. No iba pensando en nada, sólo en intentar mantener los esquís en las viejas roderas para evitar cortar la nieve. Fueron hacia casa mientras se hacía de noche.

Lacke bajó las escaleras de la plaza con una caja de bombones Aladdin metida en la cinturilla del pantalón. No le gustaba mangar cosas, pero no tenía dinero y quería regalarle algo a Virginia. Le habría gustado llevar también unas rosas, pero ¡anda!, intenta mangar en una floristería.

Ya había oscurecido, y al bajar la cuesta que iba hasta la escuela, vaciló. Miró a su alrededor, rebuscó con el pie en la nieve y encontró una piedra del tamaño de un puño, la sacó con el pie y se la guardó en el bolsillo, apretándola con la mano. No es que creyera que le iba a servir de algo contra lo que había visto, pero el peso y el frío de la piedra le hacían sentirse más seguro.

Sus preguntas por los patios no habían dado más resultado que unas cuantas miradas vigilantes y recelosas de padres que se encontraban haciendo muñecos de nieve con sus pequeños. Viejo verde.

Sí; no se dio cuenta, hasta que abrió la boca para hablar con una mujer que estaba sacudiendo las alfombras, de lo extraño que debía de resultar su comportamiento. La mujer había dejado de dar golpes, volviéndose hacia él con la pala de sacudir en la mano como si fuera un arma.

—Perdón —dijo Lacke—... sí, me pregunto... estoy buscando a un niño.

—¿Ah, sí?

Bueno. Él mismo había oído cómo sonaba, y eso le había puesto más nervioso.

—Sí, ella ha... desaparecido. Me pregunto si alguien, a lo mejor, la ha visto por aquí.

—¿Es tu hija?

—No, pero...

Aparte de con algunos adolescentes, desechó la idea de hablar con personas a las que no conociera, o que sólo hubiera visto una vez. Se encontró con un par de conocidos, pero no sabían nada. Busca y hallarás, sí, claro. Pero uno tiene que saber con exactitud qué es lo que está buscando.

Cuando caminaba por el parque hacia la escuela, echó una mirada hacia el puente de Jocke.

La información en los periódicos del día anterior fue bastante amplia, sobre todo en lo que concernía a la forma macabra en que había sido encontrado el cadáver. Un alcohólico asesinado era en sí una gran noticia, pero además se habían regodeado con los niños que lo vieron, los bomberos que tuvieron que serrar el hielo, etcétera. Al lado del texto aparecía la foto del pasaporte de Jocke en la que tenía, como mínimo, el aspecto de un asesino en serie.

Lacke continuó caminando al lado de la tétrica fachada de ladrillo de la escuela de Blackeberg, por las escaleras anchas y empinadas como si fueran la entrada del palacio de justicia o del infierno. En la pared, al lado de los escalones más bajos, alguien había pintado con un spray «*Iron Maiden*», quién sabe qué significaba aquello. Quizá algún grupo.

Continuó a través del aparcamiento, hacia la calle Björnsonsgatan. Normalmente

habría atajado cruzando por detrás de la escuela, pero allí estaba... tan oscuro. Podía imaginarse fácilmente a aquel ser acurrucado entre las sombras. Miraba hacia las copas de los altos pinos que bordeaban el camino. Unos bultos oscuros dentro del ramaje. Probablemente nidos de urracas.

No era sólo el aspecto de aquel ser, era también la forma de atacar. Él quizá, quizá hubiera podido aceptar que lo de los dientes y las garras tuviera alguna explicación lógica si no hubiera sido por el salto que dio desde el árbol. Antes de que llevaran a Virginia a casa, había estado mirando el árbol. La rama desde la que ese ser debía haber saltado estaba posiblemente a cinco metros del suelo.

Caer cinco metros justo en la espalda de alguien; si se añadía «artista de circo» a todas las demás cosas para tener una explicación «lógica», entonces, tal vez. Pero todo junto resultaba exactamente igual de absurdo que lo que le había dicho a Virginia, de lo que se arrepentía ahora.

Mierda...

Se sacó la caja de bombones de los pantalones. El calor de su cuerpo tal vez ya había estropeado, derretido el chocolate. Movi6 la caja para comprobarlo. No. Sonaba bien dentro. Los bombones no se habían pegado. Siguió por la calle Björnsonsgatan, frente al supermercado ICA, con la caja en la mano.

TOMATE TRITURADO. TRES BOTES 5 CORONAS.

Hacía seis días.

Lacke seguía agarrando todavía la piedra que tenía en el bolsillo. Miró el anuncio, podía imaginarse la mano de Virginia moviéndose hasta hacer aparecer por arte de magia las letras rectas e iguales. ¿Hoy se habría quedado en casa descansando? Claro que sería muy propio de ella ir dando tumbos al trabajo antes de que la sangre siquiera hubiera tenido tiempo de coagular.

Cuando llegó hasta el portal de Virginia echó una ojeada a sus ventanas. Apagado. ¿Estaría en casa de su hija? Bueno, subiría de todas formas y le dejaría los bombones en la puerta. Estaba totalmente oscuro dentro del portal. Se le erizaron los pelos de la nuca.

El niño está aquí.

Permaneció unos segundos sin pestañear, luego se precipitó sobre el punto rojo iluminado del interruptor de la luz, lo pulsó con el reverso de la mano en la que llevaba la caja de bombones. La otra mano apretaba con fuerza la piedra que tenía en el bolsillo.

Se oyó un suave golpe seco del relé del sótano cuando se encendió la luz. Nada. El portal de Virginia. Escaleras de hormigón de color amarillo con un dibujo de salpicaduras. Respiró profundamente un par de veces y empezó a subir las escaleras.

Justo entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba. Virginia vivía en el piso de arriba, en el tercero, y sus piernas se arrastraron escaleras arriba como dos tablas

inertes unidas a las caderas. Esperaba que ella estuviera en casa, que se sintiera bien, que le permitiera hundirse en su butaca de skay y no hacer otra cosa más que descansar en el sitio en el que prefería estar. Soltó la piedra del bolsillo y llamó a la puerta. Aguardó un poco. Volvió a llamar.

Había empezado a tratar de colocar la caja de bombones en el picaporte cuando oyó pasos sigilosos dentro del piso. Se apartó de la puerta. Dentro, dejaron de oírse pasos. Ella estaba al otro lado.

—¿Quién es?

Nunca jamás Virginia había preguntado eso antes. Uno llamaba, pin, pin, sonaban sus pasos y se abría la puerta. Pasa, pasa. Él tosió, aclarándose la garganta:

—Soy yo.

Una pausa. Podía oír la respiración de ella, ¿o eran sólo figuraciones suyas?

—¿Qué quieres?

—Saber cómo te encuentras, únicamente.

Otra pausa.

—No me encuentro bien.

—¿Puedo pasar?

Esperó. Con la caja de bombones ante sí ridículamente agarrada con las dos manos. Se oyó un chasquido al abrirse el cerrojo, sonido de llaves cuando giró la cerradura de seguridad. Otro chirrido más al quitar la cadena. El picaporte se movió hacia abajo y la puerta se abrió.

Él, inconscientemente, dio medio paso atrás, golpeándose la espalda con el remate del pasamanos. Virginia apareció en el quicio de la puerta abierta. Parecía moribunda.

Además de la mejilla hinchada tenía la cara cubierta de pequeñas, muy pequeñas erupciones y sus ojos parecían reflejar la resaca del siglo. Una tupida red de líneas rojas cruzaban la esclerótica y las pupilas casi habían desaparecido. Ella asintió.

—Tengo una pinta horrorosa.

—Qué va. Sólo... creía que quizá... ¿puedo pasar?

—No. No tengo fuerzas.

—¿Has ido al médico?

—Lo haré. Mañana.

—Sí. Aquí, yo...

Le alargó la caja de bombones que había tenido todo el tiempo delante de él como un escudo. Virginia la cogió.

—Gracias.

—Oye, ¿hay algo que yo pueda...?

—No. Me pondré bien. Sólo necesito descansar. No tengo fuerzas para estar aquí de pie. Estaremos en contacto.

—Sí. Voy a...

Virginia cerró la puerta.

—... mañana.

De nuevo chirrido de cerraduras y cadenas. Se quedó con los brazos caídos delante de la puerta. Luego se acercó y trató de escuchar. Oyó que se abría un armario, pasos lentos dentro del piso.

¿Qué voy a hacer?

No era asunto suyo obligarla a hacer algo que no quisiera, pero de buena gana la habría cogido y se la habría llevado a un hospital *ya*. Bueno. Volvería mañana por la mañana. Si seguía igual lo haría, quisiera o no.

Lacke bajó los escalones de uno en uno. Estaba muy cansado. Cuando llegó al último tramo antes de acceder al portal, se sentó en el peldaño de arriba, apoyando la cabeza entre las manos.

Yo soy... el responsable.

Se apagó la luz. Los tendones del cuello se le tensaron, jadeó profundamente. Era el relé. Programado de antemano. Permaneció sentado en la escalera a oscuras, sacó con cuidado la piedra del bolsillo del abrigo, la cogió entre las dos manos, mirando fijamente en la oscuridad.

Vamos, ven, pensó. Vamos, ven.

Virginia dejó fuera el rostro suplicante de Lacke, cerró y echó la cadena de seguridad en la puerta. No quería que él la viera. No quería que la viera nadie. Le había costado un gran esfuerzo decir las palabras que dijo, mostrar una especie de cordura elemental.

Su estado había empeorado vertiginosamente desde que había vuelto del ICA. Lotte la había ayudado y, en el estado de aturdimiento en que se encontraba, Virginia había soportado sin más el dolor de la luz del sol en la cara. Una vez en casa se había mirado en el espejo y había descubierto que tenía cientos de pequeñas ampollas en el rostro y en la piel del dorso de las manos. Quemaduras.

Había dormido un par de horas y se había despertado al anochecer. El hambre había cambiado entonces de expresión, se había convertido en inquietud. Un banco de pececillos con espinas nadando frenéticamente invadía su circulación sanguínea. No podía estar ni tumbada ni sentada ni de pie. Iba dando vueltas y más vueltas por el piso, rascándose todo el cuerpo. Se dio una ducha fría tratando de atenuar aquella sensación de nerviosismo y de agitación. No sirvió de nada.

No se podía describir con palabras. Le recordaba la sensación que tuvo cuando a los veintidós años recibió la noticia de que su padre se había caído del tejado de la casita de verano y se había roto la nuca. Entonces también había empezado a dar vueltas y más vueltas, como si no hubiera un solo sitio en el mundo en el que su cuerpo pudiera estar, en el que no sintiera dolor.

Lo mismo ahora, sólo que peor. El nerviosismo, la angustia no paraban un momento. Eso la arrastraba a dar vueltas por el piso hasta que no podía más, hasta

que se sentó en una silla y se golpeó la cabeza contra la mesa de la cocina. En medio de la desesperación se tomó dos pastillas Rohipnol y se las tragó con un poco de vino blanco que sabía a desagüe.

Normalmente bastaba con una para que durmiera como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Ahora, el único efecto fue que sintió un terrible malestar y a los cinco minutos vomitó una flema verde y las dos pastillas medio deshechas.

Siguió dando vueltas, rasgó un periódico en trozos diminutos, gateó por el suelo gimiendo de angustia. Fue gateando hasta la cocina, tiró la botella de vino de la mesa de forma que cayó al suelo y se rompió ante sus ojos.

Tomó uno de los cristales puntiagudos.

No lo pensó. Sólo apretó la punta contra la palma de la mano y el dolor le hizo bien, parecía de verdad. El banco de pececillos que tenía en el cuerpo se apresuró hacia el punto donde le dolía. Brotó la sangre. Se llevó la mano a los labios y la lamió, chupó y la angustia cesó. Lloraba de alivio mientras se cortaba la mano por otro sitio y seguía chupando. El sabor de la sangre se mezcló con el de las lágrimas.

Acurrucada en el suelo de la cocina, con la mano apretada contra la boca, chupando con ansiedad como un niño recién nacido que mamara por primera vez del pecho de su madre, se sintió tranquila por segunda vez durante aquel día terrible.

Después de algo más de media hora, tras levantarse del suelo, limpiar los cristales y ponerse una tirita en la palma de la mano, la inquietud empezó a aumentar de nuevo. Fue entonces cuando Lacke llamó a la puerta.

Una vez que lo hubo despachado, entró en la cocina y dejó la caja de bombones en la despensa. Se sentó en una silla e intentó entender algo. La inquietud se lo impidió. Enseguida tuvo que ponerse de pie. Lo único que sabía era que nadie podía estar aquí con ella. Y menos Lacke. Le haría daño. La inquietud la obligaría a ello.

Había contraído alguna enfermedad. Para las enfermedades había medicinas.

Mañana iría a visitar a algún médico, un médico que le hiciera una revisión y le dijera: sí, no es más que un ataque de esto y esto. Tendremos que ponerte un poco de esto y esto durante unas semanas. Y después estarás bien.

Paseó de un extremo a otro del piso. Empezaba a volverse insoportable de nuevo.

Se golpeó los brazos, las piernas, pero los pececillos se habían vuelto a despertar, no había remedio. Ella sabía lo que tenía que hacer. Sollozó de miedo al dolor. Pero el dolor era tan corto y el alivio tan grande.

Entró en la cocina y buscó un cuchillo pequeño de pelar fruta, bien afilado, luego se sentó en el sofá del cuarto de estar, apoyó el filo del cuchillo en la parte interna del antebrazo.

Sólo para poder pasar la noche. Mañana iría a buscar ayuda. Se decía a sí misma que no podía continuar de aquella manera. Bebiendo su propia sangre. Se decía a sí misma: esto tiene que cambiar. Pero ahora y hasta que...

Se le llenó la boca de saliva, húmeda, expectante. Se cortó. Profundamente.

Sábado 7 de Noviembre (tarde)

Oskar quitó la mesa y su padre fregó. El eider estaba, por supuesto, muy bueno. Sin perdigones. No quedó mucho que fregar en los platos. Después de comerse la mayor parte del ave y casi todas las patatas, limpiaron los platos rebañándolos con pan blanco. Era lo más rico de todo. Echar sólo salsa en el plato y mojarla con trozos de pan blanco esponjoso que casi se deshacían y luego se fundían en la boca.

Su padre no era precisamente «bueno cocinando», pero había tres platos: el revuelto de sobras, los arenques fritos y las aves lacustres, que le salían bordados a fuerza de hacerlos. Al día siguiente seguro que comían revuelto con las patatas y la carne de ave que había sobrado.

Oskar había pasado la hora antes de la comida en su cuarto. Tenía habitación propia en casa de su padre; estaba un poco desangelada en comparación con la de la ciudad, pero a él le gustaba. En su otro dormitorio tenía láminas y pósters, un montón de cosas que cambiaba todo el tiempo.

Éste sin embargo no cambiaba nunca, y eso era precisamente lo que le gustaba.

Se mantenía igual que cuando tenía siete años. Cuando entraba allí, con su peculiar olor a humedad flotando en el aire tras el rápido calentamiento anterior a su llegada, era como si nada hubiera ocurrido desde... hacía mucho tiempo.

Aquí había todavía tebeos del Pato Donald y de Bamse comprados durante los veranos de varios años. Ya no leía aquellos tebeos en la ciudad, pero aquí sí lo hacía. Se sabía las historias de memoria, pero las volvía a leer.

Mientras los olores de la cocina se fueron colando en la habitación, había estado tumbado en su cama leyendo un viejo tebeo del Pato Donald. El Pato Donald, los sobrinos y el Tío Gilito viajaban a un país lejano donde no existía el dinero y las cápsulas de los frascos de tranquilizantes del Tío Gilito se convertían en moneda fuerte.

Cuando dejó de leer se entretuvo un rato con los señuelos, anzuelos y plomos que tenía guardados en un viejo costurero que le había dado su padre. Preparó un nuevo sedal con anzuelos sueltos, cinco, y ató el señuelo en el extremo para la pesca de arenques del próximo verano.

Después cenaron, y cuando su padre terminó de fregar jugaron a las cinco en raya.

A Oskar le gustaba estar sentado así con su padre, con el papel cuadriculado sobre la mesa estrecha, con las cabezas inclinadas sobre el papel, cerca el uno del otro. El fuego crepitando en la cocina.

Oskar tenía cruces y su padre círculos, como de costumbre. Su padre no le dejaba ganar y hasta hacía unos años había sido mucho mejor que él, aunque Oskar ganara alguna partida de vez en cuando. Pero ahora la cosa estaba más igualada. Quizá

tuviera que ver con lo mucho que él había trabajado con el cubo de Rubik.

Las partidas podían extenderse sobre la mitad del papel, lo que redundaba en beneficio de Oskar. Tenía buena memoria para acordarse de los casilleros en blanco que podían ocuparse dependiendo de lo que su padre hiciera, disimular un avance como si fuera una defensa.

Aquella noche era Oskar el que ganaba.

Tres partidas seguidas habían quedado ya cerradas y marcadas con una O encima. Sólo una partida pequeña, en la que Oskar se distrajo pensando en otras cosas, llevaba una P. Oskar puso una cruz, dejando dos líneas de tres abiertas en el centro de las que su padre sólo podía cerrar una.

—Bueno, parece que he encontrado a mi contrincante.

—Eso parece.

Por respeto a las reglas, su padre cerró una de las líneas y Oskar completó la otra para tener cuatro. Su padre cerró un lado y Oskar puso su quinta cruz, hizo un círculo alrededor de todo y puso una bonita O. Su padre se rascó la barba de dos días y echó mano a otro papel, amenazándolo con el lápiz.

—Esta vez voy a ganar yo sea como sea.

—Siempre se puede soñar. Tú empiezas.

Cuando llevaban cuatro cruces y tres círculos llamaron a la puerta. Al momento se abrió y se oyeron ruidos de alguien sacudiéndose la nieve de los pies.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Su padre levantó la vista del papel, se echó para atrás en la silla y miró hacia la entrada. Oskar se mordió los labios.

No.

Su padre saludaba con la cabeza al recién llegado.

—Vamos, entra.

—Se agradece.

Pasos torpes y blandos de alguien que andaba por el pasillo con calcetines gordos en los pies. Un instante después entró Janne en la cocina y dijo:

—Bueno. Pero si estáis aquí pasándolo bien.

Su padre hizo un gesto señalando a Oskar.

—Sí, ya conoces a mi hijo Oskar.

—Claro —dijo Janne—. Hola, Oskar. ¿Qué tal?

—Bien.

Hasta ahora. Lárgate de aquí.

Janne avanzó torpemente hasta la mesa de la cocina, los calcetines de lana se le habían deslizado hasta los talones y se movían delante de los dedos de los pies como si fueran aletas deformadas. Acercó una silla y se sentó.

—Vaya, estáis jugando a las cinco en raya.

—Sí, aunque el chico ya es muy bueno y no consigo ganarle.

—No, no. Habrá entrenado en la ciudad, ¿no? ¿Te atreves a echar una partida conmigo? ¿Eh, Oskar?

Oskar negó con la cabeza. No quería ni mirar a Janne a la cara, sabía lo que iba a ver. Ojos acuosos, la boca abierta con una sonrisa ovejuna; sí, Janne tenía el aspecto de una oveja vieja y su pelo rubio, encrespado, no hacía más que reforzar esa impresión. Era uno de los «colegas» de su padre, enemigos de Oskar.

Janne se frotaba las manos haciendo un ruido como de lija y, a contraluz del pasillo, Oskar pudo distinguir pequeñas partículas de piel cayendo suavemente hasta el suelo. Janne tenía algún tipo de enfermedad cutánea que, especialmente durante el verano, hacía que su cara pareciera como una naranja roja podrida.

—Bueno, aquí estáis calentitos y bien.

Siempre dices eso. Lárgate de aquí con esa cara asquerosa y esas viejas palabras.

—Papá, ¿no vamos a terminar la partida?

—Sí, claro, pero cuando se reciben invitados...

—Vosotros jugad.

Janne se echó hacia atrás en la silla y parecía como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pero Oskar sabía que la batalla estaba perdida. Ya se había terminado. Ahora pasaría lo de siempre.

Habría querido gritar, hacer añicos algo, especialmente a Janne, cuando su padre se dirigió a la despensa y sacó una botella, cogió dos copitas y lo puso todo encima de la mesa. Janne se frotó las manos y las partículas de piel se pusieron a danzar.

—Bueno, bueno. De manera que tienes un poco en casa...

Oskar miraba el papel con la partida inacabada.

Allí tenía que haber puesto la siguiente cruz.

Pero no habría más cruces que poner aquella tarde. Ni círculos. Nada.

La botella gorgoteó débilmente cuando su padre la inclinó sobre las copitas. El ligero cono invertido de cristal se llenó de un líquido transparente. Parecía tan pequeño y tan frágil en la tosca mano de su padre. Casi desaparecía.

Sin embargo lo desbarataba todo. Absolutamente todo.

Oskar estrujó el papel con la partida inacabada y lo echó a la cocinilla. Su padre no dijo nada. Janne y él habían empezado a hablar de algún conocido que se había roto la pierna. Pasaron luego a comentar las roturas de piernas que ellos mismos habían sufrido y otras de las que habían oído hablar; volvieron a llenar los vasos.

Oskar se quedó sentado frente a la cocinilla con la portezuela abierta contemplando cómo ardía el papel y se convertía en cenizas. Luego buscó las otras partidas y las quemó también.

Su padre y Janne cogieron la botella y las copitas y se fueron al cuarto de estar; su padre le dijo algo así como: «Venir y hablar un poco», y Oskar contestó que «luego, quizá». Siguió sentado contemplando el fuego. El calor le acariciaba la cara. Se

levantó, cogió el cuaderno que había encima de la mesa, quitó las hojas que estaban sin usar y lo quemó. Cuando el cuaderno, con tapas y todo, se había carbonizado, buscó los lápices y los quemó también.

El hospital tenía algo de especial a esas horas de la tarde. Maud Carlberg estaba sentada en la recepción contemplando el vestíbulo de la entrada casi vacío. La cafetería y el kiosco ya estaban cerrados, sólo había algunas personas que deambulaban como fantasmas bajo el techo alto.

A aquellas horas de la tarde le gustaba imaginar que era *ella*, y sólo ella, la que vigilaba el inmenso edificio que era el hospital de Danderyd. Lo cual lógicamente no era verdad. Si surgía cualquier tipo de problema no tenía más que apretar un botón y aparecería un vigilante en menos de tres minutos.

Tenía un juego al que solía jugar para matar el tiempo las últimas horas de la tarde.

Elegía un oficio, un lugar de residencia y los antecedentes elementales de una persona. Quizá alguna enfermedad. Luego le atribuía todo al primero que se acercara a ella. Normalmente el resultado era... divertido.

Podía imaginarse por ejemplo a un piloto que vivía en la calle Götgatan y que tenía dos perros a los que solía cuidar un vecino cuando el piloto se encontraba fuera volando. Resulta que el vecino estaba secretamente enamorado del piloto. El gran problema de éste, él o ella, era que le parecía ver personas pequeñas de color verde con gorros de color rojo nadando entre las nubes cuando él, o ella, estaba volando.

Bien. Luego, no tenía más que esperar.

A lo mejor, después de un rato, se presentaba una señora mayor con aspecto deteriorado. Una mujer piloto. Seguro que se había bebido a escondidas demasiadas botellitas de licor de esas que dan a los pasajeros en los aviones y había visto personas de color verde, por eso la habían despedido. Ahora se pasaba el día en casa con los perros. Pero el vecino seguía aún enamorado de ella.

Así pasaba Maud el tiempo.

A veces se reprendía a sí misma por el juego, porque eso evidentemente le impedía recibir a la gente con la debida seriedad. Pero no podía dejarlo. Justo en ese momento estaba esperando a un cura cuya pasión eran los coches deportivos de alta gama y le gustaba coger autoestopistas con la intención de redimirlos.

¿Hombre o mujer? ¿Viejo o joven? ¿Qué aspecto tendría alguien así?

Maud, con la barbilla apoyada en las manos, miraba hacia la entrada. No había mucha gente hoy. Ya había pasado la hora de las visitas a los pacientes ingresados, y los nuevos que habían acudido con indisposiciones el sábado por la tarde, normalmente relacionadas de una u otra forma con el alcohol, entraban por urgencias.

La puerta giratoria empezó a moverse. Puede que llegara ahí el cura de los coches deportivos.

Pero no. Ésta era una de esas veces en las que tenía que desistir. Era un niño. Una niña pequeña y delgada de unos... diez, doce años.

Maud empezó a imaginarse una serie de acontecimientos que condujeran a que la niña se *convirtiera* finalmente en «aquel cura», pero lo dejó enseguida. La niña parecía muy desdichada.

La pequeña se acercó al enorme plano del hospital en el que líneas de distintos colores señalaban el camino que se debía seguir para llegar a tal o cual sitio. Pocos adultos se orientaban, así que ¿cómo iba a poder hacerlo un niño?

Maud se inclinó hacia delante y la llamó en voz baja:

—¿Puedo ayudarte en algo?

La chica se volvió hacia ella sonriendo tímidamente y se acercó hasta la recepción. Su pelo estaba mojado, algunos copos de nieve que aún no se habían deshecho brillaban blancos en contraste con el cabello negro. No tenía la vista fija en el suelo como suelen hacer los niños en un ambiente extraño para ellos, no, sus ojos oscuros y tristes miraban fijamente a Maud mientras avanzaba hacia el mostrador. Un pensamiento, claro como una impresión sonora, relampagueó en la cabeza de Maud.

Tengo que darte algo. ¿Qué puedo darte?

Tontamente empezó a pensar con rapidez en lo que había en los cajones de su escritorio. ¿Un lápiz? ¿Un globo?

La niña se colocó delante del mostrador. Sólo el cuello y la cabeza sobresalían por encima del borde.

—Perdón..., estoy buscando a mi papá.

—¿Ah, sí? ¿Está aquí ingresado?

—Sí, no sé muy bien...

Maud miró hacia las puertas, recorrió el vestíbulo con la mirada y se detuvo en la niña que no llevaba ni siquiera una cazadora. Sólo un jersey negro de cuello alto en el que relucían las gotas de agua y los copos de nieve bajo los focos de la recepción.

—¿Has llegado aquí totalmente sola, pequeña? ¿Tan tarde?

—Sí, yo... sólo quería saber si está aquí.

—Entonces, vamos a ver. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿No lo *sabes*?

La niña agachó la cabeza, como si estuviera buscando algo en el suelo. Cuando la alzó de nuevo le brillaban los grandes ojos negros y le temblaba el labio inferior.

—No, es que él... Pero *está* aquí.

—Pero, pequeña...

Maud sintió cómo se le desgarraba el pecho y trató de ganar tiempo; se agachó y sacó un rollo de papel de cocina del cajón de debajo del escritorio, arrancó un trozo y se lo tendió a la chica. Por fin podía darle algo, aunque no fuera más que un trozo de papel.

La chica se sonó, y se secó los ojos como si fuera una persona mayor.

—Gracias.

—Pues, es que entonces no sé... ¿qué es lo que le pasa?

—Es... lo ha cogido la policía.

—Pues entonces será mejor que vayas a preguntarles a ellos.

—Sí, pero es que lo tienen aquí. Porque está enfermo.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Él... yo sólo sé que la policía lo tiene aquí. ¿Dónde está?

—Probablemente en el último piso, pero allí no se puede entrar sin haberlo... acordado antes con ellos.

—Sólo quería saber adónde dan sus ventanas, así podría... no sé.

La niña empezó a llorar de nuevo. A Maud se le hizo un nudo en la garganta tan grande que le dolía. Así que quería saberlo para poder estar fuera del hospital... en la nieve, mirando hacia la ventana de su padre. Maud se tragó las lágrimas.

—Pero si quieres puedo llamar. Estoy segura de que podrás...

—No. Está bien. Ahora ya sé. Ahora ya puedo... Gracias. Gracias.

La pequeña se alejó de la recepción, fue hacia las puertas giratorias.

Dios mío, cuántas familias destrozadas.

Después se esfumó tras las puertas y Maud se quedó allí mirando hacia el sitio por el que había desaparecido. Algo no encajaba.

Maud hizo un repaso mental del aspecto de la niña, de cómo se movía. Había algo que no encajaba, algo que... le llevó medio minuto descubrir qué era: no llevaba zapatos.

Maud se levantó deprisa de la recepción y corrió hasta las puertas. Sólo podía abandonar su puesto en circunstancias muy especiales. Decidió que ésta era una de ellas. Irritada, avanzó dando pasitos en la puerta giratoria *deprisa, deprisa* y salió hasta el aparcamiento. No se veía a la niña por ningún sitio. ¿Qué podía hacer? Habría que llamar a los de asuntos sociales; no se habían asegurado de que tuviera a alguien que se hiciera cargo de ella, era la única explicación. ¿Quién era su padre?

Maud dio una vuelta por el aparcamiento sin poder encontrarla. Corrió un poco a lo largo del hospital, en dirección al metro. Ni rastro. De vuelta a la recepción trató de decidir a quién tenía que llamar, qué debía hacer.

Oskar estaba echado en su cama esperando al hombre lobo. Le bullía el pecho; de rabia, de desesperación. Desde el cuarto de estar le llegaban las voces cada vez más altas de Janne y de su padre, mezcladas con la música del radiocasete. Los Hermanos Djup. Oskar no podía distinguir las palabras, pero se sabía la canción de memoria:

*Vivimos en el campo, y pronto lo entendimos,
necesitábamos algo en la pocilga.*

Vendimos la vajilla y compramos un cerdo...

Después de lo cual todo el grupo empezaba a imitar los distintos sonidos de los

animales de la granja. Normalmente, los Hermanos Djup le parecían divertidos. Ahora los odiaba. Porque colaboraban. Cantando su estúpida canción para Janne y para su padre mientras ellos se emborrachaban.

Él ya sabía lo que iba a pasar.

Dentro de una hora más o menos la botella estaría vacía y Janne se iría a casa. Entonces su padre empezaría a dar vueltas en la cocina, recorriéndola de un extremo a otro durante un rato, y al final se acordaría de que tenía que hablar con Oskar.

Entraría en la habitación del muchacho, pero ya no sería su padre. Sólo una torpe masa apestando a alcohol que necesitaba ternura y compasión. Querría que Oskar se levantara de la cama para poder hablar un poco. De lo mucho que todavía quería a la madre de Oskar, de cuánto quería a Oskar, pero ¿le quería Oskar a él? Farfullaría todas las injusticias que se habían cometido contra su persona y en el peor de los casos se calentaría y perdería los estribos.

No pegaba nunca, no, eso no. Pero el cambio que se producía en los ojos de su padre en aquellos momentos era lo más terrible que Oskar había visto. Entonces no quedaba ni rastro de lo que realmente era, sólo un monstruo que se hubiera metido dentro de su cuerpo tomando el mando sobre él.

La persona en la que se convertía cuando estaba borracho no tenía nada que ver con lo que era mientras estaba sobrio. En aquellos momentos era un consuelo imaginar que su padre era un hombre lobo, que en realidad había otro ser *completamente distinto* dentro de él. Así como la luna incitaba a la fiera que había en el hombre lobo, el alcohol incitaba a aquel ser que había dentro de su padre.

Oskar cogió un tebeo de Bamse, intentó leer pero no podía concentrarse. Se sentía... abandonado. Dentro de una hora o así estaría solo con el Monstruo. Y lo único que podía hacer era esperar.

Tiró el tebeo contra la pared y se levantó de la cama, buscó su cartera. El abono del metro y dos notas de Eli. Puso las dos notas de Eli la una al lado de la otra en la cama.

AHORA PERMITE QUE EL DÍA ENTRE POR LA VENTANA Y DEJA FUERA MI VIDA.

El corazón.

NOS VEMOS ESTA NOCHE, ELI.

Y la otra:

HUIR ES VIVIR. QUEDARSE, LA MUERTE. TUYA, ELI.

Los vampiros no existen.

La noche estaba oscura al otro lado de la ventana. Oskar cerró los ojos y se imaginó el camino de vuelta a Estocolmo, las casas, las fincas y los campos pasaron a gran velocidad. Llegó volando al patio de Blackeberg, atravesó su ventana y allí estaba ella.

Abrió los ojos y miró hacia el rectángulo negro de la ventana. Allí fuera. Los Hermanos Djup acababan de cantar una canción acerca de una bicicleta pinchada.

Janne y su padre se reían de algo, con risas demasiado altas. Algo cayó al suelo.

¿Qué monstruo eliges tú?

Oskar se volvió a guardar las notas de Eli en la cartera y se vistió. Salió con sigilo al pasillo y se puso los zapatos, la cazadora y el gorro. Permaneció quieto unos segundos, escuchando el ruido que llegaba del cuarto de estar.

Se volvió para marcharse, pero vio algo y se detuvo.

En la repisa del zapatero que había en la entrada estaban sus viejas botas de goma, las que había usado cuando tenía cuatro, cinco años quizá. Recordaba que siempre habían estado allí, aunque no había nadie que pudiera usarlas. A su lado, las enormes botas de goma de su padre de la marca Tretorn, una de ellas arreglada en el talón con uno de esos parches que se usan para los neumáticos de las bicicletas.

¿Por qué las habría conservado?

Oskar lo comprendió. Dos personas crecían de esas botas dándose la espalda la una a la otra. La espalda ancha de su padre al lado de la estrecha espalda de Oskar. El brazo de Oskar extendido, su mano en la de su padre. Caminaban con sus botas sobre una roca, quizá fueran a buscar frambuesas, quizá...

Oskar lanzó un suspiro. Estaba a punto de ponerse a llorar. Extendió la mano para acariciar las pequeñas botas. Se oyó una salva de carcajadas en el cuarto de estar. Era la voz de Janne, distorsionada. Estaría imitando a alguien, se le daba muy bien eso.

Los dedos de Oskar se cerraron alrededor de la caña de la bota. Sí. No sabía por qué, pero eso le hacía sentirse bien. Abrió la puerta de la calle con cuidado y la cerró tras de sí. La noche era heladora; la nieve, un mar de pequeños diamantes a la luz de la luna.

Con las botas bien agarradas en la mano empezó a caminar hacia la carretera.

El vigilante dormía. Habían mandado a un policía joven después de que el personal del hospital se quejara de que tenían que tener a una persona ocupada todo el tiempo vigilando a Håkan. La puerta, no obstante, estaba cerrada con una llave de seguridad para la que se necesitaba un código. Por eso el vigilante se atrevía a dormir.

Sólo había una pequeña lámpara encendida y Håkan, acostado, estudiaba las borrosas sombras del techo como si fuera un hombre sano tumbado en la hierba mirando las nubes. Buscaba formas y figuras en las sombras. No sabía si podía leer, pero tenía ganas de hacerlo.

Había perdido a Eli y lo que había dominado su vida anterior estaba a punto de volver. Le caería una larga condena, y ese tiempo en la cárcel iba a dedicarlo a leer todo aquello que no había leído y acerca de todo aquello que se había prometido a sí mismo leer.

Estaba entretenido repasando todos los títulos de Selma Lagerlöf cuando un sonido chirriante interrumpió sus pensamientos. Prestó atención. Volvió a chirriar. Venía de la ventana.

Volvió la cabeza todo lo que pudo, mirando hacia allí. Contra el cielo negro destacaba una figura oval más clara, iluminada por la lámpara. Al lado, otra figura más pequeña que se movía de un lado para otro. Una mano. Hacía señas. La mano arañó la ventana y se volvió a oír el ruido chirriante y desagradable.

Eli.

Håkan se alegró de no estar conectado a ningún electrocardiógrafo cuando su corazón empezó a latir a toda velocidad, a temblar como un pájaro en una red. Veía su corazón explotándole en el pecho, arrastrándose por el suelo hasta la ventana.

Entra, querida. Entra.

Pero la ventana estaba cerrada, y, aun en el caso de que no hubiera sido así, sus labios eran incapaces de formar las palabras que dieran a Eli acceso a la habitación. A lo mejor podía hacer un gesto que significara lo mismo, aunque nunca había acabado de comprender aquello del todo.

¿Podré?

Con gran dificultad sacó una pierna de la cama, después la otra. Apoyó los pies en el suelo, intentó ponerse en pie. Las piernas se negaban a soportar su peso después de haber estado diez días inmóviles. Se apoyó en la cama y a punto estuvo de caerse de lado.

El tubo del goteo se tensó tanto que tiraba de la piel donde estaba la vía. Había algún tipo de alarma conectada al tubo, un fino cable eléctrico que corría paralelo a él. Si desconectaba alguno de los extremos del tubo, saltaría la alarma. Acercó el brazo al pie del gotero de manera que el tubo se aflojó y se volvió hacia la ventana. La pequeña figura oval estaba todavía allí, esperándole.

Tengo que hacerlo.

El pie de suero tenía ruedas, la batería de la alarma estaba sujeta debajo de la bolsa. Se alargó hacia él, consiguió agarrarlo. Apoyándose en el aparato logró levantarse despacio, muy despacio. La habitación daba vueltas ante su único ojo cuando intentó dar el primer paso; se paró. Escuchó. La respiración del vigilante seguía siendo tranquila.

A paso de hormiga consiguió arrastrarse por la habitación. En cuanto las ruedas del gotero hacían el menor ruido, se paraba a escuchar. Algo le decía que aquella iba a ser la última vez que vería a Eli, y no pensaba...

cagarla.

Su cuerpo estaba tan cansado como después de una maratón cuando por fin llegó hasta la ventana y apretó su cara contra ella, de manera que la película de gelatina que cubría su piel se pegó contra el cristal e hizo que su cara empezara a arder de nuevo.

Sólo el par de centímetros que había entre los dos cristales separaba su ojo de los de su amada. Eli puso su mano sobre el cristal, como para acariciarle la cara destrozada. Håkan mantenía su ojo tan cerca como podía de los de Eli y, no obstante, la imagen empezó a deformarse. Los ojos negros de la niña desaparecían, se volvieron borrosos.

Había dado por supuesto que sus glándulas lacrimales estaban quemadas, como todo lo demás, pero no era así. Las lágrimas arrasaron su ojo y le cegaron. Su párpado provisional no daba abasto y, con mucho cuidado, se enjugó el ojo con la mano mientras todo su cuerpo temblaba.

Buscó el mecanismo de cierre de la ventana. Lo giró. Le caían mocos por el agujero donde antes había estado su nariz, goteando sobre el marco de la ventana cuando consiguió abrirla.

El aire frío inundó la habitación. Sólo era cuestión de tiempo que el vigilante se despertara. Håkan alargó su brazo y tendió su mano sana hacia Eli. Ésta se subió al alféizar de la ventana, tomó su mano entre las suyas y la besó:

—Hola, amigo mío.

Håkan asintió lentamente para confirmar que oía. Retiró su mano de las de Eli y le acarició la mejilla. Su piel era como seda helada bajo su mano.

Todo se agolpó en su cabeza.

No iba a pudrirse en la celda de ninguna cárcel rodeado de letras sin sentido. Ser vejado por otros presos porque había cometido el que a sus ojos era el peor de los crímenes. Iba a estar con Eli. Iba a...

Eli se agachó cerca de él, acurrucada en el alféizar de la ventana.

—¿Qué quieres que haga?

Håkan retiró la mano de la mejilla de la niña y señaló su cuello. Eli meneó la cabeza.

—Entonces, tendría que... matarte. Después.

Håkan apartó la mano del cuello, la puso sobre la cara de Eli. Posó el dedo meñique un momento en los labios de la pequeña. Luego volvió a llevar la mano sobre sí mismo.

Señaló de nuevo el cuello.

Su aliento formaba nubes blancas de vaho, pero no tenía frío. Oskar había bajado en diez minutos hasta la tienda. La luna le había acompañado desde la casa de su padre, jugando al escondite detrás de las copas de los abetos. Miró el reloj. Las diez y media. Había visto en el horario que había en la entrada que el último autobús de Norrtälje salía a las doce y media.

Cruzó la explanada que había delante de la tienda, iluminada por las luces de la gasolinera, y se dirigió hacia la calle Kappellskärsvägen. No había hecho nunca dedo y su madre se pondría como loca si llegaba a enterarse. Entrar en el coche de una persona desconocida...

Empezó a andar más deprisa, pasó por delante de un par de chalés iluminados. Allí dentro vivía gente que estaba a gusto. Los niños dormidos en sus camas sin la preocupación de que sus padres entraran y los despertaran para ponerse a decir bobadas.

Esto es culpa de papá, no mía.

Miró las botas que aún llevaba en la mano; las tiró a la cuneta, se paró. Ahí estaban: dos cocos oscuros en la nieve a la luz de la luna.

Mamá no me dejará volver aquí nunca más.

Su padre iba a notar que se había ido dentro de... una hora más o menos. Luego saldría a buscarle, llamándolo. Después telefonaría a su madre. ¿Seguro que lo haría? Probablemente. Para saber si Oskar había llamado. Su madre se daría cuenta de que su padre estaba borracho cuando le contara que Oskar se había ido, y se montaría una...

Espera. Así.

Cuando llegara a Norrtälje llamaría a su padre desde una cabina y le diría que se iba a Estocolmo, que iba a pasar la noche en casa de un amigo y que luego volvería a casa de su madre al día siguiente como si no hubiera pasado nada.

De esa manera su padre iba a tener su castigo sin que supusiera una catástrofe.

Bien. Y así...

Oskar bajó a la cuneta y recogió las botas, se las metió en los bolsillos de la cazadora y siguió hacia la carretera principal. Ya estaba arreglado. Ahora era Oskar el que decidía adónde iba y la luna lo miraba con cariño iluminando sus pasos. Alzó la mano saludándola y empezó a cantar:

—«Aquí llega Fritiof Andersson, trae el sombrero nevado...».

Ya no se sabía más, así que en vez de cantarla la tarareó.

Después de unos cientos de metros llegó un coche. Él ya lo había oído cuando todavía estaba bastante lejos; se detuvo y sacó el dedo. El coche pasó delante de él, se paró y dio marcha atrás. La puerta del copiloto se abrió, dentro había una mujer, algo más joven que su madre. Nada que temer.

—Hola. ¿Adónde quieres ir?

—A Estocolmo. Bueno, a Norrtälje.

—Pues a Norrtälje voy yo, así que... —Oskar se agachó para entrar en el coche —. Se me olvidaba. ¿Saben tu papá y tu mamá dónde estás?

—Sí, claro. Pero es que el coche de papá se ha averiado y... bueno.

La mujer se lo quedó mirando, como si estuviera pensando algo.

—Bueno, entonces sube.

—Gracias.

Oskar se deslizó en el asiento y cerró su puerta. Se pusieron en marcha.

—Entonces, ¿te dejo en la estación de autobuses?

—Sí, por favor.

Oskar se colocó bien en el asiento disfrutando del calor que empezaba a sentir en el cuerpo, especialmente en la espalda. Debía de ser uno de esos asientos con calefacción. Y que fuera tan sencillo. Los chalés iluminados pasaban rápidamente ante las ventanillas.

Podéis quedaros ahí sentados, bobos.

Se va cantando, se va jugando a España y... algún sitio.

—¿Vives en Estocolmo?

—Sí. En Blackeberg.

—Blackeberg... está al oeste, ¿no?

—Eso creo. Se llama Västerort, así que será por eso.

—Bueno. ¿Te espera algo importante en casa?

—Sí.

—Tiene que ser algo especial para salir a estas horas.

—Sí. Lo es.

Hacía frío en la habitación. Las articulaciones parecían rígidas después de haber dormido tanto tiempo en una postura incómoda. El vigilante se desperezó con un crujido, echó un vistazo a la cama y se despejó totalmente.

¡La ventana... el frío... mierda!

Se levantó temblando, miró alrededor. ¡A Dios gracias! El hombre no había huido, pero ¿cómo cojones había conseguido llegar a la ventana? Y...

¿Qué es esto?

El asesino estaba inclinado sobre el antepecho de la ventana con un bulto negro en el hombro. Su culo desnudo asomaba bajo la bata del hospital. El vigilante dio un paso hacia él, se paró jadeando.

El bulto era una cabeza. Un par de ojos negros se cruzaron con los suyos.

Buscó a tientas el arma reglamentaria y se acordó de que no la llevaba. Por razones de seguridad. El arma más próxima se encontraba en la caja fuerte del pasillo. Además, sólo se trataba de una niña, como pudo ver entonces.

—¡Alto! ¡No os mováis!

Corrió los tres pasos que había hasta la ventana y la niña levantó la cabeza del cuello del hombre.

En el mismo momento en que el vigilante llegó, la niña tomó impulso desde el alféizar y desapareció hacia arriba. Sus pies se bambolearon un instante en el borde superior de la ventana antes de desaparecer.

Llevaba los pies descalzos.

El vigilante sacó la cabeza por la ventana y alcanzó a ver un cuerpo que desaparecía en el tejado, fuera de su ángulo de visibilidad. El hombre que tenía a su lado respiraba con dificultad.

Oh, santo Dios y la madre que lo parió.

En la tenue luz se podían apreciar unas manchas oscuras en un hombro y en la parte de atrás de la bata. El hombre tenía la cabeza caída y en el cuello destacaba una herida reciente. En el tejado se oían golpes suaves de algo que se movía sobre las planchas metálicas. El vigilante se había quedado paralizado.

Prioridades. ¿Qué prioridades?

No se acordaba. Lo primero, salvar vidas. Sí, sí, pero había otros que podían... echó a correr hacia la puerta, marcó la combinación y se lanzó por el pasillo, gritando:

—¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡Venga! ¡Esto es urgente!

Se lanzó hacia la escalera de incendios mientras la enfermera de noche salía de su garita y corría en dirección a la habitación que él acababa de dejar. Cuando se cruzaron ella, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Urgente. Es... urgente. Pide más personal, es... un asesinato.

No le salían las palabras. No se había visto nunca en algo semejante. Le habían colocado en este tedioso puesto de vigilante precisamente porque *era* inexperto. Prescindible, vamos. Mientras corría hacia la escalera sacó la radio y avisó a la central pidiendo refuerzos.

La enfermera intentó prepararse para lo peor: un cuerpo tirado en el suelo en medio de un charco de sangre, o colgado con una sábana de una tubería del agua caliente. Ya había visto ambas cosas.

Cuando entró en la habitación sólo vio que la cama estaba vacía. Y algo al lado de la ventana. Al principio creyó que se trataba de un montón de ropa puesta en el alféizar. Luego vio que se movía.

Corrió hacia la ventana para impedir que ocurriera, pero llegó demasiado tarde. El hombre se encontraba ya colgado del marco y con la mitad del cuerpo fuera cuando ella se lanzó hacia allí. Llegó a tiempo de coger una solapa de la bata del hospital antes de que el cuerpo del hombre cayera; el tubo del goteo se le desprendió del brazo. Un «rasssch» y se quedó con un trozo de tela de color azul en la mano. Un par de segundos después oyó un golpe lejano y sordo cuando el cuerpo se estrelló contra el suelo. Luego, los pitidos de la alarma del gotero.

El taxista giró ante la entrada de urgencias. El señor mayor que venía en el asiento de atrás y que le había entretenido durante todo el viaje desde Jakobsberg con anécdotas sobre sus problemas de corazón, abrió su puerta y se quedó sentado, esperando.

Vale, vale.

El conductor salió, dio la vuelta hasta la parte de atrás y le ofreció su brazo al anciano. La nieve se le colaba por el cuello de la cazadora. El viejo estaba casi apoyándose en su brazo cuando se quedó mirando fijamente hacia algún punto en el cielo, y permaneció sentado.

—Venga, vamos. Yo le sujeto.

El viejo señalaba hacia arriba.

—¿Qué es eso?

El taxista miró hacia donde estaba señalando.

Había una persona en el tejado del hospital. Una persona pequeña. Desnuda de cintura para arriba, con las manos apretadas a lo largo del cuerpo.

Avisa.

Tendría que dar la alarma a través de la radio, pero se quedó parado, incapaz de moverse, como si al hacerlo se fuera a alterar el equilibrio y la persona fuera a caer.

Le dolió la mano cuando el viejo se la cogió con unos dedos que parecían garras, clavándole las uñas en la palma. Sin embargo, no se movió.

La nieve le caía en los ojos y parpadeó. La persona que estaba en el tejado levantó los brazos por encima de la cabeza. Algo se extendió entre los brazos y el cuerpo: una telilla... una membrana. El viejo agarró su mano, salió del coche y se puso a su lado.

Al mismo tiempo que el hombro del anciano rozaba el suyo, cayó la persona... un niño... Lanzó un resuello y los dedos del viejo se le volvieron a clavar en la palma de la mano. El niño caía justo por encima de ellos.

De forma instintiva se agacharon los dos y se pusieron las manos sobre la cabeza. No pasó nada.

Cuando volvieron a mirar el niño había desaparecido. El conductor echó una ojeada alrededor, pero todo lo que se podía ver en el aire era la nieve cayendo bajo las farolas.

El viejo se estremeció.

—El ángel de la muerte. Era el ángel de la muerte. No saldré nunca de aquí.

Sábado 7 de noviembre (noche)

—¡Habba-Habba soud-soud!

Una pandilla de chicos y chicas habían subido cantando en Hötorget. Serían más o menos de la edad de Tommy. Bebidos. Los chicos soltaban de vez en cuando algún berrido, se tiraban sobre las chicas y éstas se reían, les devolvían el golpe. Después, empezaban a cantar de nuevo. La misma canción una y otra vez. Oskar los miraba de reojo.

Yo nunca seré como ellos.

Por desgracia. Le habría gustado. Parecía que se divertían. Pero Oskar no podría nunca comportarse así, hacer lo que hacían. Uno de ellos se puso de pie en el asiento cantando en voz alta:

—¡A Huleba-Huleba, A-ha-Huleba!

Un viejo que estaba sentado y medio dormido en los asientos reservados a los minusválidos en la otra punta del vagón les increpó:

—¡¿No podéis tranquilizaros un poco?! Estoy tratando de dormir.

Una de las muchachas puso el dedo corazón hacia arriba y se lo mostró al viejo.

—A dormir se va uno a casa.

Todo el grupo se echó a reír y volvieron a la carga con la misma canción. Unos asientos más allá iba un hombre leyendo un libro. Oskar agachó la cabeza para poder leer el título pero no vio más que el nombre del autor: Göran Tunström. No le sonaba conocido.

En el grupo de cuatro asientos al lado de Oskar iba una señora mayor con el bolso sobre las rodillas. Iba hablando sola en voz baja, gesticulando hacia un interlocutor invisible.

Él no había ido nunca en metro después de las diez de la noche. ¿Serían aquellas personas las mismas que durante el día iban calladas y mirando fijamente hacia delante, leyendo el periódico? ¿O sería un grupo especial que sólo salía por las noches?

El hombre del libro pasó la página. Oskar, por extraño que parezca, no llevaba encima ningún libro. Lástima. Le habría gustado hacer como aquel hombre: estar sentado leyendo, olvidándose de todo lo que le rodeaba. Pero sólo llevaba el walkman y el cubo. Había pensado escuchar la cinta de Kiss que le había dado Tommy, lo había intentado en el autobús de vuelta, pero se había cansado después de un par de canciones.

Sacó el cubo del bolso. Tres caras estaban ya listas. Sólo faltaba una esquina de nada en la cuarta. Eli y él habían pasado una tarde entretenidos con el cubo, hablando de cómo se podía hacer, y después de aquello Oskar había mejorado mucho. Miró todas las caras intentando dar con alguna estrategia, pero no vio más que los ojos de

Eli delante de él.

¿Qué aspecto tendrá?

No tenía miedo. Tenía la sensación de que... bueno... no podía estar allí a esas horas, no podía hacer lo que estaba haciendo. No existía. No era él.

No existo, y nadie puede hacerme daño.

Había llamado a su padre desde Norrtälje y éste se había puesto a llorar al teléfono diciéndole que iba a llamar a alguien que pudiera ir a buscarle. Era la segunda vez en su vida que Oskar oía llorar a su padre. Por un momento estuvo a punto de ablandarse, pero cuando su padre empezó a atropellarse y a gritar que él tenía que poder dirigir su vida y hacer lo que quisiera en su casa, Oskar le colgó el teléfono.

En realidad fue entonces cuando apareció, aquella sensación de que no existía.

El grupo de chicos y chicas se bajó en la estación de Ängbyplan. Uno de los chavales se volvió y gritó dentro del vagón:

—Qué durmáis bien, queridos... queridos...

No le salía la palabra y una de las chicas se lo llevó consigo. Justo antes de que el tren se pusiera en marcha se soltó de ella, corrió hacia las puertas y, sujetando una de ellas, gritó:

—... compañeros de viaje. ¡Compañeros de viaje, qué durmáis bien!

Soltó la puerta y el metro echó a andar de nuevo. El hombre que iba leyendo bajó el libro, miró a los jóvenes en el andén. Luego se volvió hacia Oskar, le miró a los ojos y sonrió. Oskar respondió con una sonrisa fugaz, después hizo como que dirigía su atención al cubo.

Tuvo la sensación de que... había sido aprobado. Aquel hombre se había fijado en él y le había transmitido la idea de que *Haces bien. Todo lo que estás haciendo está bien hecho.*

Sin embargo no se atrevía a volver a mirarle. Parecía como si aquel hombre *supiera*. Oskar giró el cubo un poco y lo volvió a dejar como estaba.

Otras dos personas, además de él, se bajaron del metro en Blackeberg, de otros vagones. Un chico más mayor al que no conocía de nada y un adulto con pinta de ligón que parecía bastante borracho. El ligón se acercó tambaleándose al chico mayor y le gritó:

—Oye, tú, ¿tienes un cigarrillo?

—*Sorry*, no fumo.

Pero el ligón parece que no entendió más que la negativa, porque sacó un billete de diez coronas del bolsillo y agitándolo en la mano continuó:

—¡Diez coronas! Sólo por *un* pitillo.

El chico negó con la cabeza y siguió andando. El ligón se quedó allí tambaleándose, y cuando Oskar pasó a su lado levantó la cabeza y le dijo:

—¡Tú! —pero entonces se le achinaron los ojos, fijó la mirada en Oskar y meneó la cabeza—. No, no era nada. Vete en paz, hermano.

Oskar continuó subiendo las escaleras de la estación. Preguntándose si el ligón estaría pensando en ponerse a mear en el raíl eléctrico. El chico mayor desapareció por las puertas de salida. Sin contar al vigilante de los torniquetes, Oskar era la única persona que había en el vestíbulo.

Todo parecía tan distinto por la noche. La tienda de fotos, la floristería y la tienda de ropas que había dentro de la estación permanecían apagadas. El vigilante estaba en su garita con los pies sobre el mostrador, leyendo algo. Qué silencio. El reloj de la pared señalaba las dos pasadas. Debería estar en su cama a esas horas. Durmiendo. Al menos debería de tener sueño. Pero no. Estaba tan cansado que sentía el cuerpo como vacío, pero un vacío cargado de electricidad. No somnoliento.

Se abrió una puerta abajo, donde los andenes, y oyó la voz del ligón:

—«Y hagan la reverencia, ustedes los agentes con cascos y porras...».

La misma canción que él había cantado. Se echó a reír y empezó a correr. Salió corriendo por las puertas, cuesta abajo hacia la escuela, pasó la escuela y el aparcamiento. Había empezado a nevar otra vez y aquellos grandes copos le pinchaban como alfileres en la cara ardiente. Miraba hacia arriba mientras corría. La luna estaba aún con él, jugando al escondite entre los edificios altos.

Ya dentro del patio se detuvo, tomó aliento. Casi todas las ventanas estaban oscuras, pero ¿no se veía un poco de luz detrás de las persianas del piso de Eli?

¿Qué aspecto tendría?

Subió la cuesta, echó una ojeada a su propia ventana a oscuras. Allí dentro estaba el Oskar normal durmiendo. El Oskar... anterior a Eli. Con la bola del pis en los calzoncillos. Ya no se la ponía, no la necesitaba.

Abrió la puerta del sótano de su portal y por el pasillo llegó ante el portal de Eli, no se paró a mirar si quedaba alguna mancha en el suelo. Solamente pasó. Ya no existía. No tenía una madre, ni un padre, ni una vida anterior, él sólo estaba... allí. Abrió la puerta y subió las escaleras.

De pie en el descansillo se quedó mirando la deteriorada puerta de madera, la placa del nombre sin nombre.

Detrás de esa puerta.

Se había imaginado que iba a subir corriendo las escaleras e iba a llamar, sin más. Pero en vez de eso se sentó en los últimos escalones, al lado de la puerta.

¿Y si no quería que él viniera?

Después de todo era ella la que se había alejado. A lo mejor le decía que se marchara, que quería estar tranquila, que...

El trastero del sótano. El de Tommy y los otros.

Podía dormir allí, en el sofá, porque no estarían allí por la noche. De esa manera podría ver a Eli al día siguiente por la tarde, como de costumbre.

Nada sería ya como de costumbre.

Se quedó mirando fijamente al timbre. Nada iba a ser como antes. Había que hacer algo grande. Como escaparse, hacer dedo, volver a casa a media noche para demostrar que se es... importante. Lo que más miedo le daba *no* era que ella quizá fuera un ser que vivía de la sangre de otras personas, sino que lo rechazara.

Tocó el timbre de la puerta.

Se oyó un zumbido dentro del piso que cesó cuando soltó el timbre. Estuvo esperando. Volvió a llamar, más tiempo. Nada. No se oía nada. Eli no estaba en casa.

Oskar se sentó en la escalera mientras la desilusión le caía como un jarro de agua fría. Y se sintió de pronto cansado, terriblemente cansado. Se levantó lentamente y bajó las escaleras. A medio camino se le ocurrió una idea. Una tontería, pero... aun así. Volvió hasta la puerta y con señales cortas y largas en el timbre deletreó el nombre de ella con el alfabeto Morse.

Corta. Pausa. Corta, larga, corta, corta. Pausa. Corta, corta.

E... L... I...

Esperó. No se oía absolutamente nada. Se había dado la vuelta para marcharse cuando oyó la voz de Eli.

—¿Oskar? ¿Eres tú?

Y esto fue lo que sucedió, a pesar de todo; que la alegría fue como un cohete que se encendiera en su pecho y explotara a través de su boca con un estruendoso:

—¡Sí!

Maud Carlberg, por hacer algo, fue a buscar una taza de café al cuarto que había detrás de la recepción y se sentó con la luz apagada. Tenía que haber salido de su turno hacía ya una hora, pero la policía le había pedido que esperara.

Un par de hombres que no iban vestidos de policía estaban dando con un pincel una especie de polvo en el suelo, a lo largo del camino que la niña había recorrido con los pies desnudos.

El policía que le preguntó lo que la chica había dicho, lo que había hecho, qué aspecto tenía, no había sido muy amable. A Maud le había dado todo el tiempo la impresión, por su tono de voz, de que insinuaba que ella había actuado mal. Pero ¿cómo habría podido ella saber lo que tenía que hacer?

Henrik, uno de los vigilantes con quien a menudo compartía el turno de tarde, se acercó a la recepción y señalando la taza de café dijo:

—¿Es para mí?

—Si la quieres...

Henrik cogió la taza de café, bebió un trago y echó una mirada al vestíbulo. Además de los que estaban pintando el suelo había un policía uniformado hablando con un taxista.

—Mucha gente esta tarde.

—No entiendo nada. ¿Cómo pudo subir arriba?

—No sé. Están trabajando en ello. Parece que trepó por la pared.

—Eso no puede ser.

—No.

Henrik sacó del bolsillo una bolsa con barcos de regaliz y le ofreció a Maud. Ella negó con la cabeza y Henrik cogió tres barcos, se los metió en la boca y se encogió de hombros disculpándose.

—He dejado de fumar. He cogido cuatro kilos en dos semanas. —Hizo una mueca —. No, joder. Tenías que haberlo visto.

—¿A quién... al asesino?

—Sí. Ha salpicado así... toda la pared ahí. Y la cara... no. Si se va a quitar uno la vida alguna vez, tendrá que ser con pastillas. Imagínate si tienes que hacer la autopsia, ¿eh? Tener que hacer eso.

—Henrik.

—¿Sí?

—Déjalo.

Eli estaba en el quicio de la puerta. Oskar, sentado en la escalera. Agarraba con una mano el asa de la bolsa, como si estuviera preparado para irse en cualquier momento. Eli se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Parecía totalmente restablecida. Una chica pequeña, insegura. Le miró a las manos, dijo en voz baja:

—¿Vienes?

—Sí.

Eli asintió casi sin que se notara, enredando con los dedos. Oskar siguió sentado en la escalera.

—¿Puedo... entrar?

—Sí.

A Oskar le llevaron los demonios. Dijo:

—Di que puedo entrar.

Eli alzó la cabeza, pareció que iba a decir algo pero no lo hizo. Empezó a cerrar la puerta un poco, se detuvo. Dio una patada en el suelo con los pies descalzos, luego habló:

—Puedes entrar.

Se volvió y entró en la casa, Oskar la siguió y cerró la puerta. Dejó la bolsa en la entrada, se quitó la cazadora y la colgó en un perchero del que no colgaba nada más.

Eli estaba en la puerta del cuarto de estar con los brazos caídos. Solamente llevaba puestas las bragas y una camiseta de color rojo en la que ponía Iron Maiden encima del esqueleto del monstruo que aparecía en la carátula de sus discos. A Oskar le sonaba conocido. ¿Lo habría visto en el cuarto de la basura alguna vez? ¿Sería el mismo?

Eli estaba mirando lo sucios que tenía los pies.

—¿Por qué has dicho eso?

—Porque tú lo dices.

—Sí. Oskar...

Ella dudó. Oskar se quedó donde estaba, con la mano en la cazadora que acababa de colgar. Estaba mirando la cazadora cuando preguntó:

—¿Eres una vampira?

Eli se cruzó de brazos, meneando la cabeza despacio.

—Yo... me alimento de sangre. Pero yo no soy... eso.

—¿Cuál es la diferencia?

Ella le miró a los ojos y dijo, con algo más de energía:

—Hay una diferencia muy grande.

Oskar vio cómo los dedos de los pies de Eli se encogían y se estiraban, se encogían. Sus piernas desnudas eran verdaderamente delgadas; donde acababa la camiseta pudo ver el borde de un par de bragas blancas. Hizo un gesto hacia ella.

—Entonces, ¿tú estás como... *muerta*?

Eli sonrió por primera vez desde que él llegara.

—No. ¿Es que no se nota?

—No, pero... tú sabes... ¿te has muerto alguna vez, o así?

—No. Pero he vivido mucho tiempo.

—¿Eres *vieja*?

—No. Tengo doce años. Pero los he tenido desde hace mucho tiempo.

—Entonces eres *vieja*. Por dentro. En la cabeza.

—No. No lo soy. Eso es lo único que a mí misma me parece realmente extraño. No lo puedo entender. ¿Por qué nunca... de alguna manera... tengo más de doce años?

Oskar se quedó pensando, pasó el brazo por su cazadora.

—A lo mejor porque los tienes.

—¿Cómo?

—Sí, pues... que tú no puedes entender por qué sólo tienes doce años, precisamente porque sólo tienes doce años.

Eli frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que soy *tonta*?

—No. Pero un poco dura de mollera. Como suelen ser los niños.

—Vaya. ¿Y cómo casa eso con lo del cubo?

Oskar dio un bufido, la miró a los ojos y recordó aquello de sus pupilas. Ahora estaban normales, pero *habían* tenido un aspecto muy extraño. ¿No era cierto? De todas formas... aquello era demasiado. Era increíble.

—Eli. Tú sólo te estás inventando todo eso, ¿no?

Eli acarició el esqueleto del monstruo que tenía en el estómago y dejando la mano quieta justo sobre la boca abierta del monstruo dijo:

—¿Todavía quieres asociarte conmigo?

Oskar dio medio paso atrás.

—No.

Alzó la vista hacia él. Triste, casi acusatoria.

—No, eso no. Tú comprenderás... que...

Se contuvo. Oskar continuó por ella.

—Si hubieras querido matarme ya lo habrías hecho hace tiempo.

Eli asintió. Oskar retrocedió otro medio paso. ¿Cuánto tiempo tardaría en salir por la puerta? ¿Dejaría la bolsa? Eli parecía no notar su inquietud, sus ganas de huir. Oskar se paró, con los músculos en tensión.

—¿Me voy a... contagiar?

Todavía con la mirada fija en el monstruo que llevaba encima del estómago, Eli negó con la cabeza.

—No quiero contagiar a nadie. Y menos a ti.

—¿Qué quieres decir entonces con lo de asociarnos?

Eli levantó la cabeza hacia el lugar donde creía que estaba Oskar, pero se había equivocado. Vaciló. Luego fue hacia él, le cogió la cabeza entre sus manos. Oskar la dejó hacer. Eli parecía... en blanco. Ausente. Pero nada que recordara aquella cara que había visto en el sótano. Las yemas de sus dedos le rozaron las orejas. Un sosiego inundó lentamente el cuerpo de Oskar.

Sea.

Que sea lo que Dios quiera.

El rostro de Eli estaba a veinte centímetros del suyo. Su aliento olía raro, como la caseta en la que su padre guardaba chatarra. Sí. Eli olía... a óxido. La punta de un dedo le acarició la oreja. Ella susurró:

—Estoy sola. Nadie lo sabe. ¿Quieres?

—Sí.

Al instante pegó su cara a la de él, cerró sus labios alrededor del labio superior de Oskar y lo retuvo con una presión muy, muy suave. Los tenía calientes y secos. A él se le llenó la boca de saliva y cuando la apretó contra el labio inferior de Eli lo humedecieron, suavizándolo. Cada uno probó con mimo los labios del otro, dejándolos deslizarse, y Oskar desapareció en una oscuridad ardiente que fue aclarándose gradualmente, convirtiéndose en una gran sala, en el salón de un palacio en cuyo centro había una mesa alargada llena de comida, y Oskar...

... corre hasta los manjares, empieza a comérselos con las manos. A su alrededor hay otros niños, mayores y pequeños. Todos comen de la mesa. En uno de los extremos de la mesa está sentado un... ¿hombre?... una mujer... una persona con lo que debe de ser una peluca. Una enorme peluca le cubre la cabeza. La persona tiene un vaso en la mano, lleno de un líquido de color rojo oscuro, está confortablemente sentada, apoyada en el respaldo de la silla, da un sorbito del vaso y asiente con la cabeza

animando a Oskar.

Los niños no paran de comer. Al fondo de la sala, contra la pared, Oskar puede ver a unas personas pobremente vestidas que siguen con inquietud lo que pasa alrededor de la mesa. Una mujer con un chal de color marrón cubriéndole el pelo está con las manos fuertemente entrelazadas sobre el estómago y Oskar piensa: «Mamá».

Después suena el tintineo de un vaso y toda la atención se vuelca en el hombre que está en el extremo de la mesa. Él se levanta. Oskar tiene miedo de ese hombre. Tiene la boca pequeña, estrecha y extrañamente roja. La cara blanca como la tiza. Oskar siente el jugo de la carne saliéndosele por las comisuras de la boca, un pequeño trozo de carne está a punto de salirse de la boca, lo detiene con la lengua.

El hombre alza una pequeña bolsa de piel. Con gesto huraño abre la cinta que cierra la bolsa y pone sobre la mesa dos grandes dados blancos. En la sala resuena el eco de los dados cuando dan vueltas y se paran. El hombre levanta los dados en la mano, los pone delante de Oskar y de los otros niños.

El hombre abre la boca para decir algo, pero en ese mismo momento a Oskar se le cae el trozo de carne de la boca y...

Los labios de Eli se retiraron de los suyos, soltó también su cabeza, dio un paso hacia atrás. Aunque le daba miedo, Oskar intentó volver a ver el salón del palacio otra vez, pero había desaparecido. Eli lo miraba intrigada. Oskar se frotó los ojos, asintiendo.

—O sea, que es verdad.

—Sí.

Se quedaron un rato así, callados. Luego Eli le preguntó:

—¿Quieres entrar?

Oskar no dijo nada. Eli le tiró del jersey, alzó las manos y las dejó caer de nuevo.

—No pienso hacerte daño jamás.

—Eso ya lo sé.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Ese jersey. ¿Es del cuarto de las basuras?

—... Sí.

—¿Lo has lavado?

Eli no contestó.

—Eres un poco guarra, ¿lo sabes?

—Me puedo cambiar si quieres.

—Sí. Hazlo.

Había leído algo sobre el hombre de la camilla, bajo la sábana. El asesino ritual.

Benke Edwards había llevado a gente de todo tipo por aquellos pasillos, hasta las

cámaras. Hombres y mujeres de distintas edades y tamaños. Niños. No había ninguna camilla especial para los niños y pocas cosas le hacían a Benke sentirse tan mal como aquellas superficies vacías que quedaban en la camilla cuando llevaba a un niño; la pequeña figura bajo la sábana blanca, como apretada contra la parte delantera de la camilla. El extremo de los pies, vacío; la sábana, estirada. Aquella superficie era la muerte propiamente dicha.

Pero el que llevaba ahora era un hombre adulto y, además de eso, una celebridad.

Conducía la camilla a través de pasillos silenciosos. El único ruido que se oía era el de la goma de las ruedas que chirriaba contra el suelo de linóleo. Aquí no había ningún tipo de señalización de colores en el suelo. Cuando llegaba alguna visita, venía siempre acompañada por alguien de entre el personal del hospital.

Benke había permanecido esperando en la calle mientras la policía fotografiaba el cuerpo sin vida. Algunos representantes de la prensa que estaban con sus cámaras fuera del cordón policial tomaban fotos del hospital con potentes flashes. Mañana saldría la imagen en el periódico, completada con una línea de puntos que marcara cómo había caído el hombre.

Una celebridad.

El bulto bajo la sábana no sugería nada de eso. Un bulto como los demás. Sabía que el hombre parecía un monstruo, que su cuerpo se había reventado como un globo de agua al chocar contra el suelo helado; agradecía que estuviera cubierto. Bajo la sábana, somos todos iguales.

Sin embargo, seguro que muchas personas se sentirían aliviadas al saber que precisamente aquel bulto de carne ya sin vida era conducido a la cámara frigorífica para una posterior incineración cuando los forenses terminaran su trabajo. El hombre presentaba una herida en el cuello que llamó poderosamente la atención del fotógrafo de la policía.

Pero ¿qué importancia podía tener aquello?

Benke se consideraba a sí mismo como una especie de filósofo, lo cual tenía que ver con su profesión. Había visto tanto de lo que *en realidad* somos las personas que había desarrollado una teoría, y era bastante simple:

«Todo está en el cerebro».

El eco de su voz retumbó en los pasillos desiertos cuando paró la camilla delante de la puerta de la cámara frigorífica, marcó el código y la puerta se abrió.

Sí. Todo en el cerebro. Desde el principio. El cuerpo no es más que una especie de unidad de servicio que el cerebro se ve obligado a arrastrar para mantenerse vivo. Pero todo está allí desde el principio, en el cerebro. Y la única manera de cambiar a un tipo como el que estaba debajo de la sábana sería operándole el cerebro.

O encerrándolo.

La cerradura automática, que debía mantener la puerta abierta durante diez segundos después de que se hubiera introducido el código, aún no había sido arreglada y Benke tuvo que sujetar la puerta con una mano mientras con la otra

agarraba la camilla por el extremo de la cabeza y la metía en la cámara. La camilla golpeó contra el quicio de la puerta y Benke soltó un juramento.

Si hubiera sido en cirugía la habrían arreglado en cinco segundos.

Entonces vio algo extraño.

Justo debajo y a la izquierda del bulto que era la cabeza del hombre había una mancha de color marrón en la sábana. La puerta se cerró tras ellos cuando Benke se agachó para mirar. La mancha crecía lentamente.

Está sangrando.

Benke no era de los que se amedrentaba fácilmente. Además, algo así ya había ocurrido antes. Probablemente alguna acumulación de sangre dentro del cráneo que se habría derramado cuando la camilla chocó contra el quicio de la puerta.

La mancha de la sábana crecía.

Benke fue hasta el armario de primeros auxilios y buscó esparadrapo quirúrgico y gasa. Siempre le había parecido cómica la presencia de un armario así en un sitio como éste, pero claro, estaba previsto para el caso de que alguna persona viva resultara herida allí dentro; que se pillara el dedo con una camilla o algo así.

Con la mano sobre la sábana justo encima de la mancha hizo acopio de fuerzas. Lógicamente no le daban miedo los cadáveres, pero aquél parecía que era la hostia. Y Benke se veía obligado a ponerle un esparadrapo. Sería a él a quien echarían la bronca si caía un montón de sangre en la cámara.

Así que tragó, y apartó la sábana.

La cara del hombre desafiaba toda descripción. Imposible comprender que hubiera vivido una semana con un rostro así. Allí no había nada que pudiera ser reconocido como humano, más que una oreja y un... ojo.

¿Es que no habían podido... volver a ponerle los esparadrapos?

El ojo estaba abierto. Lógicamente. Apenas tenía párpado con el que cerrarlo. Y estaba tan destrozado que parecía como si se hubiera producido una cicatrización dentro de la propia esclerótica.

Benke se desentendió de la mirada muerta y se concentró en lo que tenía que hacer. Parecía que el origen de la mancha era aquella herida del cuello.

Se oyó un suave goteo y Benke miró rápidamente alrededor. Joder. Seguro que estaba algo nervioso. Otra gota. Venía de sus pies. Miró hacia abajo. Una gota de agua cayó de la camilla y aterrizó en su zapato. Plop.

¿Agua?

Observó la herida que el hombre tenía en el cuello. Se había formado un charco debajo de ella y chorreaba por el borde de la placa. Plop.

Movió el pie. Una gota cayó sobre el suelo de cerámica. Plip.

Metió el dedo índice en el charco, se frotó el dedo índice con el pulgar. No era agua. Era algún líquido viscoso, denso y transparente. Nada que él pudiera reconocer.

Cuando volvió a mirar al suelo blanco, se había empezado a formar allí un pequeño charco. El líquido no era transparente, sino de color rosa pálido. Parecía

como cuando separan la sangre en bolsas para las transfusiones. Lo que queda cuando los glóbulos rojos se van al fondo.

Plasma.

El hombre sangraba plasma.

Cómo podía ocurrir aquello, eso tendrían que explicarlo mañana los expertos, o, mejor dicho, hoy. Su trabajo era pararlo, de manera que no manchara el depósito. Tenía ganas de irse a casa ya. Meterse en la cama al lado de su mujer dormida, leer unas páginas de *Un ser abominable* y luego dormir.

Benke dobló la gasa hasta hacer una gruesa compresa y la puso sobre la herida. ¿Cómo cojones iba a pegar el esparadrapo? El hombre también tenía el resto del cuello destrozado y era difícil encontrar trozos de piel no dañados en los que sujetarlo. Le importaba un bledo. Se quería ir a casa ya. Cogió largas tiras de esparadrapo e hizo un remiendo de acá para allá en el cuello, un remiendo del que probablemente tendría que dar explicaciones, pero qué, joder.

Soy celador, no cirujano.

Cuando hubo colocado la compresa en su sitio, limpió la camilla y el suelo. Luego condujo el cadáver a la habitación número cuatro, se frotó las manos. Listo. Un trabajo bien hecho y una historia para contar en el futuro. Mientras echaba un último vistazo y apagaba, empezó a pulir las frases.

¿Os acordáis de aquel asesino que se tiró desde el último piso? Yo me tuve que ocupar de él después de aquello, y cuando lo conduje a la cámara frigorífica noté algo raro...

Cogió el ascensor hasta su sala, se lavó las manos con esmero, se cambió y, al salir, echó la bata a lavar. Bajó hasta el aparcamiento, se sentó en el coche y se fumó un cigarrillo con tranquilidad antes de arrancar. Cuando hubo apagado la colilla en el cenicero, que buena falta hacía vaciar, giró la llave y arrancó el coche.

El coche bramó, como solía ocurrir cuando hacía frío o había humedad. Pero siempre arrancaba. Sólo necesitaba montar algo de bronca antes. Cuando el brrrum, brrrum del tercer intento se transformó en un ruido restallante de motor, se acordó de ello.

No coagula.

No. Lo que fluía del cuello del hombre no iba a coagular bajo la compresa. Iba a empaparla y luego seguiría chorreando hasta el suelo, y cuando abrieran la puerta dentro de unas horas...

¡Joder!

Sacó la llave del coche y se la guardó cabreado en el bolsillo mientras se dirigía de vuelta al hospital.

El cuarto de estar no estaba tan vacío como la entrada y la cocina. Aquí había un sofá, una butaca y una mesa grande con un montón de cosas pequeñas encima. Había tres

cajas de cartón apiladas una encima de otra al lado del sofá. Una lámpara de pie solitaria esparcía una luz débil y amarillenta sobre la mesa. Y eso era todo. Nada de alfombras, ni cuadros, ni tele. Delante de las ventanas colgaban unas mantas gruesas.

Parece como una cárcel. Una gran cárcel.

Oskar silbó, para probar. Pues sí. Había eco, pero no tanto. Probablemente por las mantas. Dejó su bolsa al lado de la butaca. El chasquido, cuando el herraje metálico de la parte inferior chocó contra el duro suelo de linóleo, resonó desolado.

Había empezado a mirar los objetos dispuestos sobre la mesa cuando Eli salió de la habitación de al lado, ahora vestida con una camisa de cuadros que le estaba demasiado grande. Oskar, abarcando con la mano el cuarto de estar, le preguntó:

—¿Os vais a mudar?

—No. ¿Por qué?

—No, lo suponía.

¿Os?

Cómo no lo había pensado antes. Oskar recorrió con la mirada las cosas que había encima de la mesa. Parecían juguetes, todos. Juguetes viejos.

—Ese viejo que vivía antes aquí, no *era* tu papá, ¿verdad?

—No.

—¿Él era también...?

—No.

Oskar asintió, volvió a recorrer el cuarto con la mirada. Era difícil imaginarse que alguien pudiera *vivir* así. A no ser que...

—¿Eres... pobre?

Eli se acercó a la mesa, cogió una cosa que parecía un huevo negro y se lo dio a Oskar. Él se inclinó hacia delante, lo puso bajo la lámpara para poder verlo mejor.

La superficie era rugosa, y cuando Oskar lo observó más de cerca vio que la recorrían cientos de complicadas guirnaldas de hilos de oro. El huevo era pesado, como si todo él estuviera hecho de algún metal. Oskar le dio vueltas y vio que los hilos de oro estaban incrustados en hendiduras poco profundas de la superficie. Eli se colocó a su lado y él volvió a sentir aquel olor... el olor a óxido.

—¿Cuánto crees que vale?

—No sé. ¿Mucho?

—Sólo hay dos. Si alguien tuviera los dos podría venderlos y comprar... una central nuclear, tal vez.

—¿Noo...?

—Sí, no sé. ¿Cuánto cuesta una central nuclear? ¿Cincuenta millones?

—Creo que cuestan... miles de millones.

—Bueno, no, entonces no se podría comprar eso.

—¿Y tú para qué quieres una central nuclear?

Eli se echó a reír.

—Cógelo entre las manos. Así. Cerradas. Y dale vueltas.

Oskar hizo como Eli le había dicho. Dio vueltas con cuidado al huevo entre las dos manos y notó como éste... explotaba y se desperdigaba en la palma de su mano. Resopló y apartó la mano que tenía encima. El huevo ya no era más que un montón de añicos en su mano.

—¡Perdón! Lo he hecho con cuidado, yo...

—¡Chist! Tiene que ser así. Trata de no perder ningún trozo. Ponlos aquí.

Eli señaló un papel blanco que había sobre la mesa del sofá. Oskar contuvo la respiración mientras echaba con cuidado los pedacitos brillantes que tenía en la mano. Cada trozo era más pequeño que una gota de agua y tuvo que frotarse la palma de la mano con los dedos de la otra para que cayeran todos.

—Se ha roto.

—Aquí. Mira.

Eli acercó la lámpara a la mesa y concentró su débil luz sobre el montón de fragmentos de metal. Oskar se agachó y miró. Un trozo, no mayor que una garrapata, estaba solo en el montón, y cuando lo observó de cerca pudo ver que tenía muescas y hendiduras en algunas aristas y casi microscópicas convexidades en forma de bombilla en otras. Entonces comprendió.

—Es un rompecabezas.

—Sí.

—¿Pero... puedes volver a juntarlo de nuevo?

—Eso creo.

—Debe de llevar una eternidad.

—Sí.

Oskar contempló otros trozos que estaban esparcidos al lado del montón. Parecían idénticos al primero, pero cuando los miró más detenidamente vio que había pequeñas variaciones. Las hendiduras no estaban exactamente en el mismo sitio, las convexidades tenían otro ángulo. Vio también un fragmento que tenía *una* cara lisa salvo un reborde de oro del grosor de un cabello. Un pedacito de la superficie del huevo.

Se desplomó en la butaca.

—Yo me volvería completamente loco.

—Imagínate el que lo *construyó*.

Eli arqueó los ojos y sacó la lengua como si fuera Muditto, el enanito. Oskar se echó a reír. ¡Ja, ja! El sonido permaneció, vibrando en las paredes. Vacío. Eli se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, mirándolo... expectante. Él apartó la vista y la dirigió a lo que había sobre la mesa, un paisaje de juguetes en ruinas.

Desolado.

De pronto volvió a sentirse tremendamente cansado. Ella no era «su chica», no podía serlo. Era... otra cosa. Había una gran distancia entre ellos que no se podía... cerró los ojos, se echó hacia atrás en la butaca y lo negro que apareció tras sus párpados era el espacio que los separaba.

Se adormeció, se deslizó en un sueño que duró un abrir y cerrar de ojos.

El espacio que los separaba se llenó de insectos feos y pegajosos que volaban hacia él, y cuando se acercaron vio que tenían dientes. Los espantó con la mano y se despertó. Eli estaba sentada en el sofá, mirándole.

—Oskar. Yo soy una persona, igual que tú. Piensa que tengo... una enfermedad muy poco común.

Oskar asintió.

Una idea quería abrirse paso. Algo. Una situación. No acababa de pillarlo. Lo dejó. Pero entonces apareció aquel otro pensamiento, el desagradable: que Eli sólo *disimulaba*, que dentro de ella había una persona muy vieja que lo observaba, que sabía todo y se burlaba de él para sus adentros.

No puede ser.

Por hacer algo rebuscó y sacó de su bolso el walkman, luego la cinta, leyó el texto: «Kiss: *Unmasked*»; le dio la vuelta: «Kiss: *Destroyer*», la volvió a poner.

Debería irme a casa.

Eli se inclinó hacia delante en el sofá.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? Un walkman.

—¿Es para escuchar música?

—Sí.

No sabe nada. Es superinteligente y no sabe nada. ¿Qué hará durante el día? Dormir, claro. ¿Dónde tendrá el ataúd? Eso es. No durmió nunca cuando estuvo en mi casa. Sólo estuvo acostada en mi cama esperando a que se hiciera de día. Huir es vivir...

—¿Me dejas probarlo?

Oskar le alargó el walkman. Ella lo cogió y parecía como si no supiera qué hacer con él, pero luego se colocó los auriculares en las orejas y lo miró como preguntándole. Oskar señaló los botones.

—Aprieta el que dice *play*.

Eli observó los botones y apretó *play*. Oskar sintió una especie de tranquilidad. Aquello era normal, dejarle la música a un amigo. Se preguntaba qué le parecería Kiss a Eli.

Oskar podía oír desde su butaca el rasguear susurrante de guitarra, batería, voz. Eli había caído en medio de una de las canciones más duras.

Los ojos de la chiquilla se abrieron como platos, gritó de dolor y Oskar se asustó tanto que cayó de espaldas en la butaca. Ésta se columpió y casi se vuelca hacia atrás mientras él veía cómo Eli se quitaba los auriculares con tanta furia que se soltaron los cables; los tiró al suelo, se llevó las manos a los oídos gimiendo.

Oskar se quedó sentado con la boca abierta, mirando cómo los auriculares se estrellaban contra la pared. Se levantó y los recogió. Completamente estropeados. Los dos cables se habían soltado. Los puso sobre la mesa y se volvió a hundir en la

butaca.

Eli se quitó las manos de los oídos.

—Perdón, yo... me hacía mucho daño.

—No importa.

—¿Era caro?

—No.

Eli alcanzó una caja de cartón, metió la mano y sacó unos cuantos billetes, se los dio a Oskar.

—Toma.

Él cogió los billetes, los contó. Tres billetes de mil y dos de cien. Sintió algo parecido al miedo, miró hacia las cajas de las que Eli había sacado el dinero, a Eli, a los billetes.

—Yo... me costó cincuenta coronas.

—Cógelo de todas formas.

—No, pero si... sólo han sido los auriculares los que se han roto, y esos...

—Te lo doy. ¿Por favor?

Oskar dudó, luego arrebuja los billetes y se los metió en el bolsillo del pantalón mientras calculaba su valor en hojas de propaganda.

Aproximadamente los sábados de un año, quizá... unas veinticinco mil hojas repartidas. Ciento cincuenta horas. Más. Una fortuna. Los billetes le rozaban un poco en el bolsillo.

—Pues gracias.

Eli asintió, cogió de la mesa algo que parecía una complicada maraña de nudos pero que probablemente sería un rompecabezas. Oskar la miraba mientras ella manipulaba los nudos. La cabeza inclinada, sus dedos largos y finos moviéndose entre los extremos del hilo. Él repasó todo lo que ella le había contado. Su padre, su tía en el centro, la escuela a la que iba. Mentira, todo.

¿Y de dónde ha sacado todo ese dinero? ¿Robado?

Aquella sensación resultaba tan nueva que al principio no comprendió qué era. Empezó como una especie de picor en la piel, pasó a la carne, lanzó después una flecha afilada y fría desde el estómago hasta la cabeza. Estaba... enfadado. Nada de desesperado o asustado. Enfadado.

Porque ella le había mentado y luego... ¿a *quién* le había robado el dinero? ¿A alguien que ella...? Se anudó las manos sobre el estómago y se echó hacia atrás.

—Tú matas a la gente.

—Oskar...

—Si lo que me has dicho es cierto, tienes que matar a gente. Robarle el dinero.

—El dinero me lo han *dado*.

—No haces más que mentir. Todo el tiempo.

—Es verdad.

—¿Qué es lo que es verdad? ¿Que mientes?

Eli dejó la maraña de nudos sobre la mesa, lo miró con cara de sufrimiento, extendió las manos.

—¿Qué quieres que haga?

—Que me des una prueba.

—¿De qué?

—De que eres... eso que dices.

Eli se quedó mirándolo fijamente. Luego meneó la cabeza.

—No quiero.

—¿Por qué no?

—Adivínalo.

Oskar se hundió más aún en la butaca. Sentía bajo la palma de la mano el pequeño rebujo que los billetes formaban en su bolsillo. Vio ante sí los montones de hojas de propaganda. Que habrían llegado por la mañana. Que tenían que estar repartidos antes del martes. Un cansancio gris en el cuerpo. Gris en la cabeza. Rabia. «Adivínalo». Más juegos. Más mentiras. Quería largarse de allí. Dormir.

El dinero. Me ha dado dinero para que me quede.

Se levantó de la butaca, sacó el montón de papel arrugado que tenía en el bolsillo, puso todo menos un billete de cien sobre la mesa. Se volvió a guardar el billete de cien y dijo:

—Me voy a casa.

Eli se estiró hacia delante y le cogió de la muñeca.

—Quédate, por favor.

—¿Para qué? No haces más que mentir.

Intentó zafarse, pero la presión se hizo más fuerte.

—¡Suéltame!

—No soy ningún monstruo de circo.

Oskar apretó los dientes y dijo con tranquilidad:

—Suéltame.

Ella no cedió. La fría flecha de furia empezó a vibrar en el pecho de Oskar, estalló y se lanzó sobre ella. Se echó encima de Eli y la empujó hacia atrás en el sofá. No pesaba casi nada y la derribó contra el reposabrazos, se sentó sobre su pecho mientras la flecha se arqueaba, se movía, echaba chispas negras por los ojos cuando levantó el brazo y la pegó en la cara tan fuerte como pudo.

Un nítido ¡zas! voló entre las paredes y la cabeza de Eli se fue para un lado, de su boca salieron despedidas unas gotas de saliva y a él le ardió la mano cuando la flecha se partió, cayó hecha añicos y la rabia se disolvió.

Oskar seguía sentado sobre el pecho de la niña, mirando desconcertado aquella cabecita que estaba de perfil contra la tapicería negra del sofá mientras aparecía una flor grande y roja en la mejilla en la que él la había pegado. Eli permanecía quieta, con los ojos abiertos. Él se llevó las manos a la cara.

—Perdón, perdón. Yo...

De repente ella se dio la vuelta, se lo quitó de encima del pecho derribándolo contra el respaldo del sofá. Él intentó agarrarla de los hombros pero no lo consiguió, la asió entonces por las caderas y Eli cayó con el estómago encima de la cara de Oskar. La empujó, se revolvió y cada uno intentó agarrar al otro.

Rodaron por el sofá, hicieron lucha libre. Con los músculos en tensión y totalmente en serio. Pero con cuidado, para no hacer daño al otro. Se retorcieron como las culebras, se golpearon contra la mesa.

Algunos trozos del huevo negro cayeron al suelo haciendo un ruido semejante al de la llovizna sobre un tejado de chapa.

No tenía ganas de subir a buscar una bata. Su turno ya había terminado.

Este es mi tiempo libre, y esto es algo que hago sólo porque me da la gana.

Podía coger una de las batas extra de los forenses que había colgadas en la cámara si estaba... manchado. Llegó el ascensor y entró en él, pulsó planta sótano 2. ¿Qué iba a hacer si era así? Llamar y ver si alguien de urgencias podía bajar a coserlo. No había rutinas para ese tipo de cosas.

Probablemente la hemorragia, o lo que fuera, ya se habría parado, pero tenía que comprobarlo. Si no, no iba a poder dormir en toda la noche. No iba a hacer más que estar tumbado oyendo aquel goteo.

Se rio para sus adentros al salir del ascensor. ¿Cuántas personas normales podían hacer una cosa así sin que les temblara el pulso? No muchas. Estaba bastante satisfecho de sí mismo porque él... sí, cumplía con su obligación. Asumía su responsabilidad.

Será que no soy normal, sencillamente.

Y no se podía negar: que había algo dentro de él que *esperaba* que... bueno, que la hemorragia hubiera continuado; que pudiera llamar a urgencias, que se montara un pequeño circo. Por mucho que quisiera irse a casa y dormir. Porque sería una historia mucho mejor, sólo por eso.

No, no soy normal. Él con los cadáveres no tenía ningún problema; máquinas con el cerebro apagado. Lo que pese a todo podía ponerle un poco paranoico eran aquellos *pasillos*.

Sólo pensar en aquella red de túneles a diez metros bajo tierra, en las salas y cuartos vacíos como una especie de secciones administrativas del Infierno. Tan grande. Tan silencioso. Tan vacío.

Los cadáveres son salud en comparación.

Marcó el código, por costumbre apretó el botón que abría la puerta automáticamente y sólo respondió un chasquido impotente. Abrió la puerta con la mano y penetró en la cámara, se puso un par de guantes de goma.

¿Qué es esto?

El hombre que había dejado tapado con una sábana estaba ahora destapado. Su

pene, en erección, se elevaba desde la entrepierna.

La sábana estaba tirada en el suelo. Los bronquios de Benke, destrozados por fumar, emitieron un pitido cuando recuperó el aliento.

El hombre no estaba muerto. No. No estaba muerto... puesto que se movía. Despacio, como en sueños, se agitaba en la camilla. Las manos se movían a tientas en el aire y Benke dio un paso atrás instintivamente cuando una de ellas —que no parecía siquiera una mano— pasó delante de su cara. El hombre intentó levantarse, cayó de nuevo en la camilla metálica. El único ojo miraba al frente sin parpadear.

Un sonido. El hombre emitió un sonido.

—Eeeeeeeeeee...

Benke se llevó la mano al rostro. Le pasaba algo en la piel. La mano parecía... se la miró. Los guantes de goma.

Detrás de su mano vio que el hombre hacía un nuevo intento para incorporarse.

¿Qué cojones hago yo ahora?

El hombre volvió a caer en la camilla con un estruendo húmedo. Algunas gotas de aquel líquido salpicaron la cara de Benke. Intentó secarlas con los guantes de goma, pero sólo las extendió más.

Cogió una punta de la camisa y se limpió con ella.

Diez pisos. Se cayó desde el décimo piso.

Vale. Vale. Tú tienes aquí un problema. Solucióvalo.

El hombre, si no estaba muerto, al menos tenía que estar moribundo. Debía recibir asistencia.

—Eeeee...

—Yo estoy aquí y te voy a ayudar. Te voy a llevar a urgencias. Procura estar tranquilo, yo voy...

Benke se acercó y puso sus manos sobre el cuerpo que forcejeaba. La mano no deformada del hombre saltó como un resorte y le agarró por la muñeca. Joder, la fuerza que tenía aún. Benke tuvo que emplear las dos manos para liberarse de la presión.

Lo único que había para cubrirle y que entrara en calor eran las sábanas de las camillas. Benke cogió tres y las echó encima del cuerpo, que no dejaba de revolverse como una lombriz en el anzuelo mientras emitía ese ruido. Se inclinó sobre el hombre, que estaba algo más calmado después de que Benke le hubiera tapado.

—Ahora te voy a llevar a urgencias lo más deprisa que pueda, ¿vale? Procura estar tranquilo.

Condujo la camilla hasta la puerta y, a pesar de las circunstancias, se acordó de que la apertura automática no funcionaba. Dio la vuelta por la cabecera de la camilla y abrió mirando hacia abajo, hacia la cabeza del hombre. Deseó no haberlo hecho.

La boca, que no era una boca, estaba a punto de abrirse.

El tejido medio curado de la herida se rasgó con un sonido similar al que se produce cuando uno le quita la piel al pescado; algunas tiras de piel rosada se

resistieron a rasgarse, tensándose mientras el agujero de la parte inferior de la cara se agrandaba más y más.

—¡Ahhhh!

El alarido retumbó a través de los largos pasillos y el corazón de Benke empezó a latir más deprisa.

¡Estate quieto! ¡Y callado!

Si en ese momento hubiera tenido un martillo a mano, probablemente habría golpeado aquella asquerosa masa temblona con el ojo abierto, en la que las tiras de piel que cruzaban el agujero de la boca estaban rompiéndose como si fueran cintas de goma demasiado tensas; Benke pudo ver entonces los dientes del hombre, de un blanco reluciente en medio de aquel líquido rojo y marrón que era su cara.

Benke volvió de nuevo a los pies de la camilla y empezó a empujarla por los pasillos, hacia el ascensor. Iba medio corriendo, tenía pánico de que el hombre fuera a revolverse de tal manera que acabara cayéndose.

Los pasillos se extendían interminables ante él, como en una pesadilla. Sí. Era como una pesadilla. Todas las reflexiones acerca de una «buena *story*» habían desaparecido. No quería más que llegar arriba, donde había otras personas, personas vivas que pudieran liberarle de aquel monstruo que tenía tumbado y gritando en la camilla.

Llegó hasta el ascensor y apretó el botón, visualizó el recorrido hasta urgencias. En cinco minutos estaría allí.

Ya arriba, a la altura de la calle, habría otras personas que le ayudarían. Un poco más y estaría de vuelta en la realidad.

¡Ven ya, mierda de ascensor!

La mano sana del hombre hacía señales.

Benke la miró y cerró los ojos, los abrió otra vez. El hombre trataba de decir algo. Hacía señas para que Benke se acercara. O sea, que estaba consciente.

Benke se puso al lado de la camilla e, inclinándose sobre el hombre, dijo:

—¿Sí? ¿Qué te pasa?

De repente la mano le asió por la nuca, haciéndole doblar la cabeza. Benke perdió el equilibrio, cayó sobre el hombre. La mano que le agarraba parecía de hierro cuando su cabeza se precipitaba hacia abajo, hacia el... agujero.

Intentó aferrarse al tubo de acero de la cabecera para soltarse, pero su cabeza giró hacia un lado y sus ojos quedaron sólo a unos centímetros de la compresa mojada sobre el cuello del hombre.

—¡Suéltame! Por...

Un dedo se apretó contra su oreja y oyó cómo los huesos del oído eran aplastados mientras el dedo presionaba más y más dentro. Pataleaba, y cuando se golpeó la tibia contra el tubo de acero del armazón de la camilla, por fin gritó.

Luego sintió cómo los dientes se clavaban en su mejilla y el dedo que tenía en el oído llegó tan adentro que algo se desconectó y... se rindió.

Lo último que vio fue cómo la compresa empapada que tenía ante sus ojos cambiaba de color y se volvía rojo claro mientras el hombre le comía la cara.

Lo último que oyó fue un *pling* cuando llegó el ascensor.

Estaban tumbados en el sofá el uno al lado del otro, sudando, jadeando. Oskar tenía el cuerpo molido, agotado. Bostezaba de tal manera que le sonaban las mandíbulas. Eli también bostezaba. Oskar volvió la cabeza hacia ella.

—Déjalo.

—Perdón.

—¿Tú no *tendrás* sueño, verdad?

—No.

Oskar se esforzaba para mantener los ojos abiertos, hablaba casi sin mover los labios. La cara de Eli empezó a ponerse borrosa, irreal.

—¿Qué haces para conseguir sangre?

Eli lo miró. Mucho tiempo. Luego tomó una decisión y Oskar vio que algo empezaba a moverse dentro de sus mejillas, de sus labios, como si se estuviera pasando la lengua por dentro. Después despegó los labios, abrió la boca.

Y él vio sus dientes. Ella cerró la boca de nuevo.

Oskar volvió la cabeza y miró al techo, donde un hilo de una tela de araña lleno de polvo caía hacia abajo desde la lámpara inutilizada.

No tenía fuerzas ni para sorprenderse. Bueno. Era vampira. Pero eso él ya lo sabía.

—¿Sois muchos?

—¿Quiénes?

—Ya sabes.

—No, no lo sé.

Oskar paseó la mirada por el techo, intentando encontrar más telas de araña. Descubrió otras dos. Le pareció ver una araña que se movía en una de ellas. Parpadeó. Volvió a parpadear. Tenía los ojos llenos de arena. Nada de arañas.

—¿Cómo te voy a llamar? ¿Qué es lo que eres?

—Eli.

—¿Te *llamas* así?

—Casi.

—¿Cómo te llamas entonces?

Una pausa. Eli se retiró un poco de él, hacia el respaldo, se volvió de lado.

—Elias.

—Pero ése es un nombre... de chico.

Oskar cerró los ojos. No podía más. Los párpados se le habían pegado a los globos oculares. Un agujero negro empezó a crecer, envolviendo todo su cuerpo. Dentro de su cabeza tenía la vaga sensación de que debía decir algo, hacer algo. Pero

no le quedaban fuerzas.

El agujero negro implosionó en ultrarrápido. Fue absorbido hacia delante, hacia dentro, se dio una voltereta lenta en el espacio y cayó en el sueño.

Allá lejos sintió que alguien acariciaba una mejilla. No consiguió formular el pensamiento, pero puesto que él lo sentía, debía de ser la suya. En algún lugar, en un planeta lejano, alguien acarició con cuidado la mejilla del otro.

Y era bueno.

Después, no hubo más que estrellas.

Cuarta parte

¡Aquí llega la compañía de los trolls!

*¡Aquí llega la compañía de los trolls;
por aquí no se libra nadie de pasar!*

Rune Andréasson,
Bamse en el bosque de los trolls

Domingo 8 de Noviembre

El puente de Traneberg. Cuando lo inauguraron en 1934 significó un pequeño orgullo nacional. El puente de hormigón de un solo tramo más grande del mundo. Un imponente arco tirado entre Kungsholmen y la Zona Oeste, que en aquel tiempo estaba formada por pequeños centros hortícolas en Bromma y en Äppelvikén. Y en Ängby, las pequeñas casas prefabricadas tan de moda.

Pero la modernidad estaba en camino. Los primeros suburbios propiamente dichos, con edificios de tres pisos, ya estaban listos en Traneberg y en Abrahamsberg y el estado había comprado grandes extensiones de terreno al oeste para, en el plazo de unos años, empezar a construir lo que llegaría a ser Vällingby, Hässelby y Blackeberg.

Para todos ellos, el puente de Traneberg se convirtió en un paso obligado. Todos los que tienen que entrar o salir de la zona de Västerort pasan por él.

Ya en los años sesenta hubo informes alarmantes acerca de que el puente se estaba descomponiendo lentamente como consecuencia del intenso tráfico que soportaba. Fue reparado y reforzado en varias ocasiones, pero la gran reconstrucción, o la construcción de uno nuevo de la que tanto se hablaba, quedaba aún lejos en el tiempo.

Así que la mañana del domingo 8 de noviembre de 1981 el puente parecía cansado. Un viejo harto de vivir que pensaba desconsolado en aquellos tiempos en que los cielos eran más claros, las nubes más ligeras y cuando era el puente de hormigón de un solo tramo más grande del mundo.

El hielo había empezado a deshacerse a medida que avanzaba la mañana y el agua del deshielo corría por las grietas de la construcción. Ya no se atrevían a echar sal, puesto que eso podía acelerar el proceso de corrosión del viejo puente de hormigón aún más.

No había mucho tráfico a aquellas horas, y menos un domingo. El metro había dejado de funcionar por la noche y los pocos automovilistas que pasaban a esas horas añoraban llegar a sus camas o volver a ellas.

Benny Melin era la excepción. Bueno, claro que tenía ganas de llegar a casa y a la cama, pero probablemente estaba demasiado contento para poder dormir.

En ocho ocasiones había conocido a igual número de mujeres a través de los anuncios de contactos, pero Betty, con quien había quedado el sábado por la tarde, era la primera... la primera con la que había sentido ese «clic».

Aquello prometía. Los dos lo sabían.

Habían bromeado acerca de lo ridículo que iba a sonar: Benny y Betty. A pareja de circo a algo así, pero ¿qué le iban a hacer? Y si tenían hijos, ¿qué nombre les iban a poner? Lenny y Netty.

Sí, la verdad es que lo pasaban bien juntos. Habían estado en el pisito de ella en Kungholmen hablando de sus vidas, intentando hacerlas coincidir con bastante buen resultado. Al despuntar el día únicamente quedaban dos cosas que pudieran hacer.

Y Benny, no sin cierta resistencia, eligió la que le parecía correcta: despedirse con la promesa de volver a encontrarse el domingo por la tarde. Sentado al volante, condujo hacia casa pasando por la estación de Brommaplan cantando *I can't help falling in love with you* en voz alta.

Desde luego a Benny no le quedaban energías para apreciar siquiera el lamentable estado en que se encontraba el puente de Traneberg aquella mañana de domingo. Era la mismísima pasarela al paraíso, al amor.

Fue justo al llegar al final del puente por el lado de Traneberg, y tras haber empezado a darle al estribillo tal vez por décima vez, cuando aquella figura de color azulado apareció a la luz de los faros, en medio de la carretera.

Alcanzó a pensar: *¡Nada de frenar!* antes de quitar el pie del acelerador y dar un volantazo; giró a la izquierda cuando quedaban unos cinco metros de distancia entre él y aquella persona. Vislumbró el rastro de una bata azul y un par de piernas blancas antes de que el coche se estrellara contra la mediana de hormigón que separaba los carriles.

El impacto fue tan violento que se le taponaron los oídos cuando el coche chocó y se desplazó a lo largo de la mediana. Uno de los espejos retrovisores salió disparado y la puerta de su lado se abolló hacia dentro hasta rozarle la cadera antes de que el vehículo fuera despedido de nuevo a la carretera.

Intentó evitar el derrape, pero el coche se deslizó hasta el otro lado y golpeó contra la barandilla de la acera. El segundo espejo retrovisor se rompió y salió volando por encima del pretil dirigiendo hacia el cielo el reflejo de las luces del puente. Frenó con cuidado y el patinazo siguiente fue más suave: el coche sólo rozó la mediana.

Consiguió detenerlo después de que se hubiera deslizado cien metros aproximadamente. Respiró aliviado, se quedó quieto con las manos apoyadas en las rodillas y el motor todavía en marcha. Sabor a sangre en la boca; se había mordido el labio.

¿Quién sería aquel loco?

Miró por el espejo interior y pudo ver a la luz amarillenta del alumbrado del puente a una persona que seguía caminando dando tumbos hacia delante, en medio de la carretera, como si no hubiera pasado nada. Se cabreó. Un loco, claro, pero todo tenía un límite.

Intentó abrir su puerta pero no lo consiguió. La cerradura se había quedado bloqueada. Se quitó el cinturón y pasó como pudo al asiento del copiloto. Antes de abrir la puerta para salir del coche puso los intermitentes. Se quedó al lado del vehículo con los brazos cruzados, aguardando.

Vio que la persona que avanzaba por el puente iba vestida con algún tipo de bata

de hospital y nada más. Los pies descalzos, las piernas desnudas. Iba a ver si se podía razonar con él de *alguna* manera.

¿Él?

El tipo se acercaba. Salpicando agua con los pies descalzos, caminaba como si llevara una cuerda atada al torso que lo arrastrara inexorablemente. Benny dio un paso hacia él y se detuvo. El tipo estaba ahora a unos diez metros y Benny pudo ver claramente su... cara.

Benny lanzó un resuello, se apoyó contra el coche. Después consiguió volver a meterse dentro rápidamente a través del asiento del copiloto, puso la primera y salió de allí a tal velocidad que las ruedas de atrás despedían agua y probablemente salpicaron a... aquello que se acercaba.

Cuando llegó a casa se puso un buen whisky y se bebió la mitad. Después llamó a la policía. Les contó lo que había visto, lo que había pasado. Cuando se terminó el whisky y, a pesar de todo, empezaba a considerar la idea de irse a la cama, el dispositivo de búsqueda ya estaba en marcha.

Rastrearon todo el bosque de Judarn. Cinco perros, veinte policías. Hasta un helicóptero, lo cual era inusual en este tipo de persecuciones.

Un hombre herido, perturbado. Un solo guía de perros habría sido suficiente para dar con él.

Pero se hizo así en parte porque el caso había tenido una gran repercusión en los medios de comunicación (dos agentes de policía designados únicamente para tratar con los periodistas que se agolpaban en torno a los viveros de Weibull al lado de la estación de metro de Åkeshov) y querían demostrar que no habían pillado a la policía en la cama aquella mañana, y en parte porque ya habían encontrado a Bengt Edwards.

Mejor dicho: se había dado por supuesto que se trataba de Bengt Edwards, puesto que lo que habían encontrado llevaba una alianza nupcial con el nombre de Gunilla grabado en el interior.

Gunilla era la mujer de Benke, eso lo sabían sus compañeros de trabajo. Nadie fue capaz de llamarla. De contarle que había muerto pero que no estaban totalmente seguros de que fuera él. Preguntarle si *ella* conocía alguna marca especial... en la parte inferior de su cuerpo.

El patólogo, que había llegado a las siete de la mañana para hacerse cargo del cadáver del asesino ritual, tuvo que acometer otra tarea. Si se hubiera encontrado ante lo que quedaba de Bengt Edwards sin conocer los pormenores del caso, habría pensado que se trataba de un cuerpo que había pasado uno o más días a la intemperie bajo un frío intenso, y que, durante aquel tiempo, había sido ultrajado por ratones, zorros y puede que hasta por osos, si es que la palabra ultrajado puede utilizarse cuando es un animal el que realiza la acción. En cualquier caso, habrían sido depredadores de mayor porte los causantes de la carne arrancada de aquella forma, y roedores más pequeños los que hubieran dado cuenta de las partes sobresalientes como la nariz, las orejas, los dedos.

El rápido informe preliminar del patólogo que llegó a la policía fue la otra razón de que el dispositivo policial fuera tan amplio. El hombre fue descrito como extremadamente violento, en lenguaje oficial.

Un hijo de puta completamente loco, en boca de la gente.

El hecho de que el hombre siguiera con vida parecía realmente un milagro. No un milagro de esos que al Vaticano le gustaría mostrar con el incensario dando vueltas, pero un milagro, en cualquier caso. Antes de la caída desde el décimo piso había sido un fardo que precisaba asistencia médica; ahora estaba en pie y caminaba, y algo mucho peor.

Pero no podía *encontrarse bien*. Ciertamente que el tiempo se había vuelto algo más suave y la temperatura alcanzaba unos grados sobre cero; aun así, el hombre iba vestido únicamente con una bata de hospital. No tenía cómplices, por lo que sabía la policía, y, sencillamente, no podría haber permanecido más de un par de horas escondido en el bosque, como máximo.

La llamada de Benny Melin se había producido casi una hora después de que hubiera visto al hombre en el puente de Traneberg, pero sólo un par de minutos más tarde hubo otra llamada de una señora mayor.

Ésta había salido a la calle a dar el paseo matutino con su perro cuando vio a un hombre con ropa de hospital en las proximidades de las cuadras de Åkeshov, donde pasan el invierno las ovejas del rey. La señora había vuelto a casa inmediatamente y había llamado a la policía, pensando que tal vez las ovejas corrieran peligro.

Diez minutos más tarde había llegado al lugar la primera patrulla de la policía, y lo primero que hicieron fue recorrer las cuadras pistola en mano, nerviosos.

Las ovejas se pusieron inquietas y, antes de que la policía hubiera reconocido todas las instalaciones, aquello era un hervidero de cuerpos lanudos revueltos, balidos subidos de tono y gritos casi humanos que atrajeron hacia allí más agentes. Durante el registro de los corrales se escaparon algunas ovejas al corredor y, cuando la policía pudo finalmente constatar que el hombre no se encontraba en las cuadras y se disponía a abandonar las instalaciones, se escapó un carnero por la puerta de fuera. Un policía ya mayor de familia campesina se echó sobre él y, agarrándolo de un cuerno, lo llevó de vuelta a la cuadra.

Fue después de haber obligado al animal a entrar en su redil cuando se dio cuenta de que los fuertes resplandores que había percibido con el raballo del ojo durante su intervención habían sido los flashes de los fotógrafos. Se equivocó al pensar que el tema no era lo bastante serio como para que la prensa quisiera utilizar semejante imagen. Poco después, sin embargo, se instaló una base para la prensa, fuera de la zona de rastreo.

Ya eran las siete y media de la mañana y las primeras luces se filtraban tras los árboles empapados. La búsqueda del loco solitario parecía bien organizada y en marcha. Estaban seguros de que lo cogerían antes de la hora del almuerzo.

Bueno, tendrían que pasar aún unas horas sin resultado alguno ni de las cámaras

de rayos infrarrojos del helicóptero ni de los hocicos sensibles a las secreciones de los perros antes de que las especulaciones cobraran fuerza en serio: que el hombre quizá ya no estuviera vivo. Que lo que tenían que buscar era un cadáver.

Cuando los primeros rayos pálidos del amanecer se filtraron a través de las rendijas de la persiana y se reflejaron en la palma de la mano de Virginia como una bombilla al rojo, ella sólo deseaba una cosa: morir. Sin embargo, retiró la mano de forma instintiva y se arrastró hasta el fondo de la habitación.

Tenía la piel sajada por más de treinta sitios. Había sangre por todas partes en el piso.

Varias veces durante la noche se había cortado las arterias para beber, pero no le había dado tiempo a sorber, a taponar todo lo que sangraba. Había caído en el suelo, en la mesa, en las sillas. Parecía como si sobre la gran alfombra de lana con dibujos geométricos del cuarto de estar hubieran desollado vivo a un ciervo.

El bienestar y el alivio iban decreciendo con cada nueva herida que se abría, con cada sorbo que tomaba de su propia sangre cada vez más diluida. Al amanecer, Virginia era una masa quejumbrosa de abstinencia y angustia. Angustia porque sabía lo que tenía que hacer si quería seguir con vida.

La comprensión había surgido paulatinamente, hasta convertirse en certeza. La sangre de otra persona le devolvería la... salud. Y no era capaz de quitarse la vida. Probablemente no era ni siquiera posible; las heridas que se había hecho en la piel con el cuchillo de la fruta curaban increíblemente rápido. Con independencia de lo fuerte y profundo que se cortara, dejaba de sangrar en menos de un minuto. Después de una hora, la cicatrización estaba en marcha.

Además...

Había sentido algo.

Fue por la mañana, mientras estaba sentada en una silla de la cocina chupándose una herida en el pliegue del codo, la segunda en el mismo sitio, cuando penetró en la profundidad de su propio cuerpo y lo vio.

El contagio.

No lo *vio* realmente, pero de pronto tuvo una percepción absoluta de lo que *era*. Algo así como, cuando estando embarazada, puedes ver una ecografía de tu propio vientre, como cuando puedes contemplar en la pantalla qué hay dentro de ti; pero no era un niño, sino una serpiente grande y enrollada: aquello era lo que arrastraba.

Porque lo que había visto en aquel momento era que el contagio tenía vida propia, una fuerza impulsora autónoma totalmente independiente de su cuerpo. Y que el contagio iba a sobrevivir aunque ella no lo hiciera. La madre moriría por el choque de los ultrasonidos, pero nadie iba a notar nada puesto que era la serpiente la que empezaría a controlar su cuerpo, no ella misma.

Por eso el suicidio carecía de sentido.

Lo único que el contagio parecía temer era la luz del sol. La pálida luz contra la mano había dolido más que las heridas más profundas.

Estuvo mucho tiempo acurrucada en la esquina del cuarto de estar viendo cómo la luz del amanecer, a través de la persiana, dibujaba un enrejado sobre la alfombra manchada. Pensó en su nieto, Ted. En cómo solía gatear en el suelo hasta los sitios en los que brillaba el sol de la tarde; se tumbaba y se quedaba dormido allí, en aquella isla de sol, con el pulgar en la boca.

Aquella piel desnuda y suave, aquella piel fina que uno no tendría más que...

¡QUÉ ES LO QUE ESTOY PENSANDO!

Virginia se estremeció, se quedó mirando fijamente al vacío. Había visto a Ted, y se había imaginado cómo ella...

¡NO!

Se golpeó a sí misma en la cabeza. Siguió golpeándose hasta que la imagen se pulverizó. Pero no podría volver a verlo más. No podría volver a ver nunca a *nadie* a quien amara.

No podré volver a ver nunca a nadie a quien ame.

Virginia obligó a su cuerpo a enderezarse, anduvo lentamente arrastrándose hacia el enrejado que dibujaba la luz. El contagio protestaba y quería hacerla caer, pero ella era más fuerte, aún tenía el control sobre su propio cuerpo. La luz le escocía en los ojos, las barras del enrejado le ardían en la córnea como un alambre al rojo.

¡Arde, quémate!

Tenía el brazo derecho cubierto de cicatrices, de sangre reseca. Lo acercó a la luz. No hubiera podido ni imaginárselo.

Lo que le ocurrió con la luz el sábado había sido una caricia. Ahora se encendió la llama de un soldador, dirigida contra su piel. Después de un segundo, ésta se volvió blanca como la tiza. Después de dos segundos empezó a echar humo. Después de tres segundos se le levantó una ampolla, se oscureció y reventó dejando salir el aire. Al cuarto segundo, retiró el brazo y se arrastró sollozando hasta el dormitorio.

El olor a carne quemada envenenaba el aire, no se atrevía a mirarse el brazo cuando se deslizó sobre la cama. Descansar. Pero la cama...

A pesar de que tenía bajadas las persianas había demasiada luz en el dormitorio. Aunque se había echado el edredón se sentía desprotegida en la cama. Su inquietud captaba el más mínimo ruido procedente de los pisos vecinos, y cada sonido suponía una amenaza encubierta. Alguien caminaba en el piso de arriba. Se sobresaltaba, volvía la cabeza, alerta. Un cajón que se abría, ruido metálico en el piso superior.

Las cucharillas del café.

Supo, por la fragilidad del sonido, que eran cucharillas de café. Vio ante sí el estuche revestido de terciopelo con las cucharitas de plata que habían sido de su abuela y que ella había heredado cuando su madre ingresó en una residencia para mayores. Cómo había abierto el estuche, mirado las cucharillas y constatado que *no habían sido nunca jamás usadas.*

Virginia estaba pensando en esto mientras se deslizaba fuera de la cama, cogía el edredón, se arrastraba hasta el armario de dos puertas y las abría. En el suelo del armario había un edredón más y un par de mantas.

Había sentido una especie de tristeza cuando miró las cucharitas, que habían permanecido en su estuche quizá sesenta años sin que nunca nadie las sacara, las tuviera en la mano, las usara.

Más ruidos a su alrededor: la casa se despertaba. Dejó de oírlos cuando extendió el edredón y las mantas y, envuelta en ellos, se acurrucó en el armario y cerró las puertas. Estaba oscuro de verdad allí dentro. Se tapó hasta por encima de la cabeza, se encogió como una larva en un capullo doble.

Nunca jamás.

Firmes, dispuestas para el desfile en su lecho de terciopelo, esperando. Frágiles cucharitas de plata. Se arrulló con la tela de los edredones pegada a la cara.

¿Quién iba a heredarlas ahora?

Su hija. Sí. Serían para Lena y ella iba a usarlas para dar de comer a Ted. Entonces las cucharillas se pondrían contentas. Ted comería el puré de patatas con ellas. Era una buena idea.

Estaba quieta como una piedra, la calma se adueñó de su cuerpo. Alcanzó a tener un último pensamiento antes de quedarse dormida: *¿Por qué no hace calor?*

Con el edredón tapándole la cara, envuelta en gruesos tejidos, debería de estar sudando. La pregunta flotaba somnolienta dando vueltas en una habitación grande y oscura, y aterrizó finalmente en una respuesta bien sencilla:

Porque no he respirado en varios minutos.

Y ni siquiera entonces, cuando era consciente de ello, sintió que lo *necesitara*. Ninguna sensación de ahogo, nada de falta de oxígeno. Ella ya no necesitaba respirar, eso era todo.

La misa empezaba a las once, pero a las diez y cuarto Tommy e Yvonne ya estaban en el andén en Blackeberg esperando que llegara el metro.

Staffan, que cantaba en el coro de la parroquia, le había contado a Yvonne cuál era el tema de la misa de hoy. Yvonne se lo había contado a Tommy y, con mucho tiento, le había preguntado si quería acompañarlos; para su sorpresa, había aceptado.

Iba a tratar sobre la juventud de hoy.

Tomando como punto de partida el pasaje del Antiguo Testamento en el que se narra la salida de los judíos de Egipto, el cura, con la ayuda de Staffan, había redactado un sermón con ese texto que le sirviera de *guía*: qué modelo podía tener ante sí una persona joven en la sociedad actual para dejarse guiar por él en su travesía por el desierto y otras cosas por el estilo.

Tommy había leído en la Biblia el pasaje en cuestión y había dicho que iría encantado.

Así que cuando aquella mañana de domingo el metro salió traqueteando del túnel procedente de la estación de Islandstorget, lanzando ante sí una columna de aire que hizo revolotear los cabellos de Yvonne, ésta se sentía completamente feliz. Miró a su hijo, que estaba a su lado con las manos profundamente hundidas en los bolsillos de la cazadora.

Va a salir bien.

Sí. Sólo el hecho de que quisiera ir con ella a la misa del domingo ya era mucho. Pero además aquello parecía indicar que había aceptado a Staffan, ¿no era así?

Subieron al vagón y se sentaron el uno frente al otro, al lado de un señor mayor. Antes de que llegara el metro hablaron de lo que ambos habían oído en la radio aquella mañana: la búsqueda del asesino ritual en el bosque de Judarn. Yvonne se acercó a Tommy.

—¿Tú crees que lo cogerán?

Tommy se encogió de hombros.

—Deberían hacerlo. Pero es un bosque grande, así que... tendrás que preguntárselo a Staffan.

—Es sólo que me parece tan desagradable. Imagínate si viene aquí.

—¿A qué va a venir aquí? Aunque claro, tampoco tendría nada que hacer en Judarn.

—¡Uf!

El señor mayor se irguió, hizo un movimiento como si se sacudiera algo de los hombros y dijo:

—Uno se pregunta si alguien así es una persona.

Tommy miró al señor e Yvonne dijo: «Hmm» sonriéndole, lo que éste interpretó como una invitación para seguir:

—Quiero decir... primero aquel crimen atroz, y después... en esas condiciones, una caída semejante. No, y esto te lo digo yo: no es una persona y espero que la policía lo mate de un disparo cuando lo encuentre.

Tommy asintió, hizo como que estaba de acuerdo.

—Que lo cuelguen en el árbol más cercano.

El hombre se acaloró:

—Exacto. Es lo que yo he dicho todo el tiempo. Tenían que haberle puesto una inyección con veneno o algo ya en el hospital, como se hace con los perros rabiosos. Entonces nos habríamos librado de estar así, constantemente aterrados, y de tener que asistir a esta búsqueda desesperada pagada con el dinero de nuestros impuestos. Un helicóptero. Sí, yo he pasado precisamente por allí, por Åkeshov, y tienen un helicóptero arriba. Para eso sí que hay dinero, pero para dar a los jubilados una pensión de la que se pueda vivir después de toda una vida de trabajo, para eso no hay. Sí hay en cambio para mandar un helicóptero que zumbe alrededor y dé un susto de muerte a los animales...

El monólogo continuó hasta Vällingby, donde Yvonne y Tommy se bajaron

mientras que el hombre siguió sentado. El tren iba a dar la vuelta, así que lo más probable era que pensara hacer el mismo recorrido para volver a ver el helicóptero y, quizá, repetir su monólogo ante algún otro pasajero.

Staffan estaba esperándolos a la entrada del montón de tejas que parecía la iglesia de St. Thomas.

Llevaba traje y una corbata de rayas pálidas azules y amarillas que le recordó a Tommy aquella foto de la guerra con doble sentido: «Un tigre sueco». La cara de Staffan resplandeció al verlos y salió a su encuentro. Abrazó a Yvonne y tendió la mano a Tommy, que la estrechó y le saludó.

—Me alegro de que hayáis venido. *Especialmente* tú, Tommy. ¿Qué te hizo...?

—Quería ver cómo era, sólo eso.

—Mmm. Bueno, espero que te guste. Que podamos verte por aquí más veces.

Yvonne puso la mano en el hombro de Tommy.

—Ha leído en la Biblia eso... eso de lo que vais a hablar.

—Qué bien. Sí, eso ha estado realmente... otra cosa, Tommy. No he encontrado el trofeo, pero... opino que lo mejor será correr un tupido velo sobre el asunto, ¿qué me dices?

—Mmm.

Staffan esperaba que Tommy dijera algo más, pero como no lo hizo, se volvió hacia Yvonne.

—Debería estar ahora en Åkeshov, pero... no quería perderme esto. Aunque después, cuando terminemos, habré de irme, así que tendremos que...

Tommy entró en la iglesia.

En las hileras de bancos había solamente unas pocas personas mayores de espaldas a él. A juzgar por los sombreros eran mujeres.

La iglesia estaba iluminada por la luz amarilla de las lámparas situadas a lo largo de las paredes laterales. Entre las filas de bancos, una alfombra roja con figuras geométricas tejidas llegaba hasta el altar: un poyo de piedra sobre el que habían colocado jarrones con flores. Por encima de todo ello colgaba una gran cruz de madera con un Jesús modernista. La expresión de su rostro podía interpretarse fácilmente como una sonrisa burlona.

En la parte de atrás de la iglesia, al lado de la entrada, donde Tommy se encontraba, había un soporte para folletos, un cepillo en el que poner el dinero y una gran pila bautismal. Tommy se acercó a la pila y la estuvo observando.

Perfecta.

Cuando la vio pensó que estaba *demasiado* bien y que probablemente tuviera agua. Pero no. Toda ella, sacada de un único bloque de piedra, le llegaba a Tommy a la cintura. La pila propiamente dicha era de color gris oscuro, estriada, y no contenía ni una gota de agua.

Vale. Entonces seguimos adelante.

Sacó de la cazadora una bolsa de plástico de dos litros, bien atada, que contenía

un polvo blanco y echó un vistazo a su alrededor. Nadie miraba hacia allí. Hizo un agujero en la bolsa con el dedo y dejó caer su contenido en la pila.

Después se guardó la bolsa vacía en el bolsillo y salió otra vez fuera mientras intentaba encontrar una buena razón para no sentarse al lado de su madre sino atrás del todo, al lado de la pila bautismal.

Podía alegar que de ese modo no molestaría a nadie en caso de querer salir. Sonaba bien. Sonaba...

Perfecto.

Oskar abrió los ojos y sintió pánico. No sabía dónde se encontraba. El espacio a su alrededor estaba a oscuras, no reconocía aquellas paredes desnudas.

Estaba tumbado en un sofá. Tenía encima un edredón que olía bastante mal. Las paredes flotaban ante sus ojos, nadaban libremente en el aire mientras trataba de ubicarlas en el sitio correcto, colocarlas juntas de manera que formaran una habitación que él pudiera reconocer. Pero no había manera.

Se llevó el edredón a la nariz. Un olor a cerrado le llenó los orificios nasales e intentó tranquilizarse, dejar de reconstruir la habitación y en lugar de eso tratar de recordar.

Sí. Ahora podía.

Su padre, Janne. Autoestop. Eli. El sofá. La tela de araña.

Miró al techo. Allí estaban las polvorientas telas de araña, difíciles de distinguir en la penumbra. Se había quedado dormido junto a Eli en el sofá. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde entonces? ¿Sería por la mañana?

La ventana estaba tapada con mantas, pero por los bordes podía entrever débiles retazos de luz grisácea. Se quitó el edredón y fue hasta la puerta del balcón, recorrió un poco la manta. Las persianas estaban bajadas. Las subió unos centímetros y sí: había amanecido ahí fuera.

Le dolía la cabeza y la luz le hacía daño en los ojos. Resopló, soltó la manta y se pasó las dos manos por el cuello, por la nuca. No. Claro que no. Ella le había dicho que ella nunca...

Pero ¿y ella dónde está?

Recorrió la estancia con la vista; sus ojos se detuvieron en la puerta cerrada de la habitación en la que Eli se había cambiado el jersey. Dio unos pasos hacia ella, se detuvo. La puerta permanecía en la sombra. Oskar cerró los puños, se chupó uno de ellos.

Y si ella realmente... dormía en un ataúd.

Qué tontería. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué lo hacían los vampiros? Porque están muertos. Y Eli dijo que ella no...

Pero si...

Siguió chupándose el puño, lo recorrió con la lengua. Su beso. La mesa con

comida. Sólo el hecho de que ella *podiera* hacer eso. Y los dientes... Dientes de animales carnívoros.

Si hubiera algo más de luz.

Al lado de la puerta estaba el interruptor de la lámpara del techo. Lo pulsó sin creer que fuera a ocurrir nada. Pero sí. La lámpara se encendió. Apretó los párpados para protegerse de aquella luz tan fuerte, dejó que los ojos se acostumbraran a la luz antes de volverse hacia la puerta; apoyó la mano en el picaporte.

La luz no le ayudaba en absoluto, más bien lo contrario: todo parecía aún más desagradable ahora que la puerta era sólo una puerta normal y corriente. Igual que la de su propia habitación. Exactamente igual. El picaporte tenía idéntico tacto. Y ella podía estar allí acostada. Quizá con los brazos cruzados sobre el pecho.

Tengo que verlo.

Apretó con cuidado el picaporte, que ofreció algo de resistencia. O sea, que la puerta no estaba cerrada con llave; en ese caso, el pasador sólo se hubiera deslizado hacia abajo. Oskar lo empujó y la puerta se abrió, la rendija se hizo cada vez mayor. La habitación estaba a oscuras.

¡Espera!

¿Heriría la luz a Eli si abría la puerta?

No. Ayer por la noche había estado sentada al lado de la lámpara y parecía que no le pasaba nada. Pero esta bombilla tenía mayor potencia y, a lo mejor, la de la lámpara de pie era de un tipo... especial, una bombilla... especial para vampiros.

Qué tontería. «Tiendas especializadas en bombillas para vampiros».

Y no habría dejado la lámpara en el techo si fuera peligrosa para ella.

Pese a todo, Oskar abrió la puerta con cuidado, dejando que el cono de luz se hiciera poco a poco más grande dentro de la habitación. Estaba tan vacía como el cuarto de estar. Una cama y un montón de ropa, nada más. En la cama sólo había una sábana y una almohada. El edredón que él había usado sería de allí. En la pared de al lado de la cama había un papel pegado con cinta adhesiva. El código Morse.

Ah, sí, era esa la cama desde donde ella...

Respiró profundamente. Cómo no se había dado cuenta de eso. *Al otro lado de esta pared está mi habitación.*

Sí. Se encontraba a dos metros de su propia cama, a dos metros de su vida normal.

Se tumbó y tuvo la ocurrencia de golpear un mensaje en la pared. Para Oskar. El del otro lado. ¿Qué iba a decirle?

V.A.R.Ä.R.D.U.

Se volvió a chupar el puño. Él estaba *aquí*. Era Eli la que se había ido. Se sintió mareado, confundido. Dejó caer la cabeza en la almohada y echó una ojeada alrededor. La almohada olía raro. Como el edredón, pero más fuerte. Un olor a

cerrado, grasiento. Se quedó mirando el montón de ropa que había a unos metros de la cama.

Es tan asqueroso.

No quería permanecer allí más tiempo. El piso estaba totalmente silencioso y vacío y todo era tan... anormal. Su mirada se deslizó sobre el montón de ropa y se detuvo en los armarios que cubrían la pared de enfrente. Dos armarios dobles, uno sencillo.

Allí.

Flexionó las piernas contra el estómago, miró fijamente las puertas cerradas de los armarios. No quería. Le dolía el estómago. Un dolor punzante, escozor en la entrepierna.

Tenía ganas de hacer pis.

Se levantó de la cama, fue hasta la puerta sin perder de vista los armarios. Había un par de ellos iguales en su habitación, sabía que ella tendría sitio de sobra. Allí era donde estaba, y él ya no quería ver más.

La lámpara de la entrada también funcionaba. La encendió y fue por el corto pasillo hasta el cuarto de baño. La puerta permanecía cerrada. La plaquita que había por encima del pasador estaba de color rojo. Llamó:

—Eli.

No se oyó nada. Volvió a llamar.

—Eli, ¿estás ahí?

Nada. Pero al pronunciar su nombre en voz alta se dio cuenta de su error. Era lo último que le había dicho cuando estaban en el sofá.

Que ella en realidad se llamaba... Elias. *Elias*. Un nombre de chico. ¿Era Eli un chico? Y ellos se habían... besado y dormido en la misma cama y...

Oskar apoyó las manos en la puerta del baño y la frente sobre ellas. *Pensó*. Pensó profundamente. No lo entendía. Que pudiera aceptar de alguna manera que ella fuese una vampira, pero que el hecho de que fuera un *chico* le pudiera resultar más... difícil.

Conocía los nombres, claro está. Maricón, maricón de mierda. Como Jonny lo llamaba. Que fuera peor ser maricón que ser...

Volvió a llamar a la puerta.

—¿Elias?

Sintió un vuelco en el estómago cuando lo dijo. No. No iba a acostumbrarse. Ella... él se llamaba Eli. Pero aquello era demasiado. Con independencia de lo que Eli fuera, aquello era demasiado. Ya no podía más. Es que no había *nada* normal en ella.

Levantó la frente de las manos, se las llevó a la entrepierna, quería hacer pis.

Pasos fuera, en la escalera, y poco después el ruido del buzón al abrirse, un ruido suave. Se alejó de la puerta del cuarto de baño y fue a ver qué era. Propaganda.

PICADA DE VACUNO 14,90/KILO.

Letras y cifras chillonas de color rojo. Cogió el papel y comprendió; apretó el ojo contra el agujero de la cerradura de seguridad mientras los pasos resonaban en los rellanos, chasquidos cuando se abrían y se cerraban los buzones.

Después de medio minuto su madre pasó ante él, escaleras abajo. Sólo pudo ver un poco de su pelo, el cuello de su abrigo, pero sabía que era ella. ¿Quién iba a ser si no?

¿El que repartía su propaganda cuando él no estaba?

Con el papel en la mano fuertemente apretado, Oskar se acurrucó en el suelo al lado de la puerta de la calle, con la frente apoyada en las rodillas. No lloraba. Las ganas de hacer pis eran como un hormiguero punzante en su entrepierna que de alguna manera le impedían llorar.

Pero una y otra vez le daba vueltas a un único pensamiento:

Yo no existo. Yo no existo.

Lacke había dedicado la noche a estar preocupado. Desde el momento en que dejó a Virginia, una inquietud insidiosa no había dejado de roerle el estómago. Había pasado unas horas con los colegas del chino el sábado por la tarde intentando hacerles partícipes de su preocupación, pero nadie estaba por la labor. Lacke había presentido que aquello podía írsele de las manos, que el riesgo de que se agarrara un cabreo de mil demonios era grande, así que se largó de allí.

Porque los colegas no eran más que una mierda.

Nada nuevo, por supuesto, pero había creído que... Sí. ¿Qué cojones había creído?

Que éramos más en esto.

Que *alguien* más que él se daría cuenta de que se estaba tramando algo horrible de cojones. Mucho hablar, palabras grandilocuentes, sobre todo por parte de Morgan, pero a la hora de la verdad ninguno de ellos era capaz de levantar un dedo para *hacer* algo.

No es que Lacke supiera qué hacer, pero al menos estaba preocupado. Aunque no sirviera de nada. Había pasado despierto la mayor parte de la noche tratando de leer de vez en cuando *Los endemoniados* de Dostoievski, pero olvidaba lo que había pasado en la página anterior, en la frase anterior, lo dejó.

Una cosa buena, a pesar de todo, había traído consigo la noche: había tomado una decisión.

El domingo por la mañana había ido a casa de Virginia, había llamado a la puerta. Nadie le abrió y se había marchado de allí con la esperanza de que Virginia hubiera ido al hospital. De vuelta hacia su casa pasó al lado de dos mujeres que estaban hablando, pilló algo acerca de un asesino al que la policía andaba buscando en el

bosque de Judarn.

Santo Cielo, hay asesinos en cada puta esquina. Ya tienen los periódicos algo nuevo con qué entretenerse.

Habían transcurrido ya algo más de diez días desde que cogieron al asesino de Vällingby y los periódicos empezaban a cansarse de especular acerca de quién podía ser, por qué había hecho lo que había hecho.

En los artículos que se le dedicaron había existido un tono exagerado de... sí, regocijo ante el mal ajeno. Habían descrito con penoso esmero el estado actual en que se encontraba el asesino, asegurando que no podría abandonar el hospital al menos en seis meses. Al lado, un recuadro con datos sobre las consecuencias del ácido clorhídrico, de manera que uno pudiera regodearse pensando en el daño que podía ocasionar.

No, a Lacke aquello no le producía ninguna satisfacción. Sólo le parecía que era espantosa la manera en que la gente se echaba encima de alguien que «había recibido su castigo» y cosas por el estilo. Estaba totalmente en contra de la pena de muerte. No porque tuviera ningún concepto «moderno» de la justicia, no. Más bien, uno antiquísimo.

Pensaba: si alguien mata a mi hijo, entonces yo mato a esa persona. Dostoievski hablaba mucho de perdón, de clemencia. Naturalmente. Por parte de la sociedad, totalmente de acuerdo. Pero yo, como padre del niño asesinado, estoy en mi absoluto derecho *moral* de matar al que lo ha hecho. Que luego la sociedad me condene a ocho años o lo que sea en el talego, eso ya es otra cosa.

No era eso lo que Dostoievski quería decir, Lacke lo sabía. Pero él y Fedor tenían distintas opiniones a ese respecto, sencillamente.

Lacke iba pensando en esas cosas mientras se dirigía a su casa en la calle Ibsengatan. Una vez allí se dio cuenta de que tenía hambre, así que coció unos macarrones y se los comió con una cuchara directamente de la cazuela, con ketchup. Mientras vertía agua en la cazuela para que resultara más fácil fregarla después, oyó un ruido sordo procedente del buzón.

Propaganda. No hacía caso de ella; además, no tenía un duro.

No. De eso se trataba precisamente.

Pasó la bayeta por la mesa de la cocina y fue a buscar la colección de sellos de su padre, que guardaba en el aparador también heredado y cuyo transporte hasta Blackeberg había constituido una pequeña odisea.

Allí estaban. Cuatro ejemplares no timbrados de los primeros sellos que se emitieron en Noruega. Se agachó sobre el álbum, entornó los ojos fijándose en el león que aparecía erguido sobre las patas traseras contra un fondo de color azul claro.

Genial.

Habían costado cuatro chelines cuando se emitieron en 1855. Ahora estaban valorados en... más. El que estuvieran emparejados los hacía aún más valiosos.

Eso era lo que había decidido por la noche, mientras estaba acostado dando

vueltas entre las sábanas: que había llegado la hora. Lo sucedido con Virginia había colmado el vaso. Y luego, encima, la incapacidad de los colegas para comprender, el darse cuenta de que no, no valía la pena codearse con personas así.

Se iba a largar de aquí, y Virginia iba a hacer lo mismo.

Estuviera mal o no el mercado, algo más de trescientos papeles le darían por los sellos, y otros doscientos por el piso. Después se compraría una casa en el campo. Bueno, vale: *dos* casas. Una granja pequeña. El dinero sería suficiente para eso y seguro que iba a funcionar. Tan pronto como Virginia se pusiera bien se lo iba a proponer, y él creía... bueno, estaba casi seguro de que ella lo iba a aceptar; mejor dicho, le iba a encantar.

Eso es lo que iba a ocurrir.

Lacke se sentía ahora más tranquilo. Lo tenía todo bien claro. Lo que iba a hacer entonces y lo que iba a hacer en el futuro. Todo iba a salir bien.

Lleno de pensamientos agradables entró en el dormitorio, se echó sobre la cama para descansar cinco minutos y se quedó dormido.

—Los vemos en las calles y en las plazas y ante ellos nos preguntamos, nos decimos a nosotros mismos: ¿qué podemos hacer?

Tommy no se había aburrido tanto en toda su vida. Ni siquiera hacía media hora que había empezado la misa y ya pensaba que habría sido más divertido sentarse en una silla mirando a la pared.

«Alabado seas, Señor» y «Canto de Gloria», y «Hosanna», sí, pero ¿por qué permanecían todos ahí sentados sin quitar ojo como si estuvieran viendo un partido de clasificación entre Bulgaria y Rumania? Eso no *significaba* nada para ellos, ni lo que leían en el libro ni lo que cantaban. Y parecía que tampoco significaba nada para el cura. Sólo algo que tenía que hacer para ganarse el sueldo.

Ahora al menos había empezado el sermón.

Si el cura sacaba a relucir justamente *ese* pasaje de la Biblia que Tommy había leído, entonces lo haría. Si no, no.

El curita decide.

Tommy buscó en el bolsillo. Las cosas estaban preparadas y la pila bautismal sólo a tres metros de él, sentado en la última fila. Su madre estaba delante, probablemente para poder hacer chiribitas con los ojos a Staffan mientras éste cantaba sus absurdas canciones con las manos entrelazadas sobre su polla de policía.

Tommy se mordió los labios. *Esperaba* que el cura dijera aquello.

—Vemos una inquietud en sus ojos, la inquietud de quien está perdido y no encuentra el camino. Cuando veo a una de esas personas jóvenes siempre me viene a la memoria la salida del pueblo de Israel de Egipto.

Tommy se quedó paralizado. Pero el cura tal vez no se centrara precisamente en eso. Tal vez sería algo del mar Rojo. De todas formas, sacó las cosas del bolsillo: un

encendedor y una briqueta. Le temblaban las manos.

—Porque así es como debemos ver a esas personas jóvenes que a veces nos dejan consternados. Caminan por un desierto de preguntas sin respuesta y con unas perspectivas de futuro poco precisas. Pero hay una gran diferencia entre el pueblo de Israel y la juventud de nuestros días...

Vamos, dilo ya...

—El pueblo de Israel tenía alguien que lo guiaba. Seguro que recordáis lo que dicen las Escrituras: «El Señor iba al frente de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para iluminarlos». Esa columna de nube, esa columna de fuego es lo que les falta a los jóvenes de nuestros días y...

El cura bajó la vista buscando en sus papeles. Tommy ya había prendido la briqueta, sujetándola entre el dedo pulgar y el índice. El extremo ardía con una llama azul y limpia que bajaba buscando sus dedos. Entonces aprovechó la ocasión: se agachó, dio un paso largo desde el banco y, echando la briqueta en la pila, se retiró rápidamente y volvió a sentarse. Nadie había notado nada.

El cura volvió a levantar la vista.

—... y es nuestra obligación como adultos ser esa columna de fuego, esa estrella que guíe a los jóvenes. ¿Dónde la van a encontrar si no? Y la fuerza para ello la sacaremos de la obra del Señor...

Un humo blanco empezó a salir de la pila bautismal. Tommy ya podía notar el conocido olor dulzón.

Lo había hecho en montones de ocasiones: quemar ácido nítrico y azúcar. Pero casi nunca en cantidades tan grandes de una vez, y nunca había probado a hacerlo en un espacio cerrado. Estaba impaciente por ver qué efecto tendría cuando no había viento que alejara el humo. Entrelazó los dedos, apretando con fuerza una mano contra la otra.

Bror Ardelius, nombrado de forma interina sacerdote de la parroquia de Vällingby, fue el primero que vio el humo. Lo tomó por lo que era: humo que salía de la pila bautismal. Toda su vida había estado esperando una señal del Señor y era innegable que, cuando vio elevarse la primera espiral de humo, pensó por un momento:

Oh, Dios mío. Por fin.

Pero aquel pensamiento se esfumó. Que la sensación de estar ante un milagro lo abandonara tan deprisa lo tomó como la prueba de que no *era* ningún milagro, ninguna señal. No era más que eso: humo que salía de la pila bautismal. Pero ¿por qué?

El sacristán, con el que no tenía demasiadas buenas relaciones, habría tenido ganas de gastarle una broma. El agua de la pila había empezado... a cocer...

El problema era que él se encontraba en mitad del sermón y no podía dedicar más

tiempo a pensar en esas cuestiones. Así que Bror Ardelius hizo lo que la mayoría de las personas en situaciones parecidas: siguió como si no ocurriera nada y esperando a que el problema se arreglara por sí solo si no le daba mayor importancia. Tosió para aclararse la voz y trató de acordarse de lo último que había dicho.

La obra del Señor. Algo acerca de buscar fuerza en la obra del Señor. Un ejemplo.

Miró de reojo las anotaciones que tenía en el papel. Allí ponía: Descalzos.

¿Descalzos? ¿Qué habré querido decir con eso? ¿Que el pueblo de Israel caminaba descalzo, o que Jesús... alguna larga caminata...?

Volvió a levantar la vista, vio que ahora el humo era más espeso, que formaba una columna que subía lentamente desde la pila hasta el techo. ¿Qué era lo último que había dicho? Sí. Ahora se acordaba. Las palabras estaban aún en el aire.

—Y la fuerza para ello hemos de buscarla en la obra del Señor.

Era un final aceptable. No era bueno, ni el que había pensado, pero aceptable. Sonrió azorado a los feligreses y asintió con la cabeza hacia Birgit, que dirigía el coro.

El coro, ocho personas que se levantaron a un tiempo y se dirigieron a la tarima. Cuando se volvieron hacia los feligreses pudo notar en sus caras que ellos también veían el humo. Alabado sea el Señor; había estado a punto de pensar que tal vez sólo lo veía él.

Birgit lo miró con cara interrogante y él hizo un gesto con la mano: empezad, empezad.

El coro comenzó a cantar:

Guíame, Señor, guíame en la virtud. Deja que mis ojos vean tu camino...

Una de las más bellas composiciones del viejo Wesley. A Bror Ardelius le habría gustado disfrutar de la belleza de la canción, pero la columna de humo había empezado a preocuparle. Un humo blanco y espeso salía de la pila bautismal y en el fondo de lo que era la pila propiamente dicha ardía algo con una llama de color blanquiazul, algo efervescente chisporroteaba. Un aire dulzón alcanzó su nariz y los feligreses miraron a su alrededor tratando de averiguar de dónde procedía aquel chisporroteo.

Pues sólo tú, Dios, sólo tú das al alma paz y seguridad...

Una de las mujeres del coro empezó a toser. Los feligreses volvieron la cabeza de la pila humeante hacia Bror Ardelius para recibir instrucciones de cómo debían comportarse si aquello estaba *incluido*.

Varias personas más empezaron a toser, se pusieron pañuelos o los brazos delante

de la boca y de la nariz. La iglesia comenzó a llenarse de una débil niebla y, a través de aquella niebla, Bror Ardelius vio cómo alguien de la última fila de bancos se levantaba y salía por la puerta corriendo.

Sí. Es lo único sensato.

Se acercó hasta el micrófono.

—Sí, ha ocurrido un pequeño... contratiempo y yo creo que es mejor que... abandonemos el local.

Apenas hubo pronunciado la palabra «contratiempo» Staffan abandonó la tarima y comenzó a andar hacia la salida con pasos rápidos y controlados. Lo comprendió de inmediato. Era ese ladrón empedernido que Yvonne tenía por hijo el que había hecho aquello. Ya desde ese momento intentó contenerse, porque sospechaba que si agarraba a Tommy en aquel instante había muchas posibilidades de que le atizara una hostia.

Evidentemente era justo eso lo que necesitaba aquel gamberro, ésa era precisamente la guía que le faltaba.

Columna de nube, ven y ayúdame. Un par de bofetadas bien dadas es lo que le hace falta a este joven.

Aunque Yvonne, en la situación actual, no lo aceptaría. Cuando estuvieran casados las cosas cambiarían. Entonces, por sus cojones que iba a hacerse cargo de la educación de Tommy. Ahora, antes que nada, tenía que agarrarle. Darle un meneo al menos.

Pero Staffan no llegó muy lejos. Las palabras de Bror Ardelius desde el púlpito actuaron como el pistoletazo de salida para los feligreses, que sólo habían estado esperando su aprobación para abandonar la iglesia. A mitad de camino, ya en el pasillo central, se quedó bloqueado por ancianas menudas con preferencia de paso que se apresuraban hacia la salida con implacable determinación.

Su mano derecha se dirigió automáticamente a la cadera, pero la frenó y cerró el puño. Aunque hubiera *tenido* la porra no habría sido apropiado usarla allí.

Cada vez salía menos humo de la pila bautismal, pero la iglesia estaba ahora envuelta en una niebla que olía a fabricación de golosinas y a productos químicos. Las puertas de salida estaban abiertas de par en par y a través del humo se veía, en un rectángulo nítidamente marcado, la luz de la mañana.

Los feligreses se movían hacia la luz, tosiendo.

En la cocina sólo había una silla, y nada más. Oskar la acercó al fregadero, se subió a ella y meó en la pila mientras corría el agua del grifo. Cuando terminó volvió a colocar la silla en su sitio. Parecía rara en aquella cocina vacía. Como algo en un museo.

¿Para qué la usará?

Echó una ojeada a su alrededor. Encima del frigorífico había una hilera de

armarios a los que sólo se podía llegar subiéndose en la silla. La llevó hasta allí y puso la mano en el agarradero del frigorífico para apoyarse. Le dio un vuelco el estómago. Tenía hambre.

Sin pensárselo dos veces, abrió el frigorífico para ver qué había. No mucho: un brik de leche abierto, medio paquete de pan, mantequilla y queso. Oskar cogió la leche.

Pero... Eli...

Estaba con el brik en la mano, parpadeando. Aquello no encajaba. ¿Comía también comida normal? Sí. Seguro que lo hacía. Sacó la leche del frigorífico, la puso en la encimera. En los armarios no había casi nada. Dos platos, dos vasos. Cogió un vaso, echó leche en él.

Y entonces le vino a la cabeza. Con el vaso de leche fría en la mano se le vino a la cabeza, con toda su fuerza.

Ella bebe sangre.

Anoche, en medio del sueño y ya desconectado del mundo, en la oscuridad, todo aquello le había parecido posible de alguna manera. Pero ahora, en la cocina, donde no colgaban mantas de las ventanas y las persianas dejaban pasar la suave luz de la mañana, con un vaso de leche en la mano, parecía tan... fuera de todo.

Era como: *Si tienes leche y pan en tu frigorífico entonces tienes que ser una persona.*

Dio un trago y lo escupió inmediatamente. Estaba ácida. Olió lo que quedaba en el vaso. Sí. Ácida. La tiró al fregadero, aclaró el vaso y se enjuagó con agua para quitarse el sabor de boca; después miró la fecha de caducidad del paquete.

CONSUMIR PREFERENTEMENTE ANTES DEL 28 DE OCTUBRE.

Hacía diez días que había caducado. Oskar comprendió.

La leche del viejo.

El frigorífico estaba todavía abierto. La comida del viejo.

Asqueroso. Asqueroso.

Oskar lo cerró de un portazo. ¿Qué había estado haciendo allí el viejo? ¿Qué tenían Eli y él...? Le entró un escalofrío.

Ella lo ha matado.

Sí. Eli había tenido al hombre para poder... alimentarse de él. Como si fuera un banco de sangre vivo. Eso era lo que hacía. ¿Pero por qué había aceptado el hombre? Y si ella lo había matado, ¿dónde estaba el cuerpo?

Oskar miró de reojo los armarios altos de la cocina y de pronto no quiso permanecer ni un minuto más allí. En el fondo, no quería permanecer ni un minuto más en aquel piso. Salió y atravesó el pasillo. La puerta del cuarto de baño seguía cerrada.

Es ahí dentro donde está acostada.

Entró rápidamente en el cuarto de estar, cogió su bolsa. El walkman estaba encima de la mesa. Sólo tendría que comprar auriculares nuevos. Al ir a cogerlo para guardarlo en la bolsa, vio la nota. Estaba en la mesa del sofá, justo a la altura de su cabeza mientras había estado durmiendo.

Hola.

Espero que hayas dormido bien. Yo también voy a dormir ahora. Estoy en el cuarto de baño. Por favor, procura no pasar por allí. Confío en ti. No sé qué ponerte. Espero poder gustarte aunque ya sabes cómo son las cosas. Yo te quiero. Mucho. Ahora estás aquí acostado en el sofá roncando. Por favor. No tengas miedo de mí. Por favor, por favor, por favor no tengas miedo de mí. ¿Quieres que nos veamos esta tarde? Escribe en el papel si quieres que nos veamos.

Si escribes NO, me mudaré esta tarde. Tendré que hacerlo pronto de todos modos. Estoy sola. Más sola de lo que tú puedas pensar, creo yo. O tal vez puedas.

Perdona que te haya roto el aparato de música. Coge el dinero si quieres. Tengo mucho. No tengas miedo de mí. No tienes que tenerlo. A lo mejor lo sabes. Espero que lo sepas. Te quiero mucho.

Tuya, Eli

P. D. Puedes quedarte si quieres. Pero si te vas, asegúrate de que la puerta quede cerrada.

Oskar leyó la nota un par de veces. Después cogió el bolígrafo que había al lado. Echó un vistazo alrededor de la habitación vacía, la vida de Eli. Encima de la mesa estaban aún los billetes que ella le había dado, arrugados. Cogió *uno* de mil, se lo guardó en el bolsillo.

Se quedó mirando el espacio en blanco que había bajo el nombre de Eli. Después bajó el bolígrafo y escribió con letras tan grandes como el espacio que había en blanco la palabra

SÍ

Dejó el bolígrafo encima del papel, se levantó y guardó el walkman en la bolsa. Se volvió por última vez y miró las letras, que ahora se veían boca abajo.

SÍ

Luego meneó la cabeza, rebuscó el billete en el bolsillo, lo volvió a dejar encima de la mesa. Cuando salió al rellano de la escalera se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada. Tiró de ella varias veces.

Del informativo Dagens Eko, 16:45, domingo 8 de noviembre de 1981

La búsqueda por parte de la policía del hombre que en la madrugada del domingo huyó del hospital de Danderyd después de matar a una persona, no ha dado ningún resultado.

La policía ha rastreado durante el domingo el bosque de Judarn, en el oeste de Estocolmo, en busca del hombre que según se cree es el llamado asesino ritual. El hombre se encontraba en el momento de la huida gravemente herido y la policía sospecha ahora que haya tenido un cómplice.

Arnold Lehrman, de la policía de Estocolmo:

—Sí, es la única alternativa. No hay ninguna posibilidad física de que haya podido huir en ese... estado. Hemos tenido allí fuera treinta hombres, perros, un helicóptero de reconocimiento. Es imposible, sencillamente.

—¿Vais a continuar buscando en el bosque de Judarn?

—Sí. La probabilidad de que se encuentre todavía en esa zona no se puede descartar a pesar de todo. Pero vamos a bajar el número de efectivos aquí para poder concentrarnos en... para analizar cómo ha podido escapar de aquí.

El hombre tiene la cara terriblemente desfigurada y en el momento de la huida iba vestido con una bata de hospital de color azul. La policía agradece cualquier colaboración de los ciudadanos que tenga que ver con el caso en el número de teléfono...

Domingo 8 de Noviembre (tarde)

El interés de la ciudadanía por la búsqueda en el bosque de Judarn era máximo. Los diarios de la tarde consideraron que no podían volver a publicar el retrato robot una vez más. Habían confiado en las fotos de la detención, pero a falta de ellas los dos periódicos publicaron la de la oveja.

Expressen la publicaba incluso en portada.

Se podía decir lo que se quisiera, pero en aquella foto había desde luego un cierto dramatismo. El policía con la cara retorcida por el esfuerzo, la oveja despatarrada y con la boca abierta. Casi se podían oír los resuellos, los balidos.

Uno de los periódicos había llegado incluso a ponerse en contacto con la casa real para obtener alguna declaración. Al fin y al cabo, la oveja a la que el policía trataba de aquella manera era la oveja del rey. No obstante, el rey y la reina habían hecho público dos días antes un comunicado en el que anunciaban que esperaban su tercer hijo y, quizá, pensaron que aquello era suficiente. La casa real se abstuvo de hacer comentarios.

Naturalmente, también se dedicaron varias páginas a publicar mapas del bosque de Judarn y de la Zona Oeste.

Dónde habían visto al hombre, cómo había desarrollado la policía las labores de búsqueda, etcétera. Pero de todo aquello ya se había hablado en otras ocasiones. La foto de la oveja, sin embargo, era algo nuevo: lo que permanecería en la retina.

Expressen se había atrevido incluso a gastar una pequeña broma. El pie de foto empezaba con las palabras: «¿Lobo con piel de oveja?».

Era necesario reírse un poco, que buena falta hacía. Se palpaba el miedo. El mismo hombre que había matado al menos a dos personas, casi a tres, estaba ahora otra vez suelto en la calle y los niños volvieron a cargar con el toque de queda. Una excursión al bosque de Judarn prevista para el lunes se suspendió.

Y en medio de todo esto había una rabia contenida al comprobar que un individuo, un solo individuo, podía condicionar la vida de tantas personas solamente por la fuerza de su maldad y de su... inmortalidad.

Sí. Los expertos y catedráticos que fueron invitados para exponer su opinión en los periódicos y en la televisión decían lo mismo: era *imposible* que el hombre siguiera vivo. Pero, preguntados directamente, reconocían unos minutos después que su huida también había sido igual de imposible.

Un catedrático agregado de Danderyd causó muy mala impresión en el informativo *Aktuellt* al responder en tono agresivo:

—Estaba hasta hace poco conectado a un respirador. ¿Sabe lo que significa eso? Significa que no podía respirar por sí mismo. Añádale a eso una caída desde treinta metros de altura...

El tono del catedrático daba a entender que el periodista era un idiota y que todo aquello no era en realidad más que un invento de los medios de comunicación.

Así que el caso se convirtió en un caldo de cultivo para conjeturas, exageraciones, habladurías y —lógicamente— miedo. No es de extrañar que a pesar de todo publicaran la foto de la oveja. Al menos era concreta. Así que la imagen de la oveja se extendió sobre el reino y llegó a los ojos de la gente.

Lacke la vio cuando con sus últimas coronas se compró un paquete de Prince rojo en el kiosco del Amante, de camino a casa de Gösta. Había estado durmiendo toda la tarde y se sentía como Raskolnikov: el mundo era borrosamente irreal. Echó una ojeada a la instantánea de la oveja y asintió para sí. En su estado actual no le parecía raro que la policía se dedicara a detener ovejas.

Sólo cuando ya había andado la mitad del camino hasta la casa de Gösta se acordó de la foto y pensó: «¿Qué cojones es eso?». Pero no tuvo fuerzas para volver a comprobarlo. Encendió un cigarro y siguió.

Oskar la vio cuando volvió a casa después de pasarse la tarde dando vueltas por Vällingby. Al salir del metro se encontró con Tommy, que entraba. Tommy estaba algo aturdido, excitado y dijo que había hecho «una cosa cojonuda», pero no le dio tiempo a contar más porque se cerraron las puertas. En casa había una nota en la mesa de la cocina: su madre había quedado con el coro esa tarde. Había comida en el frigorífico, la propaganda estaba repartida, besos.

En el banco de la cocina estaba el periódico de la tarde. Oskar miró la foto de la oveja y leyó todo lo que ponía sobre la búsqueda. Luego se puso a hacer un trabajo que tenía algo abandonado últimamente: recortar y guardar los artículos sobre el asesino ritual en los diarios de los últimos días. Sacó el montón de periódicos del armario de la limpieza, buscó su cuaderno de recortes, tijeras, pegamento y se puso manos a la obra.

Staffan la vio a unos doscientos metros del lugar donde había sido tomada. No había pillado a Tommy, y tras unas escuetas palabras a una Yvonne desolada había salido hacia Åkeshov. Alguien allí se había referido a un colega a quien él no conocía con las palabras «el ovejo», pero él no lo entendió hasta que unas horas después pudo ver el periódico.

Los mandos de la policía estaban cabreados por la falta de tacto de los diarios, pero a la mayoría de los agentes de a pie les pareció una cosa divertida. Excepto al propio «ovejo», naturalmente. Éste tuvo que soportar durante varias semanas un «beeee» o un «Qué jersey más bonito, ¿es de lana?» de vez en cuando.

Jonny la vio cuando su hermano pequeño, medio hermano pequeño, Kalle, de cuatro años, se dirigió a él con un regalo. Una pieza de construcción que había envuelto en la primera página del periódico del día. Jonny lo echó de su habitación diciéndole que no tenía ganas y cerrando la puerta. Volvió a sacar el álbum de fotos de nuevo, miró las fotografías de su padre, de su padre de verdad, que no era el padre de Kalle.

Un rato después oyó cómo su padrastro gritaba a Kalle por haber estropeado el periódico. Jonny desenvolvió entonces el regalo, haciendo girar la pieza de construcción entre los dedos mientras miraba la foto de la oveja. Se echó a reír y notó que la oreja le tiraba. Guardó el álbum en la bolsa de gimnasia, era más seguro ocultarlo en la escuela, y de allí sus pensamientos fueron a qué demonios iba a hacer con Oskar.

La foto de la oveja iba a abrir un pequeño debate sobre la ética de los periódicos en lo referente a la publicación de imágenes; no obstante, los dos diarios de la tarde la incluirían en el número especial de fin de año con las mejores fotografías del año. El carnero apresado pastaría a principios de verano por los prados del palacio de Drottningholm, ignorante por siempre de su protagonismo a la luz de los focos.

Virginia duerme envuelta en edredones, mantas. Los ojos cerrados, el cuerpo totalmente quieto. Dentro de un momento se va a despertar. Once horas ha permanecido de esta manera. La temperatura de su cuerpo ha bajado a veintisiete grados, lo cual equivale a la temperatura del aire dentro del armario. El corazón late muy débilmente cuatro veces por minuto.

Durante esas once horas su cuerpo se ha transformado irreversiblemente. El estómago y los pulmones se han adaptado a un nuevo tipo de vida. Lo más interesante, desde el punto de vista médico, es el quiste aún en fase de crecimiento en el nódulo sinusal del corazón, el grupo de células que rigen las contracciones. Un desarrollo similar al del cáncer, células extrañas que se reproducen de forma incontrolada.

Si se pudiera tomar una muestra de esas células extrañas y ponerla bajo el microscopio, se vería algo que todos los cardiólogos desecharían diciendo que se habían mezclado las pruebas. Una broma de muy mal gusto.

El nódulo sinusal está ciertamente compuesto por células cerebrales.

Sí. Dentro del corazón de Virginia se está desarrollando un pequeño cerebro independiente. Este nuevo cerebro, durante su formación, ha dependido del cerebro grande. Ahora es autosuficiente, y lo que Virginia sintió durante un terrible instante es totalmente cierto: que viviría aunque su cuerpo muriera.

Virginia abrió los ojos y supo que estaba despierta. Lo supo aunque el hecho de abrir los párpados no supusiera ninguna diferencia. Estaba igual de oscuro que antes, pero se despertó su consciencia. Sí. Su consciencia le hacía guiños a la vida al tiempo

que otra cosa se escondía.

Como...

Como llegar a una casita de verano que ha estado deshabitada durante el invierno. Uno abre la puerta, alarga la mano buscando el interruptor de la luz y en el mismo instante en que ésta se enciende se oye el rápido chasquido, los arañazos de pequeñas patas en el suelo; uno capta el rastro de una rata que desaparece bajo el fregadero.

Uno se siente molesto. Sabe que ha vivido allí mientras él estaba fuera. Que considera la casa como suya. Y que va a salir de nuevo tan pronto como apague la luz.

No estoy sola.

Sentía la boca como papel. No tenía tacto en la lengua. Siguió tumbada, pensando en la casita que ella y Per, el padre de Lena, alquilaron durante algunos veranos cuando Lena era pequeña.

El nido que habían encontrado debajo del fregadero. Habían roído en trozos pequeños algunos cartones vacíos de leche y un paquete de cereales y construido una casita, una construcción fantástica de trozos de papel de distintos colores.

Virginia sintió una especie de remordimiento cuando aspiró la casita. No, más que eso. Un sentimiento supersticioso de *transgresión*. Cuando pasó la trompa fría y metálica de la aspiradora sobre aquella edificación tan frágil y delicada, a la que la rata había dedicado todo el invierno, sintió como si estuviera expulsando de allí a un espíritu bueno.

Y así fue. Como la rata no caía en las ratoneras y seguía alimentándose de la comida de ellos, pero puso raticida. Discutieron a causa de ello. Habían discutido por otras cosas. Por todo. A principios de julio la rata murió, en algún sitio dentro de la pared.

A medida que el olor del cuerpo muerto y putrefacto de la rata se extendía por todas partes, también su matrimonio fue descomponiéndose aquel verano. Habían vuelto a casa una semana antes de lo previsto, puesto que no soportaban ni el hedor ni el uno al otro. El espíritu bueno los había abandonado.

¿Qué habrá sido de la casa? ¿Vivirá alguien allí ahora?

Oyó un chillido, agitación.

¡Es una rata! ¡Entre las mantas!

Sintió pánico.

Aún envuelta se echó hacia un lado, dio contra las puertas del armario de manera que éstas se abrieron y cayó rodando al suelo. Dio patadas y agitó los brazos hasta que consiguió liberarse.

Asqueada se arrastró hasta la cama, hacia el rincón, puso las rodillas debajo de la barbilla y se quedó mirando fijamente el montón de edredones y mantas esperando algún movimiento. Cuando llegara, iba a gritar. Gritaría tanto que vendrían todos los vecinos con martillos, con hachas y darían golpes en el montón hasta que la rata muriera.

El edredón que estaba encima era verde con lunares azules. ¿No se movía algo allí? Tomó aire antes de gritar y el chillido, la agitación se oyó de nuevo.

Yo... respiro.

Sí. Había sido la última constatación que hizo antes de quedarse dormida: que no respiraba. Entonces volvió a respirar. Para comprobarlo tomó aire de nuevo y volvió a oír otra vez el chillido, la agitación. Venía de sus pulmones. Se habían resecado mientras ella dormía, hacían ruido. Tosió, y sintió en la boca un sabor a podrido.

Recordó. Todo.

Se miró los brazos. Estaban cubiertos de estrías de sangre reseca, pero no se veía ninguna herida o cicatriz. Se concentró en la zona del pliegue del codo, donde sabía que se había cortado por lo menos dos veces. Puede que se viera una estría de piel rosada. Sí. Posiblemente. Todo lo demás se había curado.

Se frotó los ojos y miró el reloj. Las seis y cuarto. Era por la tarde. Oscuro. Volvió a mirar hacia el edredón azul, los lunares azules.

¿De dónde viene la luz?

La lámpara del techo estaba apagada, fuera era de noche, las persianas estaban bajadas. ¿Cómo era posible que ella viera todos los contornos y los matices de los colores con tanta nitidez? Dentro del armario estaba oscuro como boca de lobo. Allí no veía nada, pero ahora... era como a la luz del día.

Algo de luz siempre se filtra.

¿Respiraba?

No había manera de comprobarlo. En cuanto empezaba a *pensar* en la respiración comenzaba también a controlarla. Tal vez sólo respirara cuando pensaba en ello.

Pero aquella primera respiración, la que confundió con una rata... no había sido algo voluntario. Aunque puede que sólo hubiera sido como un... como un...

Cerró los ojos.

Ted.

Lo había visto nacer. Al hombre que era el padre de Ted, Lena no lo había vuelto a ver desde la noche en que se quedó embarazada de Ted. Algún hombre de negocios finlandés que se encontraba en Estocolmo en una conferencia y esas cosas. Así que Virginia había presenciado el parto. No dejó de *dar la lata* hasta que lo consiguió.

Y entonces se le vino a la cabeza. Las primeras inspiraciones cuando Ted empezó a respirar.

Cómo había nacido. Aquel cuerpecillo sucio, amoratado, apenas humano. El vuelco de alegría que sintió en su pecho se tornó en un mar de inquietud al ver que el niño no respiraba. La comadrona que con calma había cogido en sus manos a aquel pequeño ser. Virginia había creído que lo sujetaría boca abajo y le daría un azote en el culo, pero justo cuando la comadrona lo tomó en sus brazos se le formó una pompa de saliva en la boca. Una pompa que crecía, crecía... y explotó. Y después vino el llanto, el primer llanto. El niño respiraba. ¿Entonces?

¿La primera respiración chillona de Virginia había sido eso? ¿El llanto de... un

nacimiento?

Se estiró, se puso boca arriba en la cama. Siguió pasando su película personal del parto. Cómo había sido ella quien había lavado a Ted porque Lena estaba muy débil, había perdido mucha sangre. Sí. Después de que Ted saliera había corrido la sangre por la camilla del parto, y las enfermeras allí, con papel, un montón de papel... Poco a poco había dejado de sangrar.

El montón de papel ensangrentado, las manos rojas de la comadrona. Calma, eficacia pese a toda... la sangre. Toda la sangre.

Sentía sed.

Tenía la boca pastosa y pasaba la cinta una y otra vez, hacía zoom en todo lo que estuviera cubierto de sangre: las manos de la comadrona para *deslizar la lengua por aquellas manos, las pelotillas empapadas del suelo para metérselas en la boca y chuparlas, el coño de Lena del que salía un hilillo de sangre que...*

Se puso de pie de un salto, corrió hasta el cuarto de baño, levantó la tapa de un golpe, puso la cabeza en la taza. No salió nada. Sólo arcadas secas, náuseas. Apoyó la frente en el borde de la taza. Las imágenes del parto volvieron a pasar en tropel una vez más.

Noquieronoquieronoquie...

Se golpeó la frente con fuerza contra la taza y un géiser de puro dolor helado entró en erupción en su cabeza. Todo se volvió de color azul claro ante sus ojos. Sonrió y cayó de lado en el suelo, sobre la alfombra de baño que...

Costaba catorce noventa, pero la compré por diez coronas porque tenía un montón de pelos cuando la cajera le quitó la etiqueta, y cuando salí de Åhlens en la plaza había una paloma que picoteaba en una caja de cartón en la que quedaban algunas patatas fritas, y la paloma era de color gris... y... azul... tenía...

... la luz de frente...

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. ¿Un minuto, una hora? Quizá sólo unos segundos. Pero algo había cambiado. Estaba tranquila.

Allí tendida, sentía la suavidad de la pelusilla de la alfombra contra la mejilla mientras observaba el tubo con manchas de óxido que bajaba del lavabo hasta el suelo. Le parecía que el tubo tenía una forma bonita.

Un fuerte olor a orines. No era ella la que se había orinado, porque lo que olía era... el pis de Lacke, que reconocía. Encogió el cuerpo, puso la cara en el suelo bajo la taza, olió. Lacke... y Morgan. No podía comprender cómo lo sabía, pero lo sabía. Morgan había orinado fuera.

Pero Morgan no ha estado aquí.

Sí, claro. Aquella tarde, la noche que la trajeron a casa. La tarde cuando fue atacada. *Mordida*. Sí, claro. Todo coincidía. Morgan había estado allí, había hecho pis mientras ella permanecía tumbada en el sofá después de haber sido mordida y ahora podía ver en la oscuridad y no soportaba la luz y necesitaba sangre y...

Vampira.

Eso era. No había contraído ninguna enfermedad rara y desagradable que se pudiera curar en un hospital, o con psiquiatría, o con...

¡Terapia de luz!

Se echó a reír; tosiendo, se puso boca arriba en el suelo; mirando al techo volvió a repasar todo lo que había ocurrido. Las heridas que se curaban rápidamente, cómo le afectaba la luz del sol en la piel, la sangre... Lo dijo en voz alta:

—Soy una vampira.

No podía ser. No existen. Y sin embargo, todo parecía más fácil. Como si una presión dentro de su cabeza se aligerara. Como si se le quitara el peso de una culpa. No era culpa *suya*. Las fantasías repugnantes, las cosas terribles que se había hecho a sí misma durante toda la noche. Era algo de lo que ella *no tenía la culpa*.

Era algo... totalmente natural.

Se enderezó a medias, abrió el grifo, se sentó en la taza y miró cómo salía el agua, cómo la bañera se llenaba lentamente. Sonó el teléfono. Lo escuchó como si fuera una señal sin importancia, un sonido mecánico. No significaba nada. De todas formas no podía hablar con nadie. Nadie podía hablar con ella.

Oskar no había leído el periódico del sábado. Ahora lo tenía delante, encima de la mesa de la cocina. Lo había mantenido abierto por la misma página desde hacía un buen rato y había leído y releído el pie de texto de la foto. Una imagen que no se podía quitar de la cabeza.

El texto trataba del hombre que habían encontrado congelado en el hielo al lado del hospital de Blackeberg, de cómo habían realizado los trabajos de levantamiento. En una fotografía pequeña se veía al maestro Ávila; estaba allí, señalando la superficie de agua, el agujero en el hielo. En la reproducción de las palabras del maestro, el periodista había corregido su particular forma de hablar.

Todo aquello era ciertamente muy interesante y valía la pena recortarlo y guardarlo; sin embargo, no era lo que Oskar estaba mirando sin poder apartar la vista.

Era la foto del jersey.

Embutido bajo la cazadora del cadáver habían encontrado un jersey de niño manchado de sangre y ése era justamente el que salía en la foto, colocado sobre un fondo neutro. Oskar lo reconoció.

¿No tienes frío?

En el artículo decía que el hombre muerto, Joakim Bengtsson, había sido visto con vida por última vez el sábado 24 de octubre. Hacía dos semanas. Oskar recordó aquella tarde, cuando Eli hizo el cubo. Le había acariciado la mejilla y su amiga había desaparecido del patio. Por la noche, ella y su... el viejo... discutieron y el hombre se había marchado.

¿Fue aquella tarde cuando Eli lo hizo?

Sí. Probablemente. Al día siguiente ella tenía mucho mejor aspecto.

Miraba la foto. Era en blanco y negro, pero en el artículo decía que el jersey era de color rosa claro. El autor especulaba con la posibilidad de que el asesino tuviera además otra víctima joven sobre su conciencia.

Espera ahí.

El asesino de Vällingby. Al parecer, apuntaba el periódico, la policía tenía indicios bastante consistentes de que al hombre del hielo lo hubiera matado el llamado asesino ritual, que había sido detenido precisamente una semana antes en la piscina de Vällingby y ahora había huido.

¿Sería el... viejo? Pero... y el chico del bosque... ¿por qué?

Oskar podía ver a Tommy delante de él sentado en el banco, abajo, en el parque, el movimiento con el dedo.

Colgado en un árbol... con un corte en el cuello... zas.

Comprendió. Lo comprendió todo. Que todos aquellos artículos que había recortado y guardado, la radio, la tele, todo lo que se había hablado, todo el miedo...

Eli.

Oskar no sabía qué hacer. Qué debía hacer. Así que fue hasta el frigorífico y sacó un trozo de lasaña que su madre le había dejado. Se la comió fría mientras seguía mirando los artículos. Cuando terminó de comer sonaron unos golpecitos en la pared. Cerró los ojos para oír mejor. Se sabía el código de memoria a esas alturas.

S.A.L.G.O.

Se levantó enseguida de la mesa, fue a su habitación, se puso boca abajo en la cama y golpeó la respuesta.

V.E.N.A.Q.U.I. Una pausa. Después: T.U.M.A.M.A. Oskar golpeó de nuevo. N.O.E.S.T.A.

Su madre no volvería hasta las diez, más o menos. Tenían por lo menos tres horas por delante. Después de marcar el último mensaje Oskar apoyó la cabeza en la almohada. Por un momento, concentrado en golpear las palabras, lo había olvidado.

El jersey... el periódico...

Se estremeció, pensó en levantarse para recoger todos los periódicos que estaban allí, a la vista. Ella los iba a ver... y a saber que él...

Después volvió a apoyar la cabeza en la almohada y lo mandó a la porra.

Un silbido bajo fuera de la ventana. Se levantó de la cama, se acercó y se inclinó contra el marco. Ella estaba allí abajo, con la cabeza vuelta hacia la luz. Llevaba puesta la camisa de cuadros que le quedaba demasiado grande.

Él le hizo una señal con el dedo: *Sube hasta la puerta.*

—No le digas que estoy allí, ¿vale?

Yvonne hizo una mueca expulsando el humo por la comisura de los labios en dirección a la ventana entreabierta, no dijo nada. Tommy resopló.

—¿Por qué fumas así, echando el humo por la ventana?

Tenía ya tanta ceniza en el cigarro que había empezado a curvarse. Tommy se lo señaló haciendo un gesto con el dedo índice. Ella lo ignoró.

—Porque no le gusta a Staffan, ¿no? El olor a tabaco.

Tommy se echó para atrás en la silla de la cocina mirando la ceniza y preguntándose la razón de que aún mantuviera su forma; agitó la mano delante de la cara.

—A mí *tampoco* me gusta el olor a tabaco. Ni me gustaba *nada* cuando era pequeño. Pero entonces no abrías la ventana. Y mira ahora...

La ceniza cayó en la pierna de Yvonne. Ella la sacudió y se formó una raya de color gris en su pantalón. Amenazando con la mano que sujetaba el cigarro, dijo:

—*Claro* que lo hacía. Al menos, la mayor parte de las veces. Puede que alguna vez, cuando teníamos invitados, puede que... y qué porras, tú no eres el más indicado para decir que no te gusta el *humo*.

Tommy sonrió burlonamente.

—*Algo* divertido sí que fue, ¿no?

—No, no lo fue. Piensa si se hubiera desatado el pánico. Si la gente... y ese recipiente, la...

—La pila bautismal.

—Eso, la pila bautismal. El cura estaba totalmente desesperado, era como una... costra negra en toda la... Staffan tuvo que...

—Staffan, Staffan...

—*Staffan*, sí. No dijo que habías sido tú. Me lo dijo a mí, que fue muy duro para él, con su... convicción religiosa, estar allí mintiéndole al cura delante de su propia cara, pero que él... para protegerte...

—Tú comprenderás.

—¿Qué es lo que tengo que comprender?

—Que es a sí mismo a quien protege.

—No fue *él* el que...

—Piénsalo bien.

Yvonne dio una última calada profunda al cigarrillo, lo apagó en el cenicero y encendió otro.

—Era... antigua. Ahora tendrán que mandarla restaurar.

—Y fue el hijastro de Staffan el que lo hizo. ¿Cómo sonaría eso?

—Tú no eres su hijastro.

—No, pero ya sabes. Si yo le hubiera dicho a Staffan que había pensado ir a decirle al curita que lo había hecho yo, que me llamaba Tommy y que Staffan es... el novio de mi madre, ¿crees que le habría gustado?

—Tendrás que preguntárselo tú mismo.

—No. Hoy por lo menos no.

—No te atreves.

—Lo dices como un niño.

—Tú te comportas como un niño.

—*Algo* divertido sí que fue, ¿no?

—No, Tommy. No fue nada divertido.

Tommy suspiró. No era tan tonto como para no dar por hecho que su madre también se iba a enfadar, pero a pesar de ello había pensado que ella, de alguna manera, vería *algo* cómico en todo el asunto. Sin embargo ella estaba ahora de parte de Staffan. No había más que verlo.

De manera que el problema, el *verdadero* problema, era encontrar algún sitio donde vivir. Bueno, más tarde, cuando se casaran. Mientras tanto podía dormir en el sótano noches como ésta, en las que Staffan venía a casa. A las ocho acabaría su turno en Åkeshov y vendría directamente aquí. Y Tommy *no* pensaba esperarle sentado y escuchar ningún jodido sermón de *aquel* tío. Para nada.

Así que fue a su habitación y cogió el edredón y la almohada de la cama mientras Yvonne seguía sentada fumando y mirando por la ventana de la cocina. Después apareció en el umbral con la almohada debajo de un brazo y el edredón enrollado debajo del otro.

—Bueno, ya me voy. No le digas que estoy ahí, por favor.

Yvonne se volvió hacia él. Tenía lágrimas en los ojos. Le sonrió.

—Pareces como cuando... cuando viniste e ibas...

Se le hizo un nudo en la garganta. Tommy se quedó parado. Yvonne tragó, se aclaró la garganta y lo miró con los ojos totalmente limpios, y dijo en voz baja:

—Tommy, ¿qué vas a hacer?

—No sé.

—¿Tendré que...?

—No. Por mí no. Las cosas son como son.

Yvonne asintió. Tommy notó que también él estaba a punto de ponerse muy triste, que tenía que marcharse ya, antes de que fuera tarde.

—¿Oye? No digas que...

—No, no. No lo digo.

—Bien. Gracias.

Yvonne se levantó y se acercó a Tommy. Lo abrazó. Olía mucho al humo de los cigarros. Si Tommy hubiera tenido libres los brazos también la habría abrazado. Pero los tenía ocupados, así que sólo apoyó la cabeza en el hombro de su madre y permanecieron así un rato.

Después, Tommy se fue.

No me fío de ella. Staffan puede montar un numerito de la hostia y... En el sótano tiró el edredón y la almohada en el sofá. Se metió una bolsita de pasta de tabaco, se tumbó y se puso a pensar.

Lo mejor sería que lo mataran.

Pero Staffan no era de los que... no, no. Más bien al contrario, de los que harían diana en la frente del asesino. Recibiría una caja de bombones de sus compañeros maderos. El héroe. Luego vendría aquí a buscar a Tommy. Quizá.

Cogió la llave, salió al pasillo y abrió la puerta del refugio; se llevó la cadena. Con el encendedor como lámpara avanzó por el pequeño corredor que tenía dos trasteros a cada lado. En los trasteros había alimentos secos, conservas, viejos juegos de mesa, cocinas de gasóleo y otras cosas por el estilo, para que uno pudiera arreglárselas en caso de asedio.

Abrió una puerta, tiró dentro la cadena. Bueno. Tenía una salida de emergencia.

Antes de abandonar el refugio bajó el trofeo de tiro, lo sopesó con la mano. Dos kilos por lo menos. A lo mejor se podía *vender*. Sólo por el valor del metal. Para fundirlo.

Observó la cara del tirador de pistola. ¿No guardaba cierto parecido con Staffan, mirándolo bien? Entonces era la fundición lo que le esperaba.

Cremación. Definitivamente.

Le dio la risa.

Lo mejor de todo sería fundir todo menos la cabeza y después devolvérselo a Staffan. Una balsa de metal endurecido sólo con aquella cabecilla encima. Probablemente no se podría hacer. Por desgracia.

Volvió a colocar la escultura en su sitio, salió y cerró la puerta sin girar el volante. Ahora podría entrar allí si fuera necesario. Lo que no creía que llegara a ocurrir.

Sólo por si acaso.

Lacke dejó que dieran diez señales antes de colgar. Gösta, que estaba sentado en el sofá acariciándole la cabeza a un gato con rayas anaranjadas, preguntó sin levantar la vista:

—¿No hay nadie en casa?

Lacke se pasó la mano por la cara y contestó irritado:

—Sí, joder. ¿No has oído que estábamos hablando?

—¿Quieres tomar otro?

Lacke se ablandó, intentó sonreír.

—*Sorry*, no quería... sí, joder. Gracias.

Gösta se inclinó sobre la mesa con tan poco cuidado que aplastó al gato que tenía en sus rodillas. El gato pegó un bufido y se escurrió al suelo, se sentó y miró ofendido a Gösta, que estaba echando un chorrito de tónica y una buena dosis de ginebra en el vaso de Lacke y que, acercándose a éste, le dijo:

—Ten. No te preocupes, ella sólo estará... sí...

—Ingresada. Gracias. Ha ido al hospital y la han ingresado.

—Sí... eso es.

—Pues dilo, entonces.

—¿Qué?

—Ah, no era nada. Salud.

—Salud.

Bebieron los dos. Después de un rato Gösta empezó a hurgarse la nariz. Lacke lo miró y Gösta retiró el dedo y sonrió como para disculparse. No estaba acostumbrado a la compañía.

Un gato gordo de color gris estaba espatarrado en el suelo, parecía como si apenas tuviera fuerzas para levantar la cabeza. Gösta movió la cabeza dirigiéndose a él.

—Miriam va a tener gatitos pronto.

Lacke pegó un buen trago, hizo una mueca. Por cada gota de adormecimiento que el alcohol le proporcionaba, menos sentía el olor del apartamento.

—¿Qué haces con ellos?

—¿Con quienes?

—Con los gatillos. ¿Qué haces con ellos? Los dejas que vivan, ¿no?

—Sí, aunque normalmente nacen muertos. Últimamente.

—Así que... cómo. Esa gorda, ¿cómo la llamaste...?, ¿Miriam?... la tripa, ¿sólo hay... una lechigada de crías muertas ahí dentro?

—Sí.

Lacke se bebió todo lo que quedaba en el vaso, lo dejó en la mesa. Gösta le preguntó con un gesto señalando la botella de ginebra. Lacke negó con la cabeza.

—No. Esperaré un poco.

Bajó la cabeza. Una alfombra de color naranja tan llena de pelos de gato que parecía que estuviera *hecha de ellos*. Gatos y más gatos por todas partes. ¿Cuántos había? Empezó a contar. Llegó hasta dieciocho. Sólo en aquel cuarto.

—No has pensado nunca en... hacer algo con ellos. Me refiero a castrarlos, o cómo se dice... ¿esterilizarlos? Sería suficiente con dejar un solo sexo.

Gösta le miraba sin comprender.

—¿Y eso cómo se hace? No, claro.

Lacke se imaginó a Gösta yendo en el metro con unos... veinticinco gatos. En una caja. No. En una bolsa, en un saco. Llegando a casa del veterinario y soltándolos allí a todos: «Cástenlos, por favor». Se ahogaba de la risa. Gösta volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo pensaba... que a lo mejor os hacen rebaja de grupo.

A Gösta no le hizo gracia la broma y Lacke daba manotazos en el aire.

—No, *sorry*. Yo sólo... ah, estoy totalmente... con esto de Virginia, yo...

De pronto se enderezó, golpeó la mesa con la mano.

—No quiero estar más tiempo aquí.

Gösta saltó en el sofá. Los gatos que estaban delante de los pies de Lacke salieron corriendo y se escondieron debajo del sofá. De algún sitio del cuarto llegó un silbido. Gösta se revolvía, daba vueltas a su vaso.

—No te preocupes. Al menos, no por mí...

—No es eso. *Aquí*. Aquí. Toda la mierda. Blackeberg. Todo. Estas casas, las calles por las que andamos, los sitios, las personas, todo no es más que... una única gran enfermedad endiablada, ¿entiendes? Hay algo que está *mal*. Se imaginaron el sitio, planificaron todo para que fuera... perfecto, ¿no? Y de alguna *jodida* manera se equivocaron. Alguna mierda.

«Como si... no puedo explicarlo... como si hubieran tenido una idea de *los ángulos*, o lo que sea, joder, ángulos en los que tuvieran que estar las casas, en relación con las demás, ¿no? Para que hubiera armonía o algo así. Y entonces hubieran tenido algún fallo con la vara de medir, la escuadra o lo que cojones usen, y entonces se produjo un pequeño fallo desde el principio y después se hizo más grande. De manera que uno va por aquí entre las casas y no piensa más que... no. No, no, no. Aquí no tiene uno que *estar*. Aquí hay algo que *no funciona*, ¿entiendes?

«Aunque no son los ángulos, es alguna otra cosa, algo que sólo... como una enfermedad que está en... las paredes, y yo no quiero permanecer más tiempo aquí.

Un tintineo cuando Gösta, sin que nadie se lo dijera, echó otro cubata en el vaso de Lacke. Él lo tomó agradecido. La descarga había propiciado un agradable sosiego en su cuerpo, un sosiego que el alcohol llenaba ahora de calor. Se echó hacia atrás en el sofá, respirando con tranquilidad.

Permanecieron en silencio hasta que llamaron a la puerta. Lacke preguntó:

—¿Estás esperando a alguien?

Gösta meneó la cabeza mientras se levantaba trabajosamente.

—No. Menuda afluencia de tráfico esta tarde.

Lacke sonrió burlonamente y levantó su vaso hacia Gösta al pasar. Ya se sentía mejor. Se sentía bien, realmente.

Se abrió la puerta de la calle. Alguien desde fuera dijo algo y Gösta contestó:

—Sé bienvenida.

Tumbada en la bañera, en el agua caliente que se tiñó de rosa cuando la sangre reseca de su piel se diluyó, Virginia se decidió. *Gösta*.

Su nueva conciencia le decía que tenía que haber alguien que la dejara entrar. Su vieja conciencia, que no podía ser alguien a quien quisiera. Ni siquiera que le gustara. Gösta encajaba en ambas descripciones.

Se levantó, se secó y se puso unos pantalones y una blusa. Ya en la calle se dio cuenta de que no había cogido un abrigo. Sin embargo no tenía frío.

Descubrimientos nuevos, todo el tiempo.

Al pie de los edificios altos se detuvo, miró hacia la ventana de Gösta. Estaba en casa. Siempre estaba en casa.

¿Y si se resiste?

No había pensado en eso. Sólo se había hecho a la idea de que iba a buscar lo que necesitaba. Pero puede que Gösta quisiera vivir.

Claro que querrá vivir. Es una persona, tiene sus diversiones y piensa en todos los gatos que llegan...

El pensamiento se frenó, desapareció. Se puso la mano en el corazón. Latía cinco veces por minuto y ella sabía que tenía que cuidar su corazón. Que había algo en eso de... las estacas afiladas.

Cogió el ascensor hasta el penúltimo piso, llamó. Cuando Gösta abrió la puerta y vio a Virginia, sus ojos se abrieron de una manera que parecía espanto.

¿Lo sabrá? ¿Se notará?

Gösta dijo:

—Pero... ¿eres tú?

—Sí. ¿Puedo...?

Hizo un movimiento hacia el interior del apartamento. No lo entendía. Pero intuitivamente supo que necesitaba una invitación, si no... si no... pasaría algo. Gösta asintió, reculó un paso.

—Sé bienvenida.

Entró y Gösta volvió a cerrar la puerta, la miró con los ojos llorosos. Estaba sin afeitar, la piel fofa del cuello ennegrecida por la barba grisácea de dos días. La pestilencia del apartamento peor de lo que recordaba, más nítida.

No quie...

El viejo cerebro se cerró. El hambre tomó la iniciativa. Virginia puso las manos en los hombros de Gösta, vio sus manos ponerse en los hombros de Gösta. Sin oponer resistencia. La vieja Virginia estaba ahora acurrucada en algún lugar lejano de su cabeza, sin control.

La boca dijo:

—¿Quieres ayudarme con una cosa? Quédate quieto.

Ella oyó algo. Una voz.

—¡Virginia! ¡Hola! Cómo me alegro de que...

Lacke se echó hacia atrás cuando Virginia volvió la cabeza hacia él.

Tenía los ojos vacíos. Como si alguien le hubiera clavado agujas en ellos y hubiera absorbido lo que Virginia era y sólo hubiera dejado la mirada inexpresiva de un modelo anatómico: *Figura 8: Los ojos*.

Virginia lo miró fijamente durante un segundo, luego soltó a Gösta y se volvió hacia la puerta; asió el picaporte: estaba cerrada. Descorrió la cerradura, pero Lacke la cogió y la apartó.

—No vas a ninguna parte antes de que...

Virginia se revolvía en sus brazos y le golpeó con el codo en la boca, el labio se le reventó contra los dientes. Él le sujetaba con fuerza por los brazos, apretando la mejilla contra la espalda de ella.

—Ginja, joder. Tengo que hablar contigo. He estado tan preocupado.

Tranquilízate, ¿qué te pasa?

Ella dio un tirón hacia la puerta, pero Lacke, que la sujetaba con fuerza, la arrastró hacia el cuarto de estar. Se esforzaba por hablarle tranquilo, con calma, como a un animal asustado, mientras la arrastraba delante de él.

—Ahora nos va a poner Gösta un cubata y nos sentamos tranquilamente y hablamos de ello, porque yo... yo te voy a ayudar. Sea lo que sea, ¿vale?

—No, Lacke, no.

—Sí, Ginja, sí.

Gösta entró como pudo en el cuarto de estar, le sirvió un cubata a Virginia en el vaso de Lacke. Lacke hizo entrar a Virginia, la soltó y se colocó en el vano de la puerta, con las manos en las jambas, como un portero. Se chupó un poco de sangre que tenía en el labio inferior.

Virginia se encontraba en el centro del cuarto, tensa. Miraba a su alrededor como si buscara la manera de huir. Sus ojos se fijaron en la ventana.

—No, Ginja.

Lacke estaba preparado para correr hacia ella, cogerla de nuevo si intentaba alguna tontería.

¿Qué le pasa? Parece como si se encontrara en una habitación llena de fantasmas.

Oyó un ruido como cuando uno rompe un huevo en una sartén caliente.

Otro más, igual. Otro.

La habitación se llenó de bufidos cada vez más fuertes, agitación.

Todos los gatos del cuarto se habían levantado, estaban con los lomos arqueados y las colas tiesas mirando a Virginia. Hasta Miriam se levantó torpemente con la tripa arrastrando, echó las orejas hacia atrás y mostró los dientes.

Del dormitorio, de la cocina, llegaron más gatos.

Gösta había dejado de echar ginebra; se quedó con la botella en la mano mirando a sus gatos con los ojos como platos. La agitación planeaba ahora como una nube de electricidad dentro del cuarto, aumentando. Lacke se vio obligado a gritar para hacerse oír por encima de los maullidos.

—Gösta, ¿qué hacen?

Éste meneó la cabeza, hizo un gesto estirando el brazo y se le salió un poco de ginebra de la botella.

—No lo sé... Nunca he...

Un gato negro pequeño dio un salto sobre la pierna de Virginia, le clavó las uñas y la mordió. Gösta dejó la botella sobre la mesa con un golpe y dijo:

—¡Fuera, Titania, fuera!

Virginia se agachó, agarró al gato por el lomo e intentó quitárselo de encima. Otros dos aprovecharon la ocasión y le saltaron sobre la espalda y la nuca. Virginia lanzó un grito y se quitó el gato de la pierna, le tiró de las patas. El gato voló por la habitación, se estrelló contra el borde de la mesa y cayó a los pies de Gösta. Uno de

los que tenía en la espalda se le subió a la cabeza e hizo presa con las uñas mientras le mordía en la frente.

Antes de que a Lacke le diera tiempo a llegar, otros tres gatos se le habían echado encima. Maullaban como locos mientras Virginia les arreaba puñetazos. Con todo, siguieron aferrados a ella, desgarrándole la carne con sus minúsculos dientes.

Lacke metió las manos en la palpitante masa sobre el pecho de Virginia, agarró piel que se deslizaba sobre músculos tensos, retiró pequeños cuerpos y la blusa de Virginia se rasgó, ella estaba gritando y...

Está llorando.

No; era sangre que le corría por las mejillas. Lacke agarró al gato que tenía en la cabeza pero éste clavó aún más las uñas, estaba como cosido. Su cabeza cabía en la mano de Lacke y éste tiraba hacia delante y hacia atrás hasta que, en medio del jaleo, oyó un

Crac.

Y cuando soltó la cabeza, ésta cayó sin vida sobre la coronilla de Virginia. Asomaba una gota de sangre en el hocico del gato.

—¡Aaaay! Mi pequeña...

Gösta llegó hasta donde estaba Virginia y, con lágrimas en los ojos, empezó a acariciar a la gata, que, incluso muerta, seguía aferrada a la piel de la mujer.

—Pequeña, cariño...

Lacke bajó la mirada y sus ojos se encontraron con los de su amiga.

Volvía a ser ella.

Virginia.

Dejadme marchar.

A través del doble túnel que eran sus ojos, Virginia veía lo que le estaba pasando a su cuerpo, los esfuerzos de Lacke para ayudarla.

Déjalo.

No era ella la que se defendía, la que se los quitaba de encima. Era aquel otro, el que quería vivir, quería que su... casero viviera. Ella había renunciado al ver el cuello de Gösta, al sentir la hediondez del apartamento. Iba a ser así. Y no quería participar.

El dolor. Sintió el dolor, los arañazos. Pero pasaría pronto.

Así que... no te preocupes.

Lacke lo vio. Pero no lo aceptaba.

La granja... dos casitas... el jardín...

En un ataque de pánico intentó quitar los gatos de encima de Virginia. Estaban pegados, unos manojos de músculos cubiertos de piel. Los pocos que consiguió arrancar se llevaban consigo tiras de la ropa y dejaban profundos surcos en la piel que

había debajo, pero la mayoría seguían adheridos como sanguijuelas. Lacke intentó golpearlos, oyó el chasquido de los huesos, pero quitaba uno y llegaba otro, porque los gatos trepaban los unos por encima de los otros en su empeño por...

Negro.

Recibió un golpe en la cara y se tambaleó un metro hacia atrás; a punto estuvo de caer, pero buscó apoyo en la pared, parpadeó. Gösta estaba al lado de Virginia con los puños cerrados, mirándole con los ojos llenos de lágrimas y de rabia.

—¡Les estás haciendo *daño*! ¡Les estás haciendo *daño*!

Al lado de Gösta, Virginia no era más que una masa hirviente de pieles que bufaban y maullaban. Miriam se arrastró trabajosamente por el suelo, se levantó sobre las patas traseras y mordió la pantorrilla de Virginia. Gösta lo vio, se agachó y la amonestó con el dedo.

—No puedes *hacer* eso, cariño. Eso *duele*.

Lacke perdió los estribos. Dio dos pasos hacia delante y asestó una patada a Miriam. El pie se hundió en el abultado vientre de la gata y Lacke no sintió repugnancia alguna, sólo satisfacción cuando el saco con las entrañas salió despedido de su pie y se estampó contra el radiador.

Cogió a Virginia por el brazo.

Vamos, tenemos que salir de aquí.

y la arrastró hasta la puerta de la calle.

Virginia intentó resistirse, pero la fuerza de Lacke y la del contagio querían la misma cosa, y eran más fuertes que ella. A través de los túneles que salían de su cabeza vio a Gösta cayendo de rodillas en el suelo, oyó el grito de pena cuando cogió a un gato muerto en sus manos, acariciándole el lomo.

Perdóname, perdóname.

Después Lacke tiró de ella y dejó de ver cuando un gato le trepó hasta la cara, la mordió y todo fue dolor, agujas vivas que se le clavaron en la piel; luego perdió el equilibrio, cayó, sintió cómo era arrastrada por el suelo.

Déjame marchar.

Pero el gato que tenía delante de los ojos cambió de posición y vio que la puerta del apartamento se abría delante de ella, la mano de Lacke, de color rojo oscuro, que la arrastró consigo, y vio el hueco de la escalera, las escaleras, se volvió a poner de pie, se abrió camino, dentro de su propia conciencia tomó el mando y...

Virginia soltó su brazo de la mano de Lacke.

Éste se volvió hacia la palpitante masa de pelos que era el cuerpo de su amiga para cogerla de nuevo, para

¿Qué? ¿Qué?

fuera. Para salir.

Pero Virginia se revolvió contra él y, en un segundo, el lomo tembloroso de un

gato se estampó contra su cara. Luego la mujer desapareció en el rellano, donde los maullidos de los gatos se propagaban como cuchicheos excitados y

Nonono

Lacke trató de llegar para impedirse, pero como alguien convencido de que va a caer en blando, o como si le diera igual caer sobre duro, Virginia se volcó extenuada hacia delante, se dejó caer escaleras abajo.

Los gatos aplastados maullaban mientras Virginia rodaba, rebotando contra los peldaños de hormigón. Crujidos húmedos al romperse las patas, golpes más fuertes, que hicieron estremecerse a Lacke, cuando la cabeza de Virginia...

Algo pasó por encima de su pie.

Un gatillo de color gris con algún problema en las patas traseras se deslizaba hacia arriba; desde lo más alto de la escalera maulló lleno de pena.

Virginia estaba tendida en el rellano de abajo. Los gatos que habían sobrevivido a la caída la abandonaron, subieron de vuelta los peldaños. Llegaron hasta la entrada y empezaron a limpiarse.

Sólo el gatito de color gris se quedó sentado, apenado por no haber podido participar.

La policía ofreció una rueda de prensa el domingo por la tarde.

Habían elegido una sala de conferencias dentro de la comisaría con sitio para cuarenta personas, pero se demostró que era demasiado pequeña. Aparecieron reporteros de la mayoría de los periódicos y de las cadenas de televisión europeas. El hecho de que el hombre no hubiera sido detenido durante todo el día había aumentado el interés por la noticia, y un periodista británico hizo quizá el mejor análisis de por qué todo esto despertaba tanto interés:

—Es la caza del Monstruo. Por su aspecto, por lo que ha hecho. Es el Monstruo del que tratan los cuentos. Y cada vez que lo apresamos, hacemos como si fuera para siempre.

Ya quince minutos antes de la hora prevista, el ambiente de la mal ventilada sala estaba recalentado y húmedo, y los únicos que no se quejaban eran los del equipo de la televisión italiana: decían que estaban acostumbrados a peores situaciones.

Pasaron a una sala más grande y a las ocho en punto entró el inspector jefe de Estocolmo, flanqueado por el comisario responsable de la investigación del caso —y que además había hablado con el asesino ritual en el hospital— y por el jefe de la patrulla que había dirigido la operación en el bosque de Judarn durante el día.

No temían ser destrozados por los periodistas, puesto que habían decidido echarles un trozo de carnaza.

La policía disponía de una fotografía del hombre.

La pista del reloj finalmente había dado resultados. Un relojero de Karlskoga se había molestado el sábado por la mañana en repasar las tarjetas con la garantía ya caducada y había encontrado el número que la policía había pedido a todos los relojeros que buscaran.

Llamó a la comisaría y les dio el nombre, la dirección y el número de teléfono del hombre que aparecía registrado como comprador. La policía de Estocolmo buscó ese nombre en su registro y pidió a la delegación de Karlskoga que fuera a aquella dirección a ver lo que podían hallar.

En la comisaría se produjo un cierto alboroto cuando se demostró que el hombre, de hecho, había sido condenado siete años atrás por un caso de violación a un niño de nueve. Declarado enfermo psíquico había pasado tres años en una institución. Después le habían dado el alta médica y lo habían soltado.

Pero la policía de Karlskoga había encontrado al hombre en casa, bien de salud.

Sí, él había tenido un reloj así. No, no se acordaba de dónde había ido a parar. Les llevó dos horas de interrogatorio en la comisaría de Karlskoga, recordándole que un alta médica psiquiátrica siempre podía ser objeto de nuevas revisiones, antes de que el hombre recordara a quién le había vendido el reloj.

Håkan Bengtsson, Karlstad. Se habían encontrado en algún sitio y habían hecho algo, no podía recordar qué. Él le había vendido el reloj, pero no tenía ninguna dirección y sólo podía dar una vaga descripción y... ¿se podía marchar ya a casa?

El nombre de Håkan Bengtsson no daba nada concluyente en el registro. Encontraron veinticuatro Håkan Bengtsson en la región de Karlstad. La mitad, por la edad, podían quedar descartados. Empezaron a llamar al resto. La búsqueda se simplificó sobremanera por el hecho de que si alguien podía *hablar*, quedaba descalificado como candidato.

Hacia las nueve de la noche habían tachado de la lista a todos menos a *uno*. Un Håkan Bengtsson que había trabajado como profesor de sueco en los cursos superiores de la enseñanza básica y que se había mudado de Karlstad cuando su casa ardió en circunstancias poco claras.

Llamaron al director de la escuela y pudieron saber que sí, que había habido rumores de que a Håkan Bengtsson le gustaban los niños de una forma inadecuada. Consiguieron también que el director fuera a la escuela un sábado por la tarde y sacara del archivo una antigua foto de Bengtsson, tomada para el anuario escolar de 1976.

Un policía de Karlstad que iba a ir a Estocolmo el domingo por otros asuntos envió una copia por fax y luego condujo hasta la ciudad con la foto original el sábado por la noche. Llegó a la comisaría de Estocolmo a la una de la madrugada del domingo, es decir, media hora larga después de que el hombre en cuestión cayera desde la ventana de su habitación en el hospital y fuera declarado muerto.

El domingo por la mañana lo dedicaron a verificar por medio de las historias clínicas de los dentistas y de los médicos que el hombre de la foto era el mismo que hasta la noche anterior había permanecido atado a su cama en el hospital, y sí: era él.

El domingo por la tarde mantuvieron una reunión en la comisaría. Habían contado con ir descubriendo poco a poco lo que el individuo había hecho desde que abandonó Karlstad, ver si sus actuaciones coincidían con otras en un contexto más amplio, si había dejado más víctimas a su paso.

Pero ahora la situación era distinta.

El hombre aún estaba vivo, en libertad, y en esos momentos parecía que lo más importante era averiguar dónde *había vivido*, puesto que existía la posibilidad de que intentara volver allí. Su desplazamiento hacia la Zona Oeste podía indicarlo.

Por tanto, decidieron que si el hombre no había sido detenido antes de la conferencia de prensa recurrirían al sabueso, poco fiable, pero ¡ay! con cuántas cabezas, que era la ciudadanía.

Cabía la posibilidad de que alguien lo hubiera visto cuando aún tenía el mismo aspecto que en la foto y supiera algo de él. Además, y *claro está* que esto era menos importante, necesitaban carnaza para lanzar a los medios de comunicación.

Así que ahora los tres agentes se encontraban sentados ante la larga mesa situada encima de la tarima y, efectivamente, se oyó un murmullo entre los periodistas reunidos cuando el jefe de policía, con un gesto premeditadamente sencillo que consideraba más eficaz desde el punto de vista de la puesta en escena, mantuvo en alto la foto ampliada de la escuela de Håkan Bengtsson y anunció:

—El hombre a quien buscamos se llama Håkan Bengtsson, y antes de que su cara estuviera deformada tenía... este aspecto.

El jefe de la policía hizo una pausa mientras las cámaras disparaban, y los flashes tuvieron tiempo para convertirse por unos minutos en un estroboscopio.

Claro está que había copias de la borrosa instantánea para repartirlas entre los reporteros, pero, sobre todo los periódicos extranjeros, elegirían con toda probabilidad la imagen, más impactante emocionalmente, del jefe de la policía con el asesino —por así decirlo— en su mano.

Cuando todos tuvieron sus fotos y los responsables de la investigación y de la operación de búsqueda terminaron de exponer sus razonamientos llegó el turno de las preguntas. El primero que hizo uso de la palabra fue un periodista de *Dagens Nyheter*.

—¿Cuándo calculan que podrán detenerlo?

El jefe de la policía tomó aire profundamente, decidió poner en juego su prestigio, se acercó al micrófono y dijo:

—Mañana, a más tardar.

—Buenas.

—Hola.

Oskar pasó al cuarto de estar delante de Eli para buscar un disco. Rebuscó en la escasa colección de su madre y lo encontró: Vikingarna. Todo el grupo estaba reunido en lo que parecía el esqueleto de una nave vikinga, fuera de ambiente con sus trajes relucientes.

Eli no pasó. Con el disco en la mano, Oskar volvió a la entrada. Ella estaba todavía fuera, en la puerta.

—Oskar, tienes que invitarme a pasar.

—Pero... por la ventana. Tú ya has...

—Ésta es una entrada nueva.

—Bueno. Puedes...

Oskar se detuvo, pasándose la lengua por los labios. Miró el disco. La fotografía de la carátula había sido tomada en la oscuridad, con flashes, y el conjunto de los Vikingarna resplandecía como si fueran un grupo de santos a punto de tomar tierra. Dio un paso hacia Eli y le enseñó la funda.

—Mira. Parece como si estuvieran en la tripa de una ballena o algo así.

—Oskar...

Eli estaba parada con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y mirando a Oskar. Éste se rio, fue hasta la puerta, pasó la mano por el aire entre el umbral y el marco, por delante de la cara de Eli.

—¿Cómo? ¿Hay algo aquí o no?

—No empieces.

—Pero en serio. ¿Qué pasa si *no* lo hago?

—NO EMPIECES —Eli sonrió de mala gana—. ¿Quieres verlo? ¿No? ¿Lo quieres?

Eli dijo aquello de una manera que evidentemente estaba pensada para hacer que Oskar dijera que no. Un augurio de algo terrible. Pero Oskar tragó y dijo:

—Sí. Sí que quiero. A ver.

—Tú escribiste en el papel que...

—Sí. Lo puse. Pero ahora vamos a ver. ¿Qué pasa?

Eli apretó los labios, se concentró un segundo y dio luego una zancada hacia delante, por encima del umbral. Oskar tenía todo el cuerpo en tensión, esperaba algún rayo azul, que la puerta se girara, pasara a través de Eli y se cerrara de nuevo, o algo parecido. Pero no ocurrió nada. Eli entró y cerró la puerta después. Oskar se encogió de hombros.

—¿Eso era todo?

—No exactamente.

Eli se quedó igual que estaba al otro lado de la puerta. Parada con los brazos a lo largo del cuerpo y con los ojos fijos en Oskar. Oskar meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? Ya está...

Oskar se interrumpió cuando asomó una lágrima en uno de los lagrimales de Eli; no, una en cada lagrimal. Aunque no parecía una lágrima, porque era de color oscuro. La piel de la cara de Eli empezó a enrojecer, se puso de color rosa, rojo claro, rojo oscuro y sus puños se cerraron al tiempo que los poros de la cara se abrían y pequeñas perlas de sangre empezaban a aparecer como lunares en todo el rostro. Lo mismo en el cuello.

Los labios de Eli se retorcieron de dolor y una gota de sangre asomó por una de las comisuras y se fundió con las perlas de la cara, que se hacían cada vez más grandes al llegar a la barbilla y se deslizaban hacia abajo para juntarse con las gotas del cuello.

Oskar se quedó sin fuerza en los brazos; los dejó caer y el disco se salió de su funda, rebotó de canto en el suelo una vez y luego se estampó plano sobre la alfombra de la entrada. Su mirada se deslizó hacia las manos de Eli.

Tenía el dorso de las manos cubierto por una fina película de sangre, y salía más.

Volvió a mirar a Eli a los ojos, no la encontró. Parecía como si los ojos se hubieran hundido en sus cuencas: estaban llenos de sangre que los inundaba, corría a lo largo de la nariz y, cruzando los labios, entraba en la boca, de donde manaba más sangre; dos hilillos le corrían desde las comisuras de la boca hasta el cuello, desapareciendo en la tirilla de su jersey, donde ahora empezaban a aparecer manchas más oscuras.

Sangraba por todos los poros de su cuerpo. Oskar lanzó un resuello, gritó:

—¡Puedes entrar, tú puedes... eres bienvenida, tú puedes... tú puedes estar aquí!

Eli se relajó. Sus puños cerrados se abrieron. La mueca de dolor desapareció. Oskar creyó por un momento que hasta la sangre se iba a evaporar, que todo sería como si aquello *no hubiera ocurrido*.

Pero no. Aunque dejó de salir, la cara y las manos de Eli estaban todavía de color rojo oscuro, y mientras ambos permanecían frente a frente sin decir nada, la sangre empezó a coagular despacio, formando líneas más oscuras y costras en los sitios donde había salido más, y Oskar sintió un ligero olor a hospital.

Cogió el disco del suelo, lo puso de nuevo en la funda y dijo, sin mirar a Eli:

—Perdón, yo... yo no creía...

—Está bien. Fui yo la que quiso. Pero creo que será mejor que me dé una ducha. ¿Tienes una bolsa de plástico?

—¿Una bolsa de plástico?

—Sí. Para la ropa.

Oskar asintió, fue a la cocina y rebuscó bajo el fregadero una bolsa de plástico en la que ponía: ICA-Come, bebe y sé feliz. Fue al cuarto de estar, puso el disco sobre la mesita del sofá y se detuvo con la bolsa haciendo ruido en la mano.

Si yo no hubiera dicho nada. Si la hubiera dejado... sangrar.

Hizo una pelota arrebujando la bolsa, abrió la mano y la bolsa saltó, se cayó al suelo. La recogió, la lanzó hacia arriba, la cogió. Se oyeron los mandos de la ducha

en el cuarto de baño.

Es todo cierto. Ella es... él es...

Fue hacia el cuarto de baño estirando la bolsa de plástico. Come, bebe y sé feliz. Se oía el ruido del agua detrás de la puerta cerrada. La cerradura estaba de color blanco. Llamó con cuidado.

—Eli...

—Sí. Entra.

—No. Yo sólo... la bolsa.

—No oigo lo que dices. Entra.

—No.

—Oskar, yo...

—Dejo la bolsa aquí.

Dejó la bolsa en la puerta y huyó al cuarto de estar. Sacó el disco de la funda, lo colocó en el plato, puso en marcha el tocadiscos y situó la aguja en el tercer surco, su preferida.

Un comienzo demasiado largo, y luego la voz suave del cantante empezó a retumbar en los altavoces.

La muchacha se pone flores en el pelo

cuando va caminando por el prado.

Va a cumplir diecinueve este año

y sonrío al caminar.

Eli entró en el cuarto de estar. Se había atado una toalla alrededor de la cintura, en la mano llevaba la bolsa de plástico con su ropa. Ahora tenía la cara limpia y el pelo le caía a mechones sobre las mejillas, las orejas. Oskar cruzó los brazos según estaba junto al tocadiscos, le hizo un gesto de aprobación.

Por qué te ríes, pregunta el chico

cuando se encuentran sin pensar junto a la verja.

Estoy pensando en el que será mío,

contesta la chica con los ojos muy azules,

al que yo amo tanto...

—¿Oskar?

—¿Sí? —Oskar bajó el volumen, hizo un gesto con la cabeza señalando al tocadiscos—. ¿Ridículo, no?

Eli negó con la cabeza.

—No, es muy buena. A mí me gusta esto.

—¿A ti?

—Sí. Pero escucha... —Parecía como si Eli pensara añadir algo más, pero sólo dijo—: Ah —y deshizo el nudo de la toalla que llevaba atada alrededor de la cintura.

La toalla cayó al suelo a sus pies y apareció desnuda a unos pasos de Oskar. Eli hizo un movimiento envolvente con la mano sobre su cuerpo menudo y dijo:

—Bueno, ya sabes.

... abajo, junto al lago, dibujan en la arena.

Callados, se dicen el uno al otro:

eres mi amigo, es a ti a quien quiero.

La-lala-lalala...

Un corto pasaje instrumental y después la canción había terminado. Un débil chisporroteo de los altavoces mientras la aguja giraba hasta el siguiente tema mientras Oskar miraba a Eli.

Los pequeños pezones parecían casi negros en contraste con su piel pálida. La parte superior del cuerpo era delgada, recta y sin curvas. Sólo la forma de las costillas se dibujaba claramente a la luz de la lámpara del techo. Sus brazos y sus piernas, tan delgados que no parecían naturales según salían del tronco; un árbol joven, recubierto con piel humana. Entre las piernas tenía... nada. Ninguna hendidura, ningún pene. Sólo una superficie de piel lisa.

Oskar le pasó la mano por el pelo, lo colocó ahuecado sobre la nuca. No quería pronunciar aquella palabra ridícula de su madre, pero se le escapó.

—Pero si no tienes... pito.

Eli inclinó la nuca, se miró la entrepierna como si aquél fuera un descubrimiento totalmente nuevo. La canción siguiente empezó y Oskar no oyó lo que Eli le contestaba. Apretó la palanca que accionaba el *pick-up* y la aguja se levantó del disco.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que lo he tenido.

—¿Qué ha pasado entonces con él?

Eli se echó a reír y Oskar, que se dio cuenta de cómo sonaba la pregunta, se sonrojó un poco. Eli extendió los brazos y puso el labio inferior sobre el superior.

—Me lo dejé en el metro.

—¡Bah! Qué tonta eres.

Sin mirar a Eli, Oskar pasó a su lado, hacia el cuarto de baño, para comprobar que no había quedado ninguna huella.

El vapor caliente planeaba todavía en el aire, el espejo estaba empañado. La bañera, tan blanca como antes, sólo una débil línea amarillenta de vieja suciedad que no salía nunca destacaba cerca del borde. El lavabo, limpio.

No ha ocurrido.

Eli ha entrado en el baño para guardar las apariencias, cediendo a la ilusión. Pero no: el jabón. Lo levantó: tenía líneas de color rosa y en el pequeño hueco del lavabo debajo de él, en el agua, había una masa de algo que parecía como un renacuajo, sí:

vivo, y él se estremeció cuando empezó

a nadar

a moverse, a mover la cola y a arrastrarse hacia el hueco, cayó en el lavabo, se quedó trabado en el borde. Pero allí se quedó quieto, sin moverse. Oskar abrió el grifo y echó agua para que saliera por el desagüe, enjuagó el jabón y limpió el hueco. Después cogió su bata del colgador, volvió al cuarto de estar y se la dio a Eli, que todavía estaba desnuda en mitad del suelo, mirando a su alrededor.

—Gracias. ¿Cuándo vuelve tu madre?

—En un par de horas —Oskar alzó en su mano la bolsa con la ropa de ella—. ¿Lo tiro?

Eli se puso la bata, se anudó el cinturón.

—No. Luego me lo llevo —y dándole un toque a Oskar en el hombro—: ¿Tú? Sabes que no soy una chica, que no...

Oskar dio un paso hacia atrás.

—¡Por Dios, qué pesada! Ya lo sé de sobra. Ya me lo has *dicho*.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo has dicho.

—A ver, ¿cuándo?

Oskar se quedó pensando.

—No me acuerdo, pero lo *sabía* de todas las formas. Lo he sabido desde hace mucho tiempo.

—¿Estás... triste?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque... no sé. Porque te parezca que es... un rollo. Tus amigos...

—¡Déjalo! Déjalo. Tú estás mal de la cabeza. Déjalo.

—Vale.

Eli se puso a jugar con el cinturón de la bata, luego fue hacia el tocadiscos y se quedó observando cómo giraba el disco. Se volvió y se puso a mirar a su alrededor.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo que no estaba... así en casa de alguien. No sé muy bien... lo que hay que hacer.

—Yo tampoco.

Eli dejó caer los hombros, se metió las manos en los bolsillos de la bata, mirando hipnotizada el agujero oscuro del LP. Abrió la boca para decir algo y la cerró de nuevo. Sacó la mano derecha del bolsillo, la acercó hasta el disco y lo apretó con el dedo índice de manera que éste se detuvo.

—Cuidado. Se puede... rayar.

—Perdón.

Eli quitó rápidamente el dedo y el disco cogió velocidad, siguió dando vueltas. Oskar vio que el dedo había dejado una mancha de humedad que se vería cada vez que el disco diera vueltas bajo la luz de la lámpara del techo. Eli volvió a meter la mano en el bolsillo de la bata, miró el disco como si intentara escuchar la música

estudiando los surcos.

—Esto, claro, suena a... pero... —a Eli le temblaban las comisuras de los labios —, yo no he tenido ningún... amigo normal desde hace doscientos años.

Miró a Oskar con una sonrisa en la que se leía: perdona-que-diga-cosas-tan-tontas. Oskar abrió los ojos.

—¿Eres tan viejo?

—Sí. No. Nací hace aproximadamente doscientos años, pero la mitad del tiempo he estado dormido.

—Eso me pasa a mí también. O por lo menos... ocho horas... que sale... una tercera parte.

—Sí. Aunque... cuando yo digo *dormir* me refiero a que pasan varios meses en los que no... me levanto en absoluto. Y luego otros meses en los que... vivo. Aunque entonces descanso durante el día.

—¿Es así como funciona eso?

—No sé. Eso es en todo caso lo que me pasa a mí. Y después cuando me despierto soy... pequeño de nuevo. Y débil. Es entonces cuando necesito ayuda. Quizá sea por eso por lo que he sobrevivido. Porque soy pequeño. Y la gente quiere ayudarme. Aunque... por motivos bien distintos.

Una sombra se posó sobre la mejilla de Eli cuando apretó las mandíbulas; hundiendo las manos en los bolsillos de la bata encontró algo, lo sacó: una tira estrecha de papel brillante. Algo que su madre se había dejado; solía usar la bata de Oskar a veces. Eli volvió a dejar con cuidado en el bolsillo la tira de papel como si fuera algo valioso.

—¿Duermes en un *ataúd* entonces?

Eli se echó a reír, negando con la cabeza.

—No. No. Yo...

Oskar no pudo quedarse con ello dentro más tiempo. No era esa su intención, pero le salió como una acusación cuando dijo:

—¡Pero tú matas a la gente!

Eli le miró a los ojos con una expresión que parecía de asombro, como si Oskar le hubiera señalado con ímpetu que tenía cinco dedos en cada mano o algo igual de evidente.

—Sí, mato a gente. Es una lástima.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Un destello de furia en los ojos de Eli.

—Si se te ocurre alguna idea mejor la escucharé encantado.

—Sí, bueno... sangre... tiene que haber... alguna manera... de que tú...

—No la hay.

—¿Por qué no?

Eli resopló, sus ojos se estrecharon.

—Porque yo soy como tú.

—¿Cómo que como yo? Yo...

Eli hizo un movimiento envolvente en el aire como si llevara un cuchillo en la mano y dijo:

—«¿Qué estás mirando, idiota? ¿Quieres morir o qué?». —Golpeó con la mano vacía—. «Eso es lo que pasa si alguien se queda mirándome».

Oskar se frotó los labios uno contra otro, se los humedeció.

—¿Qué dices?

—No soy yo el que lo digo. Lo dijiste tú. Fue lo primero que te oí decir. Abajo, en el parque.

Oskar lo recordaba. El árbol. El cuchillo. Cómo luego, inclinando la hoja del cuchillo como si fuera un espejo, vio a Eli por primera vez.

¿Te reflejas en los espejos? La primera vez que te vi estabas reflejada en un espejo.

—Yo... no mato a la gente.

—No. Pero te gustaría. Si pudieras. Y lo harías *realmente* si lo tuvieras que hacer.

—Porque los odio. Hay una gran...

—Diferencia. ¿Es eso?

—¿Sí...?

—Si con eso te libraras. Si sólo fuera que *ocurrió*. Si pudieras *desear* que estuvieran muertos y ellos murieran. ¿No lo harías entonces?

—... Sí.

—Sí. Y eso sólo sería para divertirte. Por venganza. Yo lo hago porque tengo que hacerlo. No hay ninguna otra forma.

—Pero es porque ellos... ellos me maltratan, porque me provocan, porque yo...

—Porque tú quieres *vivir*. Exactamente igual que yo.

Eli extendió los brazos, los puso sobre las mejillas de Oskar y acercó su cara a la de él.

—Sé un poco como yo.

Y le besó.

Los dedos del hombre estaban cerrados alrededor de los dados y Oskar vio que llevaba las uñas pintadas de negro.

El silencio se extiende por la sala como una bruma asfixiante. La estrecha mano se vuelca... lentamente... y los dados caen de ella, encima de la mesa... Chocan entre ellos, dan vueltas, se paran.

Un dos. Y un cuatro.

Oskar se siente aliviado, no sabe por qué, cuando el hombre camina a lo largo de la mesa, se coloca ante la fila de chicos como un general ante su ejército. La voz del hombre es inexpresiva, ni oscura ni clara, cuando estira un alargado dedo índice y empieza a contar a lo largo de la fila.

—Uno... dos... tres... cuatro...

Oskar mira hacia la izquierda, hacia el sitio en donde el hombre empieza a contar. Los chicos están relajados, liberados. Un sollozo. El muchacho que está al lado de Oskar se encorva, le tiembla el labio inferior. Ah. Es el... número seis. Oskar comprende ahora su alivio.

—Cinco... seis... y... siete.

El dedo señala directamente a Oskar. El hombre le mira a los ojos. Y sonrío.

—¡No!

Pero si era... Oskar retira su mirada de la del hombre, mira los dados.

Ahora muestran un tres y un cuatro. El chico que está al lado de Oskar mira a su alrededor, medio dormido como si acabara de despertar de una pesadilla. Durante un segundo sus miradas se cruzan. Vacías. Sin comprender.

Luego un grito de la pared del fondo.

... mamá...

La mujer del chal marrón corre hacia él, pero dos hombres le salen al paso, la cogen por los brazos y... la tiran contra la pared de piedra. Los brazos de Oskar se estremecen como si quisieran cogerla cuando ella cae y sus labios forman la palabra:

—¡mamá!

Entonces unas manos duras como puños lo cogen por los hombros y lo sacan de la fila, hacia una puerta. El hombre de la peluca aún sigue con el dedo levantado, siguiéndolo con él mientras Oskar es empujado fuera de la sala y conducido a una habitación oscura que huele

... a alcohol...

... después se le nubla la vista, imágenes borrosas; luz, oscuridad, piedra, piel desnuda...

Hasta que la imagen se estabiliza y Oskar siente una presión fuerte en el pecho. No puede mover los brazos. Nota como si le fuera a estallar la oreja derecha, está apretada contra una... tabla de madera.

Tiene algo en la boca. Un trozo de cuerda. Chupa la cuerda, abre los ojos.

Está boca abajo encima de una mesa. Con los brazos atados a las patas de la mesa. Está desnudo. Ante sus ojos dos figuras: el hombre de la peluca y otro más. Un hombre gordo y pequeño que parece... divertido. No. Parece como alguien que cree que es divertido. Cuenta siempre historias de las que nadie se ríe. El hombre divertido lleva un cuchillo en una mano y un cuenco en la otra.

Algo no encaja.

La presión contra el pecho, contra la oreja. Contra las rodillas. Debería sentir también presión contra el pito. Pero es como si hubiera... un agujero en la mesa justamente allí. Oskar intenta darse la vuelta para comprobarlo, pero el cuerpo está muy bien atado.

El hombre de la peluca le dice algo al hombre divertido y el hombre divertido se

ríe y asiente. Después, los dos se agachan. El hombre de la peluca le clava la mirada a Oskar. Sus ojos son de color azul claro, como el cielo en un día luminoso de otoño. Parece amablemente interesado. El hombre mira en los ojos de Oskar como si buscara algo bueno allí dentro, algo que él ama.

El hombre divertido se arrastra debajo de la mesa con el cuchillo y el cuenco en las manos. Y Oskar comprende.

Sabe también que sólo con que fuera capaz... de sacarse ese trozo de cuerda de la boca no tendría que estar allí. Entonces desaparecería.

Oskar intentó echar la cabeza hacia atrás, dejar el beso. Pero Eli, que esperaba aquella reacción, colocó una de sus manos alrededor de la cabeza del niño, apretando sus labios contra los de él, obligándole a permanecer en la memoria de Eli; continuó.

El trozo de cuerda se aprieta en su boca, se oye un sonido húmedo cuando Oskar se tira un pedo de miedo. El hombre de la peluca arruga la nariz y lo prueba con la boca, maldiciendo. Sus ojos no cambian. Todavía la misma expresión que la de un niño a punto de abrir una caja que sabe que contiene un cachorro de perro.

Unos dedos fríos agarran el pito de Oskar, tiran de él. Abre la boca para gritar: «¡Nooo!», pero la cuerda le deja incapacitado para pronunciar la palabra y todo lo que sale es: «¡Ohhh!».

El hombre que está debajo de la mesa pregunta algo y el de la peluca asiente, sin apartar la mirada de Oskar. Luego el dolor. Una barra al rojo vivo introducida por la entrepierna sube por el estómago, el pecho ardiendo como un tubo de fuego que atraviesa todo su cuerpo y grita, grita mientras los ojos se le llenan de lágrimas y su cuerpo arde.

El corazón late contra la mesa como un puño contra una puerta y él aprieta los ojos con fuerza, muerde la cuerda mientras a lo lejos oye el discurrir del agua, el chapoteo, ve... a su madre de rodillas al lado del riachuelo aclarando la ropa. Mamá. Mamá. Ella pierde algo, una prenda, y Oskar se levanta, ha estado tumbado boca abajo y tiene el cuerpo ardiendo, se levanta y corre hacia el río, hacia la prenda que desaparece rápidamente; se tira al agua para refrescar el cuerpo, para salvar la prenda y la coge. La camisa de su hermana. La levanta hacia la luz, hacia su madre cuya silueta se dibuja en la orilla y caen gotas de la prenda, brillan al sol, salpican en el riachuelo, en sus ojos y él deja de ver claro porque le cae agua en los ojos, en las mejillas y cuando... abre los ojos y ve borrosamente el pelo rubio, los ojos azules como lagunas lejanas en el bosque. Ve el cuenco que el hombre lleva en las manos, cómo se lleva el cuenco a la boca y cómo bebe. Cómo el hombre cierra los ojos, por fin cierra los ojos y bebe...

Más tiempo... Tiempo interminable. Cerrado. El hombre muerde. Y bebe. Muerde. Y bebe.

Después la estaca candente alcanza su cabeza y todo se vuelve de color rojo claro cuando él, de un tirón, echa la cabeza hacia atrás y cae...

Eli cogió a Oskar cuando éste cayó hacia atrás. Lo sujetó en sus brazos. Oskar se agarró a lo que pudo, al cuerpo que tenía ante sí, y lo abrazó con fuerza, mirando sin ver la habitación a su alrededor.

Así, tranquilo.

Después de un rato empezó a aparecer el dibujo ante los ojos de Oskar. Un papel pintado. Beige con rosas blancas, casi invisibles. Lo reconoció. Era el papel pintado que había en su cuarto de estar. Estaba en el cuarto de estar, en el piso de su madre y suyo.

El que estaba en sus brazos era... Eli.

Un chico. Mi amigo. Sí.

Oskar se sentía mal, mareado. Se liberó del abrazo y se sentó en el sofá, miró a su alrededor para asegurarse de que había vuelto, de que no estaba... allí. Tragó, sintió que podía evocar cada detalle del sitio que acababa de visitar. Era como una memoria real. Algo que le había pasado a él, recientemente. El hombre divertido, el cuenco, el dolor...

Eli estaba de rodillas en el suelo delante de él, con las manos apretadas contra la tripa.

—Perdón.

Como si...

—¿Qué pasó con mamá?

Eli lo miró inseguro, preguntó:

—¿Te refieres a... *mi* mamá?

—No... —Oskar se calló, vio ante sí la imagen de *mamá* a la orilla del riachuelo aclarando la ropa. Aunque no era su madre. No se parecía nada. Se frotó los ojos, dijo:

—Sí. Eso es. *Tu* mamá.

—No sé.

—No serían ellos los que...

—¡No sé!

Eli apretó tanto los puños contra la tripa que los nudillos se le pusieron blancos y encogió los hombros. Luego se relajó, dijo con más suavidad:

—No lo sé. Perdóname. Perdón por esto... por todo. Quería que tú... no sé. Perdóname. Ha sido una... tontería.

Eli era el retrato de su madre. Más delgado, con menos formas, más joven, pero... un retrato. Dentro de veinte años, Eli probablemente tuviera el mismo aspecto que la mujer del riachuelo.

Dando por descontado que no va a ser así. Tendría exactamente el mismo aspecto que ahora.

Oskar suspiró agotado, se echó hacia atrás en el sofá. Demasiado. Un ligero dolor

de cabeza se abría paso sobre sus sienes, lo agarró, golpeó. Demasiado. Eli se levantó.

—Me voy a ir.

Oskar, apoyando la mano en la cabeza, asintió. No tenía fuerzas para protestar, ni para pensar lo que debía hacer. Eli se quitó la bata y Oskar vislumbró una vez más su entrepierna. Entonces vio que en la piel pálida se dibujaba una tenue mancha de color rosa, una cicatriz.

¿Cómo hace cuando... mea? Él a lo mejor no...

No tuvo fuerzas para preguntar. Eli se puso en cuclillas junto a la bolsa de plástico, deshizo el nudo y empezó a sacar su ropa. Oskar dijo:

—Te puedes... poner algo mío.

—No, esto está bien.

Eli sacó la camisa de cuadros. Con manchas oscuras sobre el azul claro. Oskar se levantó. El dolor de cabeza se arremolinó contra las sienes.

—No digas tonterías. Puedes...

—Esto vale.

Eli empezó a ponerse la camisa manchada de sangre y Oskar dijo:

—Eres asqueroso, ¿es que no lo entiendes? Eres *asqueroso*.

Eli se dio la vuelta con la camisa en las manos.

—¿Es eso lo que piensas?

—Sí.

Eli volvió a guardar la camisa en la bolsa.

—¿Qué me pongo entonces?

—Coge algo del armario, lo que quieras.

Eli asintió, entró en la habitación de Oskar donde estaban los armarios; mientras, éste se deslizó de lado en el sofá y apretó las manos contra las sienes como tratando de evitar que le estallaran.

Mamá, la mamá de Eli, mi mamá, Eli, yo. Doscientos años. El papá de Eli. ¿El papá de Eli? Ese viejo que... el viejo.

Eli volvió a entrar en el cuarto de estar. Oskar estaba a punto de decir lo que había pensado decir, pero se contuvo cuando vio que Eli llevaba puesto un vestido. Un vestido de verano de color amarillo pálido con lunares blancos. Uno de los vestidos de su madre. Eli pasó la mano por el vestido.

—¿Está bien? He cogido el que parecía más viejo.

—Pero si es...

—Lo voy a devolver, luego.

—Sí. Sí, sí.

Eli se le acercó, se acurrucó delante de él, le cogió la mano.

—¿Oye? Siento que... no sé lo que voy...

Oskar agitó la otra mano para hacerle callar, dijo:

—Tú sabes que ese viejo... que se ha escapado, ¿verdad?

—¿Qué viejo?

—El viejo que... el que dijiste que era tu papá. El que vivía contigo.

—¿Qué pasa con él?

Oskar cerró los ojos. Unos rayos azules resplandecieron dentro de sus párpados. La cadena de acontecimientos reconstruida a partir de los periódicos pasó chirriando ante él y se puso furioso, apartó su mano de las de Eli y cerró el puño, y se golpeó con él su dolorida cabeza mientras decía con los ojos aún cerrados:

—Déjalo, déjalo ya. Lo sé todo, ¿vale? Deja de fingir. Deja de mentir, estoy harto de eso.

Eli no dijo nada. Oskar apretó los ojos, tomando aire.

—El viejo ha huido. Lo han estado buscando todo el día y no lo han encontrado. Así que ya lo sabes.

Una pausa. Luego la voz de Eli por encima de la cabeza de Oskar.

—¿Dónde?

—Aquí. En Judarn. En el bosque. En Åkeshov.

Oskar abrió los ojos. Eli se había levantado, estaba con la mano sobre la boca y unos ojos grandes y asustados por encima de la mano. El vestido era demasiado grande, colgaba como un saco sobre sus hombros estrechos y parecía un niño que se hubiera puesto sin permiso la ropa de su madre y ahora estuviera esperando algún duro castigo.

—Oskar —dijo Eli—. No salgas fuera. Mientras sea de noche. Prométemelo.

El vestido. Las palabras. Oskar sonrió, no pudo evitar decirlo.

—Suenas como mi mamá.

La ardilla está ocupada abajo, en el tronco del roble, se para, escucha. Una sirena, a lo lejos.

Por la calle Bergslagsvägen pasa una ambulancia con la luz azul encendida y la sirena puesta.

Dentro de la ambulancia hay tres personas. Lacke Sörensson va sentado en un asiento abatible y sostiene una mano exangüe, llena de rasguños, que pertenece a Virginia Lindblad. El enfermero ajusta el tubo que introduce suero en el cuerpo de Virginia para darle a su corazón algo que bombear, después de haber perdido tanta sangre.

La ardilla juzga el ruido poco peligroso, irrelevante. Continúa bajo el tronco. Todo el día ha habido gente en el bosque, perros. Ni un momento de tranquilidad, y hasta ahora, cuando se ha hecho de noche, no se ha atrevido a bajar del roble en el que se ha visto obligada a permanecer todo el día.

Ahora los ladridos de los perros y las voces se han callado, han desaparecido.

También el pájaro alborotador que ha estado revoloteando por las copas de los árboles parece que ha volado a su nido.

La ardilla llega hasta el pie del árbol, corre a lo largo de una gruesa raíz. No le gusta moverse por el suelo cuando es de noche, pero el hambre manda. Avanza con cautela, se para y escucha, mira cada diez metros. Da un rodeo para evitar una tejonera donde hasta el verano pasado vivía una familia de tejones. Hace mucho que no los ve, pero todas las precauciones son pocas.

Finalmente alcanza su objetivo: el más cercano de los muchos almacenes de invierno que ha preparado durante el otoño. La temperatura, ya por la tarde, ha descendido bajo cero, y en la nieve que se ha fundido durante el día ha comenzado a formarse una costra delgada y dura. La ardilla raspa la costra con sus patas, la atraviesa y se mueve hacia abajo. Se para, escucha y sigue cavando. A través de la nieve, las hojas, la tierra.

Justo cuando ha cogido una nuez entre las patas oye un ruido.

Peligro.

Coge la nuez entre los dientes y se sube corriendo a un pino sin tiempo para tapar el almacén. Ya fuera de peligro, arriba, en una rama, vuelve a coger la nuez entre las patas, intenta localizar de dónde viene el ruido. El hambre es mucha y la comida sólo a unos centímetros de su boca, pero primero hay que localizar el peligro, esquivarlo antes de que haya tiempo para comer.

La cabeza de la ardilla se mueve de un lado a otro, el hocico le tiembla cuando mira furtivamente el paisaje cubierto de sombras a la luz de la luna que tiene bajo sus pies y localiza el origen del ruido.

Sí. El rodeo ha merecido la pena. Esos crujidos y sonidos húmedos proceden de la tejonera.

Los tejones no pueden trepar a los árboles. La ardilla baja un poco la guardia, da un bocado a la nuez mientras sigue estudiando el terreno, ahora más como espectadora en una representación teatral, tercer palco. Quiere ver lo que pasa, cuántos tejones hay.

Pero lo que sale de la madriguera no es un tejón. La ardilla se retira la nuez de la boca, observa. Intenta comprender. Interpretar lo que ve según lo conocido. No lo consigue.

Por eso se lleva la nuez a la boca de nuevo y echa a correr árbol arriba, hasta la copa.

Quizá uno de éstos pueda trepar por los árboles.

Todo cuidado es poco.

Domingo 8 de Noviembre (Tarde/Noche)

Las ocho y media, domingo por la tarde. Al mismo tiempo que la ambulancia con Virginia y Lacke conduce sobre el puente de Traneberg, al mismo tiempo que el jefe de la policía de Estocolmo muestra una fotografía a los periodistas ávidos de material gráfico, al mismo tiempo que Eli elige vestido en el armario de la madre de Oskar, al mismo tiempo que Tommy echa pegamento en una bolsa de plástico y aspira por la nariz el dulce embotamiento y el olvido, al mismo tiempo que una ardilla es el primer ser viviente que ve a Håkan Bengtsson en las últimas catorce horas, Staffan, uno de los que ha participado en la búsqueda, está a punto de servir el té.

No ha notado que la tetera está un poco desportillada justo en el orificio de salida, y buena parte del té se escurre por la manga, por la tetera, y cae en la encimera. Murmura algo y vuelca el recipiente tan deprisa que el líquido rebosa y la tapa de la tetera cae en la taza. El té hirviendo le salpica las manos y suelta de golpe la tetera, pone los brazos rígidos a lo largo del cuerpo mientras mentalmente recita el alfabeto hebreo para contener el impulso de lanzar el recipiente contra la pared. *Aleph, Beth, Gimel, Daleth...*

Yvonne entró en la cocina y vio a Staffan doblado sobre el fregadero con los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado?

Staffan meneó la cabeza.

—Nada.

Lamed, Mem, Nun, Samesh...

—¿Estás triste?

—No.

Koff, Resh, Shin, Taff. Así. Mejor.

Abrió los ojos, hizo un gesto señalando a la tetera.

—Para mí que ésta es una mala tetera.

—¿Es mala?

—Sí, se... se sale fuera cuando uno vierte el líquido

—No lo he notado nunca.

—Pues se sale de todas formas.

—Pero si está bien.

Staffan apretó los labios, extendió la mano que se había quemado hacia Yvonne e hizo un gesto hacia ella: *Calma. Shalom. Cállate.*

—Yvonne. Siento en este momento... unas ganas enormes de darte un tortazo. Así que, por favor: no hables más.

Yvonne dio medio paso atrás. Algo dentro de ella estaba preparado para esto. Era una intuición de la que no había querido ser consciente, pero sí que había sospechado que Staffan, detrás de su mansa fachada, ocultaba alguna que otra forma de... rabia.

Se cruzó de brazos, tomó aire unas cuantas veces mientras Staffan estaba quieto, con la mirada fija en la taza de té con la tapa dentro. Luego dijo:

—¿Sueles hacerlo?

—¿Qué?

—Pegar. Cuando algo te sale mal.

—¿Te he pegado?

—No, pero dijiste...

—Yo dije. Y tú escuchaste. Y ahora está bien.

—¿Y si no te hubiera escuchado?

Staffan parecía totalmente calmado e Yvonne se relajó, bajó los brazos. Él le cogió las manos entre las suyas, le besó suavemente el dorso de las dos.

—Yvonne. Uno *tiene que* escuchar al otro.

Sirvieron el té y lo tomaron en el cuarto de estar. Staffan anotó en su memoria que tenía que comprar una tetera nueva de regalo para Yvonne. Ésta le preguntó acerca de la búsqueda en el bosque de Judarn y Staffan se lo contó. Ella hizo lo que pudo para mantener viva la conversación alrededor de otros temas, pero al final llegó de todos modos la pregunta inevitable.

—¿Dónde está Tommy?

—Yo... no sé.

—¿No lo sabes? Yvonne...

—Bueno. En casa de un amigo.

—Hmm. ¿Cuándo vuelve?

—No, creo que... iba a pasar la noche. Allí.

—¿Allí?

—Sí. En casa de...

Yvonne repasó en su cabeza los nombres de los amigos de Tommy que ella conocía. No quería decirle a Staffan que Tommy pasaba la noche fuera de casa sin que ella supiera dónde. Staffan se tomaba muy en serio eso de la responsabilidad de los padres.

—... en casa de Robban.

—Robban. ¿Es su mejor amigo?

—Sí, debe de serlo.

—¿Cómo se apellida ese Robban?

—... Ahlgren, ¿por qué? Tienes algo que...

—No, sólo estaba pensando.

Staffan cogió su cucharilla, dio un golpecito con ella en la taza de té. Un suave tintineo. Asintió.

—Bien. No, escucha... creo que debemos llamar a casa de ese Robban y pedirle a

Tommy que venga un momento. Para que yo pueda hablar un poco con él.

—No tengo el número.

—No, pero... Ahlgren. ¿Sabrás dónde vive? No hay más que mirar en la guía telefónica.

Staffan se levantó del sofá e Yvonne se mordió el labio inferior, se dio cuenta de que estaba construyendo un laberinto del que iba a ser cada vez más difícil salir. Él cogió la guía y se colocó en mitad del cuarto de estar, hojeándola mientras decía en voz baja:

—Ahlgren, Ahlgren... Hmm. ¿En qué calle vive?

—Yo... en Björnsonsgatan.

—Björnsons... no. No hay ningún Ahlgren allí. Pero hay uno aquí, en la calle Ibsengatan. ¿Puede ser él?

Como Yvonne no contestaba, Staffan puso el dedo en la guía y dijo:

—Creo que voy a probar con él de todas formas. Era Robert, ¿no?

—Staffan...

—¿Sí?

—Le prometí que no iba a decirlo.

—Ahora no entiendo nada.

—Tommy. Le dije que no iba a decir... dónde está.

—Así que no *está* en casa de Robban.

—No.

—¿Dónde está entonces?

—Yo... yo se lo prometí.

Staffan dejó la guía sobre la mesa y se sentó al lado de Yvonne en el sofá. Ella dio un sorbito de té, manteniendo la taza delante de la cara como para esconderse mientras Staffan la estaba aguardando. Cuando dejó la taza en el plato notó que las manos le temblaban. Staffan colocó su mano en las rodillas de ella.

—Yvonne. Tienes que comprender que...

—Se lo prometí.

—Yo sólo quiero *hablar* con él. Perdóname, Yvonne, pero creo que es precisamente este tipo de incapacidad para afrontar los problemas cuando éstos se presentan lo que hace que... bueno, que ocurran. Mi experiencia en lo que se refiere a personas jóvenes es que cuanto antes se reacciona ante sus actos, mayor es la posibilidad de... por ejemplo un heroinómano. Si alguien hubiera *reaccionado* cuando sólo le daba, digamos, al hachís...

—Tommy no anda metido en eso.

—¿Estás *completamente* segura de ello?

Se hizo un silencio. Yvonne sabía que por cada segundo que pasara su «sí» como respuesta a la pregunta de Staffan perdía valor. Tictac. Ya había contestado «no», sin pronunciar la palabra. Tommy *estaba* raro a veces. Al volver a casa. Algo en los ojos. Piensa si él...

Staffan se echó hacia atrás en el sofá, sabía que había ganado la batalla. Ya sólo esperaba la rendición.

Yvonne buscaba algo en la mesa con la mirada.

—¿Qué buscas?

—Mi tabaco, ¿lo has...?

—En la cocina. Yvonne...

—Sí. Sí. No puedes ir a buscarle *ahora*.

—No. Eso lo tienes que decidir tú. Si te parece...

—Mañana por la mañana, entonces. Antes de que se vaya a la escuela. Prométemelo. Que no vas a ir allí *ahora*.

—Lo prometo. Bueno. ¿Y cuál es ese sitio tan misterioso en el que se encuentra ahora?

Yvonne se lo contó.

Después fue a la cocina y se fumó un cigarro, echando el humo a través de la ventana entreabierta. Se fumó otro más, menos preocupada de adónde iba a parar el humo. Cuando Staffan entró en la cocina, sacudió el humo con la mano intencionadamente y preguntó dónde estaban las llaves del sótano, ella le dijo que lo había olvidado, pero que probablemente lo recordaría mañana por la mañana.

Sí, él era bueno.

Cuando Eli se hubo marchado, Oskar volvió a sentarse a la mesa de la cocina y estuvo mirando los artículos que tenía delante. El dolor de cabeza había empezado a aflojar a medida que se concentraba en organizar sus impresiones.

Eli le había explicado que el viejo estaba... contagiado. Más que eso. El contagio era lo único vivo dentro de él. El cerebro estaba muerto, y el contagio le dirigía hacia Eli.

Eli le había dicho, *rogado* que no hiciera nada. Eli se iría de allí al día siguiente tan pronto como se hiciera de noche, y Oskar lógicamente le había preguntado por qué no se iba ya, esa misma noche.

Porque... no puede ser.

¿Por qué? Yo puedo ayudarte.

Oskar, no puede ser. Estoy demasiado débil.

¿Cómo es posible? Si has...

Lo estoy, nada más.

Y Oskar comprendió que él era el causante de la falta de energía de Eli. Toda la sangre que había perdido en la entrada. Si el viejo encontraba a Eli, sería culpa de Oskar.

¡La ropa!

Oskar se levantó tan deprisa que la silla cayó hacia atrás y golpeó contra el pavimento.

La bolsa con la ropa ensangrentada de Eli estaba todavía en el suelo delante del sofá, la camisa colgaba fuera. La empujó para dentro y el brazo se le puso como si hubiera apretado una esponja húmeda cuando cerró la bolsa y... Se detuvo, se miró la mano con la que había aplastado la camisa.

La herida que se había hecho tenía una costra un poco abierta que mostraba lo que había debajo.

... la sangre... no quería mezclarla... ¿me habré... contagiado ya?

Automáticamente se dirigió hacia la puerta con la bolsa en la mano, prestó atención por si se oía algo en el portal. Nada, y corrió escaleras arriba hasta el hueco por el que se tiraba la basura, abrió la portezuela. Introdujo la bolsa y la sostuvo en esa posición, moviéndola sobre la oscuridad del pozo.

Sopló una ráfaga de aire frío a través del agujero, enfriándole la mano que permanecía allí agarrada al nudo de plástico de la bolsa. El blanco de ésta resaltaba contra el negro de las paredes algo rugosas del túnel. Si la soltara, la bolsa no caería hacia arriba. Caería hacia abajo. La fuerza de la gravedad tiraría de ella hacia abajo. Hacia el saco.

Dentro de unos días llegaría el camión de la basura a buscar el saco. Venían por la mañana temprano. La luz anaranjada, parpadeante, se reflejaría en el techo de Oskar a la misma hora en que él solía despertarse y se quedaría en la cama oyendo el estruendo, el aplastamiento succionador cuando la basura era triturada. Puede que se levantara y mirara a los hombres con monos que con movimientos expertos echaban los sacos, apretaban el botón. Las fauces del camión de la basura que se cerraban y los hombres que saltaban dentro y conducían el pequeño trayecto hasta el siguiente portal.

Y aquello le daba siempre una sensación de... calor. De hallarse seguro en su habitación. De que las cosas funcionaban. Y quizá también un sentimiento de añoranza. De aquellos hombres, del camión. De poder estar sentado dentro de esa cabina débilmente iluminada, arrancar...

Soltar. Tengo que soltar.

Tenía la mano compulsivamente agarrada a la bolsa. Le dolía el brazo de tenerlo estirado tanto tiempo. La corriente le estaba empezando a enfriar el dorso de la mano. Soltó.

El roce de la bolsa al chocar contra las paredes, medio segundo de silencio cuando caía libremente y luego un golpe sordo cuando aterrizó en el saco.

Yo te ayudo.

Se volvió a mirar la mano. La mano que ayuda. La mano...

Mato a alguien. Entro y cojo el cuchillo y salgo y mato a alguien. A Jonny. Le corto el cuello, recojo la sangre y se la llevo a Eli a su casa porque qué importa si ya estoy contagiado y pronto voy a...

Las rodillas se le querían doblar y tuvo que apoyarse en el borde del hueco de las basuras para no caer al suelo. Había *pensado* aquello. *En serio*. No era como el juego

con el árbol. Había pensado... por un momento... que iba a *hacerlo* realmente.

Calor. Tenía mucho calor, como de fiebre. Le dolía todo el cuerpo y quería acostarse. Ya.

Estoy contagiado. Me voy a convertir en un... vampiro.

Obligó a las piernas a bajar las escaleras mientras con una mano
la que no estaba contagiada

buscó apoyo en el pasamanos. Consiguió entrar en el piso, en su habitación, se echó en la cama y se quedó mirando fijamente el papel pintado. El bosque. Enseguida apareció una de sus figuras, mirándole a los ojos. El diminuto troll. Pasó el dedo sobre él mientras aparecía un pequeño pensamiento increíblemente tonto.

Mañana iré a la escuela.

Y tenía una copia que no había hecho. África. Debería levantarse y sentarse delante del escritorio, encender la lámpara y empezar a buscar en el atlas. Buscar palabras sin sentido y copiarlas en las líneas de puntos.

Eso era lo que debería hacer. Acarició lentamente el gorro del troll. Luego dio unos golpecitos.

E.L.I.

No hubo respuesta. Habrá salido y *hará lo que nosotros hacemos.*

Se puso el edredón encima de la cabeza. Unos escalofríos le recorrieron el cuerpo. Intentó imaginárselo. Cómo sería. Vivir para siempre. Temido, odiado. No. Eli no le odiaría. Si ellos... juntos...

Trató de figurárselo, fantaseó. Después de un rato se abrió la puerta de la calle y su madre llegó a casa.

Almohadas de grasa.

Tommy miraba con los ojos vacíos la imagen que tenía delante. La chica apretaba sus pechos con las manos de manera que parecían dos globos, poniendo morritos. Parecía absolutamente morboso. Había pensado en hacerse una paja, pero le pasaba algo en el cerebro porque tuvo la impresión de que la tía parecía como un monstruo.

Sorprendentemente despacio cerró la revista, la guardó debajo del cojín del sofá. Permanecía atento a cada movimiento por pequeño que éste fuera. Estaba totalmente amodorrado por el pegamento. Y era una suerte. El mundo no existía. Sólo la habitación en la que se encontraba, y fuera de ella... un desierto ondulado.

Staffan.

Intentó pensar en Staffan. No podía. No conseguía imaginárselo. Sólo veía a ese policía de cartón que estaba arriba, en Correos. En tamaño natural. Para disuadir a los ladrones.

¿Vamos a robar a Correos?

No, ¡tasloco, allí hay un policía de cartón!

Tommy se rio cuando al policía de papel le puso la cara de Staffan. Castigado. A

vigilar Correos. También ponía algo en ese muñeco de cartón, ¿qué era lo que ponía?

Delinquir no vale la pena. No. La policía te ve. No. ¿Cómo cojones era? ¡Cuidado! ¡Que soy el ganador de tiro con pistola!

Tommy se reía. A carcajadas. Le daban sacudidas de la risa y le pareció que la bombilla pelada del techo se balanceaba hacia delante y hacia atrás al compás de su risa. Se rio de ello. *¡En guardia! ¡Policía de cartón! ¡Con pistola de cartón! ¡Y cerebro de cartón!*

Sonaron unos golpes en su cabeza. Alguien quería entrar en Correos.

El policía de cartón aguza el oído. Hay doscientos papeles en Correos. Quitó el seguro de la pistola. Bang-bang. Paf. Paf. Paf. Pang.

... Staffan... mamá, joder...

Tommy se puso rígido. Intentó pensar. Imposible. Sólo una nube deshilachada en su cabeza. Luego se tranquilizó. Quizá fueran Robban o Lasse. O sería Staffan. Y estaba hecho de cartón.

Pene de imitación, hecho de cartón.

Tommy carraspeó, dijo con la voz pastosa:

—¿Quién es?

—Yo.

Reconoció la voz, pero no podía identificarla. Staffan no, en cualquier caso. No el papá de cartón. *Barbapapá. Déjalo.*

—¿Y quién eres?

—¿Puedes abrirme?

—El correo ha cerrado por hoy. Vuelve dentro de cinco años.

—Tengo dinero.

—¿Dinero de papel?

—Sí.

—Entonces está bien.

Se levantó del sofá. Despacio, despacio. Los contornos de las cosas no querían quedarse quietos. La cabeza llena de plomo. *La visera de hormigón.*

Permaneció quieto unos segundos, se tambaleó. El suelo de cemento se inclinaba como en sueños hacia la derecha, hacia la izquierda, como en la Casa Encantada. Fue hacia delante, paso a paso, levantó el pasador, empujó la puerta. Fuera estaba esa chica. La amiga de Oskar. Tommy se quedó mirándola fijamente sin comprender lo que veía.

Sol y playa.

La chica sólo llevaba encima un vestido ligero. Amarillo, con lunares blancos que absorbían la mirada de Tommy y él intentaba fijar la vista en los lunares, pero éstos empezaron a danzar, a moverse de tal manera que hacían que se mareara. Era unos veinte centímetros más baja que él.

Bonita como... como el verano.

—¿Ha llegado el verano de repente? —preguntó.

La chica ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—No, como llevas puesto un... cómo se llama... *vestido de verano*.

—Sí.

Tommy asintió, satisfecho de haber encontrado la palabra. ¿Qué había dicho ella? ¿Dinero? Ah, sí. Oskar le habría contado...

—¿Es que quieres... comprar algo?

—Sí.

—¿El qué?

—¿Puedo entrar?

—Sí, sí.

—Di que puedo entrar.

Tommy hizo con el brazo un gesto exagerado, envolvente. Vio su propia mano moviéndose en ultrarrápido, un pez drogado nadando en el aire por encima del suelo.

—Entra. Bienvenida a la... sucursal.

No le quedaban fuerzas para estar más tiempo de pie. El suelo quería hacerse con él. Se volvió, se desplomó en el sofá. La chica entró, después cerró la puerta, echó el cerrojo. Él la vio como un pollo increíblemente grande, se rio de la ocurrencia. El pollo se sentó en la butaca.

—¿Qué pasa?

—Nada, yo sólo... estás tan... amarilla.

—Ah.

La chica cruzó las manos encima de un bolso pequeño sobre las rodillas. Él no se había fijado en que lo llevaba. No. Un bolso no. Más como un... neceser. Tommy lo miró. Uno ve un bolso. Se pregunta qué habrá en él.

—¿Qué llevas en... eso?

—Dinero.

—Sí, claro.

No. Esto no encaja. Aquí hay algo raro.

—¿Y qué es lo que quieres comprar?

La chica abrió la cremallera del neceser y sacó un billete de mil. Otro. Otro. Tres mil. Los billetes parecían ridículamente grandes en sus manos pequeñas cuando se inclinó y los puso en el suelo.

Tommy resopló:

—Pero ¿esto qué es?

—Tres mil.

—Sí. ¿Para qué?

—Para ti.

—No.

—Que sí.

—Será alguna cagada de... dinero del Monopoly o algo así, ¿no?

—No.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿por qué me lo das?

—Porque quiero comprarte algo.

—Quieres comprar algo por *tres mil*... no.

Tommy estiró uno de sus brazos todo lo que pudo, agarró un billete. Comprobó el tacto, lo arrugó, lo puso a contraluz y vio que llevaba la marca al agua. El mismo rey o lo que fuera que había en el billete. Auténtico.

—O sea, que no estás bromeando.

—No.

Tres mil. Puedo... viajar a algún sitio. Volar a algún sitio.

Staffan y su madre se podían quedar ahí y... Tommy sintió que se le aclaraba la cabeza. Todo esto era una locura, pero de acuerdo: tres mil. Ahí estaban. Ahora sólo quedaba saber...

—¿Qué es lo que quieres comprar entonces? Por esto puedes tener...

—Sangre.

—Sangre.

—Sí.

Tommy dio un bufido, meneó la cabeza.

—Oye, no, lo siento. Las reservas se... han acabado. La chica estaba sentada tranquilamente en la butaca, mirándole. Ni siquiera sonrió.

—No, pero en serio —dijo Tommy—: ¿qué quieres?

—Tú tienes el dinero... si yo tengo un poco de sangre.

—No tengo.

—Sí.

—No.

—Sí.

Tommy comprendió.

Qué cojones...

—¿Estás hablando en serio?

La chica señaló los billetes.

—No es peligroso.

—¿Pero... qué... cómo?

La chica metió la mano en el neceser, sacó algo. Un trozo de plástico blanco, rectangular. Lo meneó. Raspaba un poco. Entonces Tommy vio lo que era. Un paquete de cuchillas de afeitar. Lo dejó en la rodilla, sacó otra cosa. Un rectángulo de color carne. Una tirita grande.

Esto es ridículo.

—No, déjalo ya. No comprendes que... te puedo limpiar sencillamente ese dinero, ¿eh? Metérmelo en el bolsillo y decirte «No, qué va». ¿Tres mil? No las he

visto en mi vida. Eso es *mucho* dinero, ¿no lo entiendes? ¿De dónde lo has sacado?

La chica cerró los ojos, suspiró. Cuando los abrió de nuevo ya no parecía tan amable.

—¿Quieres o no quieres?

Está hablando en serio. No me jodas que está hablando en serio. No... No...

—¿Qué vas a hacer...?, ¿un corte o así...?

La chica asintió, impaciente.

¿Un corte? Espera un poco. ESPERA ahí un momento... qué era eso... cerdos...

Arrugó el entrecejo. El pensamiento rebotaba en su cabeza como una pelota de goma lanzada con fuerza en una habitación, intentaba agarrarse, parar. Y se paró. Recordó. Abrió la boca. La miró a los ojos,

—¿No...?

—Pues sí.

—Esto será una broma, ¿no? Escucha: lárgate ahora mismo. No. Ahora te largas de aquí.

—Tengo una enfermedad. Necesito sangre. Te puedo dar más dinero si quieres.

Revolvía en el neceser, rebuscando, sacó otros dos billetes de mil, los dejó en el suelo. Cinco mil.

—Por favor.

El asesino. Vällingby. El cuello cortado. Pero qué cojones... esta chica...

—Para qué lo quieres... pero qué cojones... no eres más que una cría, tú...

—¿Tienes miedo?

—No, yo está claro que puedo... tú tienes miedo, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por si me dices que no.

—Bueno, pues te digo que no. Esto es... no, espabílate. Vete a casa.

La chica estaba sentada tranquilamente en la butaca, pensando. Después asintió con la cabeza, se levantó y recogió el dinero del suelo, lo guardó en el neceser. Tommy miraba el sitio donde habían estado. Cinco. Mil. Un ruido metálico al abrirse el cerrojo. Tommy se puso boca arriba en el sofá.

—Pero... ¿qué?... ¿me vas a cortar el cuello?

—No. Sólo en la parte interior del codo. Un poco.

—¿Pero qué vas a hacer con ello?

—Bebérmelo.

—¿Ahora?

—Sí.

Tommy se sondeó por dentro y vio esa lámina de la circulación de la sangre puesta como un papel de calco en la parte interior de su cabeza. Sintió, tal vez por primera vez en su vida, que *tenía* una circulación sanguínea. No sólo puntos aislados, heridas por donde salen una o dos gotas de sangre, sino un gran árbol que bombeaba

lleno de arterias llenas de... ¿cuánto sería?... cuatro, cinco litros de sangre.

—¿Qué *enfermedad* es ésta?

La chica no dijo nada, estaba al lado de la puerta con el picaporte en la mano, observándole, y las líneas de las arterias y de las venas de su cuerpo, el mapa, adquirieron de pronto el aspecto de una lámina de despiece. Eludió ese pensamiento, pensó en cambio: *Hazte donante. Veinticinco coronas y un bocadillo de queso.* Después dijo:

—Entonces, dame el dinero.

La chica abrió la cremallera del neceser, volvió a sacar los billetes.

—¿Y si te doy... tres ahora y dos después?

—Vale, vale. Pero podría sobradamente... echarme encima de ti y quitarte el dinero, ¿es que no lo entiendes?

—No. No podrías.

Le extendió tres billetes de mil, sujetos entre los dedos índice y corazón. Él miró cada uno de ellos a contraluz, comprobó que eran auténticos. Los enrolló como un cilindro y los cogió con la mano izquierda.

—Bueno. ¿Ahora entonces?

La chica dejó los otros dos billetes de mil en la butaca, se sentó de rodillas al lado del sofá, sacó el paquete de cuchillas del neceser, extrajo una cuchilla.

Ya ha hecho esto antes.

La chica volvió la cuchilla como para ver qué lado era el más afilado. Se lo acercó a la cara. Un leve aviso cuya única palabra era: *Schvittt.* Ella dijo:

—No se lo cuentes a nadie.

—¿Qué pasa entonces, di?

—No lo cuentes. A nadie.

—No —Tommy miró de reojo hacia su codo estirado, hacia los billetes que había en la butaca—. ¿Y cuánto me vas a sacar?

—Un litro.

—¿Es... mucho?

—Sí.

—¿Es tanto que yo...?

—No. No te pasará nada.

—Se renueva otra vez, claro.

—Sí.

Tommy asintió. Luego miró fascinado mientras la cuchilla, reluciente como un pequeño espejo, bajaba hasta su piel. Como si le estuviera pasando a otro, en algún otro sitio. Sólo vio el juego de líneas. Las mandíbulas de la chica, su pelo negro, su propio brazo blanco, el rectángulo de la cuchilla que apartaba el ralo vello del brazo y llegaba a su meta; se apoyó un momento sobre la vena hinchada, algo más oscura que la piel de alrededor.

Presionó hacia abajo, suave, suave. Una esquina se hundió en la piel sin romperla.

Luego:

Schvittt

Una sacudida hacia atrás y Tommy resopló, apretó la otra mano, en la que tenía los billetes, con más fuerza. Dentro de su cabeza, los dientes retumbaron al apretar y rechinar unos contra otros. Apareció la sangre, salía a borbotones.

El tintineo cuando la cuchilla cayó al suelo y la chica cogió su brazo con las dos manos, apretando sus labios contra el pliegue del codo.

Tommy volvió la cabeza, no sintió más que sus cálidos labios, la lengua batiendo contra su piel y de nuevo vio el mapa interior de su cuerpo, los canales por los que corría la sangre, agitándose contra... la hendidura.

Sale de mí.

Sí. El dolor iba aumentando. El brazo empezaba a paralizarse, ya no sentía los labios, sólo la succión, cómo se... absorbía de él, cómo...

Sale.

Se asustó. Quería dejarlo. Dolía demasiado. Los ojos se le llenaron de lágrimas, abrió la boca para decir algo, para... no pudo. No había palabras que pudieran... Dobló el brazo que tenía libre sobre la boca, apretando la mano cerrada contra los labios. Sintió el cilindro de papel que sobresalía. Lo mordió.

21.17, domingo por la tarde, explanada de Ängby.

Un hombre es observado fuera de un salón de peluquería. Está con la cara y las manos apoyadas contra el escaparate. Parece muy borracho. La policía llega al lugar quince minutos más tarde. El hombre ya lo ha abandonado. Los cristales de la ventana no presentan ningún daño, sólo restos de barro y tierra. En el escaparate iluminado unas cuantas fotos de jóvenes, modelos de peluquería.

—¿Estás dormido?

—No.

Un soplo de perfume y de frío cuando su madre entró en la habitación de Oskar y se sentó al borde de la cama.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí, claro.

—¿Qué has hecho?

—Nada especial.

—He visto los periódicos. En la mesa de la cocina.

—Mmm.

Oskar se tapó más con el edredón, hizo como que bostezaba.

—¿Tienes sueño?

—Mmm.

Verdad y mentira. Estaba *cansado*, tan cansado que le zumbaba la cabeza. Quería solamente envolverse en el edredón, cerrar la entrada y no salir hasta que... hasta que... pero *sueño*, no. Y... ¿*podría* dormir ahora que estaba contagiado?

Oyó que su madre le preguntaba algo acerca de su padre, y dijo «bien» sin saber a qué estaba respondiendo. Se quedaron en silencio. Después su madre suspiró, profundamente.

—Pero pequeño, ¿qué te pasa? ¿Puedo hacer algo?

—No.

—¿Qué es lo que te pasa?

Oskar hundió la cabeza en la almohada, respirando de tal manera que la nariz, la boca y los labios se le llenaron de aire caliente. No podía soportarlo. Demasiado difícil. Tenía que contárselo a *alguien*. Con la cabeza en la almohada dijo:

—... yotoyagiado...

—¿Qué has dicho?

Oskar levantó la cabeza de la almohada.

—Estoy contagiado.

La mano de su madre le acarició el pelo, la nuca, siguió hacia abajo y el edredón se deslizó un poco.

—Cómo que conta... pero... si tienes la ropa puesta.

—Sí, es que...

—A ver que te miro. ¿Tienes calor? —puso su fría mejilla en la frente de su hijo —. Tienes fiebre. Ven. Tienes que quitarte la ropa y acostarte como es debido. —Se levantó de la cama sacudiendo con cuidado a Oskar en el hombro—: Vamos.

Ella respiró con más fuerza, se le ocurrió algo. Dijo en otro tono:

—¿Te has vestido en condiciones cuando has estado en casa de papá?

—Sí, claro. No es eso.

—¿Te has puesto *el gorro*?

—Sí. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Oskar volvió a apoyar la cabeza en la almohada, se abrazó a ella y dijo:

—... ooyasermapiro...

—Oskar, ¿qué *dices*?

—Me voy a convertir en vampiro.

Pausa. El sonido calmado del abrigo de su madre cuando ésta se cruzó de brazos.

—Oskar. Ahora te levantas. Te quitas la ropa. Y te metes en la cama.

—Me voy a convertir en un *vampiro*.

La respiración de su madre. Evidentemente, enfadada.

—Mañana voy a ser yo la que coja y tire todos esos libros que lees.

El edredón de Oskar desapareció. Se levantó, se quitó la ropa despacio; evitó mirar a su madre. Se volvió a meter en la cama y ella le colocó bien el edredón.

—¿Quieres algo?

Oskar negó con la cabeza.

—¿Tomamos la temperatura...?

Oskar meneó la cabeza con más fuerza. Entonces miró a su madre. Ella estaba inclinada sobre la cama, con las manos sobre las rodillas. Los ojos observadores, preocupados.

—¿Quieres *algo*?

—No. Bueno, sí.

—¿Qué es?

—No, no era nada.

—Pero dilo.

—¿Me puedes... contar un cuento?

Un vislumbre de diferentes sentimientos cruzó el rostro de su madre: tristeza, alegría, inquietud, una sonrisa forzada, una arruga de preocupación. Todo en unos segundos. Luego dijo:

—Yo... no me sé ningún cuento. Pero... puedo leerte uno si quieres. Si tenemos algún libro...

Su mirada voló hacia la estantería que había al lado de la cabeza de Oskar.

—No, no hace falta.

—Pero si lo hago encantada.

—No. No quiero.

—¿Por qué no? Si acabas de decir...

—Sí, pero... no. No quiero.

—¿Te... canto algo?

—¡No!

Su madre se mordió los labios, ofendida. Después decidió no estarlo, puesto que Oskar estaba enfermo:

—Tal vez *pueda* inventarme algo si eso...

—No, está bien. Ahora quiero dormir.

Su madre acabó dándole las buenas noches, salió de la habitación. Oskar permaneció acostado con los ojos abiertos mirando hacia la ventana. Trataba de *notar* si se estaba... convirtiendo. No sabía lo que tenía que notar. Eli. ¿Cómo fue en realidad cuando él se... convirtió?

Separarse de todo.

Abandonar. Madre, padre, la escuela... Jonny, Tomas... Estar con Eli. Siempre.

Oyó cómo se encendía la tele en el cuarto de estar, se bajaba enseguida el volumen. El ruido suave de la tetera en la cocina. El fuego de la cocina que se enciende, el tintineo de copas y tazas. Armarios que se abren.

Los sonidos habituales. Los había oído cientos de veces. Y se puso triste.

Las heridas se habían curado. De los arañazos sólo quedaban en el cuerpo de Virginia líneas blancas, en algunos sitios restos de costras que aún no se habían desprendido. Lacke le acariciaba la mano, sujeta al cuerpo por un cinturón de cuero, y una costra más se desmigó bajo sus dedos.

Virginia había opuesto resistencia. Una resistencia violenta cuando recuperó la consciencia y comprendió lo que estaba a punto de suceder. Se arrancó la sonda para la transfusión de sangre, gritó y pataleó.

Lacke no tuvo fuerzas para ver cómo peleaban con ella, que estaba como transformada. Bajó a la cafetería y se tomó un café. Después otro y otro más. Cuando iba a servirse el cuarto, la cajera le recordó cansada que sólo estaba incluida *una* taza extra. Lacke le había contestado que estaba sin blanca, y se sentía tan mal como si se fuera a morir al día siguiente, y que si no podía hacer una excepción.

Sí que podía. Incluso invitó a Lacke a un bollo «que de todos modos habría que tirar mañana». Se comió el bollo con un nudo en la garganta, pensando en la bondad relativa de las personas y en su relativa maldad. Luego salió a la entrada y se fumó su penúltimo cigarro del paquete antes de subir a ver a Virginia.

Se la encontró atada.

Una enfermera había recibido tal golpe que las gafas se le rompieron y un trozo de cristal le había cortado una ceja. Los intentos de tranquilizar a Virginia resultaron vanos. No se habían atrevido a ponerle ninguna inyección a causa de su estado general, y por eso le habían sujetado los brazos con cinturones de cuero, sobre todo para, eso dijeron, «evitar que ella misma se lesionara».

Lacke frotó la costra entre los dedos; un polvo fino como pigmento le coloreó de rojo las yemas. Un movimiento en el rabillo del ojo; la sangre de la bolsa que colgaba del pie al lado de la cama de Virginia goteaba en un cilindro de plástico y bajaba por la sonda hasta entrar en el brazo de su amiga.

Evidentemente, primero, cuando determinaron su grupo sanguíneo, le habían hecho una transfusión en la que *bombearon* un cierto volumen de sangre, pero ahora, cuando su estado se había estabilizado, se la administraban con goteo. En la bolsa medio llena había una etiqueta con un montón de indicaciones incomprensibles, dominadas por una A grande. El grupo sanguíneo, claro.

Pero... espera un poco...

Lacke tenía el grupo B. Recordaba que él y Virginia habían hablado de ello alguna vez, que Virginia también tenía ese grupo y que por eso podían... sí. Justamente eso fue lo que dijeron. Que podían darse sangre el uno al otro porque compartían el mismo grupo sanguíneo. Y Lacke tenía B, de eso estaba seguro.

Se levantó, salió al pasillo.

¿No cometerán errores de este tipo?

Encontró a una enfermera.

—Perdona, pero...

Ella echó una mirada a su ropa vieja, se mantuvo algo expectante, dijo:

—Sí.

—Sólo me pregunto... Virginia... Virginia Lindblad, que... la habéis ingresado antes...

La enfermera asintió, adoptando ahora una actitud casi de rechazo. Quizá había estado presente cuando ellos...

—No, sólo quiero saber... el grupo sanguíneo.

—¿Qué pasa con él?

—Sí, que he visto que pone A en la bolsa que... pero ella no tiene ese grupo.

—No entiendo.

—Pues... eh... ¿Puedes venir un momento?

La enfermera echó un vistazo al pasillo. Tal vez para comprobar si había alguien que pudiera ayudarla si aquello se ponía feo, tal vez para demostrar que tenía cosas más importantes que hacer, pero de todas formas acompañó a Lacke a la habitación en la que Virginia estaba tumbada con los ojos cerrados y la sangre goteando despacio a través del tubo. Lacke señaló la bolsa:

—Aquí. Aquí pone A. Quiere eso decir que...

—Que hay sangre del grupo A en ella. Hay una falta enorme de donantes en la actualidad. Si la gente supiera cómo...

—Perdona. Sí. Pero ella tiene el grupo B. ¿No es peligroso entonces...?

—Sí, claro que lo es...

La enfermera no fue directamente desagradable, pero su actitud daba a entender que el derecho de Lacke a poner en tela de juicio la competencia del hospital era mínimo. Se encogió ligeramente de hombros, añadió:

—... si uno tiene el grupo B. Pero este paciente no lo tiene. Ella *tiene* el grupo AB.

—Pero... ahí pone A... en la bolsa.

La enfermera lanzó un suspiro, como si le estuviera explicando a un niño que no hay personas en la luna.

—Las personas con sangre del grupo AB pueden recibir sangre de *todos* los grupos sanguíneos.

—Pero... bueno. Entonces ha cambiado de grupo.

La enfermera arqueó las cejas. El niño acababa de asegurar que había estado en la luna y había visto gente allí arriba. Con un movimiento de la mano, como si estuviera cortando una cinta, dijo:

—Eso sencillamente no sucede.

—No, bueno. Pues se equivocaría entonces.

—Será eso. Si me disculpas, tengo otras cosas que hacer ahora.

La enfermera controló la sonda del brazo de Virginia, giró un poco el pie del goteo y con una mirada que decía que aquéllas eran cosas importantes y que Dios te

libre de enredar con ellas, abandonó la habitación con paso firme.

¿Qué pasa si a uno le ponen la sangre del grupo que no es? La sangre... se coagula.

No. Tiene que haber sido Virginia la que se equivocara.

Se dirigió a una esquina de la habitación en la que había una pequeña butaca, una mesa con una flor de plástico. Se sentó en la butaca y observó la habitación. Paredes desnudas, suelo reluciente. Tubo fluorescente en el techo. La cama de Virginia de barras de acero; sobre ella, una manta amarilla, descolorida, en la que ponía Diputación.

Así va a ser.

En Dostoievski, la enfermedad y la muerte eran casi siempre sucias, pobres. Aplastado bajo la rueda de un carro, barro, tifus, pañuelos manchados de sangre. Y así sucesivamente. Pero qué leches, ¿acaso era preferible aquello antes que esto? Antes que quedar apartado en una especie de máquina reluciente.

Lacke se echó hacia atrás en la butaca, cerró los ojos. El respaldo era demasiado corto, se le vencía la cabeza. Se enderezó, puso el codo en el reposabrazos y apoyó la cara en la mano. Contempló la flor de plástico. Era como si la hubieran puesto allí únicamente con la intención de subrayar que en ese lugar no se permitían cosas vivas, aquí todo estaba como debe ser.

La flor permaneció en su retina cuando cerró los ojos de nuevo. Se convirtió en una flor de verdad, creció, se convirtió en un jardín. El jardín de la casa que se iban a comprar. Lacke estaba en el jardín mirando un rosal con esplendorosas rosas rojas. Desde la casa salía la sombra alargada de una persona. El sol descendió rápidamente y la sombra creció, se hizo más larga, se extendía por todo el jardín...

Dio un respingo y se despertó. La mano estaba llena de saliva que le había caído por la comisura de los labios mientras dormía. Se pasó la mano por la boca, paladeó e intentó enderezar la cabeza. No podía. La nuca se había quedado bloqueada. La obligó a enderezarse con un crujido del ligamento, se detuvo.

Unos ojos muy abiertos lo estaban mirando.

—¡Hola! Estás...

La boca se cerró. Virginia estaba boca arriba, atada con las correas, con el rostro vuelto hacia él. Pero la cara estaba demasiado quieta. Ni un gesto de reconocimiento, de alegría... nada. Los ojos no parpadeaban.

¡Muerta! Está...

Lacke se levantó de la butaca y algo se le quebró en la nuca. Se tiró de rodillas delante de la cama, se agarró a las barras de acero y acercó su rostro al de Virginia como si quisiera, con su presencia, obligar al alma a que volviera de las profundidades a la cara de su amiga.

—¡Ginja! ¿Me oyes?

Nada. Sin embargo podría jurar que sus ojos, de alguna manera, veían en los ojos de él, que no estaban muertos. La buscó a través de ellos; lanzaba ganchos de abordaje desde sí mismo hasta los agujeros que eran las pupilas de Virginia para allí, en la oscuridad, agarrarse si...

Las pupilas. Ése es el aspecto que tienen cuando uno...

Sus pupilas no eran redondas. Las tenía alargadas en sentido vertical, estiradas en punta. Hizo una mueca cuando un hilillo frío de dolor se deshizo en su nuca, se echó la mano y se frotó.

Virginia parpadeó. Abrió los ojos de nuevo. Y estaba allí.

Lacke abrió la boca como un tonto, se siguió frotando la nuca con la mano de forma mecánica.

Un crujido como de madera cuando Virginia le preguntó:

—¿Te duele?

Lacke retiró la mano de la nuca, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo feo.

—No, yo sólo... creía que estabas...

—Estoy atada.

—Sí... peleaste un poco antes. Espera, voy a... —Lacke metió la mano entre dos barras de la cama, empezó a aflojar los cinturones.

—No.

—¿Qué?

—Déjalo como está.

Lacke vaciló con la correa entre los dedos.

—¿Vas a pelear más, o qué? Virginia cerró un poco los ojos.

—Déjalo como está.

Lacke soltó el cinturón, no sabía qué hacer con las manos privadas de su tarea. Sin levantarse, girando las rodillas, arrimó, con un nuevo latigazo de dolor en la nuca como consecuencia, la pequeña butaca a la cama y se subió torpemente a ella.

Virginia asintió casi imperceptiblemente.

—¿Has llamado a Lena?

—No. Puedo...

—Bien.

—¿No quieres que...?

—No.

Entre los dos se hizo el silencio. Un silencio que es especial de los hospitales y que se deriva de la propia situación —uno en la cama, herido o enfermo, y el otro sano al lado— que en realidad lo explica todo. Las palabras se vuelven pequeñas, superficiales. Sólo se puede decir lo más importante. Se estuvieron mirando un rato. Se dijeron lo que se podían haber dicho, sin palabras. Después Virginia volvió la cabeza, se quedó mirando al techo.

—Tienes que ayudarme.

—Lo que haga falta.

Virginia se humedeció los labios, tomó aliento y soltó el aire con un suspiro tan profundo y tan largo que parecía que expulsara reservas ocultas en su cuerpo. Después deslizó su mirada sobre el cuerpo de Lacke. Escrutando, como si estuviera dando el último adiós al cadáver de un ser querido y quisiera grabar su imagen en la memoria. Se frotó los labios y por fin consiguió pronunciar las palabras.

—Soy vampira.

Las comisuras de los labios de Lacke quisieron dibujar una mueca de burla; la boca, algún comentario que allanara la situación, preferiblemente algo cómico. Pero las comisuras no se movieron y el comentario se esfumó, no llegó nunca hasta los labios. En vez de eso le salió sólo un «no».

Se llevó la mano a la nuca para cambiar de posición, la inmovilidad que convertía todas las palabras en verdades. Virginia habló con calma, contenida.

—Me fui a por Gösta. Para matarlo. Si no hubiera pasado... lo que pasó, lo habría hecho. Y luego... hubiera bebido su sangre. Lo habría hecho. Era mi intención. Con todo. ¿Entiendes?

La mirada de Lacke vagaba por las paredes de la habitación como si buscara un mosquito, la causa del doloroso, silbante sonido que en silencio cosquilleaba en su cerebro haciéndole imposible pensar. Se paró finalmente en los tubos fluorescentes del techo.

—Putos tubos, qué manera de zumbar.

Virginia miró el tubo, y dijo:

—No soporto la luz. No puedo comer nada. Tengo unos pensamientos terribles. Voy a hacer daño a la gente. A ti. No quiero vivir. Por fin algo concreto, algo a lo que se podía contestar.

—No digas eso —dijo Lacke—. ¿Me oyes? No digas eso. ¿Lo oyes?

—No entiendes.

—No, claro que no lo entiendo. Pero tú no te vas a morir, joder. ¿Lo sabes? Ahora estás aquí ingresada, hablas, estás... es normal.

Lacke se levantó de la butaca, dio unos pasos al tuntún extendiendo la mano.

—Es que no puedes... no puedes decir eso.

—Lacke. ¿Lacke?

—Sí.

—Lo sabes. Sabes que es verdad. ¿No es así?

—¿El qué?

—Lo que te estoy diciendo.

Lacke resopló, sacudió la cabeza mientras se daba palmadas en el cuerpo, en los bolsillos.

—Tengo que fumarme un cigarro. Esto...

Buscó el arrugado paquete, el encendedor. Consiguió sacar el último pitillo, se lo puso en la boca. Después se dio cuenta de dónde estaba. Se guardó el cigarro.

—Joder, me echarán de aquí de cabeza si...

—Abre la ventana.

—Quieres decir que me tire yo solo.

Virginia sonrió. Lacke se acercó a la ventana, la abrió de par en par y sacó el cuerpo todo lo que pudo.

La enfermera con la que había hablado seguro que podía notar el humo a diez kilómetros. Encendió el cigarrillo y dio una calada profunda, esforzándose por echar el humo de manera que no entrara por la ventana, mientras contemplaba las estrellas. Detrás de él, Virginia comenzó a hablar de nuevo:

—Fue ese niño. Me contagió. Y luego... no ha hecho más que crecer. Sé dónde está. En el corazón. En todo el corazón. Como el cáncer. No puedo controlarlo.

Lacke expulsó un poco de humo. Su voz retumbó entre los altos edificios de alrededor.

—No dices más que tonterías. Tú eres... normal.

—Me esfuerzo. Y, además, ahora me han puesto sangre. Pero me puedo debilitar. En cualquier momento me puedo debilitar. Y entonces, él toma el control. Lo sé. Me ha pasado. —Virginia respiró profundamente unas cuantas veces, continuó—: Tú estás ahí. Te veo. Y quiero... morderte.

Lacke no sabía si era la contractura de su nuca u otra cosa lo que se deslizaba por su espalda. Se sintió de pronto desprotegido. Rápidamente apagó el pitillo contra la pared y lanzó la colilla con los dedos dibujando un arco. Se volvió hacia dentro, hacia la habitación.

—Esto es una locura.

—Sí. Pero es así.

Lacke se cruzó de brazos. Con una sonrisa grave preguntó:

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Quiero que... destruyas mi corazón.

—¿Qué dices? ¿Cómo?

—Como quieras.

Lacke alzó los ojos.

—¿Pero tú te oyes? ¿Cómo suena? Es una locura. ¿Cómo? ¿Voy a... clavarte una estaca, o qué?

—Sí.

—No, no, no. Puedes ir olvidándote de eso, ya lo sabes. Tendrás que buscarte algo mejor.

Lacke se reía meneando la cabeza. Virginia lo miraba mientras iba de un lado a otro de la habitación, todavía con los brazos cruzados. Después ella, sosegada, asintió:

—De acuerdo.

Él se le acercó, tomó su mano. Era ridículo que la tuviera... sujeta. Apenas tenía espacio para cogérsela entre las suyas. La mano de su amiga era cálida, acariciaba la

suya. Con la que tenía libre le rozó la mejilla.

—¿No quieres que te quite estos cinturones?

—No. Puede... venir.

—Te vas a poner bien. Todo esto se va a arreglar. Yo sólo te tengo a ti. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Sin soltar la mano de Virginia, se sentó en la butaca y empezó a contárselo. Todo. Los sellos, el león, Noruega, el dinero. La casita que iban a tener. Pintada del tradicional color rojo de Falun. Explayándose en imaginaciones acerca de cómo iba a ser el jardín, qué flores iban a plantar y cómo podrían sacar fuera una mesa pequeña, hacer un cenador en el que se pudieran sentar y...

En algún momento en medio de todo empezaron a caer lágrimas de los ojos de Virginia. Perlas silenciosas y transparentes que le corrieron por las mejillas y mojaron el almohadón. Sin hipidos, sólo lágrimas que caían, ¿joyas de tristeza... o de alegría?

Lacke se calló. Virginia apretó su mano con fuerza.

Después Lacke salió al pasillo, consiguió con una buena dosis de persuasión y una buena dosis de ruegos hacer que el personal pusiera una cama extra en la habitación. Lacke la movió de manera que quedó justo al lado de la de Virginia. Luego apagó la luz, se quitó la ropa y se metió bajo las tiasas sábanas, buscó y encontró la mano de ella.

Estuvieron así, en silencio, mucho tiempo. Luego vinieron las palabras:

—Lacke. Te quiero.

Y Lacke no contestó. Dejó que las palabras flotaran en el aire. Que se inflamaran y crecieran hasta convertirse en una manta grande y roja que planeara sobre la habitación, se posara sobre él y lo mantuviera caliente toda la noche.

4.23, lunes por la mañana, plaza de Islandstorget.

Algunas personas próximas a la calle Björnsonsgatan son despertadas por unos fuertes gritos. Alguien llama a la policía creyendo que es un bebé el que grita. Cuando la policía llega al lugar, diez minutos más tarde, los gritos han dejado de oírse. Registran la zona y encuentran varios gatos muertos. Algunos aparecen con las extremidades separadas del cuerpo. La policía anota el nombre y el número de teléfono de los gatos que llevan collar con la intención de ponerse en contacto con sus dueños. Llaman a los servicios de limpieza del ayuntamiento para que despejen la zona.

Media hora hasta la salida del sol.

Eli está sentado en el sofá del cuarto de estar. Ha permanecido en casa toda la noche, la madrugada. Ha empaquetado lo que se puede empaquetar.

Mañana por la tarde, tan pronto como oscurezca, irá a una cabina, pedirá un taxi.

Desconoce a qué número tiene que llamar, pero probablemente eso es algo que todo el mundo sabe. No tiene más que preguntar. Cuando llegue el taxi cargará sus tres cajas en el maletero y le pedirá al taxista que le lleve...

¿Adónde?

Eli cierra los ojos, intenta imaginarse un lugar en el que le gustaría estar.

Como siempre, lo primero que aparece es la imagen de la casita en donde vivía con sus padres, sus hermanos. Pero ha desaparecido. En las afueras de Norrköping, en el lugar donde estaba, hay ahora una rotonda. El arroyo en el que su madre aclaraba la ropa se ha secado, se ha convertido en una hondonada al lado del arcén.

Eli tiene mucho dinero. Podría pedirle al taxista que condujera a cualquier sitio, tan lejos como la oscuridad se lo permitiera. Hacia el norte. Hacia el sur. Sentarse en el asiento de atrás y decirle que condujera hacia el norte por dos mil coronas. Luego bajarse del taxi. Empezar de nuevo. Encontrar a alguien que...

Eli echa la cabeza para atrás, gritando hacia el techo:

—¡No quiero!

Las polvorientas telarañas se balancean un poco con el aire que expulsa al gritar. El sonido se ahoga en la habitación cerrada. Eli se lleva las manos a la cara, apretando las yemas de los dedos contra los párpados. Siente en el cuerpo la proximidad del amanecer como un desasosiego. Susurra:

—Dios. ¿Dios? ¿Por qué no puedo yo tener nada? ¿Por qué no puedo...?

Lleva años repitiendo la misma pregunta.

¿Por qué no puedo vivir? Porque deberías estar muerto.

Solamente una vez desde que se contagió había encontrado a otra persona portadora. Una mujer mayor. Igual de cínica y de estropeada que el hombre de la peluca. Pero Eli tuvo entonces respuesta a una pregunta que le había tenido preocupado.

—¿Somos muchos?

La mujer, meneando la cabeza, dijo con fingida tristeza:

—No. Somos muy pocos, muy pocos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque la mayoría se suicida, claro. Eso te lo puedes imaginar. Tan *duuuro* de sobrellevar, huy, huy, huy —agitó las manos y añadió con voz chillona—: Oooh, yo no *puedo* tener muertos sobre mi conciencia.

—¿Podemos morir?

—Pues claro. Basta con prendernos fuego nosotros mismos. O dejar que la gente lo haga; lo hacen encantados, siempre lo han hecho. O... —la mujer alargó su dedo índice, lo presionó con fuerza en el pecho de Eli, por encima del corazón—: Ahí. Es ahí donde está, ¿no es cierto? Pero ahora, querido, se me ha ocurrido una buena idea...

Y Eli había podido huir de aquella buena idea. Como antes. Como después.

Se puso la mano sobre el corazón, sintió sus lentos latidos. Quizá fuera porque era

un niño. Quizá por eso no había acabado con todo. Los remordimientos de conciencia, menores que las ganas de vivir.

Eli se levantó del sofá. Håkan no vendría aquella noche. Pero antes de acostarse tenía que ir a ver a Tommy. Ver que se había recuperado. Que no se había contagiado. Por Oskar, quería ir a comprobar si Tommy se encontraba bien.

Apagó todas las luces y salió de casa.

Abajo, en el portal de Tommy, no tuvo más que empujar la puerta del sótano; hacía tiempo, cuando estuvo allí abajo con Oskar, había metido una pelotilla de papel en la cerradura para que el pestillo no se bloqueara al cerrar la puerta. Entró en el pasillo del sótano y la puerta se abatió tras él con un golpe sordo.

Se paró, escuchó. Nada.

No se oía la respiración de alguien dormido; sólo ese persistente olor a disolvente, pegamento. Recorrió el pasillo con paso rápido hasta llegar al trastero, abrió la puerta.

Vacío.

Veinte minutos hasta el amanecer.

Tommy había pasado la noche en una modorra de sueños, despertares, pesadillas. No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando empezó a despertarse de verdad. La luz de la bombilla pelada del sótano era siempre la misma. Podía ser el amanecer, por la mañana temprano, de día. A lo mejor había empezado ya la escuela. Le daba igual.

La boca le sabía a pegamento. Recién despertado miró a su alrededor. Encima de su pecho había dos billetes. De mil. Dobló el brazo para cogerlos, sintió que le tiraba. Tenía una tirita grande pegada en el pliegue del codo, en el centro de la tirita había una mancha pequeña de sangre que la había traspasado.

Era... algo más...

Se dio la vuelta en el sofá, buscó a lo largo debajo de los cojines y encontró el rollo que había perdido durante la noche. Otras tres mil. Extendió los billetes, los juntó con los del pecho, sopesó cuánto era, los frotó. Cinco mil. Todo lo que podía desear.

Se miró la tirita, se rio. Joder qué bien pagado, sólo por tumbarse y cerrar los ojos.

Joder qué bien pagado, sólo por tumbarse y cerrar los ojos. ¿Cómo era eso? Lo había dicho alguien, alguien...

Sí, eso era. La hermana de Tobbe, ¿cómo se llamaba...?, ¿Ingela? Iba de puta, le había dicho Tobbe. Que le pagaban quinientas coronas por eso, y el comentario de Tobbe fue:

—Joder qué bien pagado, sólo por...

Sólo por tumbarse y cerrar los ojos.

Tommy apretó los billetes que tenía en la mano, los aplastó hasta hacer con ellos

una bola. Ella había pagado por, y había bebido de, su sangre. Una enfermedad, había dicho. ¿Pero qué puta enfermedad era ésa? Nunca había oído hablar de algo semejante. Y si uno tenía una cosa así, entonces uno se iba al hospital, allí le darían... Pero, joder, no se bajaba uno al sótano con cinco mil y...

Schvittt.

¿No?

Tommy se sentó en el sofá, se desprendió del edredón.

Eso no existe. No, no. Vampiros. La chica, la del vestido amarillo tiene de alguna manera que creer que ella es... pero espera, espera. Estaba lo de ese asesino ritual que... ése al que andan buscando...

Tommy apoyó la cabeza en las manos; los billetes crujieron contra su oreja. No acababa de entenderlo. Pero de todos modos le dio un miedo terrible aquella chica.

Justo cuando había empezado a sopesar la idea de subir al piso a pesar de todo, aunque fuera todavía de noche, de soportar lo que se le iba a venir encima, oyó cómo se abría la puerta arriba, en su portal. El corazón le latía como el de un pájaro asustado y lanzó una mirada a su alrededor.

Un arma.

Lo único que había era el cepillo de barrer. La boca de Tommy dibujó una mueca que duró un segundo.

El cepillo de barrer, una buena arma contra los vampiros.

Luego se acordó, se levantó y salió del trastero mientras se guardaba el dinero en el bolsillo del pantalón. Cruzó el pasillo de una zancada y se deslizó dentro del refugio al mismo tiempo que se abría la puerta del sótano. No se atrevió a cerrar por miedo a que ella lo oyera.

Se acurrucó en la oscuridad, intentando hacer el menor ruido posible al respirar.

La cuchilla relucía en el suelo. En una de las esquinas tenía una mancha de color marrón, como de óxido. Eli cortó un trozo de la portada de un periódico, envolvió la cuchilla en el papel y se la guardó en el bolsillo.

Tommy había desaparecido, lo cual significaba que estaba vivo. Había salido de allí por su propio pie, se habría ido a casa a dormir y, aunque pudiera relacionar los hechos, no sabía dónde vivía Eli, así que...

Todo está como debe estar. Todo está... estupendamente. El cepillo de madera estaba apoyado contra la pared, con su palo largo.

Eli lo cogió, partió el palo contra la rodilla, por abajo, casi a la altura del cepillo. Quedó una superficie irregular, en punta. Una estaca delgada del largo de un brazo. Se puso la punta contra el pecho, entre dos costillas. Exactamente en el punto donde la mujer había clavado su dedo índice.

Respiró profundamente, agarró el palo y trató de pensar.

¡Dentro! ¡Dentro!

Expulsó el aire, aflojó la presión. Lo volvió a apretar. Con fuerza.

Llevaba dos minutos con la punta a un centímetro del corazón, apretando fuertemente el palo con la mano, cuando se oyó el cerrojo de la puerta del sótano y ésta deslizándose.

Eli se quitó la estaca de madera del pecho, escuchó. Pasos lentos, inseguros, en el pasillo, como de un niño que acabara de aprender a andar. De un niño grande que acabara de aprender a andar.

Tommy oyó los pasos y pensó: *¿Quién?*

Ni Staffan, ni Lasse, ni Robban. Alguien que parecía enfermo, alguien que arrastraba algo muy pesado... *¡Papá Noel!* Se llevó la mano a la boca para ahogar una risita cuando se imaginó a Papá Noel, en la versión de Disney...

¡Hohoho! ¡Say «mamá»!

... llegar dando tumbos por el pasillo del sótano con su enorme saco a la espalda.

Sus labios temblaron bajo la palma de la mano y apretó los dientes para evitar que entrechocaran unos con otros. Todavía en cuclillas se alejó de la puerta paso a paso. Sintió el ángulo del rincón contra su espalda al mismo tiempo que el haz de luz que entraba por la abertura de la puerta se oscurecía.

Papá Noel estaba parado entre la lámpara y el refugio. Tommy se tapó la boca con las dos manos para no gritar, temiendo que la puerta se abriera.

No había escapatoria.

A través de las rendijas de la puerta se dibujaba el cuerpo de Håkan con líneas entrecortadas. Eli alargó el palo todo lo que pudo, empujó la puerta con él. Se abrió un decímetro, luego se interpuso el cuerpo que había fuera.

Una mano agarró el borde de la puerta, tirando de ella hacia arriba con tanta fuerza que ésta chocó contra la pared, se salió de un gozne. La puerta se descolgó y rebotó colgando torcida, golpeando el hombro al cuerpo que ahora llenaba el hueco de la puerta.

¿Qué quieres de mí?

Todavía se podían distinguir manchas de color azul claro en la bata que le cubría el cuerpo hasta las rodillas. El resto era un mapa sucio de tierra, barro y manchas que la nariz de Eli pudo identificar como sangre de animales, sangre humana. La bata estaba rota por varios sitios; en las aberturas se vislumbraba una piel blanca, marcada con rasguños que no curarían nunca.

La cara no había cambiado. Una masa mal trabajada de carne desnuda con un único ojo rojo estampado allí como de broma, una guinda pasada para coronar un pastel podrido. Pero ahora tenía la boca abierta.

Un agujero negro en la mitad inferior de la cara. No había labios que pudieran

ocultar los dientes, que estaban al descubierto; una irregular corona blanca que hacía la oscuridad aún más oscura. El agujero se ensanchó, se redujo como si masticara algo y de él salió:

—Eeeiiij.

No se podía distinguir si el sonido quería decir «hej» o «Eli», puesto que pronunciaba la jota o la ele sin ayuda de los labios o de la lengua. Eli dirigió el palo hacia el corazón de Håkan, diciendo:

—Hola.

¿Qué quieres?

La no-muerte. Eli no sabía nada de ella. No sabía si el ser que tenía delante estaba dominado por las mismas limitaciones que él mismo. Si sería suficiente con destrozarle el corazón. Sin embargo, el hecho de que Håkan estuviera parado ante el hueco de la puerta parecía indicar una cosa: que necesitaba una invitación.

La pupila de Håkan se movía de arriba abajo, sobre el cuerpo de Eli que se sentía desprotegido con el ligero vestido amarillo. Habría deseado que tuviera más tela, que hubiera más obstáculos entre su propio cuerpo y el de Håkan. Tanteando, acercó el palo al pecho de éste.

¿Podrá sentir algo? ¿Podrá ya siquiera... sentir miedo? Eli revivió una sensación casi olvidada: el miedo al dolor. Todo se curaba, pero de Håkan emanaba una amenaza de tal magnitud que...

—¿Qué quieres?

Se oyó un sonido gutural hueco cuando aquel ser expulsó aire y una gota de líquido viscoso de color amarillento salió del doble orificio donde había estado la nariz. ¿Un suspiro? Luego un susurro roto: «Aaaajjj»... y uno de los brazos dio una sacudida rápida, espasmódica,

movimientos de bebé.

Se agarró con torpeza la bata por la parte de abajo, casi por el dobladillo, y se la subió.

El pene de Håkan emergía tieso del cuerpo, llamando la atención, y Eli observó su rígida hinchazón surcada por una red de venas y...

Cómo puede... tiene que haberlo tenido todo el tiempo.

—Aaaajjj...

Sacudidas violentas de la mano de Håkan cuando se movía el prepucio arriba y abajo, arriba y abajo y el glande aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía, como el muñeco de la caja, mientras profería un sonido de placer o algo parecido.

—Aaaaeee...

Y Eli rio aliviado.

Todo esto. Para hacerse una paja.

Permanecería allí, incapaz de moverse del sitio hasta que... hasta que...

¿Podría correrse? Iba a permanecer allí una... una eternidad.

Eli vio ante sí la imagen de una de esas muñecas obscenas a las que se daba

cuerda con una llave; el monje al que se le levantaba el hábito y empezaba a masturbarse mientras durara la cuerda.

Clik clik, clik clik...

Eli se reía, estaba tan distraído con la demencial imagen que no notó cuando entró Håkan en el cuarto, sin que nadie lo invitara. No notó nada hasta que el puño, que hacía un momento estaba apretado alrededor de un placer imposible, se alzó sobre su cabeza.

En un espasmo rápido como el rayo golpeó con el brazo hacia abajo y el puño cayó sobre la oreja de Eli con una fuerza que habría bastado para matar a un caballo. El golpe cayó oblicuo y la oreja de Eli se dobló hacia dentro con tanta fuerza que se le rasgó la piel y media oreja se le despegó de la cabeza cayendo súbitamente al suelo dando contra el cemento con un golpe sordo.

Cuando Tommy comprendió que lo que avanzaba por el pasillo no se dirigía al refugio, se aventuró a quitarse las manos de la boca. Estaba sentado pegado al rincón, e intentó escuchar.

La voz de la chica.

Hola. Qué quieres.

Luego la risa. Y, además, esa otra voz. No sonaba siquiera como si viniera de una persona. Después, golpes amortiguados, ruido de cuerpos que se movían.

Ahora se estaba produciendo algún tipo de... movimiento allí dentro. Algo fue arrastrado por el suelo y Tommy *no* pensó en tratar de averiguar qué era. Pero aprovechó aquel ruido para acallar el que pudiera hacer al levantarse, ir a tientas a lo largo de la pared y buscar el montón de cajas de cartón.

El corazón le palpitaba como un tambor de juguete y las manos le temblaban. No se atrevió a encender el mechero, y para concentrarse mejor cerró los ojos buscando con la mano encima de la pila de cajas.

Los dedos se cerraron alrededor de lo que encontró: el trofeo de tiro con pistola de Staffan. Con cuidado, lo levantó del sitio donde estaba, lo sopesó en la mano. Si lo agarraba por el pecho de la figura, el pedestal de piedra funcionaría como un mazo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que podía distinguir vagamente la silueta del tirador de plata.

Amigo. Querido amigo.

Con el trofeo apretado contra su pecho se agachó otra vez en la esquina, esperando a que todo aquello terminara.

Eli era manipulado.

Mientras nadaba hacia la superficie desde la oscuridad en la que se había hundido, sintió cómo su cuerpo, a distancia, en otra parte del mar... era manipulado.

Una presión fuerte en la espalda, las piernas apretadas hacia arriba, hacia atrás, y aros de hierro alrededor de los tobillos. Los tobillos con sus aros de hierro *uno a cada lado de la cabeza* y la columna vertebral tan forzada, tan estirada que estaba a punto de romperse.

Me rompo.

La cabeza era un contenedor de dolor vivo cuando su cuerpo fue doblado en dos violentamente, empaquetado como un fardo de tela, y Eli creyó que aún se hallaba en una alucinación de dolor porque, cuando sus ojos empezaron a ver, sólo vieron amarillo. Y detrás del amarillo, una gran sombra agitada.

Después llegó el frío. Sobre la fina piel de sus nalgas se restregaba una bola de hielo. Alguien intentaba, primero tanteando, finalmente empujando, penetrarlo.

Eli resopló; la tela del vestido que le había tapado la cara se levantó, y pudo ver.

Håkan estaba encima de él. Su único ojo miraba fijamente hacia abajo, hacia las nalgas abiertas de Eli. Tenía las manos alrededor de sus tobillos. Las piernas habían sido brutalmente dobladas hacia atrás de manera que las rodillas quedaban apretadas contra el suelo a ambos lados de los hombros de Eli, y cuando Håkan presionó aún más Eli oyó cómo los ligamentos de la parte interior de la nalga se le rompían, igual que la cuerda de una guitarra demasiado tensa.

—¡Nooo!

Eli aulló en la cara deforme de Håkan, en la que no se podía percibir ningún sentimiento. Un reguero de baba viscosa que salía de su boca se alargó y cayó en los labios de Eli, y el sabor a cadáver le llenó la boca. A Eli se le despegaron los brazos del cuerpo, sin vida como los de una muñeca de trapo.

Algo debajo de los dedos. Redondo. Duro.

Intentó pensar, se esforzó para crear una campana neumática de luz dentro de la negra, absorbente locura. Y se vio dentro de la campana. Con una estaca en la mano.

Sí.

Eli agarró el palo del cepillo y cerró los dedos alrededor de la pobre tabla de salvación mientras Håkan seguía tanteando, empujando, intentando penetrarlo.

La punta. La punta tiene que estar del lado correcto.

Giró la cabeza hacia el palo y vio que la punta estaba en la dirección del golpe.

Una posibilidad.

La cabeza de Eli se quedó en silencio cuando visualizó lo que tenía que hacer. Después lo hizo. En un movimiento levantó el palo del suelo y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia arriba, hacia la cara de Håkan.

El antebrazo rozó su muslo y el palo dibujó una línea recta que... se detuvo a unos centímetros de la cara de Håkan cuando Eli, a causa de la postura de su cuerpo, no pudo llevar su brazo más lejos.

Había fallado.

Durante un segundo, Eli alcanzó a contemplar la idea de que quizá tuviera la capacidad de ordenar a su propio cuerpo morir. Si cerraba todas las...

Después Håkan dio un empujón, apretando al mismo tiempo la cabeza hacia abajo. Con un sonido suave como el de una cuchara de madera entrando en la papilla, la punta de la estaca se le clavó en el ojo.

Håkan no gritó. Quizá ni siquiera lo notó. Quizá fue sólo el desconcierto de que ya no podía ver lo que le hizo aflojar las manos alrededor de los tobillos de Eli. Sin notar el dolor de sus piernas destrozadas por dentro, Eli se soltó los pies y dio una patada con ellos hacia delante, contra el pecho de Håkan.

Un sonido de golpe húmedo cuando la planta del pie dio contra la piel y Håkan cayó hacia atrás. Eli bajó las piernas y con una ola de dolor frío en la espalda se puso de rodillas: Håkan no había caído, sólo se había doblado hacia atrás, y, como una muñeca electrónica de la casa de los fantasmas, se enderezaba de nuevo.

Estaban de rodillas el uno frente al otro.

El palo que Håkan tenía en el ojo se movía con pequeñas sacudidas hacia abajo, hacia abajo, con la precisión de un segundero, y luego cayó, tamborileó un poco en el suelo y se paró. Un líquido transparente empezó a manar del orificio en el que había estado, un mar de lágrimas.

Ninguno de los dos se movió.

El líquido del ojo de Håkan goteaba en sus piernas desnudas.

Eli concentró en su brazo derecho toda la fuerza que le quedaba. Cerró el puño. Cuando el hombro de Håkan se movió y el cuerpo hizo un intento de echarse sobre Eli otra vez, seguir donde lo había dejado, Eli golpeó con su mano derecha la parte izquierda del pecho de Håkan.

Se le rompieron las costillas y la piel se estiró por un instante; cedió, después reventó.

La cabeza de Håkan se inclinó hacia abajo para ver lo que no podía ver mientras Eli buscaba a tientas dentro del pecho del hombre y encontró el corazón. Una masa fría, blanda. Inmóvil.

No tiene vida. Pero claro que tiene que...

Eli apretó el corazón hasta destrozarlo. Éste cedió sin oponer resistencia, dejándose aplastar como una medusa muerta.

La reacción de Håkan no fue mayor que si una mosca pesada se le hubiera posado en la piel; se llevó la mano para apartar lo que le molestaba y, antes de que consiguiera coger la muñeca de Eli, éste sacó la mano con jirones del corazón derramándosele del puño.

Tengo que largarme de aquí.

Eli quería levantarse, pero las piernas no le obedecían.

Håkan, ciego, buscaba a tientas con las manos, le buscaba a él. Eli se tumbó boca abajo y empezó a salir reptando del cuarto, con las piernas rozando contra el cemento. Håkan volvió la cabeza siguiendo el sonido, alargó los brazos y agarró el vestido, consiguió romper una de las mangas antes de que Eli alcanzara el hueco de la puerta y se pusiera de nuevo de rodillas.

Håkan se levantó.

Eli dispuso de unos segundos de prórroga antes de que Håkan encontrara el hueco de la puerta. Intentó ordenar a sus tendones rotos que se curaran lo suficiente como para poder sostenerse en pie, pero cuando Håkan alcanzó la salida los tendones no le permitieron más que levantarse apoyándose en la pared.

Las astillas de las bastas maderas se le clavaban en las yemas de los dedos al apoyarse en ellas para no caer. Y ahora lo sabía. Que sin corazón, ciego, Håkan lo perseguiría hasta... hasta...

Tengo que... destruirlo... tengo que... destruirlo.

Una línea negra.

Una línea vertical, negra, delante de los ojos. No había estado allí antes. Eli sabía lo que tenía que hacer.

—¡Ahhh!...

La mano de Håkan alrededor de uno de los marcos de la puerta y luego el cuerpo que salía tambaleándose del local del sótano, tanteando con las manos por delante. Eli apretó la espalda contra la pared, esperando el momento.

Håkan salió, un par de pasos indecisos, se detuvo después justo enfrente de Eli. Escuchando, olisqueando.

Eli se inclinó hasta que sus manos estuvieron a la misma altura que uno de los hombros de Håkan. Luego tomó impulso apoyándose contra la pared y se arrojó hacia delante haciendo todo lo posible para que Håkan perdiera el equilibrio.

Lo consiguió.

Håkan dio un pequeño paso hacia un lado y cayó contra la puerta del refugio. La rendija que Eli había visto como una línea negra se ensanchó mientras la puerta se abría hacia dentro y Håkan rodaba buscando apoyo con las manos dentro de aquella oscuridad. Al mismo tiempo, Eli se cayó boca abajo en el pasillo, consiguiendo frenar antes de que su cara chocara contra el suelo; después se arrastró hacia la puerta y agarró el volante inferior del cierre.

Håkan estaba tendido en el suelo cuando Eli empujó la puerta y giró los volantes, cerrando. Luego se arrastró hasta el local del sótano, buscó el palo y lo trabó entre las ruedas para que no se pudiera abrir desde dentro.

Eli siguió concentrando todas sus energías en curarse y comenzó con bastante dificultad a tratar de salir del sótano. Un reguero de la sangre que salía de su oreja le seguía desde el refugio. Cuando alcanzó la puerta se encontraba ya tan restablecido que pudo levantarse. Enderezó el cuerpo y, con las piernas temblorosas, subió las escaleras.

Descansar, Descansar, Descansar.

Empujó la puerta y se encontró a la luz del farol del portal. Estaba destrozado, humillado y la salida del sol amenazaba en el horizonte.

Descansar, Descansar, Descansar.

Pero tenía que... exterminarlo. Y había solamente una manera de que aquello

funcionara: Fuego. Tambaleándose, salió del patio hasta el único lugar donde sabía que él no podía encontrarle.

7.34, lunes por la mañana, Blackeberg.

Salta la alarma del supermercado ICA en la calle Arvid Mörnes. La policía llega once minutos más tarde y se encuentra el cristal del escaparate roto. El dueño de la tienda, que vive al lado, se halla presente. Manifiesta que, desde su ventana, ha visto abandonar el lugar corriendo a una persona muy joven, morena. Se inspecciona la tienda sin que al parecer falte nada.

7.36, amanece.

Las persianas del hospital eran mucho mejores, cerraban mejor que las suyas. Sólo por un sitio estaban las lamas un poco estropeadas y dejaban filtrar un hilo de la luz de la mañana que dibujaba un ángulo de color gris sucio en el techo oscuro.

Virginia estaba tendida, rígida, en la cama mirando la línea gris que oscilaba cada vez que un golpe de viento hacía vibrar la ventana. Luz tenue, reflejada. No más que una leve irritación, un grano de arena en el ojo.

Lacke sorbía mocos y roncaba en la cama de al lado. Habían permanecido despiertos mucho tiempo, hablando. Recuerdos, más que nada. Hacia las cuatro de la mañana Lacke se había quedado finalmente dormido, todavía con la mano de ella en la suya.

Había tenido que liberar su mano de la de Lacke una hora más tarde, cuando entró una enfermera para controlar la presión de la sangre; le pareció que todo estaba bien y los dejó, echando una mirada de reojo bastante tierna a Lacke. Virginia había oído cómo había insistido Lacke para poder quedarse, la razón que había dado. De ahí, probablemente, la tierna mirada.

Virginia estaba ahora con las manos cruzadas sobre el pecho, luchando contra el impulso de su cuerpo de... cerrarse. *Dormir* no era siquiera la palabra apropiada. Tan pronto como dejaba de concentrarse conscientemente en la respiración, ésta se paraba. Necesitaba estar despierta.

Esperaba que entrara una enfermera antes de que Lacke se despertara. Sí. Lo mejor sería que él pudiera dormir hasta que todo hubiera pasado.

Pero eso sería esperar demasiado.

El sol alcanzó a Eli a la entrada del patio, una tenaza al rojo que agarró su oreja

lacerada. De forma instintiva se echó hacia atrás para permanecer dentro de la sombra del arco, abrazando las tres botellas de alcohol de quemar contra el pecho, como para protegerlas también a ellas del sol.

Diez pasos más allá estaba su portal. A veinte, el de Oskar, y a treinta, el de Tommy.

Imposible.

No. Si hubiera estado fuerte y sano posiblemente se hubiera atrevido a intentar entrar por el portal de Oskar atravesando el chorro de luz que aumentaba su potencia a cada segundo que esperaba. Pero por el de Tommy no. Y menos ahora.

Diez pasos. Después estaré en el portal. La ventana grande de la escalera. Y si tropiezo... Si el sol...

Eli echó a correr.

El sol se lanzó sobre él como un león hambriento, mordiéndole la espalda. A punto estuvo de perder el equilibrio empujado por la fuerza física, ensordecedora del sol. La naturaleza escupía su aversión hacia su transgresión. No exponerse a la luz del sol ni siquiera por un instante.

Quemaba. La espalda de Eli borboteaba como el aceite caliente cuando alcanzó el portal y abrió. El dolor casi le hizo desmayarse y subió las escaleras a ciegas, como drogado; no se atrevía a abrir los ojos por miedo a que se le derritieran.

Se le cayó una de las botellas, la oyó rodar por el suelo. Nada que hacer. Con la cabeza agachada, una mano abrazando las dos que quedaban, la otra en el pasamanos, subió las escaleras cojeando. Llegó al rellano. Quedaba un tramo.

A través de la ventana el sol le dio un último zarpazo en la nuca; trató de morderlo, lo mordió después en las piernas, las pantorrillas, los talones mientras subía los peldaños. Estaba ardiendo. Lo único que faltaba eran las llamas. Consiguió abrir su puerta, cayó en la agradable, fresca oscuridad que había dentro. Cerró de golpe. Pero no estaba del todo oscuro.

La puerta de la cocina estaba abierta y allí no había mantas en la ventana. Esta luz era, a pesar de todo, más débil y más gris que aquella otra a la que acababa de exponerse y, sin dudarle, tiró las botellas al suelo y siguió. La luz le arañaba la espalda de una forma relativamente cariñosa mientras se arrastraba a lo largo del pasillo hacia el cuarto de baño y el hedor a carne quemada le llenaba la nariz.

Nunca volveré a estar entero.

Estiró el brazo, abrió la puerta del cuarto de baño y se deslizó dentro de la compacta oscuridad. Apartó unos bidones de plástico, cerró y echó el pestillo.

Antes de meterse en la bañera alcanzó a pensar:

No he cerrado la puerta de fuera.

Pero era demasiado tarde. El sueño lo desconectó en el mismo instante en que se sumergió en la húmeda oscuridad. De todos modos, no habría tenido fuerzas.

Tommy estaba sentado sin moverse, apretado contra el rincón. Contuvo la respiración hasta que empezaron a zumbarle los oídos y una lluvia de estrellas cruzó la noche ante sus ojos. Cuando oyó la puerta del sótano golpear de nuevo se atrevió a soltar el aire en un jadeo prolongado que rebotó a lo largo de las paredes de hormigón, como un eco.

Todo estaba en silencio. La oscuridad era tan grande que tenía masa, peso.

Se llevó una mano a la cara. Nada. Ninguna diferencia. Se frotó la cara como para asegurarse de que realmente existía. Sí. Bajo los dedos sintió su nariz, sus labios. Irreales. Aparecían bajo sus dedos, desaparecían.

La pequeña figura que tenía en la otra mano parecía más viva, más real que él mismo. La abrazó, era su compañero.

Tommy había estado sentado con la cabeza apoyada en las rodillas, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra los oídos para no enterarse, para no tener que oír lo que ocurría en el local del sótano. Le había parecido que la chiquilla había sido asesinada. Pero no pudo, no se atrevió a hacer nada y por eso había tratado de negar toda la situación desapareciendo él mismo.

Había estado con su padre. En el campo de fútbol, en la playa, en la piscina de Kaanan. Finalmente se había detenido en el recuerdo de aquella vez en el campo de Råcksta cuando ambos probaron a volar un avión con mando a distancia que alguien del trabajo le había dejado a su padre.

Su madre los había acompañado un rato, pero al final le pareció que era muy aburrido estar mirando cómo el avión hacía sus acrobacias en el aire y se fue a casa. Su padre y él siguieron hasta que se hizo de noche y el avión no era más que una silueta contra el cielo rosa del atardecer. Después se marcharon a casa a través del bosque cogidos de la mano.

Absorto en el recuerdo de aquel día, Tommy había permanecido distraído de los gritos, de la locura que tenía lugar a unos metros de él. Todo lo que existía era el zumbido irritado del avión, el calor de la enorme mano de su padre sobre su espalda mientras él manejaba nervioso el aparato en amplios círculos sobre el campo, el cementerio.

Por aquel entonces Tommy no había entrado nunca allí; se había imaginado personas que vagaban al azar entre las tumbas, llorando lágrimas brillantes como las de los tebeos que caían salpicando las piedras. Pero eso era antes. Después su padre había muerto y Tommy tuvo que enterarse de que la tristeza de un camposanto rara vez, muy rara vez es así.

Las manos aún más apretadas contra los oídos y fuera de aquellos pensamientos. Piensa en el camino a través del bosque, piensa en el olor de la gasolina especial del

avión, en su botellita, piensa...

Sólo cuando a través de la protección oyó el pestillo de una cerradura se quitó las manos y miró. Inútilmente, porque el cuarto del refugio estaba más oscuro que el espacio que había detrás de sus párpados. Empezó a contener la respiración mientras el otro pestillo sonó en su sitio, continuó mientras lo-que-fuera estaba todavía en el sótano.

Después, el golpe lejano de la puerta del sótano; las paredes retumbaron y aquí estaba él ahora. Con vida.

No me agarró.

No sabía con exactitud qué había sido «eso», pero fuera lo que fuese no le había descubierto.

Tommy abandonó su postura. Un hormiguelo le recorrió los músculos dormidos de las piernas cuando intentó avanzar hacia la puerta tanteando la pared. Tenía las manos sudorosas por el miedo y la presión contra los oídos, la estatua a punto estuvo de resbalársele.

Con su mano libre encontró un volante de la cerradura y empezó a darle la vuelta. Se movió un decímetro, pero luego se paró.

Qué es esto...

Apretó con más fuerza, pero el volante se negó a moverse más allá. Soltó la estatuilla para poder tirar con las dos manos y cayó al suelo con un *ruido sordo.*

Tommy se paró.

Qué raro ha sonado. Como si hubiera algo... blando.

Se agachó al lado de la puerta, intentó mover el volante de abajo. Pasó lo mismo. Unos diez centímetros y luego stop. Se sentó en el suelo. Trató de pensar de una manera práctica.

Joder, se va a quedar uno aquí sentado.

Más o menos, algo así.

De todos modos apareció furtivamente aquel miedo que había sentido unos meses después de la muerte de su padre. Hacía mucho tiempo que esa sensación le había abandonado, pero ahora, encerrado en aquella boca de lobo, empezaba de nuevo. El amor a su padre que, a través de la muerte, se había convertido en miedo de él. De su cuerpo.

Empezó a formársele un nudo en la garganta, los dedos se le pusieron rígidos.

Ahora piensa. ¡Piensa!

Había velas en una balda en el almacén, al otro lado. El problema era llegar hasta allí en la oscuridad.

¡Idiota!

Se dio un golpe en la frente tan fuerte que restalló, se rió. ¡Pero si tenía un mechero! Y además: ¿de qué cojones le habría servido buscar las velas si no hubiera tenido nada con qué encenderlas?

Como aquel viejo con mil botes de conservas y ningún abrelatas. Muerto de hambre en medio de la comida.

Mientras buscaba el encendedor en el bolsillo pensó que su situación no era tan desesperada. Antes o después vendría alguien al sótano, su madre, al menos, y si tenía luz, pues ya estaba.

Sacó el mechero, lo encendió.

Sus ojos acostumbrados a la oscuridad quedaron cegados por la llama, pero cuando se recuperaron vio que no estaba solo. Tendido en el suelo, justo al lado de su pie estaba...

... papá...

No se le ocurrió pensar en que su padre había sido incinerado cuando a la luz de la oscilante llama vio la cara del cadáver y ésta respondía totalmente a sus expectativas sobre el aspecto que debe tener uno cuando se ha pasado varios años bajo tierra.

... papá...

Lanzo un chillido justo enfrente de la llama del encendedor y éste se apagó, pero un instante antes tuvo tiempo de ver cómo la cabeza de su padre daba una sacudida y...

... está vivo...

El contenido de sus tripas se vació en los pantalones con una explosión húmeda que le calentó el culo. Luego se le doblaron las piernas, el esqueleto se le descompuso y se desplomó perdiendo el mechero, que rodó por el suelo. Su mano cayó justamente sobre los pies helados del cadáver. Las uñas afiladas le arañaron la palma de la mano y mientras seguía gritando

¡Pero papá! ¿No te has cortado las uñas de los pies?

empezó a tocar, a acariciar el pie frío como si fuera un cachorro que necesitara consuelo. Siguió hacia arriba pasándole la mano por la espinilla, la pierna, sintiendo cómo los músculos tensos debajo de la piel se movían mientras él gritaba convulsionado, berreando como un corzo.

Las puntas de sus dedos tocaron metal. La escultura. Estaba recostada entre las piernas del cadáver. Agarró la figura por el pecho, dejó de gritar y volvió por un instante a lo concreto.

El mazo.

En silencio tras los gritos oyó el sonido pegajoso de algo que caía mientras el cadáver levantaba la parte superior del cuerpo, y cuando un miembro frío le rozó el dorso de la mano, la retiró y apretó la estatua.

No es papá.

No. Tommy se deslizó hacia atrás, lejos del cadáver con la deposición embadurnándole las nalgas, y le pareció por un momento *ver en la oscuridad*; en ese instante su sentido del oído se transformó en sentido de la vista y vio al cadáver levantándose en medio de la negrura, una silueta amarillenta, una constelación.

Mientras que él, con ayuda de los pies, se arrastraba hacia atrás, hacia la pared, el cuerpo de al lado profirió un breve sonido:

—... aaa...

Y Tommy vio

un elefante pequeño, un elefantito dibujado, y aquí viene (tuuuut) el elefante GRANDE, y entonces... ¡arriba!... con la trompa y suena «A», luego viene Magnus, Brasse y Eva y cantan «¡Allí! ¡Es aquí! Donde uno no...».

No, ¿cómo es...?

El cadáver tenía que haber tropezado con la pila de cajas porque se oyeron ruidos sordos, estrépito de radiocasetes que caían al suelo mientras Tommy se empotraba contra la pared, golpeándose la parte posterior de la cabeza de tal manera que el cerebro se le llenó de un zumbido blanco. A través del zumbido oyó el ruido de unos pies descalzos y entumecidos que se movían por el suelo, buscando.

Aquí. Es allí. Donde uno no está. No. Que sí.

Eso precisamente. Él no estaba aquí. No se veía a sí mismo, no veía a quien emitía los sonidos. Así que no eran más que sonidos. No era más que algo que él escuchaba sentado mientras miraba fijamente la tela negra de los altavoces. Esto era algo que no existía.

Aquí. Es allí. Donde uno no está.

A punto estuvo de cantarlo en voz alta, pero un resto lúcido de su consciencia le advirtió de que no debía hacerlo. El zumbido blanco empezó a desvanecerse, dejando tras de sí un espacio vacío en el que, con gran esfuerzo, empezó a situar los pensamientos.

La cara. La cara.

No quería pensar en la cara, *no* quería pensar en...

Algo de la cara que se había agitado a la luz del encendedor.

El cuerpo se aproximaba. No sólo oía los pasos cada vez más cerca como un rozón contra el suelo. No, podía sentir su presencia como una sombra más oscura que la oscuridad.

Se mordió el labio inferior hasta que notó el sabor de la sangre en la boca, cerró los ojos. Vio sus dos ojos desaparecer de la imagen como dos...

Ojos.

No tiene ojos.

Un soplo débil sobre su cara cuando una mano agitó el aire. *Ciego. Está ciego.*

No estaba seguro, pero la masa que había encima de los hombros de aquel ser no tenía ojos.

Cuando la mano volvió a volar, Tommy sintió en la mejilla la caricia del aire desplazado una décima de segundo antes de que le alcanzara, y tuvo tiempo de girar la cabeza de forma que la mano sólo le rozó el pelo. Completó el movimiento y se tiró al suelo de bruces, empezó a reptar moviendo las manos por delante del cuerpo, nadando en seco.

El encendedor, el encendedor...

Algo se le clavó en la mejilla. Sintió una nausea en el estómago cuando comprendió que se trataba de la uña del pie de aquel ser, pero rápidamente se echó a rodar para no encontrarse en el mismo lugar cuando llegaran las manos a buscarlo.

Aquí. Es allí. Donde yo no...

Se le escapó un bufido. Trató de evitarlo, pero no pudo. La saliva le salía a chorros por la boca y de su garganta destrozada llegaron hipidos de risa y de llanto, sollozos, mientras las manos, dos radares, seguían barriendo el suelo en busca de la única ventaja que él quizá, quizá tenía sobre la oscuridad que lo quería atrapar.

Dios, ayúdame. Deja que la luz de tu rostro... Dios... perdón por lo de la iglesia, perdón por... todo. Dios. Yo voy a creer siempre en ti, lo que tú quieras si... me permites encontrar el encendedor... sé mi amigo, por favor Dios.

Algo sucedió.

En el mismo instante en que Tommy sintió la mano de aquel ser tanteando su pie, la estancia se bañó durante una fracción de segundo de una luz azulada, como iluminada por el flash de una cámara, y Tommy vio realmente, durante esa fracción de segundo, las cajas volcadas, la vasta estructura de las paredes, el paso hacia el almacén.

Y el encendedor.

Estaba sólo a unos metros de su mano derecha, y cuando la oscuridad se cernió de nuevo a su alrededor tenía la posición del mechero grabada en la retina. Liberó el pie de la mano de aquel ser, estiró la mano y cogió el encendedor, lo agarró bien, se puso en pie de un salto.

Sin pararse a pensar si no sería demasiado pedir, empezó a recitar, para sus adentros, una nueva petición:

Haz que sea ciego, Dios. Haz que sea ciego, Dios. Haz que...

Encendió el mechero. Un fogonazo, parecido al que acababa de experimentar; luego, la llama amarilla con su centro azul.

El ser estaba quieto, volvió la cabeza hacia la luz. Empezó a caminar en dirección a ella. La llama osciló cuando Tommy dio dos pasos de lado y llegó hasta la puerta. El ser se paró donde Tommy había estado tres segundos antes.

Si hubiera podido alegrarse, lo habría hecho. Pero a la débil luz del encendedor todo se volvió despiadadamente real. Ya no era posible evadirse en la fantasía de que ni siquiera se encontraba allí, de que esto no le ocurría a él.

Estaba encerrado en un cuarto insonorizado junto con lo que más miedo le daba. Algo hizo que sintiera un vuelco en el estómago, pero no había nada más que expulsar. Sólo salió un pequeño pedo y aquel ser volvió de nuevo la cabeza, hacia él.

Tommy empujó el volante de la cerradura con la mano que tenía libre de manera que la que sujetaba el encendedor tembló, y la luz volvió a apagarse. El volante no se movía, pero Tommy había tenido tiempo de ver por el rabillo del ojo cómo el ser venía hacia él y se tiró lejos de la puerta, hacia la pared en la que había estado

sentado antes.

Sollozó, se sorbió los mocos. *Haz que esto TERMINE. Dios, haz que esto termine.* De nuevo el elefante grande que se alzaba el sombrero y con su voz nasal decía:

*¡Ya se terminó! Soplando en la trompeta, la trompa, ¡tuuuut! ¡Ya se terminó!
Me vuelvo loco, yo... eso...*

Sacudió la cabeza, encendió el mechero otra vez. Allí, delante de él, estaba la estatua. Se agachó, la cogió y dio un par de saltos a un lado; continuó hacia la otra pared. Vio cómo el ser buscaba a tientas con las manos en el espacio que él había abandonado.

La gallinita ciega.

El encendedor en una mano, la estatua en la otra. Abrió la boca para decirlo, pero no salió más que un susurro silbante:

—Anda, ven...

El ser respondió, se volvió y fue hacia él.

Tommy levantó el trofeo de Staffan como si fuera un mazo, y, cuando el ser se encontraba a medio metro de él, lo lanzó contra su cara.

Como en un penalti perfecto en el fútbol, cuando uno nota en el mismo instante en que el pie toca el balón que esto... esto va a dar justo en la escuadra, de esa forma sintió Tommy cuando aún se hallaba a medio camino del lanzamiento que...

¡Sí!

... y cuando la afilada esquina de piedra golpeó la sien de aquel ser con una fuerza que se convirtió en un calambre a lo largo del brazo de Tommy, el triunfo ya se había instalado en él. No fue más que una confirmación de que el cráneo se había hecho pedazos con un estallido de hielo roto. Un líquido frío salpicó la cara de Tommy y el ser se derrumbó en el suelo.

El muchacho se quedó de pie, resollando. Miró el cuerpo que estaba reventado en el suelo.

Estaba empalmado.

Sí. Como una lápida funeraria minúscula, medio volcada, emergía del cuerpo la polla de aquel ser, y Tommy, quieto, miraba esperando que cayera. Pero no lo hizo. Tommy quería reírse, pero le dolía demasiado la garganta.

Sintió un dolor punzante en el dedo pulgar. Miró hacia abajo. El encendedor había empezado a quemarle la piel del dedo que apretaba la palanca del gas. Instintivamente soltó, pero el dedo se había quedado cerrado espasmódicamente sobre la palanca.

Inclinó el encendedor hacia otro lado. Aun así no quería apagarlo. Aun así no quería quedarse a oscuras con ese... Un movimiento.

Y Tommy sintió que algo esencial, algo que él necesitaba para ser Tommy, le abandonaba cuando aquel ser volvió a levantar la cabeza, volvió a ponerse en pie.

¡Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña! La tela se rompió. El

elefante cayó a través de ella.

Y Tommy golpeó otra vez. Y otra más.

Después de un rato le empezó a parecer realmente divertido.

Lunes 9 de Noviembre

Morgan pasó al lado del vigilante y agitó una tarjeta que había caducado hacía medio año mientras que Larry, con buen sentido del deber, se paró, sacó su arrugada tarjeta prepago y dijo:

—Ängbyplan.

El vigilante alzó los ojos del libro que estaba leyendo, selló dos tickets. Morgan se reía cuando Larry llegó hasta él y empezaron a bajar las escaleras.

—¿Por qué cojones haces eso, eh?

—¿Qué? ¿Sellar?

—Sí. Te van a dar por el culo igual.

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Yo no soy como tú, ¿vale?

—Pero ¿qué dices?... el tío estaba sentado y... habrías podido enseñarle una foto del rey sin que hubiera reaccionado.

—Sí, sí. No hables tan alto, joder.

—¿Qué crees, que viene detrás de nosotros o qué?

Antes de abrir las puertas que daban al andén, Morgan, haciendo bocina con las manos, gritó en dirección a la entrada de la estación:

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Viajero sin billete!

Larry se largó, dio unos pasos hacia el andén. Cuando Morgan llegó a su altura, le dijo:

—Eres como un crío, ¿lo sabes?

—Por supuesto. Ahora vamos a ver: ¿qué fue lo que pasó?

Larry había llamado por la noche a Morgan para contarle un poco de lo que Gösta le había dicho por teléfono a él diez minutos antes. Habían quedado en encontrarse por la mañana, temprano, a la entrada del metro, para ir al hospital.

Ahora se lo volvía a contar otra vez. Virginia, Lacke, Gösta, los gatos. La ambulancia en la que Lacke la acompañó. Lo iba bordando con detalles de su cosecha, y, antes de que hubiera terminado, llegó el metro en dirección al centro. Subieron, consiguieron una ventanilla para ellos solos y Larry terminó la historia con:

—... y entonces se pusieron en marcha con las sirenas sonando a toda pastilla.

Morgan asintió, se mordió la uña de uno de los pulgares mirando a través de la ventanilla mientras el tren salía del túnel y paraba en Islandstorget.

—¿Pero por qué cojones se lió aquello de esa manera?

—¿Con los gatos? No sé. Se volverían locos o algo así.

—¿Todos? ¿Al mismo tiempo?

—Sí. ¿Se te ocurre algo mejor?

—No. Mierda de gatos. Lacke estará ahora totalmente hundido.

—Mmm. No andaba precisamente muy boyante últimamente.

—No —Morgan suspiró—. Es una pena lo de Lacke, la verdad. Deberíamos... sí, no sé. Hacer algo.

—¿Y de Virginia?

—Sí, sí, sí. Pero estar herido..., o sea, enfermo. Es lo que es, ¿no? Uno está allí ingresado. Lo jodido es estar al lado y... no, no sé, pero él estaba bastante... últimamente, cuando... ¿de qué disparates hablaba? ¿De hombres lobo?

—De vampiros.

—Sí. No se puede decir que sea propiamente un indicio de que alguien se encuentra a tope, ¿no?

El metro se paró en Ängbyplan. Cuando las puertas se cerraron, Morgan dijo:

—Bueno, pues eso. Ahora estamos en el mismo barco.

—Creo que no son tan duros si uno *tiene* una zona pagada.

—Tú lo crees. Pero no lo sabes.

—¿Has visto las cifras? Del Partido Comunista.

—Sí, sí. Mejorarán hasta las elecciones. Hay mucho socialdemócrata que, a la chita callando, cuando se ven con la papeleta en la mano pues votan con el corazón.

—Eso es lo que tú crees.

—No. Lo sé. El día que el Partido Comunista salga del Parlamento, ese día empezaré a creer en los vampiros. Aunque está claro: conservadores siempre hay. Bohman y compañía, ya sabes. Ahí tienes a las verdaderas sanguijuelas...

Morgan puso en marcha uno de sus monólogos. Larry dejó de escucharle en algún punto cerca de Åkeshov. Fuera de los invernaderos había un policía mirando hacia el metro. Larry sintió una punzada de inquietud al pensar que había sellado pocos tickets, pero desechó inmediatamente aquel pensamiento cuando recordó *por qué* estaba allí el policía.

El agente parecía bastante aburrido. Larry se relajó; algunas palabras sueltas del discurso de Morgan le daban vueltas en la cabeza mientras seguían traqueteando hacia Sabbatsberg.

Las ocho menos cuarto y todavía ninguna enfermera. La raya de color gris sucio del techo se había vuelto gris claro y las persianas dejaban pasar suficiente luz como para que se sintiera como si estuviera en un solárium. El cuerpo le ardía, se dilataba, pero nada más. No iba a pasar nada más.

Lacke resoplaba en la cama de al lado, masticando en sueños. Ella estaba preparada. Si hubiera podido apretar un botón para hacer que viniera una enfermera, lo habría hecho. Pero tenía las manos atadas y no era posible.

Por eso esperaba. El calor de la piel era doloroso, pero no insoportable. Peor era el continuo esfuerzo para mantenerse despierta. Un momento de descuido y la

respiración cesaba, el espacio dentro de su cabeza empezaba a apagarse a toda velocidad y tenía que abrir los ojos y sacudir la cabeza para hacer que se encendiera de nuevo.

Al mismo tiempo, esa atención necesaria era una bendición; le impedía pensar. Toda su energía mental la empleaba en mantenerse despierta. No había espacio para la duda, el arrepentimiento u otras alternativas.

A las ocho en punto llegó la enfermera.

Cuando abrió la boca para decir: «¡Buenos días, buenos días!», o lo que las enfermeras dijeran por la mañana, chistó Virginia:

—¡Chsss!

La boca de la enfermera se cerró con un asombrado «clic» y arrugó el entrecejo mientras, en la penumbra, se acercaba a la cama de Virginia; inclinándose sobre ella, dijo:

—Bueno, cómo...

—¡Chsss! —susurró Virginia—. Perdón, pero no quiero despertarlo. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Lacke. La enfermera asintió y dijo en voz más baja:

—No, no. Pero tengo que tomarte la temperatura y una pequeña prueba de sangre.

—Sí, sí. Pero ¿podrías sacarlo a él primero?

—Sacar... ¿quieres que le despierte?

—No. Pero si pudieras... sacarlo dormido.

La enfermera miró a Lacke como para sopesar si lo que Virginia pedía era posible físicamente, luego sonrió y contestó:

—Sí, seguro que sale bien. Vamos a tomar la temperatura sólo en la boca, así que no tenéis que sentirnos...

—No es eso. ¿Serías tan amable... sólo tan amable de hacer lo que te pido?

La enfermera echó un vistazo a su reloj.

—Tendréis que disculparme, pero tengo otros pacientes que...

Virginia bufó lo más alto que se atrevía.

—Por favor.

La enfermera dio medio paso hacia atrás. Evidentemente estaba informada de lo que había ocurrido con Virginia por la noche. Su mirada voló a los cinturones que le sujetaban los brazos y lo que vio pareció tranquilizarla; se volvió a acercarse a la cama. Entonces empezó a hablar a Virginia como si fuera débil mental.

—Es que... yo... nosotros, para poder ayudarla a que se ponga bien otra vez necesitamos un poco...

Virginia cerró los ojos, suspiró, desistió. Después dijo:

—¿Podrías levantar las persianas?

La enfermera asintió y fue hacia la ventana. Mientras tanto Virginia se quitó el edredón de una patada, quedándose desnuda sobre la cama. Contuvo la respiración. Cerró los ojos.

Se acabó. Ahora quería desconectarse. Ahora *quería* conscientemente dar paso a las mismas funciones contra las que había estado peleando toda la mañana. No fue posible. En cambio llegó eso que dicen: la vida pasó delante de ella como una película a cámara rápida.

El pájaro que tenía en una caja de cartón... el olor a sábanas recién planchadas en el lavadero... mamá que se agacha sobre las migas de los bollos de canela... papá... el humo de su pipa... Per... la casita... Lena y yo, el rebozuelo tan grande que encontramos aquel verano... Ted con compota de arándanos en la mejilla... Lacke, su espalda... Lacke...

Un sonido chirriante cuando se levantaron las persianas, y un mar de fuego la absorbió.

A Oskar lo había despertado su madre a las siete y diez, como de costumbre. Se había levantado y había tomado el desayuno, como de costumbre. Se había vestido y había dado a su madre un abrazo de despedida a las siete y media, como de costumbre.

Se sentía como de costumbre.

Lleno de inquietud, de malos presentimientos, claro. Pero eso tampoco era especialmente raro cuando iba a ir a la escuela el primer día después del fin de semana.

Metió el libro de geografía, el atlas y la copia que no había hecho en la cartera, estuvo listo a las ocho menos veinticinco. No tenía que salir hasta dentro de un cuarto de hora. ¿Y si hacía esa copia de todos modos? No. No tenía ganas.

Se sentó en su escritorio y se quedó mirando la pared.

¿Eso tenía que significar que no estaba contagiado? ¿O tendría un periodo de incubación? No. Ese viejo... había pasado en sólo unas horas.

No estoy contagiado.

Debería de estar contento, aliviado. Pero no lo estaba. Sonó el teléfono.

¡Eli. Ha pasado algo con...!

Salió disparado de la mesa, al pasillo, levantó el auricular del teléfono:

—¡HolasoyOskar!

—Sí... Hola. Papá. Sólo papá.

—Hola.

—Bueno, ¿así que estás... en casa?

—Me iba a ir ahora a la escuela.

—Bueno, entonces no te voy a... ¿está mamá en casa?

—No, se ha ido al trabajo.

—Sí, eso pensaba.

Oskar comprendió. *Por eso* llamaba a esa hora tan rara, porque sabía que su madre no estaría. Su padre tosió.

—Sí, he estado pensando... lo que pasó el sábado. Fue un poco... lamentable.

—Sí.

—Sí. ¿Le has contado a tu madre... lo que pasó?

—¿Tú qué *crees*?

Hubo un silencio al otro lado. El zumbido estático de cien kilómetros de cable telefónico. Los grajos posados en él, tiritando, mientras las conversaciones de la gente corrían bajo sus pies. Su padre volvió a toser.

—Bueno, he preguntado lo de esos patines, y va bien. Puedes tenerlos.

—Tengo que irme ya.

—Sí, claro. Que te... vaya bien en la escuela entonces.

—Vale. Adiós.

Oskar colgó el auricular, cogió la cartera y se fue a la escuela. No sentía nada.

Faltaban cinco minutos hasta que empezaran las clases y algunos alumnos estaban en el pasillo, fuera del aula. Oskar dudó un momento, luego se echó la cartera a la espalda y se dirigió hacia la clase. Todas las miradas se volvieron hacia él.

Linchamiento. Abucheo colectivo.

Sí, se había temido lo peor. Evidentemente, todos sabían lo que le había pasado a Jonny el jueves, aunque no vio la cara de Jonny entre los reunidos, pero claro, la que oyeron el viernes fue la versión de Micke. Micke sí que estaba allí, estaba y sonreía con su sonrisa idiota, como de costumbre.

En vez de aminorar la marcha, prepararse de alguna manera para escapar, aceleró el paso, fue rápidamente hacia el aula. Se sentía vacío por dentro. Ya no se preocupaba por lo que sucedía. No tenía importancia.

Y lógicamente ocurrió el milagro: el mar se abrió.

El grupo que estaba fuera se dispersó, abriendo camino a Oskar hasta la puerta. Él, en realidad, no se había esperado otra cosa. Tanto si era porque irradiaba fuerza o porque era un paria maloliente al que había que evitar, eso era lo de menos.

Él ahora era de otra especie. Los otros lo notaban y se apartaban.

Oskar entró en la clase sin mirar a los lados, se sentó en su pupitre. Oyó el murmullo de fuera, del pasillo, y después de un par de minutos los demás entraron en tromba. Johan levantó el pulgar al pasar al lado del pupitre de Oskar. Oskar se encogió de hombros.

Luego llegó la maestra, y cinco minutos después de que hubiera empezado la clase apareció Jonny. Oskar había creído que tendría algún tipo de vendaje en la oreja, pero no. La oreja sin embargo estaba amoratada, hinchada y parecía como si no perteneciera al cuerpo.

Jonny se sentó en su sitio. No miró a Oskar, ni a nadie.

Está avergonzado.

Sí, así era. Oskar volvió la cabeza para mirar a Jonny, que estaba sacando un álbum de fotos de la cartera y metiéndolo en su pupitre. Y vio que Jonny tenía las

mejillas muy rojas, a juego con la oreja. A Oskar le dieron ganas de sacarle la lengua, pero se contuvo.

Demasiado infantil.

Los lunes, Tommy no empezaba las clases hasta las diez menos cuarto, así que Staffan se levantó a las ocho y tomó una taza rápida de café antes de bajar a hablar un poco en serio con el chico.

Yvonne se había ido al trabajo; Staffan tenía que presentarse a las nueve en Judarn para, ya bajo mínimos, seguir rastreando el bosque, aunque se suponía que no daría ningún resultado.

Bueno, era agradable estar fuera y parecía que el tiempo iba a ser bueno. Aclaró la taza de café bajo el grifo, se paró a pensar un momento, luego se puso el uniforme. Había sopesado la idea de bajar a ver a Tommy con ropa de calle, hablar con él como una persona normal, como si dijéramos. Pero, bien pensado, aquello era estrictamente una cuestión policial, vandalismo, y, además, el uniforme era un manto de autoridad de la que él, evidentemente, tampoco creía carecer en condiciones normales, pero... sí.

Además era más práctico estar ya vestido, puesto que tenía que ir luego al trabajo. Así que Staffan se puso el uniforme, la cazadora de invierno, se miró en el espejo para comprobar qué impresión daba y le pareció bien. Luego cogió la llave del sótano, que Yvonne le había dejado encima de la mesa de la cocina, salió, cerró la puerta, echó una mirada a la cerradura (deformación profesional) y bajó las escaleras, abrió la puerta del sótano.

Y hablando de deformaciones profesionales...

Aquí había algún fallo con la cerradura. No presentaba resistencia al girar la llave, no había más que abrir. Se agachó, revisó el mecanismo.

Claro. Una bolita de papel.

Un truco clásico entre los ladrones; bajo cualquier pretexto visitar el lugar donde querían dar el golpe, manipular la cerradura y luego esperar a que el dueño no lo notara cuando abandonara el lugar.

Staffan sacó la punta de su navaja y sacó la bolita de papel. *Tommy, claro.*

No se paró a pensar *para qué* iba a manipular Tommy la cerradura de una puerta de la que tenía llave. Tommy era un ladrón que estaba allí, y esto era un truco de ladrón. Luego: Tommy.

Yvonne le había indicado cuál era el trastero, y mientras Staffan avanzaba hacia allí, iba preparando en la cabeza el discurso que le iba a echar. Había *pensado* ir un poco de colega, tomárselo con calma, pero lo de la cerradura le había vuelto a poner de mal humor.

Le iba a explicar a Tommy —explicar, no amenazar— lo de las cárceles de menores, lo de asuntos sociales, la edad a la que podían ser condenados y todo eso.

De manera que comprendiera en qué carrera estaba empezando a meterse.

La puerta del trastero estaba abierta. Staffan echó un vistazo dentro. Vaya. *El zorro ha abandonado la cueva*. Luego vio las manchas. Se agachó, pasó el dedo sobre ellas.

Sangre.

El edredón de Tommy reposaba encima del sofá; también allí había unas pocas manchas de sangre. Y el suelo estaba, lo veía ahora que se fijaba atentamente, *lleno* de sangre.

Aterrado, salió del trastero.

Ante sus ojos tenía ahora... un escenario donde se había cometido un *crimen*. En vez del discurso que pensaba echar, su cabeza empezó a pasar las hojas del libro con las normas para el tratamiento de los lugares en que se hubiera producido un crimen. Se lo sabía de memoria, pero mientras localizaba los párrafos

Salvaguardar el material de tal índole que pueda desaparecer... anotar la hora... evitar contaminar los lugares donde quepa la posibilidad de poder encontrar restos de tejidos

oyó un débil susurro detrás de él. Un susurro intercalado de golpes amortiguados.

Había un palo trabado en los volantes de la cerradura del refugio. Se acercó a la puerta, escuchó. Sí. El susurro, los golpes venían de allí dentro. Sonaba casi como una... misa. Una letanía recitada de la que él no podía entender las palabras.

Satanistas...

Un pensamiento tonto, pero cuando miró el palo que estaba puesto en la puerta, la verdad es que sintió miedo, porque se fijó en la punta. Unas líneas pegadas de color rojo oscuro que se extendían unos diez centímetros sobre el propio palo. Igual, exactamente igual a la hoja de un cuchillo cuando había sido usada en un acto violento y no se había secado del todo.

Los susurros al otro lado de la puerta continuaban.

¿Pedir refuerzos?

No. Quizá se estuviera cometiendo algún acto delictivo ahí dentro y se consumara mientras él corría a llamar. Tendría que *arreglárselas* solo.

Desabrochó la funda de la pistola para tener ésta a mano, sacó la porra. Con la otra mano extrajo un pañuelo del bolsillo, lo puso con cuidado en un extremo del palo y empezó a sacarlo del volante al mismo tiempo que permanecía atento por si el ruido del palo provocaba algún cambio, algún tipo de reacción dentro del cuarto.

No. La letanía y los susurros continuaban.

El palo estaba fuera. Lo puso contra la pared para no destruir las huellas de la mano o de los dedos.

Sabía que un pañuelo no era una garantía para que las huellas no se estropearan, por eso en vez de agarrar directamente el volante puso dos dedos rígidos en una de las aspas y empezó a girarla.

Los pestillos de la cerradura se abrieron. Se chupó los labios. Sintió que tenía la

garganta seca. Giró el segundo volante hasta el tope y la puerta se abrió un centímetro.

Entonces oyó las palabras. Era una canción. La canción, un susurro entrecortado y lloroso:

¡Doscientossetentaycuatro elefantes se balanceaban sobre la tela de una ara (ruido sordo) abaña!

*¡Cómo veían que no se caían
fueron a llamar a otro elefante!*

*¡Doscientossetentaycinco elefantes se balanceaban
sobre la tela de una ara*

(ruido sordo)

aaaña!

¡Cómo veían que no se caían...

Staffan separó la porra del cuerpo, empujó con ella la puerta. Vio.

El bulto detrás del cual se encontraba Tommy de rodillas habría sido difícil de reconocer como un cuerpo humano si no hubiera sido por el brazo que sobresalía, separado del cuerpo hasta la mitad. La zona del pecho, el vientre, la cara no eran más que un montón de carne, vísceras y huesos rotos.

Tommy sujetaba con las dos manos una piedra cuadrada que, en una parte determinada de la canción, hundía en los restos de la carnicería; como no ofrecían ninguna resistencia, la piedra podía atravesarlos y golpear en el suelo con un ruido sordo antes de que la levantara de nuevo y de que otro elefante más subiera a la tela.

Staffan no estaba seguro de que *fuera* Tommy. La persona que agarraba la piedra estaba tan cubierta de sangre, tan salpicada que era difícil... Staffan se sintió realmente indispuerto. Se tragó un vómito que amenazaba con crecer, bajó la mirada para no tener que ver y los ojos se pararon en un soldadito de plomo que estaba tirado al lado del umbral de la puerta. No. Era un tirador de pistola. Lo reconoció. La figura estaba colocada de tal forma que la pistola apuntaba directa al techo.

¿Dónde está la peana?

Después lo comprendió.

La cabeza empezó a darle vueltas y, olvidándose de las huellas digitales y de asegurar las pruebas, apoyó la mano en el marco de la puerta para no caer al suelo mientras la letanía de la canción continuaba:

Doscientossetentaysiete elefantes se balanceaban Sobre la tela...

Tenía que encontrarse realmente mal, puesto que tenía alucinaciones. Le había parecido ver... sí... vio claramente cómo los restos humanos que había en el suelo en el intervalo entre golpe y golpe... se movían.

Intentaba levantarse.

Morgan era un fumador impetuoso; cuando apagó su cigarro en la jardinera que había fuera de la entrada del hospital, a Larry todavía le quedaba la mitad. Morgan se llevó las manos a los bolsillos, recorrió el aparcamiento de un lado a otro, juró cuando el agua de un charco se le metió por el agujero de la suela y le mojó el calcetín.

—Larry, ¿tienes algo de pasta?

—Como sabes, vivo del subsidio de enfermedad y...

—Sí, sí, sí. ¿Pero tienes algo de dinero?

—¿Por qué? No presto si es lo que...

—No, no, no. Pero estoy pensando en Lacke. Si no deberíamos invitarle a un verdadero... ya sabes.

Larry tosió y miró acusadoramente el cigarro.

—¿Como... para que se sienta mejor?

—Sí.

—No... No sé.

—¿Por qué? ¿Porque no crees que se vaya a sentir mejor por eso, porque no tienes dinero o porque eres demasiado tacaño para ponerlo?

Larry suspiró, tosiendo dio otra calada al cigarro, hizo una mueca y apagó la colilla con el pie. Luego la recogió y la tiró en un tiesto lleno de arena, miró el reloj.

—Morgan... son las ocho y media de la mañana.

—Sí, sí. Pero dentro de un par de horas. Cuando abran.

—No, ya veremos.

—Así que tienes pasta.

—¿Entramos o qué?

Tras pasaron la puerta giratoria. Morgan se atusó el pelo con la mano y se acercó hasta la mujer de la recepción para enterarse de dónde estaba Virginia mientras que Larry se puso a observar unos peces que, medio dormidos, daban vueltas en un acuario cilíndrico grande y burbujeante.

Al cabo de un minuto llegó Morgan, sacudiéndose el chaleco de cuero como para quitarse algo que se le hubiera quedado pegado, y dijo:

—Put a lechuza vieja. No quería decírmelo.

—Eh, estará en intensivos.

—¿Y le dejan a uno entrar allí?

—A veces.

—Oye, parece que tienes experiencia en esto.

—La tengo.

Se dirigieron a cuidados intensivos, Larry sabía cómo ir.

Muchos de los «conocidos» de Larry estaban o habían estado ingresados en el hospital. Actualmente había dos sólo en Sabbatsberg, sin contar a Virginia. Morgan sospechaba que gente a la que Larry había visto sólo de pasada se convertía en

conocida o incluso en colega justo en el momento en que ingresaba en el hospital. Entonces su olfato los detectaba e iba a visitarlos.

¿Por qué lo hacía?, bueno, eso era lo que Morgan estaba pensando preguntarle cuando llegaron a las puertas batientes de la unidad de cuidados intensivos, empujaron para abrir y vieron a Lacke fuera, en el pasillo. Estaba sentado en una butaca, sólo llevaba puestos los calzoncillos. Tenía las manos agarradas a los reposabrazos mientras miraba fijamente a la habitación de enfrente, donde la gente entraba y salía apresuradamente.

Morgan sacudió el aire con la mano.

—Joder, ¿han incinerado a alguien aquí o qué pasa? —y echándose a reír—: Estos putos conservadores. Medidas de ahorro, ya sabes. Deja que el hospital se haga cargo de...

Se calló cuando llegaron junto a Lacke. Tenía la cara de color gris ceniza; los ojos, rojos, no veían. Morgan sospechó lo que había pasado, dejó que Larry fuera delante. A él no se le daban bien estas cosas.

Larry se acercó a Lacke, le puso la mano en el brazo.

—Hola, Lacke. ¿Qué tal?

Alboroto en la habitación de enfrente. Las ventanas que se veían desde la puerta estaban abiertas de par en par, pero de todas formas llegaba hasta el pasillo un olor a ceniza ácida. En la habitación había humo, y dentro de ella personas hablando a voces y gesticulando. Morgan pilló las palabras «responsabilidad del hospital» y «tenemos que intentar...».

Lo que debían intentar, eso no lo oyó, porque Lacke se volvió hacia ellos, mirándolos fijamente como si fueran dos desconocidos, y dijo:

—... tenía que haberlo comprendido...

Larry se inclinó sobre él:

—¿Tenías que haber comprendido qué?

—Que iba a pasar.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Los ojos de Lacke se despejaron y, mirando hacia la habitación nublada y como en un ensueño, dijo sencillamente:

—Ha ardido.

—¿Virginia?

—Sí. Ella ha ardido.

Morgan dio un par de pasos hacia la habitación y echó una ojeada. Un hombre mayor con cara de autoridad se acercó a él.

—Disculpa, pero esto no es un circo.

—No, no. Yo sólo...

Morgan estaba a punto de soltar alguna de sus ocurrencias, como que iba a buscar su serpiente boa, pero se contuvo. De todas formas había podido ver. Dos camas. La una con las sábanas revueltas y una manta echada a un lado, como si alguien se

hubiera levantado de ella a toda prisa.

La otra estaba cubierta de la cabeza a los pies con una manta gruesa de color gris oscuro. La madera del cabecero de la cama estaba manchada de hollín. Bajo la manta se dibujaba la silueta de una persona increíblemente delgada. La cabeza, el tórax... el hueso de la pelvis era el único que se podía distinguir claramente. El resto podían haber sido pliegues, o arrugas de la manta.

Morgan se frotó los ojos con tanta fuerza que casi se le salen por detrás. Es verdad. Joder, es verdad.

Miró hacia el pasillo buscando a alguien con quien desahogar su aturdimiento. Vio a un señor mayor que iba apoyado en un andador con un gotero a su lado y que intentaba curiosear en la habitación. Morgan dio un paso hacia él.

—¿Qué haces aquí mirando, jodido bobo? ¿Quieres que te dé un empujón al andador o qué?

El hombre empezó a retirarse hacia atrás, diez centímetros cada vez. Morgan apretó los puños, se contuvo. Luego recordó algo que había visto en la habitación, se dio la vuelta de repente y volvió.

El hombre que le había llamado antes la atención salía en ese momento.

—Tendrás que disculparnos, pero...

—Sí, sí, sí... —Morgan lo apartó—... sólo voy a buscar la ropa de mi colega, si se puede. ¿O te parece que tiene que estar todo el día en pelotas ahí fuera, eh?

El hombre se cruzó de brazos y dejó pasar a Morgan.

Recogió la ropa de Lacke de la silla que había al lado de la cama deshecha, echó una ojeada a la otra cama. Una mano quemada con los dedos separados sobresalía de la manta. La mano era irreconocible; el anillo que llevaba en el dedo corazón no estaba. Un anillo dorado con una piedra azul, el anillo de Virginia. Antes de volverse, Morgan alcanzó a ver que tenía un cinturón de cuero atado en la muñeca.

El hombre estaba todavía en la puerta con los brazos cruzados.

—¿Contento?

—No. ¿Por qué cojones está atada? El hombre meneó la cabeza.

—Puedes decirle a tu amigo que la policía vendrá de un momento a otro, y que, probablemente, querrán hablar con él.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. No soy policía.

—No, no. Aunque se podría pensar.

Fuera, en el pasillo, ayudaron a Lacke a vestirse y justo habían terminado cuando llegaron dos comisarios de policía. Lacke estaba inaccesible, pero la enfermera que había subido las persianas tuvo la suficiente entereza como para poder testificar que Lacke no había tenido nada que ver con aquello. Que estaba aún dormido cuando aquello... empezó.

Sus compañeras la consolaban. Larry y Morgan sacaron a Lacke del hospital.

Cuando llegaron ante la puerta giratoria, Morgan, tomando aire fresco, dijo:

—Tendré que aligerar un poco —se inclinó sobre un seto y vomitó los restos de la comida del día anterior mezclados con mucosidad verdosa sobre el seto desnudo.

Cuando terminó se limpió la boca y se secó la mano en el pantalón. Después levantó la mano como si fuera la prueba del delito y le dijo a Larry:

—Pues ahora tendrás que aflojar un poco la cartera, joder.

Consiguieron llegar a Blackeberg y Morgan recibió ciento cincuenta coronas para ir a comprar algo mientras Larry condujo a Lacke a su casa.

Lacke se dejaba llevar. No había dicho ni media palabra durante el viaje en metro.

En el ascensor, subiendo a casa de Larry en el séptimo piso de uno de los edificios altos, empezó a llorar. No de forma tranquila y silenciosa, no, berreando como un niño aunque peor, más. Cuando Larry abrió la puerta del ascensor y le ayudó a salir al rellano de la escalera, se agudizaron los berridos, retumbando en las paredes de hormigón. El grito de Lacke, de verdadera e infinita tristeza, alcanzó todos los pisos de la escalera, recorrió los buzones, los agujeros de las cerraduras, convirtiendo el edificio en una lápida funeraria levantada al amor, a la esperanza. Larry se estremeció; nunca había oído nada parecido. Así no se llora. No se puede llorar así. Uno se muere si llora así.

Los vecinos. Pensarán que le estoy matando.

Larry daba vueltas al llavero mientras todo el sufrimiento humano, miles de años de impotencia y desengaños que por un momento habían encontrado una vía de escape en el frágil cuerpo de Lacke, continuaron saliendo en tromba.

La llave entró en la cerradura y, con una fuerza de la que ni él mismo se creía capaz, Larry *metió* a Lacke en casa y cerró la puerta. Lacke seguía gritando, parecía que el aire no se le iba a agotar nunca. A Larry las raíces del pelo empezaron a llenársele de sudor.

Qué cojones voy... voy...

En mitad del pánico hizo lo que había visto hacer en las películas. Con la mano abierta golpeó a Lacke en la mejilla, se quedó aterrado por el agudo restallido, arrepintiéndose en el acto. Pero funcionó.

Lacke se calló en seco, lanzó a Larry una mirada salvaje y éste pensó que se la iba a devolver. Algo se ablandó luego en los ojos de Lacke; abriendo y cerrando la boca, hipando para coger aire, le dijo:

—Larry, yo...

Larry le rodeó con los brazos. Lacke apoyó la mejilla en el hombro de Larry y lloró estremecido. Después de un rato, a Larry se le doblaron las piernas. Trató de zafarse del abrazo para sentarse en la silla de la entrada, pero Lacke seguía aferrado a él y lo acompañó en la caída. Larry cayó en la silla y las piernas de Lacke se doblaron bajo su peso, la cabeza se deslizó sobre las rodillas de su amigo.

Larry le acarició el pelo, no sabía qué decirle. Sólo susurraba:

—Así, así... ya, ya...

A Larry se le habían empezado a dormir las piernas cuando un cambio tuvo lugar. El llanto había terminado dando paso a un gemido tranquilo; entonces notó cómo se tensaban las mandíbulas de Lacke contra su pierna. Éste levantó la cabeza, se limpió los mocos con la manga de la camisa y dijo:

—Le voy a matar.

—¿A quién?

Lacke bajó la mirada, mirando fijamente al pecho de Larry y asintiendo.

—Le voy a matar. No vivirá.

En el recreo largo de las nueve y media, tanto Staffe como Johan se acercaron a Oskar diciendo «joder, qué bien hecho», «joder, qué bien». Staffe le invitó a coches de gominola y Johan le preguntó si quería acompañarlos algún día a buscar botellas vacías.

Nadie lo empujaba ni se tapaba la nariz cuando él se acercaba. Incluso Micke Siskov sonreía, asentía animándole, como si Oskar le acabara de contar un chiste, cuando se cruzaron en el pasillo fuera del comedor.

Como si todos hubieran estado esperando que hiciera exactamente lo que hizo, y ahora, cuando lo había llevado a cabo, fuera uno de ellos.

El problema estribaba en que no era capaz de disfrutar de ello. Él lo *constataba*, pero le dejaba frío. Se alegraba de librarse de que le pegaran, claro. Si alguien hubiera intentado pegarle, se habría defendido. Ya no se sentía uno de ellos.

Durante la clase de matemáticas levantó la vista del libro, miró a los compañeros con los que había estado seis años. Tenían la cabeza agachada sobre sus ejercicios, chupando el lápiz, mandándose papelitos unos a otros, riéndose por lo bajo. Y pensó: *Pero si son niños...*

Y él también era un niño, pero...

Dibujó una cruz en el libro, la transformó en una horca con el lazo. *Soy un niño, pero...*

Dibujó un tren. Un coche. Un barco. Una casa. Con una puerta abierta.

La inquietud creció. Al final de la clase de matemáticas no se podía estar quieto; daba patadas con los pies, golpeaba el pupitre con las manos. El profesor le pidió, volviendo la cabeza sorprendido, que se callara. Lo intentó, pero al momento estaba otra vez allí la inquietud, agitando las cuerdas de la marioneta y los pies empezaron a moverse solos.

Cuando llegó la última clase, gimnasia, ya no lo podía aguantar. En el pasillo le dijo a Johan:

—Dile a Ávila que estoy enfermo, ¿vale?

—¿Te largas?

—No tengo la ropa de gimnasia.

Y la verdad es que era cierto; se había olvidado la ropa de gimnasia por la mañana, pero no era por eso por lo que tenía que faltar a clase. De camino hacia el metro vio a sus compañeros formando en línea recta. Tomas le gritó «¡Buuuu!».

Se chivaría probablemente. No le importaba. En absoluto.

Las palomas revolotearon en bandadas grises cuando cruzó apresuradamente la plaza de Vällingby. Una mujer que llevaba un cochecito arrugó la nariz a su paso; una de esas personas que no tienen sensibilidad con los animales. Pero Oskar tenía prisa, y todo lo que se interpusiera entre él y su objetivo no era más que un estorbo.

Se paró fuera de la juguetería, miró el escaparate. Los pitufos estaban expuestos en un paisaje dulzón. Demasiado mayor para eso. En casa, en una caja, había un par de muñecos de Big Jim con los que había jugado muchísimo de pequeño.

Hace sólo un año.

Se oyó un sonido electrónico cuando abrió la puerta de la juguetería. Cruzó un pasillo estrecho en el que los muñecos de plástico, los guerreros y las cajas de lego llenaban las estanterías. Al lado de la caja estaban empaquetados los moldes para hacer soldaditos de estaño. El estaño había que pedirlo en la caja.

Lo que él quería estaba expuesto en el mostrador, al lado de la caja.

Bueno, había *copias* apiladas debajo de los muñecos de plástico, pero los auténticos, los que llevaban la firma de Rubik en la caja, con éstos tenían más cuidado. Costaban noventa y dos coronas cada uno.

Detrás del mostrador había un hombre bajo y medio gordo con una sonrisa que Oskar habría descrito como «aduladora», si hubiera sabido la palabra.

—Sí... ¿estás buscando algo... especial?

Oskar sabía que los cubos estarían en el mostrador, tenía listo su plan.

—Sí. No encuentro... las pinturas. Para las cosas de estaño.

—¿Sí?

El hombre hizo un gesto señalando las filas de botes de pintura enanos que estaban detrás de él. Oskar se inclinó y puso los dedos de una mano en el mostrador justo delante de los cubos mientras con el pulgar sujetaba la cartera, que colgaba abierta debajo. Hizo como que buscaba entre las pinturas.

—Dorado. ¿Hay dorado?

—Dorado, sí, claro.

Cuando el hombre se volvió Oskar cogió uno de los cubos, lo guardó en la cartera y tuvo el tiempo justo de poner la mano en la misma posición antes de que el hombre se diera la vuelta con dos botes de pintura y los dejara sobre el mostrador. A Oskar le latía con fuerza el corazón enrojeciendo sus mejillas, sus orejas.

—¿Mate o metálico?

El hombre miró a Oskar, quien sintió que su cara parecía una llamada luminosa de atención en la que estuviera escrito «Aquí hay un ladrón». Para tratar de pasar inadvertido a pesar de su sonrojo se inclinó sobre los botes y dijo:

—Metálico... parece bien.

Tenía veinte coronas. La pintura costaba diecinueve. Se la entregó en una bolsa pequeña que se metió en el bolsillo de la cazadora para no tener que abrir la cartera.

Fuera de la tienda llegó la euforia, como de costumbre, pero más grande. Salió de allí como un esclavo liberado al que le acabaran de quitar los grilletes. No pudo evitar echar a correr hacia el aparcamiento y, a resguardo entre dos coches, abrir con cuidado la cartera, sacar el cubo.

Pesaba mucho más que la copia que él tenía. Las secciones se deslizaban como sobre un rodamiento de cojinete. ¿Quizá *llevara* ese tipo de rodamiento? Bueno, no pensaba desmontarlo para mirar, arriesgándose a estropearlo.

El envoltorio era una cosa fea de plástico transparente ahora que no estaba el cubo dentro, y a la salida del aparcamiento lo tiró en un contenedor. Era más bonito el cubo solo. Se lo metió en el bolsillo de la cazadora para poder ir tocándolo, jugando con su peso en la mano. Era un buen regalo, un bonito... regalo de despedida.

Ya dentro de la estación del metro, se detuvo.

Si Eli piensa... que yo...

Bueno, que al darle un regalo pudiera parecer que de alguna manera aceptaba que Eli se fuera. Un regalo de despedida: bien mientras duró y nada más. Adiós, adiós. Así no era la cosa. Él no quería de *ninguna* manera que...

Recorrió la estación con la mirada, deteniéndose en el kiosco. En los periódicos. En el *Expressen*. Toda la portada aparecía ocupada por una gran foto del hombre que había vivido con Eli.

Oskar se acercó y hojeó el diario. Cinco páginas dedicadas a la búsqueda en el bosque de Judarn... asesino ritual... antecedentes y, luego, otra página más con la foto. Håkan Bengtsson... Karlstad... paradero desconocido durante ocho meses... la policía solicita de los ciudadanos... si alguien ha observado...

La angustia volcó sus dardos en el pecho de Oskar.

Alguien más que le haya visto, que sepa dónde vivía...

La mujer del kiosco sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Lo vas a comprar o qué?

Oskar negó con la cabeza y tiró el periódico. Luego echó a correr. Cuando llegó al andén se dio cuenta de que no había enseñado la tarjeta al vigilante. Dio una patada en el suelo, se chupó los nudillos, los ojos se le llenaron de lágrimas. *Ven ya, por favor, metro, ven.*

Lacke estaba medio tumbado en el sofá mirando con los ojos entornados hacia el balcón en el que se encontraba Morgan tratando, sin éxito, de atraer a un pardillo que

estaba posado en el balcón de al lado. El sol en su descenso quedaba justamente detrás de la cabeza de Morgan, irradiando una aureola de luz alrededor de su pelo.

—Sííí... vamos, ven. Que no soy peligroso.

Larry estaba sentado en un sillón siguiendo un curso de español de la televisión sueca. En la pantalla aparecían personas en actitud forzada y siguiendo un guión que decían:

—Yo tengo un bolso.

—¿Qué hay en el bolso?

Morgan movió la cabeza de modo que a Lacke le dio el sol en los ojos, los cerró mientras oía a Larry mascullar:

—Ke haj en el bålzá.

El piso olía a tabaco y a polvo. El aguardiente se había terminado. La botella vacía estaba sobre la mesa del sofá al lado de un cenicero rebosante. Lacke se quedó mirando las marcas que en el tablero de la mesa habían dejado las colillas mal apagadas; se deslizaban ante sus ojos, como lentos escarabajos.

—Ona kamisa y pantalânes.

Larry cloqueaba para sí:

—... pantalânes.

No le creyeron. Bueno, sí, le creyeron, pero se resistían a interpretar los acontecimientos como él lo hacía.

—Combustión espontánea —había dicho Larry, y Morgan le pidió que lo deletreara.

Sólo que la combustión espontánea está exactamente igual de bien documentada y científicamente probada que la existencia de los vampiros. Es decir, en absoluto.

Pero uno prefiere creer en el despropósito que menos le obliga a actuar. No pensaban ayudarle. Morgan había escuchado con cara seria el relato de Lacke acerca de lo que había pasado en el hospital, pero cuando llegó a aquello de aniquilar al causante de todo, había dicho:

—Entonces, ¿lo que quieres decir es que nos convirtamos en cazadores de vampiros, o algo así? Tú, Larry y yo. Que preparemos estacas y cruces y... No, perdona, Lacke, pero a mí me cuesta un poco... verlo de esa manera, la verdad.

El pensamiento inmediato de Lacke al ver sus caras escépticas y desconfiadas fue:

Virginia me habría creído.

Y el dolor había vuelto a hacer presa en su persona. Era él quien no había creído a Virginia, y por eso ella había... él habría preferido pasarse unos años en la cárcel como causante de un asesinato por compasión que tener que vivir con aquella imagen grabada en la retina.

Su cuerpo retorciéndose en la cama mientras la piel se pone negra, empieza a

echar humo. El camisón del hospital, resbalándose sobre el vientre, deja al descubierto su sexo. El ruido de los barrotes de acero mientras sus caderas se agitan, arriba y abajo en un demencial coito con un hombre invisible, mientras las llamas le suben por las piernas; ella grita, grita y el olor a pelo quemado, a piel quemada llena la habitación; sus ojos aterrados se encuentran con los míos y unos segundos después se ponen blancos, empiezan a cocer... revientan...

Lacke se había bebido más de la mitad de lo que había en la botella. Morgan y Larry se lo habían permitido.

—... pantalânes.

Lacke intentó levantarse del sofá. La nuca le pesaba tanto como el resto del cuerpo. Apoyándose en la mesa, consiguió enderezarse. Larry se incorporó para echarle una mano.

—Lacke, joder... duerme un poco.

—No, tengo que ir a casa.

—¿Qué tienes que hacer en casa?

—Es que tengo que... arreglar un asunto.

—¿No tendrá nada que ver con eso... de lo que hablas?

—No, no.

Morgan entró desde el balcón mientras Lacke se encaminaba a tientas hacia la salida.

—¡Oye, tú! ¿Adónde vas?

—A casa.

—Entonces te acompaño.

Lacke se dio la vuelta esforzándose por mantenerse derecho, por parecer lo más sobrio posible. Morgan se acercó a él con las manos preparadas por si se caía. Lacke meneó la cabeza, le dio una palmada en el hombro a Morgan.

—Quiero estar tranquilo, ¿vale? Quiero estar tranquilo. De verdad.

—¿Te las arreglarás tú solo, entonces?

—Sí, me las arreglaré.

Lacke asintió varias veces, se quedó fijo en aquel gesto, se vio obligado a interrumpirlo conscientemente para no permanecer allí parado, luego se volvió y fue hasta la entrada, se puso los zapatos y el abrigo.

Sabía que estaba muy borracho, pero lo había estado tantas veces que ya era una especie de rutina desconectar sus movimientos del cerebro, realizarlos de forma automática. Habría podido jugar a los palillos chinos, al menos un poco, sin que le temblaran las manos.

Desde dentro del piso le llegaron las voces de los otros.

—¿No deberíamos...?

—No. Si dice que no, tendremos que respetarlo.

Salieron de todos modos a la entrada para despedirlo. Le abrazaron algo embarazados. Morgan le cogió de los brazos, volviendo la cabeza para poder mirarlo a los ojos y le dijo:

—¿No estarás pensando en hacer alguna tontería, verdad? Nos tienes a nosotros, ya lo sabes.

—Sí, sí. No, no.

Fuera del edificio se quedó parado un rato, mirando al sol que brillaba en la copa de un pino.

Nunca más podrá... el sol...

La muerte de Virginia, la manera en que había muerto, colgaba como una plomada dentro de su pecho en el sitio donde antes estaba el corazón; le hacía caminar inclinado hacia delante, cargado. La luz del atardecer sobre las calles era como una burla. Las pocas personas que se movían en esa... burla. Las voces. Hablaban de cosas cotidianas como si no... en todas partes, en cualquier instante...

Puede golpearos a vosotros también.

Fuera del kiosco había una persona apoyada en el ventanuco hablando con el dueño. Lacke vio cómo un bulto negro caía del cielo, se le posaba en la espalda y...

Joder...

Se detuvo delante de la hilera de portadas, parpadeando, tratando de enfocar bien la vista sobre la foto que ocupaba casi todo el espacio.

El asesino ritual. Lacke sonrió. Él sabía cómo eran *en realidad* las cosas. Pero...

Reconoció aquella cara. Si era...

El chino. Aquel que... le invitó a whisky. No...

Se acercó más, miró la fotografía con mayor detenimiento. Sí. Claro que era él. Los mismos ojos juntos, la misma... Lacke se llevó la mano a la boca, apretándose los labios con los dedos. Las imágenes le daban vueltas, intentando encontrar el sentido.

Él se había sentado y había sido invitado por el que mató a Jocke. El asesino de Jocke vivía en el mismo patio que él, unos portales más allá. Él le había saludado algunas veces, había...

Pero no fue él quien lo hizo. Fue...

Una voz. Dijo algo.

—¡Hola, Lacke! ¿Qué pasa, le conoces?

El dueño del kiosco y el hombre que estaba fuera lo miraron. Él dijo:

—... Sí —y echó a andar de nuevo. El mundo desapareció. Ante sus ojos, el portal del que el hombre había salido. Las ventanas cubiertas. Iba a ocuparse de ello. Tenía que hacerlo.

Los pies iban más deprisa y la columna se le enderezó. La plomada, un péndulo que golpeaba en su pecho, que le hacía temblar, tocando a presentimiento en su cuerpo.

Ahora voy yo. Ahora me cago en tal... voy yo.

El metro paró en Råcksta y Oskar se mordía los labios de impaciencia, pánico; le parecía que las puertas permanecían abiertas demasiado tiempo. Cuando sonó el altavoz creyó que el conductor iba a decir algo acerca de que el tren estaría parado allí un momento, pero

ATENCIÓN A LAS PUERTAS. CIERRE DE PUERTAS.

Y el metro salió de la estación.

No tenía ningún plan aparte de *avisar a Eli* de que cualquiera, en cualquier momento, podía llamar a la policía y decir que había visto a ese viejo. En Blackeberg. En ese patio. En ese portal. En ese piso.

Qué ocurriría si la policía... si forzaran la puerta... el cuarto de baño...

El metro traqueteaba sobre el puente y Oskar miró por la ventana. Había dos hombres junto al kiosco del Amante y, medio tapadas por uno de ellos, Oskar pudo entrever las odiosas portadas amarillas. Uno de los hombres se alejó deprisa del kiosco.

Cualquiera. Cualquiera puede saberlo. Él puede saberlo.

Cuando el metro empezó a frenar, Oskar ya estaba delante de las puertas presionando con los dedos los labios de goma, como si de esa manera se fueran a abrir más deprisa. Apretó la frente contra el cristal, un poco de fresco sobre su frente caliente. Los frenos chirriaron y el conductor debió de haberse olvidado, porque hasta entonces no se oyó:

PRÓXIMA ESTACIÓN, BLACKEBERG.

Jonny estaba en el andén. Y Tomas.

No. Nonono hazlos desaparecer.

Cuando el metro, vibrando, se paró, los ojos de Oskar se encontraron con los de Jonny. Se dilataron y, al abrirse las puertas, Oskar vio que Jonny le decía algo a Tomas.

Oskar se puso alerta, se lanzó fuera y empezó a correr.

Tomas sacó su larga pierna, chocó con la de Oskar y éste cayó todo lo largo que era en el andén, raspándose las palmas de las manos al intentar frenar el golpe. Jonny se puso encima de él.

—¿Tienes prisa o qué?

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—Y eso, ¿por qué?

Oskar cerró los ojos, apretó los puños. Respiró profundamente un par de veces, tan profundo como pudo con el peso de Jonny encima, y dijo contra el cemento:

—Hacedme lo que queráis. Y soltadme.

—De acuerdo.

Lo agarraron de los brazos y lo pusieron de pie. Oskar alcanzó a ver el reloj de la estación. Las dos y diez. El segundero avanzaba a saltos sobre la esfera del reloj. Tensó los músculos de la cara, los del estómago, tratando de convertirse en una piedra, insensible a los golpes.

Sólo que vaya rápido.

Pero cuando vio lo que pensaban hacer, empezó a resistirse. Los otros dos, como a través de un pacto silencioso, le habían retorcido los brazos de manera que con cada movimiento parecía como si se le fueran a romper. Lo arrastraron hasta el borde del andén.

No se atreven. No pueden...

Pero Tomas estaba loco, y Jonny...

Intentó hacer cuña con los pies. Se agitaban sobre el andén mientras Tomas y Jonny lo llevaban hasta la línea blanca de seguridad antes del foso de las vías.

El pelo de la sien derecha de Oskar le rozaba la oreja, disparándosele con el golpe de aire que salió del túnel cuando el metro que venía del centro se acercaba. El raíl sonaba y Jonny le susurró:

—Ahora vas a morir, ¿lo sabes?

Tomas se reía, agarrándolo aún más fuerte del brazo. La cabeza de Oskar se nubló: piensan hacerlo. Lo pusieron hacia fuera de manera que la parte superior de su cuerpo sobresalía en el vacío.

Los faros del metro que se acercaba dispararon una ráfaga de luz fría sobre los raíles. Oskar volvió la cabeza hacia la izquierda y vio el metro saliendo precipitadamente del túnel.

¡BOOOOOOOOO!

La bocina del tren bramó y el corazón de Oskar reventó en una sacudida mortal al mismo tiempo que se orinaba y su último pensamiento era

¡Eli!

antes de que lo echaran hacia atrás y de que su vista se llenara del verde cuando el metro pasó de largo, a un decímetro de sus ojos.

Estaba tendido boca arriba sobre el andén, jadeando. La humedad de la entrepierna se volvió más fría. Jonny se sentó en cuclillas a su lado.

—Sólo para que te enteres de cómo son las cosas. ¿Te enteras?

Oskar asintió instintivamente. Acabad cuanto antes. Los viejos impulsos. Jonny se tocó con cuidado su oreja herida, sonrió. Después puso la mano en la boca de Oskar, le apretó las mejillas.

—Chilla como un cerdo si has entendido.

Oskar chilló. Como un cerdo. Se echaron a reír, los dos. Tomas dijo:

—Antes lo hacía mejor. Jonny asintió.

—Tendremos que empezar a entrenarlo de nuevo. Llegó el metro por el otro lado.

Lo dejaron.

Oskar se quedó un rato en el suelo, vacío. Después apareció una cara por encima de él. Una anciana. Le tendió una mano.

—Pequeño, lo he visto. Tienes que denunciarlos a la policía, esto ha sido...

Policía.

—... intento de asesinato. Ven, que te...

Sin hacer caso de la mano, Oskar se puso en pie. Todavía dando tropezones hacia las puertas, escaleras arriba, seguía oyendo la voz de la señora detrás de él:

—¿Cómo te encuentras...?

La pasma.

Lacke se sobresaltó cuando entró en el patio y vio el coche de la policía arriba, en la cuesta. Había dos agentes fuera del coche, uno de ellos escribía algo en un bloc. Dio por sentado que buscaban lo mismo que él, pero que estaban mal informados. Los policías no habían notado su sobresalto, así que siguió hasta el primer portal del edificio, entró en él.

Ninguno de los nombres del tablón le dijo nada, pero lo sabía: en el primer piso a la derecha. Al lado de la puerta del sótano había una botella de alcohol de quemar. Se paró y se quedó mirándola como si pudiera darle una pista de cómo debía de actuar.

El alcohol de quemar arde. Virginia ardió.

Pero ahí se acabó el razonamiento y sólo sentía la rabia ciega gritando de nuevo. Continuó subiendo las escaleras. Se había producido un desplazamiento.

Ahora tenía la cabeza clara y el cuerpo torpe. Los pies tropezaban con los peldaños y tenía que agarrarse al pasamanos para poder subir la escalera, al tiempo que su cerebro razonaba con claridad:

Entro. Lo encuentro. Le clavo algo en el corazón. Luego espero a que llegue la policía.

Se quedó parado delante de la puerta que no tenía letrero. *¿Y cómo cojones voy a entrar?*

Medio en broma estiró el brazo, tocó el pasador y la puerta se abrió dejando al descubierto un piso vacío. No había muebles, ni alfombras, ni cuadros. Ni ropa. Se pasó la lengua por los labios.

Se ha largado. Aquí ya no tengo nada...

En el suelo de la entrada había otras dos botellas de alcohol de quemar. Trató de pensar qué podía significar aquello. Que aquel ser era bebedor... no. Que...

Quiere decir sólo que alguien ha estado aquí recientemente. Si no, la botella de abajo no estaría en el suelo. Sí.

Entró, se paró en el vestíbulo y escuchó. No oyó nada. Dio una vuelta al piso, vio que colgaban mantas de las ventanas en varias habitaciones, comprendió el motivo. Estaba en el sitio correcto.

Al final se quedó parado ante la puerta del cuarto de baño. Hizo presión sobre el picaporte: cerrado. Pero esa cerradura podría forzarla sin problema, sólo necesitaba un destornillador o algo parecido.

Volvió a intentar concentrar su atención en los *movimientos*. En realizar los *movimientos*. No tenía que pensar más. No necesitaba pensar más. Si empezaba a hacerlo, dudaría, y no iba a dudar. Por tanto, movimiento.

Miró en los cajones de la cocina. Encontró un cuchillo. Fue hasta el cuarto de baño. Fijó la punta en el tornillo del centro y giró en sentido contrario al de las agujas del reloj. La cerradura saltó, abrió la puerta. Estaba totalmente oscuro allí dentro. Buscó la llave de la luz, la encontró. Encendió.

¡Dios nos asista! Esto es la hostia...

El cuchillo de cocina se le cayó de las manos. La bañera estaba llena de sangre hasta la mitad. En el suelo había unos cuantos bidones grandes de plástico cuyas superficies transparentes tenían huellas de sangre. El cuchillo sonó contra las baldosas como un cascabel pequeño.

La lengua se le quedó pegada al paladar cuando se agachó para... ¿para qué? Para... *comprobar...* o algo más primitivo: la fascinación ante semejante cantidad de sangre... poder meter la mano en ella, *bañarse las manos en sangre*.

Bajó los dedos hacia la superficie quieta, oscura y... los hundió. Era como si le hubieran cortado los dedos, desaparecieron y con la boca abierta condujo la mano más abajo hasta que encontró...

Dio un grito, se echó hacia atrás.

Sacó la mano de la bañera y las gotas de sangre volaron describiendo arcos a su alrededor, aterrizaron en el techo, en las paredes. En un acto reflejo se llevó la mano a la boca. Se dio cuenta de lo que había hecho cuando su lengua, sus labios registraron un sabor dulzón y pegajoso. Escupió, se secó la mano en los pantalones. Se llevó la otra mano, la limpia, a la boca.

Hay alguien... ahí abajo.

Sí. Lo que había tocado con la punta de los dedos era un estómago. Se había hundido bajo la presión de sus dedos, antes de que él retirara la mano. Para dejar de pensar en el asco que le daba, buscó en el suelo, encontró el cuchillo, lo cogió otra vez agarrando con fuerza el mango.

Qué cojones voy a...

Si hubiera estado sobrio quizá se hubiera ido de allí en ese momento. Abandonando aquella laguna oscura que podía contener cualquier cosa bajo su superficie de nuevo quieta y reluciente. Un cuerpo descuartizado, por ejemplo.

El estómago tal vez está... tal vez es sólo estómago...

Pero la borrachera lo hacía inconsciente incluso de su propio miedo, así que cuando vio la cadenita que desde el borde de la bañera se hundía en aquel líquido oscuro, alargó la mano y tiró de ella.

El tapón se soltó allí abajo, el desagüe empezó a sorber y a tragar y se formó un

ligero remolino en la superficie. Se puso de rodillas delante de la bañera, se lamió los labios. Sintió el sabor acre, escupió en el suelo.

La superficie descendía lentamente. Una línea de color rojo más oscuro se veía marcada con nitidez cerca del borde, donde el agua había alcanzado el nivel más alto.

Tiene que haber estado así mucho tiempo.

Después de algún minuto apareció sobre la superficie la silueta de una nariz en uno de los extremos. En el otro, un montón de dedos que subían mientras él los observaba, convirtiéndose en dos medios pies. El remolino de la superficie, intensificado, estaba ahora justamente ahí.

Deslizó la mirada a lo largo del cuerpo de niño que gradualmente fue apareciendo en el fondo. Un par de manos cerradas sobre el pecho. Rótulas. Una cara. La absorción era más lenta cuando la última sangre desaparecía por el desagüe.

El cuerpo que tenía delante de sus ojos era de color rojo oscuro; tornasolado, pringoso como un recién nacido. Tenía un ombligo. Pero no tenía órganos sexuales. ¿Chico o chica? No tenía importancia. Al observar la cara con los ojos cerrados lo reconoció demasiado bien.

Cuando Oskar intentó correr, las piernas se le quedaron bloqueadas. Se negaron.

Durante cinco segundos pensó realmente que iba a morir. Que iban a empujarlo. Ahora los músculos se negaban a abandonar ese pensamiento.

En el trecho entre la escuela y el gimnasio se le pasó.

Quería tumbarse. Dejarse caer hacia atrás en aquellos setos, por ejemplo. La cazadora y los pantalones forrados evitarían que se le clavaran las ramas; sólo lo acogerían suavemente. Pero tenía prisa. El segundero avanzando a saltos sobre la esfera del reloj.

La escuela.

La fachada angulosa y rojiza de ladrillo visto, ladrillo sobre ladrillo. En su cabeza, voló como un pajarillo por los corredores, entrando en la clase. Jonny estaba allí. Tomas. Sentados en sus pupitres y haciéndole burla. Bajó la cabeza, se miró las botas.

Tenía los cordones sucios; uno de ellos a punto de desatarse. Uno de los remaches metálicos del empeine se había doblado, metiéndose un poco hacia dentro. En los talones, la imitación de piel estaba abombada, brillante de tan gastada. De todas formas, probablemente tendría que llevar aquellas botas todo el invierno.

Frío, humedad en los pantalones. Levantó la cabeza.

No van a poder ganarme. No van. A poder. Ganarme.

Se meó. Las líneas rectas de la fachada de ladrillo visto se torcieron, se borraron, desaparecieron cuando echó a correr. Corría de tal manera que todo eran salpicaduras alrededor. El suelo volaba bajo sus pies y ahora le parecía como si el globo girara demasiado *rápido*.

Las piernas le seguían cuando los edificios altos, la antigua tienda de Konsum, la fábrica de bolitas de chocolate pasaron al mismo tiempo ante él, y la velocidad, junto con la costumbre, hizo que entrara en el patio a toda máquina, pasando por delante del portal de Eli hasta alcanzar el suyo.

Casi se estampa contra un policía que iba a entrar en su portal. El agente extendió la mano, lo paró.

—¡Huuuy! Menuda prisa.

La lengua enmudeció. El policía lo soltó, se le quedó mirando... ¿sospechoso?

—¿Vives aquí?

Oskar asintió. No había visto antes a ese policía. Tenía aspecto de bueno, la verdad. No. En condiciones *normales* le habría parecido que tenía cara de bueno. El agente arrugó la nariz, diciendo:

—Mira, sabes, ha... ocurrido una cosa aquí. En el portal de al lado. Por eso estoy dando una vuelta para preguntar si alguien ha oído algo. O ha visto algo.

—¿En qué... en qué portal?

El policía hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el portal de Tommy y el pánico repentino abandonó a Oskar.

—En ése. Sí, no en el portal, sino... en el sótano. ¿Tú, por casualidad, no habrás visto u oído algo raro allí? ¿Los últimos días?

Oskar negó con la cabeza. Los pensamientos le daban vueltas en un caos tan grande que en realidad ya no pensaba absolutamente nada, pero le pareció que la angustia debía salirle por los ojos, totalmente visible para el agente. Y éste ciertamente ladeó la cabeza, lo miró con atención.

—¿Te pasa algo?

—... estoy bien...

—No tienes que asustarte por esto. Ya... ha pasado. Así que no debes preocuparte por ello. ¿Están tus padres en casa?

—No. Mamá. No.

—Bueno. Pero yo voy a seguir por aquí, así que... puedes pensar un poco, a lo mejor has visto algo.

El policía le abrió la puerta:

—Entra.

—No, yo sólo...

Oskar se dio la vuelta esforzándose por andar de una manera *natural* cuesta abajo. A mitad del camino se volvió y vio que el policía entraba en su portal.

Han cogido a Eli.

Le empezaron a temblar las mandíbulas, los dientes golpeaban un confuso mensaje en Morse a través del esqueleto mientras abría el portal de Eli y seguía escaleras arriba. ¿Habrían puesto aquellas cintas en la puerta de Eli? ¿Habrían cerrado el paso?

Di que puedo entrar.

La puerta estaba entreabierta.

Si la policía hubiera estado aquí, ¿por qué iban a haber dejado abierto? No harían una cosa así.

Puso los dedos en el pasador, abrió la puerta con cuidado, se deslizó dentro del piso. Estaba oscuro. Uno de sus pies tropezó con algo. Una botella de plástico. Primero pensó que había sangre en la botella, luego vio que era eso que uno tiene para hacer fuego.

Respiración.

Alguien respiraba.

Se movía.

El ruido llegaba desde el baño hasta la entrada. Oskar avanzó, un paso sigiloso tras otro, apretó los labios hacia dentro para silenciar los dientes y el temblor se desplazó hacia la barbilla, el cuello, sacudiéndole la incipiente nuez. Dio la vuelta a la esquina y miró dentro del cuarto de baño.

Ése no es policía.

Un hombre con la ropa desgastada estaba de rodillas al lado de la bañera, con la parte superior del cuerpo inclinado sobre ésta, que quedaba fuera de la vista de Oskar. Sólo veía un par de pantalones grises sucios, un par de zapatos rotos con las puntas dobladas contra las baldosas. El bajo de un abrigo.

¡El viejo! Pero... si respira.

Sí. Inspiraciones y expiraciones silbantes sonaban casi como suspiros dentro del cuarto de baño y Oskar, sin darse cuenta, se acercó más. Palmo a palmo fue viendo más del cuarto del baño y, cuando estaba casi delante, vio lo que estaba a punto de ocurrir.

Lacke no era capaz.

El cuerpo que yacía en el suelo de la bañera parecía totalmente frágil. No respiraba. Le había puesto la mano en el pecho y constató que el corazón latía, pero sólo algunas pulsaciones por minuto.

Se había imaginado algo... terrorífico. Algo que estuviera en proporción con el terror que había experimentado en el hospital. Pero esa pequeña piltrafa sanguinolenta no parecía que pudiera volver a levantarse y menos aún hacerle daño a nadie. No era más que un niño. Un niño que se encontraba mal.

Era como haber visto a alguien querido sufrir consumido por un cáncer, y luego ver una célula cancerígena en el microscopio. Nada. ¿Eso? ¿Eso fue la causa? Tan pequeña.

Destrózame el corazón.

Se volvió a poner en cuclillas, dejó caer la cabeza tanto que se dio con el borde de la bañera: un golpe sordo que retumbó. No podía. No. Matar a un niño. Un niño dormido. Era incapaz, sólo eso. Con independencia de...

Es así como ha sobrevivido.

Eso. Eso. No el niño. *Eso.*

Eso era lo que se había lanzado sobre Virginia y... eso había matado a Jocke. Eso. Ese *ser* que yacía ahora ante él. Ese *ser* que volvería a hacerlo, contra otras personas. Y ese *ser* no era una persona. Ni siquiera *respiraba* y, sin embargo, el corazón latía como... el de un animal en hibernación.

Piensa en los otros.

Una serpiente venenosa donde viven las personas. ¿No la voy a matar sólo porque en este momento parece indefensa?

Y, sin embargo, no fue eso lo que finalmente le hizo decidirse. Fue cuando le miró de nuevo a la cara, cubierta por una fina película de sangre, y le pareció que... sonreía.

Se reía de todo el daño que hacía.

Basta.

Levantó el cuchillo de cocina sobre el pecho de aquel ser, movió las piernas un poco hacia atrás para poder descargar todo su peso en el golpe y
¡AAAHHHH!

Oskar lanzó un grito.

El viejo no se movió; sólo se quedó paralizado, volvió la cabeza hacia Oskar y dijo lentamente:

—Tengo que hacerlo. ¿Me entiendes?

Oskar le conocía. Uno de los borrachos que vivía en ese patio, solía saludarle a veces. *¿Por qué hace esto?*

No importaba. Lo principal era que el viejo tenía un cuchillo en las manos, un cuchillo dirigido contra el pecho de Eli que yacía allí desnudo y descubierto en la bañera.

—No lo hagas.

El viejo movió la cabeza hacia la derecha, hacia la izquierda, más como si buscara algo en el suelo que como si estuviera negando.

—No...

Se volvió de nuevo hacia la bañera, hacia el cuchillo. A Oskar le habría gustado explicárselo. Que el de la bañera era su amigo, que era su... que tenía un regalo para él, que... *que era Eli.*

—Espera.

La punta del cuchillo apuntaba de nuevo al pecho de Eli, presionando con tanta fuerza que casi pinchaba la piel. Oskar no sabía en realidad lo que hacía cuando se metió la mano en el bolsillo de la cazadora y sacó el cubo; se lo enseñó al viejo:

—Mira.

Lacke sólo lo vio por el rabillo del ojo como una súbita aparición de colores en medio de toda la negrura que lo envolvía. Pese a la burbuja de determinación en la que se hallaba encerrado no pudo dejar de volver la cabeza hacia allí, mirar a ver qué era.

Un cubo de ésos en las manos del chaval. Colores alegres.

Parecía totalmente insano en aquel ambiente. Un papagayo entre los grajos. Por un momento se quedó hipnotizado por el colorido del juguete, luego volvió de nuevo la mirada hacia la bañera, hacia el cuchillo que estaba a punto de ser clavado entre las costillas.

Sólo tengo que apretar.

Un destello.

Los ojos de ese ser se abrieron.

Se puso en tensión para apretar el cuchillo a fondo, y sus sienes explotaron.

El cubo crujió cuando una de sus esquinas golpeó la cabeza del viejo y se torció en la mano de Oskar. El hombre cayó de lado sobre uno de los bidones de plástico, que resbaló y fue a parar contra el borde de la bañera con el sonido de un bombo.

Eli se sentó.

Desde la puerta del cuarto de baño Oskar sólo podía verle la espalda. El pelo le caía pegajoso y aplanado sobre la parte posterior de la cabeza y la espalda era toda una herida.

El viejo trató de levantarse, pero Eli, más que saltar, cayó de la bañera aterrizando en las rodillas del hombre como un niño que se hubiera abalanzado sobre su padre para que lo consolara. Eli puso sus brazos alrededor del cuello del viejo y acercó su cara a la de él como si quisiera susurrarle algo con ternura.

Oskar salió del cuarto de baño reculando cuando Eli mordió al viejo en el cuello. Eli no le había visto, pero el viejo sí. Su mirada se quedó fija en Oskar y no la apartó mientras éste caminaba de espaldas, hacia la entrada.

—Perdón.

Oskar no consiguió que la palabra se oyera, pero sus labios la formaron antes de doblar la esquina y de que se interrumpiera el contacto con los ojos.

Estaba con la mano apoyada en el picaporte cuando el viejo gritó. Después el sonido desapareció de golpe, como si le hubieran puesto una mano sobre la boca.

Oskar vaciló. Después cerró la puerta. Echó el seguro.

Sin mirar hacia la derecha cruzó el pasillo, entró en el cuarto de estar.

Se sentó en la butaca.

Empezó a canturrear para ahogar los ruidos que llegaban del cuarto de baño.

Quinta parte

Deja entrar al bueno

*En la actualidad, ésta es
mi única posibilidad de protestar...*

Bob Hund,
Uno que se resiste

*Let the right one in
Let the old dreams die
Let the wrong ones go
They cannot do
What you want them to do*

Morrissey,
Let the Right One Slip In

De *Dagens Eko*, 16.45, lunes 9 de noviembre de 1981

El llamado asesino ritual ha sido detenido por la policía el lunes por la mañana. El hombre se encontraba en ese momento en un local de un sótano en Blackeberg, al oeste de Estocolmo.

Bengt Larn, portavoz de la policía:

—Se ha detenido a una persona, eso es correcto.

—¿Están seguros de que es el hombre al que se buscaba?

—Relativamente. Algunos factores, no obstante, dificultan su positiva identificación.

—¿Qué factores?

—Lo siento, pero no puedo entrar a comentarlos por ahora.

El hombre fue llevado al hospital tras su detención. Su estado se describe como muy crítico.

Junto al hombre se hallaba también un chico de dieciséis años. El chico no presentaba daños físicos, pero se encontraba en estado de shock y ha sido trasladado al hospital para su observación.

La policía está registrando ahora los alrededores para reunir más información sobre el desarrollo de los hechos.

El rey Carl Gustaf inauguró hoy un puente nuevo sobre el estrecho de Almo en Bohuslän. A la inauguración...

Extracto de las anotaciones del diagnóstico hecho por el catedrático de cirugía, por encargo de la policía

... exploración preliminar con dificultades... contracciones musculares de carácter espasmódico... el estímulo del sistema central nervioso, ilocalizable... parada de la actividad cardiaca...

La actividad muscular cesa a las 14.25... la autopsia revela la existencia, antes desconocida, de... órgano interno gravemente deformado...

La anguila que muerta y troceada salta en la sartén... hasta ahora nunca observado en un tejido humano... solicita poder conservar el cuerpo... atentamente...

Del periódico *Västerort*, semana 46

¿QUIÉN MATÓ A NUESTROS GATOS?

—Lo único que conservo es su collar —dice Svea Nordström señalando con la mano el embarrado prado donde apareció su gato y los de otros ocho vecinos...

Del informativo *Aktuellt*, lunes 9 de noviembre, 21.00

La policía pudo acceder esta tarde al piso que, según se cree, pertenece al llamado asesino ritual, que fue detenido esta mañana.

Una llamada hizo que la policía pudiera finalmente localizar la vivienda en Blackeberg, a unos cincuenta metros del lugar donde el hombre fue detenido esta mañana.

Tenemos a nuestro reportero Folke Ahlmarker en el lugar:

—El personal de la ambulancia está en estos momentos trasladando el cuerpo de un hombre hallado muerto en el piso. Aún no se sabe quién es el cadáver. Por lo demás, parece que la vivienda se encontraba totalmente vacía de objetos. Parece ser que hay también indicios de que otras personas han estado recientemente en la vivienda.

—¿Qué hace ahora la policía?

—Han estado todo el día en la zona llamando a las puertas, pero si han obtenido alguna información, eso aún no lo han comunicado.

—Gracias, Folke.

Lunes 9 de Noviembre

Ráfagas de luz azul en el techo del dormitorio. Oskar está tumbado en su cama con las manos debajo de la cabeza.

Bajo la cama hay dos cajas de cartón. En una de ellas hay mucho dinero, montones de billetes y dos botellas de alcohol de quemar, la otra está llena de rompecabezas.

La caja con ropa se quedó allí.

Para ocultar las cajas, Oskar ha puesto su juego de hockey delante de ellas. Mañana las bajaré al sótano, si tiene fuerzas. Su madre está viendo la tele, grita algo acerca de que su casa se ve por el televisor. Pero él no tiene más que levantarse y acercarse a la ventana para ver la misma cosa, desde otro ángulo.

Las cajas las tiró desde el balcón de Eli al suyo cuando aún era de día, mientras Eli se lavaba. Cuando salió del cuarto de baño la herida de la espalda ya se le había curado y estaba algo mareado por el alcohol que contenía la sangre.

Se acostaron juntos, se abrazaron. Oskar le contó lo que le había pasado en el metro. Eli le dijo:

—Perdona. Que pusiera en marcha todo esto.

—No. Está bien.

Silencio. Largo. Después Eli le preguntó, con discreción:

—¿Te gustaría... ser como yo?

—... No. Me gustaría estar contigo, pero...

—No. Claro que no quieres. Lo entiendo perfectamente.

Al anochecer se levantaron por fin, se vistieron. Estaban abrazados en el cuarto de estar cuando oyeron la sierra. Estaban serrando la cerradura.

Corrieron hacia el balcón, saltaron sobre la barandilla, aterrizaron en blando en los setos de abajo.

Dentro del piso oyeron que alguien decía:

—Pero qué demonios...

Se acurrucaron juntos bajo el balcón. Pero no había tiempo.

Eli volvió la cara hacia Oskar, diciendo:

—Yo...

Cerró la boca. Luego besó a Oskar en los labios.

Oskar vio durante unos segundos a través de los ojos de Eli. Y lo que vio era... él mismo. Sólo que mucho más elegante, más guapo, más fuerte de lo que creía que era. Visto con amor.

Unos segundos.

Voces en el piso de al lado.

Lo último que Eli había hecho antes de levantarse fue despegar el papel con el código Morse. Ahora se oían unos pies pesados dando vueltas en la habitación donde Eli se había tumbado y desde donde le había enviado mensajes.

Oskar pone la palma de la mano sobre la pared.

—Tú...

Martes 10 de Noviembre

Oskar no fue a la escuela el martes. Se quedó en su cama atento a los ruidos que llegaban a través de la pared preguntándose si encontrarían algo que pudiera conducirles hasta él. Al mediodía se dejaron de oír ruidos, y todavía no habían vuelto.

Entonces se levantó, se vistió y fue hasta el portal de Eli. La puerta del piso estaba precintada. Prohibido el paso. Mientras permanecía allí, mirando, llegó un policía hasta el rellano. Pero él no era más que un niño curioso del vecindario.

Al anoecer bajó las cajas al sótano y puso una alfombra vieja por encima de ellas. Ya decidiría más tarde qué haría con ellas. Si entraba algún ladrón en su cuarto trastero seguro que se iba a poner contento.

Se quedó un buen rato sentado en la oscuridad del sótano, pensando en Eli, en Tommy, en el viejo. Eli le había contado todo, que no había sido su intención que las cosas acabaran así.

Pero Tommy estaba vivo. Se pondría bien de nuevo. Eso le había dicho su madre a la madre de Oskar. Al día siguiente volvería a casa. Al día siguiente.

Al día siguiente, Oskar regresaría a la escuela. A encontrarse con Jonny, con Tomas, con... *Tendremos que empezar a entrenarlo de nuevo.*

Los dedos fríos, duros de Jonny sobre su mejilla. Apretando su carne blanda contra los dientes hasta que su boca involuntariamente tuvo que abrirse.

Chilla como un cerdo.

Oskar juntó las manos, apoyó la cara en ellas mirando la pequeña colina que formaba la alfombra sobre las cajas. Se levantó, retiró la alfombra y abrió la caja en la que estaba el dinero.

Billetes de mil y de cien todos revueltos, algunos fajos. Revolvió el dinero con la mano hasta que encontró una de las botellas. Después subió al piso a buscar cerillas.

Un foco solitario esparcía un resplandor blanco y frío sobre el patio de la escuela. Más allá de su luz se veían, pegados al suelo, los contornos de los juegos. Las mesas de ping-pong, tan estropeadas que no se podía jugar en ellas más que con pelotas de tenis, estaban cubiertas de nieve medio fundida.

Dos hileras de ventanas dentro del edificio de la escuela tenían las luces encendidas. Los cursos de la tarde. Por eso también estaba abierta una de las puertas laterales de la escuela.

Oskar, recorriendo pasillos a oscuras, llegó hasta su clase. Estuvo un rato mirando los pupitres. El aula parecía irreal a esas horas de la tarde, como si los fantasmas, murmurando silenciosamente, la utilizaran para su enseñanza: imposible imaginarse cómo sería esa enseñanza.

Se dirigió al pupitre de Jonny, levantó la tapa y lo roció con unos decilitros de alcohol de quemar. En el de Tomas, lo mismo. Se detuvo un momento delante del de

Micke. Decidió que no. Luego se sentó en el suyo. Dejó que se filtrara. Como se hace con el carbón de la barbacoa.

Soy un fantasma. Buuu... buuu...

Abrió la tapa del pupitre y sacó *Ojos de fuego*, le hizo gracia el título y se lo guardó en la cartera. El libro de sueco donde había escrito una historia que le gustaba. Su bolígrafo preferido. A la cartera. Después se levantó, dio una vuelta a la clase y disfrutó estando allí. En paz.

Olía a química en el pupitre de Jonny cuando volvió a levantar la tapa, sacó las cerillas.

No, espera...

Fue a buscar dos reglas de madera grandes en la estantería que había al fondo de la clase. Sujetó la tapa del pupitre de Jonny con una de ellas, la de Tomas con la otra. Si no, dejaría de arder tan pronto como él soltara la tapa.

Dos animales prehistóricos hambrientos abriendo sus fauces en busca de comida. Dos dragones.

Encendió una cerilla, sujetándola en la mano hasta que la llama era grande y clara. Luego la soltó.

Cayó de su mano como una gota amarilla y

BUMMM

Jod...

Le escocieron los ojos cuando la cola morada de un cometa salió del pupitre y le lamió la cara. Se echó hacia atrás; había creído que ardería como... el carbón de la barbacoa, pero el pupitre saltó ardiendo por los aires, todo quedó envuelto en una gran llama que llegó hasta el techo.

Ardía demasiado.

La luz bailaba, se agitaba sobre las paredes de la clase y una guirnalda con grandes letras de papel que colgaba sobre el sitio de Jonny se rompió y cayó al suelo con la P y la Q ardiendo. La otra mitad se movía formando un amplio arco y las llamas cayeron sobre el pupitre de Tomas, que al momento se prendió con el mismo

BUMMM.

Una detonación succionadora al tiempo que Oskar corría fuera de la clase con la cartera golpeándole en la cadera. Piensa si toda la escuela...

Cuando llegó al final del pasillo empezó a sonar la alarma. Un estruendo metálico llenó el edificio y sólo cuando ya había bajado un tramo de las escaleras comprendió que se trataba de la alarma contra incendios.

Fuera, en el patio, la gran campana llamaba enfadada a unos alumnos que no existían, convocando a los fantasmas de la escuela y acompañando a Oskar durante la mitad del camino hacia su casa.

Cuando llegó a la vieja tienda de Komsum y la campana dejó de sonar, se relajó. Siguió andando tranquilamente.

En el espejo del cuarto de baño vio que tenía las puntas de las pestañas

enroscadas, quemadas. Cuando se pasó el dedo por ellas, se desprendieron.

Miércoles 11 de Noviembre

No fue a la escuela. Dolor de cabeza. Sonó el teléfono a eso de las nueve. No contestó. A mediodía vio pasar por la ventana a Tommy y a su madre. Tommy iba despacio, inclinado hacia delante. Como una persona mayor. Oskar se agachó para que no le vieran.

El teléfono sonaba con un intervalo de una hora. Al final, hacia las doce, contestó:

—Sí, soy Oskar.

—Hola. Me llamo Bertil Svanberg y soy, como quizá sabes, el director de la escuela a la que tu...

Colgó el auricular. Volvió a sonar el teléfono. Estuvo un rato mirándolo mientras sonaba, imaginándose al director con su chaqueta de cuadros tamborileando con los dedos y haciendo aspavientos. Después se vistió y bajó al sótano.

Se sentó y se entretuvo con los rompecabezas, miró en la cajita blanca de madera en la que relucían los cientos de piezas pequeñas del huevo de cristal. Eli sólo se había llevado algunos billetes de mil y el cubo. Cerró la caja de los rompecabezas, abrió la otra, revolvió con la mano entre los billetes. Cogió un puñado y los tiró por el suelo. Los cogió de uno en uno, jugando a «El chico de los pantalones de oro» hasta que se cansó. Doce billetes arrugados de mil y siete de cien estaban tirados a sus pies.

Juntó los billetes de mil en un montón y los dobló. Devolvió los de cien y cerró la caja. Subió al piso, buscó un sobre blanco en el que puso los billetes de mil. Sopesó el sobre en la mano preguntándose cómo hacerlo. No quería escribir; alguien podría reconocer su letra.

Sonó el teléfono.

Acaba de una vez. Entiende que yo no existo.

Alguien quería hablar en serio con él. Alguien quería preguntarle si sabía lo que había hecho. Lo sabía muy bien. Jonny y Tomas seguro que también lo habían entendido. No había más que hablar.

Fue hasta su escritorio y sacó sus letras adhesivas. En medio del sobre pegó una T y una O. La primera M salió algo torcida, pero la otra quedó recta. Igual que la Y.

Cuando abrió el portal de Tommy con el sobre en el bolsillo de la cazadora sintió más miedo que la tarde anterior cuando estuvo en la escuela. Con sigilo y con el corazón desbocado deslizó el sobre en el buzón de Tommy para que nadie le oyera y abriera la puerta o le viera por la ventana.

Pero no vino nadie, y cuando Oskar volvió a su piso se sintió un poco mejor. Un rato. Hasta que volvió de nuevo el hormigueo.

No debería... estar aquí.

A las tres, su madre regresó a casa, tres horas antes de lo habitual. Oskar estaba entonces sentado en el cuarto de estar escuchando el disco de Vikingarna. Ella entró

en el cuarto, levantó la aguja y apagó el tocadiscos. Por su cara, adivinó que ella lo sabía.

—¿Cómo estás?

—No muy bien.

—No...

Su madre suspiró y se sentó en el sofá.

—El director de tu escuela me ha llamado. Al trabajo. Me ha contado que... que había habido un fuego ayer por la tarde. En la escuela.

—¿Ah, sí? ¿Se ha quemado?

—No, pero...

Calló, fijó la vista unos segundos en la alfombra de nudos. Después la levantó y buscó la mirada de Oskar.

—Oskar. ¿Fuiste tú?

Él la miró directamente a los ojos y dijo:

—No.

Pausa.

—¿No?, pues por lo visto ha habido muchos desperfectos en la clase, y... había empezado... en el pupitre de Jonny y en el de Tomas...

—¿Ah, sí?

—Y ellos evidentemente están bastante seguros de que... de que has sido tú.

—Pero no he sido.

Su madre siguió sentada en el sofá y respiraba por la nariz. Estaban a un metro el uno del otro, a una distancia infinita.

—Quieren... hablar contigo.

—Yo no quiero hablar con ellos.

La tarde iba a ser larga. Nada bueno en la tele.

Por la noche, Oskar no podía dormir. Se levantó de la cama, se acercó sigilosamente a la ventana. Le pareció que había alguien sentado en la escalera del tobogán abajo en el parque. Pero no eran más que figuraciones, claro. Sin embargo, siguió mirando la sombra que había allí abajo hasta que se le cerraron los ojos.

Cuando se volvió a meter en la cama seguía sin poder dormirse. Con cuidado dio unos golpecitos en la pared. No hubo respuesta. Sólo el sonido seco de sus propios dedos, nudillos contra hormigón, llamadas a una puerta que se había cerrado para siempre.

Jueves 12 de Noviembre

Oskar vomitó por la mañana y pudo quedarse en casa un día más. A pesar de que sólo había dormido unas horas por la noche, no era capaz de descansar. Sentía una inquietud que le desazonaba todo el cuerpo, que le hacía dar vueltas y más vueltas por el piso. Cogía cosas, las miraba, las volvía a dejar.

Era como si hubiera algo que tenía que *hacer*. Algo que fuera absolutamente necesario que hiciera. Pero no podía saber qué *era*.

Por un momento creyó que era *eso* cuando quemó los pupitres de Jonny y de Tomas. Después pensó que era *eso* cuando dejó el dinero a Tommy. Pero no era *eso*. Era otra cosa.

Una gran representación teatral que ya había terminado. Ahora daba vueltas al escenario vacío y sin luces recogiendo lo que se había quedado olvidado. Aunque había *otra* cosa... Pero ¿qué?

Cuando llegó el correo a eso de las once había una sola carta. Le dio un vuelco al corazón cuando la recogió, le dio la vuelta.

Era para su madre. En la esquina superior, a la derecha, llevaba el membrete Distrito escolar Ängby Sur. La rompió en pedazos, sin abrirla, tiró los trozos de papel al servicio. Se arrepintió. Demasiado tarde. No le preocupaba lo que pudiera poner en ella, pero habría *más* complicaciones si actuaba de esa manera que si dejaba las cosas como estaban.

Pero no tenía importancia.

Se desnudó, se puso su albornoz. Permaneció ante el espejo de la entrada, observándose a sí mismo. Haciendo como si fuera otra persona. Inclínándose para besar el cristal del espejo. Justo en el momento en que sus labios rozaron la fría superficie, sonó el teléfono. Y casi sin pensar levantó el auricular.

—Sí, soy yo.

—Sí.

—Hola, soy Fernando.

—¿Qué?

—Sí. Ávila. El maestro Ávila.

—Ah, sí. Hola.

—Sólo quería saber si... vas a venir hoy a entrenar.

—Estoy... un poco enfermo.

Se quedó en silencio al otro lado. Oskar podía oír la respiración del maestro. Uno. Dos. Luego:

—Oskar: si lo has hecho o no, a mí no me importa. Si te apetece hablar, hablamos. Si no lo deseas, no lo hacemos; pero quiero que vengas a entrenar.

—Y eso... ¿por qué?

—Porque Oskar, no puedes quedarte como *snigeln*, ¿cómo se dice...?, el caracol. En el caparazón. Si no estás enfermo, enfermarás. ¿Estás enfermo?

—... Sí.

—Entonces necesitas entrenamiento físico. Te vienes esta tarde.

—¿Y los otros?

—¿Los otros? ¿Qué pasa con los otros? Si se meten contigo, les doy un bufido y dejarán de hacerlo. Pero no lo harán. Allí toca entrenar.

Oskar no contestó.

—¿Estás de acuerdo? ¿Vendrás?

—Sí...

—Bien. Nos vemos.

Oskar colgó el auricular y le volvió a rodear el silencio. No quería ir a entrenar. Pero quería ver al maestro. Tal vez podía ir un poco antes, ver si estaba allí. Luego, volver a casa cuando empezara.

No es que Ávila fuera a aceptar eso, pero...

Dio otras cuantas vueltas por el piso. Preparó la bolsa para ir a entrenar, más que nada por tener algo que hacer. Menos mal que no le había pegado fuego al pupitre de Micke, porque Micke podía estar entrenando. Aunque a lo mejor había ardidido también, puesto que estaba al lado del de Jonny. ¿Cuánto se habría quemado en realidad?

¿A quién se lo podía preguntar...?

Hacia las tres volvió a sonar el teléfono. Oskar dudó antes de cogerlo, pero después de aquel rayo de esperanza que había sentido tras ver la carta, ya no podía dejar de contestar.

—Sí, soy Oskar.

—Hola, soy Johan.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Regular.

—¿Hacemos algo esta tarde?

—¿A qué hora... entonces?

—Sí... pues a las siete, o así.

—No, a esa hora voy a... entrenar.

—¿Ah, sí? Bueno. Lo siento. Adiós.

—¿Johan?

—¿Sí?

—He... oído que ha habido fuego. En la clase. ¿Ha sido mucho... lo que se ha quemado?

—No. Algunos pupitres, sólo.

—¿Nada más?

—Noo... unos pocos... papeles y eso.

—Bueno.

—Tu pupitre se libró.

—Sí. Bien.

—Vale. Adiós.

—Adiós.

Oskar colgó el teléfono con una sensación extraña en el estómago. Había creído que *todos sabían* que había sido él. Pero no había sonado así al hablar con Johan. Y, además, su madre le había dicho que era *mucho* lo que se había quemado. Pero claro, puede que ella hubiera exagerado.

Oskar prefirió creer a Johan. Puesto que él lo había *visto*.

—¡Uf! Pues...

Johan colgó el auricular mirando indeciso alrededor. Jimmy meneaba la cabeza, expulsando el aire a través de la ventana de la habitación de Jonny.

—Es lo peor que he oído.

Con voz apenada dijo Johan:

—No es tan fácil.

Jimmy se volvió hacia Jonny, que estaba sentado en su cama dando vueltas entre los dedos a una borla de la colcha de la cama.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿La mitad de la clase ha ardido? Jonny asintió.

—Todos en la clase le odian.

—Y tú... —Jimmy se dirigió de nuevo a Johan—, y tú dices que... ¿qué es lo que has dicho?: «Unos pocos papeles». ¿Crees que se lo va a tragar?

Johan agachó la cabeza avergonzado.

—No sabía qué decirle. Pensé que iba a sospechar si le decía que...

—Bueno, bueno. Lo hecho, hecho está. Ahora, esperemos a que venga.

Johan posaba sus ojos en Jonny y en Jimmy alternativamente. Pero las miradas de ambos estaban vacías, concentradas en las imágenes de la tarde que se avecinaba.

—¿Qué pensáis hacer?

Jimmy se inclinó hacia delante en la silla, sacudió un poco de ceniza que le había caído en la manga del jersey y dijo lentamente:

—Él prendió fuego. Todo lo que teníamos de *nuestro* padre. Así que lo que pensamos hacer, eso es algo en lo que tú no tienes por qué... interesarte tanto. ¿O no?

Su madre llegó a las cinco y media. Las mentiras, la desconfianza de la tarde anterior flotaban aún entre ellos como una niebla fría y su madre se fue directamente a la cocina y empezó a hacer un ruido innecesariamente alto con los cacharros. Oskar cerró su puerta. Se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo.

Se podía ir. Fuera, al patio. Abajo, al sótano. A la plaza. Coger el metro. Y sin

embargo no había ningún sitio... ningún sitio en el que él... nada.

Oyó cómo su madre iba hacia el teléfono, marcaba un número con muchas cifras. El de su padre, probablemente. Oskar sintió un pequeño escalofrío.

Se echó el edredón por encima, se sentó con la cabeza contra la pared, escuchando retazos de la conversación entre sus padres. Si él pudiera hablar con su padre. Pero no podía. Nunca funcionaba.

Se colocó el edredón haciendo como si fuera un jefe indio, impasible ante todo, mientras la voz de su madre subía de tono. Después de un rato empezó a gritar y el jefe indio se derrumbó en la cama, apretando el edredón, las manos contra los oídos.

Había tanto silencio dentro de la cabeza. Es... el espacio.

Oskar convirtió rayas, colores y puntos ante sus ojos en planetas, en lejanos sistemas solares a través de los cuales viajaba. Aterrizó en una cometa, voló un rato sobre ella, saltó y se quedó flotando libremente en el espacio hasta que tiraron del cobertor y abrió los ojos.

Allí estaba su madre. Con los labios apretados. Su voz, un cortante *staccato* al hablar:

—Bueno. Ahora me ha contado tu padre... que él... el sábado... que tú... ¿dónde estuviste? ¿Eh? ¿Dónde estuviste? ¿Me puedes contestar a eso?

Su madre tiró del edredón, justo sobre su cara, y el cuello se le tensó como una soga.

—Ya no vas a volver a ir allí más. Nunca más. ¿Me oyes? ¿Por qué no me has dicho nada? Desde luego... ese cabrón. Ésos no deberían tener hijos. No va a volver a verte. Se puede quedar allí bebiendo todo lo quiera. ¿Me oyes? No le necesitamos para nada. Estoy tan...

Su madre se dio media vuelta, alejándose de la cama salió de la habitación dando un portazo que hizo temblar las paredes. Oskar oyó cómo enseguida volvió a marcar el largo número, lanzó un taco al equivocarse en uno y empezó de nuevo. Unos segundos después de que hubiera marcado la última cifra, empezó otra vez a gritar.

Oskar se deslizó fuera de la cama, cogió la bolsa de gimnasia y salió al pasillo, donde su madre estaba tan ocupada gritando a su padre que no notó siquiera que él se ponía las botas y, sin atárselas, se dirigía hacia la puerta.

No le vio hasta que estaba ya en el rellano de la escalera.

—¿Oye? ¿Adónde vas?

Oskar dio un portazo y bajó las escaleras corriendo, siguió corriendo con las botas desatadas hacia la piscina.

—Roger, Prebbe...

Jimmy señalaba con el tenedor de plástico a los dos que salían del metro. El bocado de ensalada con gambas que Jonny acababa de darle a su rollito se le quedó atragantado a medio camino y se vio obligado a tragar una vez más para poderlo

pasar. Miró a su hermano con cara interrogante, pero la atención de Jimmy se hallaba concentrada en los dos que se acercaban pesadamente hasta el puesto de salchichas, saludando.

Roger era delgado y tenía el pelo largo y lacio, cazadora de cuero. La piel de la cara marcada por cientos de pequeños cráteres y aparentemente consumida porque tenía los huesos muy marcados y los ojos parecían extrañamente grandes.

Prebbe llevaba una cazadora vaquera con las mangas cortadas y debajo una camiseta, y nada más, aunque la temperatura no subía de los dos grados. Era grandote. Desbordado por todos sitios, con el pelo rapado. Un cazador de montaña que hubiera perdido la forma física.

Jimmy les comentó algo, señalando, y ellos fueron los primeros en dirigirse hacia la caseta del transformador que había al lado de los raíles del metro. Jonny dijo en voz baja:

—¿Por qué... vienen?

—Para ayudarnos, claro.

—¿Hace falta?

Jimmy sonrió meneando la cabeza, como si Jonny en realidad no entendiera ni jota de cómo funcionaba aquello.

—¿Qué habías pensado hacer con el profe, entonces?

—¿Ávila?

—Sí. ¿Creías que nos iba a dejar entrar sin más y... eh?

Jonny no tenía respuesta para eso, así que siguió a su hermano hasta la parte de atrás de la caseta de ladrillos. Roger y Prebbe estaban a la sombra con las manos en los bolsillos y calentándose los pies dando patadas. Jimmy sacó del bolsillo de la cazadora una pitillera plateada, apretó el botón y se la acercó a los dos.

Roger se quedó observando los seis cigarrillos liados a mano que había en ella, y dijo:

—Liado y listo, se agradece... —y pescó el más grueso entre dos dedos delgados.

Prebbe hizo una mueca que le hizo parecerse a un Teleñeco en el balcón.

—Pierden fuerza si no se fuman pronto.

Jimmy, ofreciéndole la pitillera, dijo:

—Putá vieja. Los lié hace una hora. Y esto no es esa mierda marroquí que tú sueles traer. Esto es auténtico.

Prebbe suspiró y cogió uno de los cigarrillos, Roger le dio fuego.

Jonny miraba a su hermano. La cara de Jimmy era una silueta afilada contra la luz que salía del andén del metro. Jonny le admiraba. Se preguntaba si él alguna vez sería un tipo así y se atrevería a decirle «puta vieja» a alguien como Prebbe.

Jimmy también cogió un cigarrillo, lo encendió. El papelillo liado en el extremo ardió un momento antes de que se formara el ascua.

Dio una calada profunda y Jonny quedó envuelto en el aire dulzón al que siempre olía la ropa de Jimmy.

Fumaron en silencio un rato. Luego Roger alargó el cigarrillo a Jonny.

—¿Quieres darle una calada?

Jonny estaba a punto de alargarle la mano para cogerlo, pero Jimmy le dio una palmada en el hombro a Roger.

—Idiota. ¿Quieres que se vuelva como tú, eh?

—Sería agradable.

—Para ti, puede. Pero no para él.

Roger se encogió de hombros, retirando su invitación.

Eran las siete y media cuando dejaron de fumar, y Jimmy, cuando habló, lo hizo con exagerada claridad, cada palabra una complicada escultura que tenía que salir de su boca.

—Bueno. Éste... es Jonny. Mi hermano.

Roger y Prebbe asintieron complacidos. Jimmy agarró la barbilla de Jonny con un gesto algo torpe y giró su cabeza de perfil hacia los otros dos.

—Mirad aquí, la oreja. Se lo ha hecho él. De esto es de lo que vamos a... ocuparnos.

Roger dio un paso al frente, entornó los ojos mirando la oreja de Jonny y chascando la lengua dijo:

—Joder. Parece increíble.

—No necesito la opinión... de ningún... experto. Sólo tenéis que escucharme. Esto es lo que vamos a hacer...

Las verjas del callejón entre las paredes de ladrillo estaban abiertas. Plaf, plaf, sonaba el eco de las botas de Oskar mientras avanzaba hacia la puerta de la piscina; la abrió. El calor húmedo se posó sobre su cara y una nube de vapor se escapó hacia fuera, hacia el frío callejón. Se apresuró a entrar y cerrar la puerta.

Se quitó las botas de dos patadas y continuó hasta los vestuarios. Vacíos. Desde el cuarto de las duchas se oía el agua de una de ellas y una voz grave que cantaba:

*Bésame, bésame mucho,
como si fuera esta noche la última vez...*

El maestro. Sin quitarse la cazadora Oskar se sentó en uno de los bancos, a esperar. Después de un rato se dejó de oír el chapoteo del agua y la canción, y el maestro salió a los vestuarios con la toalla alrededor de las caderas. Tenía el pecho totalmente cubierto de vello negro y ensortijado con algunos rizos blancos. A Oskar le pareció alguien de otro planeta. El maestro lo vio, lo saludó con una amplia sonrisa.

—¡Oskar! Así que tú salir del caparazón de todos modos.

Oskar asintió.

—Se volvió algo... estrecho.

El maestro se rio mientras se rascaba el pecho; las puntas de los dedos desaparecieron entre los rizos.

—Has venido pronto.

—Sí, pensé...

Oskar se encogió de hombros. El maestro dejó de rascarse.

—¿Qué pensaste?

—No sé.

—¿Hablar?

—No, yo sólo...

—Deja que te mire.

El maestro dio un par de pasos rápidos y se puso delante de Oskar, observó su cara.

—¡Ah, sí! Vale.

—¿Qué?

—Fuiste tú —el maestro señaló sus propios ojos—: Yo veo. Te has quemado las cejas. No, ¿cómo se llaman? Debajo. Pesti...

—¿Pestañas?

—Pestañas. Eso es. Y un poco aquí, en el pelo, también. Hmm. Si no quieres que nadie lo sepa, tendrás que cortártelo un poco. Las pesti... pestañas crecen enseguida. Lunes ha desaparecido. ¿Gasolina?

—Alcohol de quemar.

El maestro expulsó aire por la boca, meneando la cabeza.

—Muy peligroso. Probablemente... —Ávila puso el dedo índice sobre la sien de Oskar—... estás un poco loco. No mucho. Pero un poco. ¿Por qué alcohol de quemar?

—Yo... me lo encontré.

—¿Encontraste? ¿Dónde?

Oskar levantó la vista y miró al maestro: una roca húmeda, comprensiva. Y quería contar. Quería contarle todo. Sólo que no sabía por dónde empezar. Ávila esperó. Luego dijo:

—Jugar con fuego es muy peligroso. Puede convertirse en una costumbre. No es un buen método. Mucho mejor el ejercicio físico.

Oskar asintió, y el sentimiento desapareció. El maestro era bueno, pero no iba a comprenderle.

—Ahora te cambias y te enseño un poco de técnica con la barra de las pesas. ¿De acuerdo?

Ávila se dio la vuelta para dirigirse a su despacho. Se paró al otro lado de la puerta.

—Y Oskar: no te preocupes. Yo digo no a nadie si tú no quieres. ¿Bien? Podemos hablar más después del entrenamiento.

Oskar se cambió. Cuando ya estaba listo llegaron Patrik y Hasse, dos chicos de 6º A. Saludaron a Oskar, pero a él le pareció que le miraban demasiado, y cuando entró en el gimnasio oyó cómo empezaban a cuchichear entre ellos.

Una sensación de malestar se le fijó en la boca del estómago. Se arrepintió de haber ido allí. Pero enseguida llegó Ávila, vestido con una camiseta y un pantalón corto, y le enseñó cómo podía realizar un levantamiento de barra más eficaz dejándola que se apoyara sobre las yemas de los dedos; así, Oskar consiguió levantar 28 kilos; dos más que la vez anterior. El maestro apuntó en su cuaderno el nuevo récord.

Llegaron más chavales, entre ellos Micke. Éste sonrió con su habitual mueca críptica que podía significar cualquier cosa: la posibilidad de ofrecerte un bonito regalo o de hacer algo terrible contra ti.

Y se trataba de lo último, aunque ni siquiera el propio Micke comprendiera la gravedad del asunto.

De camino hacia el entrenamiento, Jonny había llegado corriendo y le había pedido que hiciera una cosa, porque Jonny quería burlarse un poco de Oskar, lo que le pareció muy bien a Micke. A Micke le gustaba burlarse de otros. Además, toda su colección de cromos de hockey había ardido el martes por la tarde, así que se apuntaba encantado a un poco de cachondeo a costa de Oskar.

Pero mientras tanto, seguía sonriendo.

El entrenamiento continuó. A Oskar le parecía que los demás le miraban raro, pero tan pronto como trataba de encontrar sus ojos dirigían la vista hacia otro lado. Habría preferido irse a casa.

... no... irse...

Irse, sin más.

Pero el maestro estaba pendiente de él, le animaba y así no había ninguna posibilidad. Además: estar aquí era, en cualquier caso, mejor que estar en casa.

Cuando terminó el entrenamiento, Oskar estaba tan cansado que ni siquiera tenía fuerzas para sentirse mal. Fue a las duchas un poco después que los otros, y se duchó de espaldas. No es que tuviera tanta importancia. Al fin y al cabo, uno se bañaba desnudo.

Se entretuvo un rato frente a la pared de cristal que separaba las duchas de la piscina; hizo con la mano un claro en el vapor condensado sobre el cristal y estuvo observando a los otros mientras se tiraban al agua, se perseguían, lanzaban pelotas. Y el sentimiento lo invadió de nuevo. No como un pensamiento formulado con palabras, sino como una sensación muy fuerte:

Estoy solo. Estoy... totalmente solo.

Después le vio el maestro, le hizo una seña para que fuera, para que se metiera. Oskar bajó arrastrando los pies por la pequeña escalera, se acercó al borde de la

piscina y se quedó mirando abajo, al agua químicamente azul. No tenía ninguna energía o fuerza en el cuerpo, así que entró por la escalerilla y bajando los peldaños de uno en uno se sumergió en el agua bastante fría.

Micke estaba sentado al borde de la piscina, le sonrió asintiendo. Oskar dio unas brazadas en dirección a Ávila.

—¡Cógela!

Con el rabillo del ojo vio la pelota que venía volando demasiado tarde. Golpeó justo delante de él y le llenó los ojos de agua con cloro. Escocía como las lágrimas. Se frotó los ojos y, cuando alzó la vista, vio al maestro que estaba mirándole con una expresión... ¿compasiva? en el rostro.

¿O desdeñosa?

Puede que sólo fueran figuraciones suyas, pero apartó la pelota que flotaba delante de sus narices y se hundió. Dejó que la cabeza se deslizara bajo el agua, su pelo se agitó cosquilleándole en las orejas. Estiró los brazos y flotó con la cara bajo el agua, balanceándose. Haciéndose el muerto.

Si pudiera flotar para siempre.

Si no tuviera que levantarse nunca más, ni encontrarse con las miradas de quienes al fin y al cabo sólo le querían mal. O si el mundo, cuando él finalmente sacara la cabeza, hubiera desaparecido. Y que sólo existieran él y la inmensidad azul.

Pero incluso con los oídos debajo del agua podía oír los ruidos lejanos, el estrépito del mundo que le rodeaba, y cuando sacó la cabeza ese mundo estaba allí, por supuesto; vociferando, retumbando.

Micke había abandonado su sitio al borde de la piscina y los otros estaban liados en una especie de voleibol. La pelota blanca volaba por los aires, se reflejaba nítidamente contra la negrura de los cristales esmerilados de las ventanas. Oskar se deslizó hasta un rincón en la parte profunda de la piscina, se quedó allí solo con la nariz sobre la superficie del agua, mirando.

Micke llegó deprisa desde la zona de las duchas en el otro extremo de la sala y gritó:

—¡Maestro! ¡Está sonando el teléfono de su despacho!

Ávila masculló algo y salió por uno de los bordes de la piscina. Hizo un gesto de asentimiento a Micke y desapareció por la parte de los vestuarios. Lo último que vio Oskar de él fue una silueta borrosa detrás del cristal empañado.

Después desapareció.

Tan pronto como Micke salió de los vestuarios, ocuparon sus posiciones.

Jonny y Jimmy se deslizaron en el gimnasio; Roger y Prebbe se pusieron contra la pared al lado de la puerta. Oyeron a Micke gritar desde la piscina, se prepararon.

Pasos suaves de pies descalzos que se acercaban pasando al lado del gimnasio, y un par de segundos después Ávila cruzaba la puerta del vestuario y se dirigía a su despacho. Prebbe ya había dado dos vueltas alrededor de la mano a los calcetines dobles llenos con monedas, para poder agarrarlos mejor. Cuando el maestro llegó

ante la puerta, de espaldas a él, Prebbe dio una zancada y blandió el peso contra su cabeza.

Prebbe no era especialmente ágil y el maestro debió oír algo. Porque volvió la cabeza hacia un lado y recibió el golpe por encima de la oreja. El efecto fue, no obstante, el esperado. Ávila cayó ligeramente inclinado hacia delante, se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta y se deslizó hasta el suelo.

Prebbe se sentó sobre su pecho y se enroscó la pesada bola llena de monedas en la mano, de forma que pudiera golpear con más precisión si fuera necesario. Pero parecía que no. Las manos del maestro temblaban un poco, pero no opuso la menor resistencia. Prebbe no creía que estuviera muerto. No lo parecía.

Llegó Roger y se inclinó sobre el cuerpo tendido como si nunca hubiera visto nada parecido.

—¿Es un turco o qué?

—Y yo qué cojones sé. Busca las llaves.

Roger, mientras buscaba las llaves en los pantalones cortos del maestro, vio cómo Jonny y Jimmy iban desde el gimnasio hacia la piscina. Sacó las llaves, las fue probando una tras otra en la puerta de la oficina, mirando de reojo al profesor.

—Peludo como un mono, desde luego. Turco, seguro.

—Vamos, date prisa.

Roger suspiró, siguió probando llaves.

—Lo digo sólo por ti. Se siente uno mejor si...

—Deja de decir gilipolleces. Date prisa.

Roger dio con la llave correcta y abrió la puerta. Antes de entrar, señaló al maestro y dijo:

—A lo mejor no deberías estar sentado así. Seguramente no podrá respirar.

Prebbe se apartó y se puso al lado del cuerpo tendido con el peso dispuesto en la mano por si Ávila intentaba hacer algo.

Roger registró los bolsillos de la cazadora que había en el despacho, encontró una cartera con trescientas coronas. En un cajón del escritorio, del que encontró la llave después de buscarla un rato, había diez tarjetas prepago sin sellar. Las cogió también.

No era un buen botín. Pero no se trataba de eso, claro está. Una simple recompensa.

Oskar estaba todavía en la esquina de la piscina haciendo burbujas en el agua cuando entraron Jonny y Jimmy. Su primera reacción no fue de miedo, sino de indignación.

Pues iban con la ropa puesta.

Sí, no se habían quitado ni siquiera los zapatos, y Ávila, que era tan exigente con...

Cuando Jimmy se apostó en el borde de la piscina y empezó a escudriñar el agua, llegó el miedo. Había visto a Jimmy un par de veces, de pasada, y ya entonces le

pareció que tenía un aspecto desagradable. Ahora además había algo en sus ojos... en su forma de mover la cabeza...

Como Tommy y los otros cuando han...

La mirada de Jimmy encontró a Oskar y él sintió con un escalofrío que estaba... desnudo. Jimmy llevaba la ropa puesta, coraza. Oskar estaba metido en el agua fría y cada centímetro de su piel se hallaba expuesto. Jimmy asintió mirando a Jonny, describió medio círculo con la mano y los dos comenzaron a andar, cada uno por un lado de la piscina, hacia Oskar. Mientras caminaba, Jimmy gritó a los otros:

—¡Largaos de aquí! ¡Todos! ¡Fuera del agua!

Algunos chicos se quedaron quietos y otros movían las piernas en el agua, indecisos. Jimmy se situó al borde de la piscina, sacó de la cazadora una navaja, la abrió y la apuntó como una flecha hacia el montón de chavales. Señaló con ella el otro extremo de la piscina.

Oskar permanecía apretado contra el rincón, mirando aterrado mientras los otros chicos nadaban rápidamente o caminaban por el agua hacia el otro lado, dejándole solo.

El maestro... dónde está el maestro...

Una mano le agarró del pelo. Los dedos se entrecruzaban con tanta fuerza que le dolía el cuero cabelludo; arrastraron su cabeza hacia atrás, hasta la misma esquina de la piscina. Por encima de él oyó la voz de Jonny.

—Ése es mi hermano. Hijo de puta.

Le golpeó la cabeza un par de veces y el agua chapoteaba en sus orejas mientras Jimmy se acercaba hasta donde estaban y se ponía en cuclillas con la navaja en la mano.

—Hola, Oskar.

Oskar tragó agua y empezó a toser. Cada tirón ocasionado por la tos hacía que le doliera la raíz del pelo, donde los dedos de Jonny le agarraban cada vez más fuerte. Cuando se le pasó la tos, tintineó el filo de la navaja de Jimmy contra los azulejos del borde.

—Tú, he pensado esto. Que íbamos a hacer un pequeño campeonato. Quédate totalmente quieto...

La navaja pasó justo por encima de la frente de Oskar cuando Jimmy se la tendió a Jonny y éste pasó a agarrar a Oskar por el pelo. Oskar no se atrevía a hacer nada. Había mirado a Jimmy a los ojos durante unos segundos y le pareció que estaban totalmente locos. Tan llenos de odio que era imposible mirarlos.

Tenía la cabeza apretada contra la esquina de la piscina. Sus brazos flotaban sin fuerza en el agua. No había nada a lo que agarrarse. Buscó a los otros chicos. Estaban fuera, en el otro extremo; Micke más adelantado, todavía sonriendo, expectante. Los demás parecían asustados.

Nadie le iba a ayudar.

—Sí, así... es sencillo, eh. Reglas sencillas. Tú permaneces bajo el agua

durante... cinco minutos. Si lo consigues no te haremos más que un pequeño arañazo en la mejilla o algo así. Un pequeño recordatorio, sólo. Si no lo consigues, entonces... bueno, cuando saques la cabeza te clavaré la navaja en un ojo. ¿Vale? ¿Has comprendido las reglas?

Oskar sacó la cabeza. Expulsaba agua por la boca cuando, tiritando, dijo:

—... eso es imposible... Jimmy sacudió la cabeza.

—Ése es *tu* problema. ¿Ves el reloj que hay allí? Dentro de veinte segundos empezamos. Cinco minutos. O el ojo. Aprovecha ahora para coger aire. Diez... nueve... ocho... siete...

Oskar intentó escapar cogiendo impulso con los pies, pero tenía que estar de puntillas para hacer pie y la mano de Jimmy lo sujetaba del pelo con fuerza, haciendo imposible cualquier movimiento.

Si consiguiera arrancarme el pelo... cinco minutos...

Cuando lo había intentado él mismo, lo más que había conseguido habían sido tres. Casi.

—Seis... cinco... cuatro... tres...

El maestro. El maestro va a venir antes...

—Dos... uno... cero...

Oskar sólo tuvo tiempo de respirar a medias antes de que le hundiera la cabeza en el agua. Perdió el apoyo de los pies y la parte inferior de su cuerpo flotó lentamente hacia arriba, hasta que quedó con la cabeza inclinada sobre el pecho unos decímetros por debajo de la superficie del agua, el cuero cabelludo le escoció como el fuego cuando el agua clorada penetró en los resquicios y en las heridas de la raíz del pelo.

No podía haber pasado más de un minuto cuando el pánico empezó a adueñarse de él.

Abrió los ojos y no vio más que azul claro... velos de color rosa que se deslizaban desde su cabeza ante sus ojos mientras intentaba buscar apoyo con el cuerpo pese a que era imposible, ya que no había nada a lo que agarrarse. Sus piernas se movían arriba en la superficie y el color azul claro se deshizo, se fragmentó ante sus ojos en ondas de luz.

Le salieron burbujas por la boca y estiró los brazos, flotando boca arriba, y los ojos se volvieron hacia lo blanco, hacia los rayos vacilantes del tubo fluorescente del techo. El corazón le palpitaba como una mano contra un cristal, y cuando sin querer tragó agua por los orificios nasales una especie de calma empezó a esparcirse por su cuerpo. Pero el corazón empezó a latir con más fuerza, con más insistencia, quería vivir y volvió a patallar desesperado, intentando agarrarse a algo donde no había nada.

Y su cabeza fue empujada más abajo. Y, por extraño que parezca, pensó:

Mejor esto. Que el ojo.

Después de dos minutos Micke empezó a sentirse terriblemente incómodo.

Parecía como si... como si realmente pensarán... Echó una ojeada hacia los demás chicos, pero ninguno parecía dispuesto a hacer nada y él, con la voz entrecortada, no dijo más que:

—Jonny... joder...

Pero parecía que Jonny no le había oído. Sus ojos estaban fijos, arrodillado al borde del agua apuntando con la navaja hacia abajo, hacia la forma blanca y refractada que se movía debajo. Micke miraba hacia las duchas. ¿Por qué no venía el maestro? Patrik había ido corriendo a buscarle, ¿por qué no venía? Micke retrocedió hasta el rincón, al lado de la oscura puerta de cristal; al otro lado era de noche; se cruzó de brazos.

Le pareció ver por el rabillo del ojo que fuera caía algo del techo. Aquello empezó a dar semejantes golpes en la puerta de cristal que ésta temblaba en los goznes.

Se puso de puntillas, miró por la ventana de cristal transparente que había encima y vio a una chica pequeña. La chica alzó la cara hacia la de Micke.

—Di: ¡entra!

—¿Q... Qué?

Micke se volvió para mirar lo que pasaba en la piscina. El cuerpo de Oskar había dejado de moverse, pero Jimmy estaba todavía inclinado sobre el borde empujándole la cabeza hacia abajo. A Micke le dolió la garganta al tragar.

Cualquier cosa. Con tal de que esto acabe.

Volvió a sentir otro golpe en la ventana, más fuerte. Miró hacia fuera en la oscuridad. Cuando la chica abrió la boca y le gritó, él pudo ver... que sus dientes... y que había algo que colgaba de sus brazos.

—¡Di que puedo entrar!

Cualquier cosa.

Micke asintió, dijo casi de forma inaudible:

—Puedes entrar.

La chica se retiró de la puerta, desapareció en la oscuridad. Lo que le colgaba de los brazos brilló, y ella desapareció. Micke se volvió otra vez hacia la piscina. Jimmy había sacado la cabeza de Oskar del agua y había vuelto a coger la navaja que tenía Jonny; la puso sobre la cara de Oskar, apuntando.

Se vio una mancha de luz contra el cristal oscuro de la ventana del medio y, una milésima de segundo después, se hizo añicos.

El cristal de seguridad no se rompía como el vidrio normal. Explotó en miles de pequeños fragmentos redondeados que cayeron tintineando contra el borde de la piscina, volaron hasta el pasillo, sobre el agua, brillando como una miríada de estrellas blancas.

Viernes 13 de Noviembre

Viernes trece... Gunnar Holmberg estaba sentado en el despacho vacío del director, tratando de poner en orden sus anotaciones.

Había pasado todo el día en la escuela de Blackeberg registrando el lugar del delito, hablando con los alumnos. Dos técnicos del centro y dos expertos en analizar manchas de sangre del laboratorio técnico criminal estaban todavía trabajando para asegurar las huellas abajo, en la piscina.

Dos jóvenes habían sido asesinados allí el día anterior por la tarde. Otro joven... había desaparecido.

También había hablado con Marie-Louise, la tutora de la clase. Había sacado en claro que el chico desaparecido, Oskar Eriksson, era el mismo que había levantado la mano y había contestado a su pregunta acerca de la heroína hacía tres semanas. Se acordaba de él. *Leo mucho y eso.*

Recordó también que había creído que el chico sería el primero en salir y acercarse al coche de la policía. Entonces, quizá, le hubiera llevado a dar una vuelta. A ser posible, le habría reafirmado un poco la confianza en sí mismo. Pero el chaval no había ido.

Y ahora había desaparecido.

Gunnar ojeaba las anotaciones que había hecho de las conversaciones con los chavales que se encontraban en la piscina ayer por la tarde. Sus declaraciones, a grandes rasgos, eran coincidentes, y una palabra se repetía todo el tiempo: ángel.

A Oskar Eriksson había venido a buscarle un ángel.

El mismo ángel que según las declaraciones les arrancó la cabeza a Jonny y a Jimmy Forsberg y las dejó en el fondo de la piscina.

Cuando Gunnar se lo contó al fotógrafo de la policía que captó con una cámara sumergible las dos cabezas en el lugar donde fueron halladas, él le había respondido:

—Desde luego, no sería uno del cielo.

No...

Se quedó mirando a través de la ventana, tratando de encontrar una explicación plausible.

Fuera, en el patio, ondeaba a media hasta la bandera de la escuela.

Dos psicólogos habían estado presentes en las entrevistas con los chicos de la piscina, puesto que algunos de ellos habían mostrado signos inquietantes al hablar demasiado a la ligera de lo que había sucedido, como si se tratara de una película, algo que no hubiera ocurrido en realidad. Y eso era, por supuesto, lo que a uno le gustaría creer.

El problema era que los expertos en manchas de sangre avalaban hasta cierto punto lo que los muchachos decían.

La sangre estaba esparcida de tal manera, había dejado rastro en semejantes lugares —techo, vigas—, que la impresión más inmediata era que el causante de todo ello había sido alguien que... volaba. Esto precisamente era lo que en esos momentos estaban tratando de explicar. O mejor dicho, rechazar.

Seguro que lo conseguirían.

El maestro de los chicos estaba ingresado en cuidados intensivos con una fuerte conmoción cerebral y no podría ser interrogado hasta el día siguiente, como muy pronto. Era poco probable que pudiera aportar nada nuevo.

Gunnar se apretó las manos contra las sienes de manera que los ojos se le alargaron, miró hacia abajo, hacia sus anotaciones.

—... ángel... alas... la cabeza estalló... navaja... intentó ahogar a Oskar... Oskar estaba totalmente azul... dientes así como los de los leones... buscó a Oskar...

Y lo único que pudo pensar fue:

Debería hacer un viaje lejos de aquí.

—¿Es tuyo eso?

Stefan Larsson, el revisor de la línea Estocolmo-Karlstad, señalaba el equipaje que había en la rejilla. En la actualidad apenas se veían cosas así. Un auténtico... baúl.

El chico que iba en el compartimento asintió y le mostró el billete. Stefan lo picó.

—¿Sale alguien a esperarte?

El chico negó con la cabeza.

—No pesa tanto como parece.

—No, no. ¿Se puede saber qué llevas en él?

—Un poco de todo.

Stefan miró el reloj y picó el aire con las tenacillas.

—Será de noche cuando lleguemos.

—Mmm.

—¿Las cajas también son tuyas?

—Sí.

—No es que yo quiera... ¿pero cómo vas a...?

—Me van a ayudar. Luego.

—Ah, bueno. Sí, sí. Buen viaje entonces.

—Gracias.

Stefan cerró de nuevo la puerta del compartimento y se dirigió al siguiente. Parecía que el chico podía arreglárselas. Si él mismo tuviera que llevar tantas cosas no estaría tan contento.

Pero, como ya se sabe, todo es diferente cuando se es joven.

Agradecimientos

Si a alguien se le ocurre comprobar el tiempo que hizo durante el mes de noviembre de 1981, descubrirá que aquél fue un invierno inusualmente suave. Yo me he tomado la libertad de bajar la temperatura unos grados.

Por lo demás, todo lo que cuenta el libro es cierto, aunque ocurriera de otra manera.

Quiero también mostrar mi agradecimiento a algunas personas.

Eva Månsson, Michael Rübshagen, Kristoffer Sjögren y Emma Bengtsson leyeron la primera versión y me hicieron comentarios muy valiosos.

Jan-Olof Wesström la leyó y no hizo ningún comentario. Pero es mi mejor amigo.

Aron Haglund la leyó, y le gustó tanto el relato que me atreví a enviarlo. Gracias por ello.

Gracias también al personal de la biblioteca de Vingåker que con paciencia y amabilidad buscaron y pidieron libros poco habituales que yo necesitaba para escribir este libro. Una pequeña biblioteca con un gran corazón.

Y naturalmente: gracias a Mia, mi mujer, que me ha escuchado leyendo el texto en voz alta a medida que iba creciendo, persuadiéndome para que cambiara lo que era malo y desarrollara lo que estaba bien. No me atrevo ni a mencionar las escenas que hubieran estado en el libro si no hubiera sido por ella.

Gracias a todos.